

HUMILLADOS Y OFENDIDOS

Fedor Dostoievski

Lectulandia

Humillados y Ofendidos, primera gran novela que escribió Dostoyevski, trata un tema de hondo contenido social: el drama del hombre que ha sido injustamente vejado y oprimido... de los seres que sufren y reclaman justicia por las humillaciones y ofensas de que son víctimas.

El protagonista de la novela es Vania, un joven escritor que cuenta la historia de estos seres, a quienes él ampara y por quienes intercede. Así, en él se unen los sufrimientos de los personajes: Nikolai Ijméniev, un honrado propietario campesino que ha sido despojado y arruinado por el príncipe Valkovskii; Natascha, su única hija, seducida por Alioscha (hijo de Valkovskii); Nelly, una huérfana cuya madre también fue abandonada por el príncipe...

Mientras Valkovskii es un ser maléfico que manipula las vidas de los demás sin el menor escrúpulo, Vania encarna una ardiente voluntad de procurar la felicidad para todos, aun a costa de la suya propia.

Lectulandia

Fiódor Dostoyevski

Humillados y ofendidos

ePub r1.0
German25 1.11.16

Título original: *Unízhennyie i okorbliónnyie*

Fiódor Dostoyevski, 1861

Traducción: A. L. A. e I. D. C.

Editor digital: German25

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Fiódor Dostoyevski es una de las mayores figuras de la historia de la literatura universal y una de las personalidades más complejas de la vida espiritual rusa de la segunda mitad del siglo XIX.

Es todo el mundo ruso el que gira en sus novelas, que se suceden en variada gama:

Pobre gente, Las noches blancas, La aldea de Stepanchikovo, Recuerdos de la casa de los muertos, Humillados y ofendidos, Memorias del subsuelo, Crimen y castigo, El jugador, El idiota, Los endemoniados, El adolescente, Los hermanos Karamazov, entre otras.

En las páginas que dejó escritas sobre Fiódor Mijailovich Dostoyevski (1821-1881), Stefan Zweig se alejaba con maestría de lo meramente biográfico para incursionar en un acertado análisis literario. De hecho dedicó todo un capítulo a *Los hombres de Dostoyevski*, y bajo ese título anotaba una frase del propio autor: «¡Oh, no creáis en la unidad del hombre!».

Zweig definía a los personajes dostoievskianos como «seres cargados de inhibiciones e incertidumbres». Y anotaba:

«Extraños en el mundo por amor del mundo, irreales por pasión de realidad, los personajes de Dostoyevski parecen a primera vista sencillos. No tienen un rumbo preciso, no tienen una meta visible: como ciegos o ebrios van tambaleándose por el mundo estos hombres ya adultos. Se detienen, miran a su alrededor, hacen muchas preguntas y sin contestación siguen su camino hacia lo desconocido... Son seres de transición, con el caos primordial en su corazón, cargados de inhibiciones e incertidumbres. Están siempre asustados y apocados, siempre se sienten humillados y ofendidos...».

Pesan sobre el autor lacras y desgracias: el asesinato del padre, la muerte de la madre, su propia condena, conmutada ¡al subir al patíbulo!..., por el destierro a Siberia; la pobreza y una salud quebrantada: no sólo es enfermo de los nervios sino también sufre de epilepsia.

Pero todas esas circunstancias y situaciones límite no le impiden ser uno de los más grandes visionarios de la trascendencia. Ha sido considerado, incluso, como un «genial panegirista del alma humana», porque por muy desgraciada que la muestre,

esa alma, en sus páginas, va a estar siempre, aunque sin alardes, marcada por un anhelo de liberación, de amor y de virtud.

Por algo el filósofo Nikolai Berdiaev ha considerado que Dostoyevski fue «no sólo un gran escritor, sino un gran pensador, además de un metafísico, reformador religioso y un profeta», y más aún, el filósofo confesaba:

«Dostoyevski tuvo una importancia decisiva en mi vida espiritual. Aún muchacho sufrí su influencia. Dostoyevski sacudió mi alma más que cualquier otro escritor y pensador... Siempre que volvía a leerlo se me revelaba bajo nuevos aspectos».

León Tolstoi, otra de las grandes figuras de la literatura rusa y universal, escribió refiriéndose a Dostoyevski:

«Todo lo que produjo (de bueno y de serio) fue tal que, si hubiese producido más, mejor hubiera resultado para mí. El arte suscita en mí envidia, la inteligencia también, pero la obra del corazón solamente alegría».

El filósofo alemán Nietzsche, por su parte, fue otro de los autores que reconocieron la importancia del escritor ruso al destacarlo como «el padre de la psicología moderna». Y, en efecto, muchos críticos se preguntan si al leer su obra nos estamos enfrentando a un gran novelista o a un extraordinario psicólogo que describe magistralmente lo más íntimo del alma humana, y afirman que sus novelas constituyen la mejor escuela de ejercitación para adquirir formación psicológica.

El escritor español Eugenio D'Ors lo describió como un gigante no sólo grande, «enorme». Otros escriben que «desborda toda escuela y toda clasificación posible» y prefieren limitarse a decir, simplemente, que es el más genial de los escritores rusos y que, como suele ser propio de todo genio, él también escapa a cualquier intento de clasificación.

PRIMERA PARTE

I

El pasado año, el 22 de marzo por la noche, me sucedió algo extraordinario. Todo aquel día había recorrido la ciudad en busca de alojamiento. El otro albergue era muy húmedo y ya comenzaba yo a toser de firme. En el otoño quise mudarme, pero lo dejé hasta la primavera. No había podido encontrar nada adecuado. En primer lugar, quería un cuarto independiente, para mí solo, amplio y, al mismo tiempo, lo más barato posible. Creo que en una habitación reducida también se achican las ideas. Yo, cuando planeo mis futuras novelas, siempre paseo arriba y abajo por mi aposento. De veras; a mí siempre me gustó rumiar mis obras y mis fantasías, según se me ocurrían, más que escribirlas, y no por pereza. ¿Por qué será?

Desde la mañana me sentía algo indispuesto, y al ponerse el sol me encontraba muy mal; me parecía tener algo de fiebre. Además, no había parado de andar en todo el día y estaba rendido. Al atardecer, antes del crepúsculo, me dirigí al Vosnesenskii Próspekt. Adoro el sol de marzo en Petersburgo, sobre todo cuando se pone, en un atardecer radiante y frío. Toda la calle rompe de pronto a chisporrotear, salpicada de clara luz. Las casas parecen de pronto lanzar destellos. Sus colores grises, amarillos y de un verde sucio pierden en un momento toda su fealdad; se diría que se hace la luz en tu alma, como si te estremecieras o alguien te diese con el codo. Nueva mirada, nuevo pensamiento. ¡Es portentoso lo que puede un rayo de sol en el alma del hombre!

Pero el rayo de sol se fue; el frío arreció y empezó a picar en la nariz; las sombras se hicieron densas, y refulgió el gas de los almacenes y tiendas. Al pasar frente a la pastelería de Müller me quedé parado, como esperando algún acontecimiento, algo que presentía extraordinario, y, efectivamente, al momento pude ver en la acera de enfrente a un anciano con su perro. Recuerdo cómo se estremeció mi corazón bajo el peso de una sensación desagradable, sin poder explicarme por qué. No soy ningún místico; no creo en corazonadas ni en presentimientos y, sin embargo, me han sucedido cosas muy difíciles de explicar como fenómenos conocidos y naturales. Por ejemplo, ¿por qué la aparición de aquel viejo me pareció el anuncio de algo fuera de lo común? ¿Es que mi fiebre y mi malestar me hicieron concebir engañosas ideas?

El viejo se dirige a la pastelería, se acerca con paso lento, inseguro, descansando

en sus piernas como en dos trozos de madera inarticulados, encorvado, hincando su bastón entre las piedras de la calle.

Nunca vi figura tan rara, y ya antes de eso, cuantas veces me lo encontré en casa de Müller, me dejó una triste impresión. Su alta estatura, sus hombros encorvados; su cara de ochenta años, de aspecto cadavérico; su raído paleta; su sombrero redondo, abollado y roto, que podía muy bien contar más de veinte años de servicio en su cabeza calva, y que solamente conservaba en la nuca un mechón, no ya blanco, sino amarillo; sus movimientos de autómatas, todo en él chocaba a quien por primera vez lo veía. Hacía un raro efecto ver a aquel viejo superviviente, por decirlo así, sin tutela ni vigilancia y que parecía un loco fugado del manicomio. Era de una delgadez infinita, incorpórea, una armazón de huesos y piel. Los ojos grandes y tiernos, rodeados de profundas ojeras, miraban siempre al vacío sin parecer enterarse de lo que le rodeaba, y pude comprobar que aun poniéndome delante de él, seguía andando como si nada obstruyera su camino, como si estuviera despejado el espacio. Los habituales concurrentes a la pastelería nunca se habían decidido a dirigirle la palabra y él tampoco interpellaba a nadie.

«Pero ¿por qué irá a casa de Müller y qué tendrá que hacer allí?», pensaba yo, parado al otro lado de la calle, contemplándolo a pesar mío. Algo de enojo, consecuencia de la enfermedad y del cansancio, se apoderaba de mí. «¿En qué pensará?», continué diciéndome para mis adentros; «¿qué revolverá en su cabeza? Pero ¿pensará siquiera en algo? Tiene una cara hasta tal punto muerta, que decididamente ha perdido toda expresión. Y ¿de dónde habrá sacado ese perro sarnoso que no se aparta de él, como si los dos juntos formasen un todo inseparable?».

Aquel desdichado perro parecía tener los mismos ochenta años; sí, no tenía más remedio que tenerlos. En primer lugar, su aspecto denotaba una ancianidad impropia de un perro, y, además, ¿por qué a mí, desde que lo vi por primera vez, de inmediato se me ocurrió imaginar que aquel perro no era como los demás perros, sino que era... un perro singular, que irremisiblemente debía de tener algo de fantástico, de mágico; que tal vez fuera una especie de Mefistófeles en forma de perro y que su suerte, de algún modo misterioso, ignorado, estaba ligada a la de su dueño? Al verlo nada más, se adivinaba que sin duda habían transcurrido veinte años desde la última vez que comiera. Su delgadez era la de un esqueleto (¿qué más?) igual a la de su amo. Había perdido casi todo el pelo y el rabo, que le colgaba como un palo, siempre muy torcido, lo llevaba metido entre las piernas. Su cabeza, larga y flaca, siempre miraba al suelo. En mi vida había yo visto perro tan repelente. Cuando los dos iban por la calle —el amo delante y el chucho detrás—, éste le rozaba con el hocico los faldones del paleta, como pegado a ellos. Y su modo de andar y toda su facha parecían decir a cada paso:

—«¡Qué viejos somos, señor; qué viejos somos!».

Recuerdo que a mí se me ocurrió pensar que el viejo y su perro se habían escapado de alguna extraña narración

de Hoffmann, ilustrada por Gavarny, y que andaban por el mundo en calidad de anuncio ambulante del editor... Crucé finalmente la calle y me dirigí detrás del viejo a la pastelería.

Allí, el anciano se conducía de un modo extraño, y Müller, en pie, detrás del mostrador, había dado en los últimos tiempos en hacer una mueca de disgusto al ver entrar al no deseado visitante. En primer lugar, el extraño huésped nunca pedía nada. Siempre se iba derecho a un rincón, junto a la estufa, y se sentaba allí. Si ya estaba ocupado su sitio junto a la estufa, el viejo, después de permanecer algún tiempo contemplando con azorada perplejidad al que le había quitado su lugar, se encaminaba, cohibido, a otro rincón junto a la ventana. Cogía una silla, se sentaba en ella lentamente, se quitaba el sombrero, lo colocaba a su lado en el suelo, ponía junto a él su bastón, y después, acomodándose contra el respaldo del asiento, se quedaba inmóvil por espacio de tres o cuatro horas. Jamás cogía un periódico, ni profería una palabra, ni un rumor; se limitaba a sentarse y así permanecía, mirando al vacío con los ojos de par en par, pero con tal fijeza y falta de vida, que podía apostarse cualquier cosa a que no veía ni oía nada de cuanto lo rodeaba. El perro, después de dar dos o tres vueltas, sin salir del mismo sitio, concluía por echarse tristemente a sus pies; hundía el hocico entre sus patas, respiraba profundamente, y extendiéndose a lo largo en el suelo, se quedaba inmóvil toda la noche, como si estuviera muerto. Parecía como si aquellos dos seres se pasasen todo el día en algún lugar muertos y sólo al ponerse el sol se reanimasen con el único fin de dirigirse a la pastelería de Müller y cumplir allí con algún deber misterioso, ignorado. Después de permanecer sentado tres... o cuatro horas, el viejo finalmente se levantaba, cogía el sombrero y emprendía el regreso a su casa. Asimismo se levantaba el perro, y volviendo a encoger la cola y a bajar la cabeza, con el mismo lento paso de antes, seguía maquinalmente a su amo. Los clientes de la pastelería terminaron por hacerle el vacío, evitando codearse con él, como si les inspirase menosprecio. Pero él no llegó a advertirlo.

Los parroquianos de la pastelería eran en su mayoría alemanes. Iban allí de todo el Vosnesenskii Próspekt; eran propietarios de distintos establecimientos: cerrajerías, panaderías, tintorerías, sombrererías, guadarneses; todos ellos gente patriarcal, en la acepción tudesca de la palabra. El dueño solía hacer tertulia con los clientes conocidos, y se sentaba con ellos a la mesa, en la que consumía la acostumbrada cantidad de ponche. Los perros y los pequeños hijos del pastelero se acercaban también a veces a los parroquianos, quienes los acariciaban. Todos se conocían y se respetaban. Y cuando los clientes se ensimismaban en la lectura de periódicos alemanes, detrás de la puerta del fondo, en el cuarto del dueño, sonaban los acordes del vals Agustín, que en el derrengado piano tocaba la hija mayor del dueño, una rubia alemancita de pelo rizado, muy parecida a una ratita blanca. El vals era acogido con satisfacción. Yo iba a casa de Müller los primeros días de cada mes a leer los diarios rusos que allí se recibían. Al entrar en la pastelería vi que el viejo ya estaba

sentado junto a la ventana, y el perro, como siempre, a sus pies. En silencio me senté en un rincón, y me hice esta pregunta: «¿Por qué vendré aquí cuando no tengo nada que hacer en este sitio y, además, estoy enfermo y debería irme aprisa a casa, tomar una taza de té y meterme en la cama? ¿Será que vengo sólo para ver a este viejo?».

Sentí un gran descontento. «¿Qué me importa a mí este hombre? —pensé, recordando la singular y morbosa impresión que ya me había causado su encuentro en la calle—, ¿Y qué me importan a mí todos estos tediosos alemanes?, ¿por qué esta extraña disposición de espíritu?, ¿por qué este invencible anhelo de soledad que vengo notando en mí de algún tiempo a esta parte y que me impide vivir y mirar con ojos claros la vida, ese anhelo que ya advirtió en mí un crítico al censurar con acritud mi novela?». Pero así cavilando y refunfuñando, continuaba en mi sitio, con la enfermedad que me atormentaba más y más, hasta que, por último, me resultaba doloroso abandonar aquel local tan calentito. Cogí la *Gaceta de Francfort*, leí dos líneas y me amodorré.

Los alemanes no me molestaban. Leían, fumaban y sólo de cuando en cuando, una vez cada media hora, se comunicaban unos a otros, lacónicamente y en voz baja, alguna noticia de Francfort o alguna agudeza de su célebre escritor satírico Safir. Después, con su orgullo nacional duplicado, volvían a sumirse en la lectura.

Estaría así adormilado una media hora cuando me desperté con un fuerte escalofrío. Decididamente debía irme a casa. Pero en aquel mismo instante una escena alemana que se desarrolló en la pastelería me obligó una vez más a quedarme. Ya dije que el viejo, no bien se acomodaba en su silla, inmediatamente fijaba la vista en un punto y ya no volvía a posarla en ningún otro en toda la noche.

Alguna vez me ocurrió a mí ser el blanco de aquella mirada, que se fijaba en uno, alelada, terca y sin ver, y en tales casos me daba prisa a cambiar de sitio. Aquella vez la víctima del viejo fue un alemán pequeño, rechoncho, sumamente remilgado y con una carota roja; era un cliente de paso, que tenía un negocio en Riga y que se llamaba, según supe después, Adam Ivanich Schultz, amigo íntimo de Müller, pero que no conocía aún al viejo ni a muchos de los parroquianos. Con delectación estaba leyendo el *Dorfbarbier* y, saboreando su ponche, cuando de pronto alzó la cabeza y se encontró con la inmóvil mirada del anciano fija en su persona. Aquello le disgustó. Era Adam Ivanich un hombre muy quisquilloso y susceptible, como lo son, en general, todos los alemanes distinguidos. Le pareció raro y ofensivo que lo examinaran con aquella insistencia y descortesía. Con reprimido descontento apartó la vista del poco delicado parroquiano, refunfuñó algo para sus adentros, y en silencio volvió a aplicarse a la lectura del periódico. Pero no pudo aguantarse, y pasados dos minutos miró al viejo furtivamente por encima de aquél; la misma terca mirada, el mismo imbécil examen. Se calló Adam Ivanich también aquella vez.

Pero al repetirse aquello por tercera vez, se irritó, y juzgó su deber salir a la defensa de su honor y no dejar malparada, delante de un público distinguido, la noble ciudad de Riga, que, al parecer, creía representar. Con un gesto de enfado dejó el

periódico sobre la mesa, dio en ella un golpe enérgico con la varilla en que aquél iba prendido, y arrebatado por un sentimiento de dignidad personal, rojo por efecto del ponche y de la indignación, posó a su vez sus ojillos inyectados en sangre en el molesto anciano. Parecía que ambos, el alemán y su adversario, pugnaban por dominar el uno al otro con el poder magnético de sus miradas y aguardaban a ver cuál de los dos se rendía antes y bajaba la vista. Aquel golpe con la varilla y la extravagante postura de Adam Ivanich atrajeron sobre él la atención de los presentes.

Todos dejaron su ocupación, y con grave y tranquila curiosidad se pusieron a contemplar a los contendientes. La escena resultaba sumamente cómica. Pero el magnetismo de las retadoras miradas del colorado Adam Ivanich no surtía efecto. El viejo, despreocupado, seguía mirando imperturbable al furioso señor Schultz, y por cierto no notaba que era objeto de la curiosidad general; ni más ni menos que si tuviera su cabeza en la Luna y no en la Tierra. Por último, a Adam Ivanich se le agotó la paciencia y estalló:

—¿Por qué me mira así? —interpeló en alemán con voz tajante y amenazador aspecto.

Pero su adversario persistió en su silencio, como si no le hubiese entendido, ni oído siquiera. Adam Ivanich decidió interpelarlo en ruso:

—¡Le pregunto a usted que por qué me mira con tanta insistencia! —exclamó con redoblada furia. ¡Yo soy conocido en la corte y usted no! —añadió, saltando de la silla.

Pero el viejo no se inmutó. Entre los alemanes se levantó un murmullo de desconcierto. El propio Müller, atraído por el rumor, entró en la estancia. Enterado del asunto, pensó si sería sordo el viejo y fue a decirle en los mismos oídos:

—El señor Schultz le ruega no lo mire tan fijamente —le gritó con todos sus bríos, mirando de hito en hito al extraño parroquiano.

El viejo miró maquinalmente a Müller, y de pronto, en su cara, impasible hasta entonces, hubo indicios de algún pensamiento enojoso, de cierta intranquila emoción. Se inclinó, cogió aprisa su sombrero y su bastón, se levantó del asiento y, con dolorida sonrisa, la sonrisa humilde de un pobrecito que, por equivocación, ha ocupado un sitio que no le corresponde, se dispuso a abandonar el establecimiento. En aquella precipitación mansa, sumisa, del pobre anciano harapiento había tanto de penoso, tanto de aquello que a veces parece oprimirnos el corazón, que todos los presentes, empezando por Adam Ivanich, cambiaron enseguida de actitud. Era evidente que el viejo no sólo era incapaz de ofender, sino que a cada instante temía que pudiesen echarlo de allí como a un mendigo.

Müller era hombre bueno y compasivo en extremo.

—¡No, no! —exclamó Müller, dándole al anciano una palmadita alentadora en el hombro. ¡Siéntese! Aber *Herr* Schultz le ruega que no lo mire con tanta insistencia. Es conocido en la corte.

Pero el pobrecillo no comprendía nada; se agachó todavía más que antes, recogió

su viejo pañuelo azul hecho jirones, que se le había caído del sombrero, y empezó a hostigar a su perro, que continuaba tendido sin moverse en el suelo, al parecer muy dormido, con el hocico entre las patas delanteras.

—¡Azorka! ¡Azorka! —gritó con temblona voz de viejo. ¡Azorka!

Azorka permaneció impasible.

—¡Azorka! ¡Azorka! —repitió el viejo, con ansiedad, y le dio al perro con el bastón. Pero aquél siguió sin cambiar de postura.

El palo se le cayó de las manos. Se puso de rodillas y, con ambas manos, levantó el hocico de Azorka. ¡Pobre Azorka!... Estaba muerto. Se había muerto sin sentir, a los pies de su amo, quizá de vejez, quizá también de hambre. El viejo lo contempló un instante trastornado, como si no acabara de comprender. Luego, en silencio, se inclinó sobre su difunto servidor y rozó su pálido rostro con el frío hocico de aquél. Todos estábamos emocionados... Finalmente se levantó el desdichado. Estaba muy pálido y temblaba, como atacado de fiebre.

—Se le puede disecar —dijo el compasivo Müller, deseoso de consolar un poco al anciano. Sí, se le puede disecar; Fiódor Karlovich Krieger es maestro en ese arte —afirmó Müller, recogiendo del suelo el bastón y dándoselo al viejo.

—Sí; yo hago eso muy bien —aseguró el propio *Herr* Krieger, tomando la palabra.

Era un alemán larguirucho, seco y bondadoso, con unos pelos rizados y revueltos, ojillos diminutos y nariz encorvada.

—Fiódor Karlovich Krieger tiene mucho talento para hacer toda clase de excelentes trabajos de disección —añadió Müller, que empezaba a entusiasmarse con su idea.

—Sí, yo tengo mucho talento para hacer toda clase de excelentes trabajos de disección —volvió a afirmar *Herr* Krieger—, y yo le disecaré a usted su perro gratis —agregó en un arranque de magnánimo desprendimiento.

—Eso, no; yo le pagaré a usted su trabajo —exclamó Schultz, poniéndose doblemente encarnado, y arrebatado también de generosidad, y considerándose causa inocente de aquella desdicha.

El viejo escuchaba todo aquello con cara de no comprender y seguía temblándole todo el cuerpo.

—¡No se vaya! ¡Va usted a beber una copita de un coñac superior! —exclamó Müller, al ver que el enigmático cliente se disponía a irse.

Le dieron el coñac. El viejo cogió maquinalmente la copa; pero la mano le temblaba y, antes de que pudiera llevársela a los labios, vertió la mitad en el suelo y, sin beber ni una gota, volvió a dejarla en el mostrador. Luego, esbozando una extraña sonrisa, que no guardaba relación alguna con la situación, con paso presuroso, desigual, salió de la confitería, dejando allí a Azorka. Todos estábamos atónitos; se oyeron exclamaciones.

—*Schwernoth! Was für eine Geschichte!*^[1] —decían los alemanes, mirándose

unos a otros.

Yo me lancé en pos del anciano. A algunos pasos de la confitería, saliendo a la derecha, había una callejuela angosta y oscura y de casas enormes. Algo me decía que irremisiblemente el viejo tenía que haberse ido por allí. La segunda casa de la derecha estaba en construcción y llena de andamios. La valla, que circundaba la casa avanzaba casi hasta la mitad de la calle; junto a la valla habían puesto un paso de tablas para los transeúntes. En un rincón oscuro que formaba la valla con la casa vecina, encontré al viejo. Estaba sentado en el filo del paso de tablas, y con ambas manos, apoyados los codos en las rodillas, se sostenía la cabeza. Me senté junto a él.

—Oiga —le dije, sin saber por dónde empezar—, no se aflija usted por Azorka. Ande, yo lo llevaré a su casa. Tranquilícese. Voy a buscar un coche. ¿Dónde vive usted?

El viejo no me respondió. Yo no sabía qué hacer. No pasaban por allí transeúntes. De pronto, me cogió la mano.

—¡Me ahogo! —exclamó con voz débil, apenas perceptible. ¡Me ahogo!

—¡Vamos a su casa! —exclamé yo, levantándolo a la fuerza. Tomará un poco de té y se acostará... Ya vuelvo con un coche. Llamaré al médico. Conozco uno...

No sé qué más le diría. Él se avino a levantarse; pero, después de haberse incorporado un poco, volvió a desplomarse y empezó a murmurar no sé qué con su voz confusa y apagada. Me incliné más hacia él y le oí:

—En Vasilii Ostrov —murmuró el viejo—; en la Sexta Línea... Sex... ta Lí... nea.

Luego calló.

—¿Vive usted en Vasilievskii? Pues entonces no iba bien, porque está a la izquierda y no a la derecha. Yo lo llevaré...

El anciano no se movía. Lo tomé de la mano, y su mano se desprendió de la mía como muerta. Lo miré a la cara, me incliné sobre él... ¡Era cadáver! A mí me parecía que todo aquello era un sueño.

Aquel incidente me acarreó muchos cuidados, en el curso de los cuales caí yo también enfermo con fiebre. Luego me dediqué a buscar el domicilio del viejo. Vivía éste, a pesar de todo, no en Vasilievskii, sino a dos pasos del mismo sitio en que murió, en la casa Klugen, bajo el mismo tejado, en el quinto piso, en un piso para él solo, compuesto de un mezquino recibimiento y una habitación grande, pero muy baja de techo, con tres hendiduras a modo de ventanas. Vivía en la mayor miseria. Su mobiliario se reducía a una mesa, dos sillas y un diván viejísimo, duro como piedra; éstos eran todos sus bienes. La estufa, por lo visto, llevaba ya mucho tiempo sin encenderse; tampoco había velas. Pienso ahora que el viejo iba a casa de Müller sólo para tener un rato de luz y calor. Encima de la mesa había un cantarillo de barro vacío y una vieja corteza de pan duro. En cuanto a dinero, ni un copec. No se encontró ni siquiera la ropa blanca necesaria para amortajarlo; alguien donó una camisa. Era claro que no podía vivir así, de aquella manera, tan solo, y era probable que, aunque

únicamente de cuando en cuando, fuera alguien a visitarlo. En la mesa estaba su pasaporte. El difunto era extranjero, pero súbdito ruso, Yeremia Smith, mecánico, de setenta y ocho años. Encima de la mesa había dos libros: un compendio de geografía y el Nuevo Testamento, en su versión rusa, con las márgenes tiznadas de lápiz y marcadas con las uñas. Adquirí aquellos libros para mí. Pregunté a los vecinos, al casero...: nadie sabía casi nada. En esa casa había muchos inquilinos, casi todos artesanos y alemanes, que ocupaban habitaciones amuebladas y con pensión. El administrador de la casa, una persona distinguida, tampoco pudo decirme gran cosa del difunto, sino que el cuarto aquel costaba seis rublos al mes, que el difunto llevaba viviendo allí cuatro, pero que los dos últimos no había pagado ni un solo copec, por lo que se había visto obligado a despedirlo. Le pregunté: «¿Venía alguien a verlo?». Pero nadie supo darme una respuesta satisfactoria. La casa era grande: no pocos entraban en aquella especie de arca de Noé. Era imposible recordarlos a todos. El portero, que llevaba allí cinco años, y seguramente habría podido darme algunos datos, se había ido hacía dos semanas a su pueblo, con sus padres, dejando en su lugar a un sobrino, un chico joven, que aún no conocía ni a la mitad de los vecinos. No sé muy bien cómo terminaría todo aquello, pero lo cierto es que dieron sepultura al difunto. Durante aquellos tres días, entre otras cosas que debía hacer, fui a Vasilievskii Ostrov, en la Sexta Línea, y no hice más que llegar allí, cuando tuve que reírme de mí mismo: ¿qué podía yo ver en la Sexta Línea sino una hilera de vulgares casas? «Pero ¿por qué —me decía yo— el viejo, al morir, mencionaría la Sexta Línea y Vasilievskii Ostrov? ¿Estaría delirando?».

Fui a ver el cuarto de Smith y me agradó. Lo alquilé para mí. Lo principal era que se trataba de un cuarto grande, aunque de techo muy bajo, tanto que a mí, al principio, me parecía que iba a dar en él con la cabeza. Por lo demás, no tardé en acostumbrarme. Por seis rublos al mes no era posible encontrar nada mejor. Su independencia me sedujo; no había más que arreglar la cuestión del servicio, porque, sin tener a nadie que a uno le sirva, es imposible vivir. El portero, al principio, se ofreció a subir al piso por lo menos una vez al día y atenderme en lo más necesario. «Y quién sabe —pensaba yo— si no vendrá alguien a buscar al viejo». Pero habían pasado ya cinco días de su muerte y nadie había aparecido.

II

Por aquel tiempo, es decir, hace de esto un año, aún colaboraba yo en los periódicos, redactando artículos. Creía firmemente que llegaría a escribir algo importante, bueno. Trabajaba entonces en una novela grande; mas la cosa paró en que caí enfermo en un hospital y, al parecer, estoy destinado a una pronta muerte. Y si tan pronto voy a morir, ¿para qué escribir?

Involuntaria y continuamente recuerdo todo aquel tedioso año, el postrero de mi vida. Quiero ahora escribirlo todo, y si no me proporcionase yo a mí mismo esta ocupación, moriría de tristeza. Todas esas pretéritas impresiones a veces me torturan. Bajo los puntos de la pluma adoptarán un carácter más tranquilizador, más sereno; se harán menos semejantes a un delirio, a una pesadilla. Eso creo. El solo mecanismo de la pluma es ya beneficioso; calma, enfría, despierta en mí los antiguos hábitos del literato, convierte mis evocaciones y ensueños dolorosos en trabajo... Sí, pensé acertadamente. Además, le legaré mi manuscrito al enfermero, aunque sólo sea para que con mis memorias tape las ventanas cuando les pongan los marcos de invierno.

Pero, después de todo, he empezado mi relato, no sé por qué razón, por la mitad. Puesto que lo voy a contar todo, preciso será empezar por el principio. Por lo demás, mi autobiografía no ha de ser muy larga.

No nací aquí, sino lejos, en el gobierno de****. Debo suponer que mis padres eran buenas personas, pero me dejaron huérfano muy niño, y tuve que criarme en casa de Nikolai Serguieyich Ijméniev, modesto propietario, quien me acogió por pura lástima. No tenía más hijos que una niña, Natascha, a la que llevaba yo tres años. Nos criamos juntos, como hermano y hermana. ¡Oh mi dulce infancia! ¡Cuán profundamente te deploro y lamento ahora, que tengo veinticinco años, y al morir, sólo te recuerdo con entusiasmo y gratitud! ¡Entonces el cielo era tan despejado, con un sol tan poco petersburgués, y rebosaban de tal alegría nuestros corazones! Entonces, a nuestro alrededor, teníamos campos y bosques, y no un montón de inertes piedras, como ahora. ¡Qué maravillosos el jardín y el parque Vasilievskoye, del que Nikolai Serguieyich era administrador! En aquel jardín jugábamos Natascha y yo, y había a espaldas del jardín un lóbrego bosque, en el que ambos nos perdimos un día. ¡Qué bellos tiempos! La vida se nos mostraba por vez primera misteriosa y atrayente, y qué placer era ir conociéndola. Entonces, tras cada arbusto, tras cada árbol, nos parecía como si viviese algún ser misterioso y desconocido para nosotros; el mundo de las apariencias se confundía con la realidad. Y cuando en los hondos valles espesaba la bruma vespertina y se prendía por entre las malezas que trepaban por la pedregosa vertiente de nuestro gran barranco, Natascha y yo, al filo de la sima, cogidos de la mano, con temerosa curiosidad, mirábamos hacia abajo y esperábamos que alguien llegase hasta nosotros desde allí o que surgiese de entre la niebla, y los cuentos de nuestra nodriza se nos antojaban la pura, incuestionable verdad. En cierta ocasión,

mucho tiempo después, le recordé a Natascha cómo en aquella época nos regalaron una vez un libro de lecturas infantiles y cómo inmediatamente nos fuimos al jardín, junto al estanque, donde a la sombra de un añoso y frondoso arce teníamos nuestro predilecto banco verde, y allí nos sentamos y nos pusimos a leer *Alphonse et Dalinde*, un cuento de hadas. Aún ahora no puedo recordar aquel cuento sin sentir un extraño vuelco en el corazón; y al recordarle hace un año a Natascha las dos primeras líneas —Alphonse, el héroe de mi cuento, nació en Portugal; don Ramiro fue su padre, etc.—, por poco me echo a llorar. Seguramente esto fue una estupidez y por ello Natascha sonrió tan extrañamente de mi entusiasmo. Por lo demás, se dio cuenta en seguida (lo recuerdo), y, para consolarme, se puso ella misma a evocar el pasado. Palabra tras palabra, también ella se iba emocionando. Inolvidable aquella noche; pasamos revista a todo; y cuando me enviaron a la capital del gobierno, a un colegio interno —¡Señor, cómo lloré entonces!—, y cuando volvimos a separarnos, al dejar yo para siempre Vasilevskoye. Entonces ya había terminado los estudios en el colegio, y me trasladaba a Petersburgo para ingresar en la Universidad. Tenía yo entonces dieciocho años, y ella quince. Dice Natascha que yo, entonces, era tan desgalichado, tan delgaducho, que no era posible mirarme sin sentirse tentado a reír. Al momento de la despedida, yo la llevé aparte, con intención de decirle algo terriblemente serio, pero la lengua se me trabó de pronto y no acerté a hablar. Recuerda ella que yo estaba muy agitado. Naturalmente, se frustró nuestro coloquio. Yo no sabía qué decir, y ella, es posible que tampoco; en otro caso me hubiese comprendido. Lo único que yo hice fue echarme a llorar con amargura, y me alejé sin haber dicho nada. Nos volvimos a ver, mucho después, en Petersburgo. Fue hará cosa de dos años. El viejo Ijméniev había venido a gestionar su pleito.

III

Nikolai Serguieyich Ijméniev procedía de buena familia, pero desde hacía mucho venida a menos. Sin embargo, había heredado de su padre una buena propiedad, con ciento cincuenta almas. A los veinte años resolvió ingresar en los húsares. Todo iba muy bien, cuando a los seis años de servicio, en una noche infausta, se jugó todos sus bienes. No pegó un ojo en toda aquella noche. A la siguiente volvió a presentarse en la mesa de juego y apuntó a una carta su caballo, lo último que le quedaba. Salió la carta, y luego otra, y una tercera y a la media hora, había vuelto a ganar una de sus fincas, la Ijmenievka, con cincuenta almas, según el último censo. No siguió jugando, y al día siguiente pidió su retiro. Perdió irremisiblemente cien almas. A los dos meses le dieron el retiro, con grado de teniente; y fue a afincarse en su alquería. Nunca en la vida volvió a hablar de aquellas jugadas, y, no obstante su notoria bondad, habría reñido con quien se hubiese atrevido a recordárselas. En la aldea se ocupaba del cuidado de sus tierras, y a los treinta y cinco años de edad contrajo matrimonio con una señorita pobre de noble linaje, Anna Andréyevna Schumilova, sin dote, pero que se había educado en un distinguido internado de la capital, cosa de la cual estuvo Anna Andréyevna orgullosa toda su vida, aunque nadie pudo nunca adivinar en qué había consistido aquella educación. Nikolai Serguieyich resultó un economista excelente. De él aprendían todos los terratenientes vecinos. Transcurrieron algunos años, y de pronto, en la finca vecina, en el caserío Vasilievskii, que tenía novecientas almas, se presentó, procedente de Petersburgo, el príncipe Piotr Aleksándrovich Valkovskii, su dueño. Su llegada produjo una fuerte impresión. El príncipe era todavía un hombre joven; ocupaba una alta posición, tenía relaciones distinguidas, era guapo, disponía de dinero y, finalmente, era viudo, lo que, naturalmente, era lo que más interesaba a las señoras y señoritas de todo el distrito. Hablaban de la brillante acogida que le había dispensado el gobernador de la capital, del que resultaba, en cierto grado, pariente: de que todas las damas de la capital habían quedado encantadas de su finura, etc. En una palabra: que era uno de esos brillantes representantes de la alta sociedad petersburguesa que rara vez se dejan ver en provincias y que, cuando lo hacen, producen extraordinario efecto. El príncipe, sin embargo, no era nada amable, sobre todo con aquellos que no necesitaba y a los que consideraba inferiores. Con sus vecinos de finca tuvo a bien no entablar relaciones, lo que le granjeó muchas enemistades. Pero luego se maravillaron cuando, de pronto, se le ocurrió hacerle una visita a Nikolai Serguieyich. Cierto es que éste era uno de sus más inmediatos vecinos. En casa de los Ijménievs produjo el príncipe una gran impresión. En seguida sedujo al matrimonio, aunque quien más se entusiasmó fue Anna Andréyevna. A poco de eso ya entraba él allí como en su casa; iba a verlos todos los días, los invitaba a su finca, les hacía chistes, contaba anécdotas, tecleaba en su detestable piano, cantaba. Los Ijménievs no salían de su asombro: ¿cómo era posible que de un hombre tan fino y simpático pudieran decir que era orgulloso,

altivo, egoísta, según proclamaban sus vecinos? Fuerza es pensar que al príncipe le había sido efectivamente simpático Nikolai Serguieyich, hombre sencillo, recto, franco, de noble condición.

Por lo demás, no tardó en explicarse todo. El príncipe había ido a Vasilievskoye con objeto de despedir a su administrador, un alemán libertino y ambicioso; un agrónomo, dotado de canas respetables, pero que robaba sin el menor empacho y, como si eso fuera poco, había hecho morir a golpes a algunos labriegos. Iván Karlovich era hombre experto en aprovechar ocasiones; lanzaba bravatas y alardeaba sobre la caballerosidad germánica. Pero, a despecho de todo eso, lo echaron de allí hasta con cierto vilipendio. El príncipe necesitaba un administrador, y fijó su elección en Nikolai Serguieyich, hombre entendido y honrado, respecto del cual era imposible concebir la menor sospecha. Al parecer habría querido el príncipe que el propio Nikolai Serguieyich se le hubiese ofrecido para el cargo de administrador; pero no ocurrió así, y el príncipe, una bellísima mañana, fue él mismo a proponérselo en forma de la más amistosa e insistente súplica. Ijméniev se negó al principio, pero los emolumentos considerables sedujeron a Anna Andréyevna, y las redobladas amabilidades del solicitante acabaron de disipar las últimas dudas. El príncipe alcanzó su objetivo. Debemos convenir en que era un gran concedor de las personas. En el breve tiempo de su trato con Ijméniev supo perfectamente con quién se las había, y comprendió que a aquél había que ganarlo de un modo amistoso y cordial, atraerse su corazón, y que sin eso el dinero serviría de muy poco. Necesitaba un administrador en el que pudiera confiar a ciegas y para siempre, a fin de no volver nunca más a Vasilievskoye, según, efectivamente, pensaba. La seducción que en Ijméniev ejerciera fue tan fuerte, que con sinceridad plena creyó éste en su amistad. Nikolai Serguieyich era uno de esos individuos buenos e ingenuamente románticos, que tanto abundan aquí en Rusia, y que, cuando le toman afecto a una persona (a veces Dios sabe por qué), le entregan toda su alma, extremando en ocasiones su adhesión hasta un punto grotesco.

Pasaron unos años. La propiedad del príncipe prosperaba. Las relaciones entre el dueño de Vasilievskoye y su administrador también transcurrían sin la menor desavenencia, reducidas a los temas prácticos. El príncipe, sin meterse nunca en lo que Nikolai Serguieyich disponía, solía darle consejos que admiraban a Ijméniev por su índole práctica y oportuna. Era claro que no sólo no gustaba de hacer gastos superfluos, sino que también sabía ahorrar. A los cinco años de su visita a Vasilievskoye, le envió a Nikolai Serguieyich un poder, facultándolo para la adquisición de otra magnífica propiedad, con cuatrocientas almas, en el mismo gobierno. Nicolai Serguieyich estaba entusiasmado; los éxitos del príncipe, los rumores de sus triunfos, de su encumbramiento, le llegaban al alma, como si se tratase de un hermano suyo. Pero su entusiasmo llegó al colmo cuando el príncipe le demostró la gran confianza que le tenía. He aquí cómo fue aquello... Pero, al llegar a este punto, me es imprescindible recordar algunos pormenores particulares de la vida

del príncipe Valkovskii, que es, en cierto modo, uno de los principales personajes de mi relato.

IV

Ya dije antes que era viudo. Se había casado muy joven, por dinero. De sus padres, que definitivamente se habían arruinado en Moscú, apenas heredó nada. Vasilievskoye estaba hipotecado y muy hipotecado; pesaban sobre él deudas enormes. El príncipe, que a la sazón tenía veintidós años y se había visto obligado a colocarse en Moscú en no sé qué oficina, no tenía ni un copec y andaba por la vida como mísero vástago de añoso tronco. Su matrimonio con la hija de un comerciante y labrador, vino a salvarlo. El suegro, sin duda, lo engañó respecto a la dote. Pero, a pesar de todo, con los dineros de la mujer pudo rescatar las tierras de su padre y recuperar la situación de la familia. La hija del comerciante, la consorte del príncipe, apenas sabía escribir, no podía decir dos palabras seguidas y era fea. Pero poseía dignidad y era buena y dócil. El príncipe supo sacar pleno partido de aquella dignidad; al primer año de casados, después de que ella lo hizo padre de un hijo, abandonó a su mujer en brazos del suegro en Moscú. Él se trasladó entonces al gobierno de^{***}, donde, merced a la influencia de un conocido personaje de Petersburgo, se granjeó un brillante puesto. Su alma estaba ávida de honores, de distinciones, de un buen porvenir, y comprendiendo que con su mujer no podría vivir ni en Petersburgo ni en Moscú, resolvió, en espera de algo mejor, iniciar su carrera en provincias. Cuentan que ya durante ese primer año de convivencia con su esposa, la hizo sufrir mucho con sus malos tratos. Tales rumores mortificaban a Nikolai Serguieyich, quien salía con vehemencia a la defensa del príncipe, afirmando que era incapaz de portarse de modo tan innoble. Al cabo de ocho años, la princesa murió, y su viudo se trasladó a Petersburgo. Allí causó también cierta impresión. Joven todavía, guapo, rico, dotado de algunas brillantes cualidades, de ingenio indudable, de buen gusto y de un inalterable buen humor, se presentó, no como quien busca protección y buena suerte, sino con suficiente independencia. Dicen que, en efecto, tenía algo de fascinante. Gustaba extraordinariamente a las señoras, y sus relaciones con una beldad del gran mundo le granjeó una fama de escándalo. Derrochaba el dinero y no le dolía, pese a su tacañería innata, que rayaba en la mezquindad; jugaba fuerte a las cartas y no fruncía el ceño ante las más enormes pérdidas. Pero no sólo a divertirse había ido a Petersburgo; necesitaba establecerse definitivamente en la capital y consolidar su carrera. Lo consiguió. El conde Nainskii, su influyente deudo, que no habría reparado en él de haberlo visto llegar como un vulgar solicitante, impresionado ahora por sus triunfos en sociedad, juzgó posible y distinguido fijar en él su particular atención y hasta se dignó recibir en su casa, para educarlo, a su hijo, que contaba a la sazón ocho años. Por aquel tiempo fue la visita del príncipe a Vasilievskoye y su conocimiento con Ijméniev. Finalmente, habiendo obtenido por mediación del conde un puesto principal en una de las más importantes embajadas, se trasladó al extranjero. Volvieron a correr turbios rumores acerca de él; hablaban de

cierto enojoso incidente que le habría ocurrido en el extranjero; pero nadie podía precisar de qué se trataba. Solamente se supo que había logrado comprar cuatrocientas almas, según ya dije. Volvió del extranjero muchos años después con un cargo importante, e inmediatamente ocupó en Petersburgo una posición encumbrada. Por la Ijmenievka se difundió el rumor de que iba a casarse en segundas nupcias, entroncando con una distinguida, opulenta y poderosa familia. «¡Mírenlo hecho un gran señor!», exclamó Nikolai Serguieyich, frotándose las manos de gusto. Yo estaba entonces en Petersburgo, en la Universidad, y recuerdo que Ijméniev me escribió expresamente para hablarme de eso y preguntarme lo que había de cierto en aquellos rumores de boda. Escribió también al príncipe, implorando para mí su protección, pero el príncipe dejó sin respuesta su carta. Yo sólo sabía que su hijo, educado primero en casa del conde y luego en el Liceo, había terminado sus estudios de ciencias a los diecinueve años. Así se lo comuniqué a Ijméniev y también le hice saber que el príncipe quería mucho a su hijo, lo mimaba grandemente y ya empezaba a preocuparse de su porvenir. Todo esto lo sabía yo por un condiscípulo mío que conocía al joven príncipe. Por aquel mismo tiempo, una hermosísima mañana recibió Nikolai Serguieyich una carta del príncipe que le produjo extraordinario asombro.

El príncipe, que hasta entonces, según dije, se había limitado en sus relaciones con Nikolai Serguieyich a tratar pura y simplemente de sus asuntos, le escribía ahora en los términos más detallados, francos y amistosos, acerca de sus circunstancias familiares. Se lamentaba por su hijo, diciéndole que éste lo tenía muy disgustado por su mala conducta; que, naturalmente, no había que tomar muy en serio aquellas diabluras de chico (como se ve, se esforzaba por disculparlo), pero que, a pesar de todo, estaba resuelto a castigarlo, a meterle un poco de miedo: lo enviaría por una temporada a la aldea, bajo la tutela de Ijméniev. Escribía el príncipe que se remitía por completo «a su bonísimo y nobilísimo Nikolai Serguieyich, y en particular a Anna Andréyevna». Les rogaba acoger a aquel ciclón en su familia, que procurasen hacerle sentar cabeza, que le tomasen afecto y, a ser posible, y eso era lo principal, que corrigieran su atolondrado carácter y le «inculcasen esas reglas de vida salvadoras y rígidas que tan necesarias son al hombre». Ni qué decir que el viejo Ijméniev tomó la cosa con entusiasmo. Se presentó el principito y lo recibió en su casa como a su propio hijo. No tardó Nikolai Serguieyich en cobrarle vivo afecto, y otro tanto le ocurrió a su Natascha, hasta el punto que aun después, cuando ya había roto definitivamente con el príncipe-padre, el viejo se acordaba con gusto de su Alioscha, que era como solía nombrar al príncipe Aleksieyi Petróvich. Éste era, en el fondo, un muchacho simpatiquísimo; guapo, débil de carácter y nervioso como una mujer, pero jovial e ingenuo, con un alma franca y capaz de los más nobles sentimientos, y un corazón amoroso, sincero y agradecido... Llegó a ser el ídolo de los Ijménievs. Pese a sus diecinueve años, era todavía un niño. Difícil resultaba imaginarse por qué lo habría enviado allí su padre, que, según ya dije, lo quería mucho. Murmuraban que el principito, en Petersburgo, había llevado una vida

huracanada y loca, que no quería entrar al servicio del Estado y que tenía a su padre muy descontento por esa razón. Nikolai Serguieyich no quiso preguntarle nada a Alioscha, porque su padre, por lo visto, pasaba deliberadamente por alto en su carta la verdadera causa de su deportación. Por lo demás, corrían rumores relativos a cierta imperdonable locura de Alioscha, a no sé qué amoríos con una dama y a un desafío, amén de inverosímiles pérdidas en el juego; llegaban incluso a hablar de unos dineros ajenos que se había gastado. Decían también que el príncipe había resuelto aquello de alejar de sí a su hijo, no porque éste fuera culpable de nada, sino por ciertas consideraciones de índole personal, egoísta. Nikolai Serguieyich rechazaba con enojo estas suposiciones, tanto más cuanto que Alioscha quería muchísimo a su padre, a quien no había tratado durante toda su infancia y su adolescencia. Hablaba de él con entusiasmo, con arrebatos; era evidente que estaba sometido a su influjo. Alioscha solía hablar también de cierta condesa, por quien bebían los vientos padre e hijo, y que había dado preferencia a Alioscha, lo que había enojado al príncipe. Contaba siempre esta historia con orgullo, con infantil candor, entre risotadas ruidosas y joviales. Pero Nikolai Serguieyich de inmediato le cortaba la palabra. Alioscha afirmaba también que su padre quería casarlo.

Llevaba casi un año de extrañamiento, escribiéndole en los plazos convenidos, cartas respetuosas y discretas a su padre, y finalmente, hasta tal punto se había aclimatado en Vasilievskoye, que cuando, cumplido el año, fue el príncipe en persona a la aldea (de lo cual había prevenido oportunamente a Ijméniev), el propio desterrado le pidió a su padre que lo dejase continuar allí todo el tiempo posible, asegurándole que aquella vida rústica... era la mejor para él.

Todas las determinaciones y extravíos de Alioscha provenían de su temperamento, delicado y nervioso en grado sumo; de su fogoso corazón, de su aturdimiento, rayano a veces en insensatez; de su extraordinaria facilidad para someterse a cualquier influjo, y de su absoluta carencia de voluntad. Pero el príncipe tuvo que escuchar con cierto recelo su súplica... En general, a Nikolai Serguieyich le costaba trabajo reconocer al príncipe Piotr Aleksándrovich, su antiguo amigo, que había experimentado un cambio considerable. Se había vuelto de pronto muy desconfiado para con Nikolai Serguieyich; en la revisión de las cuentas, sobre todo, mostraba una avidez repulsiva, una tacañería y meticulosidad incomprensibles. Todo esto afligió profundamente a Ijméniev, que por largo tiempo se esforzó en no darse crédito a sí mismo. Aquella vez fue todo lo contrario que cuando el príncipe hiciera su primera visita a Vasilievskoye, catorce años antes. Aquella vez trabó amistad con todos sus vecinos, naturalmente con los de categoría. En cambio, a Nikolai Serguieyich no fue a visitarlo ni una sola vez, y se condujo con él como con un subordinado. De pronto, ocurrió un suceso inexplicable; sin motivo aparente se produjo una violenta ruptura entre el príncipe y Nikolai Serguieyich. Sonaron frases duras, ofensivas, proferidas por ambas partes. Indignado, Ijméniev se alejó de Vasilievskoye. Pero no pararon ahí las cosas. Por todos aquellos contornos empezaron

a difundirse chismorreos repugnantes. Aseguraban que Nikolai Serguieyich, adivinando el carácter del principito, había sabido aprovechar en su favor todos sus defectos; que su hija Natascha (que a la sazón había cumplido los dieciocho) se había dado maña en sorberle el seso al joven, que ya tenía veinte; que sus padres protegían aquellos amores, aunque fingían no advertirlos; que la astuta e inmoral Natascha había acabado por trastornar al muchacho; que en todo el año, gracias a sus ardides, no había visto siquiera a una sola de las señoritas verdaderamente nobles, con tantas como habría podido conocer en las honorables casas de los terratenientes vecinos. Aseguraban, finalmente, que los novios habían convenido entre sí ir a casarse a quince verstas de distancia de Vasilievskoye, en la aldea Grigoriev, al parecer a escondidas de los padres de Natascha, quienes, no obstante, estaban al tanto de todo hasta en sus menores detalles, y asesoraban a la hija con sus abominables consejos. En resumen: que un libro entero sería poco para recoger en él todo lo que aquellas comadres de la comarca decían a cuenta de esa historia. Pero lo más notable era que el príncipe creía todo aquello a pies juntillas y hasta se presentó en Vasilievskoye exclusivamente por esa razón, a consecuencia de cierta delación anónima que de la provincia le enviaron a Petersburgo. Sin duda, nadie que conociera a Nikolai Serguieyich habría podido dar crédito a una sola palabra de todas aquellas inculpaciones; pero lo cierto es que todos, según suele ocurrir, se alborotaban, hablaban, comentaban, movían la cabeza y... pronunciaban un fallo irrevocable. Ijméniev era harto orgulloso para ponerse a justificar a su hija ante las comadres, y con toda severidad le prohibió a su Anna Andréyevna entrar en explicaciones sobre el particular con ninguno de los vecinos. En cuanto a Natascha, que llevaba todo un año como blanco de aquellas calumnias, no sabía nada de ellas. Con todo cuidado se lo ocultaban en su casa, de modo que se mostraba tan alegre e inocente como una chiquilla de doce años. Entretanto, la desavenencia entre el príncipe e Ijméniev se ahondaba más y más. No dormían las personas oficiosas. Surgieron delatores y testigos, y el príncipe pudo, al fin, comprobar que la administración que durante largos años desempeñara Nikolai Serguieyich no se había distinguido ni remotamente por lo honrada. Más aún, que hacía tres años, con motivo de la venta de un bosque, Nikolai Serguieyich se había guardado para sí doce mil rublos en plata, de lo cual podía presentar ante los jueces pruebas claras con arreglo a la ley, tanto más cuanto que en la venta de aquel bosque había procedido sin contar con poderes legales del príncipe y por su propio impulso, notificándole luego al príncipe que había sido imprescindible, y remitiéndole por la venta una cantidad inferior a la realmente recibida. Claro que todo esto eran puras calumnias, como se demostraría después. Pero el príncipe lo aseguraba así, y emplazó a Nikolai Serguieyich ante los tribunales, asistido de testigos. Ijméniev no pudo aguantar más y respondió con insultos igualmente fuertes. Se produjo una escena terrible. Inmediatamente se entabló el pleito. Nikolai Serguieyich, por carecer de algunos documentos, y, sobre todo, de influencias, y no ser nada experto en tales asuntos, llevó desde el principio las de

perder. Le embargaron sus tierras. Irritado el viejo, lo dejó todo, y resolvió, finalmente, trasladarse a Petersburgo, a fin de gestionar personalmente su pleito, dejando en su lugar en el gobierno a un hábil abogado. Según parece, no tardó el príncipe en reconocer para sus adentros que había agraviado injustamente a Ijméniev. Pero las ofensas por ambas partes habían sido tan graves, que no cabía ni hablar de reconciliación, y el enfurecido príncipe puso en juego todas sus fuerzas para conseguir que se fallara a su favor, o, lo que era lo mismo, para arrebatarle a su exadministrador el último pedazo de pan.

V

Los Ijménieves, pues, se vinieron a vivir a Petersburgo. No describiré mi encuentro con Natascha, a quien, en aquellos cuatro años que de ella estuve separado, no había podido olvidar un instante. No sabría explicar el sentimiento que me inspiraba, pero al volver a verla, mi primer pensamiento fue que ella era la mujer que me deparaba el destino. Me pareció, desde luego, que estaba poco desarrollada y que seguía siendo la misma chiquilla de antes de nuestra separación. Pero cada día descubría en ella algún nuevo e ignorado encanto que parecía haber ocultado hasta entonces... ¡Qué entusiasmo me producían esos descubrimientos! Durante los primeros tiempos de su estancia en Petersburgo, Ijméniev se mostraba irritable, bilioso; su asunto no iba bien, y se encolerizaba, se llenaba de indignación y se entregaba por completo a sus papeles, sin cuidarse para nada de nosotros.

Anna Andréyevna, su mujer, estaba como trastornada. Petersburgo le daba miedo, suspiraba y lloraba, recordando el terruño donde hasta entonces viviera; se quejaba de que Natascha estaba en edad de casarse y no le salían pretendientes, de lo cual se lamentaba con una gran franqueza conmigo, seguramente por no tener otra persona de más confianza a quien hacerle sus confidencias. Yo había terminado por entonces mi primera novela; empezaba mi carrera literaria, y como era principiante, no sabía adonde volver los ojos. No había dicho nada a los Ijménieves por temor a una reprimenda, pues siempre me estaban reprochando vivir en la ociosidad, sin oficio ni beneficio, y que no hacía nada por colocarme.

Mi padre adoptivo me había regañado mucho, y como sus reproches eran nacidos de un paternal afecto, me dio reparo decirle en lo que me ocupaba. Le mentí, diciéndole que no encontraba destino, aunque hacía todo lo posible por conseguirlo. Un día, Natascha, con lágrimas en los ojos, me llamó aparte y me dijo que pensara en el porvenir; me interrogó, trató de saber cómo empleaba el tiempo, y como yo eludiera contestarle francamente, me hizo jurarle que no dejaría que la pereza y el ocio labrasen mi desdicha. Yo no le había dicho la clase de trabajo en que me ocupaba, a pesar de que una palabra suya de aliento me habría producido más júbilo que los juicios más favorables de todos los críticos juntos.

Por fin apareció mi libro. Antes de publicarse ya había armado gran revuelo en el mundillo literario. El crítico B... se puso contento como un niño al leer mis cuartillas. Nunca sentí tanta dicha como en los primeros momentos de mi triunfo. Yo no había enseñado ni leído mi obra a nadie; trabajaba a altas horas de la noche, lleno de ensueños y esperanzas; trabajaba con pasión; vivía con las criaturas que yo había creado como si fueran mis hijos, como si fueran seres que existían verdaderamente; los amaba, participaba de sus penas y alegrías, y la poca fortuna de mi héroe me hacía verter lágrimas.

No sé cómo describir cuánto alegró a Ijméniev y a su esposa el rumor de mi éxito, aunque su primera impresión fue de sorpresa. Anna Andréyevna no acababa de creer

que aquel joven escritor, a quien todo el mundo elogiaba, fuese... yo mismo, aquel Vania que..., y todo se le volvía mover la cabeza.

El viejo tardó más tiempo en rendirse, y cuando los primeros rumores llegaron a sus oídos, vino todo asustado, me dijo que ya podía yo dar por perdida toda esperanza de entrar al servicio del Estado y me habló de la vida desordenada que, por lo general, llevaban los escritores.

Pero las favorables apreciaciones que de mí hacían los periódicos y algunas palabras de elogio que oyó a personas en quienes tenía una confianza rayana en la adoración, le hicieron cambiar de idea. Cuando vio que mi trabajo me había valido dinero y lo que se podía ganar con la literatura, se desvanecieron sus últimos escrúpulos. Pronto pasó de la duda a la plena confianza; feliz como un niño con mi éxito, se entregó a las más grandes ilusiones, a los sueños más brillantes sobre mi porvenir. Cada día ideaba para mí nuevos triunfos y forjaba algún nuevo proyecto. ¡Y qué proyectos!

Empezaba a guardarme unas consideraciones que nunca antes había tenido conmigo. Pero recuerdo que volvían a asaltarle las antiguas dudas, y, en medio de su entusiasmo, salía diciendo: «Ser autor poeta, ¡qué cosa más singular! ¡Los poetas!, ¿habían hecho camino, alcanzado honores? ¡Nada había que esperar de esos embadurnadores de papel!».

Pude observar que estas perplejidades y dudas le entraban siempre en el crepúsculo... (tengo tan grabado en la memoria todo lo de aquel áureo tiempo...) sobre todo a esas horas se ponía nervioso, impresionable, y desconfiado. Natascha y yo lo sabíamos, y nos reíamos de antemano. Yo hacía todo lo posible por infundirle ideas más optimistas, y le contaba alguna anécdota de Sumarok, al que habían nombrado general, o de Derchavin, al que una vez le regalaron una tabaquera llena de moneditas de oro; le decía que la emperatriz Katerina había hecho una visita a Lemónosov; le hablaba de Pushkin, de Gogol...

—Ya sé, hijo mío, ya sé todo eso —respondía, aun cuando oyera esas historias por primera vez en su vida. En cuanto a ti, lo que me consuela un poco es que no te da por los versitos, hijo. Los versos son absurdos y no me gustan. Cree a un anciano que quiere tu bien: son tiempo perdido. ¡Qué los colegiales hagan versitos, pase; pero en un joven de tu edad, es ir derecho a la casa de locos! Pushkin será un gran hombre, nadie dice otra cosa; pero, al fin y al cabo, yo en verdad lo he leído poco; versos, y nada más, y eso es efímero. Pero la prosa es distinta; en prosa se puede hablar del amor a la patria, de la virtud... No puedo explicarme bien, pero tú me comprendes. Es el cariño el que me hace hablarte así... Por lo demás, vamos a ver, lee —dijo como remate, en tono protector, el día que por fin le llevé mi libro, en ocasión de hallarnos todos reunidos, después del té, alrededor de la mesa redonda. Léenos algo de eso que has garrapateado... Has hecho hablar mucho de ti; veamos, veamos qué es ello.

Abrí el libro y me dispuse a leer. Mi novela había salido a la venta el mismo día,

y en cuanto cogí un ejemplar, corrí con él a casa de Ijméniev. Había sentido mucho no poderles leer un trozo antes, pero el manuscrito lo tenía el editor.

Natascha lloró de despecho y se me quejó de que los extraños fuesen a leer mi libro antes que ella. Por fin estábamos todos preparados; el padre asumió un aire extraordinariamente solemne, de crítico. Quería juzgar severamente (convencerse por sí mismo). La vieja Anna tenía también un aire más solemne que de costumbre; por poco se pone una cofia nueva para oír la lectura.

Hacía tiempo que había advertido que yo miraba a su querida Natascha con amor infinito, que mi espíritu estaba pendiente de ella, que se me nublaba la vista cuando le hablaba, y que Natascha, a su vez, me miraba con unos ojos más brillantes que antaño: había llegado el tiempo en que el éxito venía a realizar mis dorados ensueños y a traerme la felicidad.

Había observado la vieja que su marido, desde hacía algún tiempo, me elogiaba de modo excesivo y nos miraba de una manera a su hija y a mí..., y se alarmó. ¡Yo no era ningún conde, ni príncipe, ni duque reinante! Ni siquiera un consejero de instrucción pública, con ideas como es sabido, joven, con muchas condecoraciones y guapito. «No sé por qué —pensaba ella, refiriéndose a mí— lo elogiarán tanto... Un escritor, un poeta... Pero ¿qué es, después de todo, un escritor?».

VI

Les leí mi novela de un tirón. Empezamos inmediatamente después del té, y permanecimos sentados hasta las dos de la madrugada. Al principio, el viejo frunció el ceño. Esperaba algo sublime, casi incomprensible para él, algo elevado, y en vez de eso se encontró con cosas que todo el mundo sabía, las mismas cosas que sucedían a diario en torno nuestro. ¡Si al menos mi héroe hubiese sido un hombre interesante! Algún personaje histórico...; pero no; yo sacaba a relucir a un pobre diablo, empleado, con la levita raída y sin botones^[2], y todo dicho en el lenguaje en que todo el mundo se expresa. ¡Era en verdad extraordinario! Anna Andréyevna miraba a su marido con aire interrogante y algo enfurruñada, como diciendo: «¿Vale la pena imprimir un libro así, y, sobre todo, dar dinero por él?».

Natascha era toda atención; escuchaba con gran interés; no cesaba un momento de mirarme a los labios y a cada palabra que yo pronunciaba movía los suyos. ¿Qué más podía pedir? Ya todos mis oyentes tenían los ojos arrasados en lágrimas. Anna Andréyevna lloraba de verdad, compadecía a mi héroe de todo corazón y deseaba ayudarle en sus desdichas, según infería yo de sus gestos. El viejo había renunciado a sus sueños de grandeza y elevación. «Por los primeros pasos se ve que no vas muy allá; la cosa está contada con sencillez, pero llega al corazón —dijo—, y se entiende y fija en la memoria lo que en torno nuestro ocurre. Por esta historia se ve que hasta el hombre más caído y humilde sigue siendo un hombre y merece el nombre de hermano nuestro». Natascha escuchaba, lloraba, y a escondidas, por debajo de la mesa, me apretaba fuertemente la mano. Terminó la lectura. Natascha se puso de pie, con las mejillas rojas y los ojos arrasados en llanto; me tomó de pronto una mano, me la besó y salió precipitadamente de la estancia. Los viejos se miraron entre sí.

—¡Hum! ¡Qué exaltación! —dijo el padre, asombrado de la candidez de la hija. No hay en esto maldad ninguna; es una buena chica —añadió, mirando a su mujer con la intención de justificar a su hija, y también, en cierto modo, a mí mismo.

Pero Anna Andréyevna, a pesar de la emoción que había experimentado durante la lectura, se veía ahora menos entusiasmada y parecía querer decir: «Alejandro de Macedonia será un héroe; pero ésta no es razón para que rompa las sillas».

Natascha no tardó en volver, feliz y contenta. Ijméniev quería juzgar en serio mi obra, pero su alegría le hizo olvidar su propósito.

—Muy bien, hermanito Vania —me dijo. Es mejor de lo que yo esperaba, aunque no es nada sublime. Mira, yo tengo *La liberación de Moscú*, y desde las primeras líneas se siente uno elevado por los aires como un águila, hermanito... Esto tuyo es sencillo y muy fácil de comprender. Es lo que más me gusta, que es comprensible y real; me parece que todo me ha sucedido a mí mismo. Después de todo, ¿a qué decir esas cosas tan sublimes, que nadie entiende? Pero no estaría mal que cambiases algo tu estilo. Yo te concedo mis elogios, pero creo que te falta un poco de elevación.

Bueno, ahora es tarde, ya está impreso. Pero en la segunda edición, porque harás otra edición..., y te dará más dinero...

—¿Es verdad, Iván Petróvich, que esto te produce mucho dinero? —preguntó Anna Andréyevna. ¡Oh Dios mío! Cuanto más te miro, más increíble me parece.

—¡Señor, el dinero que vas a ganar! Mira, Vania —continuó Ijméniev, alegrándose por momentos—, esto no vale lo que el servicio al Estado, pero es una profesión. Las gentes más elevadas te leerán. ¿Dices que Gogol cobra una pensión y que lo han enviado al extranjero?... ¡Quién sabe si tú...!, ¿eh?; o ¿es demasiado pronto todavía? Sí, puede que sea demasiado pronto; hará falta que escribas otra cosa. En este caso, escribe, hermanito, escribe ¡aprisa! No te duermas en los laureles.

Esto lo decía tan persuadido y con tal bondad de corazón, que no tuve valor para cortarle la palabra y refrenar su entusiasmo.

—¡Y si te regalan una tabaquera para animarte!... ¡Quién sabe! Quizá te inviten a la corte —añadió con malicia, guiñando el ojo a Natascha. ¿O es demasiado pronto para que te llamen?

—Bueno; ya lo tenemos en la corte —dijo la madre, resentida.

—Un poco más, y me hacen general —dije yo, riendo.

El viejo también reía con toda el alma; estaba plenamente satisfecho.

—Mi general, ¿no quiere usted comer algo? —dijo Natascha, que en el entretanto había preparado la cena. Y soltando una carcajada, se arrojó en brazos de su padre.

—¡*Pápascha, pápascha*, bueno!... —gritaba, poseída de entusiasmo.

—Bien, bien —decía Ijméniev, lleno también de emoción. Bueno, ya basta... General o no, vamos a comer... ¡Qué corazón tan sensible! —añadía, golpeando ligeramente las rojas mejillas de Natascha. Después de todo, Vania, mi amistad me hace hablar así; supongamos que no eres general, pero tampoco eres un desconocido: eres ¡un autor!

—Ahora se dice escritor, *pápascha*.

—¿Y no autor? Lo ignoraba. Bien. Le llamaremos escritor. Quiero decir que si no le hacen gentilhombre de cámara por su novela, tampoco hace falta; pero pueden hacerle cualquiera otra cosa: agregado a una embajada extranjera; mandarle a Italia para perfeccionarse en el arte, o asignarle una pensión. Y recibirás estas distinciones o sueldos por tus méritos, por tu trabajo, no como protección humillante.

—Entonces, ¡no te conformes con poco, Iván Petróvich! —añadió Anna Andréyevna.

—No, papá... —dijo Natascha, riendo—; que le den una condecoración; agregado de embajada, ¡qué miseria! —y me dio un pellizco en el brazo.

—Mírala cómo ríe —decía el viejo, mirando con orgullo a Natascha, cuyos ojos brillaban como estrellas. Quizá haya ido un poco lejos, hijos míos, pero yo soy así; y, sin embargo, cuando te miro, no veo en ti nada de extraordinario, Vania...

—Pero ¡por Dios!, ¿qué querías que fuese, *pápascha*?...

—No es eso lo que yo quería decir; quiero decir que no encuentro nada de poético

en su figura... Dicen que los poetas tienen el cabello así, largo, y unos ojos, asá... como Goethe y comparsa. Lo leí en un almanaque. Pero qué, ¿he dicho alguna tontería? ¿Por qué se rien de mí? Yo tengo ideas, pero no sé explicarme; tu figura no me parece mala; al contrario, me gusta... No quería decir eso. Ser hombre honrado de corazón, eso es lo principal. Lleva siempre una vida honrada y no te preocupes de nada más. Tienes por delante un camino muy largo. Haz honradamente tu obra. ¡Eso es lo que quería decir; eso...!

¡Qué tiempos tan dichosos!... Pasaba en casa de los Ijménieves todas mis horas de libertad; les contaba a los viejos las noticias del mundo literario; los escritores les habían empezado a interesar; leían artículos de B.^[3], un crítico a quien yo había alabado y, aunque no lo comprendían, lo admiraban y censuraban a sus enemigos, que escribían en el *Mosquito del Norte*, y yo había oído por fin a Natascha, baja de frente y entreabriendo los labios, decirme sí en voz queda.

La madre nos vigilaba y Natascha y yo burlábamos su vigilancia. Nuestros corazones palpitaban al unísono. Los padres andaban ojo avizor, conjeturando y reflexionando.

—Has tenido un buen éxito —me decía Anna Andréyevna, y movía mucho la cabeza—; pero si la próxima vez fracasas o sale por ahí cualquier cosa de otro autor, ¿qué vas a hacer? ¡Si al menos tuvieses un empleo...!

—En cuanto a mí, escucha mi opinión —añadía el viejo, después de haber reflexionado un instante—: ya he podido observar que tú y Natascha..., ¿eh? No veo mal en ello. Pero son muy jóvenes todavía, y mi Anna Andréyevna tiene razón. Esperemos. Tú tienes mucho talento; bueno, no eres un genio, como dijeron de ti al principio, pero tienes talento. He vuelto a leer esa crítica aparecida en el *Mosquito*, donde te tratan con severidad excesiva, aunque hay que ver qué periodicucho es ése. Pero, mira, el talento no es todavía dinero en mano, y son pobres los dos. Esperen medio año, o uno. Si te va bien, si pisas terreno sólido, tuya será Natascha. De lo contrario, juzga tú mismo... Espera un año.

Y en eso quedamos. Pero ¡cómo nos encontramos un año después...!

Sí, justamente un año después. Un espléndido día de septiembre, al anochecer, enfermo y con la desesperación en el alma, llegué a casa de mis viejos y me dejé caer en una silla, medio desmayado. Todos se asustaron al verme. La cabeza me daba vueltas; tenía el corazón lleno de angustia. Diez veces había llegado hasta la puerta, y había retrocedido... No porque no tuviese éxito en mi carrera literaria y aún no hubiera alcanzado gloria ni dinero, no por no ser agregado de embajada ni ir en camino de Italia, pensionado, sino porque... En un año se pueden vivir diez, y en este año que había pasado mi Natascha los había vivido. Un abismo se había abierto entre nosotros.

Recuerdo que yo estaba aquella tarde sentado frente al viejo, mientras con manos nerviosas torturaba la ya harto abollada copa de mi sombrero. Silencioso, aguardaba sin saber qué, cuando entró Natascha. Vestía yo un traje raído, que me sentaba muy

mal; se me había puesto la cara muy demasiado delgada y pálida, y, sin embargo, no parecía un poeta, y en mis ojos no se traslucía aquella grandeza de que hablara alguna vez el bueno de Nikolai Serguieyich. La vieja me miraba con indisimulada compasión; estaba muy solícita conmigo, y parecía pensar: ¡Mire a quién iba yo a darle a mi Natascha! ¡Dios me libre!

—Toma una taza de té, Iván Petróvich —el samovar hervía en la mesa. ¿Cómo estás, padrecito? ¿Estás todavía enfermo? —me preguntó con un tono plañidero que aún resuena en mis oídos.

Mientras me hablaba parecía estar pensando en otras cosas; también su marido estaba absorto en sus meditaciones.

Sabía yo que ellos sentían gran inquietud por el resultado de su pleito con el príncipe Valkovskii, a lo que se había añadido aún otra contrariedad, que casi había puesto enfermo a Nikolai Serguieyich. El joven principito había encontrado ocasión cinco meses antes para ir a verlos. El viejo Ijméniev, que lo quería como a un hijo y que a diario se acordaba de él, lo recibió con júbilo. A su mujer le recordaba Vasilievskoye y la hacía llorar. Las visitas del joven se hicieron cada vez más frecuentes.

Ijméniev, que era hombre recto y franco, rehusó con indignación toda suerte de tapujos. Por un espíritu de noble orgullo, ni siquiera se paraba a pensar en lo que diría el príncipe, y despreciaba todas las absurdas suposiciones que pudiera hacer al enterarse de que su hijo frecuentaba la casa de los Ijménievs. Pero el viejo no sabía si le quedarían fuerzas para soportar nuevos agravios. El principito iba allí casi a diario, y se quedaba hasta entrada la noche. Como es natural, no tardó el príncipe en saberlo todo. Surgieron las más abominables habladurías. Insultó a Nikolai Serguieyich en una carta horrible, y prohibió terminantemente a su hijo visitar a los Ijménievs. Esto fue quince días justos antes de mi visita.

El viejo estaba afligidísimo. ¿Cómo a su Natascha, una niña tan pura e inocente, volvían a calumniarla de aquel modo? El nombre de su hija mancillado por el mismo que lo había ofendido horriblemente a él... ¿Iba a soportar todo eso sin exigir reparación? Los primeros días, el disgusto lo obligó a guardar cama. Todo esto lo sabía yo; llegó hasta mis oídos, aunque, enfermo y abatido por la pena, no iba a casa de los Ijménievs desde hacía tres semanas. Y sabía también..., es decir, no, no hacía más que presentirlo; sabía, pero no osaba creerlo, que otra cosa le importaba a ella ahora más que todo el mundo, y con profunda pena trataba de leer en sus ojos...

¡Sí, aquello era un suplicio; tenía miedo de adivinar, de creer; deseaba el fatal momento! Y sin embargo, había ido allí por ella. ¡Sentía que algo me atraía hacia ella aquella noche!

—¡Hola, Vania! —dijo de pronto Ijméniev como despertando. ¿Has estado enfermo? ¿Cómo no se te ha visto en tanto tiempo...! Estoy en deuda contigo; habría querido ir a verte, pero... —y volvió a abstraerse en sus meditaciones.

—No he estado muy bien —le respondí.

—¡Hum!... ¡No muy bien!... —replicó después de un momento. Ya te dije, y no me quisiste escuchar. ¡Hum!... Hermanito Vania, la musa siempre vivió en la guardilla, muerta de hambre, y así vivirá siempre...

No estaba de buen humor el viejo. Debía tener herido el corazón para hablarme así. Lo observé: estaba amarillo y sus ojos expresaban inquietud. Se advertía en él una gran preocupación. Su mujer, que lo miraba con ansiedad, aprovechó un momento en que él se volvió para hacerme una seña.

—¿Cómo está Natascha Nikoláievna? ¿Está en casa? —le pregunté tímidamente a Anna Andréyevna.

—Sí, está en casa —respondió la madre, a quien parecía contrariar mi pregunta. Ahora vendrá. ¡Ella también está algo..., no sé cómo decirlo; yo no sé lo que tiene, si está bien o mal! ¡Dios la asista! —y lanzó a su marido una mirada temerosa.

—¡Cómo! No le pasa nada —respondió Nikolai Serguieyich de mala gana, y comentó—: Está bien. Es que se... está haciendo mujer. ¡Quién puede comprender nada de esas penas, de esos caprichos de chiquilla!

—¡Qué dices de caprichos! —replicó Anna Andréyevna con tono resentido.

El viejo calló y se puso a teclear sobre la mesa.

«¡Dios, si habrá tenido algún disgusto!», pensaba yo, inquieto.

—Y tú, ¿qué cuentas de nuevo? —dijo un instante después. ¿Sigue B. con... sus críticas?

—Así es —le respondí.

—¡Ah Vania, Vania! —terminó él, dejando caer los brazos. ¿Para qué sirve la crítica?

Se abrió la puerta y dio paso a Natascha.

VII

Traía en la mano el sombrero, que dejó sobre el piano. Se dirigió a mí y, sin hablarme una palabra, me tendió la mano. Sus labios se agitaron levemente, queriendo decir alguna frase cortés, mas no, nada dijo. Hacía tres semanas que no nos veíamos. Yo la contemplaba con asombro y espanto. ¡Qué cambio se había operado en ella! Mi corazón se turbó al ver sus mejillas pálidas y descarnadas; sus labios, que temblaban como a impulsos de la fiebre, y sus ojos, que, a la sombra de sus negras pestañas, irradiaban una llama ardiente y una apasionada entereza.

Pero, Dios, ¡qué hermosa estaba! Jamás, ni antes ni después, la vi tan bella como aquel día fatal. ¿Era ella la Natascha que hacía un año a lo sumo, no me quitaba los ojos, cuyos labios se movían con los míos durante la lectura de mi libro, y que con tanta alegría y despreocupación reía y bromeaba con su padre y conmigo en la sobremesa de la cena?... ¿Era ésta la misma Natascha que en el cuarto vecino, con las mejillas rojas y los ojos bajos, me había dicho sí?

La voz bronca y grave de una campana que llamaba a vísperas se dejó oír. Natascha se estremeció, y la vieja se santiguó.

—Tocan a vísperas, Natascha; tú quieres ir... —dijo. Pues sí, ve a rezar; está muy cerca. ¿Por qué estar siempre encerrada? Mira qué pálida estás. ¡Cualquiera diría que te han echado una maldición!

—Me parece que no iré... hoy —dijo Natascha lentamente y bajando la voz, casi en un susurro. No me... siento... bien... —añadió, y se puso aún más pálida.

—Mejor sería que fueses. Hace un instante querías ir, y hasta traías el sombrero en la mano. Ve, ve a rezar, Natascha; ve a pedir a Dios que te dé salud —dijo Anna Andréyevna, mirando a su hija como con temor.

—Sí, ve, y al mismo tiempo tomas un poco de aire —terció el viejo, mirando inquieto a su hija. Tu madre tiene razón. Mira, Vania te acompañará.

Me pareció que una amarga sonrisa asomaba a los labios de Natascha. Fue al piano, cogió su sombrero y se lo puso. Todos sus movimientos parecían inconscientes: no se daba cuenta de lo que hacía. Sus padres la miraban con extrañeza.

—Adiós —dijo ella con voz que apenas se oía.

—¿Por qué nos dices adiós, ángel mío? ¿Tan lejos vas? Pero está bien que te dé el aire; mira qué paliducha estás. ¡Ah! ¡Dios mío, ya se me olvidaba...! Todo se me olvida. Te terminé la bolsita y le cosí por dentro una oración. ¡Ángel mío! Una monja de Kiev me la enseñó el año pasado: es muy eficaz. Natascha, póntela. ¡Anda, Natascha! Puede que Dios Nuestro Señor te envíe la salud. No tenemos más hija que tú.

Sacó de su caja de costura una crucecita de oro que Natascha llevaba siempre al cuello; la bolsita pendía de la misma cinta.

—¡Dios te dé la salud! —dijo, colgándole la cruz y persignándola. Hace algún

tiempo te bendecía así todas las noches antes de dormirte, y decía una oración que tú ibas repitiendo; pero ahora no eres ya la misma. Dios Nuestro Señor no quiere darte la paz del espíritu. ¡Ah, Natascha, Natascha! Mis oraciones maternas no te sirven ya de nada —y la viejecita rompió a llorar.

Natascha besó en silencio la mano de su madre y dio un paso hacia la puerta, pero de pronto volvió y se acercó a su padre, toda agitada.

—*Pápascha*, santigüe usted también a su hija —dijo con voz ahogada y cayendo ante él de rodillas.

Estábamos todos confusos al ver su actitud, tan inesperada y solemne. El padre la miró un momento, completamente atónito.

—¡Natascha! ¡Nena mía! ¡Hijita mía! ¿Qué tienes? —gritó por fin, y lágrimas brotaron de sus ojos. ¿Qué pena tienes? ¿Por qué lloras día y noche? Yo lo veo todo; no duermo, no; a cada instante me levanto y voy a escuchar a la puerta de tu alcoba. Dímelo todo, Natascha, confía tus penas a tu viejo, y nosotros...

No acabó, y la cogió entre sus brazos. Ella se apretó convulsivamente contra su pecho y escondió la cabeza en su hombro.

—¡No es nada! ¡No es nada! Es que estoy algo nerviosa —decía ella, ahogada por las lágrimas que retenía.

—Que Dios te bendiga como yo te bendigo, mi querida, mi preciosa nena —dijo el padre—; que te envíe en adelante la paz del alma y te guarde siempre de todo mal.

—Y que mi bendición te acompañe —añadió su madre, deshecha en lágrimas.

—Adiós —murmuró Natascha, con voz débil.

Llegó a la puerta y se detuvo. Los miró otra vez, como si quisiera decir algo, pero le faltaron las fuerzas, y salió corriendo de la habitación. Yo me precipité tras ella, presintiendo algo malo.

VIII

Natascha caminaba en silencio, con la cabeza baja y sin mirarme. Pero, al volver la cabeza en el muelle del Neva, se paró de pronto y me cogió una mano.

—¡Me ahogo —murmuró—, el corazón me oprime! ¡Me ahogo!

—¡Volvamos, Natascha! —exclamé, asustado.

—Pero ¿no comprendes, Vania, que he salido para no volver? —dijo, mirándome con indecible angustia.

El corazón dejó de latirme. Lo presentía; ya al ir allá lo presentía, como a través de una bruma, desde hacía mucho tiempo, no obstante lo cual sus palabras me hicieron el efecto de un rayo.

Caminábamos tristemente por el muelle. Yo no podía hablar; hacía esfuerzos por discurrir, pero estaba trastornado; la cabeza me daba vueltas. ¡Me parecía aquello tan monstruoso, tan imposible...!

—Tú me culparás, Vania —exclamó finalmente.

—No... No te creo; no puede ser... —contesté, sin saber lo que decía.

—Y, sin embargo, ¡es, Vania! Los abandono. No sé qué será de ellos. ¡No sé qué será de mí!

—¿Vas a casa de él, Natascha? ¿Sí?

—Sí —me respondió.

—Eso es imposible —grité exaltado—; tú lo sabes. Natascha, pobrecita mía, eso es absurdo. ¡Los matas a ellos, y tú corres a tu perdición! ¿No lo comprendes, Natascha?

—Sí, lo sé, pero tengo que hacerlo; no es mi voluntad —dijo, y sus palabras tenían un acento desesperado, como si marchase al suplicio.

—¡Vuélvete, vuélvete, que todavía es tiempo! —le suplicaba yo con tanta insistencia, con tanto más ardor cuanto que yo mismo reconocía la inutilidad de mis exhortaciones, su ineficacia en ese momento. ¿Has pensado en tu padre? ¡Y tú sabes que el padre de él es enemigo del tuyo, que lo ha insultado y acusado de ladrón...! ¿No te das cuenta? Tú sabes que su pleito... ¿Tú no sabes esto, Natascha? ¡Sí, Dios mío! Sí; de sobra lo sabes: dijeron que tus padres te habían querido liar con Alioscha cuando él estaba en vuestra casa, allá en el campo. Acuérdate. ¡Lo que tu padre ha sufrido con esas calumnias en estos años! ¡La cabeza se le ha puesto blanca! Míralo bien. Pero lo principal, tú lo sabes todo, Natascha. ¡Dios mío! Figúrate lo que le costará perderte ahora para siempre. A ti, su tesoro, lo único que le queda en su vejez. Tú lo sabes bien; tu padre te cree inocente y calumniada por esas gentes altaneras. La antigua animosidad ha recrudecido al recibir ahora a Alioscha en tu casa. Su padre ha insultado de nuevo al tuyo. La cólera hierve aún en el alma de tu pobre padre, y ahora todas esas acusaciones resultarán justificadas. Todos dirán que tiene razón el príncipe al acusarte a ti y a tu padre. ¿Qué sucederá? Él morirá de la vergüenza, y ¿de quién viene el golpe? De ti, ¡de su única y preciosa hija! ¿Y tu madre? ¿Crees que

sobrevivirá al viejo? Natascha, vuelve en ti; regresemos.

Ella callaba. Por fin me miró con aire de reproche, y yo leí un dolor tan intenso, un sufrimiento tan grande en sus ojos, que comprendí que su corazón herido sangraba. Comprendí que le había costado tomar aquella resolución y cuánto la acababa de torturar y desgarrar yo con mis inútiles y tardías reflexiones. Pero, a pesar de todo, no pude contenerme, y continué:

—Hace un instante decías a Anna Andréyevna que quizás no saldrías, que no irías a la iglesia. Deseabas quedarte. ¿O es que no estás por completo decidida?

Por toda respuesta ella sonrió con amargura. ¿Por qué le pregunté aquello? De sobra veía yo que su resolución era irrevocable.

—¿Tanto lo amas? —grité con el corazón lleno de pena, mirándola a ella y sin darme cuenta de mi pregunta.

—¿Qué quieres que te diga, Vania? Tú lo ves: él me ha dicho que vaya, y voy a esperarlo —dijo ella con la misma amarga sonrisa.

—Pero escucha, al menos —le dije, asiéndome a un cabello—; todo se puede arreglar, todavía se puede arreglar todo, Natascha; yo les prepararé hasta sus entrevistas..., todo. Nada te obligará a dejar tu casa, no te vayas; yo les haré llegar las cartas. ¿Qué no haría yo? Yo sabré arreglarlo todo; estarás contenta, ya verás... Por lo menos, no te perderás, Natascha. Todo irá bien; se amarán cuando quieran, y cuando sus padres cesen de pelear e injuriarse, que así será, más tarde o más temprano, entonces...

—Basta, Vania, calla —y me apretaba la mano, sonriendo por entre sus lágrimas. Mi buen amigo, mi querido Vania, ¡qué bueno eres, qué honrado!... ¡No dices ni una palabra de ti! Te he ofendido y me perdonas; no piensas más que en mi dicha. Quieres encargarte de hacernos llegar las cartas... —y rompió en llanto. Yo sé cómo me has amado, como me amas todavía, y no me haces ni un reproche, no me has dicho en todo este tiempo una palabra dura. Y yo, yo... ¡Dios mío, qué mala soy para ti!... ¿Recuerdas, Vania, recuerdas el tiempo que hemos pasado juntos? ¡Ah! Más habría valido no conocerlo, que jamás me lo hubiera encontrado... ¡Hubiera sido tan feliz contigo, Vania; contigo, mi buen amigo!... ¡Mira cómo soy!... ¡Me pongo ahora a recordarte nuestra dicha pasada, como si no tuvieras bastantes penas!... Tres semanas estuviste sin venir; pues bien, te juro que no he pensado ni un momento que tú pudieras maldecirme y odiarme. Yo sabía bien por qué no venías: por no ser para mí un reproche viviente. Pero ¿a ti mismo no te daba pena verme? Yo a ti, Vania, también te tenía lástima. Oye, Vania, yo amo a Alioscha con amor insensato, pero me parece que a ti te quiero más como amigo, y que no sabría vivir sin ti; me eres necesario, me hace falta tu corazón de oro... ¡Ah, Vania, qué tiempos tan penosos y llenos de amarguras se acercan!...

Y se deshacía en llanto «¡Qué ansias tenía de verte!», me decía, ahogando sus lágrimas.

—Estás delgado, pálido. ¿Acaso estuviste enfermo, Vania? No te hablo más que

de mí, y a ti... ¿cómo te va con los periódicos? ¿Adelanta tu novela?

—¿Qué me importan mis novelas, Natascha! Nada. Pero dime: ¿es que él te ha exigido que hagas esto?

—No. Soy yo la que..., más bien..., yo... ¡Escucha! Con razón dice él que soy yo. Mira, palomito Vania, te lo voy a contar todo. Quieren casarlo con una señorita de familia muy distinguida y rica. Su padre, ya lo conoces, es un intrigante y desea que se case a todo trance con ella, y lo hará todo por conseguirlo, porque una ocasión así no se presenta en diez años. Grandes relaciones, una gran fortuna, muy bonita, bien educada y un ángel de bondad. Alioscha está prendado de ella y como su padre quiere desembarazarse del hijo lo antes posible para casarse él, quiere, cueste lo que cueste, deshacer nuestra unión. Teme la influencia que tengo sobre Alioscha.

—Pero quizá el príncipe —la interrumpí, asombrado—, ¿es que conoce vuestras relaciones? Hasta aquí no hacía más que sospecharlo...

—Lo sabe, lo sabe todo. Alioscha se lo contó todo últimamente. Él mismo me confesó que se lo había dicho todo a su padre.

—¡Dios mío! ¡Conque lo ha contado todo a su padre, y en qué momento...!

—No lo culpes, Vania —interrumpió Natascha—; no te rías de él. Sería injusto juzgarlo como le juzgas. Es una criatura que está educada de otro modo que nosotros. ¿Crees que él tiene conciencia de lo que hace? La primera impresión, la primera influencia es suficiente para hacerle olvidar el juramento que acaba de hacer, suficiente para que revele un secreto. No tiene carácter: se guarda de ti, y el mismo día, con la misma buena fe, se confía a otro cualquiera. En la primera entrevista lo cuenta todo. Comete una mala acción, y no sabes si culparlo o defenderlo. Es capaz de llegar hasta el sacrificio; pero no le dura más que hasta la próxima impresión, y de nuevo lo olvida todo. A mí también me olvidará si no estoy constantemente a su lado. Así es él.

—¡Ah, Natascha! Puede que eso no sea cierto, que sólo sea un rumor. ¿Cómo quieres que se case, si todavía es un niño?

—El padre tiene sus cálculos; créeme.

—¿Cómo sabes tú que su novia es tan bonita y que le gusta?

—Pues porque él mismo me lo ha dicho.

—¿Cómo? ¿Te ha dicho que puede amar a otra, y al mismo tiempo exige de ti ese sacrificio?

—No, Vania, no. No lo conoces; casi no lo has visto. Hace falta conocerlo mejor para juzgarlo. No hay corazón más recto y puro que el suyo. ¿Valdría más que mintiese? Que puedan seducirlo no es extraño. Si estuviera ocho días sin verme, me olvidaría para amar a otra, mientras que, si me ve constantemente, volverá de nuevo a mis pies. No. Hace bien en no ocultarme eso; si no, moriría de celos. ¡Sí, Vania! Mi decisión es inquebrantable. Si no estoy siempre a su lado, al momento dejará de amarme, me olvidará y me abandonará. Otra puede seducirlo, y ¿qué haré entonces? Moriré, y ¿qué importa? La muerte sería una ventura para mí. ¡Pero vivir sin él es mil

veces más horrible que la muerte, que todos los tormentos! ¡Oh, Vania, Vania!... ¡Ya comprenderás hasta qué punto lo amo, para dejar por él a mis padres! No quieras convencerme, porque estoy decidida. ¡Hace falta que él esté a mi lado a toda hora, en todos los instantes! Ya no puedo volverme atrás. Sé que me pierdo y pierdo a otros... ¡Ah, Vania! —exclamó, estremeciéndose. ¡Si él no me amase ya...! ¡Si fuera cierto lo que antes dijiste...! —yo no había dicho tal cosa. ¡Que él no hace más que engañarme...! ¡Si realmente no fuera bueno y sincero más que en apariencia...! ¡Si fuera malo y vanidoso...! ¡Mira que si yo lo estuviera defendiendo contra ti, mientras él está con otra, cuando yo, vil criatura, lo abandono todo por él y voy buscándolo por las calles...! ¡Ay, Vania!

Y dejó escapar unos gemidos tan dolorosos, que el alma se me llenó de pena. Comprendí al instante que ya Natascha no era dueña de su voluntad. Sólo los celos podían cegarla hasta hacerla tomar una resolución tan insensata. Pero también yo ardía en celos y tenía desgarrado el corazón. No pude seguir conteniéndome, y me dejé llevar por un sentimiento mezquino.

—No comprendo que puedas amarlo después de lo que me has dicho de él. Tú no lo estimas, tú no crees en su amor y, sin embargo, corres hacia él y le sacrificas las vidas de los seres más queridos. ¿Qué haces? Se están preparando el uno al otro una vida llena de amarguras. ¡Lo amas demasiado, Natascha, demasiado! ¡No comprendo un amor así!

Si, lo amo locamente —me respondió, palideciendo, como una enferma. A ti no te he amado nunca así, Vania. Comprendo que he perdido la razón, que no debería amarlo de este modo... No es bueno este amor. Lo siento. Oye, Vania, lo siento ya desde hace tiempo; en los momentos más felices siempre presentí que él no me daría sino penas y tormentos. Pero ¿qué hacer, si los dolores que de él me vienen son ventura para mí? ¿No sé de antemano lo que me aguarda, lo que he de padecer? Me ha jurado amarme, me ha hecho toda clase de promesas, y yo no tengo ninguna fe en ellas; no le creo, no le he creído nunca; ahora mismo no sé si me miente, no sé si es capaz de mentirme. Con toda mi alma se lo he dicho. No quiero obligarlo a nada. A nadie le gustan las obligaciones, y yo soy la primera en odiarlas. Yo me siento feliz de ser su esclava voluntaria y sufrir por él, con tal que esté conmigo, que pueda verlo, mirarlo. Creo que le permitiría amar a otra con tal de estar yo allí, a su lado... ¡Qué bajeza! ¿No es verdad, Vania? —gritó, fijando en mí sus ojos llameantes. Sé que esto es una bajeza, y, sin embargo, si él me abandonara, iría a buscarlo por el mundo entero, aunque me rechazase y me echara. Tú me exhortas a renunciar a mi decisión, a volverme atrás. ¿De qué serviría? Me iría mañana con él si él me lo dijera, si él me lo mandara. No tiene más que llamarme, que silbarme como a un perro, y ya estoy a su lado... Tormentos... No creo en los tormentos si vienen de él... ¡Sabré que es por él por quien sufro! ¡Oh! ¿No te da vergüenza lo que te digo, Vania?

«¿Y sus padres?», pensaba yo. Ella parecía haberlos olvidado.

—Pero ¿no se quiere casar contigo, Natascha?

—Me lo ha prometido, me lo ha prometido todo. Me ha dicho que iremos mañana mismo, sin ruido, a casarnos fuera de la población, pero él no sabe lo que dice. Quizá no sepa ni siquiera lo que hay que hacer para casarse. ¡Qué marido singular! ¡Para reírse, verdaderamente! Y si nos casamos y no es feliz, me lo reprochará luego... No quiero que tenga jamás reproche que hacerme. Yo se lo doy todo, sin exigirle nada. Si no ha de ser feliz casándose, ¿para qué hacerlo desgraciado?

—Es un chiquillo, Natascha —dije. ¿Y vas ahora tú misma a buscarlo?

—No; me ha prometido venir a recogerme, aquí. Estamos citados —y miró con impaciencia a lo lejos, pero no se distinguía a nadie.

—¡Y no ha venido todavía! Tú eres la primera en llegar —le grité, indignado. Natascha se estremeció como si le hubieran dado un golpe. Su rostro expresó un dolor inmenso.

—Es muy posible que no venga —dijo con amarga sonrisa—; me escribió que si no le prometía venir tendría que aplazar su determinación... nuestra fuga y nuestro matrimonio. Que su padre quería llevarlo a casa de su novia. Me lo escribía con tanta sencillez y naturalidad, como si eso no significara nada. ¡Y si verdaderamente hubiera ido a verla a ella, Vania...!

No respondí. Natascha me cogió las manos con fuerza; sus ojos centelleaban.

—Está con ella —repitió tan bajo, que apenas la oí. Esperaba que yo no viniera, para ir a casa de su novia y después decir que era yo quien no había acudido. ¡Ya está cansado de mí, y me abandona! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué loca soy! Me dijo la última vez que lo aburría. ¿Por qué pues, lo espero?

—¡Míralo, ya está ahí! —grité yo, de pronto, al verlo de lejos.

Natascha se estremeció, dio un grito y, soltando mi mano, corrió a su encuentro. Él también aceleró el paso, y un momento después estaban el uno en los brazos del otro. En la calle, aparte de nosotros, no había casi nadie: ellos se besaban y reían. Natascha reía y lloraba a la vez. Parecía como si se vieran tras una larga separación. Sus pálidas mejillas se habían puesto rojas; estaba como clavada en el suelo... Alioscha me vio y se dirigió hacia mí.

IX

Yo lo miraba ávidamente, aunque ya lo había visto muchas veces. Buscaba su mirada como si con ello fuera a disipar todas mis dudas, a explicármelo todo. ¿Cómo aquel pollito había podido hechizar a Natascha, inspirándole un amor tan insano, un amor que le hacía olvidar sus primeros deberes y sacrificar locamente todo lo que juzgara más sagrado hasta entonces?

El principito me tomó ambas manos; me las apretó con fuerza, y su mirada, dulce y serena, me llegó al corazón.

Pensé que podía estar equivocado en el concepto que me merecía sólo porque era mi enemigo. Yo no le tenía afecto ni nunca podría tenerlo; puede que fuera el único en no mirarlo con buenos ojos. Tenía muchas cosas que no me gustaban, empezando por su seductora figura. Más adelante reconocí que lo había juzgado con ligereza.

Era alto, esbelto, fino; tenía la cara ovalada, siempre pálida; el pelo, rubio, grandes ojos azules, que irradiaban a veces con alegría infantil. Sus labios tenían casi siempre cierto pliegue serio, pero por eso mismo resultaba más encantadora su inesperada y jovial sonrisa, tan ingenua, que de cualquier humor que estuviese sentía necesidad de corresponderle con otra. Vestía sin excesivo atildamiento, pero siempre con elegancia, y se veía bien que esa elegancia le era innata. Tenía, en verdad, algunos detalles feos: era aturdido, presuntuoso y algo impertinente, y adolecía de algunas malas costumbres de buen tono. Pero era muy franco y sencillo: el primero en reconocer sus defectos, en censurarlos y ponerlos en ridículo.

Yo creía a aquel niño grande incapaz de mentir, ni por broma, y que si mentía lo hacía sin darse cuenta. Hasta su egoísmo resultaba simpático, porque no trataba de ocultarlo. En él no había pizca de disimulo. Débil, confiado y tímido de corazón, no tenía voluntad. Ofenderlo o engañarlo hubiera sido un pecado tan grande como engañar u ofender a una criatura. De una ingenuidad increíble a su edad, no sabía casi nada de la vida, y parecía que ni a los cuarenta años sabría de ella. Hay personas así, que esperan eternamente su mayoría de edad. A mí me parecía que no podía haber quien no lo amase. Natascha había dicho la verdad: bajo cualquier influjo poderoso, era capaz de cometer una mala acción. Pero creo que se moriría al comprender sus consecuencias. Natascha sentía instintivamente que sería su soberana, su dominadora y que acabaría por hacerlo su víctima. Sentía delicia amándolo hasta la locura y atormentándose hasta el dolor: de tal modo lo quería. Quizá por esto se apresuró a sacrificarse en primer lugar. Pero en los ojos de él centelleaba el amor, y la contemplaba en una especie de éxtasis.

Ella me miró enajenada. En aquel instante todo lo había olvidado... era feliz.

—¡Vania! —gritó de pronto. He sido injusta con él; no me lo merezco. Pensaba que no vendrías, Alioscha. Olvida mi mal pensamiento. ¡Vania! —añadió, mirándome con increíble amor.

Él sonrió, le besó la mano y, sin soltársela, dijo, dirigiéndose a mí:

—No me culpe usted; hace tiempo que quería abrazarlo como a un hermano. ¡Cuánto ha hablado de usted!... Nosotros nos hemos visto poco; casi no hemos cruzado palabra. Seamos amigos y... perdóneme —agregó, enrojeciendo un tanto y con tan seductora sonrisa, que yo no pude desairarlo.

—Sí, sí —replicó Natascha—, es para nosotros un hermano. Nos ha perdonado ya, y sin él no podríamos ser felices. ¡Ah, qué crueles somos, Alioscha!, pero ahora viviremos los tres juntos. Vania, vuelve a mi casa con ellos, conocen bien tu corazón de oro, y cuando vean que me has perdonado, puede que se aplaquen un poco conmigo. Diles todo, todo, con palabras que te broten del corazón. Defiéndeme, sálvame; expónles todas mis razones. ¿Sabes, Vania, que quizá yo no me habría decidido a esto si tú no hubieras ido por casa? Tú eres mi salvación: yo en seguida puse en ti la esperanza de que sabrías hablarles de modo que les endulzases lo horrible de la primera impresión. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Diles de mi parte, Vania, que ya sé que para mí no hay perdón; ellos me perdonarían, pero Dios no podrá perdonarme. Aunque ellos me maldigan, yo los bendigo y rezaré por ellos toda mi vida. Mi corazón está con ellos. ¡Ah! ¿Por qué no podemos ser todos dichosos? ¿Por qué, por qué..., Dios mío? ¿Qué he hecho yo? —gritó de pronto como si volviera en sí, tapándose la cara con las manos.

Alioscha la estrechó entre sus brazos. Todos guardamos silencio unos instantes.

—¿Y usted ha podido exigirle un sacrificio parecido? —grité, lanzando a Alioscha una mirada de reproche.

—No me condene usted —repitió él—; por grandes que sean todos estos disgustos, no durarán más que un instante; estoy íntimamente persuadido. No hace falta más que un poco de firmeza para soportar este momento. Natascha misma me lo ha dicho. Usted sabe que la causa de todo es ese orgullo de familia, esas querellas que han de terminar algún día, ese pleito... Pero... Yo he reflexionado mucho en ello, se lo aseguro. Todo esto acabará. Nos reuniremos de nuevo todos y seremos tan felices, que nuestros padres, al vemos, se reconciliarán. ¡Quién sabe si nuestro matrimonio sea el principio de la reconciliación! Yo pienso que no podrá ser de otro modo. ¿Qué cree usted?

—Habla usted de matrimonio, pero ¿cuándo se casan ustedes? —pregunté, mirando a Natascha.

—Mañana o pasado mañana; a lo sumo pasado mañana... No estoy seguro, vean ustedes, no lo sé yo mismo, y, en verdad, aún no tengo nada preparado. Pensé que quizá no vendría Natascha hoy. Además, mi padre quiere llevarme esta noche a casa de mi novia. Porque me han buscado una novia, ¿no se lo dijo a usted Natascha? Pero yo no la quiero. Por eso no puedo decidir nada de un modo fijo. En todo caso, nos casaremos pasado mañana. Esto es, al menos, lo que yo pienso, porque no puede ser de otro modo. Mañana tomaremos el camino a Pskov. Tengo un compañero de estudio del liceo que vive no lejos de allí, un excelente muchacho; puede que se lo presente a usted. Allí encontraremos algún pope, aunque no sé de cierto si lo habrá.

Debiera haberme informado antes, pero no he tenido tiempo... Aunque, después de todo, eso es un detalle nimio. Hay que atender a lo principal. Podemos hacer venir uno de un pueblo cercano, ¿no es verdad? Es una lástima que no haya podido escribirle a mi amigo unas líneas a fin de prevenirlo... Era necesario hacerlo... Y si él no estuviera ahora en su casa... ¡Bah! ¡Poco importa! Con tal de tener resolución, lo demás se arregla solo. ¿No es verdad? Mañana o pasado mañana cuando más, Natascha estará en mi casa. He alquilado un pisito en el que a nuestro regreso nos instalaremos. Como usted comprenderá, no quiero volver a casa de mi padre. Usted irá a verlos. Lo he arreglado todo muy bien. Mis antiguos compañeros de estudio irán también a visitarnos; tendremos tertulias...

Yo lo miraba con asombro y angustia. Natascha parecía implorarme con los ojos que no lo juzgara con severidad y fuera más indulgente. Ella seguía sus palabras con una sonrisa triste, y al mismo tiempo lo admiraba como se admira a un nene lindo y bullicioso al escuchar su charla absurda pero encantadora. En cuanto a mí, yo miraba a Natascha con ojos de reproche. Sentía una pena intolerable.

—Pero ¿y su padre? —le pregunté. ¿Está usted seguro de que lo perdonará?

—Desde luego, ¿qué recurso le queda? Claro que al principio me condenará; eso lo sé. ¡Es tan severo conmigo! Puede que se dirija a la justicia y quiera, en una palabra, hacer valer su autoridad paternal. Pero no será cosa seria. Me quiere con locura; se enfadará al principio y acabará perdonándome. Después se reconciliarán todos y todos podremos ser felices. —Pero ¿y si no perdona? ¿Ha pensado usted en ello?

—Perdonará, de seguro, aunque quizá no tan pronto; pero si así no fuera, yo le probaría que tengo carácter. Él no hace más que reprocharme mi falta de energía, mi ligereza. Pues ahora verá si soy un aturdido o no. El hombre que funda un hogar no es ningún payaso; yo no soy... ningún niño... Yo se lo diré: que quiero ser como los demás, eso es, como los hombres casados. Viviré de mi trabajo. Natascha dice que eso vale más que vivir a expensas de otro, como yo vivo. ¡Si supieran qué buenos consejos me da! A mí nunca se me hubiera ocurrido. No me he criado así; no me han educado en tales ideas. En verdad, yo mismo reconozco que soy un aturdido y casi un inútil, pero, mire usted, hace tres días tuve una idea maravillosa. Aunque el momento no sea muy oportuno, se lo voy a decir, porque es también preciso que Natascha lo oiga, pues usted ha de aconsejarme: quiero escribir, como usted, crónicas para los periódicos, lo mismo que usted. Usted me pondrá en relación con los periodistas, ¿verdad? Cuento con usted. Esta noche pasada he estado pensando una novela de ensayo ¿sabe?, que puede resultar bastante bien. El argumento está tomado de una comedia de Scribe... Pero yo se lo contaré otro día. Lo principal es que esto me produzca dinero... A usted le pagarán sus escritos, ¿verdad?

No pude contener una sonrisa.

—Se ríe usted —dijo, sonriendo también él. No, perdone usted —añadió con inconcebible ingenuidad. No me mire usted así, le aseguro que tengo el don de la

observación; ya lo verá usted mismo. ¿Por qué no probar? Acaso consiga algo, aunque quizá tenga usted razón: no sé nada de la vida real; eso mismo me dicen Natascha y todo el mundo. ¿De qué podría yo escribir? Ríase, ríase, pero corrija, hágalo por ella. Lo reconozco y lo lamento. No sé cómo he podido inspirarle un amor tan grande... ¡Creo que daría mi vida por ella! Hasta ahora a nada temí, pero hoy empiezo a tener miedo. ¿Qué será de nosotros? ¡Gran Dios! ¿Es posible que a un hombre que sabe y quiere cumplir con su deber llegue un momento en su vida en que le falten fuerzas para hacerlo? Venga usted en nuestra ayuda, amigo nuestro. Usted es el único amigo que nos queda. Esto es lo único que sé. Perdóneme por contar tanto con usted; sé que tiene un corazón grande, que vale usted mucho más que yo. Pero me encomendaré, seguro que sabré hacerme digno de ambos.

Y en su mirada refulgía un sentimiento bueno, hermoso. ¡Con qué abandono me oprimía la mano y qué seguro estaba de mi amistad!

—Natascha me ayudará a corregirme —prosiguió. No se forme usted mala opinión de nosotros. Tengo muchas esperanzas, y desde el punto de vista material, podemos estar completamente tranquilos. Sí, por ejemplo, mi novela no me saliera bien (yo, a decir verdad, creo que es un mamarracho, y si le hablé de ella fue por oír su opinión), daré lecciones de música. ¿No sabía usted que yo sé música? No me da vergüenza vivir de mi trabajo. Tengo, respecto a eso, ideas completamente modernas. Además, poseo muchas cosas bonitas que no sirven para nada; las venderé, y tendremos para vivir sabe Dios cuánto tiempo. En fin, suponiendo que me vaya mal, puedo, en último caso, entrar a la Administración. Mi padre, encantado; ya quiso obligarme a hacerlo, pero yo alegué que estaba delicado de salud. Ahora trabajaría en cualquier cosa. Así verá que mi matrimonio me ha sido útil; que me he hecho más serio y que, efectivamente, sirvo para algo. Se alegrará y me perdonará.

—Pero, Aleksieyi Petróvich, ¿ha reflexionado usted sobre lo que puede ocurrir entre su padre y el de Natascha? ¿Qué cree usted que pasará en casa de ellos?

Y le mostraba a Natascha, que se había puesto repentinamente pálida como una muerta al oír mis palabras. Yo era implacable.

—Sí, sí. Dice usted bien; tiene usted razón, es horrible —respondió él—; estoy consternado... Pero ¿qué hacer? ¡Si al menos sus padres nos perdonaran! ¡Y si supieran lo que yo los quiero! Me han tratado siempre como a un hijo, ¡y mire cómo les pago yo!... ¡Estas querellas, ese proceso! ¡No puede usted figurarse hasta qué punto me es todo odioso! ¿Y por qué reñirán? Nosotros, que nos queremos así, ¿reñir? ¡Si se pudieran reconciliar! En verdad deberían hacerlo; todo se acabaría. Sus palabras me han producido mucha pena, Natascha: es horroroso lo que hago contigo. Yo ya lo dije antes... Eres tú quien insiste; pero ya verá usted, Iván Petróvich, como todo se arreglará del mejor modo posible. ¿No lo cree usted así? Terminarán por hacer las paces. Nosotros los reconciliaremos. Eso es seguro. No podrán resistir a nuestro amor, y aunque nos maldigan, seguiremos amándolos. Usted no sabe el buen corazón que tiene algunas veces mi padre, sólo que otras pierde el tino. ¡Si viera

usted con qué ternura me hablaba esta mañana, esforzándose en persuadirme! Y mientras tanto, yo procedo contra su voluntad. ¡No sabe lo que me pesa! Y todo esto por prejuicios viles! ¡Sencillamente locura! Bastaría que la mirase bien y estuviese a su lado media hora para que mi padre diera su consentimiento a todo. —Así diciendo, Alioscha dirigió a Natascha una mirada llena de ternura y pasión. He pensado mil veces con delicia en cómo la querrá cuando la conozca bien y cómo se asombrarán todos cuando vean lo que vale. No habrán visto jamás una muchacha que se le parezca. Mi padre cree que es una intrigantuela. Deber mío es rehabilitar su honor, y sabré cumplirlo. ¡Ah, Natascha! ¡Todo el mundo te amará! —gritó triunfante. ¡Todo el mundo! ¿Quién podría no amarte? —añadió con entusiasmo. Estoy seguro, segurísimo, de que este día nos traerá a todos ventura, paz y reconciliación. ¡Bendito el día éste! ¿Verdad, Natascha? Pero ¿qué tienes? ¡Dios mío! ¿Qué te pasa?

Natascha estaba pálida como una muerta. Todo el tiempo que habló Alioscha tuvo fija en él la mirada, pero sus ojos estaban inmóviles, y su rostro, cada vez más pálido. A mí me parecía que ya no escuchaba y estaba sumida en algún delirio. Las exclamaciones de Alioscha la despertaron. Se estremeció, miró en torno suyo y, de pronto, se encaró conmigo. Sacó una carta del bolsillo y me la dio bruscamente, a escondidas de Alioscha.

Era una carta para los suyos, que había escrito la víspera. Me la dio con una mirada de desesperación, que todavía recuerdo, y que me sobrecogió de espanto. Comprendí que veía claro ahora todo el horror de su conducta. Quiso decirme algo y empezó a hablar, pero se desmayó y no tuve tiempo más que para sostenerla.

Alioscha, entonces, palideció de terror; le frotaba las sienes, le besaba las manos y la boca. Después de algunos instantes, Natascha recobró el sentido. No lejos de allí estaba el coche de alquiler en que Alioscha había llegado. Éste le mandó acercarse, y subió en él a Natascha, que parecía privada de conocimiento. Al despedirnos, me estrechó la mano y me la salpicó de ardientes lágrimas. Arrancó el coche, y yo me quedé largo rato clavado en mi sitio, siguiéndolo con los ojos. Toda mi felicidad se había deshecho: toda mi vida estaba rota.

Lo comprendía muy bien. Enseguida volví a casa de sus padres, por el mismo camino por el que habíamos venido. No sabía cómo entrar, qué decir; tenía las ideas confundidas, mis piernas se doblaban...

Ésta es toda la historia de mi dicha. Así terminó y se deshizo mi amor. Ahora continuaré mi interrumpido relato.

X

Cinco días después de la muerte de Smith me instalé en su alojamiento.

Fue para mí una jornada de tristeza insoportable. Hacía frío, y una lluvia mezclada de nieve estuvo cayendo sin cesar. Al atardecer, el sol se mostró un instante, y un rayo asomó a mi cuarto, sin duda por curiosidad. Empecé a arrepentirme de haberme alojado allí. La habitación era grande, pero muy baja de techo y oscura, poco ventilada y, a pesar de los muebles, se veía vacía. Pensé que en aquel cuartucho perdería mi poca salud.

Pase la mañana arreglando mis papeles, revisándolos y ordenándolos. A falta de carpeta, los guardé en una funda de almohada; todo estaba confundido y revuelto. Me senté a escribir. Trabajaba en mi novela grande, pero la pluma se me escapaba de los dedos. Tenía el pensamiento en otra cosa...

Dejé la pluma y me senté junto a la ventana. Empezaba a oscurecer, y mi tristeza iba en aumento; lúgubres ideas me asediaban. Tenía el presentimiento de que acabaría por sucumbir en Petersburgo. «La primavera se acerca —pensaba. Volveré a la vida, saldré de este tugurio a la luz de Dios y respiraré el fresco olor de los campos y bosques, que hace tiempo no he visto». Recuerdo que pensé también: «¡Qué placer si por arte de magia o por un milagro pudiese olvidar completamente todo lo pasado, todo lo que en estos últimos años he sufrido, olvidarlo todo, refrescarme la cabeza, y empezar a vivir con ideas nuevas!». Me puse a soñar y a esperar una resurrección. «¿Y si ingresase en un manicomio —decidí finalmente—, para darle una vuelta al cerebro, cambiar de modo de ser y empezar a vivir de nuevo? Tengo sed de vivir y de creer en la vida...». Pero recuerdo que entonces solté la carcajada. ¿Qué haría cuando saliera de la casa de locos? ¿Seguir escribiendo novelas?

Así soñaba, en tanto oscurecía del todo. Aquella noche tenía cita con Natascha, que me había escrito la víspera. Me levanté y me dispuse a salir. Sentía, aun sin eso, la necesidad de dejar aquella habitación tan triste e irme a cualquier parte, aunque me cayese lluvia o nieve encima.

A medida que la oscuridad aumentaba, mi cuarto parecía más amplio, como si se fuera dilatando más y más. Imaginaba que todas las noches y en todos los rincones veía a Smith, que él estaba allí, sentado, mirándome fijo, como miraba en la pastelería de Adam Ivanich, con Azorka echado a sus pies.

Y en aquel preciso momento me ocurrió algo que me produjo honda impresión. Por lo demás, debo confesarlo sinceramente, fuera por mis nervios cansados, o por las impresiones que me producía mi nuevo alojamiento, o, en fin, por la melancolía que en los últimos tiempos me había dominado, el asunto es que me encontré en esa disposición de ánimo en que suelo caer a menudo por las noches desde que estoy enfermo, y que yo llamo pavor místico. Consiste en un temor profundo, inquietante, a algo que no acierto a definir, a algo fantástico o irreal en el orden de las cosas, pero que parece plantarse ante mí y cobrar cuerpo en un instante, como para burlarse de

todos los razonamientos con la irrefutabilidad de un hecho terminante, horrible, informe, implacable. Este pánico va creciendo y creciendo en mí, a despecho de todas las invocaciones a la serenidad y al juicio, de suerte que, aunque finalmente logre el espíritu mayor lucidez, no por eso se encuentra menos privado de toda posibilidad de ahuyentar la inquietud. No se le presta oído a la razón, resulta ineficaz, y ese vislumbre de discernimiento sólo sirve para aumentar más aún la azorada inquietud de la expectación. A mí aquel miedo me parecía, en parte, como el de las personas que temen a los difuntos. Pero en mi sobresalto, lo vago de la inquietud agravaba aún más mi suplicio. Recuerdo que estaba de pie ante mi mesa, de espaldas a la puerta, e iba a coger el sombrero, cuando, de pronto, en aquel mismo instante, me asaltó la idea de que ineludiblemente, en cuanto me volviese, iba a ver a Smith. Empezaría por abrir la puerta sin ruido, y se quedaría parado en el umbral, examinando la habitación; luego, dulcemente, bajando la cabeza, vendría a plantármese delante, fijaría en mí su suave mirada y, de pronto, reiría con larga risa desdentada, imperceptible, que agitaría largo tiempo su cuerpo. Toda esta visión se me presentó con claridad y precisión extraordinarias, y, al mismo tiempo, se apoderó de mí la seguridad plena, irrefutable, de que todo aquello ocurriría infalible e inevitablemente: que ya había ocurrido y que si no lo veía, era sólo porque estaba de espaldas a la puerta, la que quizá, en aquel mismo instante, acababa de abrirse. Me volví bruscamente, y... en efecto, la puerta se abrió suavemente, por sí sola, sin ruido, tal como lo imaginara un momento antes. Di un grito.

Durante un rato no apareció nadie. Pero de pronto, en el umbral se dejó ver una extraña criatura: dos ojos, según pude distinguir en la oscuridad, me miraban fijos y tenaces. El frío corrió por todos mis miembros. Con espanto, vi que era una niña pequeña, y si hubiese sido el propio Smith en persona, quizá no me hubiese asustado tanto como la aparición inesperada de una niña desconocida en mi cuarto, a aquella hora y en aquel momento.

Ya dije que había abierto la puerta con sigilo, como si tuviera miedo de entrar. Después de mostrarse, se paró en el umbral y me miró estupefacta, como hipnotizada. Por fin, adelantó dos pasos lenta, suavemente, y se paró ante mí sin haber pronunciado palabra. La examiné más de cerca: era una nena de doce o trece años, baja, delgada y pálida, como si convaleciera de una enfermedad grave. Pero, por eso mismo, sus grandes y negros ojos brillaban extraordinariamente. Con la mano izquierda sujetaba un pañolón viejo, con que se cubría el pecho, que aún le temblaba por el frío de la noche. Vestía sólo harapos; sus negros cabellos estaban en desorden.

Permanecimos así uno o dos minutos, mirándonos de hito en hito.

—¿Dónde está mi abuelo? —me preguntó ella por fin con voz enronquecida y débil, como si tuviese el pecho o la garganta enfermos.

Todo mi pavor místico desapareció ante esta pregunta. Preguntaba por Smith; sus huellas aparecían de pronto de una manera inesperada.

—¿Tú abuelo? ¡Pero si murió! —le dije bruscamente, sin pensar mi respuesta, y

en seguida me arrepentí.

La niña permaneció un instante inmóvil, y de pronto se echó a temblar tan fuerte, que creí que tenía un grave ataque de nervios. Tuve que sostenerla para que no se desplomase. A los pocos minutos, ya se encontraba mejor, y pude ver que hacía esfuerzos sobrehumanos por disimular su emoción.

—¡Perdóname, nenita, perdóname! —le supliqué. Te lo dije tan bruscamente... y, además, puede que no sea así, ¡pobrecita!... ¿A quién buscabas tú? ¿Al anciano que vivía aquí?

—Sí —respondió con desaliento, mientras me miraba inquieta.

—¿Se llamaba Smith?

—Sí.

—Entonces es él... Sí, murió. Pero no llores, palomita. ¿Por qué no viniste antes? ... ¿De dónde vienes? Lo enterraron ayer. Murió de repente. ¿Eres su nieta?

La niña no respondió a mis rápidas y desordenadas preguntas. Dio media vuelta en silencio y salió lentamente de la habitación. Yo estaba tan aturdido, que no hice nada por retenerla ni por seguir interrogándola. Ella se detuvo otra vez en la puerta, y medio vuelta hacia mí, me preguntó:

—¿Azorka murió también?

—Sí. Azorka también murió —respondí; parecía estar persuadida de que Azorka debía de morir al mismo tiempo que el viejo.

Tan pronto escuchó mi respuesta, la niña salió de la habitación, cerrando con cuidado la puerta tras de sí. Un minuto después, corrí en su busca, muy contrariado por haberla dejado ir. Se fue tan sigilosamente, que ni siquiera la oí abrir la otra puerta del rellano. «No habrá tenido tiempo de abrir la otra puerta», pensé, y me puse a escuchar en el descansillo. Pero todo estaba en silencio y no se oía el menor ruido de pasos. Únicamente sonó, al cerrarse, la puerta de un piso inferior, y todo volvió a quedar en absoluto silencio. Me apresuré a bajar la escalera, que desde mi habitación hasta el quinto piso era de caracol, pero desde el cuarto bajaba derecha. Era una escalera sucia, negra y siempre oscura; una de esas escaleras que suelen encontrarse en las casas grandes, divididas en pisos modestos. En aquel instante reinaba en ella la más completa oscuridad.

A tientas descendí hasta el cuarto piso y me detuve. De pronto creí sentir que allí, en el descansillo, había alguien que se pegaba a la pared y me rehuía. Me puse a tantear con las manos: allí estaba la niña, en el rincón, la cara contra la pared y llorando quedo.

—¿Por qué estás asustada? —le dije. Te atemoriqué; estuve torpe. Tu abuelo habló de ti; fue su última palabra... Dejó allí unos libros, quizá sean tuyos... ¿Cómo te llamas?, ¿dónde vives? Él dijo que en la Sexta Línea...

Pero no acabé. Ella dio un grito de susto al enterarse de que yo sabía dónde vivía. Me repelió con su mano flaca y huesuda y bajó precipitadamente la escalera. Yo corrí tras ella; aún se oía el ruido de sus pasos. De pronto, cesó. Cuando llegué a la calle,

había desaparecido. Fui hasta el Próspekt Vosnesenskii y mis pesquisas fueron inútiles. «Probablemente se escondería en cualquier parte», pensé.

XI

No había hecho sino poner el pie en la sucia y resbaladiza acera del Próspekt, cuando choqué de pronto con un transeúnte que, aparentemente sumido en hondos pensamientos, caminaba ligero y cabizbajo. Mi asombro fue grande cuando reconocí en él al viejo Ijméniev.

Aquella era para mí una noche de encuentros inesperados. Sabía que el viejo Ijméniev había estado tres días muy enfermo, y de pronto me lo encontraba en la calle, con aquella humedad. Él, además, ya no salía por las noches, y desde la fuga de Natascha, es decir, hacía casi medio año, apenas si ponía los pies en la calle. Pareció alegrarse al verme, como hombre que halla, por fin, a un amigo con quien cambiar ideas. Me dio la mano con efusión, y sin preguntarme adonde iba, me llevó con él. Se mostraba algo inquieto. «¿Adónde podrá ir?», pensaba yo. Preguntárselo era inútil, se había vuelto horriblemente desconfiado y, a veces, en la observación más ingenua veía una alusión humillante o una ofensa. Lo miré a hurtadillas. Tenía cara de enfermo, estaba mucho más delgado y con barba de una semana. Sus cabellos, ya completamente blancos, se escapaban revueltos de su abollado sombrero, y le caían en grandes mechones sobre el cuello del abrigo, viejo y raído. Ya dije antes que, a veces, tenía momentos de absoluta abstracción: olvidaba, por ejemplo, que no estaba solo y hablaba consigo mismo, gesticulando y accionando. Daba pena verlo.

—¿Adónde vas, Vania? —me preguntó. Yo he salido a mis negocios. ¿Y estás bien de salud?

—¿Y usted? —le respondí. Todavía está usted convaleciente y sale.

El viejo no respondió, como si no me hubiese oído.

—¿Cómo esta Anna Andréyevna?

—Está bien..., está bien, aunque con sus achaques. La encuentro algo triste. Habla de ti muchas veces... ¿Por qué no vas a vernos? ¿Ibas ahora a nuestra casa, Vania? ¿Es que no te molesto, no te desvío de tu camino? —preguntó, mirándome desconfiadamente, pues era tan sensible, que si le hubiera dicho que no iba a su casa, se habría ofendido y despedido de mí. Me apresuré a decirle que iba precisamente a visitar a Anna Andréyevna, aunque sabía que era ya tarde y quizá no pudiese ir a casa de Natascha.

—Muy bien —dijo, tranquilizado con mi respuesta. Está muy bien. —Y de pronto calló y se quedó pensativo, como no acertando a decir más. Sí, está muy bien —repitió después de algunos momentos, como si despertara de un sueño profundo. ¡Hum!... Mira, Vania, siempre has sido para nosotros como algo nuestro; Dios no nos ha favorecido... en Anna Andréyevna con un hijo, pero te ha enviado a nosotros. Siempre he pensado esto, y mi vieja también... Que Dios te bendiga por ello, Vania. Tú has sido siempre respetuoso y dulce como un hijo, bueno y agradecido con nosotros, y los viejos te bendecimos y te amamos...

Su voz temblaba. Calló un minuto antes de proseguir.

—¡Pero, bueno! ¿Qué te pasó? ¿Has estado enfermo? ¿Por qué llevas tanto tiempo sin ir a visitarnos?

Yo le conté la historia de Smith, y me excusé diciéndole que había estado enfermo, y se me había hecho difícil ir a Vasilievskii, tan lejos; seguían viviendo en Vasilievskii. Estuvo a punto de escapárseme que, a pesar de todo eso, había ido a ver a Natascha. Felizmente, me contuve a tiempo.

La historia de Smith le interesó vivamente. Seguía con atención mis palabras. Al saber que mi alojamiento era lóbrego y casi peor que el otro, y que me costaba seis rublos al mes, se indignó.

Era, en general, bastante impaciente y colérico. Sólo Anna Andréyevna sabía calmarlo cuando se ponía así, y no siempre.

—¡Hum! ¿Ves? Anda. ¡Ahí tienes tu literatura, Vania! —gritó irritado. Te ha llevado a una guardilla, y te conducirá al cementerio; ya te lo dije, ya te lo predije... Y B., ¿hace todavía críticas?

—Murió tísico...; creía habértelo dicho.

—¡Que murió! ¡Hum! ¡Muerto! ¡Tenía que suceder! ¿Ha dejado algo a su mujer y a sus hijos? Tú me dijiste que tenía mujer. ¿Por qué se casará esa gente?

—No, no ha dejado nada —le respondí con tristeza.

—¡Ya ves! —gritó tan indignado como si se tratara de un pariente próximo, de su propio hermano. ¿Ves, Vania? ¡Ya me figuraba yo que había de acabar así! ¡No ha dejado nada!... ¡Muy bonito!... ¡Hum! La gloria imperecedera, pero con eso no se come. Yo, hermano, también por ti, Vania, lo presentía; alababa, pero el corazón me lo decía todo. ¡Conque murió B. L.! ¿Cómo no había de morir? La vida es hermosa... y este lugar también... ¡Mira!

Y con un brusco e impaciente movimiento de la mano me mostró la lúgubre perspectiva de la calle, débilmente iluminada por los reverberos escondidos entre la niebla, las casas sucias, las losas del piso relucientes de humedad, los transeúntes tristes, mohínos y mojados por la lluvia: todo aquel cuadro, coronado por la negra cúpula, como salpicada de tinta china, del cielo de Petersburgo. Habíamos llegado ya a la plaza. Ante nosotros se alzaba entre tinieblas, la estatua, algo iluminada abajo por los faroles de gas; y más allá se erguía la inmensa mole sombría de la catedral de Isaac, que se destacaba vagamente sobre el nebuloso color del cielo.

—Decías tú, Vania, que B. era bueno, generoso, simpático, sensible; un hombre de corazón. Todos son así: gente de corazón y simpáticos. Pero lo único que saben es multiplicar el número de huérfanos... ¡Hum! ¡Sí, me figuro que deben alegrarse de morir!... ¡Eh! ¡Más les valía irse lejos, a cualquier parte, aunque fuese a Siberia!... ¿Qué quieres tú, niña? —preguntó de pronto, al ver en la acera a una pequeña que pedía limosna.

Era una niña pequeña y flacucha, de siete u ocho años a lo sumo, cubierta de sucios andrajos. Llevaba sus piecitos, sin medias, calzados en unos zapatos rotos. Se esforzaba por taparse el cuerpo, tembloroso de frío, con una especie de traje sin

forma y que hacía ya tiempo le quedaba estrecho. Volvía hacia nosotros su carita triste, pálida y enfermiza; nos miraba con timidez y resignación, en apariencia temerosa de un desaire, nos tendía su pequeña mano trémula. El viejo se estremeció también al verla, y se encaró tan vivamente con ella, que la asustó. Ella dio un respingo y se apartó.

—¿Qué te pasa, niña? —le dijo. ¿Pides limosna? Pues toma, para ti...

Y temblando de emoción, rebuscó en sus bolsillos y sacó dos o tres monedillas de plata. Pero le pareció poco, buscó y sacó del portamonedas un rublo, que era todo cuanto llevaba, y lo puso en la mano de la mendiga.

—¡Nuestro Señor te ampare..., hija mía! ¡Que el ángel de la guarda vaya contigo!

Y con su mano temblorosa hizo varias veces el signo de la cruz sobre la pobrecilla. Mas de pronto, al ver que yo la estaba mirando, frunció las cejas y siguió andando a grandes zancadas.

—Ya lo ves, Vania. No puedo mirar —dijo, después de un silencio lleno de tristeza— a esas inocentes criaturitas, tiritando de frío en el arroyo por culpa de sus padres. Aunque, ¿qué madre podría enviar una nena como ésta a tal horror, si no fuera ella misma una desgraciada? Probablemente, allá, en su tugurio, tendrá otros hermanitos, y ésta será la mayor; quizá esté la pobre mujer enferma, y... ¡hum!, éstos no son hijos de príncipes. Los hay de sobra en el mundo, Vania; no son hijos de príncipes. ¡Hum!

Se calló unos instantes, algo preocupado.

—Mira, Vania: le he prometido a Anna Andréyevna, le he prometido..., es decir, hemos acordado los dos adoptar una huerfanita..., la primera que encontremos, naturalmente, pobre, y pequeñita, ¿comprendes? Nos aburrirnos solos los dos viejos. ¡Hum! Sólo que mira: mi mujer me hace algunas objeciones, así que háblale tú, te lo ruego, no en mi nombre, sino como cosa tuya; dale razones... ¿Comprendes?... Hace mucho tiempo que quería pedírtelo... para que lograras su consentimiento, sólo que se me hacía difícil. ¿Prohijar una niña? Ya sé que no hay necesidad. Es por oír una voz infantil... Bueno; ¿para qué hablar sandeces? Y, después de todo, por la vieja lo hago, para que se distraiga más que sola conmigo. Pero ¡qué simplezas! ¡Mira, Vania, de este modo no llegaremos nunca! Tomemos un coche; vamos lejos, y Anna Andréyevna estará esperándonos con impaciencia.

Eran las siete y media cuando llegamos a casa de Anna Andréyevna.

XII

Los viejos se querían mucho, y el amor y la larga convivencia los había unido con lazo inquebrantable. Pero Nikolai Serguieyich, ni ahora, ni en los tiempos más felices, había sido muy expansivo con Anna Andréyevna; rayaba en la brusquedad, sobre todo delante de gente. Algunos seres tiernos y sensibles experimentan cierta timidez, cierta pudorosa aversión a mostrar, incluso a la persona más amada, no solamente en público, sino también en la intimidad, su corazón, y sólo de tarde en tarde se les escapa una demostración de amor, tanto más efusiva cuanto más reprimida estuvo.

Así había sido siempre el viejo Ijméniev con su Anna Andréyevna. La amaba infinitamente, aunque ella no pasaba de ser una mujer buena, que no sabía más que amarle, pero le contrariaba que, a veces, le demostrase demasiado efusivamente su amor. Desde la fuga de Natascha, había aumentado el amor de los viejos. Sentían morbosamente que se habían quedado solos en el mundo. Y aunque Nikolai Serguieyich tenía momentos en que se ponía muy adusto, no por eso era menos cierto que no podían estar separados unas horas sin sentir verdadera tristeza. Parecía haber hecho un acuerdo tácito que consistía en no hablar nunca de Natascha, como si no existiese. Anna Andréyevna no hacía alusión a la fugitiva ante su marido, aunque le fuera muy penoso. En su corazón la había perdonado hacía mucho tiempo. Con ella habíamos convenido que en mis visitas yo le llevaría noticias de su hija.

La viejecita se ponía enferma cuando pasaba algún tiempo sin saber nada de Natascha, y cuando yo iba a verla me preguntaba una y otra vez, con curiosidad insaciable; mis palabras le aliviaban el alma. Una vez por poco se muere del disgusto al saber que Natascha estaba enferma. Quiso al momento ir a verla, pero ése fue un caso extremo. Al principio, no osaba expresarme su deseo de ver a su hija, y casi siempre, después de nuestros diálogos, cuando ya me lo había preguntado todo, consideraba indispensable quejarse delante de mí, sosteniendo que, aunque se interesase por la suerte de su hija, Natascha había cometido una falta de tal magnitud, que era imposible perdonarla. Pero todo aquello era fingido; había ocasiones en que Anna Andréyevna casi perdía el sentido. Lloraba, llamaba a Natascha con nombres dulcísimos, se quejaba amargamente de su marido; luego hablaba, en presencia de éste, de orgullo y de dureza de corazón, y llegaba a decir que Dios no perdona a los que no quieren perdonar. Pero no osaba tocar más directamente la cuestión. En momentos así, el viejo se ponía hosco y serio, fruncía las cejas sin decir nada, cambiaba de conversación y, finalmente, se retiraba a su cuarto y nos dejaba solos, de suerte que su mujer podía desahogar su tristeza con lágrimas y lamentaciones. Parecía como si al llegar yo se metiese en su cuarto, no bien me saludaba, para darme tiempo a comunicarle a Anna Andréyevna las últimas noticias de Natascha.

—Eso mismo hizo ahora: «Vengo calado —dijo en cuanto llegamos. Voy un instante adentro. Pero tú, Vania, siéntate. Mira, le ha ocurrido una cosa en su nuevo

alojamiento; cuéntasela. En seguida vuelvo».

Y se marchó precipitadamente, esforzándose por no mirarnos, como si se avergonzase de habernos puesto él mismo al habla. Al volver, se mostraba adusto y serio, tanto conmigo como con Anna Andréyevna, y hasta pesaroso de sí mismo por su falta de firmeza y excesiva condescendencia.

—Así hace siempre —me dijo la pobre vieja, que en los últimos tiempos me comunicaba hasta sus pensamientos más íntimos—, así hace siempre conmigo, y lo mismo con su hija. ¿Por qué se valdrá de ese fingimiento conmigo? ¿Es que soy para él una extraña? A mi Natascha podía perdonarla, y quizá lo quiera; sólo Dios lo sabe. Por las noches llora: yo lo oigo. Pero cuando no está solo, se hace el fuerte; el orgullo lo sostiene. Padrecito Iván Petróvich, dime pronto, ¿adónde iba?

—¿Nikolai Serguieyich? No lo sé; a usted se lo iba yo a preguntar.

—Yo me asusté cuando lo vi salir con este tiempo: «Debe tener algo muy importante que hacer», me dije. Pero ¿qué puede hacer más importante que lo que tú sabes? Me figuré eso, pero no tuve valor para preguntarle; yo lo veo ahora en continuas angustias, así que no me atrevo nunca a preguntarle nada. ¡Dios mío!, yo pensé que iba a verla, pero no pude preguntárselo. Él lo sabe todo, hasta las cosas más insignificantes de ella. Yo, en verdad, creo que lo sabe todo, pero no comprendo cómo se entera. Ayer y anteayer pasó el día muy inquieto. Pero ¿por qué callas? Dime, ¿ha ocurrido algo allí? Te esperaba como a un ángel de la guarda, toda ojos miraba hacia afuera. Bueno, dime, ese facineroso, ¿abandonó a Natascha?

Le conté en seguida a Anna Andréyevna, con franqueza, todo lo que sabía. Yo era siempre muy franco con ella. Le dije que Natascha y Alioscha estaban a punto de romper; que había entre ellos serias desavenencias, y que Natascha me había escrito suplicándome que fuese a verla aquella misma noche, a las diez, y que habría ido si Ijméniev no hubiese tirado de mí. Le expliqué que la situación era crítica. El padre de Alioscha, que hacía una semana había regresado de su viaje, no se avenía a razones y apremiaba enérgicamente a su hijo. Lo más grave era que el chico parecía sentir ya menos repulsión por la novia que le destinaban, y hasta la encontraba de su gusto.

Añadí que Natascha me había escrito en un momento de mucha agitación. Decía que esta noche debía decidirse todo; qué, lo ignoraba. Era raro también que me hubiera escrito con fecha del día antes, pero citándome para hoy, a una hora determinada: a las diez. Así que yo deseaba ir allá cuanto antes.

—¡Ve, ve en seguida, ve sin falta! —exclamó la vieja. Cuando él vuelva te tomas una tacita de té... ¡Ah! No han traído la tetera. ¡Matriona! ¡Eres una bandolera, no una chica! ¿Y el samovar?... Ya sabes: tomas una taza de té y en seguida buscas un pretexto y te marchas. Pero mañana sin falta vienes y me lo cuentas todo. ¡Ve en seguida! ¡Ay, Dios mío, si ocurriera alguna nueva desgracia! Aunque, ¿qué podría ser peor que lo presente? ¿Verdad, Vania? Mi marido está al tanto de todo lo que pasa, estoy segura. Yo sé muchas cosas por Matriona, quien se entera por Agascha, y Agascha por el marido de María Vasilievna, que sirve en casa del príncipe... Bueno,

ya lo sabes. Mi Nikolai está de malísimo humor, se enfada y grita, y luego le cuesta trabajo hablar: escasez de dinero. Parece que está así por el dinero. En fin, tú ya conoces nuestra situación. Después de comer se metió en su cuarto con pretexto de echarse un poco, pero yo miré por una rendija de la puerta, y lo vi arrodillado delante de la imagen, rezando. Al ver aquello, también a mí me flaquearon las piernas. Él no tomó té ni durmió siesta; cogió su sombrero y se fue. A las cinco salió. No me atreví a preguntarle adonde iba. Se hubiese puesto a gritar. Le grita por todo a Matriona, y algunas veces también a mí. Y cuando empieza a chillar así, me tiemblan las piernas y me parece que me arrancan el corazón. Claro que todo eso es fingido, me consta que es fingido, pero, de todos modos, es horrible. Una hora entera estuve pidiendo a Dios, cuando se fue, que le infundiera buenos pensamientos... Pero ¿dónde está esa carta? Enséñamela.

Yo se la enseñé. Sabía que Anna Andréyevna se hacía la dulce ilusión de que Alioscha, a quien ella llamaba algunas veces facineroso, desalmado y tonto, acabaría por casarse con Natascha, y que su padre, el príncipe Piotr Aleksándrovich, daría al fin su consentimiento. Así lo decía a veces delante de mí, aunque otras se arrepentía y se desdecía de sus palabras. Pero por nada del mundo se hubiera atrevido a expresar sus esperanzas en presencia de Nikolai Serguieyich, aunque sabía que el viejo se lo figuraba; en más de una ocasión le había dirigido francos reproches. Pienso que hubiese maldecido definitivamente a Natascha y la habría desterrado para siempre de su corazón, de haber creído en la posibilidad de esa boda.

Ésta era entonces la opinión de todos. Él esperaba a su hija con todas las ansias de su corazón, pero la esperaba a ella sola, arrepentida y después de haberse arrancado del corazón hasta el recuerdo de Alioscha. Ésta era la condición única para el perdón, y, aunque no lo declaraba, así se comprendía, sin lugar a dudas, al verlo.

—Es un muchacho sin carácter y de mal corazón; lo dije siempre —me decía Anna Andréyevna. No supieron educarlo; es un calavera. La va a abandonar. ¿Qué será de la pobre Natascha? ¡Dios mío, con el cariño que ella le tiene! Pero ¿qué es lo que ha encontrado de particular en la otra? ¡Es extraño!

—Yo he oído decir que es encantadora, y Natascha Nikoláievna también lo dice, Anna Andréyevna —la interrumpí yo.

—¡Tú no dices la verdad! Para vosotros, garrapateadores de papel, en cuanto veis unas faldas, todas son encantadoras. Si Natascha la alaba, lo hará porque tiene un alma muy noble. No sabe ajustarle las cuentas; se lo traga todo y sufre. ¡Cuántas veces la habrá engañado ese facineroso, ese desalmado! Pero yo, Iván Petróvich, tengo espanto. El orgullo los ciega a todos. Si al menos mi marido venciera sus resentimientos y perdonara a mi palomita y la trajera acá... ¡Cómo la mimaría! ¿Está más delgada?

—Sí, Anna Andréyevna.

—¡Palomito, Iván Petróvich, qué desgraciada soy! Día y noche lloro... Ya te diré... ¡Cuántas veces he estado a punto de pedirle indirectamente que la perdone!,

pero me falta el valor hasta para hacerlo así, con palabras cariñosas. Me da un vuelco el corazón. Temo que se enfade y nos maldiga a todos. Hasta ahora no le he oído maldiciones... y temo mucho que nos maldiga. Sería una desgracia. El padre maldice y Dios castiga. Así, paso mi vida temblando. Pero a ti, Iván Petróvich, debería darte vergüenza: tú, que no has recibido de nosotros más que pruebas de cariño, ¿cómo puedes encontrarla encantadora? ¿Cómo esperar esto de ti? ¡Encantadora! No dice eso María Vasilievna, que vive en casa del príncipe (yo no hice bien, pero un día la invité a tomar café aquí, cuando el mío estaba ausente), y me ha contado los detalles. El padre de Alioscha sostiene relaciones ilícitas con una condesa, la que hace mucho tiempo le reprocha que no se case con ella. Pero él se hace el desentendido. Esta condesa se distinguió en vida de su marido por su escandalosa conducta. Cuando quedó viuda se marchó al extranjero, y allí..., ¡vamos! italianos o franceses, daba igual: a todos los encontraba bien. Allí fue donde pescó al príncipe Piotr Aleksándrovich, padre de Alioscha. Pero su hijastra, que era muy guapa, iba creciendo y creciendo; la tuvo de su difunto esposo en su primer matrimonio. La condesa derrochaba su fortuna, la niña se iba haciendo mayor, y los dos millones que su padre, negociante en aguardientes, le había dejado en valores, iban también creciendo. Dicen que tiene ahora tres millones. El príncipe, que no es tonto, ha pensado: «¡Buen partido para Alioscha!». (No es tan necio que deje escapar una ocasión así). Un conde, pariente suyo y hombre de alta categoría, lo secunda. Tres millones no son cosa de broma. «Está bien —dijo—; háblale a la condesa». El príncipe fue y le manifestó su plan. Ella no quiso oírlo; es una mujer sin principios —dicen—, una insolente. Aquí ya no la reciben en ninguna parte; esto no es como el extranjero: «No —le dijo—; tú, príncipe, cástate conmigo, y no tu Alioscha con mi hijastra». Dicen que la joven quiere a su madrastra y le obedece en todo. Dicen también que tiene alma de ángel. El príncipe ve la cosa y dice: «Tú, condesa, no te inquietes. Has perdido tu fortuna y estás acribillada de deudas. Pero si tu hijastra se casa con Alioscha, harán una buena pareja: ella es una inocentona, y mi hijo, un bobalicón; nosotros los manejaremos a nuestro gusto, los tendremos bajo nuestra tutela, y tú tendrás dinero. En cambio —dice—, ¿a qué conduciría que yo me casara contigo?». ¡Vaya hombre listo: un masón! Hace seis meses de eso y la condesa no ha decidido nada, pero ahora dicen que hicieron un viaje a Varsovia y se pusieron de acuerdo. Todo esto me lo ha referido María Vasilievna, y es cierto, pues se lo oyó a un hombre fidedigno. Conque ahí tienes: millones y, además, encantadora.

El relato de Anna Andréyevna me impresionó profundamente, pues concordaba con lo que hacía poco me había dicho Alioscha, jurándome que jamás haría un matrimonio por dinero. Pero Katerina Fiodórovna lo iba conquistando y seduciendo. Alioscha me había dicho, además, que quizá se casase también su padre, aunque rechazaba esos temores, para no inquietar prematuramente a la condesa. Ya dije que Alioscha quería mucho a su padre; lo quería, lo elogiaba mucho, y creía en él como en un oráculo.

—Tu encantadora no es de estirpe, ¿sabes? No es condesa —insistió Anna Andréyevna, todavía resentida por mi elogio de la futura novia del principito. Natascha sería mejor partido para él: es noble, toda una señorita. La otra es hija de un comerciante, mientras que Natascha... Ayer por la noche, olvidé decírtelo, mi viejo abrió el cofre donde encierra sus papeles, y se pasó toda la noche repasando y arreglando nuestros viejos pergaminos. Estaba ahí sentado, muy serio. Yo hacía medias sin mirarlo, medrosa. Él se dio cuenta de que yo no decía nada, y se enfadó, pero me llamó y me estuvo explicando nuestra genealogía. Los Ijménieves eran nobles ya en el reinado de Iván el Terrible, y mi gente, los Schumilov, eran ya conocidos en tiempos de Aleksieyi Mijailovich. Tenemos los documentos, y Karamzín los menciona en su historia. Así que, como ves, padrecito, no tenemos nada que envidiar a nadie en este terreno. Desde que el viejo me lo explicó, comprendí su intención. Estaba, indudablemente, herido por el menosprecio que hacen de Natascha. La otra no tiene sobre nosotros más que sus riquezas. Pero, bueno, Piotr Aleksándrovich, ese bandido va tras la fortuna. Eso es sabido. No tiene corazón; es avaricioso. Dicen que ha profesado secretamente en los jesuítas de Varsovia. ¿Es verdad?

—Es un rumor absurdo —exclamé, interesándome involuntariamente por aquel rumor, pero me impresionó que Nikolai Serguieyich se hubiese puesto a repasar su ascendencia.

—Todos son unos malvados sin corazón —continuó Anna Andréyevna. Conque ella, mi palomita, sufre y llora. ¡Ah, ya es tiempo de que vayas a verla! ¡Matriona! ¡Matriona! ¡Qué imbécil es esta sirvienta!... ¡Criminal que eres, y no una criada! ¿No la han ofendido? Dímelo todo, Vania.

¿Qué iba yo a contestarle? La viejecita lloraba. Yo le pregunté qué desgracia era aquella que le había ocurrido y a que hacía poco aludiera.

—¡Ay, padrecito, desgracia es poco decir; por lo visto, aún no estaba colmado el cáliz! Mira, palomito: ¿recuerdas que yo tenía un medallón de oro con el retrato de mi Natascha cuando niña? Sólo ocho años tenía entonces. Se lo encargamos a un pintor que estuvo por allí de paso; pero tú, según veo, te has olvidado. Aparecía con sus rubios y rizados cabellos, como los tenía entonces, y una camisita de muselina blanca... Y tan encantadora estaba, que no se hartaba uno de mirarla. Yo le pedí al pintor que le pusiera dos alitas, pero él no quiso. Bueno pues, yo, después de tantos disgustos como hemos pasado, saqué el medallón de la cajita donde lo tenía guardado y me lo coloqué al cuello con un cordoncito con la cruz, pero temerosa de que me lo viese mi marido. Porque ya sabes que me ha hecho tirar o quemar todo lo que había de ella en la casa, para que nada nos la recordase. Pero así, al menos, podía yo mirarla, y a veces lloraba al contemplarla, y eso me aliviaba. Le decía palabras tiernas, y por las noches, cuando estaba sola, la besaba cual si la besara a ella misma, y otras, le hablaba por lo bajo. Cuando estaba sola, le hacía preguntas, y me parecía que me contestaba, y seguía preguntándole, y antes de acostarme la santiguaba... ¡Ay

Vania!, qué dolor tener que decirlo; yo estaba muy contenta porque él no sabía nada ni había reparado en el medallón. Sin embargo, una mañana lo eché de menos. Busqué, lo revolví todo..., pero inútil. ¡Si tenía que estar allí!... Creí morirme. Seguí buscando y buscando... ¡Nada! ¿Adónde podía haber ido a parar? «Quizá —me dijese me haya caído en la cama». Registré todo, y ¡nada! Alguien debió encontrarlo. Pero ¿quién, sino él o Matriona? No hay que pensar en Matriona; me quiere con toda su alma... Matriona, pero ¿traes o no el samovar?... «Bueno —me dije—, si lo ha encontrado él, ¿qué va a pasar?». Me entró una gran tristeza y rompí a llorar, sin poder contener mis lágrimas. Pero Nikolai Serguieyich estuvo conmigo más cariñoso que nunca. Al verme se afligió como si hubiese sabido por qué lloraba y le dio lástima. Pero yo digo: ¿cómo puede saberlo? Será que ha encontrado el medallón y lo rompió. Es capaz de ello en su furor. Lo rompió y ahora le pesa; siente haberlo roto. Yo fui a buscarlo bajo la ventana, en la fuente, con Matriona... Nada. Se caería al agua. Toda la noche me la pasé llorando. Aquélla fue la primera que no hice la señal de la cruz sobre el retrato. ¡Ah, ah, y qué malo es esto, Iván Petróvich! Nada bueno promete. Al otro día, sin secarme los ojos, vuelta a llorar. A ti te esperaba, como a un ángel de Dios, aunque se me partiera el alma.

Y la vieja rompió en un llanto desconsolado.

—¡Ah, se me olvidaba decirte una cosa! —exclamó de pronto, alegre por haberse acordado. ¿Le has oído decir algo de una huérfana?

—Oí, Anna Andréyevna; me dijo que los dos pensaban y habían convenido adoptar a una niñita pobre, a una huérfana. ¿Es verdad?

-Yo no he pensado en eso, padrecito; no lo he pensado. No quiero ninguna huérfana. Me recordaría nuestra desgracia, nuestra pena. Yo no puedo querer más que a mi Natascha. Era y será mi única hija. Pero ¿por qué le habrá dado esa idea? ¿Qué te parece, Iván Petróvich? Quizá piense que así puedo consolarme. O que él quiera olvidar a su hija prohijando a otra. ¿Qué te ha hablado de mí en el camino? Cómo te pareció, ¿hosco?, ¿enfadado? Ahí está...; ya hablaremos después. ¡Por Dios, no olvides venir mañana!...

XIII

Entró el viejo. Miró curioso y como avergonzado, y se sentó a la mesa.

—¿Y el samovar? —preguntó. ¿Por qué no lo han traído?

—Ahora lo traerán, padrecito —se apresuró a decir Anna Andréyevna.

Matriona, en cuanto vio a Nikolai Serguieyich, apareció con la tetera, como si hubiese estado esperando su llegada para llevarla.

Era una vieja sirvienta, experta y adicta, pero lo más gruñona y testaruda del mundo. A Nikolai Serguieyich le tenía miedo, y delante de él siempre se guardaba la lengua, de lo que se desquitaba con Anna Andréyevna. Le gruñía a cada paso, y manifestaba la pretensión de dominar a su señora, aunque al mismo tiempo las quería cordial y sinceramente a ella y a Natascha.

A esta Matriona ya la conocía yo desde hacía mucho.

—¡Hum! No es muy agradable llegar mojado a casa y que no quieran prepararle pronto una taza de té —refunfuñó a media voz el viejo.

Anna Andréyevna me miró. A él no le hacían gracia los gestos a escondidas, y en aquel momento se esforzaba por no mirarnos; pero en la cara se le conocía que lo había advertido.

—Salí a un asunto, Vania —dijo de pronto—; es una villanía. ¿Te lo conté? Me condenan en todo. ¡Claro, no tengo pruebas! Me hacen falta documentos que no poseo, y la información judicial es injusta. ¡Bah!

Hablaba de su proceso con el príncipe; aquel proceso duraba todavía y había tomado un mal cariz para Nikolai Serguieyich. Yo callaba, sin saber qué contestarle. Él me miraba con recelo.

—¿Y qué? —gritó de pronto, excitado por nuestro silencio. ¡Cuanto antes, mejor! Harán bien en condenarme; no me deshonrarán, aunque me obliguen a pagar. Mi conciencia es mía; que me condenen si quieren. Cuando ya me hayan arruinado, me dejarán en paz... Lo abandonaré todo y me iré a Siberia.

—¡Dios mío! ¿Adónde? ¿Por qué tan lejos? —exclamó Anna Andréyevna.

—¿Y qué hacemos aquí? —le preguntó él rudamente, como si se alegrase de su contrariedad.

—Pero... ¿y la gente? —dijo Anna Andréyevna, mirándome con ansiedad.

—¿Qué gente? —gritó él, paseando su vista irritada de mí a ella, y viceversa. ¿Los traidores?, ¿los ladrones?, ¿los calumniadores? Ésos los hay de sobra en todas partes. Tranquilízate; los encontraremos también en Siberia. Además, si tú no quieres venir, te quedas; no te obligaré.

—¡Nikolai Serguieyich..., padrecito mío! ¿Qué haría sin ti? —exclamó la pobre Anna Andréyevna. Aparte de ti, yo a nadie tengo en el mundo...

Se embrolló; se calló, y me miró llena de espanto, como implorando protección y ayuda. El viejo estaba exasperado, todo le irritaba; era imposible contradecirlo.

—¡Cálmese usted, Anna Andréyevna! En Siberia no se está hoy tan mal como

antes. Si les ocurre cualquier desgracia, si se ven forzados a vender su propiedad de Ijménievka, en ese caso, el proyecto de Nicolai Serguieyich es excelente. En Siberia es fácil encontrar un buen afincamiento, y...

—¡Vaya! Por lo menos tú, Iván, eres sensato. Eso es precisamente lo que yo he pensado. Lo dejo todo y me voy.

—Yo no esperaba eso —gritó Anna Andréyevna, juntando las manos. Tú, Vania, tú también. De ti, Iván Petróvich, no me lo esperaba... ¡Tú no has recibido de nosotros más que caricias, y ahora...!

—¡Ja..., ja..., ja...! ¿Qué esperabas? ¿De qué crees que viviremos aquí? ¡Piensa un poco! El dinero voló; nos queda el último copec, y no querrás que vaya a pedirle perdón al príncipe Piotr Aleksándrovich, ¿verdad?

Al oír hablar del príncipe, la pobre vieja comenzó a temblar; la cuchara del té se le escapó de las manos, y ruidosamente fue a caer en su tazón.

—No, efectivamente —exclamó Ijméniev, mofándose con sonrisa maligna y terca. ¿Qué te parece, Vania?... ¿Verdad que haría bien en ir? ¿Para qué emigrar a Siberia? Mañana tempranito me visto, me peino y me calzo. Anna Andréyevna me preparará una camisa nueva; con personajes así, no hay más remedio. Me compraré unos guantes de buen tono y me presentaré ante Su Excelencia: «Padrecito, Excelencia, mi bienhechor, mi padre...: ¡perdóname y compadéceme!... ¡Dame pan, tengo mujer e hijitos!...». ¿Está eso bien, Anna Andréyevna? ¿Es eso lo que quieres?

—Padrecito, yo no quiero nada; hablé sin pensar; perdóname si en algo te ofendí, pero no grites —dijo ella, que temblaba cada vez más asustada.

Estoy persuadido de que él sentía herida su alma al ver las lágrimas y el terror de su pobre mujer; estoy convencido de que sufría más que ella, pero no podía contenerse. Así suele ocurrir a las personas más bondadosas, pero nerviosas, que, a pesar de su bondad, se dejan llevar hasta con placer por su excitación y enojo, llegando incluso, a ofender a otra persona inocente y, en particular, al ser más allegado.

Las mujeres, por ejemplo, sienten a veces la necesidad de hacerse las víctimas y que las compadezcan, aunque no existan agravios ni desgracias. Hay algunos hombres parecidos en esto a las hembras, y hasta aquéllos que no tienen mucho de femenino. El viejo Ijméniev sentía la necesidad de reñir, aunque con ello sufriera.

Recuerdo que se me ocurrió una idea. ¿No habría hecho él ya algunas gestiones al estilo de la proposición de Anna Andréyevna? ¿No se lo habría inspirado el Señor, y no habría salido efectivamente con la intención de ver a Natascha? Mas recapacitó en el camino o se le frustró algo, y desistió de su propósito —como por fuerza tenía que ocurrir— y regresó a su casa, resentido y humillado, avergonzado de sus recientes anhelos y sentimientos, buscando con quién desahogar su rabia por su flaqueza y eligiendo a quien sospechaba que compartía aquellos anhelos y sentimientos suyos. Pudiera ser que, deseando perdonar a su hija, se imaginase el entusiasmo y la alegría de la pobre Anna Andréyevna, y en vista del fracaso, la emprendiese con ella antes

que con nadie.

Al ver temblar de espanto a su mujer, se contuvo. Pareció abochornarse de su cólera, y por un momento, reprimirse. Todos callábamos. Yo me esforzaba por no mirarlo. Pero el buen momento duró poco. Fuese como fuese, era preciso desahogarse, ya en un estallido, ya en una maldición.

—Mira, Vania —dijo de pronto—, a mí me duele; yo no querría, pero ha llegado el momento de hablar francamente, sin rodeos, como un hombre honrado, ¿me entiendes, Vania? Yo celebro que estés presente, y quiero decir delante de ti, para que también lo oigan los otros, que todos esos suspiros y esas lágrimas me exasperan. Cuando yo arranco de mi corazón a alguien, quizá con sangre y dolor, jamás vuelve a él. Eso es. Lo dije y lo hago. Me refiero a lo que pasó hace medio año. ¿Entiendes, Vania?

Se levantó de su silla y dio un puñetazo sobre la mesa, tan recio, que las tazas tintinearón.

—Y hablo de ello, francamente, con toda intención, para que nunca puedan engañarte mis palabras —añadió, mirando con ojos centelleantes, y rehuyendo visiblemente las miradas de la esposa. Lo repito: eso es un absurdo, no quiero... A mí lo que más me indigna es que, como a un imbécil, como al pícaro más vil, todos me crean capaz de tener tan bajos, tan cobardes sentimientos... Piensan que el dolor me hace perder el juicio... ¡Absurdo! Yo he ahuyentado, he olvidado los antiguos sentimientos.

—Nikolai Serguieyich, tenga usted piedad de Anna Andréyevna —grité, indignado, sin poder contenerme y mirándolo casi con enojo. Mire lo que hace con ella.

Pero no hice otra cosa que echar más leña al fuego.

—¡No hay piedad! —exclamó él, temblando y palideciendo. No tengo piedad, porque de mí no la tienen. En mi casa hay conjuras contra mi agraviada frente a favor de una hija corrompida, digna de maldición y castigos.

—¡Padrecito Nikolai Serguieyich, no la maldigas! ¡Todo lo que quieras, todo, menos eso! ¡No maldigas a tu hija! —gritó Anna Andréyevna.

—Sí, la maldigo —gritó el viejo, con redoblada energía—, ya que exiges de mí, ofendido, agraviado, con suspiros y alusiones, que yo vaya a ver a esa maldita y le pida perdón. ¡Sí, sí; eso es! Por esto me mortifican diariamente, día y noche, en mi misma casa. Mira, Vania —añadió, sacándose con trémula mano del bolsillo unos papeles—: mira los legajos del pleito, donde dicen que he robado a mi bienhechor, donde me llaman ladrón y estafador... ¡Yo estoy deshonorado, difamado por ella, por su culpa!

Y tiró sobre la mesa varios papeles que sacó con precipitación de su bolsillo, unos tras otros, rebuscando impaciente entre ellos el que quería mostrarme. Pero el documento necesario parecía esconderse adrede. En su impaciencia, se sacó del bolsillo cuanto cabía en su mano, y de pronto..., algo pesado y sonoro rebotó sobre la

mesa. Anna Andréyevna dio un grito.

¡Era el medallón perdido! Yo no daba crédito a mis ojos. La sangre se le subió al viejo a la cara y tiñó sus mejillas.

Dio un respingo. Anna Andréyevna se levantó, tendió la mano y le miró suplicante. Su rostro refulgía con luminosa y alegre esperanza. Aquel color en el semblante, aquella emoción del viejo a nuestra vista... Sí, ella no se había equivocado; ahora comprendía cómo había desaparecido el medallón. Comprendía que él se lo había encontrado, alegrándose del hallazgo, y quizá, trémulo de alegría, se lo guardó para ocultarlo a todas las miradas; que en algún sitio, él solo, a hurtadillas de todos, se habría alegrado contemplando el rostro de su hija querida... mirándolo sin hartarse; que acaso él, lo mismo que su infortunada madre, se escondía de todos para hablar con su Natascha, imaginar sus respuestas y contestarse él mismo, y por las noches, con torturante tristeza y lanzando suspiros, besaría la querida imagen, y en vez de maldiciones, daría su perdón y su bendición a aquélla a quien no quería ver, a aquélla delante de todos maldita.

—¿Conque la quieres todavía, palomito mío? —exclamó Anna Andréyevna, sin poder contenerse, ante el sombrío padre, que hacía un instante había maldecido a su Natascha.

Al oír aquello el viejo, brilló en sus ojos un furor insensato. Cogió el medallón, lo tiró contra el suelo y lo pisoteó furiosamente.

—¡Para siempre, para siempre la maldigo!... —gritó con voz tajante. ¡Para siempre!, ¡para siempre!

—¡Dios mío! —exclamó la vieja. ¡A ella, a ella, a mi Natascha! ¡La carita de mi Natascha bajo tus pies! ¡Tirano, cruel, orgulloso, corazón de piedra!

Al oír los gemidos de su mujer, el enloquecido viejo se quedó espantado de lo que había hecho.

De pronto, cogió del suelo el medallón y se dispuso a salir del cuarto; pero no bien hubo dado dos pasos, cayó de hinojos, asiéndose con las manos al diván que cerca tenía e, inerte, reclinó en él la cabeza. Gemía como un niño. Los sollozos se le agolpaban al pecho como si quisieran destrozárselo. El adusto viejo era en aquel instante más débil que un niño. ¡Oh!, ahora ya no podía maldecir; ahora ya no se avergonzaba de nosotros, y en su irreprimible arranque de amor, se puso a cubrir en nuestra presencia de incontables besos el retrato que un minuto antes pisoteara en el suelo. Parecía como si toda su ternura, todo su amor a la hija, tanto tiempo comprimidos, irrumpiesen, con fuerza irresistible y, al estallar con esa fuerza, arrastrara tras de sí todo su ser.

—¡Perdónala! ¡Perdónala! —gritó, abrazándolo, Anna Andréyevna. Permítele volver a casa de sus padres, palomito, y Dios, en su terrible juicio, tomará en cuenta tu mansedumbre y tu clemencia.

—No, no, ¡jamás! —exclamó él con voz tonante y afanosa. ¡Nunca, nunca!...

XIV

Hasta muy tarde, hasta las diez, no pude llegar a casa de Natascha. Vivía ésta ahora en el muelle del Fontanka, cerca del puente Semiónovki, en la sucia casa capital del comerciante Kolotuschkin, en un cuarto piso. En los primeros tiempos, a raíz de su fuga de la casa paterna, ella y Alioscha vivieron en un hermoso piso, no grande, pero bonito y cómodo, en la Liteina. Pero de pronto se acabaron los recursos del joven príncipe. No se había hecho profesor de música, y, en cambio, empezó a pedir dinero prestado, contrayendo deudas enormes para él. El dinero lo gastaba en pagar el piso y en hacer en regalos a Natascha, quien protestaba contra aquel derroche, lo regañaba, y, a veces, hasta rompía a llorar. El sensible y tierno Alioscha, que a veces se pasaba una semana entera pensando con placer en qué regalo le haría y cómo lo acogería ella, hacía de eso una verdadera fiesta y siempre me estaba hablando de sus esperanzas e ilusiones. Se desanimaba tanto con aquellos regaños y lágrimas, que sufría muchísimo, y por culpa de aquellos obsequios surgían entre ellos reproches, discusiones y disgustos. Además, Alioscha gastaba mucho a espaldas de Natascha, divirtiéndose con antiguos camaradas, que le llevaban a engañarla. Iba con damas alegres, no obstante lo cual, la amaba locamente. La amaba hasta con cierto dolor. Con frecuencia, triste y pesaroso, me decía que le humillaba valer menos que un dedo de su Natascha, y que se sentía incapaz de elevarse hasta ella y de hacerse digno de su amor.

Tenía en parte razón: eran perfectamente desiguales. Él se sentía ante ella un niño, y como un niño lo miraba ella siempre. Me confesaba con lágrimas en los ojos su amistad con Iosefinas, y me rogaba no le hablase de ello a Natascha; y cuando tímido y azorado, después de todas esas confidencias, se dirigía a verla en mi compañía (infaliblemente en mi compañía, asegurándome que no se atrevía a afrontar su mirada, después del extravío, y que sólo yo podía valerle). Natascha, con solo verlo, lo adivinaba todo. Ella era muy buena, y no sé cómo siempre le perdonaba todas sus culpas. Por lo general, sucedía así: Alioscha entraba conmigo, empezaba a hablarle con humildad, mirándola tímidamente a los ojos. Ella al punto adivinaba que él era culpable, pero no decía nada; ni rompía a hablar de ello la primera, ni le hacía reproches, sino que empezaba a acariciarlo y se ponía muy alegre, y no por estudio ni doblez, sino sinceramente. No; para esta bondadosísima criatura era un placer perdonar y amar.

Parecía como si, perdonando a Alioscha, experimentase una especial satisfacción. Verdaderamente, por entonces sólo se trataba de cualquier mujer. Al verla a ella tan clemente y dulce, Alioscha no podía contenerse, y en seguida comenzaba él mismo a contarle todo, sin que nadie le preguntase, a fin de desahogar su corazón y quedar como antes, según decía.

Cuando lo habíamos perdonado, su entusiasmo no tenía límites. A veces hasta lloraba de júbilo y placer. La besaba, la abrazaba. En seguida se ponía muy alegre, y

empezaba con sinceridad infantil a contarnos todos los detalles de sus relaciones con esas mujeres; se reía, se reía a carcajadas, y la velada terminaba alegre y dichosa. Cuando se les acabó el dinero, empezó a vender objetos. Para alojamiento de Natascha buscaron un cuarto pequeñito pero módico en el Fontanka.

Continuaron vendiendo prendas. Natascha llegó a vender sus trajes y a pedir labor. Al saberlo, Alioscha se desesperó infinitamente; juró, gritó que se despreciaba a sí mismo. Pero con eso no se arreglaba nada.

Ya se les habían acabado hasta esos últimos recursos. Sólo le quedaba el trabajo, pero la retribución resultaba insignificante.

Al principio de la vida en común de los amantes, tuvo Alioscha grandes altercados con su padre. La insistencia del príncipe en querer casar a su hijo con la hijastra de la condesa Katerina Fiodórovna no pasaba de ser un proyecto, pero a ese proyecto estaba muy aferrado. Presentó a Alioscha su futura novia, lo exhortó a esforzarse por serle simpático, y lo obligó a ello con razonamientos; pero la cosa se entorpecía por la condesa. Luego, el padre empezó a hacer vista gorda de las relaciones de su hijo con Natascha, confiándolo todo al tiempo y esperando que, atendida la ligereza del muchacho, el tiempo enfriara su amor. Casi empezó a no importarle siquiera la posibilidad de que su hijo se casase con Natascha.

Por lo que se refiere a los amantes, lo habían aplazado todo hasta la reconciliación con el padre y hasta que cambiasen las circunstancias. Por lo demás, era evidente que Natascha no quería hablar de eso. Alioscha me había dicho en secreto que su padre estaba muy contento de toda esta historia; gozaba con la humillación de los Ijménieves.

Por mera fórmula, continuó poniéndole mala cara a su hijo; le redujo su ya exigua pensión (era demasiado tacaño con él), y le amenazó con retirársela del todo; pero pronto fue a Polonia, a ver a la condesa, que tenía asuntos allí por aquel entonces, persiguiendo el logro de su nupcial proyecto. Verdaderamente era Alioscha demasiado joven para casarlo; pero la novia que le procuraba era muy rica, y no cabía pensar en desperdiciar tal oportunidad. El príncipe consiguió su objetivo. A nosotros llegaron rumores de que se había arreglado por fin el asunto del casorio. Por el tiempo a que me refiero, el príncipe acababa de regresar a Petersburgo. A su hijo lo acogió afable, pero su terca obstinación con Natascha le disgustó. Empezó a dudar, a temer. Enérgico y terminante, le exigió la ruptura. Pero luego pensó que sería mejor apelar a otros medios y llevó a Alioscha a casa de la condesa. Su hijastra, aunque casi una niña, tenía reputación de poseer una gran belleza, un raro corazón y un alma serena y jovial, inteligente y sensata. El príncipe pensaba que se necesitaría medio año para lograr su propósito; que Natascha no tendría entonces para su hijo el atractivo de la novedad y él no miraría a su futura novia con los mismos ojos que ahora. Acertó sólo en parte. Alioscha, efectivamente, quedó prendado. Añadiré que el padre, de pronto, empezó a mostrarse muy afable con su hijo, excepto en la cuestión de dinero. Alioscha sospechaba que bajo esa afabilidad se ocultaba un propósito

decidido, inquebrantable, y se apenaba... aunque no tanto como se habría apenado de no ver diariamente a Katerina Fiodórovna. Yo sabía que hacía cinco días que Alioscha no iba a casa de Natascha. Con la avidez de verla que siempre conservé, corrí allá desde casa de los Ijménieves, pensando qué sería lo que quería decirme. Desde lejos divisé una vela encendida en la ventana. Habíamos convenido hacía ya mucho tiempo que pusiera una luz en la ventana cuando tuviera necesidad grande e imprescindible de verme, para que, si por casualidad se me ocurría pasar por allí cerca, cosa que ocurría todas las noches, al ver aquella luz inusitada en la ventana pudiera comprender que me esperaba y que le era necesario. En los últimos tiempos, rara vez faltaba la luz...

XV

Encontré a Natascha sola. Se paseaba por la habitación de arriba abajo, con los brazos cruzados sobre el pecho y sumida como en un ensueño. El samovar, desde hacía un buen rato, me esperaba en la mesa.

En silencio y sonriendo, Natascha me tendió la mano. Tenía la cara pálida: su expresión era de sufrimiento. Su sonrisa tenía algo de resignado, doloroso y tierno. Sus claros ojos de paloma parecían más grandes que de ordinario, y sus cabellos, más espesos, sin duda por efecto de su abatimiento y enfermedad.

—Creí, que no vendrías —dijo, tendiéndome la mano. Iba a enviar a Mavra para ver si estabas enfermo.

—No, no estuve enfermo: fue que me entretuvieron. Ya te contaré. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada —dijo, fingiendo sorpresa. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Como me escribiste anoche, señalándome hora y diciéndome que no dejara de venir puntualmente, ni más temprano, ni más tarde, y esto no es lo corriente...

—¡Ah, sí! Es que creí que él vendría hoy...

—Pero ¿no viene todos los días?

—No; y yo pensaba que si no venía tendría que hablar contigo —añadió, después de un momento de silencio.

—¿Y tú lo esperabas esta noche?

—No, no lo esperaba. Por las noches va allí.

—¿Y tú crees, Natascha, que ya no vendrá nunca?

—Naturalmente volverá —respondió, mirándome con particular seriedad.

No le hacía gracia la rapidez con que mis preguntas se sucedían. Guardamos un momento de silencio, continuando nuestros paseos por la habitación.

—He estado bastante rato esperándote —dijo, sonriendo de nuevo. ¿Y sabes lo que hacía? Pues me paseaba arriba y abajo, recitando unos versos. ¿Recuerdas?... «La esquila, ruta invernal. El samovar hierve en la mesa de encina...». Nosotros los recitábamos juntos:

*«Ya el sol se puso; la senda está clara;
con sus millones de turbias pupilas
atisba la noche...».*

¡Qué bellos eran esos versos, tan conmovedores y qué cuadro tan fantástico describían! Y luego, este otro cuadro:

*«¡Oh, qué existencia la mía!
Tan lóbrega, tan mezquina».*

«¡Y qué triste está mi estancia!...».
«Enferma estoy, mas no vuelvo
a la casa de mis padres...».

Ese «enferma» qué bien puesto está. ¡Cuánta ternura y languidez en este verso y cuán doloroso el recuerdo!; pero un dolor de esos que una misma provoca y ama... ¡Señor, qué bien está esto!

Guardó silencio, como abandonándose a un incipiente vértigo mental.

—¡Palomito mío, Vania!... —dijo después de unos minutos de silencio.

Y calló de pronto, como si hubiera olvidado lo que quería decir o hubiera dicho aquello sin pensar, movida de un súbito impulso. Entretanto, seguíamos paseándonos por la habitación. Ante el icono ardía una lamparita. En los últimos tiempos Natascha se mostraba más devota y no le gustaba que le hablasen de ello.

—¡Cómo! ¿Es fiesta mañana? —le pregunté. ¿Encendiste la lamparilla?...

—No, no es fiesta —repuso. Pero siéntate, Vania; debes estar cansado. ¿Quieres té? ¿No lo has tomado aún? ¿De dónde vienes ahora?

—De casa de ellos —así designábamos siempre a sus padres.

Me sometió a un verdadero interrogatorio. La cara se le había puesto más pálida de la emoción. Le expliqué detalladamente mi encuentro con el viejo, mi conversación con su madre y la escena del medallón. Se lo conté todo detalladamente, sin omitir nada. Me escuchaba ávidamente, sorbiendo cada una de mis palabras. Yo nunca le ocultaba nada. Lágrimas brillaban en sus ojos. La escena del medallón le produjo una emoción violenta.

—¡Deténte, deténte, Vania! —dijo, interrumpiendo a cada instante mi relato. Dame más detalles, dímelo todo, todo, con todos los detalles que puedas. Tú te saltas muchas cosas.

Yo le repetí mi relación por segunda y tercera vez, contestando pródigamente a sus continuas preguntas.

—¿Verdaderamente crees que él quería venir aquí? —preguntó, después de un momento de silencio.

—Yo no sé, Natascha; no tengo la menor idea. Que él está triste por ti y te quiere, eso salta a la vista... Estoy seguro de que él te quiere, y sufre por haberte perdido; tocante a que quiera venir a verte, eso..., eso...

—¿Dices que besó mi retrato? ¿Y qué decía cuando lo besaba?

—Palabras sueltas solamente, exclamaciones. Te llamaba con las voces más dulces..., te llamaba...

—¡Me llamaba!

—Sí.

Se puso a llorar en silencio.

—¡Pobres! —dijo. Pero él lo sabe todo —añadió, tras un silencio. Eso no es prudente. Y también del padre de Alioscha tiene amplias referencias.

—Natascha —le dije tímidamente—, vayamos a verlos..., ven conmigo, ¿quieres?

—¿Cuándo? —dijo, alarmada, y dando un respingo en su asiento.

Pensó que yo decía que fuésemos en ese mismo momento.

—¡No! No hablemos más de eso... será lo mejor, Vania —añadió, cruzando sus manos sobre el pecho y sonriendo tristemente. ¡No, palomito! Siempre insistes en lo mismo, pero no me hables más de ellos...

—Entonces... nunca, nunca ha de concluir esta horrible historia —grité, desolado. Tienes tanto orgullo, que no te avienes a dar el primer paso. Él sólo eso aguarda: tú debes ser la primera. Quizá no espera más que eso para perdonarte... Es tu padre y tú lo has ofendido. Respeta su dignidad, que es natural. ¡Tú debes hacerlo así! Ven, y te perdonará sin condiciones.

—Eso es imposible, Vania y no me reproches. Desde que los abandoné, día y noche he pensado en ello. ¡Cuántas veces no hablé de esto contigo! Pero tú mismo sabes que es imposible intentarlo. ¡No, amigo mío; no puedo! Si lo intentase, se enfurecería aún más conmigo. Lo pasado no vuelve, ¿y sabes por qué es imposible que vuelva? Pues porque es imposible que vuelvan aquellos dichosos años de mi infancia, que pasé con ellos. Aunque el padre perdonase, ya no me reconocería. Él amaba en mí a la niña, a la niñita. Amaba mi inocencia infantil; cuando me acariciaba, me miraba aún a la frente, cuando tenía yo siete años y, sentada en sus rodillas, le cantaba mis tonadillas del corro. Desde la primera a la última noche siempre fue a mi cama a darme su bendición. Un mes antes de nuestra desgracia me compró unos zarcillos, sin que yo lo supiera. Pero yo me enteré, y estaba contento como un chico, pensando lo que yo iba a alegrarme con el regalo, y se enfadó horriblemente con todos, conmigo la primera, al decirle yo que ya hacía tiempo que estaba al tanto de la compra de los pendientes. Tres días antes de mi marcha notó que estaba triste, y se afligió tanto, que hasta se puso malo, y... ¿qué dirás que hizo? Pues, para alegrarme, se empeñó en llevarme al teatro... ¡Por Dios! Creyó que así podía curarme mi tristeza. Lo repito: él veía y amaba en mí a la niña, y no quería ni pensar que algún día me haría mujer. Esto no le entraba en la cabeza. Si vuelvo ahora a casa, no me reconocerá. Aunque me perdonara, ¿con quién se encontraría ahora? Yo ya no soy la misma: he vivido mucho. Aunque lo complaciese... él, suspiraría por la dicha pasada, tendría que reconocer con pena que yo no soy ya la misma de antes, cuando él aún amaba en mí a la niña; y lo antiguo siempre parece mejor. ¡Con dolor se le recuerda! ¡Oh, y qué hermoso es el pasado, Vania! —exclamó, interrumpiéndose con este grito, que dolorosamente le estremecía el corazón.

—Lo que dices —le contesté— es cierto, Natascha. Pero eso significa que ahora tendrá que conocerte y quererte de nuevo. Porque lo principal es conocer... Pero ¿qué importa? ¿Te figuras, acaso, que él no va a comprenderte?... ¡Él, con el corazón que tiene...!

—Vania, no seas injusto. ¿Qué de particular tiene comprenderme? Yo no hablaba

de eso... Pero oye: el amor paternal tiene también sus celos. Él está ofendido por haberme puesto yo en relaciones con Alioscha sin que él se enterase. Él sabe que ni siquiera sospechaba esto, y más que las desdichadas consecuencias de nuestro amor, mi fuga, le duele sobre todo, mi ingrato disimulo. Yo no fui a él desde el principio, no le revelé hasta el último latido de mi corazón desde el comienzo mismo de mi amor; al contrario, se lo oculté todo, me escondí de él, y te aseguro, Vania, esos disimulos le duelen más, lo ofenden más que las mismas consecuencias de mi amor... Es decir, mi huida de ellos y mi entrega total a mi amante. Supongamos que él me recibe ahora como un padre cariñoso y afable, aun así, le quedarán gérmenes de hostilidad. Al segundo, al tercer día, vendrían las reticencias, los recuerdos, las mortificaciones. Aunque me perdonase, no lo haría incondicionalmente. Supongamos que yo, desde el fondo del corazón, reconozco que tiene derecho a estar resentido hasta el último extremo con la culpable. Y aunque me sea doloroso que no quiera comprender cuánto me duele a mí misma esta felicidad con Alioscha y los sufrimientos que yo misma he tenido que padecer, me someto en todo a su voluntad, a todo me resigno... pues, aun así, todo eso a él le parecerá poco. Exigirá de mí una sumisión imposible; exigirá que reniegue de mi pasado, que reniegue de Alioscha y de mi amor por él. Pretenderá lo imposible: que vuelva atrás y borre de nuestra vida el último medio año. Pero yo no puedo renegar de nada de eso, yo no puedo renunciar... Lo que fue, tenía que ser... ¡No, Vania; ahora ya es imposible! Aún no ha llegado el momento.

—¿Y cuándo llegará?

—No lo sé. Aún debo sufrir por nuestro bien futuro... comprarlo al precio de nuevas torturas. ¡El sufrimiento todo lo purifica!

Yo guardé silencio y la miré, pensativo.

—¿Por qué me miras así, Alioscha..., es decir..., Vania? —exclamó equivocándose y sonriendo de su error.

—Te veo sonreír, Natascha. ¿De dónde has sacado esa sonrisa? Antes no la tenías.

—Pues ¿qué tiene mi sonrisa?

—Indica que aún conservas, verdaderamente, el candor infantil... Pero, al sonreír, parece como que te duele el corazón... Estás más delgada, Natascha, y parece que tienes el pelo más espeso. ¿Es éste el pago que te dan? ¿También esto es obra de ellos?

—¡Cuánto me quieres, Vania! —respondió, mirándome, afectuosa. Pero ¿y tú? ¿Qué haces ahora? ¿Traes algo entre manos?

—Lo de siempre: escribir novelas, pero a duras penas, sin fruto. La inspiración no acude. Con tristeza no es posible escribir y concentrar la atención; el dolor malogra las buenas ideas. Además, para los periódicos hay que escribir a plazo fijo. Ahora pienso dejar la novela y escribir narraciones cortas, obras ligeras y graciosas y sin pizca de tristeza. Esto, en absoluto. ¡Todo el mundo necesita alegrarse y divertirse!

—¡Pobre..., cuánto trabajas!... ¿Y Smith?

—Smith murió.

—¿No se te ha aparecido? En serio te lo digo, Vania, que tienes los nervios destrozados; todo eso son desvaríos. Cuando me hablaste de alquilar ese cuarto, yo te lo advertí. Será un cuarto húmedo, malsano.

—Sí. Esta misma noche me ocurrió allí un incidente... Pero luego te lo contaré... Ella estaba ya sumida en hondo ensimismamiento.

—¿Cómo pude escaparme de ellos? Estaba febril —dijo, mirándome con unos ojos que no aguardaban respuesta.

De hablarle yo en aquel momento no me hubiera oído.

—Vania —me dijo con voz imperceptible—, te hice venir para hablarte de una cosa.

—¿De qué?

—Rompo con él. Hay que terminar esta vida. Te he llamado para decirte todas las penas de mi corazón, todo lo que he callado hasta ahora.

La pobre comenzaba siempre así sus confidencias, anunciándome secretos, y luego veía que yo los conocía todos...

—¡Ay, Natascha! ¡Mil veces te he oído decir lo mismo! Sin duda, aunque vivan juntos, no hay nada en común entre vosotros; vuestra unión es cosa extraña. Pero... ¿tendrás fuerzas para separarte?

—Hasta ahora, fueron sólo intenciones, Vania; pero ahora estoy resuelta. Lo quiero hasta lo infinito, pero, así y todo, comprendo que soy su primer enemigo; estoy arruinando su porvenir. Es menester que le devuelva su libertad. No puede casarse conmigo; no tiene energías para enfrentar a su padre, y yo no quiero obligarlo. Además, celebro mucho que se case con esa novia que le han buscado. A él no le costará tanto separarse de mí. Debo hacerlo. Es mi obligación... si lo amo, debo sacrificarlo todo por él, debo probarle mi amor, estoy obligada a ello. ¿No es verdad?

—¿Y podrás persuadirlo?

—No lo intentaré siquiera. Si entrase en este momento, sería para él la de siempre. Pero estoy obligada a encontrar un medio de que me abandone sin remordimientos. Esto es lo que me atormenta, Vania. ¿No podrías aconsejarme alguno?

—Sólo un medio hay —dije yo—: dejarlo a él por completo y amar a otro. Sólo que es difícil; ya conoces su carácter. Hace cinco días que no ha venido. Supongamos que te ha abandonado definitivamente: no tendrías más que escribirle una carta diciéndole que eres tú quien lo deja, y lo verías acudir al momento.

—¿Por qué no lo quieres bien, Vania?

—¿Yo?

—Sí, tú, tú. Eres su enemigo secreto y rabioso. Mil veces he visto que tu placer más grande es rebajarlo y ennegrecerlo. Sobre todo, pintarlo con negros colores; te lo digo de veras.

—¡Me lo has dicho ya mil veces, Natascha! ¡Basta, Natascha! Hablemos de otra cosa.

—Quisiera mudarme a otro cuarto —dijo de nuevo. Pero no te enojés, Vania...

—¡Por Dios, que no estoy enfadado! Pero ¿para qué mudarte? Él te hallaría enseguida.

—El amor es poderoso, y su nuevo amor lo retendría. Si volviera a mí, no sería sino por un rato... ¿Qué piensas?

—No sé, Natascha. En ese hombre todo es inexplicable. Quiere casarse con otra y amarte a ti. Él es capaz de todo al mismo tiempo.

—Si yo estuviera segura de que él la ama, entonces, Vania, ¡no me ocultes cosa alguna...! ¿Sabes algo, y no me lo quieres decir?

Me miró con ojos inquietos y curiosos.

—Nada sé, amiga mía; palabra de honor. Contigo siempre he sido franco. Por lo demás, me figuro que quizá no esté tan enamorado de la hijastra de la condesa como nosotros creemos.

—¿Lo crees así, Vania? ¡Dios mío, si así fuera...! No quisiera sino que entrara en este momento, y en su cara lo sabría. Pero ¡no viene, no viene!

—¿Es que lo esperas, Natascha?

—No; está con ella, lo sé; mandé indagar... ¡Lo que daría yo por verla a ella...! Oye, Vania, diré un absurdo, pero ¿no podré verla nunca?, ¿no podré nunca conocerla? ¿Qué piensas? —Aguardaba intranquila mi contestación.

—Verla, aún es posible... Pero verla únicamente... es poco.

—Yo me contentaría con verla; que con sólo eso adivinaría lo demás. Me vuelvo loca yendo y viniendo por mi cuarto, sola ¡siempre sola con mis ideas!, pensamientos como torbellinos, tan dolorosos. He pensado que tal vez tú podrías conocerla. La condesa, tú me lo dijiste, elogió mucho tu novela. Tú vas algunas noches a casa del príncipe R***, adonde ella va también; haz que te la presente. Alioscha mismo puede presentártela. Tú podrás decirme luego cuanto deseo saber.

—Natascha, amiga mía, de eso hablaremos luego. Pero dime en serio: ¿crees que tendrías fuerzas para la ruptura? Examínate ahora. ¿Estás serena?

—Las tend... dría —dijo, muy bajo. Por él, todo. ¡Mi vida toda por él! Pero mira, Vania, lo que me enloquece es pensar que ahora está con ella, olvidado de mí, sentadito a su lado, y charla y ríe, ¿recuerdas?, como cuando se sentaba aquí... La mira a los ojos; siempre mira así, y ni siquiera se le ocurre pensar que estoy aquí... contigo.

No terminó de hablar, y me miró con desesperación.

—¿Y eres tú, Natascha..., la que hace un instante, un instante sólo decías...?

—Unámonos, y no nos separaremos nunca... —me atajó, con los ojos centelleantes. Yo le estoy agradecida por esto. Pero es un dolor, Vania, que sea él el primero en olvidarme. ¡Ay Vania, qué suplicio! Yo misma no me entiendo; pienso una cosa y luego otra... ¿Qué va a ser de mí?

—¡Basta, Natascha, basta, cálmate!...

—Y ya van cinco días que a cada hora, a cada momento... En el sueño, despierta,

¡siempre él, él! Mira, Vania, vamos allá, llévame.

—Basta, Natascha, no iremos.

—¡Te estaba aguardando, Vania!... Hace tres días que lo medito. Por eso te escribí... Tú debes llevarme de aquí, no debes negarte a esto... Te he aguardado tres días...

Estaba fuera de sí. En el recibo sonó ruido; parecía que Mavra disputaba con alguien.

—¡Chis! Natascha, ¿quién será?... —le pregunté. Escucha.

Escuchó con una sonrisa incrédula, y de pronto se puso horriblemente pálida.

—¡Dios! ¿Quién es? —dijo con voz apenas perceptible.

Quiso retenerme, pero yo me precipité al recibo, hacia Mavra. Él le estaba preguntando algo a Mavra; ésta, al principio, no le dejaba entrar.

—¿De dónde vendrá? —decía ella, como asistida de autoridad. ¿Cómo? Bueno, bueno, pero ¿por dónde hemos andado? Ahora vete. A mí no me la das. Anda, vete. ¿Qué respondes?

—No tengo miedo a nadie... ¡Yo entro! —dijo Alioscha, aunque algo desconcertado.

—Bueno, vete. Eres demasiado aturdido.

—Yo entro... ¡Ah!... ¿Está usted aquí? —exclamó al verme. ¡Cuánto celebro encontrarlo!... ¡Bien! Heme aquí. Vea. ¿Qué debo hacer?

—Entre usted, sencillamente —le respondí. ¿A qué le teme?

—A nada temo, se lo aseguro a usted, porque yo para ella, con ella, Dios es testigo, no soy culpable. ¿Piensa usted quizá que lo soy? Pues verá usted cómo enseguida me justifico. Natascha, ¿puedo entrar? —dijo, con cierta afectuosa sonrisa, en pie ante la puerta cerrada.

Nadie le respondió.

—¿Qué es esto? —preguntó con inquietud.

—Nada, ella estaba ahí hace un momento —respondí yo. Acaso algo...

Alioscha abrió la puerta, con tiento y tímidamente lanzó una mirada a la habitación. No había nadie. Luego, de pronto, vio a Natascha escondida entre el armario y la ventana. Estaba allí, escondida, más muerta que viva.

Al recordar de esto, aún hoy mismo no puedo menos que sonreír. Alioscha se acercó a ella despacito.

—Natascha, ¿qué tienes?... Buenas noches, Natascha —dijo tímidamente, mirándola, medio asustado.

—Quién..., ¿yo? ¡Nada! —respondió ella con una emoción horrible, como si hubiese cometido alguna culpa. ¿Quieres té?

—Natascha, escucha —dijo Alioscha enteramente trastornado—, creerás que soy culpable, y no lo soy... ¡En absoluto! Tú misma lo verás... ¡Te lo contaré todo!

—¿Para qué? —murmuró Natascha. Es inútil. Toma mi mano de amiga y se acabó para siempre —y saliendo de su escondite, los colores empezaban a subírsele a

las mejillas. Tenía la mirada baja, como si no se atreviese a mirar a Alioscha.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó él con emoción. Si yo fuera culpable de algo no me atrevería a mirarla a la cara después de esto. ¡Mire usted, mire usted! —gritó encarándose conmigo. Me considera culpable; todo está en mi contra; todas las apariencias me condenan. Hace cinco días que no vengo. Corren rumores de que estoy con la novia, y ¿qué hace ella? Me despide. Me dice: «¡Dame la mano y se acabó!». Natascha, palomita mía, ángel mío, ¡yo no soy culpable y tú lo sabes bien! ¡Yo no soy culpable en absoluto! ¡Al contrario!, ¡al contrario!

—Pero... tú allí... Tú ahora estabas invitado allí... ¿Cómo es que estás aquí?... ¿Qué hora es?

—Las once y media. Yo he estado allí, sí... pero les dije que me sentía indispuesto y me vine, y ésta es la primera, la primera vez en cinco días que me veo libre, que puedo dejarlos a ellos y venir a verte, Natascha. Claro que pude haber venido antes, pero con toda intención no lo hice. ¿Por qué? Enseguida vas a saberlo, te lo explicaré; para eso vine, para explicártelo, y por Dios, que esta vez no tengo nada que reprocharme. ¡Nada en absoluto!

Natascha levantó la frente y lo miró... En respuesta, los ojos del muchacho resplandecieron con tal alegría, con tan honrado alborozo, que no era posible no prestarle crédito. Yo pensaba que ellos, como tantas otras veces, lanzarían un grito y se echarían el uno en brazos del otro. Esperé el momento ya por mí presenciado, pero no. Natascha, como si estuviese agobiada de dicha, inclinó la cabeza en su pecho y de pronto rompió a llorar... Alioscha no pudo contenerse. Se arrojó a sus pies. Le besaba las manos, los pies; parecía delirar. Yo le acerqué a ella una silla. Se sentó. Le flaqueaban las piernas.

SEGUNDA PARTE

I

Un instante después reíamos como locos.

—Pero dejen que les cuente —gritó Alioscha, imponiéndose con voz sonora a nuestras risas. Ellos creen que ahora es lo mismo que antes... que yo me entretengo en naderías... Pero yo les digo que tengo entre manos un asunto interesantísimo... Pero ¿quieren callarse?

Ardía en impaciencia por hablar. Por su aspecto podía inferirse que traía noticias importantes. Pero la misma gravedad, ingenuamente ufana, de su rostro, hacía reír a Natascha. Yo también me eché a reír. Y cuanto más se enojaba él, tanto más reíamos nosotros. El enfado y, luego, la infantil desesperación de Alioscha llegaron por último a ponernos en ese estado de ánimo en que basta mostrar el dedo meñique para enseguida soltar la carcajada, como el marinero de Gogol. Mavra, que venía de la cocina, se detuvo en la puerta, y mirándonos con serio disgusto lamentó que la buena Natascha no hubiera echado a Alioscha a la calle, como en aquellos cinco días había esperado con placer, y que encima estuviésemos todos tan contentos. Finalmente, Natascha, al ver que nuestras risas ofendían a Alioscha, dejó de reír.

—¿Qué es lo que quieres contarnos?

—Pero qué, ¿no se prepara samovar? —preguntó Mavra atajando sin la menor consideración a Alioscha.

—¡Vete, Mavra, vete! —le respondió aquél, cogiéndola de una mano y echándola atropelladamente. Les referiré todo, todo lo que ha pasado y todo lo que pasará, porque yo ya lo sé todo. Veo, amigos míos, que quieren saber dónde he estado estos cinco días y eso es lo que les quiero contar, sólo que no me dejen. En primer lugar, has de saber, Natascha, que te he estado engañando todo este tiempo; hace mucho mucho, que te engaño. Esto es lo principal.

—¡Que me engañas!

—Sí, desde hace un mes, desde antes que viniera mi padre, pero ahora llegó el momento de hablar con franqueza. Hace un mes, cuando aún estaba ausente, me escribió mi padre una carta larguísima, de la que nada dije. En ella me comunicaba, lisa y llanamente, en un tono tan serio que me asusté, que el asunto de mi matrimonio ya estaba arreglado, que mi novia era un dechado de perfección y que, aunque,

naturalmente, era yo indigno de ella, nos casaríamos sin remisión, de modo que debía olvidar todas las locuras que me llenaban la cabeza, etcétera, etcétera. Bueno; lo que él entiende por locuras, ya lo saben. Pues bien, esta carta se las oculté con el mayor misterio.

—¡Qué nos la habías de ocultar! —interrumpió Natascha. ¡Miren de lo que se ufana! Nos lo contaste todo enseguida. Todavía te veo buscándome la gracia, tierno y acariciador, como si tuvieras algo que hacerte perdonar; y, párrafo por párrafo, nos dijiste el contenido de la epístola.

—Eso no es posible; de lo principal no les dije palabra. Quizá hayan adivinado algo; eso, allá vosotros, pero yo no les conté nada. Se los oculté todo, sufriendo con ello horriblemente.

—Recuerdo, Alioscha, que tú me lo contaste todo detalladamente, a trazos, desde luego, en forma de proposiciones —interrumpí yo, mirando a Natascha.

—¡Nos lo contaste todo! ¡No te jactes ahora de lo contrario! —insistió ella. ¿Es que tú puedes tener algo callado? Hasta Mavra lo sabía. ¿Verdad que lo sabías, Mavra?

—¡Claro, cómo no había de saberlo! —recalcó Mavra, señalándolo con la cabeza. En los tres primeros días lo contó todo. ¡No se las dé de listo!

—¡Qué tedio discutir con vosotros! ¡Todo eso lo haces de puro mala que eres, Natascha! Pero tú, Mavra, también te equivocas. Recuerdo que estaba entonces como loco. ¿Te acuerdas, Mavra?

—¡Cómo no acordarme! ¡Si ahora también estás como loco!

—No, no; yo no hablo de eso. Acuérdate. Nosotros entonces no teníamos dinero y tú fuiste a empeñar mi pitillera de plata. Mavra, te hago notar que me tratas con harta desconsideración. Todo esto te lo ha enseñado Natascha. Bueno, supongamos que, efectivamente, se los conté; ahora parece que lo recuerdo, pero del tono, del tono de la carta no saben nada, y el tono en una carta es lo principal. De eso quería hablarles.

—Bueno; ¿y qué tono era ése? —preguntó Natascha.

—Oye, Natascha, preguntas de un modo... No te burles, no es cosa de broma. Te aseguro que se trata de algo muy serio. Nunca mi padre me habló así. El terremoto de Lisboa es preferible a afrontar las consecuencias de oponerse a su voluntad. ¡Había que ver el tono!

—Está bien, pero cuenta. ¿Por qué tuviste que ocultarme esa carta?

—¡Ay, Dios! Por no asustarte. Pensaba poder arreglarlo todo. Pero con el recibo de esa carta y la imprevista llegada de mi padre comenzaron mis tormentos. Yo me proponía contestarle de una manera clara, seria y firme, pero la ocasión no se presentó. Él no me habló del asunto; ¡qué cuco! Al contrario, parecía creer que era cosa resuelta y que no podía haber entre nosotros discusiones ni dudas. ¿Lo oyes?, no puede ser: ¡qué suficiencia! Estaba conmigo tan cariñoso, tan tierno; yo sencillamente lo admiraba. ¡Qué talento, Iván Petróvich! ¡Si usted lo conociera! ¡Lo ha leído todo, todo lo sabe! Basta que lo vea a usted una sola vez para que enseguida le cale el

pensamiento como el suyo propio; por esto, sin duda, lo llaman jesuíta. A Natascha no le gusta que lo elogie. No te enfades, Natascha. Pues bien..., al principio no quería darme dinero, pero anoche me dio. Natascha, ángel mío, nuestra miseria toca a su fin. Mira, todo lo que rebajó de mi pensión para castigarme durante este medio año, me lo dio anoche. Mira cuánto dinero; todavía no lo he contado. Mavra, ¡mira cuánto dinero! Ya no tendrás que empeñar cucharitas.

Sacó del bolsillo un puñado bastante grande de dinero, más de cien rublos, y lo arrojó ruidosamente sobre la mesa. Mavra miró satisfecha y elogió a Alioscha. Natascha le cortó la palabra.

—En fin, ¿qué iba yo a hacer? —continuó Alioscha. ¿Cómo ir contra su voluntad? Yo les juro que si él se hubiera portado mal conmigo, yo no lo habría pensado ni un segundo. Le habría dicho en su cara que nones, que yo soy un hombre hecho y derecho y que ahora ya... ¡se acabó! Y créanme, me habría mantenido firme. Pero ahora, ¿qué decirle? No me culpes. Veo que estás descontenta de mí, Natascha. ¿Por qué se miran uno al otro de ese modo? De seguro piensan que he cedido a la primera y que me he quedado sin pizca de firmeza. Pues es así; ¡tengo más de lo que creen! La prueba es que, a pesar de lo comprometido de mi posición, pensé en seguida: «Éste es mi deber, estoy obligado a decírselo todo a mi padre; éste es mi deber», y fui y se lo conté todo, y él me escuchó hasta el fin.

—¿Qué le dijiste, en resumidas cuentas? —preguntó Natascha, inquieta.

—Le dije que no quería más novia que la que ya tengo, es decir, tú. Aunque verdaderamente aún no se lo he dicho, pero lo he preparado y se lo diré mañana. Es cosa decidida. Por lo pronto le he dicho que era vergonzoso e innoble eso de casarse con cualquiera por su dinero, y una estupidez de nuestra parte el considerarnos aristócratas. Soy franco con él como con un hermano. Luego le expliqué que yo soy *tiers état*, y que el *tiers état* es lo esencial, que estoy orgulloso de parecerme a todo el mundo y no quiero distinguirme de nadie... En una palabra, traté de inculcarle todas estas sanas ideas. Le hablé con un calor, con un aplomo, que yo mismo me admiraba. Combatí sus puntos de vista. Le dije a quemarropa: «¿Qué clase de príncipes somos? Sólo por el linaje; pero, en realidad, ¿qué de principesco tenemos? En primer lugar, no somos verdaderamente ricos, y hoy la riqueza es lo principal. En estos tiempos, el príncipe de los príncipes es Rothschild. Además, hace un siglo largo que no se oye hablar de nosotros en el gran mundo; el último que hizo algún ruido fue mi tío Semión Valkovskii y sólo se le conoció en Moscú, porque derrochó las últimas trescientas almas que le quedaban a nuestra familia. Y si su padre no hubiera cerrado algo la mano, todos sus descendientes estarían hoy labrando la tierra, como vemos a otros príncipes. Así que no tenemos por qué enorgullecernos». En una palabra: yo le dije todo lo que por dentro me andaba..., todo, con calor y franqueza, y hasta añadí algo además. Él no se enojó, sino que me reprochó el tener olvidado al conde Nainskii y me aconsejó que me hiciese simpático a la princesa x***, mi madrina, que podría facilitarme la entrada en el gran mundo. Y si la princesa me acogía bien,

entonces en todas partes me recibirían con honores y podía dar por hecha mi carrera, y así continuó pintándose el porvenir. ¡Lo malo era que yo, por verte a ti, lo dejaba todo; yo estaba bajo tu influjo! Pero hasta ahora nunca ha llegado a mentarte y hasta se ve harto claro que lo evita. Nosotros dos andamos con astucia, tratamos de ver quién engaña a quién, y estoy convencido de que hoy, en nuestra calle, habrá fiesta.

—Muy bien. Pero, al fin, ¿en qué quedaron? ¿Qué decidió él? Eso es lo principal. ¡Y hay que ver lo que hablas, Alioscha!

—Lo que haya decidido, sólo Dios lo sabe. Yo no charlo de más; me ciño al asunto. Él no resolvió nada, sonreía a todos mis razonamientos, pero con una sonrisa como de conmiseración. Comprendo que esto es humillante, pero así es. Yo estoy perfectamente de acuerdo contigo, soy de tu mismo parecer. Vamos un rato a casa del conde de Nainskii, y no digas una palabra de todo esto, y acabó por decirme: «Yo te comprendo, pero ellos no te comprenderían». Según parece, tampoco a él lo reciben allí muy bien, y eso lo enoja. En general, no goza ahora mi padre de simpatías en el gran mundo. El conde, al principio, me recibió fríamente, y, desde lo alto de su grandeza, y como si yo hubiese olvidado que me crié en su casa, empezó a recordármelo. Parecía molesto por mi ingratitud, cuando, verdaderamente, no hay tal ingratitud de mi parte. ¡Es que se aburría uno tanto en aquella casa! Recibió a mi padre con la misma frialdad; tan frío, tan frío, que no me explico por qué mi padre va allí. Todo esto me mortificaba... A mi pobre padre le faltaba poco para doblar ante él la espalda. Comprendo que todo eso lo hacía por mí, que no lo necesito. Yo me propuse demostrarle a mi padre todo mi sentimiento. ¿Y por qué? De convicciones no iba a hacerlo cambiar; no consigo más que apenarlo, y ya sin eso tiene él hartos disgustos. «¡Ea! —me dije—, apelemos a la astucia; yo soy más listo que todos ellos. Obligaré al conde a respetarlo...». Inmediatamente me salí con la mía. Y sólo un día fue suficiente. Ahora es conmigo el conde la amabilidad personificada. Y esto ha sido obra exclusivamente mía, efecto de mi personal astucia, sin que mi padre haya tenido que intervenir en ello.

—Oye, Alioscha, mejor sería que hablastes del asunto —dijo Natascha con impaciencia—; yo pensaba que ibas a hablarnos algo de lo nuestro, y tú te limitas a contarnos tus éxitos en casa del conde Nainskii. ¿Qué me importa a mí tu conde?

—¿Que no te importa? Escucha, Iván Petróvich, ¡qué asunto! ¡Cuando éste es el asunto principal! Tú misma acabarás por explicártelo al fin. Pero es preciso que me dejes hablar... Yo, finalmente (¿por qué no decirlo con franqueza?); mira, Natascha, y usted también, Iván Petróvich: yo, a veces, resulto..., efectivamente, muy poco sensato, es verdad; sí, y hasta concedamos que (a veces lo soy) sencillamente estúpido. Bueno, pues yo os aseguro que en esta ocasión he desplegado mucha astucia... Bueno..., y hasta talento, y miren: yo pensaba que vosotros se alegrarían de que yo no sea siempre... torpe...

—¡Ah, basta, Alioscha, basta! ¡Palomito mío!

Natascha no podía sufrir que tuviesen a Alioscha por tonto. ¡Cuántas veces se

enfadó conmigo, aunque sin decirlo, porque yo, sin andar con remilgos, le hacía ver a Alioscha que había cometido alguna sandez! No podía resistir que humillasen a su amante, tanto más cuanto que ella, en su fuero interno, lo tenía por un mediocre. Pero nunca dejaba traslucir su opinión, temiendo ofender su amor propio. Él, en esos casos, era particularmente perspicaz y le adivinaba a ella sus más secretos pensamientos. Natascha lo veía y lo lamentaba mucho, y al punto se ponía a halagarlo, a acariciarlo. He aquí por qué ahora sus palabras la herían en el corazón.

—¡Basta, Alioscha! Tú eres un poco aturdido nada más —añadió. Pero ¿por qué has de rebajarte?

—Perfectamente. Pero déjame acabar. Después de la visita al conde, mi padre se puso furioso conmigo. Yo le dije: «Para». Nos fuimos luego a casa de la princesa. Yo había oído decir que chocheaba y estaba sorda, y que se desvivía por los perros. En su casa se reúne mucha gente, pero ella no oye lo que dicen. Tiene, sin embargo, gran influencia social, y el propio conde Nainskii, *le superbe*, le hace *antichambre*. Por el camino compuse mi plan de campaña, basado, ¿saben en qué? ¡Pues en lo simpático que les soy a todos los perros, vive Dios! He podido notar lo. Será que poseo cierta fuerza magnética o efecto de lo mucho que quiero a los animales... ¡Quién sabe! A propósito de fuerzas magnéticas, no te he contado aún, Natascha, que estuve una vez en casa de un médium, y evocamos algunos espíritus; es sumamente curioso, Iván Petróvich, a mí me impresionó. Evoqué el espíritu de Julio César.

—¡Ah, Dios mío! ¿Por qué el de Julio César? —exclamó Natascha soltando una carcajada. ¿No te contentabas con menos?

—Es que yo... a alguien tenía que llamar... ¿Acaso no tenía derecho a llamar a Julio César? ¿Qué tiene eso de particular? ¡Bueno; riéte!

—Nada, sin duda alguna... ¡Palomito mío! Bueno; pero cuéntanos...; ¿qué te dijo Julio César?

—¿Decirme? Nada. Yo tenía el lápiz, y el lápiz se deslizaba solo sobre el papel y escribía. Decían que aquello lo escribía Julio César. Yo no lo creo.

—Está bien, pero ¿qué escribió?

—Pues escribió algo al estilo de Gogol... ¡Pero no te rías más!

—¡Pues háganos de la princesa!

—Llegamos a casa de la princesa y me puse a hacer carantoñas a Mimi. Mimi es una aborrecible perra, vieja y desdentada. La princesa está loca por ella; según parece, es de su misma edad. Atiborré a la perrita de bombones, y en un cuarto de hora le enseñé a darme la patita, cosa que no habían podido inculcarle durante su larga existencia. La princesa estaba entusiasmada; lloraba de alegría. «Mimi, Mimi, da la patita». En cuanto venía alguien, ya estaba: «Mimi, la patita. ¡Miren cómo ha aprendido a saludar!». Entró el conde Nainskii: «¡Mimi, da la patita!». Y me dirigía una mirada húmeda de gratitud. Es una buena viejecita. ¡Hasta me da lástima! Continué halagándola. Vi en una tabaquera un retrato de mujer (el suyo), hecho quizá, sesenta años atrás, cuando ella era novia, y tomándolo con exaltación,

exclamé: «¡Qué hermosa pintura! ¡Qué maravillosa belleza!». Estuvo a punto de derretirse; me habló de esto y de lo otro, y de lo de más allá; me alabó, me preguntó dónde había hecho mis estudios, y qué bonito pelo tenía, etcétera, etcétera. Yo también la hice reír, y le conté una historia escandalosa. Eso la encantó; sólo que me amenazó con un dedo, aunque, por lo demás, se reía mucho. Hizo que me acercara a ella... Me besó, me santiguó, me pidió que fuera todos los días a distraerla. El conde me dio la mano; tenía los ojos mantecosos, y mi padre, que es el hombre más bueno, honrado y noble del mundo, no lo querrán creer, pero casi lloraba de alegría al volver los dos a casa. Me abrazó, me habló con franqueza, con una franqueza algo misteriosa, acerca de mi carrera, de las relaciones, de dinero, y de boda, de un modo que muchas de esas cosas no las entendí. Y también me dio dinero. Esto fue por la noche. Al otro día volví a casa de la princesa. Pero mi padre, a pesar de todo, es hombre bonísimo. No vayáis a pensar que, aunque me aleje de ti, Natascha, lo hace porque está equivocado, porque ambiciona los millones de Kátinka. Tú no los tienes, pero los ambiciona sólo para mí, y únicamente por ignorancia es injusto contigo. ¿Y qué padre no desea la felicidad para su hijo? Él no es culpable de haberse acostumbrado a cifrar en los millones la dicha. Así les pasa a todos ellos. Tengan en cuenta que a él hay que juzgarlo desde ese punto de vista y no de otro... y así no hay más remedio que darle la razón. Yo expresamente vine a verte, Natascha, para convencerte de esto, porque sé que tú estás animada de un prejuicio en contra de él, aunque, desde luego, no tienes tampoco la culpa. Yo no te acuso...

—¿De modo que todo se redujo a que tuviste un éxito con la princesa? ¿Ésa es toda tu astucia? —preguntó Natascha.

—¡Cómo! ¿Qué dices? Ése es sólo el principio... Si hablé de la princesa es porque gracias a ella podré convencer a mi padre, ¿comprendes?, y aún no he hecho más que empezar la principal historia.

—¡Pues cuenta entonces!

—Hoy me ocurrió otro lance, y también bastante extraño, de suerte que todavía me dura la impresión —continuó Alioscha. Debo advertirles que aunque mi padre tiene resuelta con la condesa nuestra boda, hasta ahora, oficialmente, no había nada acordado, de suerte que podíamos romper sin que se produjera ningún escándalo. El único que está enterado es el conde Nainskii y éste se considera como nuestro pariente y protector. Además, aunque en estas dos semanas he visitado mucho a Katia, hasta esta misma noche no le dije palabra respecto a lo por venir; es decir, a la boda, y..., bueno, al amor. Estaba también convenido al principio recabar el consentimiento de la princesa K ***, de la que se prometen en casa toda suerte de beneficios y lluvias de oro. En diciendo ella una cosa, lo dice todo el mundo; ¡tiene tantas relaciones! Se empeña en llevarme al gran mundo, entre la gente. Pero la que en particular inspira todos estos planes es la condesa, la madrastra de Katia. El hecho es que la princesa, a causa de sus trapisondas, aún no ha querido recibirla en su casa, y cuando la princesa no los recibe, tampoco los reciben los demás; así que ahora se le

presenta una buena ocasión..., mi boda con Katia. Por lo que la condesa, que antes era opuesta al matrimonio, hoy se alegró lo indecible de mi éxito con la princesa. Pero esto es secundario. Vamos a lo principal: a Katerina Fiodórovna la conozco desde el año pasado; pero entonces era yo un chiquillo y no comprendía nada; así que ni siquiera me fijé en ella...

—Sencillamente, es que entonces me querías más a mí —le interrumpió Natascha— y por eso no reparaste en ella; en cambio, ahora...

—¡No sigas, Natascha! —exclamó con vehemencia Alioscha. ¡Te equivocas medio a medio y me ofendes! Además, yo a ti no te interrumpo; sigue escuchándome y todo lo sabrás... ¡Ah, si conocieras a Katia! ¡Si supieras qué alma tan tierna, tan clara, tan de palomita la suya! ¡Pero ya la conocerás; escucha hasta el fin! Hace dos semanas, cuando al venir ella me llevó mi padre a ver a Katia, estuve todo el tiempo mirándola atentamente. Observé que ella también me miraba. Esto excitó mucho mi curiosidad, sin contar con que yo me había propuesto conocerla más a fondo... propósito que databa ya de cuando recibí aquella carta de mi padre que me hizo tanta impresión. No diré nada, no me pondré a alabarla; sólo afirmaré que es una brillante excepción en su ambiente. Es una criatura tan original, un alma tan recia y recta, fuerte precisamente por su pureza y rectitud, que yo, ante ella, soy sencillamente un chiquillo, su hermanito menor, aunque sólo tiene diecisiete años. Una cosa observé también: tiene mucha melancolía, algo así como un pesar secreto. Apenas hablaba; en casa casi siempre está callada, como si tuviera miedo... Siempre está cavilando... Creo que teme a mi padre. No quiere a su madrastra, según he adivinado... La condesa hace creer a todo el mundo, no sé con qué fin, que su hijastra la quiere la mar, pero no es cierto: Katia no hace más que obedecerle como con resignación, como si fuese cosa convenida. Cuatro días llevaba yo madurando mi proyecto, que realicé esta noche. Hablarle claro a Katia, contárselo todo con la más estricta verdad, frente a frente; interesarla en nuestro favor y terminar todo esto de una vez...

—¡Cómo!... ¿Qué le has contado?... ¿Qué le has confesado? —dijo, inquietísima, Natascha.

—Todo, absolutamente todo —respondió Alioscha—, y bendigo al cielo que me inspiró tal idea. Pero escuchen, escuchen. Hace cuatro días, después de hacer todas estas observaciones, decidí separarme de ti para obrar por mi propia cuenta, sin que tú ni nadie influyera en mí. Sólo colocándome en un estado de espíritu en que a cada minuto era preciso decirse a sí mismo que había que concluir, que yo estaba en el deber de concluir, hice acopio de energías y... ¡concluí! ¡Me propuse volver a veros y con una solución vuelvo!

—¿Cuál? ¿Qué? ¡Cuenta pronto!

—¡Muy sencillo! Yo me dirigí a ella sin rodeos, honrada y brevemente... Pero ante todo debo contarles una cosa que me sucedió antes de esto y que me impresionó de un modo horrible. Antes de salir nosotros de casa, recibió mi padre una carta. En aquel momento me disponía yo a entrar en su despacho y me detuve en la puerta. Él

no me vio. Tanto efecto le había hecho la carta aquélla, que se puso a hablar solo, a lanzar exclamaciones y a dar vueltas por la habitación y, de pronto, soltó la carcajada, con la carta en la mano. Yo no me atrevía a entrar todavía; aguardé un poquito, y luego penetré. Mi padre, no sé por qué razón, estaba muy contento, contentísimo. Me habló de un modo algo extraño, luego se interrumpió de pronto y me ordenó que me preparase para salir enseguida, aunque todavía era muy temprano. En casa de ellos no había hoy nadie más que nosotros, y tú, equivocadamente, pensabas, Natascha, que tenían invitados esta noche. No te informaron bien...

—Bueno, no divagues, Alioscha, por favor habla, di cómo fue que se lo contaste todo a Katia.

—Tuve la suerte de que por espacio de dos horas nos dejaran completamente solos. Yo, sencillamente, le expliqué que, aunque querían casarnos, nuestra boda era imposible; que yo, en el fondo de mi corazón, guardaba para ella toda clase de simpatías y de ella esperaba mi salvación. Luego se lo expliqué todo. ¡Figúrense que ella no sabía nada de lo nuestro, de lo mío contigo, Natascha! ¡Si tú hubieras podido ver la impresión que le hizo! Al principio hasta se asustó. Se puso pálida. Yo le conté toda nuestra historia: que tú habías dejado por mí tu casa, que vivíamos juntos, que ahora sufríamos mucho y lo temíamos todo, y que acudíamos a ella (yo hablaba también en tu nombre, Natascha) para que se pusiera de nuestra parte y le dijera francamente a su madrastra que no quería casarse conmigo, que en esto estribaba nuestra salvación, y que de nadie más que de ella podíamos esperar algo. Ella me escuchó con mucha curiosidad, con mucha simpatía. ¡Qué ojos los suyos! ¡Parecía que toda el alma se le asomaba a ellos! Tiene ojos enteramente de paloma. Me agradeció que no dudase de ella, y me dio palabra de ayudarnos con todas sus fuerzas. Luego me empezó a preguntar por ti; me dijo que tenía muchos deseos de conocerte, me rogó te dijera que te quiere ya como a una hermana, y al enterarse de que llevaba yo cinco días sin verte, ella misma me echó hacia aquí...

Natascha estaba emocionadísima.

—¿Y has podido contarme primero tus éxitos con esa princesa sorda? ¡Ay Alioscha, Alioscha! —exclamó con reproche en la mirada. En fin, y Katia, ¿se mostraba alegre, contenta al despedirte?

—Sí... Estaba contenta por poder realizar una acción noble, y al mismo tiempo lloraba. Porque ya ves, Natascha, también ella me quiere. Ella misma me confesó que ya había comenzado a amarme, que ella no ve a nadie y que yo le agradaba desde hacía ya mucho tiempo, que me había distinguido porque a su alrededor todo es astucia y enredo, mientras que yo le parecía sincero y honrado. Después se levantó y me dijo: «Dios te ayude, Aleksieyi Petróvich... pero yo pensaba...». No acabó, y se fue llorando. Hemos convenido que mañana le dirá a su madrastra que no me quiere, y que yo también, mañana mismo, se lo contaré todo a mi padre, y ambos nos mantendremos firmes. Me reprochó no habérselo dicho antes: «Un hombre honrado no debe tenerle miedo a nada...».

¡Oh, y qué condición tan noble la suya! Mi padre no le es simpático; dice que es astuto y va tras el dinero. Yo lo defendí, pero ella no me creyó. Convinimos en que, si no lograba mañana hacerme oír de mi padre (y ella seguramente piensa que no he de conseguirlo), le hablase con franqueza a la princesa K. Entonces ya nadie se atrevería a oponerse. Nos prometimos ser el uno para el otro como hermano y hermana. ¡Oh, si supieras su historia...!, ¡lo desgraciada que es, con qué aversión mira su vida en casa de su madrastra, donde todo es comedia!... No me lo dijo así directamente, como si yo le inspirase miedo; pero yo, por algunas palabras suyas, lo adiviné. Natascha, ¡palomita mía!, ¡qué admiración sentiría por ti si se conocieran! ¡Qué corazón tan bueno tiene! ¡Qué bien se está a su lado! Han nacido para ser hermanas. Es preciso que se quieran; es una cosa ésta que no se me va del pensamiento. Y, en verdad, quisiera verlas juntas para mirarlas constantemente y amarlas a las dos con locura. No pienses nada malo, Nataschíoschka, y permíteme que hable de ella. Yo precisamente siento deseos de hablarte de ella a ti y de ti a ella. Tú sabes bien que te amo más que a todas, más que a ella... ¡Tú lo eres todo para mí!

Natascha lo miraba en silencio, dulce, pero tristemente. Sus palabras parecían halagarla y atormentarla al mismo tiempo.

—Desde hace dos semanas comencé a estimar a Katia en su verdadero valor —prosiguió Alioscha—; iba todas las noches a verla. Al volver a casa pensaba en ti y las comparaba.

—¿Y cuál de las dos te gustaba más? —le preguntó, sonriendo, Natascha.

—Unas veces, tú; otras, ella. Pero siempre terminabas tú por llevarte la palma. Cuando hablo con ella me parece que me hago mejor..., más inteligente, de mejor condición. En fin, mañana, mañana se decidirá todo.

—¿Y no te da lástima ella? ¿No? Te ama, dijiste... ¡Que tú mismo lo has notado!

—¡Lástima, Natascha! Pero si nosotros tres vamos a amarnos todos, y... luego...

—¡Ah, y luego...! ¡Adiós! —murmuró muy bajo Natascha, como hablándose a sí misma. Alioscha la miró perplejo. Pero en aquel instante la conversación fue interrumpida del modo más inesperado. En la pieza que servía a la vez de cocina y antecámara oímos un ligero ruido, como si alguien entrase. Al cabo de un minuto, Mavra abrió la puerta y se puso a hacer señas a Alioscha a hurtadillas, llamándolo. Todos nos volvimos hacia ella.

—Preguntan por ti; haz el favor un momento —dijo con un tono misterioso.

—¿Quién puede ser? —se preguntó Alioscha. Voy allá.

En la cocina estaba un lacayo con librea del príncipe, su padre. Por lo visto, era el lacayo del príncipe, que, de regreso a su casa, había hecho parar el coche delante del alojamiento de Natascha y enviaba a saber si estaba allí Alioscha. Después de enterarse, el lacayo se retiró.

—Es extraño. Es la primera vez que pregunta. Hasta ahora nunca lo había hecho —exclamó Alioscha, mirándonos con inquietud. ¿Qué querrá decir esto?

Natascha lo miró sobresaltada. De pronto Mavra abrió de nuevo la puerta del

cuarto.

—Aquí está él en persona, el ¡príncipe! —balbuceó y desapareció en seguida.

Natascha se levantó palidísima. De pronto centellearon sus ojos. Apoyada en el borde de la mesa, miraba con emoción a la puerta por donde había de entrar el no invitado huésped.

—Natascha, nada temas, yo estoy contigo; no permitiré que te ofendan —murmuró Alioscha, dominando su turbación.

Se abrió la puerta, y apareció el príncipe Valkovskii en persona.

II

Nos envolvió en una mirada rápida, atenta, por la cual no era posible adivinar si venía como amigo o como enemigo. Pero describiré detalladamente su aspecto. Aquella noche me produjo especial impresión. Yo lo había visto ya antes. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, no más: de facciones bellas y regulares, que cambiaban de expresión según las circunstancias, y estas variaciones eran muy bruscas, pasando del gesto más amable al más sombrío, como si obedeciesen a un resorte. La cara ovalada y algo morena, la nariz recta, la frente ancha y sin arruga alguna, los ojos grandes y grises. Todo era bello en él, y, sin embargo, no producía grata impresión, porque su expresión no parecía la suya, sino otra constantemente estudiada, falsa, postiza, con la que parecía decir que jamás se podría conocer su expresión verdadera. Mirándolo con atención, se empezaba a sospechar que por debajo de aquella máscara permanente había algo, aunque no se supiera bien qué, de malo, de hipócrita y, en sumo grado, de egoísta.

Particularmente llamaban la atención sus ojos grises. Sólo ellos parecían no estar enteramente sujetos a su voluntad. Se esforzaba en hacerlos dulces y acariciadores, pero los rayos de su mirada se bifurcaban, por así decirlo, y entre los dulces y amables veíanse brillar otros, duros, desconfiados y malignos. Era alto y bien proporcionado, un poco enjuto, y parecía mucho más joven de lo que era. Los cabellos empezaban apenas a blanquear. Sus orejas, sus manos y sus pies eran de una gran finura, una finura de raza. Vestía con refinada elegancia, pero con una serie de detalles de muchacho que no le iban mal.

Parecía el hermano mayor de Alioscha, y nadie le hubiera supuesto padre de un hijo tan crecido. Avanzó derecho hacia Natascha, y le dijo, mirándola fijamente:

—Sé que mi presencia en su casa a esta hora y sin previo aviso es extraña y fuera de lo acostumbrado, y espero que reconocerá usted que me doy cuenta de la excentricidad de mi conducta. Sé también con quién trato y que es usted comprensiva y generosa. Concédame usted solamente diez minutos, y seguro estoy de que ha de comprenderme y perdonarme.

Dijo todo aquello cortés, pero enérgicamente y con cierta fatuidad.

—Siéntese, usted —dijo Natascha, aún no enteramente repuesta de la impresión y algo azorada. Él hizo una ligera reverencia y se sentó.

—Ante todo, permítame usted que le diga dos palabras a ése —empezó, señalando a su hijo. Alioscha, te fuiste de allí sin aguardarme y sin despedirme de nosotros, y a la condesa le dijeron que Katerina Fiodórovna se había indispuerto. Se retiró a su cuarto, pero luego, de pronto, se nos presentó muy agitada. Sin más rodeos, nos dijo que no podía ser tu esposa. Dijo, además, que iba a meterse en un convento, que tú habías implorado su ayuda y le habías confesado que amabas a Natalia Nikoláievna... Tan inesperada declaración de parte de Katerina Fiodórovna era efecto de la extrañísima manifestación que le habías hecho. Estaba casi

trastornada. Tú comprenderás la emoción y el temor que yo sentiría. Al pasar ahora por aquí, vi luz en su ventana —continuó, dirigiéndose a Natascha. Entonces la idea que ya hacía tiempo me perseguía, se apoderó de mí con tal fuerza, que no pude resistir el primer impulso y entré en su casa. ¿Por qué? Voy a decírselo enseguida; pero le ruego que no se asombre si mis palabras le parecen extrañas. Todo esto ha sido tan inesperado...

—Confío en que podré comprenderlo y debidamente... apreciar lo que usted me diga —exclamó, a la defensiva, Natascha.

El príncipe la miraba fijamente, como si le urgiera calarle el alma en un minuto.

—Yo también confío en su benevolencia —continuó—, y si me tomé la libertad de venir a visitarla a esta hora, fue precisamente porque sabía con quién habría de tratar. Hace mucho tiempo ya que la conozco, aunque alguna vez haya podido ser injusto e incurrir en falta con usted. Bien sabe usted que entre su padre y yo existen antiguos disgustos. No me justificaré; quizá sea yo más culpable para con él de lo que hasta ahora supuse. Pero si así fuere, es que padecí engaño. Soy desconfiado, lo confieso. Soy propenso a pensar mal antes que bien: es éste un rasgo desdichado, propio de corazones duros. ¡Pero yo no tengo la costumbre de disimular mis defectos! Di fe a todas las calumnias, y cuando usted abandonó a sus padres, temblé por Alioscha. Pero no la conocía entonces. Los informes que fui recogiendo poco a poco me animaron. Observé, estudié y me convencí de que mis suposiciones no eran fundadas. Supe que había reñido usted con su familia, y supe también que su padre se oponía con todas sus fuerzas a su matrimonio con mi hijo. El hecho de que tuviera usted tal influjo, tan grande imperio sobre Alioscha, y no lo hubiera aprovechado hasta ahora para obligarlo a casarse, ese solo detalle la mostraba a usted a mis ojos en un aspecto harto bueno. Y, sin embargo, se lo confieso francamente, tomé la resolución de hacer cuanto pudiera por evitar toda posibilidad de que usted se casara con mi hijo. Sé que me explico con demasiada sinceridad; pero en este momento la sinceridad de mi parte es muy necesaria. Convendrá usted en ello cuando acabe de hablar. A raíz de haber usted dejado su casa, abandoné Petersburgo, pero al hacerlo, no temía yo por Alioscha. Contaba con el noble orgullo de usted. Comprendí que no quería usted el matrimonio hasta que quedasen arregladas nuestras desavenencias familiares; y no quería turbar el buen acuerdo que reinaba entre mi hijo y yo, comprendiendo que no lo perdonaría jamás, ni quería usted mucho menos que pudiera acusársela de haber buscado un novio príncipe y un entronque con nuestra casa. Incluso dejó, al contrario, entrever su desdén por nosotros, esperando el momento de que viniera yo mismo a pedirle que me hiciera el honor de conceder su mano a mi hijo. Pero, a pesar de todo, yo persistía en mi hostilidad hacia usted. Sin querer justificar mi conducta, no puedo callarle los motivos que me impulsan a obrar así. Y aquí van: no es usted de una gran familia, ni rica. Aunque nosotros tenemos alguna fortuna, nos hace falta mucho más de lo que tenemos. Nuestra casa está en decadencia. Necesitamos relaciones y dinero. La hijastra de la condesa Zinaida

Fiodórovna, aunque tampoco tiene relaciones, es rica. Deje usted pasar un poco de tiempo y le saldrán pretendientes y nos quitarán la novia; pero no es posible desperdiciar tal ocasión, por lo que, aunque Alioscha es todavía tan joven, he resuelto formalizar sus relaciones con ella. Ya ve usted que no le oculto nada, usted puede mirar con desprecio a un padre que reconoce él mismo que induce a su hijo, por cálculo, a cometer una mala acción, porque abandonar a una joven desinteresada, que todo lo ha sacrificado por él, y ante la cual es culpable..., constituye una mala acción. Pero no intentaré justificarme. La segunda razón para el proyectado casamiento de mi hijo con la hijastra de la condesa Zinaida Fiodórovna es la de que esta señorita es digna en alto grado de amor y de respeto. Es agraciada, de una educación exquisita, de un genio excelente y de mucho juicio, aunque en muchas cosas es todavía una niña. Alioscha no tiene carácter; es aturdido, sumamente alocado, a los veinte años es un perfecto chiquillo, sin más mérito acaso que un corazón noble, bueno... cualidad que hasta resulta peligrosa, unida a sus otros defectos. Hace ya tiempo que noté que mi influjo sobre él empezaba a menguar. El ardor de su juventud lo dominaba, haciéndole olvidar ciertos deberes. Es posible que yo lo quiera demasiado, pero estoy, sin embargo, convencido de que él necesita una influencia constante y buena. Es un temperamento dócil, débil, cariñoso, más propenso a amar y a acusarse que a mandar. Así es y así será mientras viva. Puede usted figurarse cuál sería mi alegría al encontrar en Katerina Fiodórovna la señorita ideal que yo deseaba para esposa de mi hijo. Pero me alegré tardíamente; sobre él imperaba ya otro ascendiente indarraigable: el de usted. Yo lo observé escrutadoramente al regresar hace un mes de Petersburgo y, asombrado, advertí en él un notable cambio para mejor. Su aturdimiento, su infantilismo, seguían casi idénticos, pero se afirmaban en él algunas nobles inclinaciones: empezaba a interesarse por algo más que los simples juegos; por lo noble, alto y honrado. Sus ideas son extrañas e inconsistentes; a veces, injustas, pero sus deseos, sus impulsos, su corazón..., son ahora mejores, y ésta es la base de todo, y esto que en él hay de mejor..., es, indiscutiblemente, obra de usted. Usted lo ha transformado. Le confieso que entonces se me ocurrió la idea de que usted, mejor que nadie, podía hacerlo feliz. Pero rechacé ese pensamiento. Yo necesitaba apartarlo de usted, fuere como fuere. Me lancé a obrar y pensaba conseguir mi objetivo. Todavía hace una hora creía que era mía la victoria. Pero el episodio de casa de la condesa me hizo cambiar radicalmente de modo de pensar y, ante todo, me impresionó un hecho inesperado: la extraña seriedad de Alioscha, la firme conciencia de su deber para con usted, la vitalidad de esas relaciones. Se lo repito: usted ha operado en él un cambio definitivo. Y, de pronto, me maravillé al ver que ese cambio suyo había ido más allá de lo que suponía. Hoy, de repente, mostró delante de mí indicios de un talento que yo no sospechaba y, al mismo tiempo, una sutileza extraordinaria, una penetración cordial. Atinó con el mejor camino para salir de una situación que juzgaba difícil. Estimuló la más noble facultad del corazón humano: la facultad de perdonar y de devolver bien por mal. Se rindió a discreción a la criatura

por él ofendida y corrió a ella invocando su simpatía y amparo. Despertó todo el orgullo de una mujer que lo ama, confesándole derechamente que tiene una rival y, al mismo tiempo, supo excitar sus simpatías hacia esa misma rival, y obtuvo su perdón para ella y la promesa de una fraternal amistad. Entrar en tales confianzas y no herir los sentimientos y no ofender, es cosa que, a veces, se hace difícil incluso a las personas más sensatas y discretas, pero no lo es para los que tienen un corazón fresco, limpio y bueno, como el suyo. Yo estoy convencido de que usted, Natascha Nikoláievna, no ha tenido parte alguna en su manera de conducirse hoy con una palabra ni con un consejo. Puede que, hasta que él no se lo dijo, no se haya usted enterado. ¿Me equivoco? ¿No estoy en lo cierto?

—No se equivoca —asintió Natascha, cuyos ojos y todo el semblante resplandecían con un extraño fuego, como de inspiración. La dialéctica del príncipe empezaba a surtir efecto. Cinco días hacía que no veía a Alioscha —contestó. Todo eso lo ha pensado y hecho él solo.

—Estoy seguro —agregó el príncipe. Sin embargo, esta penetración inesperada, esta fuerza de resolución, esta conciencia de su deber, esta noble firmeza, todo esto, en fin, es el efecto de su influencia sobre él. Todo esto lo he reflexionado muy detenidamente al volver a mi casa, y, después de pesar todas las circunstancias, me resolví a venir. Nuestros proyectos matrimoniales con la casa de la condesa cayeron por tierra y no podrán reconstruirse, y, aun cuando fuera posible lo contrario, ya no lo desearía yo para él; estoy convencido de que sólo usted puede hacer feliz a mi hijo y ser... su guía verdadero, ya que ha puesto los cimientos de su dicha futura. No le he llamado ni le llamaré nada: yo amo cuanto significa dinero, carrera, distinción, linaje, aunque, en conciencia, considere una gran parte de todo eso como prejuicios; pero adoro esos prejuicios y en modo alguno quiero pisotearlos. Sin embargo, hay circunstancias que imponen silencio a todas las demás consideraciones y en que no es posible medirlo todo con el mismo rasero... Además, yo amo mucho a mi hijo. En una palabra: he llegado a la conclusión de que Alioscha no debe separarse de usted, porque sin usted estaría perdido. Hace un mes pensé esto, pero hasta hoy no había reconocido que ésta era la solución verdadera. Pude haber dejado para mañana el venir a explicarle a usted todo esto, en vez de venir casi a medianoche a importunarla. Pero mi actual premura podrá decirle a usted con qué vehemencia, y, sobre todo, con qué sinceridad llevo este asunto. Yo no soy ningún niño, y no podría a mi edad decidirme a dar un paso irreflexivo. Al venir aquí, ya lo traía todo resuelto y pensado. Sin embargo, comprendo que hará falta cierto tiempo para persuadirla a usted del todo de mi sinceridad. ¡Pero al grano! ¿Necesito repetirle por qué he venido? Vine a cumplir mi deber para con usted, y le ruego con todo el inmenso respeto que me inspira haga usted feliz a mi hijo y le conceda su mano. ¡Oh! No vea en mí a un padre severo que ha terminado por perdonar a su hijo y consiente, al fin, en contribuir a su dicha. ¡No! ¡No! Esto sería injurioso para mí. No crea tampoco que, sabiendo cómo se ha sacrificado por mi hijo, he venido de antemano seguro de su consentimiento,

fundándome en que usted se ha sacrificado por él; otra vez le digo que no. Yo soy el primero en reconocer que él vale poco para usted, y... él, que es sincero y bueno, también lo confesaré. Pero dejemos eso. Yo he venido a esta hora no por eso, sino que vine..., —se levantó respetuoso y solemne—, vine aquí porque quiero ser su amigo. No ignoro que no tengo derecho alguno a ello; al contrario. Pero... le ruego que me permita hacer méritos para merecerlo. ¡Permítame asegurarlo así!

Respetuosamente inclinado ante Natascha, aguardó su respuesta. Yo le había observado atentamente durante toda su perorata.

Él lo advirtió. Lanzó su discursito fríamente, pero con ciertas pretensiones dialécticas y, a veces, afectando cierto desenfado. El tono de su plática no correspondía al impulso que le había llevado allí, a aquella hora desusada, por primera vez y precisamente en tales circunstancias. Llevaba algunas de sus frases evidentemente preparadas, y en ciertos momentos de su largo y, por ello, extraño discurso, afectó ser un buen hombre que se esforzaba por disimular sus sentimientos bajo una capa de humorismo, ligereza y broma. Pero todo esto lo pensé más tarde; en aquel momento era otra cosa.

Las últimas palabras las pronunció con emoción, con tal expresión de sincero respeto a Natascha, que a todos nos sedujo. Algo parecido a una lágrima brillaba en sus ojos. El noble corazón de Natascha estaba completamente vencido. Se levantó, y, sin proferir palabra, presa de la más viva emoción, le tendió la mano. Él se la tomó y se la besó con ternura. Alioscha estaba fuera de sí de entusiasmo.

—¿Qué te dije yo, Natascha? —gritó. ¡Tú no me creías! ¡No creías que mi padre era el más noble corazón del mundo! ¡Pues ya lo estás viendo!, ¡ya lo estás viendo tú misma!

Y se echó al cuello de su padre y lo abrazó con efusión. Aquél le contestó del mismo modo, y trató de terminar la sentimental escena, como si se abochornase de demostrar su emoción.

—Basta —dijo, tomando su sombrero—, me retiro. Le pedí sólo diez minutos, y he estado aquí una hora —añadió, sonriendo. Pero me voy con ardiente impaciencia por venir de nuevo. ¿Me permite usted volver en cuanto me sea posible?

—¡Sí, sí, sí! —respondió Natascha. ¡Lo antes que pueda! ¡Quiero en seguida quererlo mucho! —añadió, confusa.

—¡Qué franca! ¡Qué honrada! —dijo el príncipe, sonriendo por sus palabras. Ni siquiera se esfuerza por contestar con una fórmula de simple cortesía. Aprecio más su sinceridad que todas esas finuras. ¡Sí! Reconozco que me hará falta mucho tiempo para hacerme digno de su amistad.

—¡Oh, por favor! Basta de elogios —murmuró Natascha, conmovida.

¡Qué guapa estaba en aquel momento!

—Bueno; ¿quedamos en eso? —dijo el príncipe. Una última palabra, para que vea usted si soy desgraciado. Ni mañana ni pasado podré venir a verla. He recibido esta noche una carta tan importante para mí, que reclama mi inmediata participación en un

asunto, que en modo alguno puedo desatenderla. Necesito salir de Petersburgo mañana por la mañana. He venido hoy así, tan a deshora, porque no podía hacerlo en dos días. Usted, naturalmente, no se lo figuraba. Pero ¡qué desconfiado soy! ¿Por qué me habrá parecido que había usted de tener esa idea? Sí, esta desconfianza me ha perjudicado siempre en mi vida y en todos mis litigios con su familia, que es posible tuvieran su origen en este pícaro carácter mío... Hoy es martes; miércoles, jueves y viernes no estaré en Petersburgo. Espero estar de vuelta el sábado, y el mismo día vendré a verla. ¿Me permite que venga a pasar la tarde con usted?

—¡Sí! ¡Desde luego que sí! —gritó Natascha—; el sábado por la tarde lo espero. Con impaciencia.

—¡Qué gusto! Así podré conocerla mejor. Pero me voy, aunque no me iré sin haber estrechado su mano —dijo, volviéndose de pronto hacia mí. Le pido perdón por tanta charla... Muchas veces he tenido el gusto de encontrarlo, y hasta creo que nos presentaron alguna vez. No puedo irme sin expresarle cuán agradable es para mí renovar este conocimiento.

—Nos hemos encontrado muchas veces, es verdad —le dije, estrechándole la mano que me tendiera—; pero siento mucho no recordar que nos hayan presentado.

—En casa del príncipe de R^{***}, el pasado año.

—Perdón, lo había olvidado. Pero esta vez le aseguro que no será así. Esta noche quedará particularmente grabada en mi memoria.

—Tiene usted razón; y en la mía también. Sé que es usted un verdadero y sincero amigo de Natascha Nikoláievna y de mi hijo. Tengo la esperanza de que me admitan como, el cuarto entre los tres. ¿No es verdad? —añadió, dirigiéndose a Natascha.

—Sí, él es nuestro verdadero amigo, y hemos de vivir todos juntos —gritó Natascha con hondo sentimiento.

¡Pobrecilla! Su cara se encendió de alegría al ver que el príncipe no olvidaba despedirse de mí. ¡Cuánto me quería!

—Conozco muchos admiradores de su talento —continuó el príncipe—, y, entre éstos, dos verdaderas admiradoras tuyas. Tendrían mucho gusto en conocerlo personalmente. La condesa, mi mejor amiga, y su hijastra, Katerina Fiodórovna Filimónova. Permítame esperar que me dispensará la satisfacción de presentarle a estas damas.

—Sería para mí un honor; tengo actualmente pocas relaciones...

—Pero deme usted su dirección. ¿Dónde vive? Quiero tener el gusto...

—Es que no puedo recibir en mi casa, príncipe, al menos por ahora.

—Pero por mí, aunque no lo merezca, ¿no hará usted una excepción?

—Ya que se empeña, encantado; yo vivo en... el callejón de v^{***}, casa Klugen.

—¡Casa Klugen! —exclamó como con algo de asombro. ¡Cómo! ¿Hace mucho tiempo que vive allí?

—No, no hace mucho —respondí, observándolo involuntariamente. Vivo en el número cuarenta y cuatro.

—¡En el cuarenta y cuatro! ¿Vive usted... solo?

—Completamente solo.

—¡Ah! Es que... me parece que conozco esa casa. Mejor que mejor. Pasaré sin falta a saludarle, sin falta; tengo muchas cosas que decirle, y espero mucho de usted. Quiero pedirle un favor. Como verá, empiezo pidiendo. Vaya, hasta la vista. ¡Otra vez las manos!

Apretó mi mano y la de su hijo, y otra vez besó la de Natascha, y se fue sin consentir a Alioscha que lo acompañase. Los tres quedamos silenciosos. ¡Lo que acababa de pasar era tan inopinado, tan imprevisto! Todos sentíamos que todo había cambiado en un momento y que empezaba algo nuevo, ignorado. Alioscha, sentado junto a Natascha, le besaba las manos en silencio y la miraba a la cara, esperando que hablase.

—Palomito Alioscha, mañana irás a ver a Katerina Fiodórovna —le dijo al fin.

—Eso mismo pensaba —respondió—; no dejaré de hacerlo.

—Aunque quizá le sea doloroso verte. ¿Qué hacer?

—No sé, amiga mía; también pensaba yo eso mismo.

Ella sonrió y lo miró larga y tiernamente.

—¡Qué delicadeza la suya! Vio tu cuarto, tan pobre, y ni una palabra.

—¿De qué?

—Pues de... mudarse a otro..., o algo por el estilo —añadió, poniéndose encarnado.

—¡Basta, Alioscha! ¿A qué viene eso?

—¡Quiero hacer notar su delicadeza y cómo te ha elogiado! ¡Ya te lo decía yo, ya te lo decía! Es capaz de comprenderlo y de sentirlo todo. A mí me ha tratado como a un chiquillo, ¡cómo me estima! Y, después de todo, un niño soy.

—Sí, eres un niño, pero con más talento que todos nosotros. ¡Mi buen Alioscha!

—Dijo también que mi bondad de corazón me perjudicaba. ¿Por qué? No lo comprendo. Pero dime, Natascha, ¿no debo irme en seguida con él? Mañana por la mañana me tendrás otra vez aquí.

—Ve, ve, palomito. Es una buena idea. Pero mañana vendrás lo antes posible.

—En lo sucesivo, ya no podrás andar cinco días lejos de mí —añadió, con malicia, acariciándolo con la mirada. Todos estábamos llenos de una alegría dulce, plena.

—¿Vienes conmigo, Vania? —me dijo Alioscha al salir de la habitación.

—No; se queda. Tengo que hablarte, Vania. Ya sabes: mañana, muy temprano.

—En cuanto amanezca. ¡Adiós, Mavra!

Mavra estaba poseída de gran agitación. Había oído todo lo que dijera el príncipe, todo lo había oído; pero no había comprendido bien. Hubiera querido enterarse y preguntar. Pero, aun así, se mostraba muy seria, muy ufana. Adivinaba ella también que se trataba de un gran cambio.

Quedamos solos. Natascha me cogió una mano, y algún tiempo permaneció

silenciosa, como buscando qué decir.

—Estoy cansada —dijo, al fin, con voz débil. Dime: ¿irás mañana a ver a los míos?

—Ciertamente.

—A *mámenka*, díselo; pero a él, no.

—Ya sabes que jamás le hablo de ti.

—Ya se enterará. Pero tú fíjate en lo que dice, en cómo toma la cosa. ¡Dios mío, Vania! ¿Crees que de veras me maldecirá si me caso? ¡Pero no, no es posible!

—Quien ha de arreglarlo todo es el príncipe; debe reconciliarse con tu padre, y así todo se arreglará.

—¡Ay, Dios mío! ¡Si así fuese, si así fuese! —exclamó con acento de ruego.

—Quédate tranquila, Natascha. Todo se arreglará. Para eso vino.

Ella me miró fijamente.

—Vania, ¿qué piensas tú del príncipe?

—Creo que ha hablado con sinceridad y que, si es así, es todo un caballero.

—¿Qué quieres decir? ¿Podía quizá no ser sincero?

—Lo mismo creo yo —respondí. «Pudiera ser que tramara algo», pensé. Tú le miraste todo el tiempo tan fijamente... ¡Es raro!

—Sí, me parecía un poco extraño.

—A mí también. Tiene una manera de hablar... Estoy rendida, palomito Vania. ¿Quieres que te diga una cosa? Déjame y ven a verme mañana en seguida, al salir de casa de los míos... ¡Ah! Dime: ¿no se habrá ofendido por lo que le dije de que deseaba quererle en seguida?

—No. ¿Por qué se iba a ofender?

—¿Ni tampoco fue una necesidad? Con ello le daba a entender que aún no le quería.

—Al contrario; fue una ocurrencia muy simpática, ingenua y natural. ¡Estabas guapísima en aquel momento! Él sí que sería un imbécil si, desde lo alto de su grandeza, no lo apreciara así.

—Parece que lo miras con cautela, Vania. Yo también soy torpe, desconfiada, vanidosa. No te rías; ya sabes que nunca te oculto nada. ¡Ah, Vania, mi mejor amigo! Si de nuevo fuese desgraciada, si las penas volviesen, tú estarás cerca de mí; acaso tú solo. ¿Cómo podré recompensarte? ¡No me abandones nunca, Vania!

Al llegar a casa, me desnudé en seguida y me acosté. Mi cuarto estaba húmedo, sombrío como una cueva. Sentía bullir en mí toda clase de ideas y sentimientos extraños, y estuve muchas horas sin poder dormir.

¡Pero cómo se reiría en ese instante de nosotros un hombre que se dormía en cómodo lecho, suponiendo que se dignase reírse! ¡Pero no, no se dignaría!

III

Al otro día, a las diez de la mañana, al salir de mi casa corriendo hacia Vasili Ostrov, a ver a los Ijménieves, y desde allí en seguida a casa de Natascha, me encontré en la misma puerta a mi visitante de la víspera, la nietecita de Smith. No sé por qué, pero recuerdo que me alegró ese encuentro. No tuve tiempo de mirarla bien la noche antes, y me sorprendió más en pleno día. En efecto, difícil era encontrar criatura más extraña, de traza más original. Pequeña, con ojos negros refulgentes y nada rusos; una melena negra, abundante y desgredada; un mirar mudo, fijo y escrutador. Hubiese llamado en la calle la atención de cualquier transeúnte. Lo que más me sorprendía en ella era su mirar refulgente, inteligente y, al mismo tiempo, suspicaz y desconfiado. De día, su traje, viejo y sucio, parecía aún más harapiento. Me parecía que debía estar minada por alguna enfermedad lenta, que iba destruyendo gradual e inexorablemente su organismo. Su carita flaca y pálida era de un amarillo oscuro, antinatural, con pintas biliosas. Pero, en general, pese a todas las huellas de la miseria y de la enfermedad, no era fea. Tenía las cejas acusadas, finas y bellas; particularmente hermosos eran su frente ancha y sus labios magníficamente dibujados, como un rictus que indicaba orgullo e ironía, pero muy pálidos, casi incoloros.

—¡Ah!, otra vez tú —dije—; ¡vaya, siempre pensé que volverías! Entra.

Como la víspera, entró lentamente, mirando en torno suyo, con desconfianza. Miraba atentamente el cuarto donde había vivido su abuelo, como investigando los cambios que hubiera introducido allí el nuevo inquilino. «A tal abuelo, tal nieta —pensé yo. ¿No estará loca?». Ella callaba; yo aguardaba.

—Los libros —murmuró, al fin, bajando los ojos.

—¡Ah, sí, los libros! Aquí los tienes, tómalos; precisamente los guardaba para ti.

Me miró con curiosidad y torció la boca de un modo extraño, como si quisiera esbozar una sonrisa incrédula. Fue cosa de un segundo, y su cara recobró en seguida su expresión adusta y enigmática.

—¿Acaso el abuelo le habló de mí? —me preguntó, mirándome de pies a cabeza con un dejo de ironía.

—No, él no me habló de ti, pero...

—¿Y cómo sabía usted que vendría? ¿Quién se lo dijo? —preguntó rápidamente, interrumpiéndome.

—Porque pensé que tu abuelo no podía vivir solo, abandonado de todos. Estaba tan viejo y tan débil, que supuse que alguien vendría a visitarlo. Toma, aquí tienes tus libros. ¿Estudias en ellos?

—No.

—Entonces, ¿para qué los necesitas?

—El abuelito me hacía estudiar al principio, cuando venía a verlo.

—Y luego, ¿no venías?

—Dejé de venir... estuve enferma —añadió, como disculpándose.

—¿Tienes padre, madre, familia?

Frunció de pronto las cejas y me miró asustada. Luego se volvió y salió despacio del cuarto, sin dignarse responderme, como había hecho la víspera. Estupefacto, la seguí con los ojos. Pero ella se detuvo en el umbral.

—¿De qué murió? —me preguntó bruscamente, volviéndose un poco hacia mí y con el mismo gesto y la misma actitud con que la noche antes había entrado y se detuvo también en la puerta preguntándome por Azorka.

Yo me acerqué a ella y empecé a contárselo todo aprisa. Ella me escuchaba, callada y curiosa, con la cabeza baja y de espaldas a mí. Yo le referí también cómo el viejo, al morir, me habló de la Sexta Línea.

—Yo presentía —añadí— que allí debía vivir alguien que le era querido, y esperaba que viniesen a preguntar por él. Verdaderamente te querría, cuando, en el último instante, se acordó de ti.

—No —murmuró ella como involuntariamente—, no me quería.

Estaba muy excitada. En tanto le hablaba yo, la miraba al rostro. Observé que realizaba espantosos esfuerzos por reprimir su emoción, como por orgullo, ante mí. Cada vez estaba más pálida, y frunció el labio inferior. Pero lo que más impresión me hacía era el palpitar de su corazón. Cada vez le latía más fuerte, hasta el punto de oírsele a dos o tres pasos de distancia, como si tuviese un aneurisma. Yo pensaba que, de pronto, se iba a echar a llorar como la víspera; pero se dominó.

—¿Dónde está el sitio en que murió?

—Ya te lo enseñaré cuando salgamos. Pero dime: ¿cómo te llamas?

—No es preciso.

—¿Cómo que no es preciso?

—No lo es, no hace falta; yo no tengo nombre —exclamó con tajante acento y como si estuviera enfadada, e hizo ademán de irse. Yo la contuve.

—¡Aguarda, chiquilla...; qué rara eres! Mira que te quiero bien. A mí me dolió mucho lo de anoche, cuando te pusiste a llorar en un rincón en la escalera. No puedo recordarlo. Además, que tu abuelito murió en mis brazos, y seguramente pensaba en ti al hablarme de la Sexta Línea, como si te me echara en los brazos. Se me ha aparecido en sueños..., ya ves: yo te he buscado unos libros, y tú eres tan arisca, que parece que me tienes miedo. Seguramente serás muy pobre y huérfana y vivirás en poder de extraños. ¿Es así o no?

Yo la contemplaba con pasión, y no podría decir qué era lo que ella me atraía. A mi sentimiento se mezclaba algo más que la sola piedad. Quizá el misterio de todo desamparo, la impresión que Smith me dejara o lo fantástico de mi especial temperamento...; no lo sé, pero algo indefinido me atraía hacia ella. Mis palabras parecían haberla turbado; me miraba de un modo extraño, pero no ya arisca, sino suave y largamente. Luego volvía a bajar la cabeza como ensimismada.

—Elena —murmuró de pronto, de un modo inopinado y en voz muy queda.

—¿Conque te llamas Elena?

—Sí.

—¿Y no querrías venirte aquí conmigo?

—No puede ser..., no sé..., vendré... —murmuró ella, entre lucha y turbación.

En aquel momento, en algún sitio, sonó un reloj de pared. Se estremeció, y, mirándome con una tristeza inexpresable, enfermiza, balbució:

—¿Qué hora es?

—Deben de ser las once y media.

Se estremeció de susto.

—¡Señor! —exclamó, y de pronto echó a correr.

Yo la detuve otra vez en el rellano.

—No te asustarás de mí —le dije. ¿Por qué temes? ¿Se te hizo tarde?

—Sí, sí, me vine a escondidas. Me voy. Ella me pegará —exclamó, desasiéndose de mis manos.

—Escucha —le dije—, también yo voy a Vasili Ostrov, a la Línea Trece. Ven conmigo y te llevaré a tu casa.

—¿A mi casa? ¡Imposible, imposible! —gritó, todavía más espantada. Hasta su cara se crispó al solo pensamiento de que yo pudiera seguirla donde vivía.

—Ya te he dicho que voy a la Línea Trece, a un asunto, no a tu casa. No te seguiré. Pero en coche llegaremos enseguida. Vamos.

Bajamos a la carrera. Yo detuve al primer cochero que pasó. Era evidente que Elena tenía mucha prisa para consentir en ir conmigo. Lo más notable de todo era que ni siquiera me atrevía a interrogarla. Agitaba los brazos, y por poco si se arroja del coche al preguntarle yo que por qué le tenía tanto miedo a su casa. «¿Qué misterio es éste?», pensaba yo.

La niña se acomodó muy mal. A cada movimiento del coche se cogía a mi paleta con su mano izquierda, una manecita pequeña, sucia y helada. Con la otra apretaba los libros, que debía estimar mucho. Al acomodarse mejor, descubrió un pie, y por sus zapatos agujereados vi, con gran asombro, que iba con sólo los zapatos destrozados, sin medias. Aunque había resuelto no preguntar nada, no pude contenerme.

—Pero ¡cómo!, ¿no tienes medias? —le pregunté. ¿Cómo puedes salir sin ellas con un tiempo tan húmedo y frío?

—No —respondió con voz tajante.

—Pero ¡por Dios, tú vivirás con alguien! Pídeselas a cualquiera cuando tengas que salir.

—Es que voy así porque quiero.

—Pues caerás enferma, morirás.

—¡Ojalá me muriese!

Era claro que no quería contestar y que mis preguntas la irritaban, y me contuve.

—Mira, aquí es donde murió —le dije, enseñándole la valla delante de la cual expiró el viejo.

Miró fijamente el sitio, y después me dijo, suplicante:

—¡Por amor de Dios, no me siga usted! ¡Yo iré, yo iré! ¡En cuanto pueda, iré!

—Ya te dije que no iría a tu casa. Pero dime, ¿a quién tienes miedo? De seguro eres muy desgraciada. Me da pena mirarte.

—A nadie tengo miedo —dijo ella desabrida, con cierto enojo en la voz.

—Pero ¿por qué dijiste «ella me pegará»?

—¡Que me pegue! —gritó, y sus ojos echaban fuego. ¡Que me pegue! ¡Que me pegue! —repitió con vehemencia, y su labio superior se enarcaba expresando desdén.

Finalmente, llegamos a Vasilievskii. Ella hizo parar el coche a la entrada de la Sexta Línea, y se tiró de él, mirando inquieta en torno suyo.

—¡Adiós, yo iré, yo iré! —repitió con extraña alarma, rogándome que no la siguiera. ¡Váyase en seguida!, ¡en seguida!

Yo seguí mi camino. Pero, después de haber recorrido a la ventura algunos pasos, despedí el coche y, volviendo atrás a la Sexta Línea, crucé rápidamente a la otra acera. La había visto. No había tenido tiempo de alejarse mucho, aunque andaba muy de prisa y mirando en tomo suyo; hasta se paró un momento para cerciorarse de que nadie la seguía. Pero yo me escondí detrás de una puerta cochera y no me vio. Siguió su camino, y yo tras ella, por la vereda de enfrente.

Mi curiosidad estaba excitada a un grado sumo. No obstante haber resuelto no seguirla, quería conocer a todo trance la casa en que entraría. Me hallaba bajo el influjo de una impresión dolorosa y extraña, semejante a la que me produjera antaño, en la confitería, su abuelo, cuando murió Azorka.

IV

Anduvimos mucho, hasta el Malii Próspekt. Ella parecía huir; al fin entró en una tienda. Yo me detuve a aguardarla. «En la tienda no viviré», pensé.

En efecto, al cabo de un minuto salió, pero ya sin libros. En vez de ellos, llevaba en la mano un tazón. Después de andar un poco, entró por las puertas de una casa sórdida. Era una casa pequeña, de piedra, vieja, de dos pisos, pintada de amarillo sucio. En una de las ventanas del piso bajo, se veía un pequeño ataúd rojo, muestra de un modesto constructor de ataúdes. Las ventanas del piso superior eran muy pequeñas, con vidrios turbios, verdes y resquebrajados, a través de los cuales se vislumbraban unas cortinillas coloradas. Crucé la calle, me acerqué a la casa y leí en una plancha que había encima de la puerta: Casa de la burguesa Búbnova.

No había acabado de descifrar esta inscripción, cuando en el patio de la Casa Búbnova sonaron gritos persistentes de mujer, seguidos de injurias. Miré por la puertecilla. En el peldaño de la escalera se encontraba una mujer gorda con un chal verde sobre los hombros. Su cara era de un color rojo repulsivo; sus ojos pequeñitos e inyectados en sangre, llenos de maldad. Era claro que, a pesar de la hora, estaba ya borracha. Gritaba contra la pobre Elena, petrificada delante de ella con su tazón en la mano.

En la escalera, miraba una mujer pintarrajeada y de aspecto desordenado. Un instante después se abrió la puerta del sótano, y apareció, atraída por los gritos, otra mujer de mediana edad, pobremente vestida, pero agraciada y de aspecto simpático. Por las puertas del piso bajo fisgaban un viejo decrepito y una muchacha. Un mujik robusto, sin duda el portero, apoyado en su escoba en medio del patio, presenciaba la escena, indiferente.

—¡Ah, maldita! ¡Ah, sanguijuela, liendre! —gritaba la mujer, lanzando todos los insultos de que era capaz, sin pausa alguna, como atragantándose. ¿Así recompensas mis cuidados, so pingo? La envió hoy por pepinillos y se escapa. Ya sabía yo que iba a hacerlo cuando la mandara. ¡Me lo decía el corazón! Anoche le senté la mano por lo mismo, y miren cómo se escapa de nuevo hoy. ¿Adónde te vas, vagabunda? ¿A quién vas a ver, maldita piojosa, con esos ojos espantados, veneno, fango de charcas? ¡Habla o te mato!

Y la vieja, furiosa, se echó sobre la niña, pero se contuvo al ver a la inquilina del piso bajo. Se volvió hacia ella, continuó sus lamentaciones, chillando todavía más que antes, agitando los brazos y poniéndola por testigo del monstruoso crimen de su víctima.

—¡Su madre se fue al otro mundo! Ya lo saben, buenas gentes: esta miserable está sola en el mundo, como un hongo; y viéndola yo tan desamparada, y por hacer algo grato a San Nikolai, me hice cargo de esta huérfana. La recogí. ¿Y qué creen ustedes? Dos meses hace que la mantengo..., y en estos dos meses me ha bebido toda la sangre y me ha comido toda la carne... ¡Oh, la sanguijuela, la serpiente cascabel,

diablo rabioso! ¡Y no dice ni pío: le pegan, y calla! ¡Me desgarran el corazón... y calla! ¿Quién crees que eres, vanidosa, harapienta, aborto? Sin mí, habrías reventado en la calle. ¡Los pies deberías lavarme y beberte después el agua, so monstruo! ¡A no ser por mí se habría muerto de asco!

—¿Por qué se enfada de ese modo, Anna Trifónovna? ¿Qué nuevo disgusto le ha dado? —preguntó la mujer con mucho respeto.

—¿Que qué ha hecho, buena mujer? Ir en todo contra mi voluntad. ¡Por salvarle un ojo a ella me saltaría los dos... así soy yo! Y ella, hoy, por poco si me manda a la tumba. En cuanto me levanté, la envié por pepinillos, y vuelve a las tres horas. El corazón me lo decía al mandarla; me lo decía. ¿Adónde fuiste? ¿Qué protectores te han salido? ¿No la protejo yo bastante? Yo, a su difunta madre, le perdoné catorce rublos que me debía, le costé el entierro y me quedé con su diablejo de hija para educarla; tú lo sabes, buena mujer; tú lo sabes de sobra. ¿No tengo derecho sobre ella después de todo esto? Si al menos lo agradeciese, pero no: ¡va siempre contra mí, que sólo busco su dicha! He querido ponerle trajes de muselina, le compré botas y la vestí como una muñeca. Y ¿qué se figuran? En dos días lo ha roto todo, y mírenla cómo va; y por todo castigo la tuve privada de leche una semana. La pongo a lavar, y lava la cochambre. Me quema la sangre con su silencio; por eso le pegué ayer hasta lastimarme las manos. Le quité los zapatos para que no pudiera salir... ¡y salió! ¿Dónde has estado? ¿Con quién te fuiste? ¡Habla! ¿A quién fuiste a quejarte? ¡Habla, so golfa, habla!

Rabiosa, se lanzó sobre la niña y la cogió por los cabellos, zarandeándola.

El tazón con los pepinillos cayó al suelo y se hizo trizas, con lo que se acrecentó el furor de la patrona, que se puso a castigar a la víctima en la cara y en la cabeza, sin que la niña dejara escapar un grito ni una queja.

Me precipité al patio, y me lancé sobre la borracha que parecía loca.

—¿Qué hace usted? ¿Por qué maltrata así a una pobre niña? —grité, apresando de un brazo a aquella furia.

—Pero ¿qué es esto? ¿Quién eres tú? —me dijo con descaro, poniéndose en jarras. ¿Qué haces tú aquí, en mi casa?

—¡No tiene usted compasión! ¿Cómo se atreve a atormentar así a esta pobre huérfana?

—¡Señor! ¡Jesús! —gritó la furia. Pero ¿quién eres tú y quién te llamó? ¿Viniste con ella? ¡Pues ya verás como le vaya yo con el cuento al comisario de Policía! ¡Con lo que a mí me aprecia Andrón Timofeich! ¿Es a buscarte a ti adonde ella va? ¡Socorro!, ¡socorro! ¿Por qué te metes en casa ajena?

Vino hacia mí con el puño en alto... Pero en aquel momento se oyó un grito penetrante, que no parecía humano...

Me volví... Elena, que había permanecido en pie, como insensible, se desplomó de pronto en el suelo con un alarido horrible, antinatural, presa de horribles convulsiones, y demudado el semblante. Solían darle ataques de epilepsia. La joven

del cuarto exterior y la mujer del bajo acudieron, la levantaron y se dieron prisa a conducirla arriba.

—¡Así reventara la maldita! —gruñó la mujer, corriendo tras ella. Es el tercer ataque en un mes... ¡Fuera de aquí, intruso! —e hizo de nuevo intención de abalanzarse sobre mí. Pero ¿qué haces ahí plantado, *dvornik*^[4]? ¿Para qué te pago yo?

—¡Vete! ¡Vete de aquí enhoramala, si no quieres que te dé un pescozón! —me dijo el portero como por cumplir. No te metas donde no te llaman; conque saluda y lárgate.

Comprendí que era lo mejor que podía hacer, y me fui convencido de que mi intervención había sido enteramente inútil. Pero hervía de indignación. Ya en la calle, me detuve en la acera y miré por la rendija de la puerta. No bien hube yo salido, la mujer gorda se fue arriba, y el *dvornik*, acabado su trabajo, desapareció. Un momento después, la mujer que había ayudado a transportar a Elena atravesó el portal, con dirección a su casa. Al verme, se detuvo y me miró, curiosa. La dulzura y la bondad de su rostro me animaron. Volví a acercarme a la puerta y directamente la interpele.

—Permítame —le pregunté—, ¿qué es de aquí esa niña a quien ha maltratado esa mujer brutal? Crea usted, por favor, que no es curiosidad sólo; conozco a esa chica, y cierta circunstancia hace que me interese mucho por ella.

—Pues si le interesa a usted, llévesela, no la deje perderse aquí —me dijo, con temor de ser oída, e hizo ademán de alejarse.

—Pero explíqueme usted lo que debo hacer. Yo ya le digo que no sé nada. Sin duda, la Búbnova es la dueña de esta casa...

—Sí, la dueña.

—¿Y cómo se encuentra esta niña en su poder? ¿Es que murió aquí su madre?

—Así parece... Pero esto no es cosa nuestra —y otra vez trató de huir.

—Óigame, ¿quién es esta niña? Le digo a usted que me interesa mucho. Y quizá pueda yo hacer algo. ¿Quién era su madre? ¿No me lo podría usted decir?

—Una extranjera recién llegada. Vivía con nosotros aquí abajo; estaba siempre enferma, tísica, y murió.

—Sería muy pobre, cuando vivía en un rincón, en un sótano.

—¡Y tan pobre! Daba pena verla. A nosotros nos dejó una deuda de seis rublos en cinco meses que la tuvimos. Nosotros le costeamos el entierro y mi marido le hizo el ataúd.

—¿Y cómo dice entonces la Búbnova que ella le costeó el entierro?

—¡Qué iba a costearlo!

—¿Cómo se llamaba la difunta?

—Yo no puedo pronunciarlo, padrecito; era un nombre muy raro, sin duda, alemán.

—¿Smith?

—No, no era así. Pero Anna Trifónovna se quedó con la chica, para educarla, según dice. Pero... no está clara la cosa...

—¿Quizá se quedaría con ella con alguna otra intención?

—Sus asuntos no son claros —respondió la mujer, como perpleja y vacilante (¿hablaría o no?). Pero, después de todo, a nosotros, ¿qué? Nosotros somos extraños...

—Pero ¿no harías tú mejor en echarte un nudo a la lengua? —gritó a nuestras espaldas una voz de hombre.

Era un individuo ya entrado en años, que llevaba puesto un batín y, encima del batín, un caftán, y tenía un aspecto burgués: el marido de mi interlocutora.

—Mire, padrecito, con usted no tenemos nada que hablar; eso no es cosa nuestra —murmuró, mirándome de reojo. Y tú, vente. ¡Adiós, caballero! Nosotros hacemos ataúdes. Si alguna vez necesita usted de nuestros servicios, tendremos gusto... De otra cosa, nada tenemos que tratar.

Yo salí de aquella casa pensativo y profundamente conmovido. Nada podía hacer, aun cuando me era muy doloroso dejar así todo aquello. Algunas palabras de la mujer del fabricante de ataúdes habían hecho en mí particular impresión. Allí había algo que no estaba bien; y así lo presentía.

Iba cabizbajo y pensativo, cuando de pronto una voz recia me llamó por mi nombre. Miré... y vi ante mí un hombre borracho, que apenas podía tenerse en pie, bastante bien vestido, pero con una capa lamentable y un gorro grasiento. Su cara me era muy conocida. Me quedé mirándolo. Él me hizo un guiño y se sonrió irónicamente.

—¿No me reconoces?

V

—¡Pero si eres tú, Maslobóyev! —exclamé, reconociendo de pronto a mi antiguo discípulo del Gimnasio del Gobierno. ¡Qué encuentro!

—¡Y tanto! ¡Cómo que en seis años no nos hemos visto! Aunque, a decir verdad, sí nos hemos tropezado alguna vez, sólo que su excelencia no se dignó mirarme. ¡Cómo ahora es usted todo un general... literario, se entiende! —y al decir esto se sonreía, zumbón.

—Vaya, hermano Maslobóyev, no mientas —lo interrumpí. En primer lugar, los generales, aun los literarios, no tienen mi facha, y, además, permíteme que te diga que, efectivamente, recuerdo haberme encontrado contigo un par de veces en la calle. Pero tú parecías rehuirme, y yo me abstengo cuando veo que me evitan... ¿Y sabes lo que pienso?... Pues que, si no estuvieras ahora achispado, no me habrías saludado, ¿verdad? Bueno pues, ¡buenas tardes! Yo, hermano, celebro mucho haberte encontrado.

—¿De veras? ¿No te comprometeré con mi..., con esta facha? Bueno, de más está preguntártelo. Yo siempre recuerdo, hermano Vania, qué buen chico eras. ¿Recuerdas aquella vez que te castigaron por mi culpa? Tú te callaste, no me descubriste, y yo, en vez de agradecértelo, me estuve riendo de ti toda una semana. ¡Alma inocente la tuya! ¡Muy buenos días, amigo mío, salud! —nos dimos un beso. Años hace que ando solo..., trabajando día y noche..., y, sin embargo... ¡Eso no se olvida! ¿Y tú?, ¿y tú?

—¿Yo? También estoy trabajando, y solo...

Él me miró largo rato con la viva simpatía de un hombre reblandecido por el aguardiente. Aunque, después de todo, no necesitaba eso para ser una excelente persona.

—No, Vania, no, tú no estás como yo —exclamó, finalmente, con trágico acento. Mira, ya he leído, he leído, Vania, he leído... Pero escucha: háblame con el alma. ¿Tienes prisa?

—Tengo prisa y, te lo confieso, estoy horriblemente preocupado con un asunto. Lo mejor será... ¿Dónde vives?

—Ya te lo diré. Pero eso no es lo mejor. ¿No sería preferible otra cosa?

—¿Qué?

—Pues mira, ¿ves? —y me señaló una muestra a diez pasos del lugar en que nos encontrábamos—, ¿ves? «Pastelería y restaurante», es decir, se trata, sencillamente, de un figón, pero es un buen sitio. La clientela es de seguro distinguida y hay buen vodka; así que no hables. Vengo de Kiev andando. He bebido, bastante he bebido, lo reconozco; y aquí no se atreven a darme de lo malo. Saben quién es Filipp Filippich. ¡Cómo! ¿Tuerces el gesto? No. Déjame hablar. Son ahora las doce y cuarto, ahora mismo acabo de verlo. Pues bien, a la una menos veinticinco en punto, te suelto. En este tiempo podemos matar el gusanillo. Veinte minutos para el viejo amigo. ¿Vale?

—Si sólo se trata de veinte minutos, sea, porque, ¡por Dios que el asunto...!

—Bueno. Vienes. Quedamos en que vienes, pero, ante todo, dos palabras: tienes mal semblante; acabas de llevarte algún disgusto, ¿verdad?

—Verdad.

—Ya ves como lo he adivinado. Yo, hermano, me he metido ahora a fisonomista, una profesión como otra cualquiera. Pero ¡ea!, pasemos adentro y hablemos. Yo en veinte minutos tengo tiempo de sobra para estrangular al almirante Chainskii^[5] y a atizarme un vasito de aguardiente, otro de anisado, otro de pomerania, otro de *parfait amour* y todavía algo más. Bebo, hermanito, sólo los días de fiesta; antes de la comida, está bien. Pero tú ni entonces. Yo, sencillamente, te necesito para una cosa. Pero entra, da muestras de bondad. Entremos. Cambiaremos dos palabras, y luego otra vez, hasta dentro de diez años. ¡Yo soy tu hermano, Vania, no tu igual!

—Ya no hables más y entra cuanto antes. Por veinte minutos soy tuyo, pero luego te dejaré.

Al restaurante había que entrar subiendo una escalerilla de madera, con un rellano en el segundo piso. En la escalera nos tropezamos con dos caballeros bastante bebidos. Al vernos, tambaleándose, se apartaron.

Uno de ellos era un chico muy joven, todavía imberbe, con un bigotillo apenas incipiente y una expresión completamente boba. Vestía con elegancia, pero algo ridículo; como si llevara ropa ajena, con valiosas sortijas en los dedos, un alfiler de precio en la corbata y estúpidamente peinado, con algo de tupé. No hacía más que reír a carcajadas. Su compañero tendría ya cincuenta años. Era un hombre gordo, tripudo, vestido con mucho abandono, pero también con un llamativo alfiler de corbata; calvo y amoratado, con cara de borracho, rubicunda y encendida, y lentes en la nariz, del tamaño de un botón. La expresión de su rostro era maligna y pendenciera. Sus chispeantes, maliciosos y suspicaces ojillos los tenía enterrados en grasa, y parecían mirar por una rendija. Al parecer, conocían ambos a Maslobóyev, pero el tripón, al tropezarse con nosotros, puso, aunque sólo por un instante, un gesto de disgusto, en tanto el joven esbozaba una sonrisa de encubierta burla, de servil obsequiosidad. Hasta se quitó la gorra. Porque iba de gorra.

—Perdone usted, Filipp Filippich —murmuró mirándole con servilismo.

—¿Por qué?

—Porque hemos pecado..., por éste... —se señaló al gañote. Ahí dentro está Mitchoschka. La semana pasada, en cierto sitio, le sentaron las costillas. Ji, ji!

Su compañero, contrariado, le dio con el codo.

—Pero usted, Filipp Filippich, ¿no querría vaciar una botella con nosotros?

—No, padrecito, ahora es imposible —respondió Maslobóyev—, ahora tengo un asunto...

—Ji, ji! También yo tengo un asuntillo que tratar con usted...

Su compañero volvió a darle con el codo. Maslobóyev se esforzaba visiblemente por no mirarlos. Pero no bien hubimos entrado en el primer cuarto, todo a lo largo del

cual corría un bastante surtido anaquel, todo cargado de bocadillos, botellas y garrafas de distintos colores, cuando Maslobóyev me llevó a un rincón y me dijo:

—El joven... es el hijo de Sizobríujov, el famoso fabricante de harinas, que ha heredado de su padre medio millón y se dedica a correrla. En París estuvo y le dio allí tal aire a los cuartos, que casi se gastó toda la herencia; sólo que luego heredó otra vez de un tío y se vino de París a gastarse aquí lo que le quedaba. Ni que decir tiene que en un año se va a quedar limpio. Es tonto como un ganso...; y los primeros restaurantes, en los colmados y tabernas, y con las actrices y los húsares se le ve siempre... Hace poco presentó una demanda. El otro, el de más edad, es... Arjipov, también comerciante o algo así y también muere por la bebida. Pícaro, cobarde y el actual compinche de Sizobríujov: Judas y Falstaff en una pieza, dos veces quebrado, de una sensualidad repugnante, y con ciertos caprichos... De esta índole le conozco un asunto criminal; por eso me rehúye. Por un lado, celebro haberme encontrado aquí con él; lo estaba aguardando... Naturalmente, Arjipov vive a costa de Sizobríujov; conoce muchos recovecos, y es inapreciable para esos calaverillas. Yo, hermano, hace ya tiempo que le enseñé los dientes. Se los enseñé también a Mítroschka, que es ese jovencito tan bien vestido... que está allí, junto a la ventana, y que tiene cara de gitano. Es tratante en caballos, y no hay aquí húsar que no lo conozca. Te advierto que es tan pillo, que es capaz de fabricar moneda falsa delante de ti, y tú, que lo estás viendo, se la pasas. Viste de pana, es verdad, y parece un esclavófilo (lo que, a juicio mío, no le va mal), pero le pones ahora el frac mejor cortado, lo llevas al Club inglés y todos saldrán diciendo: «¡Caramba; ése es el poderoso conde Barbónov!». Y durante dos horas lo tratarán como a tal conde... Y él hará su papel, y hablará a lo conde, de modo que nadie sospechará nada, y los engañará a todos. Acabará mal. Pues bien, el tal Mítroschka le enseñó también los dientes al barrigón, porque ahora se encuentra a dos velas, y el tripudo le ha quitado a Sizobríujov, que era antes amigo suyo y lo está desplumando él solo. Al encontrarse aquí en el restaurante los dos, fijo que algo traman. Hasta podría decir qué, y me figuro que ha sido Mítroschka, y no otro, quien me avisó de que Arjipov se vería aquí con Sizobríujov y que traían entre manos algún asunto feo. Yo pienso aprovecharme del odio que Mítroschka le tiene a Arjipov, pues tengo mis razones, y precisamente por eso vine aquí. Pero me haré el desentendido con Mítroschka, y tú tampoco te fijas en él. Cuando vayamos a irnos, seguramente se me acercará él mismo y me dirá lo que necesito saber... Ahora, Vania, pasaremos a ese otro cuarto. Mira... A ver, Stepán —prosiguió, dirigiéndose al mozo—, ¿sabes lo que deseo?

—Lo sé.

—Y ¿está listo?

—Lo está.

—Pues sírvenos. Siéntate, Vania. ¿Pero por qué me miras así? ¿Es que te asombros? Pues no te asombres. A un hombre pueden ocurrirle toda clase de cosas, que ni siquiera soñó, sobre todo cuando..., bueno, cuando leía contigo el *Cornelio*

Nepote. Pero mira, Vania, ten presente una cosa: por más que Maslobóyev haya robado por los caminos, aún conserva corazón, y todo se reduce a que las circunstancias han cambiado. Yo quise estudiar medicina, y hacerme profesor de literatura patria, y escribí un artículo sobre Gogol y trabajé también en los lavaderos de oro y estuve además a punto de casarme...

Y ella estaba conforme, aunque no tenía ni para mantener a un gato. Yo ya había hecho las diligencias para la boda, y fui a comprarme unas botas fuertes, porque las mías las llevaba ya hacía año y medio, y las tenía hechas jirones... Pero no llegué a casarme. Ella se fue con un profesor, y yo me quedé en una agencia, no comercial, sencillamente en una agencia. Pero aquel son no era de mi agrado. Pasaron los años, y aunque ahora no tengo ningún empleo, dinero no me falta; echo mis cuentas y hago valer mis derechos; bravo con el cordero y cordero con el bravo. Me atengo a una regla. Sé, por ejemplo, que nadie pelea solo, y... voy a lo mío. Trabajo, generalmente, a la sordina..., ¿entiendes?

—¿No serás agente secreto o algo así?

—No, no soy agente, pero me ocupo en asuntos, en parte oficiales y en parte privados. Mira, Vania: bebo. Y como nunca ahogué el juicio, no ignoro cuál ha de ser mi porvenir. Mi tiempo pasó; al negro no hay quien lo vuelva blanco. Sólo te diré una cosa: si no fuera todavía hombre, no me hubiera acercado hoy a ti, Vania. Tenías razón: me he encontrado contigo, te he visto antes y he querido hablarte muchas veces, pero no me atrevía, me faltaba valor. Y dijiste verdad, Vania, si me acerqué a ti fue porque estoy borracho. Pero aunque todo esto tenga su interés, ¡basta de hablar de mí! Hablemos de ti mejor. Leí, leí y lo leí todo, y, amiguito, a tu primera obra me refiero, y al leerla, a punto estuve de volverme hombre ordenado. Poco me faltó; sólo que luego lo pensé bien y juzgué mejor seguir siendo hombre desordenado. Así que...

Y todavía me dijo otras muchas cosas. Cada vez estaba más borracho, y empezó a enternecerse mucho, hasta casi derramar lágrimas. Maslobóyev había sido siempre un buen chico, sólo que incapaz de tener juicio y desarrollar una idea. Astuto, pendenciero, alborotador y bullicioso, ya en el colegio, pero, en realidad, hombre de corazón; un hombre perdido. Individuos como él abundan entre los rusos. Suelen poseer incluso grandes aptitudes, sólo que permanecen estériles, y, además, ellos, inconscientemente, tienden a obrar contra su conciencia, por pura flaqueza, en determinados puntos, y no sólo se pierden, sino que de antemano saben que se han de perder. Maslobóyev, entre otras cosas, naufragaba en aguardiente.

—Ahora, amigo, todavía una palabra —continuó—: ya oí el ruido que armó tu primer libro; leí luego varias críticas sobre ti; de veras que las he leído, aunque tú te figuras que yo ya no leo. Te encontré después mal calzado, sucio, sin chanclos, con un sombrero todo abollado, y adiviné alguna cosa. ¿No escribes ahora en los periódicos?

—Sí, Maslobóyev.

—Es decir ¿que haces de caballo de postas?

—Algo por el estilo.

—Bueno pues, mira, hermanito, oye lo que te digo: emborráchate mejor. Mira, yo me emborracho, me tiendo en el diván, porque yo tengo un diván, blando, de muelles, y me figuro que soy algo por el estilo de Homero o Dante, o Federico Barbarroja... Bueno, todo lo mejor que uno puede figurarse. Pero tú, claro, no puedes imaginarte que eres Dante ni Barbarroja, primero porque aspiras a ser alguien por ti mismo, y además, porque no puedes permitirte caprichos, puesto que eres un caballo de postas. Para mí la fantasía, para ti la realidad. Escúchame, con toda franqueza y como hermano; de lo contrario, me ofenderás y humillarás por diez años. ¿Necesitas dinero? Así, sin remilgos. Coges el dinero, le pagas al editor los anticipos, te quitas la collera, descansas sin preocupaciones un año, ideas un buen asunto y escribes un gran libro. ¿Eh? ¿Qué dices?

—Escucha, Maslobóyev. Estimo tu fraternal ofrecimiento, pero no puedo contestarte... ¿Que por qué? Habría mucho que hablar. Median circunstancias. Pero te prometo contártelo todo luego, como de hermano a hermano. Te agradezco tu ofrecimiento; te prometo ir a verte y te iré a ver no una sola vez. Pero vamos al grano: tú eres franco conmigo, y por eso he resuelto pedirte un consejo. Tanto más cuanto que, según parece, eres maestro en estas cosas.

Y le conté toda la historia de Smith y su nietecita, empezando por lo de la pastelería. Cosa rara, en tanto yo le hablaba, me parecía adivinar en su mirada que algo sabía de aquella historia. Se lo pregunté.

—No, no es así —respondió—; pero sí he oído hablar de algo de un tal Smith, de un viejo que murió en una pastelería. Y de *madame* Búbnova sé, efectivamente, algo. De esa señora percibí yo, hará dos meses, una cantidad *je prends mon bien là où je le trouve*, y sólo en esto me parezco a Molière. Pero, aunque le haya sacado cien rublos, me di en aquel mismo instante palabra de sacarle, no cien, sino quinientos. ¡Qué tía más repulsiva! Se dedica a negocios ilícitos. Y eso sería lo de menos, pero es que a veces se pasa de la raya. Te ruego no me vayas a tomar por un Don Quijote. La cosa es sacar tajada, y cuando hace un rato nos encontramos con Sizobríujov, me alegré mucho. Sizobríujov va allá, por lo visto, y llevará a su barrigudo, y como ya sé la clase de negocios a que el barrigudo se dedica, de ello infiero... Bueno, pero ya lo arreglaré. Celebro mucho que me hayas hablado de esa chica; ahora ya tengo otra pista. Yo, hermanito, me ocupo en distintos asuntos, y si vieras con qué gente trato... He tenido, hace poco, un asuntillo con cierto príncipe, y, si quieres, te contaré cierta historia de una mujer casada. Tú, hermanito, ve a verme, y yo te daré asuntos para libros, que los escribirás y no querrán creerte...

—¿Y cuál es el apellido de ese príncipe? —lo interrumpí, figurándome algo...

—¿A ti qué te importa? En fin... Valkovskii.

—¿Piotr?

—El mismo. ¿Lo conoces?

—Lo conozco, aunque no mucho. Pero, mira, Maslobóyev: ya te preguntaré detalles acerca de ese caballero —dije, levantándome—; has despertado en mí un interés enorme.

—Mira, viejo amigo, puedes preguntar cuanto quieras. Yo puedo contar historias, pero hasta cierto punto..., ¿comprendes? Pues, de otro modo, pierdes el crédito, la fama en el negociado y aún más.

—Bueno, en cuanto el honor lo permita.

Yo estaba muy emocionado. Él lo advirtió.

—Y ¿qué opinas ahora de esa historia que acabo de contarte? ¿Te ha sugerido algo o no?

—¿Tu historia? Mira, aguarda dos minutos, voy a pagar.

Se acercó al mostrador, y allí, como desesperado, surgió de pronto el jovencito del chaquetón de pana, al que tan familiarmente llamaba Mítroschka. A mí me pareció que Maslobóyev lo conocía más de lo que aparentaba. Por lo menos, saltaba a la vista que no era aquélla la primera vez que se veían. Mítroschka era un chico de aspecto bastante original. Con su chaleco, que dejaba ver una linda camisa de seda roja; con sus facciones enérgicas, pero bien diseñadas, muy joven todavía, con unos ojos chispeantes y burlones, producía una impresión extraña, pero no antipática. Su gesto tenía algo de afectadamente obsequioso, pero, al mismo tiempo, hacía visibles esfuerzos por dominarse, adoptando un aire sumamente preocupado, grave y serio.

—Mira, Vania —dijo Maslobóyev, dirigiéndose a mí—, ve a verme a casa esta noche, a las ocho, pues quizá pueda decirte algo. Sólo que yo no soy ahora nadie; antes lo fui, pero ahora soy simplemente un borracho, y no me ocupo en negocios. Pero conservo buenas relaciones, puedo sondear a alguien, correr juergas con gente fina; con eso cuento, verdaderamente, cuando estoy libre, es decir, borracho también hago algo, pero por medio de los amigos... Pero, en fin, ya estoy medio achispado... ¡Basta!... Ahí tienes mi dirección, en la Schestilavotnaya. Beberé todavía de lo dorado; pero en casa. Me acostaré. ¡Que vayas!... Te presentaré a Aleksandra Semiónovna y hablaremos de poesía.

—¿Y también de lo otro?

—Puede que también.

—Iré, iré sin falta...

VI

Anna Andréyevna hacía mucho tiempo que me aguardaba. Lo que la noche antes le dijera de la carta de Natascha había excitado vivamente su curiosidad, y me aguardaba ya desde la mañana temprano, por lo menos desde las diez. Al presentarme en su casa, a las dos de la tarde, las torturas de la espera habían agotado casi por completo las fuerzas de la pobre anciana. Además de eso, tenía ansias por manifestarme las nuevas ilusiones que concibiera el día anterior, y por hablarme de Nikolai Serguieyich, quien, desde la víspera, andaba enfurruñado y huraño, aunque al mismo tiempo se mostraba cariñoso con ella, de un modo especial. Al entrar yo, me acogió con expresión de frialdad y descontento en el semblante; apenas si me saludó entre dientes y no manifestó la menor curiosidad, ni más ni menos que como si quisiera decirme: «¿Por qué viniste? Gusto que tienes, padrecito, de correr las calles todo el día». Estaba enfadada a más no poder. Pero yo me apresuré, y sin andarme con más circunloquios, le referí toda la escena de la víspera en casa de Natascha. Apenas la anciana hubo oído lo de la visita del viejo príncipe, y su solemne petición de mano, depuso inmediatamente toda su fingida indiferencia. No encontraría palabras suficientes para describir cuánto se alegró y hasta se enajenó, cuánto se santiguó, lloró, se postró ante la imagen en genuflexiones hasta el suelo, y cómo, después de abrazarme, quiso correr en busca de Nikolai Serguieyich y comunicarle su alegría.

—¡Por favor, padrecito, él está aburrido con tantas ofensas y humillaciones, pero ahora, al enterarse de que van a darle plena satisfacción a Natascha, todo lo olvidará en un momento!

A duras penas la disuadí. La buena anciana, no obstante llevar ya veinticinco años de casada, aún no conocía bien a su marido. También tenía unas ganas enormes de correr inmediatamente conmigo a casa de Natascha. Yo le hice ver que Nikolai Serguieyich no sólo podría muy bien no aprobar su conducta, sino que hasta podíamos dar al traste con todo el asunto. A la fuerza, la hice entrar en razón, pero me retuvo todavía media hora, y en todo ese tiempo no paró de hablar.

—¿Por qué he de estar ahora yo aquí —decía—, con esta alegría tan grande, encerrada entre estas cuatro paredes?

Finalmente, la convencí de que me dejara retirarme, haciéndole ver que Natascha me estaría esperando ya impaciente. La viejecita me bendijo varias veces durante el camino hasta la puerta. Me encargó felicitarle en su nombre a Natascha, y por poco si se echa a llorar al decirle yo que no podría volver por allí aquella noche, en caso de no ocurrirle a Natascha nada de particular. A Nikolai Serguieyich no llegué a verlo aquel día; no había dormido en toda la noche pasada, y se quejaba de dolor de cabeza. A la sazón estaba descansando en su gabinete.

También Natascha me había estado aguardando toda la mañana. Al entrar yo, estaba, según su costumbre, dando paseos por su habitación, con los brazos cruzados,

como quien cavila sobre alguna cosa. Hoy mismo, al recordarla, no puedo figurármela de otro modo que siempre sola, en su mísero cuarto, pensativa, abandonada, esperando, cruzada de brazos, fijos los ojos dolorosamente en el suelo, y dando vueltas sin objeto de un lado a otro.

Con voz tranquila y sin dejar de dar paseos, me preguntó por qué había tardado tanto. Yo le expuse brevemente toda mi situación, pero ella escasamente me prestó oídos. Era evidente que algo la tenía preocupada.

—¿Algo nuevo? —le pregunté.

—De nuevo, nada —me contestó con un aspecto que me hizo adivinar en seguida que había, efectivamente, algo nuevo y que ella me aguardaba para contarme aquella novedad, y que, según su costumbre, no me lo diría en seguida, sino cuando ya fuera a irme.

Así hacía siempre. Yo ya lo sabía, y aguardaba.

Naturalmente, iniciamos nuestra conversación hablando de lo del día antes. A mí me sorprendió muchísimo ver que coincidía con ella en la impresión que me dejara el príncipe; a ella le era decididamente antipático, mucho más antipático que la víspera. Pero al hacer yo notar ciertos detalles de su visita, Natascha, súbitamente, dijo:

—Oye, Vania, a mí me ha sucedido siempre que, cuando alguien me ha resultado antipático la primera vez, ya eso sólo es indicio casi infalible de que habría de serme luego simpático. Por lo menos así me pasó siempre.

—Dios lo quiera, Natascha. Además te voy a dar mi opinión, y definitiva: yo todo lo observé, y deduje que el príncipe, aunque sea algo jesuíta, dio consentimiento para vuestra boda con toda seriedad y buena fe.

Natascha se quedó parada en medio del cuarto, y me miró, severa. Todo su semblante había cambiado; hasta los labios temblaban levemente.

—Pero ¿cómo en un caso así podría emplear astucias y... mentir? —me preguntó, con altiva seguridad.

—¡Claro, claro!... —me apresuré a asentir.

—Naturalmente, no mentiré. A mí me parece que ni siquiera hay que pensarlo. No es posible tampoco buscar alguna razón que justificase el engaño. Y, finalmente, ¿qué soy yo a sus ojos, después de todo, para que hasta ese punto quisiera burlarse de mí? ¿Es que puede haber un hombre capaz de ofender así?

—¡Claro, claro! —corroboré yo, en tanto para mí pensaba: «Seguramente en esto y sólo en esto era en lo que tú estabas pensando, en tanto dabas esos paseos por la habitación, ¡pobrecita mía!, y puede que dudes de eso todavía más que yo».

—¡Ah! Y cuántas ganas tengo de que vuelva por aquí —dijo. Toda una noche quería estarse a mi lado, y luego... Seguramente le requerirían asuntos graves, cuando lo dejó todo y se fue. ¿No sabes tú nada, Vania? ¿No has oído decir alguna cosa?

—El Señor sabrá. El siempre anda a la caza de dinero. He oído decir que tiene parte en no sé qué empresa, aquí, en Petersburgo. Yo, Natascha, no entiendo ni jota

de negocios.

—Naturalmente que no entendemos. Alioscha me ha hablado de no sé qué carta de ayer.

—Alguna noticia. Pero ¿vino Alioscha?

—Vino.

—¿Temprano?

—A las doce; ya sabes que es poco madrugador. Estuvo aquí un rato. Yo se lo mandé a Katerina Fiodórovna; no es posible otra cosa, Vania.

—Pero ¿no se fue él mismo allá?

—No, fui yo quien lo mandó.

Quiso añadir algo más, pero guardó silencio. Yo la miré y esperé. Su rostro expresaba tristeza. De buena gana la hubiese interrogado, pero, a veces, le molestaban mucho las preguntas.

—¡Extraño muchacho! —dijo, por último, frunciendo levemente la boca y como esforzándose por no mirarme.

—¿Cómo? ¿Habéis tenido algún disgustillo?

—No, en absoluto, sólo que... Él, por lo demás, es tan bueno... Sólo que...

—Bueno, ya van a acabarse todas sus amarguras e inquietudes —dije.

Natascha me miró, atenta y curiosa. Puede que se le ocurriera contestarme: «¡Maldito si él no ha tenido nunca amarguras ni inquietudes!»; pero le pareció que en mis palabras se encerraba el mismo pensamiento. Se equivocaba.

Pero inmediatamente se volvió afectuosa y amable. Aquella vez había estado excesivamente adusta. Estuve acompañándola más de una hora. Estaba muy inquieta. El príncipe le infundía temor. Yo pude inferir de algunas preguntas suyas que deseaba saber con certeza qué impresión le habría hecho la noche anterior. ¿Cómo se había conducido? ¿No habría demostrado demasiada alegría en su presencia? ¿No se habría manifestado sobradamente quisquillosa? O, por el contrario, ¿hartamente condescendiente? ¿No se habría él figurado algo? ¿No le habría parecido ridícula? ¿No habría sentido menosprecio hacia ella?... Con todas estas cavilaciones, las mejillas le ardían como fuego.

—¿Cómo es posible emocionarse tanto ante la sola idea de lo que un mal hombre haya podido pensar?... ¡Que piense lo que quiera! —le dije.

—Pero ¿por qué es malo? —me preguntó.

Era Natascha recelosa, pero limpia de corazón y recta. Sus celos procedían de una fuente pura. Era orgullosa, noblemente orgullosa, y no podía sufrir que lo que ella juzgaba superior a todo fuera objeto de befa ante sus propios ojos. Al desprecio de un hombre ruin habría respondido con el mismo desprecio; le dolía en el corazón se hiciese burla de aquello que consideraba sacrosanto, fuese quien fuese el burlón. No se debía eso a falta de firmeza. Se debía más bien a su escaso conocimiento del mundo, a su falta de trato con las gentes, a haberse pasado la vida metida en un rincón. Toda la vida se la había pasado sin apenas salir de su casa. Y, finalmente, esa

cualidad de los seres ingenuos, que quizá le hubiese transmitido su padre, de ponderar a una persona, considerarla mejor de lo que es en el fondo y exagerar exaltadamente su parte buena, se había desarrollado en ella hasta un grado violento. A esas criaturas se les hace después muy duro reponerse de su deslumbramiento, y todavía más duro cuando sienten que eres tú quien tiene la culpa. ¿Por qué esperar de alguien más de lo que puede dar? Y dicen que a tales individuos, a cada instante, les aguarda un desencanto. Lo mejor de todo sería que se estuviesen quietecitos en sus casas y no anduviesen por el mundo. Y yo he podido observar que, efectivamente, le tienen tal cariño a su rincón, que se vuelven ariscos en él. Por lo demás, Natascha había sufrido muchos sinsabores, muchas afrentas. Era ya una criatura enferma, y no se le podía culpar, si es que mis palabras encerraban alguna acusación.

Pero yo tenía prisa, y me levanté para irme. Ella se asombró, y por poco se echa a llorar al ver que yo me iba, y eso que, en todo el tiempo que allí había permanecido, no me mostró ningún especial afecto, sino que, por el contrario, hasta pareció estar conmigo más fría que de costumbre. Me besó con fuego y se quedó mirándome largo rato.

—Mira —me dijo—, Alioscha estuvo hoy ridículo y hasta me sorprendió. Estaba muy cariñoso, muy contento al parecer, pero se agitaba y rebullía mucho, y no hacía más que mirarse al espejo. Ahora, ya con excesivo desenfado..., y estuvo conmigo muy poco tiempo. Figúrate, me traía dulces.

—¿Dulces? ¡Ah, es muy bueno e ingenuo! ¡Ay, cómo son los dos! Ahora se ponen a observarse el uno al otro, a espiarse, a escudriñarse los rostros y a leer en ellos pensamientos secretos, sin acertar a descifrarlos. Y él... sigue tan alegre y tan colegial como antes. ¡Pero tú, tú...!

Y siempre que Natascha cambiaba de tono y me venía con quejas de Alioscha o en demanda de que le resolviera alguna nimia duda, o a contarme algún secreto, deseosa de ser comprendida a media palabra, siempre, en tales ocasiones, recuerdo que se me quedaba mirando, enseñando un poco los dientes, y parecía rogarme que yo, infaliblemente, decidiera la cosa, de modo que a ella se le alegrase el corazón. Pero también recuerdo que yo, en esos casos, adoptaba siempre un tono algo severo y tajante, a modo de reprimenda, lo que hacía de un modo totalmente inconsciente, y siempre me daba resultado. La seriedad y la gravedad mías parecían, en efecto, más autoritarias, porque a veces sentimos la necesidad inexcusable de que alguien nos riña. Por lo menos, Natascha se quedaba algunas veces perfectamente tranquila.

—No. Mira, Vania —continuó, apoyando una de sus manos en mi hombro y estrechándome con la otra la mía—, a mí me parece que él está poco entusiasmado... Se me muestra ya como mari... ¿sabes?, como si lleváramos ya diez años de casados, aunque como un marido que ama aún a su mujer. ¿No es muy pronto todavía?... Se ríe, da vueltas, pero como si todo eso estuviera bien para mí, como si ya, en parte, estuviese aburrido, y no como antes... Tiene mucha prisa por irse con Katerina Fiodórovna... Yo le hablo y él no me oye o me sale hablando de otra cosa, ¿sabes?

Esa desagradable costumbre del gran mundo que nosotros dos le habíamos quitado. En una palabra, se conduce... como si todo le fuera indiferente... Pero ¡qué digo!... ¡Lo de siempre! ¡Ay, qué exigentes somos, Vania, qué déspotas tan voluntariosos! ¡Sólo ahora lo veo! Un simple cambio de semblante no le perdonamos a una persona, y Dios sabe por qué se le habrá mudado el rostro. ¡Tú, hermanito Vania, enseguida sales riñéndome! ¿Es que yo soy la única culpable? Nosotros mismos nos proporcionamos los disgustos, y encima nos quejamos... ¡Muchas gracias, Vania! ¡Tú has sabido tranquilizarme! ¡Ah, si viniera hoy todavía...! ¡Pero para qué! ¡Hasta cuándo! Mira, aún estoy enfadada por lo de antes.

—Pero ¿ya riñeron? —le pregunté, asombrado.

—¡No, eso no! Sólo que yo estaba un poco tristonza, y él, de alegre que estaba al principio, se puso de pronto mustio, y a mí me pareció que se despedía de mí fríamente. Pero yo lo mandaré llamar... Ven tú también, Vania, esta noche.

-Sin falta, como no me entretenga un asunto.

—Pero, bueno, ¿qué asunto es ése?

—Uno que me absorbe. Pero creo que podré venir sin falta.

VII

A las siete en punto estaba yo en casa de Maslobóyev. Vivía éste en la Schestilavotnaya, en una casa pequeña, de la que ocupaba un ala, un piso bastante sucio, compuesto de tres habitaciones, por lo demás nada pobremente amuebladas. Se advertía allí, además, cierta holgura y, al mismo tiempo, una excesiva falta de orden doméstico. Salió a abrirme una chica guapísima, de unos diecinueve años, muy sencillamente vestida, pero con mucho gusto, muy primorosa y con unos ojos magníficos. Inmediatamente adiviné que aquélla era la propia Aleksandra Semionovna, de la que ya había hecho él mención, invitándome a conocerla. Me preguntó quién era yo, y, al oír mi apellido, me dijo que él me aguardaba, pero que ahora estaba durmiendo en su gabinete, adonde me condujo. Maslobóyev dormía en un hermoso y muelle diván, envuelto en su sucio capote y con un almohadón de cuero bajo la cabeza. Tenía un sueño muy ligero. No hicimos más que entrar, y en seguida me llamó por mi nombre.

—¡Ah, eres tú! Te aguardaba. En sueños vi que venías y entrabas aquí. Ya era hora. Vamos.

—¿Adónde?

—A las habitaciones de esa señora.

—¿De qué señora? ¿Por qué?

—A casa de *madame* Búbnova, para hablar con ella... ¡Qué hermosura! —exclamó, dirigiéndose a Aleksandra Semionovna, y hasta se besó las yemas de los dedos al solo recuerdo de *madame* Búbnova.

—¡Está bien, pero anda con cuidado! —exclamó Aleksandra Semionovna, que consideró su deber enojarse un poquillo.

—¿No se conocen? ¡Pues a conocerse, hermano! Aquí te presento, Aleksandra Semionovna, a este general literario; seras como él sólo una vez al año se ven gratis, y el resto del tiempo, pagando.

—¡Ya salió con una de las tuyas! Pero usted, por favor, no le haga caso; siempre está haciéndome burla. Pero ¿es que hay generales de esa clase?

—Ya te digo que son cosa especial. Pero tú, excelencia, no vayas a figurarte que somos idiotas; que tenemos mucho talento, más de lo que a primera vista parece.

—No le haga usted caso. ¡Siempre has de abochornarme delante de las personas discretas, so fresco! Si me llevaras siquiera alguna vez al teatro...

—Tómele usted gusto, Aleksandra Semionovna, a las faenas de la casa... Y no olvide lo que es preciso amar. ¡Literalmente, no lo olvide!... ¡Para eso se lo enseñé!

—Seguro que no lo he olvidado. ¿Es que significa algún desatino?

—Nada de eso; es algo literario.

—Es que no quiero ponerme en ridículo ante la visita. Puede que signifique algo absurdo. La lengua se me traba al decirlo.

—¡Según eso, lo olvidaste!

—¡Mira cómo no lo he olvidado!: los penates. Amad vuestros penates..., he ahí lo que me inculcaste. Puede que no haya tales penates, pero, por eso mismo, hay que amarlos. ¡Todo es mentira!

—En cambio, *madame* Búbnova...

—¡Uf con tu *madame* Búbnova!

Y Aleksandra Semionovna se retiró sumamente contrariada.

—Ya es tiempo. Vamos. ¡Adiós, Aleksandra Semionovna!

Salimos.

—Mira, Vania, en primer lugar, montemos en ese coche. ¡Así! Ahora verás, hace poco, al despedimos, me enteraré de una cosa, y me enteré, no de conjeturas, sino de algo del todo exacto. Una hora entera me detuve todavía en Vasilievskii, una hora entera. Ese barrigón... es un canalla tremendo, puerco, repugnante, de gustos bajos y ruines. A esa Búbnova hace ya tiempo que la conozco, por haberse metido en líos de esa índole. Hace unos días no más, andaba tramando la perdición de una chica decente. Esos trajes de muselina que le ponía a esa huérfana, según hace poco me dijiste, me tienen intranquilo, porque ya había oído yo algo de eso. Recientemente llegaron a mí ciertos rumores por casualidad, pero, al parecer fundados. ¿Cuántos años tiene esa chica?

—A juzgar por su aspecto, unos trece.

—Y por su desarrollo, menos todavía. Bueno; así procede ella. Si hace falta, dirá que tiene once, y si no, quince. Y como la pobre muchacha está indefensa, sin amparo ni familia...

—¿Qué quieres decir?

—¿Pues qué pensabas tú? *Madame* Búbnova no es mujer que por pura compasión vaya a hacerse cargo de una huérfana. Pero si el tripón va por allí, ya está. Esta mañana ya se vio con ella. A ese mequetrefe de Sizobríujov le tenían prometida para hoy una beldad, una mujer, casada, esposa de un funcionario. Los hijos de comerciantes que se entregan a la juerga perecen por esos bocados; siempre están pidiendo mujeres de funcionarios. Ya lo decía la gramática latina, ¿te acuerdas?: «La distinción es preferida a la perfección». Pero, después de todo, también es posible que yo estuviera borracho. Bueno, la Búbnova no se atreverá a meterse en esos fregados. Quiere darle el pego a la Policía; miente. Y, además, me tiene miedo, pues sabe que yo tengo buena memoria... ¿comprendes?

Yo estaba sumamente agitado. Todas aquellas noticias me habían revuelto el espíritu. Tenía gran temor a que llegásemos tarde, y le metía prisa al cochero.

—Descuida, que están tomadas todas las medidas —me dijo Maslobóyev. Allí estará Mítroschka. Sizobríujov le dará dinero, pero el tripudo es ruin... por naturaleza. Todo esto quedó convenido hace poco. Pero la Búbnova se encuentra a merced mía. Por eso no se atreverá...

Llegamos y nos apeamos frente al restaurante, pero el sujeto llamado Mítroschka no se encontraba allí. Después de decirle al cochero que aguardase a la puerta del

restaurante, nos dirigimos a casa de la Búbnova. Mítroschka nos estaba aguardando en la puerta. Por las ventanas se filtraba claridad, y se oían las risotadas de Sizobríujov borracho.

—Allí están todos desde hace un cuarto de hora —nos anunció Mítroschka. No hay tiempo que perder.

—Pero ¿cómo vamos a presentarnos allí?

—Pues como visita —me replicó Maslobóyev. Soy conocido suyo, y también Mítroschka. Tendrán echado el cerrojo, pero no para nosotros.

Llamó suavemente a la puerta, e inmediatamente abrieron. Nos abrió el portero, y cambió una mirada significativa con Mítroschka. Entramos sigilosamente. En la casa no nos sintieron. El portero nos condujo escaleras abajo y llamó. Le preguntaron quién era, y él respondió que iba solo —¡caramba, cómo hay que mentir!— Abrieron, y todos nos colamos. El portero se eclipsó.

—¡Ah! Pero ¿quiénes son ustedes? —exclamó la Búbnova, borracha y hecha un mamarracho, desde el minúsculo recibimiento, con una luz en la mano.

—¿Qué es eso? —exclamó Maslobóyev. ¿Cómo es que tú, Anna Trifónovna, no conoces a tus estimados visitantes? ¿No caes en quién soy yo?... Filipp Filippich...

—¡Ah, Filipp Filippich! ¿Es usted, querido amigo? Es que como usted... yo... Pero hagan el favor de pasar por aquí...

Y se aturrullaba por completo.

—¿Adónde? ¿Aquí? ¿A este compartimiento? No; usted nos tratará mejor. Nosotros queremos beber algo frío. ¿No es posible?

En un instante se animó la dueña de la casa.

—Para unos amigos así, de debajo de la tierra lo sacaría yo; a la China iría a buscarlo.

—Dos palabras, palomita Anna Trifónovna: ¿dónde está Sizobríujov?

—A... quí.

—Es que necesito verlo. ¿Cómo se atreve ese pillastre a liarse de juerga sin contar conmigo?

—Le aseguro a usted que lo ha tenido presente. Aguardaba a alguien, seguramente a usted.

Maslobóyev dio un golpecito a la puerta y nos encontramos de repente en un cuartito pequeño, con dos ventanas, con unos geranios, unas sillas de paja y un piano malísimo; todo adecuado al lugar. Pero antes que hubiéramos podido pasar adentro, estando aún en el pasillo, Mítroschka desapareció. Luego supe que no había entrado, sino que se había quedado aguardando a la puerta. Tenía que abrirle después a alguien; a una mujer desgreñada y pintada, que aquella mañana me había mirado por encima del hombro de la Búbnova y que era su comadre. Sizobríujov estaba sentado en un frágil divancito, forrado de rojo, ante una mesa circular, cubierta con un tapete. Encima de la mesa se veían dos botellas de champaña, tibio, y una de un ron detestable; había también allí bandejas con dulces, panes de especias y nueces de tres

clases. Al otro lado de la mesa, frente a Sizobríujov, se encontraba una hembra repelente, cuarentona y picada de viruelas, vestida de tafetán negro y con brazaletes y dijes de metal. Era la consorte de un oficial del Estado Mayor, seguramente falsificada. Sizobríujov estaba borracho y muy contento. El tripón, su *adlátere*, no estaba allí.

—Así se hace, ¿verdad? —tronó a pleno pulmón Maslobóyev. ¿No me habías invitado a Dussot?

—¡Filipp Filippich, que los tengas muy felices! —murmuró Sizobríujov, levantándose, con cara muy alegre, para salir al encuentro.

—¿Se bebe?

—Usted dispensará.

—¡Déjate de dispensas y convida a los amigos! Precisamente hemos venido a emborracharnos en tu compañía. Mira, te traigo, además, otro invitado, un amigo —y Maslobóyev me señaló.

—Me alegro mucho; eso es, me considero muy feliz... ¡Ji, ji!

—Pero ¿a esto llaman champaña?... ¡Si parece sopa de coles agrias!

—Eso es ofender.

—Tú conoces a Dussot y no te atreves a demostrarlo; y, luego, todavía invitas.

—Precisamente estaba contándome hace un momento que había estado en París —dijo la mujer del oficial. Y ahora resulta que miente. ¡Qué más querría que haber estado allí!

—Fedosia Titischna, no faltes. Estuve. Fui allá.

—¡Sí, un patán como tú ir a París...!

—Pues fui. Eso. Allí me distinguí, en unión de Karp Vasílich. ¿No conoce usted a Karp Vasílich?

—¿Qué falta me hace a mí conocer a tu Karp Vasílich?

—Es que... se trata de un asunto de política. Yo estuve allí con él, en el propio París, en casa de *madame* Joubert, donde rompimos un espejo de tres lunas.

—¿Qué rompisteis?

—Pues un espejo de tres lunas. Un espejo así, enorme, que ocupaba toda la pared, hasta el techo. Ya Karp Vasílich estaba borracho, tanto, que le hablaba en ruso a *madame* Joubert. Estaba junto al espejo, y fue y le amagó con el puño. La Joubert empezó a gritarle a su modo: «Es un espejo que vale setecientos francos —a juicio mío, la cuarta parte. ¡Cuidado con romperlo!». Él se echó a reír y me miró. Yo estaba sentado frente a él, en un canapé y con una beldad a mi lado, aunque no tan guapa como ésta, pero con su aquél, por decirlo pronto. Y él se puso a gritar: «Stepán Teréntich, Stepán Teréntich, ¿va a medias?». Yo le digo: «¡Va!». Y él, entonces, va y descarga sobre el espejo un puñetacito... ¡Paf! Quedó hecho trizas. Dio un grito la Joubert y le increpó: «Pero ¿qué has hecho, bandido?». Pero él va y le contesta: «Tú, *madame* Joubert —dice—, aquí tienes el dinero y no te opongas a mis caprichos». Y fue y le entregó seiscientos cincuenta francos. Le rebajó cincuenta.

En aquel instante un terrible y penetrante alarido sonó por detrás de alguna puerta, dos o tres habitaciones más allá de aquélla en que nos encontrábamos. Yo di un respingo, y dejé escapar también un grito. Había reconocido la voz de Elena. Inmediatamente después de aquel alarido de horror dejáronse oír otros gritos, insultos, voces y, por último, el ruido de varias bofetadas rotundas, resonantes, recias. Aquello, probablemente, habría reclamado la intervención de Mítroschka. De pronto, se abrió la puerta de la habitación, y Elena, lívida, turbia la mirada, vistiendo un traje de muselina blanco, pero todo lleno de desgarrones, con el pelo peinado, pero revuelto como en una riña, irrumpió en el cuarto. Yo estaba en pie, frente a la puerta, y se dirigió a mí directamente y se cogió a mis manos. Todos saltaron de sus asientos; todos estaban conmovidos. Chillidos y gritos se oyeron al entrar ella. En seguida, en el umbral, apareció Mítroschka, trayendo de los cabellos a su odiado barrigudo, en la facha más miserable que cabe imaginar. Lo depositó junto a la puerta, en el suelo, y penetró en el cuarto.

—¡Ahí está! ¡Ahí lo tienes! —dijo Mítroschka con aspecto de cumplida satisfacción.

—Oye —exclamó Maslobóyev, acercándoseme tranquilamente y dándome una palmadita en el hombro—, toma nuestro coche, llévate en él a la muchacha a tu casa, y asunto concluido. Mañana arreglaremos lo demás.

Yo no me lo hice repetir. Cogiendo de la mano a Elena, me apresuré a sacarla de aquel antro. No sé cómo terminaría allí la cosa. No trataron de detenernos; la dueña de la casa estaba espantada. Todo aquello sucedió tan inopinadamente, que ni siquiera pudo impedirlo. El cochero nos estaba aguardando, y veinte minutos después llegábamos a casa.

Elena estaba medio muerta. Yo le desabroché los botones del traje, la rocié con agua y la acosté en el diván. Comenzaban ya la fiebre y el delirio. Contemplé su pálida carita, sus labios descoloridos, sus negros cabellos revueltos hacia un lado, pero retorcidos en espiral y untados de pomada. Todo su tocado, aquellas cintitas encarnadas que todavía conservaba prendidas en el traje... y acabé de comprender toda aquella abominable historia. ¡Pobrecilla! Cada vez se iba poniendo peor. Yo no me aparté de ella, y resolví no ir aquella noche a ver a Natascha. De cuando en cuando, levantaba Elena sus largas pestañas en forma de flechas y me miraba, me miraba larga y atentamente, como reconociéndome. Ya tarde, a la una de la madrugada, se quedó dormida. Yo me quedé dormido junto a ella, en el suelo.

VIII

Me levanté muy temprano. Toda la noche me la había pasado despertándome cada media hora y acercándome a mi pobrecita huésped para contemplarla de hito en hito. Tenía fiebre y algo de delirio. Pero por la mañana seguía profundamente dormida. «Buena señal», pensé. Pero como había madrugado, decidí ir cuanto antes, aprovechando su sueño, en busca del médico. Conocía yo un doctor alemán, un viejecito, soltero y bondadoso, que desde tiempos inmemoriales vivía en el Vladimirskii, junto a un criado. Me marché a buscarlo. Me prometió estar en casa a las diez. Eran las ocho cuando fui por él. Yo tenía unas ganas terribles de irme, de pasada, a ver a Maslobóyev, pero pensé que seguramente aún estaría durmiendo y que Elena podía despertarse de un momento a otro y asustarse al encontrarse sola y en mi cuarto. En el estado de enfermedad en que se hallaba, podía olvidar cómo, cuándo y por qué había ido a parar a mi casa.

Se despertó en el preciso instante en que yo entraba en el cuarto. Me acerqué a ella y le pregunté con cautela cómo se sentía. No me respondió; pero me estuvo mirando largo rato, de hito en hito, con sus negros y expresivos ojos. A juzgar por su mirada, me parecía que lo comprendía todo y que de todo se acordaba perfectamente. Puede que no me contestase, siguiendo su inveterada costumbre. Y ni aquella noche, ni al tercer día de estar en mi casa respondió palabra a mis preguntas, limitándose a mirarme a los ojos con su larga y terca mirada, en la que a la perplejidad y a la curiosidad salvaje se mezclaba cierto raro orgullo. Pude también notar en sus ojos seriedad y algo parecido a la desconfianza. Iba a ponerle la mano en la frente para ver si tenía fiebre, pero ella, suavemente y en silencio, con su manecita, apartó la mía y se volvió de cara a la pared. Yo me retiré para no intimidarla.

Tenía yo un gran servicio de té de cobre. Hacía ya mucho tiempo que lo empleaba en vez de samovar, y puse agua a hervir en él. Tenía también leña, que el portero me había llevado de una vez para cinco días. Encendí la estufa, fui por agua y puse a hervir la tetera. En la mesa tenía ya colocado el servicio. Elena se volvió hacia mí, y miraba todo aquello, curiosa. Yo le pregunté si deseaba algo. Pero ella se volvió de nuevo de cara a la pared y no me contestó.

«¿Por qué estará enfadada conmigo? —pensé yo. ¡Qué chica más rara!...».

Mi viejo doctor llegó, tal como dijera, a las diez. Examinó a la enferma con toda su tudesca atención y me animó, diciéndome que, aunque se trataba de un estado febril, no había motivo de particular inquietud. Añadió que ella debía tener otra enfermedad real, algo así como palpitaciones al corazón: pero que ese punto requería observación especial, y que, por ahora estaba la enfermita fuera de peligro. Le recetó una mixtura y no sé qué papelillos, más por costumbre que por necesidad, y luego empezó a preguntarme cómo era que se encontraba allí, al mismo tiempo que, con asombro, pasaba revista a mi alojamiento. Aquel viejecito era un terrible hablador.

Elena le interesó. Le había dado un manotazo cuando quiso tomarle el pulso, y se

había negado a enseñarle la lengua. A sus preguntas no respondió ni palabra, limitándose todo el tiempo a mirar con mucha atención su enorme cruz de San Estanislao, que le colgaba del cuello.

—Debe dolerle mucho la cabeza —observó el viejecito—, pero hay que ver cómo mira, ¡qué ojos!

No juzgué necesario contarle nada de Elena, y me excusé, diciéndole que era aquélla una larga historia.

—Avíseme si fuera preciso —me dijo al salir. Por ahora no hay cuidado.

Yo decidí quedarme todo aquel día al lado de Elena y, de ser posible, no dejarla sola hasta que se pusiera bien. Pero, sabiendo que Natascha y Anna Andréyevna podrían sufrir aguardándome, resolví avisarle siquiera a Natascha, por el correo interior, de que aquel día no podría ir a verla. A Anna Andréyevna no era posible escribirle. Ella misma me había rogado terminantemente que no le escribiera nunca, a raíz de aquella vez que le participé por carta la enfermedad de Natascha.

—El viejo frunció el ceño al ver tu carta —me dijo. Estaba empeñado en saber qué decía; pero no podía preguntarlo, no acababa de decidirse. Así que estuvo todo aquel día de mal humor. Y a mí también, padrecito, me sacaste de quicio con tu cartita. ¡Hay que ver, sólo diez renglones! Tenía ansias por preguntarte más detalles, y tú, ¡que si quieres!

Así que opté por escribirle solamente a Natascha, y al ir a la farmacia con la receta, eché de camino la carta.

Entretanto, Elena volvió a quedarse dormida. En sueños se quejaba levemente y se estremecía. El doctor había acertado: le dolía mucho la cabeza. De cuando en cuando lanzaba un gritito y se despabilaba. A mí me miraba hasta con disgusto, como si le fuere particularmente enojosa mi atención. Confieso que eso me apenaba mucho.

A eso de la una llegó Maslobóyev. Venía preocupado y algo abstraído; sólo se detuvo un momento; parecía tener mucha prisa por dirigirse a otra parte.

—Bueno, hermanito, yo no esperaba que vivieras a lo rico —observó, después de examinar todo el cuarto—; pero, francamente, no creía encontrarte en esta especie de baúl. Porque esto es un baúl, y no un piso. Pero, vamos, pasemos esto por alto; lo principal es que todos estos quehaceres secundarios no hacen más que distraerte del trabajo. En eso iba ya pensando anoche, cuando nos dirigíamos a casa de la Búbnova. Pero mira, hermanito, atendidos mi temperamento y mi excepcional situación, soy de esas personas que no hacen nada en vano y que les leen a los demás la cartilla de lo que han de hacer. Ahora escucha: puede que yo, mañana o pasado mañana, venga a verte, pero tú no tienes más remedio que venir a mi casa el domingo por la mañana. Para entonces espero que estará del todo arreglado el asunto de esta chica, y te hablaré seriamente, ya que contigo es menester tomar las cosas en serio. Vivir así no es posible. Ayer me limité a lanzarte indirectas, pero ahora te haré representaciones lógicas. Y, por último, te diré qué es lo que te pasa. ¿Es que consideras un deshonor tomarme a mí dinero prestado?

—No discutamos —le interrumpí. Dime mejor cómo terminó aquello anoche.

—Pues como tenía que terminar. De la manera más feliz del mundo y con el logro de nuestro plan, ¿entiendes? Ahora no tengo tiempo. He venido sólo un momento a advertirte que no tengo tiempo para estar contigo; pero dime: ¿es que quieres alojarla en algún sitio, o tenerla en tu casa? Porque es preciso pensarlo y decidirse.

—Es que hasta ahora no sé en verdad qué hacer, y precisamente te aguardaba a ti para que me aconsejases. Porque vamos a ver: ¿en qué podría yo fundarme para retenerla conmigo?

—Lo que es eso... Pues en calidad de criada...

—Te ruego que hables más bajo. Aunque está enferma, conserva toda su lucidez, y me ha parecido que se estremecía, lo que quiere decir que recuerda lo de anoche...

Le describí luego su carácter y todo lo que había observado en ella. Mis palabras interesaron a Maslobóyev. Añadí que quizá pudiera buscarle acomodo en una casa, y le expuse a la ligera lo referente a mis viejos. Con gran asombro, comprobé que conocía ya algo de la historia de Natascha, y a mis preguntas de cómo se había enterado, dijo:

—Pues verás: hace mucho tiempo oí decir, de pasada, algo referente a cierto asunto. Ya te dije que conozco al príncipe de Valkovskii. Está muy bien pensado eso que has dicho de llevarla a vivir con tus viejos. De lo contrario, a ti sólo te va a servir de estorbo. Pero oye todavía una cosa: es necesario ponerla decentita. Pero no te preocupes de eso; corre de mi cuenta. ¡Adiós! Ve a verme con frecuencia. ¿Qué hace ella ahora? ¿Duerme?

—Así parece —le respondí.

Pero apenas hubo salido, me llamó Elena.

—¿Quién es ése? —me preguntó. Le temblaba la voz, pero me miraba de hito en hito y con altivez. De otro modo no puedo expresarlo.

Yo le dije que se llamaba Maslobóyev, y añadí que, gracias a él, había podido sacarla de casa de la Búbnova y que la Búbnova le tenía mucho miedo. Las mejillas se le arrebolaron de súbito, como el cielo que refleja un incendio, probablemente por las reminiscencias de la noche anterior.

—¿Y ella no vendrá nunca aquí?... —me preguntó Elena, mirándome curiosa.

Yo me apresuré a tranquilizarla. Ella guardó silencio y me cogió la mano con sus calenturientos dedos; pero inmediatamente me la soltó, como recordando. «No puede ser que en el fondo sienta hacia mí tal aversión —me dije—, a no ser que, sencillamente, haya sufrido la pobre tantas amarguras, que ya no tenga fe en nadie en este mundo».

A la hora designada fui a la farmacia por la medicina, y al mismo tiempo a un figón conocido, donde solía comer y donde me fiaban. Aquella vez, al salir de casa, me llevé conmigo una escudilla y pedí en el figón una ración de caldo de gallina para Elena. Pero ella no quiso comer, y hube de dejar, por lo pronto, el caldo a la lumbre, en la estufa.

Después de darle la medicina, me puse a trabajar. Imaginaba que estaría dormida, pero, al dirigir la vista involuntariamente hacia ella, pude ver que se había incorporado y con mucha atención, me miraba escribir. Fingí no advertirlo.

Finalmente, acabó por dormirse de veras, con satisfacción grandísima por mi parte, sin delirios y sin quejarse. Me di cuenta entonces que Natascha, que ignoraba todo aquello, podía enojarse conmigo por no ir a verla. Le sobraban motivos para eso, por tenerla yo abandonada precisamente cuando más me necesitaba. Ella también podía tener ahora algunas preocupaciones, algún cometido que encargarme, y yo, como a propósito, la olvidaba.

Por lo que se refiere a Anna Andréyevna, tampoco sabía yo cómo presentarme ante ella al otro día. Pensaba y repensaba, y de pronto decidí correr a uno y a otro lado. Mi ausencia sólo podría prolongarse un par de horas. Elena dormía y no me sentiría salir. Me levanté del asiento, me puse el paleta, cogí la gorra, y me disponía a salir, cuando de repente Elena me llamó. Yo me sorprendí. ¿Habría fingido dormir?

Debo advertir que, aunque Elena afectaba no querer hablar conmigo, aquellas llamadas harto frecuentes, aquel afán de dirigirse a mí para todas sus dudas, venían a demostrar lo contrario, y confieso que me eran muy gratas.

—¿A quién piensa usted confiarme? —me preguntó al acercarme a ella. Por lo general, formulaba sus preguntas de golpe, de un modo totalmente inesperado para mí. Tampoco aquella vez lo comprendí.

—Hace un rato dijo usted, hablando con su amigo, que quería llevarme a no sé qué casa. Pero yo no he de ir a ninguna.

Me incliné hacia ella. Estaba de nuevo ardiendo; le volvía la crisis de fiebre. Traté de distraerla y desengañarla; le aseguré que si prefería continuar conmigo, no se la confiaría a nadie. Diciendo así, me quité el paleta y la gorra. No me decidía a dejarla sola en aquel estado.

—¡No, váyase! —dijo ella, adivinando enseguida que yo me proponía quedarme. Quiero dormir; enseguida me quedará dormida.

—Pero ¿cómo vas a quedarte sola? —le dije perplejo. Aunque, después de todo, de aquí a dos horas estoy de vuelta...

—Bueno, váyase pues. Si no, voy a pasarme enferma todo el año para que no salga usted de casa en todo él —trató de sonreírme, y me miró de un modo extraño, como si luchase con algún buen sentimiento que se insinuaba en su corazón. ¡Pobrecilla! Su bueno y tierno corazoncito asomaba al exterior, no obstante todo lo huraño y desesperado que aparentaba.

Lo primero que hice fue correr a casa de Anna Andréyevna, quien me aguardaba con febril impaciencia, y me acogió con recriminaciones; era también presa de terrible inquietud. Nikolai Serguieyich, inmediatamente después de comer, había salido...

No sabía ella adonde. Yo presentía que la vieja no habría tenido paciencia y se lo habría contado todo, según su costumbre, en forma de alusiones. Por lo demás, así me

lo confesó ella, diciéndome que no había podido contenerse para no darle aquel alegrón, pero que Nikolai Serguieyich se había mostrado, según sus propias palabras, más sombrío que una nube; no había dicho nada: «Se enteró en su silencio y nada contestó a mis preguntas», y de pronto, después de la comida, se fue. Al contarme esto, Anna Andréyevna temblaba, o poco menos, de susto. Luego me rogó que le hiciese compañía hasta que Nikolai Serguieyich estuviese de vuelta. Yo me excusé y le dije, casi sin más, que al otro día no podría ir a verla, y que por eso precisamente había hecho una escapada para verla hoy, a fin de prevenirla. Aquella vez, por poco si reñimos. Ella se echó a llorar: me dirigió duros y amargos reproches: pero cuando me encaminaba ya hacia la puerta, fue y se abalanzó sobre mí, me echó los brazos al cuello y me rogó no le guardase enfado a ella, una huérfana, y no me ofendiese por sus palabras.

A Natascha, contra toda presunción, la encontré también sola. Cosa rara me parecía que no estuviese aquel día conmigo tan alegre como el anterior y, en general, como otras veces. Parecía como si algo la apenase o la cohibiese. A mi pregunta: «¿Vino hoy Alioscha?», respondió: «Naturalmente; pero por poco rato. Me prometió venir esta noche», agregó, como dudosa.

—Y anoche, ¿vino?

—No..., no. Lo entretuvieron —añadió de prisa. Y qué, Vania, ¿cómo van tus asuntos?

Comprendí que por alguna razón quería cambiar de tema y encauzar por otro derrotero nuestro diálogo. La miré atento; estaba visiblemente nerviosa. Por lo demás, al advertir que yo la observaba con toda atención, me lanzó una mirada rápida y malhumorada, y tan violenta, que pareció con ella traspasarme. «Otra vez sufre —pensé—, sólo que no quiere decírmelo».

Al contestar a sus preguntas, sobre mis asuntos, le conté toda la historia de Elena con todos sus pormenores. Mostró interesarle mucho y hasta maravillarse de mi relato.

—¡Dios mío! ¿Y has tenido valor para dejarla sola, así, enferma? —exclamó. Yo le expliqué que de buena gana me hubiera quedado en casa todo el día, pero que temí se enfadase ella conmigo y que en mi ausencia me necesitase.

—Necesitarte... —murmuró para sí, recapacitando—; como necesitarte, te necesito, Vania; pero mejor será dejarlo para otra ocasión. ¿Estuviste a ver a los nuestros?

Yo le conté mi visita.

—Dios sabe cómo acogerá mi padre todas estas noticias. Aunque, después de todo, ¿cómo va a acogerlas?...

—¿Que cómo va acogerlas? —le pregunté. ¡Un cambio así...!

—Y tanto... ¿Adónde fue ahora?... Ustedes pensaban que había venido a verme. Mira, Vania, si puedes ven a verme mañana. Es posible que tenga que decirte algo... Sólo contigo tranquilizo mi conciencia, pero ahora vuélvete a casa, junto a tu

recogida. ¿No hará ya dos horas que saliste?

—Sí, las hace. Adiós, Natascha. En fin ¿y cómo estuvo contigo hoy Alioscha?

—Tocante a Alioscha, nada... Hasta me admira tu curiosidad.

—Hasta la vista, amiga mía.

—Adiós.

Me dio la mano con cierta indolencia y rehuyó mi última mirada de despedida. Yo salí de su casa algo perplejo, aunque pensaba: «Está preocupada por algo, algo grave. Mañana, lo primero que hará será contármelo».

Volví a casa triste, y no hice más que transponer los umbrales, cuando experimenté una terrible emoción. Había oscurecido. Vi que Elena estaba sentada en el diván, con la cabeza caída sobre el pecho, como en profundo arrobó. Ni siquiera me dirigió una mirada, como si estuviese del todo abstraída. Me acerqué a ella y murmuró algo para sus adentros. «¿Estaría delirando?», pensé.

—Elena, amiga mía, ¿qué tienes?... —le pregunté tomando asiento a su lado y cogiéndole una mano.

—Yo quiero irme allá... Prefiero irme con ella —musitó, sin alzar hacia mí la cabeza.

—¿Adónde? ¿Con quién? —le pregunté, asombrado.

—Con ella, con la Búbnova. No hace más que decir que le debo mucho dinero, que enterró a mi mamaíta a su costa... No quiero que riña a mi mamá... Yo quiero trabajar para ella y pagárselo todo... Entonces, después de eso, me saldré de su casa. Pero ahora quiero volverme otra vez con ella.

—Tranquilízate, Elena, no es posible que vuelvas allá —le dije. Esa mujer te atormenta, trata de perderte...

—Pues que me pierda, que me mate —encareció Elena con vehemencia—, no seré yo la primera; a otras mejores que yo martiriza. Ya me lo dijo una mendiga de la calle. Pobre soy y pobre quiero ser. Toda mi vida seré pobre: así me lo mandó, al morir, mi madre. Trabajaré... No quiero llevar puesto este traje...

—Mañana te compraré otro. Y también te traeré libros. Vivirás conmigo. No te confiaré a nadie, como tú no quieras: quédate tranquila...

—Yo trabajaré.

—¡Bueno, bueno! ¡Pero tranquilízate, acuéstate, duerme!

Pero la pobre niña rompió en llanto. Poco a poco sus lágrimas se volvieron sollozos. Yo no sabía qué hacer con ella; le llevé agua, le humedecí las sienes, la frente. Por último, se dejó caer en el diván, completamente exánime, y otra vez se afiebró. Yo la cubrí con lo que encontré a mano, y ella se durmió, pero con un sueño intranquilo, salpicado de temblores y despertares. Yo, aunque había andado poco aquel día, estaba terriblemente cansado, y decidí acostarme enseguida. Torturantes inquietudes surgían en mi imaginación. Presentía que aquella niña iba a proporcionarme muchos sobresaltos. Pero lo que más me preocupaba era Natascha y sus asuntos. En general, ahora lo recuerdo, rara vez estuve en disposición de ánimo

más enojosa que aquella desdichada noche al quedarme dormido.

IX

Me desperté muy tarde, a las diez. Me dolía y me daba vueltas la cabeza. Miré a la cama de Elena; la cama estaba vacía. En aquel preciso instante, de la parte derecha de mi habitación llegó a mis oídos el sonido de alguien que barría los suelos. Salí a mirar. Elena tenía en la mano la escoba, y, recogiendo con la otra el traje de los días de fiesta, que todavía no se había quitado desde el día antes, estaba barriendo la casa. Una pila de leña, destinada a la estufa, estaba colocada en un rincón; en la mesa, el tapete y el servicio de té, limpios; en una palabra, Elena estaba haciendo las faenas de la casa.

—Mira, Elena —le grité—: ¿quién te mandó a ti a barrer los suelos? Yo no quiero que hagas eso, estás enferma. ¿Acaso te traje a mi casa para que trabajases?

—Pero ¿quién va a limpiar entonces los suelos? —repuso ella, incorporándose y mirándome de frente. Ya no estoy enferma.

—Pero yo no te he traído aquí para que trabajes. Elena ¿temes quizá, que yo vaya a reñirte, como la Búbnova, y a echarte en cara que vives a mis expensas? ¿De dónde has sacado esa escoba tan mala? Aquí no había escoba —añadí, mirándola asombrado.

—Es mi escoba. Yo fui quien la trajo. Yo le barría con ella los suelos al abuelito. Y quedó ahí olvidada detrás de la estufa hasta ahora.

Me volví a mi cuarto pensativo. Podía ser que me equivocase, pero a mí me parecía que a ella se le hacía duro aceptar mi hospitalidad y quería demostrarme a toda costa que no comía el pan de balde. Pero en ese caso, «¿qué carácter tan quisquilloso!», pensé. Dos minutos después entró ella, y, en silencio, se sentó en su sitio del día antes, en el diván, y se puso a mirarme, curiosa. Yo, entretanto, puse a hervir el samovar, eché el té, le serví a ella una taza y se la di con un trozo de pan blanco. Ella lo tomó en silencio y sin protestar. En todas aquellas veinticuatro horas apenas había comido nada.

—¡Y con el vestido nuevo te pusiste a barrer! —le dije, reparando en una gran mancha en la orla de su falda.

Ella se miró y, de pronto, con gran asombro mío, dejó la taza, cogióse con ambas manos, al parecer con mucha tranquilidad y sosiego, la orla de su falda de muselina, y de un golpe se la rasgó de arriba abajo. Al hacer aquello, alzó hasta mí, en silencio, sus ojos, tercos y centelleantes. Su cara estaba pálida.

—¿Qué haces, Elena? —exclamé yo, convencido de que tenía que habérmelas con una loca.

—Es un traje malo —dijo ella, casi ahogándose de emoción. ¿Por qué dijo usted que era bueno? Yo no me lo quiero poner —exclamó de pronto, saltando de su sitio. Lo romperé. Yo no le había pedido que me lo pusiera. Ella fue quien me lo hizo poner a la fuerza. Yo ya rompí otro traje y romperé también éste, ¡lo romperé, lo romperé, lo romperé!...

Y, con vehemencia, las emprendió contra el pobre traje. En un momento lo dejó poco menos que hecho jirones. Al terminar estaba tan pálida, que apenas si podía tenerse en pie. Yo había contemplado atónito aquel acto de desesperación. Ella me lanzó una mirada desafiante como si yo le hubiese faltado en algo. Pero yo ya sabía lo que debía hacer.

Sin titubear, decidí comprarle aquella misma mañana otro vestido. Con aquella criatura salvaje, exasperada, era preciso emplear la bondad. Parecía como si nunca en su vida hubiese tropezado con personas buenas. Si ya una vez, sin tener en cuenta el cruel castigo, había destrozado su primer traje, ¿con qué exasperación no debía mirar ahora aquel que le recordaba un reciente y terrible instante!

En Tolkuchi^[6] se podía comprar barato un traje bonito y de regular calidad. Lo malo era que en aquel instante yo casi no tenía dinero. Pero ya desde la víspera, al acostarme, había resuelto dirigirme hoy a un sitio donde esperaba encontrarlo, y no bien lo tuviera en mi poder, encaminarme a Tolkuchi. Cogí el sombrero. Elena me siguió atentamente con los ojos, como esperando algo.

—¿Volverá usted a encerrarme? —me preguntó al ver que yo cogía la llave para cerrar el cuarto al salir como había hecho los días anteriores.

—Amiga mía —le dije, acercándome a ella—, no te enfades por esto. Yo cierro porque podría entrar alguien. Tú estás enferma y te asustarías. Y Dios sabe quién podría venir, quizá la misma Búbnova, a buscarte...

Con toda intención le dije aquello. Pero la encerraba porque no me fiaba de ella. Me parecía que podía escaparse de un momento a otro. Así que había resuelto proceder con cautela. Elena guardó silencio y yo la encerré una vez más.

Tenía noticia de un editor que llevaba ya tres años publicando una obra en muchos tomos. En su casa solía yo encontrar trabajo cuando necesitaba ganar rápidamente algún dinero. Pagaba puntualmente. A él me dirigí y logré sacarle veinticinco rublos adelantados, con la obligación de llevarle de allí a una semana un artículo de recopilación. Pero yo esperaba ganar tiempo para mi novela. Así hacía yo cuando me encontraba en un gran apuro.

Después de tomar el dinero me encaminé a Tolkuchi. No tardé allí en encontrar a una vieja prendera conocida mía que vendía toda suerte de trapos. Le expliqué la estatura de Elena, y en un santiamén me buscó un trajecito claro de indiana, que sólo tendría un primer lavado. Adquirí, además, un pañolito para el cuello. Después de abonar el importe, pensé que Elena necesitaba también algún abrigo, capa o algo por el estilo. El tiempo estaba frío, y ella apenas tenía qué ponerse. Pero aplacé aquella compra para otra vez. Era Elena tan quisquillosa, tan soberbia... El Señor sabe cómo acogió el trajecito, y eso que yo, con toda intención, elegí el más sencillo y barato, el más adecuado que se podía elegir, aunque también le compré dos pares de medias: uno de hilo y el otro de lana. Eso se lo podía yo ofrecer con el pretexto de que estaba enferma y en nuestro cuarto hacía frío. También le hacía falta ropa blanca. Pero esto último lo aplacé para cuando ya la conociese mejor. En cambio, sí le compré unas

cortinillas de cama, viejas..., cosa indispensable y que habría de producirle a Elena gran satisfacción.

Con todo eso no volví a casa hasta mediodía. Mi puerta se abría casi sin hacer ruido, por lo que Elena no se dio cuenta en el primer instante de mi regreso. La encontré en pie, junto a la mesa, hojeando mis libros y papeles. Al sentirme, dejó en seguida el libro que estaba leyendo, y se retiró de la mesa, toda encarnada. Yo miré el libro; era mi primera novela, un número suelto de una revista, en cuya cubierta habían puesto mi nombre.

—En su ausencia ha llamado alguien —dijo, como queriendo decirme: «¿Por qué diantre cerró usted?».

—Quizá fue el médico —le contesté. ¿No le hablaste, Elena?

—No.

Desaté el paquete y saqué de él el traje que había comprado.

—Mira, amiga Elena —le dije acercándome a ella—; no puedes seguir yendo con esos harapos. Así que te compré un traje de diario, muy barato, para que puedas tratarlo sin miramientos; no me ha costado nada más que un rublo y veinte copecs. Que lo uses con salud.

Le dejé allí cerca el traje. Ella dio un respingo y me miró con los ojos muy abiertos durante un rato.

Estaba enormemente asombrada y al mismo tiempo creía advertir en ella una vergüenza horrible. Pero algo de manso y tierno se delataba en sus ojos. Al ver que nada decía, me acerqué a la mesa. Mi proceder la había sorprendido visiblemente. Pero hizo un esfuerzo para dominarse y se sentó, fijando la vista en el suelo.

A mí me dolía la cabeza y estaba cada vez más mareado. El aire fresco no me había hecho bien alguno. Pero era preciso ir a casa de Natascha. Mi inquietud por ella no había disminuido desde el día anterior; por el contrario, era cada vez mayor. De pronto me pareció que Elena me llamaba. Me volví hacia ella.

—Cuando salga usted, no me encierre —dijo, mirando a otro lado y estirando con el dedo la tela del diván, como si estuviera ocupada en eso. Yo no pienso escaparme.

—Está bien, Elena. Pero ¿y si viniese alguien extraño? ¡Dios sabe quién pudiera venir!

—Pues me deja usted la llave y me encierro yo por dentro, y si oigo que llaman, digo: «No hay nadie».

Y me miró con zalamería, como diciéndome: «¡Ya ve usted qué cosa tan sencilla!».

—A usted, ¿quién le lava la ropa blanca? —me preguntó de repente, antes que hubiera tenido tiempo de responder a lo anterior.

—Aquí, en esta casa, una mujer.

—Yo también sé lavar. ¿Y de dónde trajo usted anoche la comida?

—De la fonda.

—Yo también sé guisar. Yo le haré la comida.

—Basta, Elena, ¿cómo puedes tú saber guisar? Eso lo dices por decir.

Elena calló y bajó la cabeza. Era evidente que le había sentado mal mi observación. Pasaron por lo menos diez minutos; ninguno de los dos hablaba.

—Sopa —dijo de pronto, sin alzar la cabeza.

—¡Cómo sopa! ¿Qué es eso de sopa? —le pregunté asombrado.

—Digo que sé hacer la sopa. Yo, a mi mamaíta, se la hacía cuando estaba enferma. Y también iba a comprar.

—Para que veas, Elena para que veas lo soberbia que eres —le dije, acercándome a ella y sentándome a su lado en el diván. Yo me porto contigo como el corazón me lo manda. Tú estás ahora sola, eres desdichada. Yo quiero ayudarte. Lo mismo que tú me ayudarías si me encontrase mal. Pero tú no quieres avenirte a esa idea y se te hace cuesta arriba recibir de mí el menor obsequio. Inmediatamente me lo quieres pagar, trabajar para desquitarlo, como si estuvieses con la Búbnova y yo te regañase. Así es, y eso es vergonzoso, Elena.

No contestó; los labios le temblaban. Parecía querer decir algo, pero se dominó y guardó silencio. Yo me levanté para ir a ver a Natascha. Aquella vez le dejé a Elena la llave, rogándole que si alguien iba y llamaba, acudiese y preguntase: «¿Quién es?». Tenía la convicción de que a Natascha le había ocurrido algo muy grave y que hacía algún tiempo se ocultaba de mí, lo que antes nunca había hecho. Pero de todos modos, decidí ir a verla, aunque sólo fuese por un minuto, pues de lo contrario podía herirla con mi abandono.

Así sucedió. Salió a recibirme huraña, con una mirada severa. Habría debido retirarme enseguida, pero me dolían los pies.

—Vengo por un minuto, Natascha —empecé—, a pedirte consejo: ¿qué debo hacer con mi pupila? —y me apresuré a contarle todo lo referente a Elena. Natascha me escuchó en silencio.

—No sé qué aconsejarte, Vania —me dijo. Pero, por lo visto, se trata de una criatura sumamente rara. Quizá esté muy resentida, muy asustada. Déjala, por lo menos, que se mejore. ¿Quieres llevársela a los nuestros?

—Ella dice que no quiere separarse de mí. Y Dios sabe, además, cómo la acogerían; no sé. Pero, y tú, amiga mía, y tú, ¿cómo estás? ¿Ayer estuviste algo indispuesta? —le pregunté tímidamente.

—Sí..., y hoy también me duele algo la cabeza —me respondió, distraída. ¿No has visto a nadie de los nuestros?

—No. Mañana iré. Mira, mañana es sábado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que por la noche vendrá el príncipe...

—Y eso ¿qué? No se me había olvidado.

—No, es que yo...

Se plantó delante de mí, y largo rato y atentamente me estuvo mirando a los ojos. En los suyos se delataba cierta obstinación, cierta energía; algo de febril, de

calenturiento.

—¿Sabes una cosa, Vania? —dijo. Harías bien en no venir a verme; te metes demasiado en mis cosas...

Yo salté del asiento y me quedé mirándola con estupefacción inexpresable.

—¡Natascha! ¿Qué te sucede? ¿Qué tienes? —exclamé inquieto.

—¡Nada me ocurre! Todo, todo lo sabrás mañana, pero ahora quiero estar sola. Mira, Vania, vete ahora mismo. ¡Me cuesta tanto, tanto trabajo mirarte!

—Pero dime por lo menos...

—¡Todo, todo lo sabrás mañana! ¡Oh, Dios mío! Pero ¿no acabas de irte?

Me fui. Tan trastornado iba, que apenas me acordaba de mí mismo. Mavra me alcanzó en el rellano.

—Qué, ¿está enfadada? —me preguntó. Yo ya temo acercarme a ella.

—Pero ¿qué es lo que le pasa?

—¿Qué va a ser? Que el nuestro lleva ya tres días sin asomar la nariz por esta casa.

—¿Cómo tres días? —le pregunté estupefacto. Pero si ella misma me dijo ayer que había estado por la mañana y que luego iba a venir por la noche...

—¡Qué noche! ¡Ni siquiera estuvo por la mañana! ¿No te estoy diciendo que lleva tres días sin aparecer por aquí? ¿Te dijo ella misma ayer que había estado por la mañana?

—Ella misma me lo dijo.

—Bueno —dijo Mavra pensativa—; eso quiere decir que le duele a ella la cosa, cuando no quiere confesarte que no ha venido. ¡Vaya, está muy bien!

—¿Por quién lo dices? —exclamé.

—Por ése, que no sé lo que está haciendo con ella... —continuó Mavra, abriendo las manos. Ayer me hizo ir dos veces a buscarlo, y las dos me fue mal. Pero hoy ni siquiera se digna dirigirme la palabra. ¿Por qué no vas tú a verlo? Yo no me atrevo a separarme de ella.

Yo me lancé, fuera de mí, escaleras abajo.

—¿Volverás esta noche? —me gritó Mavra desde arriba.

—Ya veremos —le respondí sin detenerme. Puede que venga y te pregunte: ¿Cómo va la cosa? Con tal que no la entregue...

Sentía, efectivamente, como si me hubiesen descargado un golpe en pleno corazón.

X

Me encaminé directamente a casa de Alioscha. Vivía con su padre en la Malaya Morskaya. Ocupaba el príncipe un gran piso, no obstante vivir solo. Alioscha tenía destinadas en él dos magníficas habitaciones. Había ido a verlo muy rara vez, otra y ésta, según creo recordar. Él, en cambio, venía a verme a mí con más frecuencia, sobre todo al principio, en los comienzos de sus relaciones con Natascha.

No estaba en casa. Me dirigí derechamente a su departamento y le escribí la siguiente nota:

«Alioscha: Usted, según parece, ha perdido el juicio. Ya que el martes por la noche, cuando su padre fue a rogarle a Natascha que lo hiciese a usted feliz aceptando ser su esposa, se mostró usted tan contento de esa petición, según puedo yo testificar, convendrá usted conmigo en que su modo de proceder con su futura esposa es, en sumo grado, indigno y ligero. Sé muy bien que no tengo derecho alguno a leerle a usted la cartilla, pero prescinda de ello.

P. S. De esta carta ella no sabe nada, ni tampoco me ha hablado de usted».

Sellé la carta y se la dejé encima de la mesa. A mis preguntas, me contestó el criado que Aleksieyi Petróvich apenas si paraba en casa, y que ahora no volvería hasta la madrugada.

No sé cómo llegué a casa. La cabeza se me iba, las piernas me dolían y me flaqueaban. La puerta del piso estaba abierta. Dentro estaba sentado, aguardándome, Nikolai Serguieyich Ijméniev. Estaba sentado a la mesa, y en silencio. Con estupefacción contemplaba a Elena, la que, con no menor asombro, lo miraba también, aunque guardando obstinado silencio. «Vaya —me dije—, no tiene más remedio que parecerle rara».

—Mira, hermanito, llevo una hora entera aguardándote y confieso que nunca esperé encontrarte así —prosiguió, pasando revista al cuarto con los ojos y señalándome con un guiño imperceptible a Elena. Sus ojos expresaban estupefacción. Pero observándolo más atentamente, advertí en su mirada pesar y melancolía. Tenía el rostro más pálido que de ordinario.

—Siéntate aquí, siéntate —continuó con aire preocupado y abstraído. Vine corriendo a buscarte; ha sucedido algo. Pero, dime: ¿cómo estás? Tienes mala cara.

—No ando bien de salud. Desde esta mañana me está dando vueltas la cabeza.

—Pues eso no hay que descuidarlo. ¿Te resfriaste?

—No; son sólo los nervios. Me sucede con frecuencia. Y tú, ¿estás bien?

—¡No; qué he de estar! Parece que tengo fiebre. Pero traigo un asunto. Siéntate.

Yo acerqué una silla y me senté frente a él, junto a la mesa. El viejo se arrimó a mí y empezó en voz baja:

—Oye, no la mires y haz como si hablásemos de cosas sin importancia. ¿Quién es ésa que has traído a tu casa?

—Luego se lo explicaré todo, Nicolai Serguieyich. Es una pobre niña, huérfana de padre y madre, nieta de aquel Smith que vivía aquí y murió de repente en la pastelería.

—¡Ah, de modo que tenía también una nietecita! ¡Pero la verdad, hermanito, qué rara es! ¡Cómo mira, cómo mira! De veras te lo digo: si tardas cinco minutos más en venir, no continúo esperándote. A viva fuerza me abrió, y hasta ahora, ni palabra; sencillamente es un bicho raro, que a nada humano se parece. Pero ¿cómo vino a parar aquí? ¡Ah, sí, comprendo! Seguramente vino a buscar a su abuelito ignorando que había muerto.

—Así fue. Ha sido muy desgraciada. El viejo, en las últimas, se acordó de ella.

—¡Hum! A tal abuelo, tal nieta. Luego me lo contarás todo. Quizá sea posible ayudarla en algo, sea como fuere, puesto que es tan desdichada... Pero, por lo pronto, ¿no se le podría, hermanito, decir que se retirase, ya que tengo que hablarte de un asunto serio?...

—Pero que se retire del todo es imposible. ¡Si vive aquí!

Y le expliqué al viejo cuanto pude en dos palabras, añadiendo que podíamos hablar delante de ella, puesto que era una niña.

—Sí, eso sí...; desde luego que es una niña. Sólo que tú, hermanito, me has dejado lelo. Conque vive contigo, ¡Señor Dios!

Y el viejo volvió a mirarla, atónito. Elena, comprendiendo que hablaban de ella, seguía silenciosa, con la cabeza baja, pellizcando con los dedos el diván. Ya había tenido tiempo de ponerse el nuevo traje, que no había podido llegarle en momento más oportuno. Se había peinado con más esmero que de costumbre, quizá en honor al vestido nuevo. En general, quitando lo arisco de su mirada, era una nena muy agraciada.

—Breve y claro, he aquí de lo que se trata, hermanito —volvió a empezar el viejo. Se trata de algo serio, de algo importante...

Estaba sentado, con la cabeza baja, con un aire grave y pensativo, y, no obstante su precipitación y su «breve y claro», no soltaba palabra a lo primero. «¿Qué será ello?», pensé yo.

—Mira, Vania, he venido para hacerte un ruego importantísimo. Pero antes..., según yo mismo comprendo, es preciso explicarte algunas circunstancias... Circunstancias sumamente delicadas...

Tosió y me miró con timidez; me miró y se puso encamado; se puso encamado y se enojó consigo mismo por su falta de aplomo; se enfadó y decidió:

—Bueno, después de todo, ¡a qué explicarte nada! ¡Tú mismo lo comprenderás! Pues sencillamente, que he desafiado al príncipe a un duelo y te suplico te encargues

de arreglar la cosa y de ser mi padrino.

Yo me retrepé en el respaldo de la silla y lo miré enajenado de asombro.

—¿Qué me miras? No creas que me he vuelto loco.

—¡Pero permítame usted, Nikolai Serguieyich! ¿Con qué pretexto?, ¿con qué fin? Y por último, ¿cómo es posible eso?...

—¡Pretexto! ¡Fin! —exclamó el viejo. ¡Qué bonito!...

—Bueno, bueno, ya sé lo que quiere decir pero ¿qué gana usted con esa ocurrencia? ¡Hay que ver, provocar un duelo! Le confieso que no entiendo nada.

—Ya me figuraba yo que no comprenderías. Pero oye, nuestro pleito terminó, es decir, terminará de aquí a unos días; sólo faltan algunas formalidades. Yo salgo condenado. Tengo que pagarle diez mil rublos: así dice la sentencia. La Ijménievka responde de ellos. De suerte que ese hombre villano se guardará mi dinero, en tanto yo, desposeído de la Ijménievka, le pago y quedo reducido a la condición de un cualquiera. Pero yo entonces levanto la cabeza. «Vaya, respetable príncipe, lleva usted ya dos años ofendiéndome; usted ha hecho escarnio de mi nombre, del honor de mi familia, y yo no he tenido más remedio que aguantarme hasta aquí. Yo no podía entonces provocarlo a usted. Usted me hubiera dicho: “Tú eres un vivo, quieres matarme para no pagarme el dinero, que ya hueles que te condenarán a abonarme, tarde o temprano. Pero no; primero hay que aguardar a que se falle el pleito, y luego podrás desafiarme”. Ahora ya, respetabilísimo príncipe, el pleito está fallado, usted ha salido triunfante, de suerte que no hay inconveniente alguno. Haga entonces el favor de venir al terreno». Ésta es la cosa. ¿Qué te parece a ti? ¿No tengo, finalmente, derecho a vengarme de todo, de todo?

Sus ojos centelleaban. Yo lo contemplé largo rato en silencio. Quería calar su pensamiento íntimo.

—Oiga usted, Nikolai Serguieyich —le respondí, por último, resuelto a decirle la palabra principal, sin la cual no podríamos entendernos—, ¿no podría usted hablarme con entera franqueza?

—Puedo —contestó con voz firme.

—Pues hable usted francamente. ¿Es tan sólo el sentimiento de venganza el que lo mueve a usted a ese desafío, o no tendrá usted en cuenta otra finalidad?

—Vania —me respondió—, tú sabes que yo no le permito a nadie que me hable respecto a ciertas cosas, pero por esta vez haré una excepción contigo, porque tú, con clara inteligencia, has adivinado enseguida que es imposible evitar esa explicación. Sí, yo persigo otro fin: salvar a mi hija, que está en camino de perdición, y sacarla de ese camino, en que le aguarda ahora el último extremo.

—Pero la cosa es ¿cómo va usted a salvarla con ese duelo?

—Pues deshaciendo todo lo que ahora están tramando allí. Oye, no pienses que en mí habla la ternura de padre ni ninguna flaqueza por el estilo. ¡Todo eso son paparruchas! Las interioridades de mi corazón no se las muestro yo a nadie. ¿No lo sabes de sobra? Mi hija me abandonó, huyó de mi casa con un amante, y yo la

arranqué de mi corazón, me la arranqué de una vez para siempre, aquella misma noche, ¿entiendes? Aunque tú me hayas visto llorar por ella aquel día del retrato, no vayas a inferir de ahí que esté dispuesto a perdonarla. Yo tampoco la perdoné aquel día. Yo lloraba por la felicidad perdida, por el ensueño desvanecido, no por ella, según es ahora. Yo quizá llore con frecuencia; no me abochorno de confesarlo, como tampoco me avergüenzo de reconocer que he querido a mi hija más que a todo el mundo. Todo esto, al parecer, contradice mi presente paso. Tú puedes objetarme: «Si es así, si es usted indiferente a la suerte de la que ya no considera como hija suya, entonces, ¿por qué se entromete usted en lo que ahora están tramando allí?». A eso te contestaré: en primer término, porque no quiero que se ría de mí un hombre bellaco y cobarde, y, además, porque me anima un sentimiento del más vulgar humanitarismo. Aunque ella no sea ya mi hija, es, sin embargo, una criatura débil, desamparada, de la cual han abusado y de la que todavía abusarán más, hasta perderla definitivamente. Terciar directamente en el asunto no puedo, pero sí puedo de un modo indirecto, mediante un desafío. Si me matan o derraman mi sangre, ¿cómo va ella, pasando por encima de mi cuerpo y quizá de mi cadáver, a casarse con el hijo de mi matador? Como la hija de aquel zar (¿recuerdas?, aquel libro nuestro en que aprendiste a leer...) que pasó por encima del cadáver de su padre con su carro. Y con sólo que acepte el duelo, ya nuestro príncipe mismo no querrá la boda. En una palabra: que yo no quiero ese casamiento, y emplearé la fuerza para impedirlo. ¿Me comprendes ahora?...

—No. Si quiere usted bien a Natascha, ¿cómo se atreve a impedir su casamiento, es decir, precisamente aquello que puede rehabilitar su buen nombre? Tenga presente que a ella le queda mucho que vivir en este mundo; necesita la buena fama.

—¡Pero ella debería escupirles a todas las opiniones del mundo! Debería reconocer qué la mayor ignominia se cifra para ella en esa boda, sobre todo en sus relaciones con esas gentes viles, con ese mundo ruin. Un noble orgullo... Ésa debería ser su réplica a toda esa gentuza. Entonces... puede que consintiera yo en tenderle mi mano y ya veríamos quién se atrevería a insultar a mi hija.

Tan desesperado idealismo me sorprendió. Pero inmediatamente adiviné que no estaba en todo su juicio y que me hablaba delirando.

—Eso es demasiado idealismo —le dije—, y, por consiguiente, cruel. Usted exige de ella fuerzas que acaso no le transmitió usted al engendrarla. ¿Acaso acepta ella esa boda porque tenga afán de ser princesa? Tenga usted en cuenta que ella ama; se trata de la pasión, del *fatum*. Y, finalmente, usted exige de ella el desprecio a la opinión pública, ante la cual usted mismo se inclina. El príncipe lo ha ofendido a usted públicamente; lo ha infamado con vil acusación de haber querido, con engaños, emparentar con su casa principesca, y usted va y se dice así mismo: «Si ella lo rechaza ahora, después de esa formal petición de mano, ésa será la más cumplida y palmaria refutación a la anterior calumnia». De modo que usted se inclina ante la opinión de ese mismo príncipe; usted aspira a que él mismo reconozca su error. Usted

pretende zaherirlo, tomar venganza de él, y para ello no vacila en sacrificar la felicidad de su hija. ¿No es eso egoísmo?...

El viejo permanecía enfurruñado y mohíno, y durante largo rato no profirió palabra.

—Tú eres injusto conmigo, Vania —exclamó finalmente, y las lágrimas asomaron a sus ojos. Te juro que eres injusto, pero dejemos esto. ¡No puedo descubrirte mi corazón! —prosiguió, levantándose y cogiendo el sombrero. Sólo te diré una cosa: tú hablabas hace un momento de la felicidad de mi hija. Yo, literal y decididamente, no creo en tal felicidad, prescindiendo de que esa boda, y sin que yo me entrometa para nada, no se celebrará nunca.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué piensa usted así? ¿Es que sabe usted algo? —exclamé con curiosidad.

—No, no sé nada en concreto. Pero ese maldito canalla no podría decidirse a tal cosa. Todo eso son absurdos, tretas. Estoy seguro de ello y empeño mi palabra de que así se verá. Además, que aun suponiendo que se celebrase esa boda, que sólo habría de ser en el caso de que su ruindad encontrase en ella alguna personal ventaja, misteriosa e ignorada..., y que yo decididamente no comprendo, entonces, juzga tú por ti mismo, interroga a tu corazón: ¿sería ella feliz en ese casamiento? Reproches, humillaciones; ahora que es la querida de ese chico, que ya está harto de su amor, y cuando se casara..., inmediatamente le perdería el respeto y empezaría a ofenderla y a rebajarla; al mismo tiempo, la fuerza de la pasión por su parte, en la medida de su tibieza por la de él: celos, torturas, dolores, la separación, ¡y quién sabe si hasta un crimen!... ¡No, Vania! ¡Si esto traman allí y tú los secundas, entonces, te lo advierto, tendrás que dar cuenta a Dios, pero ya será tarde! ¡Adiós!

Yo le detuve.

—Oiga usted, Nikolai Serguieyich; hagamos una cosa: esperemos. Esté usted seguro de que dos ojos solos no ven este asunto y de que acaso él sólo se resuelva del mejor modo posible, sin decisiones forzadas y artificiosas, como, por ejemplo, ese desafío. El tiempo... es el que mejor lo resuelve todo. Y, por último, permítame usted también decirle que todo ese proyecto suyo es absolutamente imposible. Pero ¿es que ha podido usted imaginar por un instante que el príncipe va a aceptar su reto?

—¿Cómo no aceptarlo? ¿Qué dices? ¡Fíjate bien!

—Le juro a usted que no lo aceptará, y créame que ya encontrará para ello algún buen pretexto que llevará todos los trámites con pedantesca seriedad, y usted quedará en completo ridículo...

—¡Gracias, hermanito, gracias! ¡Tú, sencillamente, das conmigo en tierra con todos esos razonamientos! Pero ¿cómo no va a aceptar el desafío? No, Vania, tú eres, sencillamente, un poeta, eso, ¡un verdadero poeta! ¿Es que a ti te parece que no estimaría decoroso batirse conmigo? Pues yo valgo tanto como él. Yo soy un padre de familia, viejo, ofendido; tú..., un literato ruso y, por tanto, también una persona honorable; puedes muy bien servir de padrino y..., y... Verdaderamente, no acabo de

entender qué más quieres todavía...

—Usted me asombra. Tales pretextos aducirá, que usted será el primero en reconocer que batirse con él... es una imposibilidad absoluta.

—¡Hum!... Bueno, está bien, amigo mío, ¡que sea lo que tú dices! Pero yo aguardaré hasta que expire el plazo consabido, naturalmente. Veremos qué da de sí el tiempo. Pero oye una cosa, amigo mío: vas a darme tu palabra de honor de que ni allí, ni con Anna Andréyevna, te harás eco de nuestra entrevista.

—De acuerdo.

—Además, Vania, me harás el favor de no recordarme nunca este asunto.

—Le doy mi palabra.

—Y, finalmente, otro ruego: ya sé, hijo mío, que tú, en nuestra casa, te aburres, pero ve a vernos, con toda la frecuencia que puedas. Mi pobre Anna Andréyevna te quiere tanto y..., y., se aburre tanto sin ti... ¿Comprendes, Vania?

Y me estrechó fuerte la mano. Yo le prometí complacerlo de todo corazón.

—Y ahora, Vania, el último punto delicado. ¿Tienes dinero?

—¿Dinero? —repetí yo, asombrado.

—Sí —y el viejo se puso colorado y bajó los ojos—; yo, hermanito, veo tu alojamiento... las circunstancias en que te encuentras... y pienso que puedes tener gastos extraordinarios (podrías tenerlos, precisamente ahora), y..., bueno, hermanito, aquí tienes estos ciento cincuenta rublos como primera providencia...

—¡Ciento cincuenta rublos y todavía como primera providencia, y habiendo perdido el pleito!

—¡Vania, por lo que veo, no me comprendes! Pueden sobrevenir gastos extraordinarios, indispensables, compréndelo. En algunos casos el dinero nos proporciona una posición independiente, nos capacita para proceder con independencia. Pudiera suceder que ahora no te fuera necesario, pero ¿no te hará falta en el futuro? En todo caso, ahí te los dejo. Eso es todo lo que he podido reunir. No te apures, ya me los devolverás. Pero ahora, adiós. ¡Dios mío, qué pálido estás! ¿Estás enfermo?...

No le objeté y tomé el dinero. Saltaba a la vista por qué me lo dejaba.

—Apenas puedo tenerme en pie —le respondí.

—¡No te abandones, Vania, palomito, cuídate! Hoy no salgas a ninguna parte. A Anna Andréyevna le diré cómo te encuentras. ¿Tienes médico? Mañana vendré a verte otra vez. Por lo menos haré todo lo posible por hacerlo así, siempre que me sostengan los pies... Pero ahora, acuéstate... ¡Adiós! ¡Adiós, nena! ¡Escucha, amigo mío: aquí tienes estos otros cinco rublos; esto para la pequeña! Tú, por lo demás, no le digas que yo te los he dado, sino que, sencillamente, le compras alguna cosa, unos zapatitos, ropa interior... ¡Lo que más le haga falta! ¡Adiós, amigo mío!...

Lo acompañé hasta la puerta. Necesitaba decirle al portero que fuera por la comida. Elena aún no había probado bocado...

XI

No había hecho más que volver arriba, cuando se me fue la cabeza y caí redondo en medio del cuarto. Recuerdo únicamente el grito de Elena, quien extendió los brazos y se vino hacia mí para sostenerme. Fue ése el último detalle que conservé grabado en la memoria.

Me recuerdo luego en la cama. Elena me contó después que entre ella y el portero, que entretanto había subido con la comida, me trasladaron al diván. Varias veces me quedé adormilado, y siempre veía inclinada sobre mí la compasiva y preocupada carita de Elena. Pero todo eso lo recuerdo como en sueños, como a través de una niebla, y la dulce figura de la pobre niña se esfumaba ante mí, entre cosas olvidadas, como vistas, como estampas; me daba de beber, me acomodaba en el lecho o se sentaba a mi cabecera, triste, asustada, y me acariciaba con sus deditos los cabellos. Una vez recuerdo que me dio un beso muy suave en la cara. Otra, al abrir de pronto los ojos en la noche, a la luz de la vela encendida, que ardía ante mí en la mesita próxima al diván, vi a Elena con la cabeza en mi almohada y tímidamente dormida, entornados sus pálidos labios y con la palma de la mano debajo de la tibia mejilla. Pero a la mañana siguiente ya me desperté restablecido. La vela se había consumido entera; un rayo de luz, claro y sonrosado, jugaba en la pared. Elena estaba sentada en una silla, junto a la mesa, y reclinada su cansada cabecita en la mano izquierda, apoyada en la mesa, se había quedado profundamente dormida. Recuerdo que estuve contemplando su infantil carita, que aun en el sueño tenía una expresión nada infantil y mostraba una hermosura extraña y enfermiza; pálida, con los ojos grandes y refulgentes en sus demacradas mejillas, circundada por sus cabellos negros como la pez que le caían alborotados y densos en un nudo flojo hacia un lado. Su otra mano descansaba en mi almohada. Muy suavemente, besé aquella descamada manecita, pero la niña no se despertó, y sólo una sonrisa pareció asomar a sus pálidos labios. Yo estuve mirándola y mirándola, y, sin sentir, me fui quedando tranquilo y profundamente dormido. Aquella vez no me desperté hasta el mediodía. Al abrir los ojos, me sentí casi del todo bien. Sólo la debilidad y pesadez de mis miembros atestiguaban la enfermedad reciente. Ataques nerviosos agudos de esa índole solían acometerme ya de antes; los conocía muy bien. El malestar generalmente desaparecía por completo en veinticuatro horas, lo que, después de todo, no le impedía producir en esas veinticuatro horas efectos intensos y graves.

Era ya casi mediodía. Lo primero que vi, puestas en un rincón, fueron las cortinillas que yo había comprado el día antes, suspendidas de una pequeña cuerda. Elena las había arreglado y colocado en el rinconcito particular que ocupaba en el cuarto. Ella estaba sentada junto a la estufa, y se ocupaba en hacer el té. Al advertir que yo me había despertado, sonrió festiva, e inmediatamente se me acercó.

—Amiga mía —le dije, tomándola de una mano—, has pasado toda la noche velándome. Yo no sabía que tú eras tan buena.

—¿Y cómo sabe usted que yo lo he velado? ¿Qué sabe usted si me he pasado la noche durmiendo? —me preguntó mirándome con ingenua y vergonzosa zalamería y poniéndose al mismo tiempo muy encarnada.

—Me desperté y te vi. Sólo te dormiste a eso del amanecer.

—¿Quiere usted té? —me interrumpió, como si le costara trabajo continuar aquella conversación; es lo que suele ocurrirles a los corazones pudorosos y muy severos en punto al honor, cuando se los nombra para elogiarlos.

—Quiero, sí —le respondí. ¿No comiste ayer?

—No comí, pero cené. El portero me trajo la cena. Pero usted no hable y estése tranquilamente acostado. Aún no está bien del todo —añadió, trayéndome el té y sentándose a mi cabecera.

—¡Como que me esté acostado! Podré estarlo hasta la tarde, pero luego me levantaré. No tengo más remedio, Lénochka.

—¡Vaya!, ¿y por qué no ha de tener más remedio? ¿A quién va usted a ir a ver? ¿Al visitante de ayer?

—No, a ése no.

—Vaya, y tanto me alegro de que no sea a él. Él fue quien tuvo la culpa de que ayer se pusiera mal. ¿Será, entonces, su hija?

—¿Por qué estás enterada de su hija?

—Pues porque ayer lo oí todo —me dijo, bajando la cabeza.

Se había amohinado. Enarcaba las cejas.

—Es un viejo duro —añadió luego.

—¿Acaso lo conoces? Pues, para que sepas, es muy bueno.

—No, no, es malo; yo lo estuve oyendo —respondió con vehemencia.

—Pero ¿qué fue lo que tú oíste?

—No quiere perdonar a su hija...

—Pero la ama. Se ha portado mal con él, y él, sin embargo, se preocupa de ella y por ella sufre.

—Pero ¿por qué no la perdona? Ahora, aunque la perdonase, la hija ya no se iría con él.

—¿Cómo que no? ¿Y por qué?

—Pues porque él no merece que su hija lo quiera —respondió con exaltación. Mejor será que lo deje para siempre y se ponga a pedir limosna, y que él vea a su hija pidiendo limosna y padezca.

Sus ojos le centelleaban, las mejillas le echaban fuego. «Seguramente dice lo que siente», pensaba yo.

—¿Y era ése el individuo a cuya casa quería usted que yo me fuera a vivir? —añadió tras una pausa.

—Sí, Elena.

—Pues no; prefiero ponerme a servir.

—¡Ah, qué mal está todo eso que estás diciendo, Elena! ¡Y qué absurdo! ¿Dónde

crees tú que podrías colocarte?

—Pues con cualquier mujik —me contestó impaciente, cada vez más cabizbaja. Era muy irascible.

—Pero un mujik no necesita criada —le dije sonriendo.

—Bueno pues, con algún señor.

—¿Con tu carácter ibas a colocarte en casa de unos señores?

—Con el mío...

Cuanto más se enfadaba, tanto más tajantes eran sus respuestas.

—¡Pero si tú no te reprimes!

—Me reprimiré. Me regañarán, y, con toda intención, me callaré. Me pegarán, y no abriré la boca aunque me maten, y por nada del mundo lloraré. Peor les sentará el que no llore.

—¡Pero qué dices, Elena! ¿Tan mala eres? ¡Y tan soberbia! Has debido de sufrir mucho...

Me levanté y me acerqué a mi mesa grande. Elena continuó en el diván, mirando al suelo, pensativa y pellizcando con sus deditos la tela. Permanecía silenciosa. «¿Se habría enojado por mis palabras?» pensé. En pie junto a la mesa, me puse maquinalmente a hojear los libros del día antes, que me había llevado para la compilación que debía hacer, y, poco a poco, me fui sumiendo en la lectura. A mí suele sucederme eso: voy, cojo un libro por un momentito, lo hojeo, me abismo en la lectura y me olvido de todo.

—¿Qué está usted escribiendo ahora? —me preguntó Elena con tímida sonrisa, acercándose a la mesa.

—Mira, Lénochka: esto es un baturrillo. Pero para eso me pagan.

—¿Causas?

—No, no son causas —y le expliqué, hasta donde pude, que yo escribía diversas historias de distintos personajes, con todo lo cual formaba libros, que llevaban el nombre de cuentos y novelas. Ella me oía con gran curiosidad.

—¿Y es verdad todo lo que escribe?

—No, es inventado.

—¿Y por qué escribe usted cosas que no son verdad?

—Pero haz el favor de leer y verás. Aquí tienes este librito; tú ya lo estuviste repasando una vez. Porque tú sabrás leer...

—Sé.

—Bueno pues, ya lo verás. Mira, este librito lo he escrito yo.

—¿Usted? Lo leeré.

Quería decirme aún algo, pero, le costaba trabajo y estaba muy emocionada. Algo escondían sus preguntas.

—¿Y le pagan a usted mucho por eso? —me preguntó finalmente.

—Depende. Unas veces, mucho, y otras, nada, porque el trabajo no responde. Es una labor difícil, Lénochka.

—¿Entonces usted no es rico?

—No, no soy rico.

—Bueno pues, yo trabajaré y le ayudaré a usted...

Me lanzó una rápida mirada, se encandiló, bajó los ojos y, adelantándose dos pasos hacia mí, me cogió de repente ambas manos y estrechó fuerte, fuerte, su cara contra mi pecho. Yo la miré atónito.

—Yo lo quiero a usted... Yo no soy soberbia —dijo. Usted me dijo hace poco que yo soy soberbia. No, no... Yo no soy así. Yo lo quiero a usted. Usted es la única persona que me quiere...

Pero ya las lágrimas la ahogaban. Un instante después brotaron de su pecho con el mismo ímpetu que el día anterior, en el momento del ataque. Cayó a mis pies de rodillas y se puso a besarme las manos, los pies...

—¡Usted me quiere! —repetía. ¡Usted es el único, el único!

Convulsivamente me ciñó las rodillas con sus manos. Todo su sentimiento, tanto tiempo reprimido, afluía de una vez al exterior, en un impulso incontenible, y yo comprendía aquella extraña tenacidad del corazón que se había ocultado púdicamente hasta entonces, tanto más tercamente, con tanta mayor severidad cuanto más violento su afán de expandirse, y todo eso hasta el estallido inevitable, en que todo su ser, de pronto, se rindió, hasta el propio olvido, a aquella necesidad de amor, de gratitud, de caricias, de lágrimas...

Estuvo sollozando hasta que aquello degeneró en un acceso histérico. Con fuerza le retiré las manos que me oprimían. La alcé en vilo y la conduje al diván. Largo rato todavía estuvo sollozando, con la cara hundida en la almohada, como si se avergonzase de mirarme, pero estrechándome fuerte la mano en su manecita, que no apartaba de su corazón.

Poco a poco se fue serenando, pero aún no levantaba sus ojos hacia mí. Dos veces, con suavidad, se posaron sus ojos en mi rostro, y había en ellos una gran dulzura y algo así como un sentimiento azorado y que volvía a recatarse. Finalmente, se puso muy encamada y sonrió.

—¿Estás mejor? —le pregunté. ¡Qué sensible es mi Lénochka, qué delicada es mi niña!

—¡No; Lénochka, no! —murmuró ella, ocultándome todavía su carita.

—¿Lénochka, no? ¿Cómo, entonces?

—Nelly.

—¿Nelly? ¿Por qué ha de ser Nelly? Bueno, pues sí, es un nombre muy lindo. Te llamaré así, si es tu gusto.

—Así me llamaba mi *mámenka*... Y nadie me llamó así más que ella. Y yo tampoco quería que nadie me llamase así más que mi *mámenka*. Pero usted, sí, llámeme de ese modo; me gusta. Yo a usted lo querré siempre, siempre...

«Corazoncito amoroso y soberbio —pensé yo—, ¡cuánto tiempo no ha sido menester para que te me rindieras..., Nelly!». Pero ahora ya sabía yo que su corazón

me pertenecía para siempre.

—Nelly, mira —le dije no bien se hubo serenado. Tú acabas de decir que a ti sólo te ha querido tu *mámenka* y nadie más. ¿Acaso tu abuelito no te quería también de veras?

—No me quería.

—Pues tú bien que lloraste por él aquí, ¿no te acuerdas?, en la escalera.

Se quedó un instante pensativa.

—No, no me quería... ¡Era malo!

¡Y qué sentimiento de dolor se reflejó en su rostro!

—Pero ten en cuenta que a él no se le podía exigir nada, Nelly. Según parece, no estaba en su juicio. Y murió sin conocimiento. Ya te conté yo cómo murió.

—Sí, pero él sólo se puso así el último mes que vivió. Solía pasarse aquí sentado todo el día, y si yo no venía a verlo, así se estaba dos y tres días, sin beber ni comer. Pero antes estaba mucho mejor.

—¿Cuándo antes?

—Antes que muriera mi *mámenka*.

—¿Es que tú le traías de comer y beber, Nelly?

—Sí.

—Pero ¿de dónde lo sacabas? ¿De casa de la Búbnova?

—No, yo nunca cogía nada de casa de la Búbnova —me replicó altivamente, con voz algo temblona.

—Pero ¿de dónde lo sacabas? Porque tú nada tenías.

—No —respondió Nelly y se puso enormemente pálida; luego posó en mí una larga, larga mirada.

—Yo salía a pedir limosna por las calles... Reunía cinco copecs y le compraba pan y rapé...

—¿Y él te lo consentía? ¡Nelly! ¡Nelly!

—Yo, al principio, salía sola y no le decía a él nada. Pero luego que lo supo, me mandaba él mismo a pedir. Yo me plantaba en la acera, pedía a los transeúntes, y él, en tanto, se ponía a dar vueltas por ahí, aguardando, y en cuanto veía que me daban algo, venía a mí y me quitaba el dinero, como si yo fuera a ocultárselo, como si no estuviese pidiendo para él.

Al decir aquello, sonreía de un modo cáustico, amargo.

—Todo eso fue al morirse mi *mámenka* —añadió. Él estaba ya como lelo.

—Por lo visto, quería mucho a tu *mámenka*. ¿Cómo es que no vivía con ella?

—No, no la quería... Era malo, y no llegó a perdonarla..., como ese mal viejo de ayer —dijo en voz baja, como en un murmullo, y cada vez estaba más pálida.

Yo me estremecí. El argumento de toda una novela destellaba en mi imaginación. Aquella pobre mujer, que muere en un sótano, en casa de un carpintero de ataúdes; su hija huérfana, visitando de cuando en cuando a su abuelo, que había maldecido a su madre; el anciano, extravagante y chiflado, muriendo en una pastelería, a raíz de la

muerte de su perro.

—Pero mire usted: Azorka era antes de mi *mámenka* —dijo de pronto Nelly, sonriendo a no sé qué evocación. El abuelito quería antes mucho a mi *mámenka*, y cuando mi *mámenka* se escapó de su casa, él se quedó con Azorka, que era de ella... Por eso quería tanto a Azorka... A mi mamá no la perdonó, pero cuando murió el perro, se murió él también —añadió gravemente Nelly, y la sonrisa se borró de su rostro.

—Nelly, ¿qué era él en ese entonces? —le pregunté, después de aguardar un rato.

—Antes era rico. Yo no sé lo que haya sido —me respondió. Tenía, según parece, una fábrica. Así me lo decía mi *mámenka*. Ella se figuraba al principio que yo era muy chica, y todo me lo contaba. No hacía más que besarme, y decirme: «Ya lo sabrás todo; ya llegará el tiempo, pobrecita, desgraciada mía». Y siempre me llamaba pobre y desdichada. Y por las noches, cuando se figuraba que yo estaba dormida, y yo, con toda intención, me hacía la dormida, no hacía más que llorar inclinada sobre mí, y me daba muchos besos, y decía: «¡Pobre desdichada!».

—¿Y de qué murió tu *mámenka*?...

—Tísica; ahora van a hacer seis semanas.

—¿Y tú te acuerdas de cuando tu abuelito era rico?

—¡Si yo entonces aún no había nacido! Mi *mámenka* escapó de su casa antes de que yo naciera.

—¿Y con quién escapó?

—No sé —respondió Nelly con voz queda y como cavilando. Ella se fue al extranjero, y allí nació yo.

—¿En el extranjero? Pero ¿dónde?

—En Suiza. Yo he estado allí y en Italia, y también he estado en París.

Yo me maravillé.

—¿Y te acuerdas de todo eso, Nelly?...

—De muchas cosas me acuerdo.

—¿Y cómo hablas tan bien el ruso, Nelly?

—Es que mi *mámenka*, aun estando allá, me enseñó el ruso. Era rusa, y rusa también su madre; pero el abuelo era inglés, aunque ya como si fuera ruso. Y cuando volvimos de allá con mi *mámenka*, hace año y medio, yo acabé de aprender la lengua. Mi mamá ya estaba enferma. Pasábamos mucha miseria. *Mámenka* no hacía más que llorar. Al principio, anduvo buscando mucho al abuelito, aquí, en Petersburgo, y no hacía más que decir que había obrado mal con él, y todo se le volvía llorar... ¡Cómo lloraba, cómo lloraba! Pero al enterarse de que el abuelito estaba también en la miseria, su llanto redobló. Dio en escribirle cartas y más cartas, pero él no contestaba a ninguna.

—¿Y por qué tu mamá se vino de allí? ¿Por causa de su padre?

—No sé. ¡Estábamos allí tan bien! —y a Nelly le relumbraron los ojos. Mi *mámenka* vivía sola conmigo. Tenía un amigo muy bueno, tan bueno como usted...

Lo había conocido aquí. Pero se le murió en el extranjero, y entonces mi *mámenka* se vino...

—¿De modo que fue con él con quien tu mamá se fugó?

—No; con él no. *Mámenka* se escapó de casa del abuelito con otro, que luego la abandonó...

—¿Y con quién se fugó, Nelly?

Nelly me miró y no respondió. Por lo visto, sabía con quién se había fugado su mamá y quién era su padre, pero le costaba trabajo decirme su nombre... Yo no quise mortificarla con preguntas. Era el suyo un carácter raro, nervioso y vehemente, pero que contenía sus arrebatos; simpático, pero hermético de puro orgulloso y desconfiado. Durante todo el tiempo que yo la traté, no obstante amarme con todo su corazón, con el amor más claro y radiante, casi igual al que profesaba a su madre muerta, de la que no podía acordarse sin dolor..., no obstante eso, rara vez era franca conmigo, y salvo ese día, casi nunca sentía la necesidad de hablar de su pasado; antes, por el contrario, parecía ocultármelo celosamente. Pero aquel día, por espacio de unas horas, entre dolores y convulsivos sollozos, que interrumpían su relato, me reveló todo lo que le dolía y mortificaba más en sus recuerdos, y jamás olvidaré aquella narración extraña. Pero lo principal de su historia lo dejaremos para más adelante.

Era una extraña historia: la historia de una mujer abandonada, que ha sobrevivido a su dicha; enferma, fatigada y abandonada de todo el mundo; rechazada por la última criatura en que podía esperar..., su padre, al que en otro tiempo ofendiera y que, a su vez, había acabado por perder el juicio a fuerza de disgustos y humillaciones insufribles. La historia de una mujer puesta en trance de desesperación, que, junto a su hija, a la que aún consideraba una niña, salía por las sucias y frías calles petersburguesas a pedir limosna; de una mujer que estuvo muriéndose luego meses enteros en un lóbrego sótano y a la cual el padre negó su perdón hasta el último instante de su vida, y luego, cuando se arrepintió y vino corriendo a perdonarla, sólo se encontró con un yerto cadáver, en vez de aquélla a quien amaba más que a todo el mundo. Era un relato singular de misteriosas y apenas comprensibles relaciones entre un anciano que había perdido el juicio y su nietecita, que ya entendía no obstante su tierna edad, mucho de aquello, fuera de lo cual no supo otra cosa años enteros de su tristísima y monótona vida.

Era una historia lúgubre, una de esas tristes y dolorosas historias, que con tanta frecuencia y sin sentir, casi en secreto, se desarrollan bajo el sombrío cielo petersburgués, en los lóbregos y escondidos tugurios de la enorme ciudad, entre vidas locas y espumantes, hondos egoísmos, intereses desenfrenados, repugnante perversidad y crímenes sangrientos; entre todo ese infierno de una vida desenfrenada y anormal...

Pero esta historia la dejaremos para más adelante...

TERCERA PARTE

I

Hacía rato ya que había oscurecido y llegado la noche, cuando me desperté a raíz de una lúgubre pesadilla y volví a recordar de la realidad.

—Nelly —dije—, tú ahora, estás enferma, quebrantada, y yo estoy obligado a dejarte sola, llena de emoción y de lágrimas. Amiga mía, perdóname, y ten la seguridad de que existe otra criatura amable, que tampoco ha sido perdonada; infeliz, ofendida y humillada. Me espera. Y yo mismo me siento tan atraído hacia ella ahora, después de tu relato, que me parece que no podría soportar no verla enseguida, en este mismo instante...

No sé si comprendería Nelly todo lo que le dije. Yo estaba como fuera de mí, tanto por la impresión que me había hecho su relato como por la reciente enfermedad. Pero me dirigí a casa de Natascha. Era ya tarde, las nueve, cuando llegué allí.

En la calle, a la puerta de la casa donde Natascha vivía, divisé un coche, y me pareció que era el del príncipe. Al piso de Natascha se accedía por el patio. No había hecho yo más que empezar a subir la escalera, cuando oí delante de mí, un escalón más arriba, a un individuo que subía a tientas, con cuidado, y que, por lo visto, no conocía la casa. Me figuré que sería el príncipe, pero no tardé en desechar esa idea. El desconocido que subía refunfuñaba y renegaba y con más vigor y energía, cuanto más subía. Cierto que la escalera era sucia, angosta y siempre a oscuras; pero aquellos juramentos que habían empezado en el tercer piso no se los habría yo podido atribuir al príncipe: el señor que subía delante de mí juraba como un cochero. Pero en el tercer piso ya empezaba a haber luz; ante la puerta de Natascha ardía siempre un farolillo. En la misma puerta alcancé yo a mi desconocido, y cuál no sería mi sorpresa al reconocer en él, efectivamente, al príncipe. Pareció resultarle sumamente desagradable encontrarse así tan a boca de jarro conmigo. En el primer momento no me reconoció, mas no tardó en cambiar por completo la expresión de su rostro. A la primera mirada suya, hostil y rencorosa, sucedió de pronto otra, afectuosa y alegre, y con cierto desusado alborozo me tendió sus dos manos.

—¡Ah, pero si era usted! Tentado estoy de postrarme de hinojos y pedirle a Dios la salvación de mi vida. ¿Ha oído usted cómo renegaba?

Y se echó a reír del modo más bonachón. Pero de pronto adoptó su semblante una

expresión seria y preocupada.

—¿Y Alioscha puede venir a ver a Natalia Nikoláievna en semejante tabuco? —dijo, moviendo la cabeza. Mire usted: hay minucias insignificantes y que, no obstante, caracterizan a un hombre. Yo temo por él. Es bueno, tiene un corazón noble, pero mire usted, por ejemplo: ama sin conocimiento y visita a quien ama en un tugurio como éste. Yo hasta he oído decir que a veces le ha faltado el pan —añadió en voz baja, buscando el llamador de la campanilla. A mí se me va la cabeza cuando pienso en su porvenir y, sobre todo, en el porvenir de Anna Nikoláievna, cuando sea su esposa.

Se equivocó de nombre, pero no lo notó, muy molesto por no atinar con la campanilla. Pero es que no había campanilla. Yo tiré del pestillo de la cerradura, y en seguida acudió Mavra a abrirnos, y nos recibió muy amable. En la cocina, separada de la minúscula antesala por un tabique de madera, se veían, por la puerta entornada, algunos preparativos. Todo estaba como siempre: limpio y primoroso. En la hornilla ardía fuego y encima de la mesa había una vajilla nueva. Saltaba a la vista que nos aguardaban. Mavra se dispuso a quitarnos los paletos.

—Alioscha, ¿está aquí? —le pregunté.

—No suele venir —me contestó como en secreto, en un susurro.

Entramos a ver a Natascha. En su habitación no se advertía preparativo alguno. Por lo demás, ella siempre lo tenía todo limpio y simpático, sin que hubiera que arreglar nada. Natascha salió a recibirnos, en pie, en la puerta. Yo quedé impresionado ante su rostro, consumido y sumamente pálido, no obstante brillar por un momento el carmín en sus mortecinas mejillas. Sus ojos eran febriles. En silencio y aturrullada, tendió la mano al príncipe, visiblemente alterada y descompuesta. A mí ni siquiera me miró. Yo seguía en pie, y aguardaba en silencio.

—¡Ya me tiene usted aquí! —exclamó amistosa y jovialmente el príncipe. Sólo hará unas horas que regresé. En todo ese tiempo no se me apartó usted del pensamiento —besó con ternura su mano—, y ¡cuánto, cuánto he pensado en usted! ¡Cuántas cosas tengo que decide, que contarte! En fin, ya hablaremos de todo. En primer lugar, no veo aquí a mi ciclón...

—Permítame usted, príncipe —le atajó Natascha, ruborizándose y sonriendo. Necesito decirle dos palabras a Iván Petróvich. Vania, ven acá..., dos palabras...

Me cogió de la mano y me condujo tras el biombo.

—Vania —me dijo en voz baja, llevándome al rincón más oscuro—, ¿me perdonas?

—¡Natascha, basta! ¿Por qué no?

—No, no, Vania, tú me estás perdonando a cada paso y con demasiada frecuencia, pero toda paciencia tiene su término. Tú a mí nunca dejarás de quererme, lo sé, pero podrás llamarme ingrata, y yo ayer y anteayer me porté contigo como una ingrata, egoísta y cruel...

De pronto rompió en llanto y apoyó su cara en mi hombro.

—¡Basta, Natascha! —me apresuré a disuadirla. Mira, yo he estado muy mal toda la noche pasada, y hoy mismo a duras penas me sostengo en pie. Es por eso que no vine a verte ni ayer por la noche ni hoy en todo el día, y tú te imaginaste que estaba enfadado. Pero, querida amiga mía, ¿acaso no sé yo lo que ahora pasa en tu alma?

—Eso quiere decir entonces que me perdonas como siempre —dijo ella, sonriendo por entre sus lágrimas y estrechándome la mano hasta hacerme doler. Lo demás queda para luego. Tengo muchas cosas que decirte, Vania. Pero ahora vamos con él.

—Enseguida, Natascha; lo hemos dejado solo tan de repente.

—Tú verás, tú verás lo que haya de ser —murmuró aprisa. Ahora yo lo sé todo: todo lo había adivinado. El culpable de todo es él. Esta noche ha de ser decisiva. ¡Vamos allá!

Yo no le entendí bien, pero no tuve tiempo de preguntarle. Natascha se acercó al príncipe con alegre sonrisa. Él seguía en pie, con el sombrero en la mano. Ella, muy jovial, me disculpó con él, le tomó el sombrero, le ofreció una silla, y los tres nos sentamos en torno a la mesa.

—Empecé a hablarle de mi ciclón —continuó el príncipe. Yo lo vi sólo un momento, y, eso, en la calle, cuando se disponía a dirigirse a casa de la condesa Zinaida Fiodórovna. Tenía una prisa horrible, y figúrense ustedes: ni siquiera se dignó pasar conmigo a mis habitaciones, después de cuatro días de no vernos. Por lo visto, Natascha Nikoláievna, yo tengo la culpa de que él no esté ya aquí y yo haya llegado antes que él. Yo aproveché la ocasión, y, como no podía ir hoy a ver a la condesa, le traspasé a él el encargo. Pero enseguida estará aquí.

—¿Le prometió a usted con seguridad que vendría hoy? —le preguntó Natascha, dirigiendo al príncipe la mirada más ingenua.

—¡Ah, Dios mío, no faltaba más! ¿Por qué me lo pregunta usted? —exclamó el príncipe, mirándola asombrado. Aunque, después de todo, lo comprendo: usted está enfadada con él. Efectivamente, no está bien eso de que llegue el último. Pero, se lo repito, el culpable de todo soy yo. No lo culpe usted a él. Él es aturdido, un ciclón. Yo no lo defiendo, pero ciertas circunstancias especiales exigen, no sólo que no abandone ahora la casa de la condesa y de otras relaciones nuestras, sino, por el contrario, que las frecuente lo más posible. Pero como él, de seguro, ahora no se mueve de casa de usted y se olvida de todo el mundo, no se enoje usted si alguna vez se lo quito por un par de horitas solamente para mis encargos. Estoy seguro de que él no ha estado todavía ni una vez siquiera en casa de la princesa K*** desde aquella noche, y siento mucho no haber tenido tiempo de preguntárselo hace un rato...

Yo miré a Natascha. Oía al príncipe con una sonrisa levemente irónica. Pero hablaba él tan francamente, con tanta naturalidad... Parecía no haber el menor motivo para sospechar de sus palabras.

—Pero ¿de veras ignora usted que en todos estos días no ha aparecido ni una sola vez por aquí? —le preguntó Natascha con voz queda y tranquila, como si hablase del

suceso más vulgar.

—¿Qué dice? ¿Que ni una vez ha estado aquí? Por favor, ¿qué es esto? —exclamó el príncipe, al parecer extraordinariamente sorprendido.

—Usted estuvo a verme el martes ya tarde, por la noche. A la siguiente mañana vino él a verme y estuvo conmigo una media hora, y desde entonces no lo he vuelto a ver.

—¡Pero eso es inverosímil! —estaba cada vez más asombrado. ¡Y yo que me figuraba que él no saldría de aquí! Dispéñeme, es esto tan raro..., sencillamente increíble.

—No obstante, es verdad, y muy triste. Yo expresamente lo aguardaba a usted: pensaba saber por usted dónde se encuentra.

—¡Ah, Dios mío! ¡Pero si enseguida estará aquí! Lo que acaba usted de decirme hasta tal punto me choca, que yo..., se lo confieso a usted, yo no esperaba de él semejante cosa.

—¡Cómo se asombra usted! Y yo que me figuraba que usted no sólo no había de asombrarse, sino que hasta estaría enterado de que así era...

—¿Enterado? ¿Yo? Pues le aseguro a usted, Natascha Nikoláievna, que sólo lo he visto hoy un momento y a nadie he preguntado por él. Me parece muy extraño que usted no me crea... —continuó, mirándonos a ambos.

—¡Dios me libre! —exclamó Natascha. Estoy firmemente convencida de que usted dice verdad.

Y volvió a sonreír francamente, en la cara del príncipe, de un modo que a él no le hizo, al parecer, ni pizca de gracia.

—Explíquese usted —dijo con azoramiento.

—¡Pero si no hay nada que explicar! Yo hablo con toda sencillez. Usted sabe lo que él es. Pues bien; como ahora le han dado plena libertad, se divierte.

—Pero divertirse hasta ese extremo es imposible. Aquí hay algo más, y en cuanto yo le eche la vista encima, lo obligaré a explicármelo todo. Pero lo que más me sorprende es que usted parezca culparme a mí de algo, cuando yo ni siquiera he estado aquí. Por lo demás, Natascha Nikoláievna, veo que está usted muy enfadada con él, y eso es incomprensible. Usted está para eso en todo su derecho, y..., naturalmente, yo soy el primer culpable, aunque solamente por haber sido el primero en venir, ¿no es cierto? —continuó, dirigiéndose a mí con irritada zumba.

Natascha se acaloró.

—Permítame usted, Natascha Nikoláievna —prosiguió el príncipe con dignidad —; estoy de acuerdo en que yo soy culpable, pero sólo de haberme ido de viaje al día siguiente de habernos conocido, por lo que usted, en virtud de cierto recelo que observo en su carácter, ya se apresuró a cambiar de opinión respecto a mí, tanto más cuanto que a ello daban pie las circunstancias. Pero, de no haberme ido, usted me conocería más a fondo, y Alioscha bajo mi vigilancia no se habría descarriado. Ya oirá usted misma hoy lo que voy a decirle...

—Con eso hará usted que me tome aversión. Es imposible que usted, con su talento, crea realmente que de ese modo puede serme útil.

—Supongo que no querrá usted dar a entender que yo, con todo intento, trato de conseguir que él le tome aversión. Usted me ofende, Natascha Nikoláievna.

—Yo procuro siempre evitar toda indirecta con las personas con quienes hablo, sean quienes fueren —respondió Natascha. Por el contrario, siempre me esfuerzo por expresarme con toda claridad, y puede que hoy mismo me sea fácil demostrárselo a usted. No tengo intención alguna de ofenderlo, ni siquiera que tome usted a mal palabras que no he dicho. De esto estoy completamente segura, porque comprendo muy bien nuestras recíprocas relaciones; usted no ha podido decir eso seriamente, ¿verdad? Pero si, en efecto, lo hubiera yo ofendido, dispuesta estoy a solicitar su perdón para cumplir en todo con usted los deberes de la... hospitalidad.

No obstante el tono ligero y jocosos con que Natascha pronunció aquellas palabras, con la sonrisa en los labios, nunca la había visto yo tan excitada. Hasta entonces no me había dado cuenta hasta qué extremo le había dolido el corazón en aquellos tres días. Sus enigmáticas palabras en cuanto a que ya lo sabía todo y todo lo había adivinado me causaron inquietud. Se referían directamente al príncipe. Había cambiado de opinión respecto a él y lo consideraba como su enemigo...; eso era evidente. Estaba claro que atribuía a su influencia su fiasco con Alioscha, y quizá no le faltase razón. Yo temía que se produjese entre ellos súbitamente una escena. Su tono chancero era demasiado transparente, harto diáfano. Sus últimas palabras al príncipe, diciéndole que él no podía tomar sus relaciones en serio, y pidiéndole perdón en nombre de los deberes de la hospitalidad, así como su promesa, en tono de amenaza, de demostrarle aquella misma noche que sabía hablar con franqueza..., todo aquello era hasta tal punto sincero y explícito, que no era posible que el príncipe no lo comprendiera. Yo veía que él se había inmutado, sólo que acertó a dominarse. Inmediatamente puso semblante de no haber reparado en aquellas palabras, de no haber entendido su verdadera intención, y, naturalmente, las tomó a broma.

—¡Dios me guarde de pedir explicaciones! —encareció sonriendo. Yo no pretendía eso en modo alguno, y no entra, por lo demás, en mis reglas de conducta el pedirle explicaciones a una mujer. Ya en nuestra primera entrevista tuve cuidado de prevenirla a usted sobre mi carácter, y, por lo tanto, usted seguramente no se enfadará conmigo por una simple observación, tanto más cuanto que se refiere, en general, a todas las mujeres. Usted también, de seguro, estará de acuerdo con esa observación —continuó, dirigiéndose a mí con mucha amabilidad. Observaba yo concretamente que el carácter femenino presenta siempre ciertos rasgos que hacen que si, por ejemplo, una mujer resulta culpable de algo, antes se aviene a tratar de compensar su falta con mil halagos que a reconocer su culpa en el mismo instante de cometerla, a confesarse culpable y pedir perdón. Efectivamente, si usted supusiera que me había ofendido, yo, en el mismo instante, con toda intención, no querría explicaciones; éstas me serían más útiles luego, cuando usted reconociese su error y quisiese

repararlo... con mil halagos. Y usted es tan buena, tan honrada, tan sincera, que, al momento de arrepentirse, presiento que estaría encantadora. Pero mejor que presentarme disculpas será que me diga si no podría yo mismo demostrarle que procedo con usted con más sinceridad y franqueza de lo que usted se imagina.

Natascha se puso encarnada. A mí también me parecía que en la respuesta del príncipe había demasiada ligereza, hasta excesivo desenfado, algo así como una jocosidad intempestiva.

—¿Querría usted demostrarme que procede conmigo de un modo sincero y franco? —preguntó Natascha, mirándolo con gesto retador.

—Sí.

—Pues, si es así, conteste usted a una pregunta.

—De antemano se lo prometo.

—Hela aquí: no moleste usted a Alioscha con una palabra ni con una alusión, respecto a mí, ni hoy ni mañana. Ni un solo reproche por tenerme olvidada, ni una sola reprensión... Yo misma quiero recibirlo como si entre nosotros nada hubiera pasado, a fin de que no pueda notar nada. ¿Me da usted su palabra de hacerlo así?

—Con sumo gusto —respondió el príncipe. Y permítame usted añadir de todo corazón que rara vez he encontrado quien, con tan sensato y claro criterio, sepa ver una cuestión de esta índole... Pero yo creo que ya está aquí Alioscha.

En efecto, en la antesala había sonado ruido. Natascha se estremeció y pareció percibir algo. El príncipe siguió sentado con grave semblante y a la expectativa; seguía atentamente con la vista a Natascha. Pero se abrió la puerta y entró rápidamente Alioscha.

II

Entró con expresión radiante, alegre, jovial. Saltaba a la vista que había pasado muy contento y feliz aquellos cuatro días. En su cara traía escrito que quería comunicarnos algo.

—¡Ea, aquí me tienen! —dijo, esparciendo la mirada por todo el cuarto. Aquí está el que debería haber venido antes que ninguno. Pero ahora mismo lo sabrán todo, todo. Antes, *pápascha*, no pude cambiar ni dos palabras contigo, y tenía que decirte muchas cosas. Sólo en sus ratos buenos me permito tratarlo de tú —se interrumpió, dirigiéndose a mí. ¡Dios mío, en cualquier otro momento me lo prohíbe! ¡Y hay que ver la técnica que emplea: empieza él mismo por hablarme de usted! Pero desde este día yo quiero que él esté siempre de buena, y lo haré así. En general, yo he experimentado un cambio completo en estos cuatro días, un cambio radical, radical, y ahora se los contaré todo. Pero esto, luego. Ahora, lo principal: ¡ya la tengo otra vez a ella! ¡Ya la tengo otra vez!... ¡A ella! ¡Natascha, palomita mía, buenas noches, angelito mío! —dijo, sentándose a su lado y besándole la mano con avidez. ¡Cuánta pena te habré causado estos días! ¡Pero qué quieres!... ¡No puedo, no puedo corregirme! ¡Amiga mía! Parece que has adelgazado un poco, y ¡qué paliducha estás!

...

Con entusiasmo le cubría las manos de besos, mirándola ávidamente a sus hermosos ojos, como si no pudiera apartar los suyos. Yo miraba a Natascha, y adivinaba en su semblante que ambos pensábamos lo mismo: él era inocente. Pero, siendo así, ¿cómo aquel inocente podía resultar culpable? Un vivo arrebol se difundió de pronto por las pálidas mejillas de Natascha, como si su sangre, concentrada en su corazón, afluyera luego a su cabeza. Sus ojos echaban fuego, y miraba ufana al príncipe.

—Pero ¿dónde... estuviste... tantos días? —exclamó con voz débil y entrecortada.

Respiraba difícil y desigualmente. ¡Dios mío, cómo lo amaba!

—Es el caso que yo, en cierto modo, parece que soy culpable para contigo; eso es, parece. Desde luego, culpable, lo sé; y, porque lo sé, vine. Katia, ayer y hoy, me dijo que no hay mujer que perdona semejante abandono (ella está enterada de todo lo que pasó aquí el martes; yo se lo conté al día siguiente). Yo me puse a discutir con ella; le demostré, le dije que esa mujer se llama Natascha, y que quizá en todo el mundo no se la encuentre igual, Katia; y vine aquí sabiendo, naturalmente, que ganaría la discusión. ¿Acaso un ángel como tú no podría perdonar? «Cuando no viene, seguramente está ocupado o es que ha dejado de amarme...», algo por el estilo habrá pensado mi Natascha. Pero ¿es que podría yo dejar de amarte? ¿Es posible? Todo mi corazón me dolía por ti. Y, sin embargo, soy culpable. Sólo que, cuando lo sepas todo, tú serás la primera en disculparme. Ahora mismo te lo contaré todo. Necesito desahogar mi alma con todos ustedes, y para eso vine. Hubiera querido hoy,

de haber tenido un segundo libre, venir a verte en un vuelo para darte un abrazo, pero no pudo ser; Katia me mandó llamar con urgencia para un asunto importantísimo. Fue estando yo todavía en el coche, *pápascha*, y tú lo presenciaste; era la segunda vez que, cediendo a otro requerimiento de Katia, me dirigía a su casa. Porque has de saber que nosotros ahora nos pasamos el día entero mandándonos correos con cartitas de una casa a otra. Iván Petróvich, su carta no la pude leer hasta la noche, y tiene usted sobrada razón en cuanto me escribe. Pero ¿qué hacer? ¡Imposibilidad física! De suerte que yo pensaba: «Mañana por la noche me disculparé con todos». Porque ya esta noche me habría sido imposible no venir a verte, Natascha.

—¿A qué carta te refieres? —preguntó Natascha.

—Fue que estuvo él en mi casa, no me encontró, naturalmente, y me dejó una carta reconviniéndome por no venir a verte, y tenía razón de sobra. Eso fue anoche.

Natascha me miró.

—¡Pero si te quedaba tiempo para estar desde por la mañana hasta la noche en casa de Katerina Fiodórovna! —insinuó el príncipe.

—Ya sé, ya sé lo que vas a decir —le atajó Alioscha. «Si tenías tiempo para estar con Katia, doble motivo entonces para venir aquí». Perfectamente de acuerdo, y hasta añadiré por mi cuenta: no doble motivo, sino un millón de motivos más. Pero, en primer término, ocurren cosas extrañas, inesperadas, en la vida, que todo lo alteran y perturban. Pues a mí me ocurrió una cosa de éstas. Ya les dije yo mismo que en estos días había experimentado un cambio radical, de pies a cabeza. ¡Como que han surgido circunstancias gravísimas!

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué es lo que te ha pasado? ¡No te interrumpas, por favor! —exclamó Natascha, sonriendo a la vehemencia de Alioscha.

Efectivamente, resultaba algo ridículo: se aturrullaba, se le atragantaban las palabras que salían de su boca, atropellándose las unas a las otras, a veces sin ilación, con cierta algarabía. Todo su afán era hablar, hablar, referir. Pero, en tanto hablaba, no soltaba la mano de Natascha, y a cada instante se la llevaba a los labios, como si no se hartara de besársela.

—¡En el fondo, cuántas cosas me han pasado!... —continuó Alioscha. ¡Ay, amigos míos! ¡Lo que he visto, lo que he hecho, la gente que he conocido! En primer lugar Katia: ¡qué beldad! ¡Yo no la conocía en absoluto, no la conocí hasta ahora! Y el martes, al hablarte yo de ella, Natascha..., ¿recuerdas con qué entusiasmo lo hice? Y eso que entonces apenas si la conocía. Ella se recató de mí hasta este mismísimo instante. Pero ahora nos conocemos a fondo los dos. Nos hablamos ya de tú. Pero empezaré por el principio. En primer término, Natascha, si tú hubieses podido oír lo que a propósito de ti me dijo cuando, al otro día, el miércoles, le referí lo que aquí había ocurrido entre nosotros... Y en efecto, recuerdo qué estúpidamente me porté contigo cuando vine a verte por la mañana del miércoles. ¡Tú me recibiste emocionada, aún trastornada por nuestra nueva situación; querías hablar conmigo de todo eso, estabas triste y, al mismo tiempo, coqueteabas y jugabas conmigo. Yo, en

cambio, qué tío tan serio me volví de pronto! ¡Oh, idiota!, ¡idiota! ¡Por Dios que yo también quería dar a entender, recalcar, que pronto sería un hombre, un hombre serio! Y con quién fui a darme tono; ¡pues contigo! ¡Ay, cuánto te reirías de mí, y qué merecidas tengo yo esas risas!

El príncipe permanecía silencioso, y con cierta sonrisa irónica y triunfal contemplaba a Alioscha. No parecía sino que se alegraba de que su hijo se mostrase tan atolondrado y hasta ridículo. Toda aquella noche no dejé de observarlo, y pude ver perfectamente que no amaba ni pizca a su hijo, no obstante estar siempre hablando del vehemente amor de padre que por él sentía.

—Desde aquí me dirigí a ver a Katia —dijo Alioscha, continuando su relato. Ya he dicho que hasta esta mañana no empezamos a conocernos bien el uno al otro, y es raro el modo como eso ocurrió. Ni siquiera me acuerdo... Algunas palabras ardorosas, algunas emociones y pensamientos francamente enunciados, y... henos aquí, aproximados para siempre. Es menester, es menester que la conozcas, Natascha. ¡Cómo me hablaba de ti! ¡Cómo te interpretaba! ¡Cómo me explicaba el tesoro que tú eras para mí! ¡Poco a poco me iba exponiendo todas sus ideas y todo su modo de pensar acerca de la vida! ¡Qué chica tan seria, tan entusiasta!... Me hablaba del deber, de nuestro destino, de la obligación en que todos estamos de servir a la humanidad, y así estuvimos juntos unas cinco... o seis horas, hablando, hasta terminar jurándonos amistad eterna y actuar siempre juntos en la vida.

—¿Actuar en qué? —preguntó el príncipe con asombro.

—Yo he experimentado tal cambio, *pápascha*, que todo esto te tiene, sin duda, que causar extrañeza; hasta presiento de antemano tus objeciones —replicó solemnemente Alioscha. Ustedes son gente práctica; sólo se atienen a reglas viejas, serias, rigurosas; pero todo lo nuevo, todo lo juvenil y lozano, lo miran con recelo, con hostilidad, con sarcasmo. Pero yo no soy ya el que era hace sólo unos días. ¡Soy otro! ¡Yo tengo el valor de mirar a todo el mundo a la cara! Al saber que mi convicción es justa, la sigo hasta sus últimas consecuencias, y no apartándome del camino, soy un hombre honrado. Para mí es bastante. Digan después lo que quieran; yo estoy seguro de mí mismo.

—¡Bravo! —exclamó el príncipe, sonriendo.

Natascha nos miró intranquila. Temía por Alioscha. Solía con frecuencia, al hablar, lanzarse a digresiones nada provechosas para él, y ella lo sabía. No quería que Alioscha se pusiera en ridículo delante de nosotros, y sobre todo, delante de su padre.

—Pero ¿qué dices, Alioscha? Eso es pura filosofía —dijo ella—; no cabe duda que alguien te ha iniciado... Pero mejor sería que contases...

—¡Pero si estoy contando!, —exclamó Alioscha. Ahora verás: Katia tiene dos parientes lejanos, dos primos, creo: Lévínska y Bórincka, el uno estudiante y el otro, sencillamente, un pollito. Se trata con ellos, y ellos son..., sencillamente, ¡unos tipos raros! A la condesa apenas van a verla, por cuestión de principios. Cuando estaba yo hablando con Katia del destino del hombre, de la vocación y demás cosas por el

estilo, ella me los mencionó, y en seguida me entregó una carta de presentación para ellos. Yo volé a conocerlos. Aquella misma noche tuvimos ocasión de hablar. Había allí doce personas de condición diversa: estudiantes, oficiales, artistas, un escritor... Lo conocen a usted todos, Iván Petróvich, quiero decir que han leído sus obras y aguardan mucho de usted para el futuro. Así me lo dijeron ellos mismos. Yo les dije que era amigo suyo, y les ofrecí presentarlo. Todos ellos me acogieron como a hermano, con los brazos abiertos. Yo, desde el primer momento, les anuncié que no tardaría en casarme, de suerte que me trataron ya como a hombre casado. Viven en el quinto piso: bajo las tejas se reúnen, con la mayor frecuencia posible, en casa de Lévin y Bórin. Son todos jóvenes muy despiertos; todos ellos animados de ardiente amor a toda la humanidad. Todos hablaron de nuestro presente y nuestro futuro, de ciencias, de literatura, ¡y si vieran qué bien hablaban, con qué franqueza y sencillez...! También va allí un gimnasta. ¡Cómo se tratan entre sí, qué buenos son todos!... ¡Yo no había visto hasta ahora criaturas semejantes! ¿Dónde había vivido yo hasta ahora? ¿Qué era lo que yo había visto? ¿En qué me ocupaba? Tú, Natascha, eras la única que me había hablado a mí de ese modo. ¡Ah, Natascha, tú tienes que venir a conocerlos! Katia ya los conoce. Hablan de ella casi con reverencia, y Katia les ha dicho ya a Lévin y a Bórin que en cuanto entre en posesión de sus bienes sacrificará un millón en aras de la utilidad general.

—Y los administradores de ese millón, ¿serán, sin duda, Lévin y Bórin y demás compañeros? —preguntó el príncipe.

—¡No hay tal! ¡Es una vergüenza, padre, hablar así! —exclamó con vehemencia Alioscha. ¡Ya me figuraba que ibas a salir con eso! Pero de ese millón se habló y discutió allí largo y tendido. ¿En qué emplearlo? Finalmente, decidieron que, ante todo, en la civilización general...

—Yo, en realidad, no conocía en absoluto hasta ahora a Katerina Fiodórovna —observó el príncipe, como hablando consigo mismo, sin dejar su zumbona sonrisa. Aunque me esperaba muchas cosas de ella, francamente, eso...

—¿Qué tienes que decir de eso? —lo interrumpió Alioscha. ¿Por qué te asombra tanto? ¿Porque se sale de tus carriles? ¿Porque nadie hasta ahora sacrificó un millón y ella lo sacrifica? ¿Qué tiene eso de particular? ¿Qué le importa a nadie que ella no quiera vivir a expensas de otro?... Porque vivir de esos millones significa vivir a expensas de otro (yo no lo sabía hasta ahora). Ella quiere ser útil a la patria y a todos y contribuir con su óbolo a la utilidad general. Del óbolo ya se habla en las Escrituras, y si ese óbolo se convierte en un millón, ¿qué más da? ¿Y en qué se funda toda esa cacareada sensatez en que tanta fe tuve yo hasta aquí? ¿Por qué me miras de ese modo, *atiéts*^[7]? Cualquiera diría que tienes delante de ti a un payaso, a un imbécil. Bueno... y ¿qué importa ser imbécil? ¿No oíste tú, Natascha, lo que acerca de esto dijo Katia? «No es el talento lo principal, sino lo que lo rige... La naturaleza, el corazón, las nobles cualidades, la cultura...». Pero, en este terreno es importante la genial expresión de Bezmiguin. Este Bezmiguin es un amigo de Lévin y Bórin, y

aquí, entre nosotros, un cerebro, y un cerebro verdaderamente genial. ¡Anoche mismo lo demostró en la discusión! «¡El idiota que se reconoce idiota ya no es idiota!». ¡Cuánta razón! Frases como ésa las dice a cada paso. ¡Dice cada verdad...!

—¡Genial, efectivamente! —observó el príncipe.

—Tú de todo te burlas. Pero es el caso que a ti no te he oído nunca nada semejante, ni tampoco a nadie de vuestra sociedad. Entre vosotros, por el contrario, todo se aplasta, se apega al suelo, para que todas las estaturas y todas las narices se ajusten infaliblemente a determinadas medidas, a determinadas reglas... ¡Como si eso fuera posible! ¡Como si eso no fuera mil veces más imposible que lo que nosotros decimos y pensamos! ¡Y todavía nos llaman utópicos! ¡Si hubieses oído las cosas que ellos me dijeron anoche!

—Pero ¿qué es eso que ustedes dicen y piensan? Cuenta, Alioscha, que yo hasta ahora no comprendo —dijo Natascha.

—Pues, en términos generales, todo cuanto se refiere al progreso, al humanismo, al amor; todo esto constituye los problemas de nuestro tiempo. Nosotros hablamos de la cosa pública, de las reformas que empiezan a realizarse, del amor a la humanidad, de los factores contemporáneos; nosotros nos reunimos y leemos. Pero lo principal es que nos damos unos a otros la palabra de expresarnos entre nosotros con absoluta sinceridad y franqueza, sin andar con tapujos. Sólo la sinceridad, sólo la franqueza puede conseguir sus fines. De esto particularmente se trata. Bezmiguin. Yo le hablé de esto a Katia, y ella está de acuerdo en todo con Bezmiguin. Así que todos nosotros, bajo la dirección de Bezmiguin, nos hemos comprometido a proceder con honradez y franqueza toda la vida, y digan lo que quieran de nosotros, y nos juzguen como nos juzguen..., no afectarnos por nada, no avergonzarnos de nuestros entusiasmos, de nuestras convicciones ni de nuestros errores, y caminar siempre derecho. Si tú quieres que te respeten, debes empezar por respetarte a ti mismo; sólo así, sólo con este respeto a ti mismo obligarás a los demás a respetarte. Así decía Bezmiguin, y Katia estaba en absoluto de acuerdo con él. En general, nosotros ahora discutimos acerca de nuestras convicciones y nos dedicamos a reflexionar sobre ellas cada uno por su lado; pero luego, todos juntos, cambiamos impresiones.

—¡Pero qué galimatías!... —exclamó el príncipe, inquieto. ¿Y quién es ese Bezmiguin? No. Eso no es posible dejarlo así...

—¿Qué es lo que no se puede dejar así? —preguntó Alioscha. Oye, *atiéts*: ¿sabes por qué yo digo ahora todo esto delante de ti? Pues porque quiero y espero atraerte a nuestro círculo. Ya he dado allí mi palabra en tu nombre. Tú sonríes; claro, ya sabía yo que habías de tomarlo a broma. Pero escucha ¡tú eres bueno, noble; tú comprendes! ¿No sabes que tú no has visto nunca a esos individuos ni has oído hablar de ellos?... Supongamos, no obstante, que estás al tanto de todo eso, que estás enterado de todo, que eres enormemente culto; pues, aun así, siempre te faltará haberlos conocido, haberlos tratado, de suerte que no podrás juzgarlos debidamente. Tú te figuras solamente que sabes. Pero no, tú debes ir a verlos, oírlos, y, luego...,

¡mi palabra te doy de que serás uno de los nuestros! Y lo principal es que yo quiero emplear toda clase de medios para salvarte de que te pierdas en tu sociedad, a la que tanto te aferras, y de tus convicciones.

El príncipe, en silencio y con cáustica sonrisa, escuchó toda aquella perorata; malignidad reflejaba su semblante. Natascha lo miraba con patente aversión. Harto lo notaba él, sólo que se hacía el desentendido. Pero al terminar Alioscha, el príncipe soltó la carcajada. Hasta se retrepó en el asiento, como si le faltaran fuerzas para sostenerse. Pero aquella carcajada era, indudablemente, postiza. Bien a las claras se veía que se reía únicamente con el fin de poner en ridículo y humillar a su hijo. Alioscha, efectivamente, se afectó mucho; todo su semblante expresaba una inmensa pena. Pero aguardó paciente a que terminase el ataque de hilaridad de su padre.

—*Atiéts...* —empezó con tristeza—, ¿por qué te ríes así de mí? Yo me he dirigido a ti franca y abiertamente. Si, a tu juicio, digo tonterías, hazme ver la razón, pero no te burles de mí. ¿Y de qué te ríes? ¿De lo que yo tengo ahora por santo y sublime? Vamos a ver: supongamos que yo esté equivocado, que todo esto sea falso, erróneo; supongamos que yo sea un imbécil, como tú algunas veces me llamas; pero, si me equivoco, lo hago honrada, sinceramente; y no por eso pierdo mi nobleza de alma. Yo me entusiasmo por altas ideas. Supongamos que sean falsas; pero su fundamento es sagrado. Ya empecé por decirte que ni tú ni los tuyos me dijeron nunca nada que me guiara, que me llevara tras de ustedes. Al rechazar esas cosas, dime algo mejor, y te seguiré, pero no te rías de mí, porque eso me hiere en lo más vivo.

Alioscha pronunció esas palabras con extraordinaria nobleza y como con severa dignidad. Natascha lo miraba con simpatía. El príncipe oía a su hijo maravillado, y en seguida cambió de tono.

—No, no tuve la menor intención de ofenderte, amigo mío —le respondió—; antes al contrario, lo que hago es compadecerte. Tú te dispones a dar un paso en la vida de tal trascendencia, que ante él deberías dejar de ser un chico aturdido. He ahí mi pensamiento. Yo me reí sin querer, y en absoluto tuve intención de ofenderte.

—¿Pues por qué entonces me pareció así? —siguió Alioscha con amargura. ¿Y por qué hace mucho tiempo ya me parece que me miras con ojos hostiles, con fría sonrisa, y no como un padre a su hijo? ¿Por qué a mí me parece que si yo estuviera en tu puesto no me reiría tan ofensivamente de un hijo mío como tú te ríes de mí? Mira, expliquémonos francamente ahora mismo, de una vez para siempre, para que no nos quede duda alguna. Y... quiero decir toda la verdad: al entrar aquí me pareció que se producía algún revuelo. No esperaba yo encontrarlos a todos reunidos. ¿Tengo razón o no? Pues, si es así, ¿no sería mejor que cada cual manifestara sus sentimientos? ¡Cuántos males se pueden evitar con la franqueza!...

—¡Habla, habla, Alioscha! —dijo el príncipe. Eso que nos propones está muy bien. Acaso por ahí sería preciso empezar —añadió, mirando a Natascha.

—No te enojas conmigo por mi franqueza —empezó Alioscha. Tú mismo la quieres, tú mismo la reclamas. Escucha. Tú has consentido en mi casamiento con

Natascha; tú me has proporcionado esa dicha, y, para ello, te has vencido a ti mismo. Eres generoso, y nosotros todos apreciamos tu noble conducta. Pero ¿por qué ahora tú, con cierta alegría, estás continuamente dándome a entender que soy todavía un chiquillo y que no soy apto en absoluto para marido, y, por si eso fuera poco, parece como que quieres ponerme en ridículo, humillarme y hasta despreciarme ante los ojos de Natascha? Tú te pones muy contento siempre que puedes en alguna cosa hacerme aparecer ridículo. No es ahora cuando lo he notado, sino hace ya mucho tiempo. Se diría que cifras un empeño especial en convencernos de que nuestra boda sería ridícula, estúpida, y que, para nada hacemos buena pareja. En verdad que no parece sino que tú no crees en aquello a que nos destinás, como si considerases todo esto como una broma, como una divertida situación de vodevil... Y te advierto que no deduzco esto solamente de tus palabras hoy. La otra noche misma, el martes, al volverme contigo desde aquí, te oí ciertas expresiones extrañas que me asombraron y hasta me irritaron. Y el miércoles, al partir, también hiciste algunas alusiones a nuestra situación actual, y dijiste de ella... no, nada ofensivo; al contrario; pero sí algo que yo no hubiera querido oírte, algo demasiado ligero, desamorado e irrespetuoso para ella... Sería difícil definirlo, pero el tono era claro: el corazón oye. Dime que estoy equivocado. Disuádeme, alientame, y... y a ella también, porque también a ella la has mortificado. He podido adivinarlo a la primera ojeada, al entrar...

Alioscha dijo todo eso con ardor y entereza. Natascha lo oía con cierta solemnidad y muy emocionada, con el rostro encendido, y por dos veces murmuró para sí en el transcurso de su peroración: «¡Sí, así es, así es!». El príncipe se cohibió.

—Amigo mío —le replicó—, yo, naturalmente, no puedo recordar todo cuanto te haya dicho, pero es muy raro que tomes mis palabras en ese sentido. Estoy dispuesto a convencerte de tu error por todos los medios a mi alcance. El que ahora me haya reído es muy comprensible. Te diré que con mi risa trataba de disimular mi amargura. Cuando imagino ahora que no tardarás en casarte, se me antoja perfectamente imposible, insensato y, perdóneme, hasta grotesco. Tú me recriminas por esa risa, pero yo te digo que todo eso es por tu culpa. Acusaré también yo: puede que yo mismo haya cuidado poco de ti en mis últimos tiempos, y por eso hasta esta misma noche no me haya enterado de para qué puedes ser útil. Ahora ya me echo a temblar cuando pienso en tu porvenir con Natascha Nikoláievna. Obré con ligereza; ahora veo que ustedes son muy distintos el uno del otro. Todo amor pasa, pero la desigualdad queda. No hablo ya de tu destino; pero piensa, si tienes siquiera buenas intenciones, en que te pierdes tú y pierdes al mismo tiempo a Natascha Nikoláievna, decididamente. Has estado aquí una hora entera hablando del amor a la humanidad, de la nobleza de las convicciones, de esos individuos excelentes que acabas de conocer, pero pregúntale a Iván Petróvich qué le decía yo hace poco, cuando subíamos hasta este cuarto piso por esa repelente escalera, y nos parábamos ante la puerta dándole gracias a Dios por habernos salvado la vida y los pies. ¿Sabes qué fue

lo que involuntariamente se me ocurrió? Pues me maravillaba de que tú, que tanto quieres a Natascha Nikoláievna, puedas avenirte a que ella viva en semejante tugurio. ¿Cómo no adivinas que si no tienes medios, si no estás en condiciones de cumplir con tus deberes, tampoco tienes derecho a casarte ni a echar sobre ti ninguna responsabilidad? El amor solo de nada vale; el amor se demuestra con actos, y tú piensas de este modo: «Aunque tengas que sufrir a mi lado, has de vivir conmigo». Pues fíjate en que eso no es nada humano, en que eso no es nada noble. Hablar del amor en general, interesarse por las cuestiones que a toda la humanidad afectan, y al mismo tiempo cometer una mala acción contra el amor y no notarlo... ¡eso es inconcebible!... No me interrumpa usted, Natascha Nikoláievna, déjeme terminar: yo no puedo soportar esto, y es necesario que me desahogue. Tú decías, Alioscha, que estos días pasados anduviste lleno de fervor por todo lo noble, hermoso y honesto, y me recriminaste a mí porque en nuestra sociedad no existen tales sentimientos, sino únicamente el árido buen sentido. Pero verás: entusiasmarse tanto con lo noble y sublime, y después de eso que ocurrió aquí el martes, tener abandonada durante cuatro días a aquella que, al parecer, debía ser máspreciada que todo el mundo. También has hablado de tu discusión con Katerina Fiodórovna respecto a que Natascha Nikoláievna te quiere hasta tal punto y es tan generosa, que te perdona todos tus extravíos. Pero ¿qué derecho tenías tú a contar con ese perdón y a apostar por él? Pero ¿es que ni una vez siquiera te has parado a pensar en cuántos dolores, cuántas amargas ideas, cuántas dudas y sospechas has causado estos días a Natascha Nikoláievna? ¿Es que porque anduviste allí tan entusiasmado con esas ideas nuevas, tenías derecho a desatender el más primordial de tus deberes? Perdóneme usted, Natascha Nikoláievna, que falte a mi palabra. Pero el asunto que ahora nos ocupa es más importante que esa palabra empeñada; usted misma lo comprenderá... ¿No sabes, Alioscha, que yo he encontrado a Natascha Nikoláievna tan dolida, que se comprende todo el sufrimiento que le has causado en estos cuatro días, que debían haber sido, por el contrario, los mejores de su vida? Tal conducta, de una parte, y... palabras, palabras y palabras, de la otra... ¿Tengo razón o no? ¿Y puedes tú, después de eso, acusarme a mí, siendo tú tan culpable?

Terminó el príncipe. Se había dejado llevar de su elocuencia, y no podía ocultarnos su victoria. Cuando Alioscha oyó hablar de los sufrimientos de Natascha; volvió la vista hacia ella con enfermizo pesar. Pero Natascha ya había adoptado una resolución:

—Basta, Alioscha, no te apures —dijo— porque otros te culpen. Estáte quieto y oye lo que voy a decirle a tu padre. ¡Llegó el momento!

—Perdone usted, Natascha Nikoláievna —insistió el príncipe. Respetuosamente se lo ruego. Ya hace dos horas que estoy oyendo hablar de este enigma.

Esto resulta intolerable, y confieso que no me esperaba tal cosa de esta entrevista.

—Puede que así sea, porque pensaba usted deslumbrarnos con palabras a fin de que no pudiésemos calar sus secretas intenciones. ¡A qué explicarle a usted nada!

Usted lo sabe todo y todo lo comprende. Alioscha tiene razón. Su principal deseo... consiste en separarnos. Usted, de antemano, casi de memoria, sabía ya todo lo que aquí sucedería después de lo del martes, y lo contaba todo como con los dedos. Ya le dije yo que usted no nos tomaba en serio ni a mí ni a esa boda que usted había urdido. Usted bromeaba conmigo; usted jugaba y perseguía su fin. Su juego es cierto. Alioscha tiene razón al reprocharle a usted considerar todo esto como un vodevil. Usted, por el contrario, debería alegrarse y no recriminar a Alioscha porque él, que nada sabe, hiciese todo lo que usted de él esperaba, todo y acaso más.

Yo estaba atónito. Esperaba que aquella noche había de producirse allí alguna catástrofe, pero la franqueza demasiado rotunda de Natascha y el tono claramente despectivo de sus palabras me sorprendieron en grado sumo. «No cabe duda; ella sabe algo, efectivamente», pensaba yo, y, sin rodeos, se decidió a soltarlo. Es posible hasta que hubiese esperado con impaciencia al príncipe para decírselo todo en su cara. El príncipe palideció. El semblante de Alioscha expresaba un miedo ingenuo y una expectación ansiosa.

—Recuerde usted de lo que me culpaba hace un momento —exclamó el príncipe—, y medite un poco en sus palabras... Yo no las entiendo.

—¡Ah! ¿De modo que ni quiere usted comprender en dos palabras —dijo Natascha— que también él, también Alioscha, lo comprendía a usted como yo, no obstante no habernos hablado ni visto el uno al otro? A él también le parecía que usted jugaba conmigo un juego indigno, ofensivo; pero él lo ama a usted y le tiene fe como a un dios. Usted no juzgó necesario usar con él de más cautela, de más astucia; contaba usted con que no lo adivinaría. Pero él tiene un corazón sensible, tierno, impresionable, y sus palabras, su tono, como dijo, le llegaban al corazón...

—¡Nada, no entiendo nada! —repitió el príncipe, dirigiéndose a mí con el gesto del mayor asombro, como poniéndome por testigo. Estaba irritado y se acaloraba. Usted es suspicaz, usted se alarma —continuó, dirigiéndose a ella—; sencillamente, usted está celosa de Katerina Fiodórovna, y por eso no tiene reparo en acusar a todo el mundo, y a mí el primero, y..., y permítame usted decirle todo: se podría formar una opinión extraña de su carácter... Yo no estoy acostumbrado a estas escenas; yo no permanecería aquí, después de esto, ni un instante, si no fuese por interés hacia mi hijo... Todavía no pierdo la esperanza de que usted quiera explicarse.

—¿De modo que se obstina usted en no querer comprender las cosas en dos palabras, cuando todo esto se lo sabe de memoria? ¿Es que quiere usted a todo trance que se lo diga todo claramente?

—Eso es lo que deseo.

—Pues entonces escuche usted —exclamó Natascha, echando fuego por los ojos. Se lo voy a decir todo, todo...

III

Se levantó y rompió a hablar, en pie, sin advertirlo, de puro alterada. El príncipe la escuchaba, la escuchaba, y también se levantó de su asiento. Toda aquella escena resultaba demasiado solemne.

—Recuerde usted sus propias palabras del martes —empezó Natascha. Usted dijo: «Yo necesito dinero, caminos trillados, distinción en el mundo... ¿Recuerda?».

—Recuerdo.

—Bien. Pues para eso, para lograr ese dinero, para conseguir todos esos triunfos, que a usted se le iban de entre las manos, vino usted aquí el martes y urdió esta boda, pensando que esta farsa le ayudaría a usted a recuperar lo que se le escapaba.

—¡Natascha —exclamé yo—, piensa lo que dices!

—¡Farsa!... ¡Cálculo!, —repetía el príncipe con el aspecto de la dignidad más ofendida.

Alioscha estaba abrumado de pena, y miraba, casi sin entender nada.

—Sí, sí, y no me interrumpa usted. Yo he jurado decirlo todo —continuó, excitada, Natascha. Juzgue, si no, usted mismo: Alioscha no le había hecho a usted caso. Año y medio llevaba usted esforzándose en vano en que él me dejase. Él no se le rendía. Y de pronto hubo un instante en que a usted le urgió el tiempo. Dejarlo escapar a él y a la novia, el dinero, lo principal..., el dinero, nada menos que tres millones de dote se le iban a usted de entre los dedos. Sólo quedaba un recurso: que Alioscha le tomara cariño a aquella que usted le destinaba como novia. Usted se dijo: «Si llega a tomarle cariño, puede que deje a la otra...».

—¡Natascha! ¡Natascha!... —exclamó Alioscha con tristeza. ¿Qué estás diciendo?

—Así lo hizo usted —prosiguió ella, sin detenerse ante el grito de Alioscha—; pero..., y otra vez la historia de antes. Todo podía arreglarse bien con sólo que le hiciera una visita. Sólo una cosa podía infundirle a usted esperanzas; usted, a fuer de hombre experto y listo, quizá hubiese ya observado que Alioscha solía cansarse de sus anteriores afectos. Usted no podía menos que advertir que él empezaba a desatenderme, a aburrirse a mi lado, que dejaba pasar cinco días sin verme. «Quizá concluya por cansarse del todo y abandonarla», cuando de pronto, el martes, la resuelta conducta de Alioscha le sorprendió a usted profundamente. ¿Qué hacer?

—Permítame usted —exclamó el príncipe—: todo lo contrario; ese hecho...

—Estoy hablando yo —le atajó con altivez Natascha—: usted se preguntaría aquella noche: «¿Qué hacer ahora?», y decidió: «Pues darle mi consentimiento para que se case con ella, no de verdad, sino así, de la boca hacia afuera, con el solo fin de contentarlo. El plazo para la boda —pensó usted— se puede diferir cuanto se quiera, y entretanto ya está surgiendo un amor nuevo». Usted lo había observado. Porque precisamente en ese nuevo amor naciente lo fundaba usted todo.

—¡Novelas, novelas —exclamó el príncipe en voz baja, como para sí—, soledad,

desvarío y lectura de novelas!

—Sí; en ese nuevo amor lo cifraba usted todo —repitió Natascha sin prestarle oídos ni poner atención a las palabras del príncipe, toda poseída de febril ardor y cada vez más exaltada—, y ¡cuántas probabilidades para ese nuevo amor!... ¡Como que ya se había iniciado cuando él ni siquiera conocía todas las perfecciones de esa señorita! En el mismo momento de declararle él aquella noche que no la podía amar, porque hacía tiempo que amaba a otra..., esa señorita, de pronto, le demostró tanta nobleza, tanta simpatía a él y a su rival, le brindó tan cordiales perdones, que él, aun reconociendo su belleza, ni siquiera pensó hasta aquel instante que fuera tan hermosa. De allí se vino a verme..., sólo para hablarme de ella. ¡Qué impresión no le habría hecho! Sí; al día siguiente no tenía más remedio que sentir la imprescindible necesidad de ver de nuevo a esa criatura tan hermosa, aunque sólo fuese por gratitud. ¿Y por qué no ir a verla? La otra, la antigua, ésa ya no sufre; su boda es cosa decidida. Para ella ha de ser toda la vida, mientras que a ésta sólo puede dedicarle algún ratillo... Y qué mal agradecida demostraría ser esa Natascha si sintiera celos por ese ratillo!... Y vea usted cómo insensiblemente le fue quitando a esa Natascha, en vez de un minuto, un día, dos, tres... Pero en todo ese tiempo la señorita se le va mostrando a él en un aspecto totalmente inesperado, nuevo; es de tan noble condición, una niña tan entusiasta y tan ingenua, ¡y armoniza tan bien en esto con su carácter...! Se juran amistad, fraternidad, no quieren separarse ya en toda la vida. En cinco o seis horas de conversación toda el alma de él se abre a nuevas emociones y le rinde su corazón por entero... «Ya llegó el momento —piensa usted—; él está haciendo comparaciones entre su antiguo amor y sus nuevas, recientes sensaciones; allí todo es conocido, constante; acá todos son serios, exigentes; allí le tienen celos, lo regañan, le vierten lagrimitas..., y si se ponen a coquetear, a jugar con él, lo hacen, no como con un igual, sino como un chico...; pero, sobre todo, todo está como antes, todo es conocido».

Lágrimas y ardientes espasmos la ahogaban; pero Natascha se hizo fuerte todavía por un rato.

—¿Qué más? Después, el tiempo; no va a celebrarse en seguida su boda con Natascha; hay mucho tiempo por delante, y todo puede cambiar... Pero he aquí que intervienen también sus palabras, sus explicaciones, sus discursos. Se puede también calumniar a esa antipática Natascha; se la puede presentar bajo un aspecto poco favorable, y... en qué haya de parar todo esto... no se sabe, ¡pero la victoria será suya! ¡Alioscha! ¡No me eches la culpa, amigo mío! No salgas diciendo que yo no comprendo tu amor y tengo poco aprecio por ella. Mira: yo sé que tú todavía ahora me amas y que en este momento es muy posible que no te expliques mis quejas. Yo sé que hice mal y que ahora todo esto lo demuestra. ¡Pero qué voy a hacerle, si aun comprendiendo todo esto, cada vez te amo más!... Por completo... ¡Sin idea!

Se cubrió el rostro con las manos, se desplomó en el asiento y rompió en sollozos como una niña. Alioscha dio un grito y se abalanzó hacia ella. Nunca pudo ver sin

lágrimas sus ojos.

Sus sollozos parecieron servirle de mucho al príncipe; todo el arrebató de Natascha, en el transcurso de aquella larga explicación, toda la dureza de sus ataques; ante los cuales, aunque sólo fuere por decoro, no había más remedio que darse por ofendido, todo eso ahora podía atribuirse a una absurda pataleta de celos, al amor resentido, incluso a la enfermedad, hasta procedía demostrar simpatías...

—Tranquilícese usted, cálmese usted, Natascha Nikoláievna —la consolaba el príncipe—; todo eso es efecto de la fantasía, de tanto desvarío, de la soledad... hasta tal punto estaba usted irritada por su atolondrada conducta... Pero tenga en cuenta que sólo se trata de aturdimiento por su parte. El hecho principal, que usted particularmente recuerda, la escena del martes, debería demostrarle más bien lo infinito de su afecto hacia usted, mientras que usted, en cambio, imagina...

—¡Oh, no me hable usted, no siga usted atormentándome! —le atajó Natascha llorando amargamente. ¡A mí ya todo esto me lo decía hacía tiempo el corazón! ¿Acaso se figurará usted que yo no noto que su antiguo amor se desvaneció ya?... Aquí en este cuarto, sola..., cuando él me dejaba, me olvidaba..., vivía yo por adelantado todo esto... Todo lo presentía. Pero ¿qué iba a hacer? Yo no te culpo a ti, Alioscha...

—¿Por qué me engañaba usted? ¿Es que pensaba usted que yo no había de hacerlo todo por engañarme a mí misma?... ¡Oh, cuántas veces, cuántas veces...! Por ventura ¿no oía yo su voz en todo ruido? ¿Acaso no había yo aprendido a leer en su rostro, en su mirada? Todo, todo acabó, todo está enterrado... ¡Oh, y qué desdichada soy!

Alioscha lloraba ante ella, de rodillas.

—¡Si, sí, de todo tengo yo la culpa! ¡Todo es por mí!... —repetía entre sollozos.

—No, no te culpes, Alioscha... Es cosa de los otros..., de nuestros enemigos... ¡Son ellos..., ellos!

—Pero permítame usted finalmente —empezó el príncipe con cierta impaciencia. ¿Con qué fundamento me imputa usted a mí todos esos... crímenes? Piense que todo eso son suposiciones suyas, enteramente faltas de pruebas...

—¡Pruebas! —exclamó Natascha, levantándose rápidamente de la silla. ¡Pruebas a usted, so pérfido! ¡Usted no podía, no podía proceder de otro modo al dar aquí ese paso! Usted necesitaba tranquilizar a su hijo, adormecer sus remordimientos para que, con mayor libertad y más tranquilamente, se entregara por completo a Katia. De otro modo él se acordaría de mí, no se le rendiría a usted, y usted estaba ya harto de esperar. ¿No es así acaso?

—Confieso —respondió el príncipe con sarcástica sonrisa— que, de haber querido yo engañarla así, efectivamente, habría calculado las cosas; es usted muy inteligente, pero vea: todo eso es preciso demostrarlo, y sólo entonces se puede ofender a las personas con semejantes recriminaciones...

—¡Demostrar! Pero ¿y toda su conducta anterior, cuando usted lo apartó de mí?

Quien enseña a su hijo a desatenderse de deberes como éstos y tomarlos a broma, por puras ventajas materiales, por dinero..., lo que hace es pervertirlo. ¿Qué decía usted antes de la escalera y de otro cuarto? ¿No le retiró usted la pensión que antes le pasaba, con el único fin de obligarlo de ese modo a dejarme, por la miseria y el hambre? Usted tiene la culpa de este cuarto y de esta escalera, y ahora se lo reprocho, hombre doble. ¿Y de dónde sacó usted de pronto aquella noche tanto ardor, tal convicción nueva, en usted no naturales? ¿Y para qué le hacía yo tanta falta? Yo iba y venía por mi cuarto todos esos cuatro días; reflexionaba en todo, todo lo pesaba, cada palabra suya, cada expresión de su rostro, y me convencía de que todo aquello había sido ficticio, una farsa, una comedia, ofensiva, ruin e indigna. Ya ve usted que lo conozco, que hace tiempo lo conozco. Cada vez que Alioscha venía aquí de su casa, yo, en su semblante, adivinaba todo lo que usted le había hablado y sugerido; comprendía toda su influencia sobre él. ¡No, usted no ha llegado a engañarme! Quizá se hubiera usted hecho todavía otra cuenta, quizá yo ahora no haya dicho lo principal, pero es lo mismo. Usted pretendía engañarme..., eso es lo principal. Y eso era preciso decírselo a usted francamente, en su cara...

—Pero ¡cómo! ¿Ésas son todas sus pruebas? Pero comprenda usted, exaltada: con ese paso, como usted llama a mi proposición del martes, yo me comprometía bastante. Habría sido demasiada ligereza de mi parte.

—¿En qué?, ¿en qué se comprometía usted?... ¿Qué significaba a sus ojos el hecho de engañarme? ¿Qué representa semejante ofensa a una muchacha, a una chica que es, además, una pobretona desgraciada, rechazada por su padre, indefensa, mancillada por sí misma, inmoral? ¿Vale la pena andarse con consideraciones con ella, siempre que esa farsa pueda reportar algún provecho, por mezquino que fuere?

—Pero ¡en qué situación se coloca usted misma, Natascha Nikoláievna, piénselo! Usted insiste, sin miedo a equivocarse, en que por mi parte ha habido ofensa hacia usted. Pero se trata de una ofensa tan grave, tan humillante, que yo no comprendo cómo es posible exponerla, y menos todavía insistir en ella. Es necesario estar ya acostumbrado a todo para admitirla tan de ligero, y usted me perdonará: yo verdaderamente le reprocho que usted azuce contra mí a mi hijo, y si ahora no se ha sublevado contra mí por culpa de usted, su corazón ya está en contra mía...

—¡No, padre, no! —exclamó Alioscha. Aunque yo me sublevase contra ti, creo que tú no podrías ofender; yo no puedo creer tampoco que fuera posible ofender hasta ese punto.

—¿Ha oído usted? —exclamó el príncipe.

—Natascha, de todo tengo yo la culpa: no lo culpes a él. ¡Ése es pecado, y grande!

—¿Has oído, Vania? ¡Ya está él en mi contra! —clamó Natascha.

—¡Basta! —dijo el príncipe. Es necesario poner término a esta enojosa escena. Este absurdo y furioso arrebató de celos, fuera de todo límite, me presenta su carácter desde un punto de vista completamente nuevo para mí. Yo estaba prejuiciado. Me

precipité, sí, me precipité. Usted ni siquiera se da cuenta de cómo me ha ofendido; a usted eso no le importa. Me precipité. Obré con ligereza. Sin duda que mi palabra debe ser sagrada, pero... soy padre y, deseo la felicidad de mi hijo.

—¡Usted se desdice de su palabra! —exclamó Natascha fuera de sí. Usted se alegra de lo ocurrido. Pues sepa usted que yo misma, no hace más de dos días, decidí relevarlo a él de esa palabra; pero ahora lo declaro delante de todos: ¡de mi palabra me desdigo!

—Es decir, que quiere usted, quizá, despertar en él todas las inquietudes de antes, el sentimiento del deber, todo el pesar por sus obligaciones, como usted misma hace poco decía, para de esta suerte asegurarse su apego como antes. Eso está de acuerdo con su teoría. Yo digo, pues, lo mismo. Pero basta; el tiempo decidirá. Yo aguardaré a momentos de más calma para explicarme con usted. Espero que no cortaremos definitivamente nuestras relaciones. Espero también que aprenderá usted a apreciarme mejor. Yo hubiera querido comunicarle a usted también hoy mis proyectos respecto a sus padres, por los cuales podría usted ver... ¡Pero basta! Iván Petróvich —añadió acercándose a mí—, ahora más que nunca me será grato tratarlo a usted más de cerca, para hablar de mi ya antiguo deseo. Espero que habría de entenderme. Dentro de unos días iré por su casa; ¿me lo permite? Yo le hice un saludo. Me parecía que ya no podía rehuir su trato. Él me estrechó la mano, le hizo en silencio una reverencia a Natascha y salió con aspecto de dignidad ofendida.

IV

Durante unos minutos ninguno de nosotros pronunció palabra. Natascha permanecía pensativa, triste y agobiada. Toda su energía la había abandonado de pronto. Miraba al vacío, sin ver nada, como embebecida y teniendo entre sus manos la de Alioscha, el que, muy quedo, lloraba su dolor, posando de vez en vez en ella la mirada con discreta curiosidad.

Por último, empezó tímidamente a consolarla. Le rogó que no se enojase, se echó él toda la culpa. Era evidente que quería disculpar a su padre, y que eso era, sobre todo, lo que tenía en el corazón. Más de una vez empezó a hablar de ello, pero no se atrevió a expresarse claramente, temiendo provocar de nuevo el enojo de Natascha. Le juró amor eterno, inalterable, y se disculpó con vehemencia por sus relaciones con Katia. Sin cesar repetía que amaba a Katia solamente como a una hermana, a la que no es posible abandonar del todo; que eso sería una grosería y una crueldad de su parte. Y persistía en asegurar que, en cuanto Natascha conociese a Katia, inmediatamente ambas se harían amigas y ya nunca querrían separarse, y entonces se acabarían todas las desavenencias. Ese pensamiento le era especialmente grato. No comprendía él la alarma de Natascha, y, en general, no comprendía bien tampoco lo que hacía un rato le dijera a su padre. Sólo comprendía que ambos habían discutido, y esto le pesaba como una piedra en el corazón.

—¿Tú me culpas por causa de tu padre? —le preguntó Natascha.

—Pero ¿puedo yo acusar a alguien —respondió él con amargura—, cuando yo soy quien tiene la culpa de todo? Yo he sido quien te ha conducido a ese extremo de cólera, y en tu cólera has llegado a culparlo a él, porque querías justificarme; tú siempre tratas de disculparme, y yo no lo merezco. Era menester buscar un culpable, y tú pensaste que era él. Pero él, en verdad, en verdad, no tiene culpa alguna —exclamó Alioscha, anhelante. ¡Y para esto vino él! ¡Seguramente no se lo esperaba!

Pero al ver que Natascha lo miraba con tristeza y tesón, perdió en seguida los ánimos.

—¡No volveré a hacerlo!, ¡no volveré a hacerlo! ¡perdóname! —exclamó. ¡Yo soy el culpable de todo!

—Sí, Alioscha —continuó ella con pesadumbre. Ahora él se ha entrometido entre nosotros y ha condenado nuestra paz para toda la vida. Tú siempre tuviste en mí más fe que en nadie; pero ahora él ha deslizado en tu corazón una sospecha contra mí: la incredulidad. Tú me acusas; él me ha quitado la mitad de tu corazón. Una gata negra ha pasado entre nosotros.

—¡No hables así, Natascha! ¿Por qué dices eso de una gata negra?

Aquella expresión le había sentado mal.

—Con falsa bondad, con una generosidad fingida, ha conseguido atraerte —prosiguió Natascha—, y de ahora en adelante, cada vez te predispondrá más en mi contra.

—¡Te juro que no será así! —exclamó Alioscha, todavía con gran ardor. Él estaba irritado al decir que había obrado con ligereza... Ya verás tú misma cómo mañana, o dentro de unos días, rectificará; y si estuviese tan enojado que se opusiese a nuestra boda, entonces yo te juro que no le obedeceré... No me faltan arrestos para ello... Y mira: ¿sabes quién nos ayudará? —exclamó de pronto, entusiasmado con su idea. ¡Pues Katia nos ayudará! ¡Y tú has de ver qué criatura tan buena es! ¡Tú verás si ella pretende ser tu rival y separarnos! ¡Y qué injusta fuiste hace un momento al decir que yo era de aquellos que pueden olvidarse de su amor al otro día de su boda! ¡Qué pena me dio escuchártelo! No, yo no soy de éstos, y si voy con frecuencia a ver a Katia...

—Basta, Alioscha, ve a verla cuando quieras. Yo no me refería a eso antes. Yo no puedo exigir de tu corazón más de lo que él pueda darme...

Entró Mavra.

—Qué, ¿traigo el té o no? Inútilmente, lleva ya el samovar dos horas hirviendo; son las once.

Preguntaba con ordinareiz y enfado. Saltaba a la vista que estaba fuera de sí, enojada con Natascha. En realidad, todos esos días, desde el martes, había estado tan entusiasmada con aquello de que su señorita, a la que profesaba gran afecto, iba a casarse, que ya se había dado prisa a divulgar la noticia por toda la casa y sus alrededores, en la tienda y en la portería. Estaba muy hueca, y con solemnidad refería que el príncipe, todo un personaje, general y horriblemente rico, había ido, él mismo en persona, a pedir la mano de su señorita, y que ella, Mavra, había podido oírlo con sus propios oídos; y ahora todo se lo llevaba el diablo. El príncipe se había ido de allí hecho una furia, y los otros no tomaban el té, y, claro, de todo aquello tenía la culpa su señorita. Mavra la había oído tratar al príncipe sin ningún respeto.

—Bueno...; tráelo —respondió Natascha.

—¿Y traigo también los entremeses?

—Tráelos también.

Natascha sonrió.

—¡Lo tenía preparado!, ¡lo tenía preparado! —continuó Mavra. Desde ayer no descanso. Por vino fui al Nevskii, pero... —y se fue, dando, enojada, un portazo.

Natascha se puso encamada y me miró de un modo algo extraño. A todo esto, nos sirvió el té y un pisco, consistente en caza, pescado, dos botellitas de un vino excelente de Elisiev. «¿Para quién tendría preparado todo esto?» pensé yo.

—Yo, Vania, mira lo que soy —dijo Natascha, sentándose a la mesa y mirándome algo confusa—: a mí me decía el corazón cómo había de concluir hoy todo esto, y, no obstante, pensaba que acaso pudiera suceder que no terminara de este modo. Alioscha venía, empezábamos a hacer las paces, las hacíamos; todas mis sospechas resultaban injustas, me convencía de ello y... nada, que mandé preparar una merienda. «¿Qué importa? —pensaba. Charlaremos, nos sentaremos...». ¡Pobre Natascha! ¡Qué colorada se puso al decir eso! Alioscha se entusiasmó.

—¡Pues ya lo ves, Natascha! —exclamó. Tú misma no te dabas crédito; hace dos

horas no creías en tus sospechas. No; es menester repararlo todo. Yo soy el culpable, yo soy la causa de todo, y todo lo arreglaré. Natascha, permíteme que vaya en seguida a hablarle a mi padre. Necesito verlo. Está ofendido, agraviado. Es necesario consolarlo. Yo se lo diré todo, todo lo mío, solamente lo mío; no te mezclaré a ti en nada. Y todo lo arreglaré... No te enojés conmigo porque tenga tanta prisa por ir a verlo y te deje a ti. No se trata de eso: es que me da pena él. Luego se justificará él contigo, ya lo verás. Mañana, en cuanto amanezca, me tendrás aquí, y me pasaré contigo todo el día y no iré a ver a Katia.

Natascha no le retuvo, sino que ella misma le aconsejó ir. Temía horriblemente que Alioscha se estuviese ahora, deliberadamente, a la fuerza, a su lado un día entero y se aburriera en su compañía. Solamente le rogó que no la mentase a ella para nada, y se esforzó por sonreírle con la mayor alegría posible al despedirse. Él, por su gusto, se hubiera ido en seguida, pero, de pronto, se acercó a ella, le cogió ambas manos y se sentó a su lado. La contempló con inexpresable ternura.

—¡Natascha, amiga mía, ángel mío, no te enfades conmigo y no riñamos nunca! Y dame tu palabra de que me creerás siempre, lo mismo que yo a ti. Oye, ángel mío, lo que voy a contarte: reñimos una vez, no recuerdo por qué, y yo tuve la culpa. Estuvimos algún tiempo sin vernos. Yo no quería pedir perdón el primero, pero me costaba una tristeza horrible. Iba y venía por la ciudad, huroneaba por todas partes, iba a ver a mis amigos, y tenía el corazón tan triste, tan triste... Y entonces se me ocurrió: «¿Y si tú, por casualidad, cayeras enferma y murieses?». Y, al imaginar eso, me entró de repente tal desolación, como si, en efecto, te hubiese perdido para toda la eternidad. Mis pensamientos se hacían cada vez más tristes, más espantosos. Y he aquí que, poco a poco, empecé a figurarme que yo iba y me acercaba a tu sepulcro, me desplomaba sobre él sin conocimiento, me abrazaba a él y moría de dolor. Me figuré también que me ponía a besar ese sepulcro, y te imploraba que salieras de él siquiera un instante, y le pedía a Dios un milagro, para que, aunque sólo fuese por un momento, te resucitase. Me imaginaba cómo me lanzaría yo a abrazarte, y me pondría a darte besos y me moriría allí mismo de puro dichoso, al poder, aunque fuera sólo por un instante, abrazarte como antes una vez todavía. Y al imaginarme todo esto, de pronto se me ocurrió: «Dentro de un momento iré a pedirle, por Dios, que me perdone, y le diré: Llevamos ya seis meses viviendo juntos, y en estos seis meses, ¡cuántas veces, cuántos días no hemos estado sin hablarnos! Días enteros estuvimos reñidos y desperdiciamos nuestra dicha; pero yo ahora, en un momento, te levanto del sepulcro, y este minuto estoy dispuesto a pagarlo con mi vida entera...». Al imaginarme yo todo esto, no pude contenerme y me lancé hacia ti en seguida. Corrí acá, y tú ya estabas aguardándome, y al abrazarnos, después de aquel enojo, recuerdo que te apreté muy fuerte contra mi pecho, como si efectivamente te quisiera ahogar. ¡Natascha, no volveremos a reñir nunca más! ¡Me pesa siempre tanto! ¿Y es posible, Señor, pensar que yo sea capaz de abandonarte?

Natascha lloraba. Se abrazaron fuerte el uno al otro, y Alioscha le juró una vez

más no abandonarla nunca. Luego salió volando en busca de su padre. Estaba firmemente convencido de que todo se arreglaría, de que todo terminaría bien.

—¡Se acabó todo! ¡Todo se deshizo! —dijo Natascha, estrechándome convulsivamente la mano. Me ama, y nunca dejará de amarme; pero ama también a Katia, y dentro de poco la amaré a ella más que a mí. Pero ese malvado de su padre no se dormirá, y entonces...

—¡Natascha! Yo también creo que el príncipe no se conduce honradamente, pero...

—Tú no crees todo lo que yo le dije. Ya lo advertí en tu cara. Pero, por Dios, tú mismo lo estás viendo: ¿tenía o no tenía razón? Y todavía fíjate en que yo hablaba en términos generales, pero Dios sabe lo que revolverá en su pensamiento. Es un hombre terrible. Yo me he pasado estos cuatro días aquí, en este cuarto, y todo lo he adivinado. A él le era preciso aligerar, distraer el corazón de Alioscha de su pena, que le impedía vivir, por la responsabilidad de su amor para conmigo. Y discurrió esa boda, al mismo tiempo también con la intención de interponerse entre nosotros con su influjo y su generosidad. Ésta es la verdad, la verdad, Vania. Alioscha tiene precisamente ese carácter. Se inquietaba por mi suerte; su alarma era por mí. Él se diría: «Ahora ya ella es mi mujer, *in aeternum mia*», e involuntariamente fijaría más su atención en Katia. El príncipe, indudablemente, estudiaría a esa Katia, y adivinaría que era digna pareja de él, que podría distraerle mejor que yo. ¡Oh, Vania! En ti se cifran ahora todas mis esperanzas. Él, no sé por qué, quiere tratar contigo, trabar amistad. No lo rechaces, y procura, *golubchik*, por el amor de Dios, ir cuanto antes por casa de la condesa. Conoce a esa Katia, mírala bien y dime qué tal es. Yo necesito que poses allí la mirada. Nadie me entiende como tú, y tú comprendes que eso me es necesario. Fíjate también hasta qué punto se han hecho amigos, qué hay entre ellos, de qué hablan. A Katia, a Katia sobre todo, mírala bien... Demuéstrame esta vez también, bienamado mío, Vania, demuéstrame también esta vez tu amistad. En ti, sólo en ti tengo ahora puesta mi esperanza.

Cuando volví a casa, era ya la una de la noche. Nelly salió a abrirme con cara adormilada. Sonreía y me miraba mimosa. La pobre estaba muy triste por haberse quedado dormida. Se empeñaba siempre en esperarme. Me dijo que había estado a buscarme un individuo y, después de aguardarme un poco, me había dejado una esquila encima de la mesa. La esquila era de Maslobóyev. Me citaba en su casa para el día siguiente, a la una. Yo quise interrogar a Nelly, pero lo dejé para el otro día, porfiando para que se fuera a acostar: la pobrecilla estaba ya harto cansada de aguardarme, y sólo se había quedado dormida una media hora antes de mi llegada.

V

Al otro día, me contó Nelly cosas bastante raras del visitante de la víspera. Por lo demás, ya era de por sí extraño el que a Maslobóyev se le hubiera ocurrido ir a verme aquella noche. Sabía que yo no estaría en casa; yo mismo se lo había advertido en nuestra última entrevista, y lo recordaba muy bien. Nelly me dijo que al comienzo no había querido ella abrirle, por temor: eran ya las ocho de la noche. Pero él insistió a través de la puerta cerrada, asegurándole que, si no me dejaba una esquila, al otro día podía sucederme algo desagradable. Luego que ella le dejó pasar, me garrapateó en seguida unas líneas, se acercó a ella y se sentó a su lado, en el diván. Yo me puse en pie y no quise conversarle —me contó Nelly—; yo tenía mucho miedo. Él se puso a hablarme de la Búbnova, de lo enfadada que está, de que ya no se atrevería a admitirme. Y luego empezó a alabarlo a usted: decía que era muy amigo suyo y que le conocía a usted desde que era muchacho. Entonces yo empecé a hablarle. Él sacó un cucurucho de dulces y me rogó que los aceptara. Yo no quería, pero él, entonces, se puso a convencerme de que era un hombre bueno, que sabía cantar copletas y bailar; saltó del asiento y se puso a hacer piruetas. A mí me daba risa. Luego dijo que aguardaría otro ratito. «Aguardaré a Vania; puede ser que vuelva», y me porfió mucho para que no tuviera temor y me sentara a su lado. Yo me senté; pero hablar con él no quería. Entonces él fue y me dijo que había conocido a mi mamá y al abuelito, y entonces yo rompí a hablar. Y él se estuvo sentado largo rato.

—¿Y de qué hablaste?

—Pues de mi mamá, de la Búbnova..., del abuelito. Dos horas estuvo él aquí.

Parecía como si Nelly no quisiese decirme de qué habían hablado. Yo no le pregunté, esperando saberlo todo por el propio Maslobóyev. Sólo que me parecía como que Maslobóyev había ido a buscarme con toda intención durante mi ausencia para encontrar a Nelly sola. «¿Por qué habrá hecho eso?» me dije. Ella me enseñó tres cucuruchos de dulces que él le había dado. Eran de azúcar cande, en papelitos verdes y rojos, muy malos y seguramente comprados en una frutería. Nelly sonreía al enseñármelos.

—Pero ¿no te los comiste? —le pregunté.

—No los quiero —me respondió muy seria, frunciendo el ceño. Ni siquiera los tomé yo misma; fue él quien los dejó en el diván...

Aquel día me aguardaban muchas idas y venidas. Me dispuse a despedirme de Nelly.

—¿Te aburre estar sola? —le pregunté al salir.

—Me aburre y no me aburre. Me aburre, porque está usted mucho tiempo fuera.

Y me miró con mucho cariño al decir aquello. Toda aquella mañana me estuvo mirando con unos ojos muy mimosos, y parecía tan alegre, tan cariñosa, y, al mismo tiempo, algo avergonzadilla y hasta inquieta, como si temiese contrariarme en algo, perder mi afecto, y... parecía también como si de ello se abochornase.

—¿Y por qué no te aburres? Porque tú has dicho que te aburres y no te aburres — le pregunté, sonriendo sin querer (¡tan dulce y cara me era!).

—Yo sé muy bien por qué —respondió ella, sonriendo y volviendo como a sonrojarse.

Hablábamos en el quicio, junto a la puerta abierta. Nelly estaba en pie ante mí, con los ojos bajos, una mano apoyada en mi hombro y la otra ocupada en pellizcarme en la manga del abrigo.

—¡Cómo! ¿Se trata de un secreto? —le pregunté.

—No, nada de eso. Es que yo he empezado a leer su librito, sin estar usted delante —murmuró en voz baja, y, alzando hasta mí una mirada tierna y comprensiva se ruborizó.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y te gusta?

Yo experimentaba la confusión del autor al que elogian en su cara; y Dios sabe cuánto habría dado por poderla besar en aquel instante. Pero no era posible hacerlo. Nelly callaba.

—¿Por qué?, ¿por qué muere él? —me preguntó con expresión de hondísima pena, lanzándome una rápida mirada y volviendo después a bajar los ojos.

—¿Quién dices?

—Pues aquel muchachito tísico..., el del libro.

—No había más remedio, Nelly.

—Sí que lo había -replicó ella casi en voz baja, pero algo rápidamente, de carretilla, casi con mal humor; frunció los labios y fijó aún más tercamente la vista en el suelo.

Pasó un minuto.

—Pero ella..., bueno, ellos..., la muchachita y el viejo —murmuró, en tanto continuaba tirándome aún más fuerte de la manga—, ¿llegan a vivir juntos? ¿Y dejan de ser pobres?

—No, Nelly. Ella se va lejos, se casa con un propietario, y él se queda solo —le respondí yo con gran sentimiento, lamentando, efectivamente, no poder decirle nada más consolador.

—¡Ah, vaya! ¡Vaya!... ¿De modo que es así? ¡Oh! Entonces..., ¡ya no quiero leerlo!

Y con enojo soltó mi mano, se apartó rápida de mí, fue a la mesa y se puso de cara a la pared y con la vista fija en el suelo. Estaba roja y respiraba nerviosamente, como agobiada por un pesar terrible.

—Basta, Nelly. ¿Te has enfadado? —exclamé, acercándome a ella. Ten en cuenta que nada de eso es verdad, que es una cosa escrita, una ficción. ¡Vaya! ¿Por eso vas a enfadarte?... ¡Qué chica tan sensible eres!

—Yo no estoy enfadada —dijo ella tímidamente, alzando hasta mí una mirada muy llena de luz y de cariño; luego, me cogió la mano, estrechó su cara contra mi pecho y rompió a llorar.

Pero en aquel mismo instante se echó a reír..., y reía y lloraba, todo al mismo tiempo. A mí también me entraron ganas de reír y algo de... alegría. Pero ella ni por eso quería levantar la frente hacia mí, y al empezar yo a apartar su carita de mi hombro, se apegó a él fuerte y fuerte, riéndose cada vez con más ganas.

Finalmente, terminó aquella sentimental escena. Nos despedimos, pues yo tenía prisa. Nelly, encendida y aún avergonzada y con sus ojos resplandecientes cual luceros, vino corriendo tras de mí hasta la escalera, y me rogó que volviese pronto. Yo le prometí estar allí sin falta para la hora de comer, y, de ser posible, antes.

Lo primero que hice fue ir a ver a los viejos. Los dos estaban maluchos. Anna Andréyevna estaba muy enferma. Nikolai Serguieyich se hallaba en su gabinete. Sintió mi llegada, pero yo sabía que, siguiendo su costumbre, no se presentaría hasta pasado un cuarto de hora, a fin de darnos tiempo a hablar. Yo no quería molestar mucho a Anna Andréyevna, así que dulcifiqué cuanto pude mi relato de la noche antes, pero diciendo toda la verdad. Con gran asombro mío, la viejecita, aunque se entristeció, pareció recibir sin sorpresa la noticia de una posible ruptura.

—¡Vaya, padrecito! Eso mismo me figuraba yo —me dijo. Usted lo ve ahora, pero hace ya mucho tiempo que yo vengo pensando y cavilando en que eso no podía ser. No merecíamos nosotros, por Dios Nuestro Señor, un hombre tan pícaro. ¿Qué cosa buena podía esperarse de él? En broma, en broma, diez mil rublos nos debe; sabe él que nos los debe, y, sin embargo, no nos los da. Nos quita el último pedazo de pan: pone a la venta la Ijménievka. Natascha es justa e inteligente al no dar crédito a sus palabras. Pero ¿no sabe usted, padrecito —continuó, bajando la voz—, lo que dice el mío? Pues que es enteramente opuesto a ese matrimonio. Se ha pronunciado en contra; no quiero, dice. Yo, a lo primero, pensaba que él transigiría, pero no, va de veras. ¿Y qué va a ser entonces de ella, de mi palomita? Porque, en ese caso, él la maldecirá por completo. Pero, bueno, ¿y Alioscha? Y él, ¿qué dice? Largo rato todavía estuvo interrogándose, y, según su costumbre, suspiraba y daba muestras de aflicción a cada respuesta mía. En general, yo había observado que ella, en los últimos tiempos, estaba completamente abatida. Cualquier noticia la impresionaba profundamente. La ofensa inferida a Natascha hería de muerte su corazón y su salud. Entró el viejo, en bata y zapatillas; se quejaba de fiebre, pero con ternura miró a la esposa, y todo el tiempo que yo permanecí allí atendió a la mujer como una enfermera, mirándola a los ojos y como ruborizándose delante de ella. ¡Cuánta ternura había en su mirada! Estaba alarmado por su enfermedad; presentía que todo había de faltarle en la vida faltándole ella.

Yo permanecí con ellos una hora. Al despedirme salió él conmigo al recibo y me habló de Nelly. Tenía serio propósito de llevársela a su casa en lugar de su hija. Quería deliberar conmigo acerca del modo de convencer a Anna Andréyevna. Con especial curiosidad me preguntó por Nelly y si no tenía nada nuevo que contarle al respecto. Yo se lo referí brevemente. Mis palabras lo impresionaron.

—Volveremos a hablar de esto —me dijo con decisión. Pero, entretanto... Por lo

demás, yo mismo iré a verte en cuanto esté algo mejor de salud. Y entonces resolveremos.

A las doce en punto estaba yo en casa de Maslobóyev. Con gran asombro mío, la primera persona que me eché a la cara, al entrar, fue el príncipe. Estaba en el recibo, poniéndose el paletó, ayudado solícitamente por Maslobóyev, que le brindaba también el bastón. Ya me había hablado él de su amistad con el príncipe, pero, a pesar de todo, aquel encuentro me dejó estupefacto.

El príncipe pareció contrariado al verme.

—¡Ah, pero si es usted! —exclamó con demasiada vehemencia. ¡Miren qué encuentro! Aunque ahora mismo, por cierto, acababa de decirme el señor Maslobóyev que son ustedes amigos. Encantado, encantado, extraordinariamente encantado de verlo. Precisamente pensaba ir a visitarlo, y espero hacerlo cuanto antes. ¿Me lo permite usted? Tengo que dirigirle un ruego: ayúdeme usted, explíqueme nuestra actual situación. Usted es un amigo de la casa, usted ha seguido toda la marcha del asunto, usted posee influencia... Siento enormemente no poder hablar ahora con usted... Asuntos. Pero dentro de unos días, y antes, a poder ser, tendré el gusto de visitarlo. Ahora...

Me estrechó bastante fuerte la mano, cambió una mirada con Maslobóyev y se fue.

—Dime, ¡por Dios!... —empecé, al entrar en el cuarto.

—No pienso decirte absolutamente nada —me atajó Maslobóyev, cogiendo aprisa la gorra y dirigiéndose al recibo. ¡Asuntos! Yo, hermanito, voy a echar a correr, que me he retrasado...

—Pero ten presente que me escribiste citándome para las doce.

—¿Qué tiene que ver lo que te escribí? Anoche lo hice, pero hoy me han escrito a mí de un modo como para quebrarse la cabeza... ¡Qué asuntos! Me aguardan. ¡Perdona, Vania! Todo cuanto puedo hacer para darte satisfacción es permitirte que me pegues por haberte molestado inútilmente. Si quieres, pégame, pero ¡por Cristo!, enseguida. No titubees, que me aguardan los asuntos...

—Pero ¿por qué había de pegarte? Puesto que tienes asuntos, date prisa, que todos tenemos que contar siempre con lo imprevisto. Solamente...

—No de eso solamente te hablaré —me atajó, saliendo a la antesala y poniéndose la capa. Yo también me puse el abrigo. También contigo tengo un asunto; un asunto muy importante, por eso te llamé. Afecta directamente a ti y a tus intereses. Pero así, en un momento, ponerme a contártelo es imposible. Dame, por Dios, tu palabra de volver por aquí hoy mismo, esta noche, a las ocho en punto, ni antes ni después. Estaré en casa.

—Hoy... —le dije yo, indeciso—, es que esta noche, hermanito, tenía yo que ir...

—Pues ve, amigo mío, enseguida adonde querías ir esta noche, y ven por la noche a verme a mí. Porque, Vania, ni siquiera puedes figurarte lo que tengo que decirte.

—Está bien, pero ¿de qué se trata? Te confieso que despiertas mi curiosidad.

A todo esto, habíamos franqueado la puerta de la casa y nos encontrábamos en mitad de la acera.

—¿De modo que vendrás? —me preguntó, receloso.

—Ya te he dicho que sí.

—No. Dame tu palabra de honor.

—¡Hay que ver cómo eres! Bueno pues, palabra de honor.

—¡Magnífico, y agradecido! ¿Por dónde vas?

—Por allí —contesté, señalando a la derecha.

—Pues yo por ahí —dijo él, indicando a la izquierda. ¡Adiós, Vania! ¡Recuérdalo: a las ocho!

«Es extraño», pensé, siguiéndolo con la mirada.

Aquella noche yo quería ir a ver a Natascha. Pero como me había comprometido con Maslobóyev, opté por dirigirme allá enseguida. Estaba convencido de que encontraría allí a Alioscha. Efectivamente, allí estaba, y se alegró enormemente al verme entrar.

Estaba muy cariñoso, extraordinariamente tierno con Natascha, y hasta se alborozó mucho con mi visita. Natascha, aunque se afanaba por parecer alegre, mucho se le notaba que su alegría era ficticia. Tenía cara de enferma, pálida; había dormido mal la noche antes. Con Alioscha estaba mimosa.

Alioscha, no obstante hablar mucho y contar muchas cosas, deseoso, por lo visto, de alegrarla a ella y arrancar una sonrisa a sus labios, que involuntariamente mantenía fruncidos, era de advertir que evitaba hablar de Katia y de su padre. Probablemente, no le habría salido bien su intento de reconciliación.

—¿Sabes una cosa? Tiene unas ganas horribles de dejarme —me murmuró aprisa Natascha, un momento que salió él a decirle no sé qué a Mavra—, y tiene miedo de decírmelo. Yo tampoco me atrevo a decirle que se vaya, porque entonces, con toda intención, insistirá en quedarse, y lo que yo temo más es que él se aburra y se aleje del todo de mí. ¿Qué hacer?

—¡Dios, y en qué situación se colocan ustedes mismos! ¡Y qué suspicaces son, y cómo se siguen los pasos! Pues se explica uno, y en paz. De lo contrario, puede que esta situación, efectivamente, termine por aburrirle.

—Pero ¿cómo hacer? —exclamó ella, asustada.

—Tranquilízate, que yo lo arreglaré todo...

Y entró en la cocina con el pretexto de rogarle a Mavra que me limpiase uno de los chanclos, que lo traía sucio.

—¡Cuidado, Vania! —me gritó ella.

En el momento de entrar yo en la cocina, Alioscha se abalanzó hacia mí, como si hubiera estado esperándome.

—Iván Petróvich, amigo, ¿qué debo hacer yo? Aconséjeme usted. Di mi palabra anoche de estar hoy, precisamente a esta hora en casa de Katia. ¡No puedo faltar! Yo quiero a Natascha como no sé a qué; dispuesto estoy a arrojarme por ella al fuego,

pero convenga usted en que dejar a la otra plantada es imposible...

—Bueno pues, ande, y váyase.

—¿Y cómo dejar a Natascha? Lo va a tomar a mal. Iván Petróvich, idee usted algo...

—A mi juicio, lo mejor es que se vaya. Usted sabe cuánto lo quiere ella; va a creer que usted se aburre a su lado y que viene aquí a la fuerza. Lo mejor es proceder con libertad. Después de todo, ¡ea!, yo le ayudaré.

—¡Iván Petróvich, qué bueno es usted!

Entramos. Pasado un minuto, le dije:

—Acabo de ver a su padre.

—¿Dónde? —exclamó él, asustado.

—En la calle, por casualidad. Se detuvo conmigo un momento, y de nuevo expresó su deseo de que seamos amigos. Me preguntó por usted. ¿No sabría yo dónde estaba usted ahora? Tenía gran necesidad de verlo a usted para decirle no sé qué cosa.

—¡Ay, Alioscha, anda, ve a verlo! —insistió Natascha, comprendiendo mi ardid.

—Pero... ¿dónde encontrarlo ahora? ¿Estará en casa?

—No; recuerdo que me dijo que en casa de la condesa.

—Bueno... entonces... —exclamó ingenuamente Alioscha, mirando pesaroso a Natascha.

—¡Ay, Alioscha, hay que ver! —dijo. Pero ¿es que quieres dejar esa amistad para tranquilizarme?... ¿No comprendes que eso es infantil? En primer lugar, es imposible, y en segundo, no harás otra cosa que portarte como ingrato con Katia. Ustedes son amigos. ¿Es posible quizá romper tan bruscamente unas relaciones? Por último, tú me ofendes, sencillamente, al pensar que ya soy tan celosa. ¡Anda, ve allá inmediatamente, te lo ruego! Así también estará tranquilo tu padre.

—¡Natascha, ángel mío, yo no valgo lo que tu dedo meñique! —exclamó Alioscha, entusiasmado y contrito. Tú eres tan buena, mientras que yo..., yo... ¡Bueno... para que lo sepas...! Yo, hace un momento, en la cocina, le pedí a Iván Petróvich que me ayudase a irme. Y él fue quien discurrió esto. ¡Pero no me juzgues mal, ángel mío, Natascha! Yo no soy enteramente culpable, porque te quiero mil veces más que a todo en el mundo, y porque se me había ocurrido una idea nueva: franquearme del todo con Katia y exponerle inmediatamente mi situación actual y todo lo que aquí pasó anoche. Ella discurrirá algo para salvarnos; ella está de nuestra parte, de todo corazón...

—¡Bueno, pues ve! —repuso Natascha, sonriendo.

Y para que lo sepas, amigo mío: yo también tendría mucho gusto en conocer a Katia. ¿Cómo nos arreglaríamos para eso?

El entusiasmo de Alioscha no reconoció límites. En seguida empezó a pensar en el modo de hacerlo. Según él, era muy sencillo: Katia ya había pensado en ello. Desarrolló su idea con ardor, con vehemencia. Y en el mismo día prometió volver con la respuesta, de allí a dos horas, y pasar la velada con Natascha.

—¿De veras vas a venir? —le preguntó Natascha, empujándolo.

—¿Acaso lo dudas? Adiós, Natascha; Adiós, mi bienamada..., mi bienamada eterna. Adiós, Vania. ¡Ay, Dios mío, sin querer lo llamé Vania! Oiga usted, Iván Petróvich: yo lo quiero a usted mucho... ¿Por qué no hablamos de tú? Nos tutearemos.

—Está bien. Nos hablaremos de tú.

—¡Gracias a Dios! A mí ya se me había ocurrido cien veces. Sólo que no me atrevía a decírselo. Pero vea cómo le sigo hablando de usted. Es que es muy difícil acostumbrarse a hablarle de tú. Tolstoi lo hace notar muy bien en una de sus obras. Dos amigos se dan palabra de hablarse de tú, y ninguno de los dos puede acostumbrarse a ello, y ambos rehuyen emplear aquellas frases en las que entran pronombres. ¡Ay, Natascha!... ¿Has leído *Infancia y adolescencia*? ¡Si vieras qué bien escrito está...!

—Pero, anda, anda —y Natascha lo empujaba, riendo. Se pone a charlar de puro alegre...

—Adiós. ¡Hasta luego, dentro de dos horas!

Le besó la mano y se fue corriendo.

—¿Has visto?, ¿has visto, Vania? —exclamó ella, y rompió en llanto.

Yo estuve acompañándola durante dos horas, la consolé y conseguí persuadirla del todo. Naturalmente tenía sobrada razón en todas sus alarmas. El corazón se me henchía de pena al pensar en su situación presente. Temía por ella, pero ¿qué hacer?

También me resultaba extraño Alioscha. La amaba a ella, y no menos que antes, acaso más, con más fuerza y más ansias, por arrepentimiento y gratitud. Pero, al mismo tiempo, un nuevo amor se había apoderado fuertemente de su corazón. En qué pararía aquello... era imposible preverlo. Yo tenía una curiosidad enorme por conocer a Katia. Y otra vez le prometí a Natascha hacer que me presentasen a ella.

Por último pareció alegrarse. Entre otras cosas, le conté todo lo de Nelly, Maslobóyev y la Búbnova; le referí mi encuentro en casa de Maslobóyev con el príncipe y le participé la cita convenida para las ocho. Todo esto le interesó extraordinariamente. De los viejos hablé poco, y de la visita de Ijméniev no quise hablarle hasta su debido tiempo. El proyectado duelo de Nikolai Serguieyich con el príncipe podía alarmarla. También le manifesté las extrañas relaciones del príncipe con Maslobóyev y sus vivas ansias por establecer trato conmigo, lo que claramente se explicaba por la situación actual...

A las tres volví a casa. Nelly salió a recibirme con su luminosa carita...

VI

A las siete en punto de la noche estaba yo en casa de Maslobóyev. Salió a recibirme con grandes gritos y con los brazos abiertos. Ni que decir tengo que estaba completamente borracho. Pero lo que más me chocó fueron los extraordinarios preparativos que había hecho para mi visita. Saltaba a la vista que me esperaba. Un lindo samovar hervía en la mesa, redonda, cubierta por un tapete muy hermoso y muy raro. El servicio de té era de cristal, plata y porcelana. En otra mesa, cubierta por otro tapete de otra clase, pero no menos valioso, había, en distintos platos, dulces superiores, frutas de Kiev, maduras y secas; mermeladas, pastillas, jaleas, pasteles franceses, naranjas, manzanas y tres o cuatro clases de nueces. En una palabra: toda una frutería. En una tercera mesita, cubierta con un tapete blanco como la nieve, había diversidad extraordinaria de entremeses, caviar, queso, empanadillas, jamón curado, pescados y una hilera de magníficas botellas de cristal con licores de numerosas marcas y de colores sumamente atrayentes: verdes, rojas, canela y oro. Finalmente, en una mesita pequeña, puesta a un lado y cubierta así mismo con un blanco mantel, había dos copas de champaña. En la mesa delante del diván se erguían tres botellas: Sauternes, Laffite y coñac, botellas paradisíacas y carísimas. Junto a la mesita del té estaba sentada Aleksandra Semionovna, en traje sencillo y modesto, pero visiblemente rebuscado y engañoso, lo que verdaderamente le había salido muy bien. Comprendía que iba a su casa, y era evidente que a gala lo tenía. Al recibirme, se levantó con cierta solemnidad. Satisfacción y contento chispearon en su fresca carita. Maslobóyev tenía puestas unas lindísimas babuchas chinescas, un batín de precio y dejaba ver una ropa interior flamante y coquetona. En su camisa, dondequiera que se pudiera prender, mostraba botones y broches a la moda. Llevaba el pelo sentado, untado de cosmético y con la raya torcida, según era la moda.

Yo estaba tan sorprendido, que me detuve en medio del cuarto y me quedé mirando, con la boca abierta, ya a Maslobóyev, ya a Aleksandra Semionovna, cuya satisfacción rayaba en la beatitud.

—Pero ¿qué es esto, Maslobóyev?, ¿es que tienes recepción esta noche? — exclamé, finalmente, inquieto.

—No; sólo te esperaba a ti —respondió solemnemente.

—Pero ¿y eso? —y señalé los entremeses. ¡Bastante habría para abastecer a un ejército!

—Y para darle de beber..., se te olvidaba lo principal; para darle de beber —añadió Maslobóyev.

—¡Y todo eso, por mí solo!

—Y por Aleksandra Semionovna. Todo eso lo preparó con tanto gusto.

—¡Vaya, ya me lo figuraba yo! —exclamó, poniéndose colorada Aleksandra Semionovna, pero sin perder por ello su aspecto de satisfacción. No hay con qué recibir dignamente al huésped, pues enseguida soy yo la culpable.

—Esta misma mañana, ya puedes figurarte, desde esta mañana, cuando supe que vendrías por la noche, no ha parado un momento. ¡Cuánto trajín!...

—¡Sí, sí! No desde esta mañana, sino desde anoche, que ya lo sabía. Tú, al venir anoche, me dijiste que íbamos a tener visita hoy...

—Oíste mal.

—No oí mal, sino que así fue. Yo jamás miento. ¿Y por qué no recibir a las visitas? Se pasan los días y nadie viene a vernos, y tenemos de todo. Pues que las buenas gentes vean que también nosotros sabemos vivir.

—Y que se enteren de lo principal: de lo lista y apañada que es la dueña de casa —añadió Maslobóyev. Figúrate, amiguito, por qué habré caído yo aquí. Me bordan camisas de Holanda, me prenden botones, me ponen las babuchas, un batín chinesco; me peinan y me dan cosmético y bergamota; no sé qué esencias quería también echarme; *crème brûlée*, sólo que yo perdí la paciencia, me levanté, hice valer mi autoridad de marido...

—No es bergamota, sino el mejor cosmético francés, en su bote de porcelana con su membrete —exclamó, enojada, Aleksandra Semionovna. Juzgue usted mismo, Iván Petróvich: ni al teatro ni al baile me lleva nunca; sólo sabe regalarme trajes, y con trajes ¿qué hago yo? Me vestiría y me pondría a dar vueltas aquí sola. Hace unos días estaba convenido que iríamos al teatro. Me había yo vestido, y sólo me faltaba prenderme un broche. Voy a buscarlo, y, al volver, ya se había enredado con las botellas. Total: nos quedamos en casa. Nadie, nadie, nadie viene a visitarnos; solamente por las mañanas, y para negocios, viene alguien, y entonces a mí me quitan de en medio. Y, a todo esto, no faltan el samovar ni el servicio de té y las lindas tazas... Todo eso lo tenemos, y todo regalado. Y nos regalan también comestibles, y casi únicamente tenemos que comprar el aguardiente y el cosmético y ahí tiene usted entremeses..., empanadillas, jamón y hasta dulces hemos comprado para usted. Para que vea usted cómo vivimos. Todo un año he estado pensando: «Si viniera algún convidado, podríamos enseñarle todo esto y obsequiarlo; él nos alabaría, y a nosotros nos daría gusto». Y le puse a éste cosmético, aunque no lo merece, que por su gusto iría sucio. Mire usted el batín que lleva. Regalo. ¿Se merece, acaso, un batín como ése? A él lo que le encanta es empinar el codo. Ya verá usted cómo antes de ofrecerle té le ofrece vodka.

—¡Y qué! Verdaderamente es así. Vamos a beber un poquito, Vania, de la botella de oro y de la de plata, y luego, con el alma iluminada, pasaremos a otra bebida.

—¡Nada!... ¿No lo decía yo?...

—No te alarmes, Sáschenka, también tomaremos té, con un poquito de coñac, a tu salud.

—¡Ya estamos! —exclamó alzando los brazos.

Un té de seis rublos que nos regaló hace tres días el comerciante, y él prefiere beber coñac. No le haga usted caso, Iván Petróvich, que yo le serviré el té... ¡Ya verá usted, ya verá qué té!

Y se puso a trajinar en el samovar.

Era evidente que se habían hecho la ilusión de entretenerme allí toda la noche. Aleksandra Semionovna había estado un año entero esperando un huésped, y ahora se disponía a desahogar su alma conmigo. Pero aquello no entraba en mis cálculos.

—Dispensa, Maslobóyev —le dije, sentándome. Yo no he venido a verte como invitado; tengo que hacer. Tú me llamaste para comunicarme no sé qué cosa...

—Es verdad: los negocios son los negocios; pero también hay lugar para una charla de amigos...

—No, amigo, no te hagas ilusiones. A las nueve y media me voy. Tengo que hacer; he dado mi palabra...

—No paso por ello. Haz el favor de pensar qué es lo que vas a hacer conmigo... ¿Qué vas a hacer con Aleksandra Semionovna? No tienes más que mirarla; pena da. ¿Para qué, entonces, me dio cosmético? ¿Para qué me puso bergamota? ¡Fíjate!

—Tú todo lo echas a broma, Maslobóyev. Yo le juro a Aleksandra Semionovna que la semana que viene, el viernes, por ejemplo, vendré a comer con ustedes, pero hoy, hermanito, di mi palabra, o, mejor dicho, sencillamente me hace falta ir a determinado sitio. Lo mejor será que me expliques: ¿qué era lo que querías decirme?

—¡Pero sólo va usted a estar con nosotros hasta las nueve y media!... —exclamó Aleksandra Semionovna con voz tímida y lastimera, a dos dedos del llanto, y sirviéndome una taza de excelente té.

—No te apures, Sáschenka, todo es ganas de hablar —insistió Maslobóyev. Se quedará con nosotros; otra cosa sería un absurdo. Pero dime, Vania, ¿qué sitio es ése adonde siempre vas? ¿Qué asunto te traes entre manos? ¿No es posible saberlo? Tú te pasas el día de acá para allá, no trabajas...

—¿Y a ti qué te interesa? Por lo demás, puede que luego te lo diga. Pero dime tú antes ¿por qué fuiste anoche a mi casa, cuando yo te había dicho, recuerdas, que no estaría allí?

—Después me acordé, pero anoche se me había olvidado. Quería hablar contigo, efectivamente, de un asunto, pero lo que más me urgía era distraer un poco a Aleksandra Semionovna. «Mira —me dijo—, ése es un hombre que parece simpático. ¿Por qué no lo invitas?». Y por culpa tuya no me ha dejado descansar en cuatro días. Por la bergamota, hermanito, me perdonarás en este mundo cuarenta pecados, indudablemente, mas pensé: «¿Por qué no pasar una velada agradable en compañía de un amigo?». Y discurrí una estratagema: te escribí, ¡diantre!, hablándote de ese asunto y diciéndote que, si no venías, todos nuestros buques se irían a pique.

Yo le rogué que en adelante no volviera a hacerlo, sino que me hablase francamente. Aunque, en realidad, aquella explicación no me satisfizo del todo.

—Está bien. Pero antes, ¿por qué huiste de mí? —le pregunté.

—Pues porque, efectivamente, tenía que hacer; no te mentía.

—¿Con el príncipe, acaso?

—¿Le gusta a usted nuestro té?... —me preguntó, con voz melosa, Aleksandra

Semionovna.

Había estado aguardando cinco minutos que yo elogiase su té, y yo no me había dado cuenta.

—¡Excelente, Aleksandra Semionovna, magnífico! En mi vida lo tomé igual.

Aleksandra Semionovna se puso encarnada de satisfacción y se dispuso a servirme otra taza.

—¡El príncipe! —exclamó Maslobóyev. ¡Buen pícaro, hermanito, buen tunante es el tal príncipe!... Yo, hermanito, voy a decirte una cosa: no tengo pelo de tonto, pero, por pura vergüenza, no quisiera encontrarme en su pellejo. Pero basta. ¡Chitón! Eso es todo lo que puedo decir de él.

—Pues yo, con toda intención, vine a verte para hablarte de él, entre otras cosas. Pero eso lo dejaremos para después. Ahora dime, ¿por qué anoche, en mi ausencia, le regalaste dulces a mi Elena y hasta te pusiste a bailar delante de ella? ¿Y de qué le estuviste hablando durante hora y media?

—Elena es una nena de once o doce años que vive ahora con Iván Petróvich —le explicó Maslobóyev a su mujer, volviéndose a ella de pronto. ¡Mire usted, Vania, mire usted! —prosiguió, señalándomela con los dedos. Toda ella se ha estremecido al oír que yo le llevo dulces a una nena desconocida, y se ha puesto encarnada, y ha dado un respingo, como si de pronto hubiésemos disparado una pistola... Mira cómo sus ojillos le chispean lo mismo que brasas. ¡Pero Aleksandra Semionovna, si no hay nada..., nada que ocultar! Anda, y ponte celosa. No te negaré que esa chica de once años me ha sacado de quicio. ¡Ni la bergamota ha de salvarme!

—¡Desde ahora mismo ya no te salva!

Y con aquellas palabras, Aleksandra Semionovna, de un salto, vino a nosotros desde detrás de la mesita de té, y antes de que Maslobóyev tuviese tiempo de esconder la cabeza, fue y lo agarró por un mechón de pelo y le dio unos cuantos tirones.

—¡Toma!, ¡toma! Para que te atrevas a decir delante del huésped que yo soy celosa. ¡Para que te atrevas, para que te atrevas, para que te atrevas!...

Se había puesto roja, y, aunque sonreía, no por eso zarandeaba menos a Maslobóyev.

—¡Dice cosas que dan vergüenza! —añadió, en serio, dirigiéndose a mí.

—¡Ya ves, Vania, qué vida la mía! No tengo más remedio que consolarme con el aguardiente —decidió Maslobóyev, alisándose los cabellos y dirigiéndose, poco menos que a la carrera, hacia la garrafa.

Sólo que Aleksandra Semionovna se le adelantó, inclinándose sobre la mesa; se le escanció ella misma, se lo sirvió, y hasta le dio, mimosa, un golpecito en la mejilla. Maslobóyev, ufano, me hizo un guiño, chasqueó la lengua y se bebió solemnemente el vaso.

—Respecto a los dulces, es difícil imaginarse —empezó, sentándose junto a mí en el diván. Los compré hace tres días, estando borracho, en una frutería... No sé con

qué objeto. Puede que con el exclusivo fin de fomentar el comercio y la industria nacionales..., no lo sé a decir verdad; solamente recuerdo que me caía de borracho, en mitad de la calle; que me caí en el barro; me tiré de los pelos y me eché a llorar, por ver lo inútil que era. Naturalmente, me olvidé de los dulces, que se me quedaron en el bolsillo hasta anoche, que me senté sobre ellos, al acomodarme en tu diván. Tocante a las danzas, yo también estaba borracho anoche. Tenía yo una borrachera bastante respetable, y yo, cuando estoy así y me siento contento de mi suerte, suelo ponerme a bailar. Esto es todo, quedando sólo por agregar, acaso, que la huerfanita me inspiró lástima, y también que ella no quería hablar conmigo, como si estuviera enfadada. Y yo bailé también por alegrarla, y por eso mismo le regalé los dulces.

—Pero ¿no se los regalarías con objeto de sonsacarle algo? Confiésalo francamente: tú fuiste a buscarme con toda intención, sabiendo que yo no estaría en casa, para hablar con la niña a solas y sacarle algún detalle, ¿no es así? Ten presente que yo sé que estuviste hablando con ella hora y media, le dijiste que habías conocido a su difunta madre y le preguntaste no sé qué.

Maslobóyev guiñó un ojo y se sonrió maliciosamente.

—En verdad no habría sido mala idea —dijo. Pero no, Vania, no es eso. Desde luego nunca está de más preguntar, pero no se trataba de eso. Escucha, viejo amigo, aunque yo estoy ahora bastante ebrio, según mi costumbre, has de saber que jamás Filipp Filippich te ha engañado con mala idea, sí, con mala idea.

—Bueno; ¿y sin mala idea?

—¡Vaya... sin mala idea, tampoco! Pero ¿qué diablos son éstos?... ¡Bebamos y al asunto! El asunto es muy sencillo —continuó, sin dejar de beber. Esa Búbnova no tenía derecho alguno a retener a esa criatura. Yo estoy enterado de todo. Ni la había prohijado ni nada por el estilo. Su madre le debía dinero, y ella fue y se quedó con la chica. La Búbnova, por muy lista y tunanta que sea, es, como todas las mujeres, una tonta. La difunta tenía un pasaporte en regla; por tanto, era muy decente. Elena puede vivir contigo, aunque sería preferible que cualquier familia generosa la adoptase seriamente. Pero, por lo pronto, puede seguir contigo. Eso no importa; yo te lo arreglaré todo. La Búbnova no se atreve a mover un dedo. De la difunta no he podido averiguar nada en concreto. Sólo sé que era viuda y que se apellidaba Salzmán.

—Eso es, así me lo ha dicho Nelly.

—Bueno pues, asunto concluido... Ahora, Vania —empezó, con cierta solemnidad—, yo tengo que hacerte una ligera súplica. Tú accederás a ella. Vas a contarme, lo más detalladamente que puedas, qué asunto es ése que te preocupa, adonde es que vas, dónde te pasas los días enteros. Aunque algo he oído y sé de ello, necesito más datos.

Aquella solemnidad me sorprendió, y hasta me produjo inquietud.

—¡Cómo! ¿Para qué necesitas saberlo? Me lo preguntas tan solemnemente...

—Voy a decírtelo, Vania, sin palabras superfluas: quiero prestarte un servicio. Mira, amiguito, si yo emplease astucia contigo, ya sabría, sin solemnidad ninguna,

tirarte de la lengua. Pero tú te figuras que me valgo de la astucia contigo. Antes, lo de los dulces, te comprendí. Pero, al hablarte ahora con esta solemnidad, no lo hago en interés mío, sino en el tuyo. Así que no dudes y háblame con toda franqueza, con verdad..., sinceramente.

—Pero ¿qué servicio es éste? Oye, Maslobóyev: ¿por qué no me cuentas algo del príncipe? ¡Si vieras la falta que me hace...! Ése sí que sería un servicio...

—¡Del príncipe! ¡Hum!... Pues sea; te hablaré con franqueza. Precisamente iba yo a preguntar ahora sobre su conducta.

—¿Sí?

—Mira, hermanito: yo había notado que él andaba de por medio en tu asunto; entre otras cosas, me ha preguntado por ti. Cómo se haya enterado de que tú y yo somos amigos..., es cosa que no te concierne. Lo principal es esto: ándate con cuidado con ese príncipe. Es un Judas traidor, y me quedo corto. Así que al advertir yo que él se mezclaba en tus asuntos, me eché a temblar por ti. Por lo demás, yo no sé nada; por eso te rogaba que me lo dijesees tú, para poder formar juicio... Y por eso también te cité para hoy. Ten en cuenta que éste es un asunto importante. No puedo explicarme con más claridad.

—Pero, por lo menos, querrás decirme algo, aunque sólo sea por qué debo andarme con cuidado con el príncipe.

—Está bien. Yo, hermanito, generalmente suelo entrometerme en asuntos ajenos. Pero juzga tú mismo: hay quienes tienen confianza en mí porque no soy un lenguaraz. ¿Cómo voy a contarte nada? Así que no te enojas si te digo únicamente algo en general para demostrarte lo ruin que es ese hombre. Pero empieza tú primero con lo tuyo.

Yo juzgué que decididamente no debía ocultarle a Maslobóyev nada de mis asuntos. Lo de Natascha no era ningún secreto. Además, incluso podía esperar de Maslobóyev algo útil para ella. Claro que en mi relato procuré, en todo lo posible, pasar por alto algunos puntos. Maslobóyev me escuchó con particular atención todo lo referente al príncipe. En muchos puntos me hacía detenerme, y me preguntaba muchas cosas, a fin de obtener de mí una relación más detallada. Mi relato duró media hora.

—¡Hum! ¡Qué talento tiene esa muchacha!... —decidió Maslobóyev. Aún suponiendo que no hubiese acertado en todo con respecto al príncipe, por lo menos en una cosa acertó desde el primer instante, y fue en comprender con quién tenía que habérselas y cortar con él toda clase de relaciones. ¡Bravo, Natascha Nikoláievna! Bebo a tu salud —bebió. Pero no sólo hacía falta talento, sino también corazón para no dejarse engañar. Corazón es lo que le ha faltado. Naturalmente que el asunto está ya visto; el príncipe se sale con la suya, y Alioscha la deja plantada. El único que me da lástima es Ijméniev... ¡Tener que pagarle diez mil rublos a ese pícaro...! Pero ¿quién se encargó de su asunto? ¿Quién se lo gestionó? Quizá él mismo. ¡Ah! Cuidado con esos hombres tan vehementes y tan buenazos... ¡No sirven para nada!

Con el príncipe había que proceder de otro modo. Yo le hubiera buscado a Ijméniev un abogadito que... ¡ah! —y dio con enojo un puñetazo en la mesa.

—Bueno, y ahora ¿qué me dices del príncipe?

—Para ti no hay más que el príncipe. Pero ¿qué voy a decirte de él? No me gusta, además, que me lo hayas recordado. Yo, Vania, sólo quería prevenirte a ti contra ese bribón, con objeto de ponerte a salvo de su influjo. Quien con él se relaciona no está libre de inquietudes. Así que aguza el oído: he aquí todo. Pero tú ya te habrías figurado que yo iba a contarte Dios sabe qué misterios de París. ¡Por algo eres novelista! Bueno; ¿qué te voy a decir de ese tunante? ¡Como pícaro, sí que lo es!... Pero ¡vaya!, te contaré, por ejemplo, una de sus hazañas, naturalmente, sin especificar lugar, ciudad ni personajes, es decir, sin precisión de calendario. Has de saber que allá en su mocedad, cuando se veía obligado a vivir de su sueldo de canciller, se casó con la hija de un opulento comerciante. Pues con la tal hija del comerciante no se portó nada bien, y aunque ahora no se trate de ella, te haré notar de pasada, Vania, que toda su vida gustó de emplear esos recursos. Pero sigue escuchando. Hizo un viaje al extranjero. Allí...

—Deténte, Maslobóyev, ¿a qué viaje te refieres? ¿En qué año fue?

—Ahora se cumplen, justamente, veintinueve años y tres meses de ello. Bien. Pues también allá raptó a una hija de familia, única, y se la llevó a París. ¿Y sabes lo que hizo? El padre de la chica era dueño de una fábrica o socio de una empresa por el estilo, no lo sé con seguridad. Ten en cuenta que lo que te refiero he tenido que reconstituirlo con argumentos y suposiciones inferidos de otros datos. La cosa es que el príncipe fue y lo engañó y entró en sociedad con él. Lo engañó completamente, y le sacó los dineros. Respecto a los dineros robados, el viejo poseía algunos documentos. Pero el príncipe quería llevárselos para no devolvérselos, de modo que no pareciera lo que había hecho, sencillamente, un robo. El viejo tenía una hija, una hija guapísima, y de esta hermosura estaba enamorado un hombre ideal, un hermano de Schiller, poeta y, al mismo tiempo, comerciante, un joven soñador; en una palabra, un perfecto alemán, llamado Pfefferkuchen^[8] o algo por el estilo.

—¿De modo que se llamaba Pfefferkuchen de apellido?

—Puede que no se llamara Pfefferkuchen. ¡El diablo se lo lleve, que no nos interesa! Lo cierto es que el príncipe empezó a hacerle la corte a la chica, y tal maña se dio, que se enamoró de él como una loca. El príncipe se proponía con eso dos cosas: primero, apoderarse de la muchacha, y luego de los documentos que el viejo poseía, que acreditaban la cantidad prestada. Las llaves de todas las arcas del viejo las tenía su hija. El viejo quería a su hija con locura, hasta el punto de no querer darla en matrimonio a nadie. En serio. Tenía celos de todos los novios. No se avenía a separarse de ella, y echó de su casa a Pfefferkuchen, que era un inglés la mar de raro...

—¿Inglés? Pero ¿dónde pasaba toda esta historia?

—Dije lo de inglés por comparación, pero tú enseguida te agarraste de eso. Esa

historia pasaba en Santa Fe de Bogotá, si no sucedía en Cracovia, que todo podría ser, y aún tengo por más cierto que se desarrolló en el principado de Nassau, es decir, que se escribió en el agua, precisamente en Nassau. ¿Satisfecho? Bien. Pues el príncipe embaucó a la muchacha y la raptó, y, por su indicación, se llevó aquélla consigo algunos documentos. ¡Hay que ver qué pasión, Vania! ¡Uf, Dios mío, y diz que la chica era decente, buena, distinguida! A decir verdad, puede que no supiera mucho de libros. A ella sólo le preocupaba una cosa: que su padre no la maldijese. El príncipe conjuró sus temores, comprometiéndose con ella, legal y formalmente, a casarse. Le aseguró, además, que sólo estarían ausentes de allí una temporada para dar tiempo a que al viejo se le pasara el enojo, y entonces volverían ya casados, y vivirían para siempre los tres juntos, en amor y concordia, y así hasta lo infinito. Se fugó la pobrecilla, la maldijo el viejo y tuvo que declararse en quiebra. Corrió a París detrás de ella Frauenmilch, el cual dejó todo, y hasta el comercio abandonó, ya que estaba perdidamente enamorado.

—Pero ¿qué Frauenmilch era ése?

—Pues ¿cómo se llamaba? ¿Feuerbach...? ¡Digo, maldito sea, Pfefferkuchen! Al príncipe, naturalmente, le era imposible casarse, porque, ¡diantre!, ¿qué habría dicho la condesa Kestova? ¿Qué habría pensado el barón Pomoikin? Por consiguiente, era preciso valerse de engaños. Y no se quedó corto engañando. En primer lugar, poco le faltó para pegarle, y, además, invitó a su casa con toda intención a Pfefferkuchen, quien acudió al reclamo, se hizo amigo de ella, y, ¡vamos!, derramaron juntos unas lagrimitas, estuvieron unidos toda la velada, lamentando su desdicha y consolándose. Eran ambos unas almas de Dios. El príncipe lo había preparado todo con su cuenta y razón. Una vez los sorprendió, ya tarde, y salió diciendo que ambos se entendían, y empezó a buscar camorra; con sus propios ojos decía que los había visto. Inmediatamente los echó a los dos de la casa, y él se fue a Londres. Pero ella estaba ya en meses mayores, y, a poco de haberla echado él, dio a luz una hija..., es decir, una hija no, un hijo, eso es, un hijito, al que puso de nombre Volodka. Pfefferkuchen fue su padrino. En fin, que ella se fue a vivir con Pfefferkuchen, el cual tenía algún dinerillo. Viajaron por Suiza, por Italia..., por todas esas tierras poéticas, según venía al caso. Ella no hacía más que llorar, y Pfefferkuchen lloriqueaba también, y de esta suerte pasaron muchos años, y la niña creció. Y al príncipe todo le había salido bien, salvo una cosa, que no pudo arrancarle a ella el documento en que se comprometía a casarse. «Eres un villano —le dijo ella al despedirse. Me robaste, me deshonraste, y ahora me abandonas. Adiós. Pero lo que es el acta de casamiento, no te la devuelvo. No porque yo piense hacer uso de ella nunca, sino porque tú le temes a ese escrito. Así que lo guardaré siempre en mi poder». Se acaloró, en una palabra, pero el príncipe se quedó perfectamente tranquilo. Por lo general, esa clase de individuos sabe muy bien sacar adelante sus asuntos con esas otras criaturas que llamamos exaltadas. Son éstas de tan noble condición, que se las engaña fácilmente, y, además, siempre lo rematan todo con un noble y sublime desdén, en vez de tratar de arreglar

el asunto de un modo práctico; acudiendo a la justicia, si fuera el caso. Pues así procedió esa madre: puso fin al episodio con un altivo desprecio, y si bien se quedó con los documentos, hartó sabía el príncipe que antes se ahorcaría que hacer uso de ellos. Así que estuvo tranquilo hasta ahora. Pero, aunque ella le escupió en su rostro de pícaro, se quedó con Volodka en sus brazos. Si ella moría, ¿qué sería de él? Mas no se paró a pensarlo. Bruderschaft también la animaba, y no tampoco se paraba a reflexionar. Leían los dos a Schiller. Hasta que, finalmente, a Bruderschaft le entró la murria, no sé por qué, y se fue al otro barrio...

—¿Te referirás a Pfefferkuchen?

—¡Claro que sí; el diablo se lo lleve! Pero ella...

—¡Para! ¿Cuántos años estuvieron viajando por el extranjero?

—Veinte justitos. Bueno, como iba diciendo, ella se volvió a Cracovia. Su padre no quiso recibirla en su casa. La maldijo, y ella fue y se murió, mientras el príncipe se persignaba de alegría. Yo también estaba allí; gusté la miel, por los bigotes se me quedó y a la boca no me llegó. Me dieron un empujoncito y por la puerta me escurrí... ¿Bebemos, hermanito?

—¡Ya me figuraba yo que tú andarías en el medio, Maslobóyev!

—¿De veras quieres que sea así?

—Sólo que no comprendo qué habrías podido hacer.

—Pues verás. En cuanto ella volvió, después de diez años de ausencia, fue preciso averiguar qué había sido de Bruderschaft y del viejo, y si efectivamente había vuelto ella, y enterarse de lo referente al niño, y de si se habría muerto ella, y qué había sido de los documentos, etcétera, para estar completamente tranquilos. Pero basta ya de esto. Se trata de un hombre peligroso. Guárdate de él, Vania, y ten siempre esto presente, por lo que respecta a Maslobóyev: nunca, por nada del mundo, le llares villano. Aunque tenga algo de pícaro (a mi juicio, no hay nadie que de ello esté libre), nunca lo será contra ti. Yo estoy muy borracho, pero escucha: si alguna vez, pronto o tarde, ahora mismo o el año que viene, te pareciera que Maslobóyev te había hecho objeto de alguna picardía (y te ruego no olvides esta palabra: picardía), ten presente que habrá sido sin mala idea. Maslobóyev mira por ti. Y, además, no creas en suspicacias, sino ven acá y explícate con toda franqueza y fraternalmente con el propio Maslobóyev. Bueno; ¿ahora querrás otra copita?

—No.

—¿Un bocadillo?

—No, hermanito, dispensa...

—Bueno pues, entonces vete, que son ya las nueve menos cuarto, y tú eres orgulloso. Ya es tu hora.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Bebes hasta emborracharte, y luego echas a las visitas? Siempre serás el mismo. ¡Ah, desvergonzado! —exclamó, a dos dedos del llanto, Aleksandra Semionovna.

—El peatón no es compañero del jinete. Aleksandra Semionovna, nosotros nos

quedamos juntos, y podemos adorarnos mutuamente. Pero ése es un general. ¡No, Vania, miento; no eres un general, pero yo... soy un pícaro!... Mírame: ¿qué parezco yo ahora? ¿Qué soy yo comparado contigo? Perdona, Vania, no lo tomes a mal, y deja que me desahogue...

Me abrazó y me salpicó de lágrimas. Yo me dispuse a retirarme.

—¡Ah, Dios mío, yo que le tenía preparada la cena...! —exclamó Aleksandra Semionovna con una pena horrible. Pero el viernes sin falta vendrá a comer con nosotros, ¿no?

—Vendré, Aleksandra Semionovna, palabra de honor que vendré.

—Quizá le repela a usted el verlo tan... borracho. Pero no haga usted caso, Iván Petróvich; él es muy bueno. ¡Y si viera usted cuánto lo quiere...! Día y noche no hace otra cosa que hablarme de usted; no tiene otro tema. Me ha comprado sus libros con toda intención. Todavía no he podido leerlos, pero mañana empezaré ¡Y si viera usted cuánto gusto me dará si viene! A nadie veo nunca; nadie viene nunca por esta casa. Nada nos falta, pero estamos solos. Ahora yo estaba ahí, sentadita, escucha que te escucha lo que ustedes hablaban, ¡y si viera usted qué gusto...! Bueno, hasta el viernes.

VII

Me di prisa a volver a casa. Las palabras de Maslobóyev me habían hecho honda impresión. ¡Dios sabe las cosas que se me ocurrieron!... Como con toda intención, me aguardaba en casa un episodio que me estremeció, como una descarga eléctrica...

Frente a la puerta misma de la casa había un farol. No había hecho yo más que llegar a la puerta, cuando de junto al farol se adelantó hacia mi un extraño bulto que hasta me hizo dar un grito: el de una pobre criatura, asustada, temblorosa, medio loca, y que, dando un chillido, me cogió por un brazo. El espanto se apoderó de mí. Era Nelly.

—¡Nelly! ¿Qué es esto? —exclamé. ¿Eres tú?

—Allá arriba... Está allá arriba... En casa...

—Pero ¿quién? Subamos. Sube conmigo.

—¡No quiero!, ¡no quiero! Aguardaré hasta que se vaya..., en el rellano... No quiero... Bajé en cuanto entró.

Yo subí con cierto presentimiento extraño; abrí la puerta, y... me encontré con el príncipe. Estaba sentado a la mesa, y leía una novela. Por lo menos, tenía abierto el libro.

—¡Iván Petróvich! —exclamó, alborozado. Cuánto celebro que por fin haya vuelto. Ya me iba. Llevo aguardándolo más de una hora. Yo di hoy mi palabra, ante la insistente y reiterada súplica de la condesa, de presentarme esta noche aquí, en su casa. Me ha porfiado tanto, tiene tales deseos de conocerlo... Así que, como usted ya me lo había prometido, juzgué lo mejor venir yo mismo a buscarlo, antes que hubiese usted tenido tiempo de ir a otra parte e invitarlo a usted a su casa. Figúrese usted mi contrariedad; su criadita me explicó que usted no estaba en casa. ¿Qué hacer? Yo he dado mi palabra de honor de presentarme allí en su compañía. Así que me senté, dispuesto a aguardarle a usted un cuarto de hora. Pero, sí, sí ¡un cuarto de hora! Cogí su novela y me puse a leer. ¡Qué maravilla! ¡Y no le comprenden a usted después de esto! ¡Pero si usted me ha arrancado lágrimas! Porque, sépalo usted, he llorado, y eso que yo no suelo llorar.

—¿De modo que usted quería llevarme consigo? Pues tengo que decirle a usted que ahora..., aunque yo también lo desearía...

—¡Por el amor de Dios, venga usted! ¿Qué va a ser si no de mí? Mire que le he estado aguardando hora y media... Además, tengo tanta, tanta necesidad de hablar con usted... ¿No se acuerda usted de qué? Usted está más enterado de todo eso que yo... Quizá podamos resolver algo, optar por alguna cosa; piénselo usted. ¡Por el amor de Dios, no me desaire!

Yo me di cuenta de que, más tarde o temprano, no tendría más remedio que ir allá, Supongamos que Natascha está ahora sola y que me necesita; pero ¿no me encargó ella misma que hiciese lo posible por conocer cuanto antes a Katia? Además, puede que Alioscha se encuentre allí. Yo sabía que Natascha no estaría tranquila hasta

que yo no le llevase noticias de Katia, y opté por ir. Pero lo sentía por Nelly.

—Permítame usted —dije al príncipe.

Y salí a la escalera. Nelly estaba allí, en un rincón oscuro.

—¿Por qué no quieres entrar, Nelly? ¿Qué te ha hecho él? ¿Qué te dijo?

—Nada... Pero no quiero, no quiero... —repetía. Tengo miedo.

Por más que le rogué... fue inútil. Convine con ella en que tan pronto yo saliera con el príncipe, entraría en el cuarto y se encerraría.

—Y no le abras a nadie, Nelly, por más que te porfíen.

—Pero ¿se va usted con él?

—Con él, sí.

Se estremeció y me cogió la mano, como si quisiera suplicarme que no lo hiciera. Pero no dije nada. Yo decidí interrogarla más detenidamente al día siguiente.

Después de disculparme con el príncipe, empecé a vestirme. Él me aseguraba que, para ir allí, no era menester traje de etiqueta.

—¡Más bien algo informal! —añadió, pasándome revista con los ojos de la cabeza a los pies. Aunque, después de todo, esos prejuicios mundanos..., es imposible desprenderse de ellos por completo. Tal perfección no se encuentra en nuestro mundo —concluyó, al comprobar, con aire satisfecho, que yo tenía frac.

Salimos. Pero lo detuve en el rellano. Volví a entrar en el piso, donde ya se había escurrido Nelly, y una vez más me despedí de ella. Estaba horriblemente conmocionada. Tenía la cara azulosa. Temí por ella y se me hacía muy duro dejarla.

—¡Qué rara es su criadita! —me dijo el príncipe, al salir a la escalera. ¡Porque supongo que esa muchacha será su criada!

—No...; es..., vive conmigo provisoriamente.

—¡Extraña criatura! Tengo la convicción de que está loca. Imagine usted que al principio respondía muy bien a mis preguntas; pero luego, después de mirarme, se abalanzó hacia mí, se puso a dar gritos y a temblar, se me agarró, y... parecía querer decir algo y no poder. Le confieso que yo tuve miedo, y ya me disponía a echar a correr, huyendo de ella, cuando ella, gracias a Dios, se me adelantó, huyendo de mí. Yo estaba atónito. ¿Cómo puede usted aguantarla?

—Es que le dan ataques —respondí yo.

—¡Ah, sí! Entonces no es tan de extrañar... si le dan ataques...

A mí, en aquel instante, me pareció que la visita de Maslobóyev, la víspera, sabiendo que yo no estaba en casa; el relato que el propio Maslobóyev me había hecho aquel día, borracho y a regañadientes; su cita para las ocho en su casa; Su advertencia de que no le supusiese un pícaro para conmigo, y, finalmente, el hecho de haberme estado aguardando el príncipe hora y media, sabiendo, acaso, que yo estaba con Maslobóyev, cuando Nelly había salido a la calle...; que todas esas cosas guardaban entre sí alguna relación. Había motivo para pensar.

En la puerta aguardaba su coche. Subimos y partimos.

VIII

No teníamos que ir lejos; sólo hasta el puente Torgovii. Durante el primer minuto, fuimos en silencio. Yo no hacía más que pensar: «¿Qué era lo que quiere decirme?». Me parecía que quería ponerme a prueba, contrastarme, sondearme. Pero el príncipe rompió a hablar, sin andar con rodeos, y fue derecho al asunto.

—Estoy muy preocupado actualmente con una idea, Iván Petróvich —empezó—, de la que quiero hablar, ante todo, con usted, para pedir su consejo. Hace tiempo ya que tengo decidido desistir de la demanda entablada y perdonarle los diez mil rublos en litigio a Ijméniev. ¿Cómo tendría que proceder para ello?

«No es posible que tú no sepas cómo arreglártelas para eso —pensé. ¿Será que quieres burlarte de mí?».

—No lo sé, príncipe —contesté, con la mayor ingenuidad posible. En otro punto, el referente a Natascha Nikoláievna, estoy pronto a manifestarle a usted que es absolutamente imprescindible que todos celebremos una entrevista; pero de este asunto que me consulta sabe usted más que yo...

—No, no; sin duda, menos. Usted los conoce a ellos, y quizá también la misma Natascha Nikoláievna le habrá expuesto su modo de pensar sobre este punto, y eso para mí es la guía principal. Usted puede prestarme ayuda; se trata de una cuestión sumamente difícil. Yo estoy dispuesto a renunciar, y hasta tengo resuelto hacerlo así, en cuanto se arreglen las demás cosas... ¿Comprende usted? Pero ¿cómo?, ¿qué cariz darle a ese desistimiento? El viejo es orgulloso y quizá me rechace ese dinero...

—Pero permita usted: cómo considera usted ese dinero: ¿suyo o de él?

—La demanda la he ganado yo; de suerte que es mío.

—Pero ¿en conciencia?

—Naturalmente lo considero mío —me contestó algo picado por mi falta de cumplidos—; por lo demás, usted, según parece, no conoce a fondo el asunto. Yo no acuso al viejo de haberme engañado a sabiendas, y le confieso a usted que no lo acusé nunca. Él mismo fue quien voluntariamente se hizo ese agravio. Yo únicamente lo acusé de descuido, de no mirar por los asuntos a él encomendados, y según lo que habíamos convenido, estaba obligado a responder de algunas cosas. Pero sepa usted que tampoco se trataba de eso: se trataba de nuestra riña; en una palabra: de nuestros respectivos amores propios ofendidos. Yo, es posible que ni siquiera hubiera puesto atención en esos cochinos diez mil rublos; pero ya sabe usted por él mismo cómo empezó la cosa. Reconozco que procedí con desconfianza y hasta con injusticia; es decir, que fui entonces injusto, pero sin darme cuenta, y en mi enojo, al sentirme ofendido por sus groserías, no quise perder la ocasión y entablé la demanda. No me justificaré: sólo le haré notar que la ira y, sobre todo el amor propio herido..., no significan ausencia de nobleza, sino que son achaques naturales, humanos, y le confieso y le repito a usted que yo apenas si conocía a Ijméniev, y di entero crédito a todos aquellos rumores que corrían respecto a Alioscha y a Natascha, de suerte que

pude también creer en un premeditado desfalco... Pero dejemos eso a un lado. Lo principal es esto otro: ¿qué hacer ahora? ¿Renunciar al dinero? Pero sí yo le digo que ahora lo considero mío, con arreglo a derecho, eso quiere decir que se lo regalo. Y tenga en cuenta lo delicado de la situación si se piensa en Natascha Nikoláievna... Sin ninguna duda me tirará el dinero a la cara.

—Vea usted cómo usted mismo dice que se lo tirará; eso demuestra que le tiene usted por un hombre honrado, y siendo así tiene usted que estar absolutamente convencido de que no le robó ese dinero.

Y entonces, ¿por qué no va usted mismo a verle y le explica con toda franqueza que considera ilegal su demanda? Eso sería lo noble; Ijméniev acaso no tenga entonces inconveniente en tomar su dinero.

—¡Hum...! Su dinero. Bueno, pero fíjese usted bien ¿qué es lo que quiere usted hacer conmigo? Que vaya y le explique que considero ilegal mi demanda. Pero ¿de dónde saca usted, cómo sabe usted que mi demanda es ilegal?... ¡Decírmelo así en mi cara! Pero yo no merezco eso, porque yo buscaba lo legal; yo nunca dije ni escribí que él me hubiera robado, pero de su modo desacertado de llevar los asuntos, de eso estoy convencido todavía. Ese dinero es indiscutiblemente mío, y, por tanto, me es doloroso renunciar a él, y, en último caso, le repito a usted que fue el viejo quien me ofendió a mí, mientras que usted quiere obligarme a mí a pedirle perdón a él... Eso es muy fuerte.

—A mí me parece que cuando dos hombres quieren hacer las paces...

—¿Cree usted que eso es tan sencillo?

—Sí.

—No crea; algunas veces es bastante difícil, tanto más...

—Tanto más cuanto que estas circunstancias están relacionadas con otras. En esto usted mismo convendrá, príncipe. El asunto de Natascha Nikoláievna y su hijo ha de resolverlo usted en todas sus partes, las cuales dependen de usted, y debe resolverlo de modo totalmente satisfactorio para los. Ijménievs. Sólo entonces podrá usted tener una explicación con Ijméniev respecto al litigio con absoluta sinceridad. Pero ahora, que no hay nada resuelto, sólo tiene usted un camino: reconocer la injusticia de su demanda, y reconocerla franca, y si es preciso, hasta públicamente... Tal es mi opinión; se la expongo sinceramente, porque usted mismo me la ha preguntado, y seguramente no querría que yo emplease argucias con usted. Esto me da ánimos para preguntarle: ¿por qué se preocupa usted tanto de la devolución de ese dinero a Ijméniev? Si usted piensa que le asistía la justicia en ese proceso, ¿para qué restituir? Perdone usted mi curiosidad, pero como esto está tan relacionado con otras circunstancias...

—Pero ¿qué se figura usted? —me preguntó él de pronto, como si no hubiera oído en absoluto mi pregunta. ¿Está usted seguro de que el viejo Ijméniev rehusará los diez mil rublos si le entregan el dinero sin ninguna excusa... y..., y... sin ninguna de esas atenuantes?

—¡Naturalmente lo rehusará!

Y me estremecí y hasta di un respingo de enojo. Aquella escéptica pregunta me hizo la misma impresión que si el príncipe me hubiese escupido en los ojos. A mi agravio se unía aún otro: aquel grosero modo mundano con que, sin responder a mi interrogación, y como no reparando en ella, me atajó con otro, dándome, de seguro, a entender así que yo me distraía y me familiarizaba demasiado al propasarme a hacerle a él tales preguntas. A mí me eran antipáticos hasta el odio esos modales aristocráticos, y antes de eso ya había puesto todo mi empeño en quitárselos a Alioscha.

—¡Hum! Usted es demasiado fogoso, y en el mundo hay cosas que no pueden hacerse como usted se figura —tranquilamente me hizo notar el príncipe, ante mi exclamación. Yo, por lo demás, pienso que esto, en parte, podría resolverlo Natascha Nikoláievna; dígaselo usted. Ella podría aconsejarnos.

—Por ningún motivo —contesté yo secamente. Usted no se dignó escuchar lo que yo empecé a decirle hace un momento y me cortó la palabra. Natascha Nikoláievna pensará que si usted devuelve el dinero sinceramente y sin ninguna de esas que usted llama atenuantes, eso quiere decir que usted le paga al padre por la hija y a ella por Alioscha; en una palabra: que los indemniza usted con dinero...

—¡Hum!... Hay que ver cómo me trata usted, mi bonísimo Iván Petróvich —y el príncipe se sonrió. ¿Por qué se sonreiría? Pero por lo pronto —continuó—, todavía tenemos tanto, ¡pero tanto de qué hablar! Pero ahora no hay tiempo. Sólo le ruego que tenga presente una cosa: el asunto afecta directamente a Natascha Nikoláievna y a todo su porvenir, y todo ello depende en parte del modo como usted y yo resolvamos esto y en lo que quedemos. Usted es imprescindible... Usted mismo lo está viendo. Y por eso, si sigue usted profesándole afecto a Natascha Nikoláievna, no puede negarse a una conferencia conmigo, por poca que sea la simpatía que yo le inspire. Pero ya hemos llegado... *à bientôt*.

IX

La condesa vivía muy bien. Tenía la casa puesta con confort y gusto, aunque no con fausto. Todo, sin embargo, mostraba allí el carácter de una residencia temporal; era tan sólo una elegante vivienda para una temporada y no la residencia estable de una familia rica, con todos sus refinamientos aristocráticos y todos esos caprichos que se juzgan indispensables. Corría el rumor de que la condesa, llegado el verano, se trasladaría a su posesión (arruinada e hipotecada) del gobierno de Simbirsk, y que el príncipe la acompañaría. Yo ya lo había oído decir, y con pena pensaba: «¿Qué haría Alioscha cuando Katia se fuese con la condesa?». A Natascha aún no le había hablado yo de eso por temor, pero por algunos indicios pude inferir que también ese rumor había llegado a sus oídos. Sólo que callaba y sufría en silencio.

La condesa me recibió muy bien, me tendió afectuosamente la mano y me dijo que hacía ya mucho tiempo que tenía deseos de verme en su casa. Ella misma me sirvió el té, de un magnífico samovar de plata, en torno al cual estábamos sentados: el príncipe, otro caballero del gran mundo, ya entrado en años y con una condecoración, engalonado y con modales de diplomático, y yo. A ese señor, al parecer, todos le tenían mucho respeto. La condesa, al volver del extranjero, no había tenido tiempo aún de hacer muchas amistades en Petersburgo ni de cimentar su situación, como quería y esperaba. Fuera de aquel señor, no apareció nadie por allí en toda la noche. Yo busqué con los ojos a Katerina Fiodórovna. Estaba en otra habitación con Alioscha, pero al enterarse de nuestra llegada, inmediatamente acudió. El príncipe, con cariño, le besó la mano, y la condesa le llamó la atención sobre mí. El príncipe en seguida hizo las presentaciones. Yo la observaba con impaciente atención. Era una rubiecita delicada, vestida de blanco, de estatura mediana, con una expresión serena y plácida en el semblante, con ojos enteramente de paloma, como Alioscha decía, con la hermosura de la juventud nada más. Yo esperaba encontrarme con un dechado de beldad, pero no había tal belleza. El óvalo del rostro, regular y finamente trazado; unas facciones bastante regulares, cabellos abundantes y, efectivamente, hermosos, peinados de un modo casero; ojos serenos y atentos. De habérmela encontrado en algún sitio habría pasado junto a ella sin dedicarle particular atención. Pero aquello era sólo a la primera mirada, porque habiendo tenido tiempo para observarla más detenidamente, durante la velada, ya me pareció mejor. Al darme la mano se quedó mirándome a los ojos con cierta atención forzada, y sin decirme una palabra me impresionó por su singularidad, y no pude menos que sonreírle. Experimenté la impresión de encontrarme frente a una criatura de corazón puro. La condesa no le quitaba ojo. Después de estrecharme la mano, Katia, con cierta premura, se apartó de mí y fue a sentarse al otro extremo de la sala con Alioscha.

Éste, después de saludarme, me susurró al oído: «Yo estoy aquí sólo un minuto, pero en seguida me voy allá».

El diplomático —ignoro su apellido, y le llamo diplomático por llamarle algo—

hablaba tranquila y largamente, desarrollando no sé qué idea. La condesa lo oía con atención. El príncipe sonreía de un modo alentador y lisonjero; el orador, que se encaraba a menudo con él, lo apreciaba, de seguro, como a un oyente digno. A mí me sirvieron el té y me dejaron en paz, de lo que me alegré sobremanera. A todo esto, contemplaba yo a la condesa. A la primera mirada me fue simpática sin querer. Puede que no fuera ya nada joven, pero a mí me parecía que no tendría más de veintiocho años. Tenía la cara aún fresca, y allá en su juventud, había debido ser guapísima. Sus cabellos, de un rubio oscuro, eran aún muy abundantes; tenía una mirada bondadosa, aunque algo aturdida, burlona y traviesa. Pero ahora, por alguna razón, se reprimía visiblemente. En aquel modo de mirar se traslucía también mucho talento, pero más que nada bondad y alegría. A mí se me antojaba que el rasgo predominante de su carácter era cierto aturdimiento, ansia de placeres y cierto bonachón egoísmo, quizá grande. Se hallaba bajo el influjo del príncipe, que ejercía sobre ella extraordinario dominio. Yo sabía que ellos sostenían relaciones, y también había oído decir que él había sido un amante nada celoso durante la época de su estancia en el extranjero. Pero me parecía —también ahora— que a ambos los unía, además de sus pasadas relaciones, alguna otra circunstancia, en parte secreta, algo así como un compromiso recíproco, basado en algún cálculo... Sabía yo también que el príncipe, en la actualidad, estaba cansado ya de ella, a pesar de lo cual no cortaba sus relaciones. Podía ser que lo que a ambos unía fuesen sus designios sobre Katia, iniciativa que, desde luego, debió ser del príncipe. Por esta razón se abstenía aquél de casarse con la condesa, quien se lo exigía, habiéndola convencido para que casase a Alioscha con su hijastra. Tal, por lo menos, infería yo del ingenuo relato que me hiciera Alioscha, quien no podía sino haber notado algo, por poco que fuese. A mí me parecía también, a juzgar por los mismos relatos del príncipe, que aunque estuviese la condesa completamente a merced suya, no dejaba de tener alguna razón para tenerla. También eso lo había notado así Alioscha. Yo supe luego que el príncipe habría casado de buena gana a la condesa con cualquiera, y que, en parte con esa intención, la deportaba al gobierno de Simbirsk, esperando encontrarle un buen marido allá en provincias.

Yo estaba quieto y escuchaba, sin atinar con el modo de entablar conversación aparte, lo antes posible, con Katerina Fiodórovna. El diplomático contestaba a no sé qué pregunta de la condesa referente al estado de los asuntos contemporáneos, a las incipientes reformas y sobre si procedía asustarse o no de ellas. Hablaba mucho y largamente, con flema y como quien tiene autoridad. Desarrollaba su tesis con mucho juicio y tino, sólo que su tesis era repulsiva. Sostenía que toda esta reforma y enmienda espiritual no tardarían en suscitar las consabidas intrigas; que esos enredos se considerarían como otras tantas pruebas de talento, y que no sólo en la sociedad (naturalmente, en su parte conocida), sino fuera de ella encontraría buena acogida aquel nuevo espíritu, pero que luego, con la experiencia, reconocerían todo su error, y entonces, con redoblada energía, empezaría a defender lo antiguo. Que la experiencia,

aunque fuese lamentable, resultaría así muy provechosa, porque enseñaría a defender esa antigüedad salvadora y proporcionaría a ese fin nuevos elementos de juicio, siendo, por consiguiente, muy de desear que cuanto antes se llegara al último extremo de la imprudencia. «Sin nosotros nada es posible —concluyó—; sin nosotros no habría existido nunca sociedad. Nosotros no saldremos perdiendo, sino por el contrario, ganando; nosotros sobrenadamos, sobrenadamos, y nuestro lema presente debe ser: “*Pire ça va, mieux ça est!*”».

El príncipe le sonrió con repelente simpatía. El orador estaba perfectamente satisfecho de sí mismo.

Yo fui tan necio, que quise objetarle; el corazón me saltaba. Pero me contuvo una cáustica mirada del príncipe, el que, imperceptiblemente, se inclinó hacia mí y como esperando alguna extraña y juvenil salida de mi parte; puede que hasta lo desease para complacerse en mi exabrupto. Yo estaba, además, firmemente persuadido de que el diplomático no haría caso de mi objeción y es posible que ni de mí mismo. Se me hacía insoportable la permanencia a su lado. Pero terció Alioscha.

Se acercó a mí despacito, me dio una palmadita en el hombro y me rogó dos palabras. Yo adiviné que venía enviado por Katia. Así era. Al cabo de un minuto ya estaba yo de tertulia con ellos. Al principio ella me estuvo mirando atentamente, como quien se dice: «Vaya, ya sé quién eres», y en el primer instante ninguno de los dos atinaba con una palabra que iniciase el diálogo. Yo, sin embargo, estaba convencido de que valía la pena quedarse hablando con ella hasta por la mañana. Las cinco... o seis horas de charla de que nos hablara Alioscha se deslizaron por mi imaginación. Alioscha estaba también presente, y con impaciencia aguardaba a que empezásemos.

—Pero ¿es que no hablan nada? —dijo, mirándonos sonriente. Estáis juntos y callan.

—¡Ay, Alioscha, cómo eres!... Ahora vamos a hablar —respondió Katia. Yo tenía mucha necesidad de hablar con usted, Iván Petróvich; y vea usted: ahora no sé por dónde empezar. Nos hemos conocido demasiado tarde; hubiéramos debido conocernos antes, aunque yo a usted hace ya mucho tiempo que lo conozco ¡Y tenía tantas ganas de verlo! Hasta pensé escribirle una carta...

—¿Acerca de qué? —le pregunté yo, sonriendo involuntariamente.

—Pues de cualquier cosa —me respondió ella en serio. Aunque fuese preguntándole si era verdad eso que éste me dijo a propósito de Natascha Nikoláievna, de que ella no se había ofendido al encontrarse sola tanto tiempo... Bueno, ¿es posible conducirse como él se conduce? Pero ¿quieres decirme por qué estás aquí ahora?

—¡Ay, Dios mío, enseguida me voy! Yo había dicho que sólo estaría aquí un minuto, pero veo a ambos que se disponen a hablar, y desearía estar aquí y allí.

—Pero ¿qué tiene de particular el que hablemos...? ¿Ha visto usted? Siempre será el mismo —añadió ella, poniéndose levemente encarnada y señalándomelo con

el dedo. «Un instante», dice, «sólo un instante», y mire usted, se queda aquí hasta medianoche y luego ya allí es tarde. «Ella», dice, «no se enfada, es muy buena». ¡Mire usted cómo discurre! Pero ¿quiere usted decirme si esto está bien, si es noble?

—Bueno, ya me voy —repuso lastimero Alioscha—, sólo que me hubiera gustado tanto quedarme con ustedes...

—Pero ¿qué tienes tú que hacer aquí? Nosotros, en cambio, tenemos mucho que hablar a solas. Pero haz el favor de no enfadarte; es indispensable... Reflexiona.

—Si es indispensable, entonces ahora mismo... Pero ¿por qué iba a enfadarme? Estaré sólo un momentito con Lévinka e inmediatamente vuelvo a casa. Mire usted, Iván Petróvich —continuó, en tanto cogía el sombrero—; ¿no sabe usted que mi padre quiere renunciar al dinero que ganó en el pleito con Ijméniev?

—Sí, lo sé; me lo ha dicho.

—¡Qué noblemente procede al hacerlo así! Pues vea usted, Katia, y por favor, no dudes de que yo amo a Natascha. Pero ¿por qué me ponen esa condición, me recriminan y me siguen con la vista..., como si me tuvieran bajo vuestra tutela? Ella sabe cuánto la quiero, y tiene fe en mí; estoy convencido de que la tiene. Yo la amo sin nada, sin ningún compromiso. Y yo mismo no sé cuánto la amo. Y así, no me interroguen como a un criminal. Mira, pregúntale a Iván Petróvich, que lo tienes aquí, y te dirá que Natascha es celosa, y que aunque me quiere mucho, hay en su amor no poco de egoísmo, pues por nada del mundo querría renunciar a mí.

—¿De veras? —le pregunté yo, asombrado, no dando crédito a mis oídos.

—¿Qué estás diciendo, Alioscha? —poco menos que gritó Katia juntando sus manos.

—¿Y qué tiene eso de particular? Iván Petróvich lo sabe. Ella se empeña en que esté a su lado. Es decir, aunque no lo dice, se ve que eso quiere.

—Pero ¿no te da vergüenza?, ¿no te da vergüenza decir eso? —exclamó Katia, colérica.

—¿Por qué había de darme vergüenza? ¡Verdaderamente, hay que ver cómo eres, Katia! Verás: yo la amo a ella más de lo que se figura, pero si ella me quisiera de verdad, como yo la quiero a ella, sacrificaría por mí su gusto. Cierto que ella me echa para que venga acá, ella misma; pero en la cara se le nota que le cuesta trabajo el que a mí me dé lo mismo que me eche o no.

—¡No, eso no ha salido de él! —exclamó Katia dirigiéndose a mí con ojos centelleantes de cólera. ¡Confiesa, Alioscha; confiesa ahora mismo que todo eso te lo ha inculcado tu padre! ¿Te lo dijo hoy mismo? ¡Y por favor, no te pases de listo conmigo, que yo en seguida te conozco! ¿Es así o no?

—Sí, me lo dijo él —respondió mortificado Alioscha. ¿Qué tiene de particular? Estuvo hoy conmigo tan cariñoso, tan en plan de amigo, y me estuvo haciendo tales elogios de ella, que yo estaba asombrado; ¡con lo que ella lo había ofendido, y ponderarla él de ese modo!

—¡Pero usted puede estar seguro —le dije—; usted, a quien ella ha dado cuanto

podía dar, de que ahora mismo, hoy mismo, toda su inquietud era por usted, porque no estuviese triste, porque no se privase de la posibilidad de verse con Katerina Fiodórovna! Así me lo dijo hoy ella misma. ¡Y de pronto va usted y les da crédito a esas falsas afirmaciones! ¡No le da a usted vergüenza!

—¡Ingrato! ¡Pero si nunca se avergüenza de nada! —exclamó Katia, señalándolo con la mano, como a un hombre completamente perdido.

—Pero ¿qué me recriminan después de todo? —continuó Alioscha con voz lastimera. ¡Siempre haces lo mismo, Katia! Siempre ves en mí únicamente el lado malo... ¡Yo no me refiero a Iván Petróvich! Usted se figura que yo no quiero a Natascha. Yo no quise decir eso al tildarla de egoísta. Sólo quise decir que me quiere demasiado, con un amor que ya rebasa toda medida, lo cual, tanto para ella como para mí, es doloroso. Pero mi padre a mí nunca me manejaría a su antojo, aunque quisiera. Él no dijo tampoco que ella fuera egoísta, en el mal sentido del vocablo; yo supe entenderlo. Lo único que quiso decir, ce por be, fue lo que ahora mismo acabo yo de expresar: que hasta tal punto me ama ella, con tal violencia, que ya eso resulta egoísmo, y se nos hace pesado a los dos, y en lo sucesivo ha de hacérseme a mí más pesado. Y para que vean, él tenía derecho a hablar así por el cariño que me tiene, y eso no quiere decir, en modo alguno, que ofendiese a Natascha, sino todo lo contrario, que veía en ella el amor sin medida, rayano en lo imposible...

Pero Katia lo interrumpió y no lo dejó terminar. Empezó a recriminarlo con vehemencia, a demostrarle que sólo con su cuenta y razón se habría puesto su padre a alabar a Natascha para engañarle a él con su aparente bondad, y todo con la intención de aflojar sus lazos, a fin de predisponer en su contra, de un modo solapado e insensible, al propio Alioscha. Con fuego y discreción hizo resaltar cuánto lo amaba Natascha, cómo ninguna mujer le perdonaría lo que estaba haciendo con ella y que el único y verdadero egoísta era él mismo, Alioscha. Poco a poco Katia le fue haciendo sentir un pesar terrible y un arrepentimiento completo. Estaba sentado junto a nosotros, fija la vista en el suelo, sin replicar, enteramente anonadado y con expresión de sufrimiento en el rostro.

Pero Katia era inexorable. Yo la contemplaba con suma curiosidad. Quería conocer a fondo cuanto antes a aquella extraña muchacha. Era enteramente una niña, pero una niña extraña, con convicciones, con firmes normas, y con un amor apasionado, agresivo a la bondad y a la justicia. Aunque, efectivamente, se la podía llamar una niña, pertenecía a la categoría de los niños que piensan, bastante numerosos en nuestras familias. Saltaba a la vista que ya había discurrido mucho. Curioso resultaba mirar aquella pensadora cabecita y observar cómo en ella alternaban ideas y presunciones totalmente pueriles con impresiones seriamente sentidas y observaciones de la vida (porque Katia no era ya una niña), y, junto con todo eso, también ideas aun de ella misma ignoradas, no vividas, pero que la habían seducido abstractamente en los libros, ideas que por fuerza habían de ser muy numerosas y que seguramente habría tomado como experiencia propia. En toda

aquella noche y la siguiente me pareció a mí haberla calado bastante bien. Tenía un corazón vehemente y sensible. En algunos momentos parecía olvidar el don de dominarse a sí misma, poniendo por delante de todo la sinceridad. Toda mundana coacción la consideraba prejuicio convenido, y, al parecer, se ufanaba de tal convicción, lo que suele ocurrirles a muchas personas fogosas, aunque ya no sean enteramente jóvenes. Pero todo esto le confería cierto particular atractivo. Le gustaba mucho pensar y tratar de inquirir las razones de todo, pero hasta tal punto estaba exenta de pedantería, hasta tal punto abundaba en salidas infantiles, dignas de una criatura, que desde el primer instante nos resultaba grata su originalidad y te reconciliabas con ella. Yo me acordaba de Lévíinka y Bórinka, y pensaba que todo esto era perfectamente conforme al orden de las cosas. Y cosa rara: su rostro, en el que no había advertido yo ninguna belleza especial a la primera mirada, aquella misma noche se volvió para mí bellísimo y muy atrayente. Aquella ingenua duplicidad de niña y mujer que piensa; aquel ansia infantil y, en sumo grado, sincera, de verdad y justicia, y su fe inquebrantable en el propio esfuerzo, todo eso parecía iluminarle el semblante con cierto bellísimo fulgor de sinceridad; le comunicaba una suerte de suprema espiritual belleza, y empezaba uno a comprender que no se agota tan pronto el significado pleno de esa hermosura, que no se entrega toda de una vez a cualquier mirada vulgar e indiferente. Y comprendí que Alioscha debía de estar apasionadamente apegado a ella. Aunque él no pudiera discurrir ni juzgar, amaba precisamente a quienes pensaban y hasta querían por él, y Katia lo había tomado ya bajo su tutela. Tenía él un corazón noble y dócil; propendía, desde luego, a todo lo honrado y sublime, y Katia le había hecho ver muchas cosas con toda su franqueza y simpatía infantiles. Él no poseía ni una gota de voluntad propia; ella, en cambio, tenía mucha dosis de firme, recia y ardiente voluntad, y Alioscha sólo podía apegarse a quien supiera dominarlo y hasta imponerle su albedrío.

Por eso en parte logró atraerlo a sí Natascha al comienzo de sus relaciones; pero Katia le llevaba una gran ventaja a Natascha: la de ser una chiquilla y haber de seguir siéndolo por mucho tiempo aún. Ese infantilismo suyo, ésa su clara inteligencia y, al mismo tiempo, alguna deficiencia de juicio, todo eso era más conforme con Alioscha. Así lo sentía éste, y por eso Katia lo atraía cada vez con más fuerza. Convencido estoy de que cuando ellos hablaban entre sí, a solas, juntamente con las serias exhortaciones de propaganda de Katia, alternarían también las bromas. Y aunque Katia, seguramente, le regañaría a Alioscha y hasta le sujetaría las manos, saltaba a la vista que él estaba a su lado más a gusto que al de Natascha. Eran más iguales entre sí, y eso es lo esencial.

—Basta, Katia, basta. Tú siempre tienes razón y yo nunca. Eso se debe a que tienes un alma más pura que la mía —dijo Alioscha, levantándose y tendiéndole, en señal de despedida, la mano. Ahora mismo me voy a verla a ella, y no subiré a casa de Lévíinka...

—Nada tenías que hacer en casa de Lévíinka; pero está muy bien eso de que

obedezcas y te vayas.

—Siempre está mil veces mejor todo lo que tú haces —respondió, triste, Alioscha. Iván Petróvich, tengo que decirle a usted dos palabras.

Nos apartamos dos pasos.

—Yo me he conducido hoy como un fresco... Me he portado de un modo ruin y he incurrido en culpa con todo el mundo, pero, sobre todo, para con ustedes dos. Hoy mi padre, después de comer, me presentó a Alexandrine (una franchuta), una mujer deslumbradora. Yo... me dejé llevar y..., bueno; soy indigno de alternar con ustedes... ¡Adiós, Iván Petróvich!

—¡Es bueno... es noble! —apresuróse a decir Katia, luego que volví a sentarme a su lado. Pero ya hablaremos de él, y no poco; ahora, ante todo, es preciso que me conteste una pregunta: ¿qué le parece a usted el príncipe?

—Un hombre malo.

—A mí también. Así que en esto estamos completamente de acuerdo; en lo demás nos será fácil formar juicio. Hablemos ahora de Natascha Nikoláievna... ¿Sabe usted, Iván Petróvich, que yo ando ahora como entre tinieblas, que le aguardaba a usted como a la luz? Usted me lo ha de aclarar todo, porque en el punto más esencial yo no he podido juzgar sino por encima, por lo que me contaba Alioscha. Yo no tenía a nadie por quien saber más. Dígame usted, ante todo, y esto es lo primero, cuál es su opinión: ¿serán Alioscha y Natascha, si se unen, felices o desdichados? Esto es lo primero que necesito saber para adoptar una resolución definitiva, para saber yo misma cómo he de conducirme...

—¿Qué decirle a usted con certeza sobre este punto?...

—¡Ah! Claro que no con certeza —me interrumpió—, sino qué es lo que a usted le parece... Porque es usted hombre de mucho talento.

—A mi juicio, no podrán ser felices.

—¿Por qué?

—Porque no son iguales.

—¡Eso mismo pensaba yo! —y dejó caer los brazos, como hondamente afligida. Cuénteme más detalles. Oiga usted: yo tengo unas ganas horribles de ver a Natascha, porque necesito hablar mucho con ella, y me parece que entre ambas lo resolveremos todo. Pero ya me la figuro mentalmente; debe tener mucho talento, y será muy seria, y sincera, y muy guapa. ¿Es así?

—Así es.

—Ya estaba yo segura de ello. Y, si es así, ¿cómo puede querer a Alioscha, que es tan chiquillo? Explíqueme usted esto; yo no hago más que pensar en ello.

—Eso no es posible explicarlo, Katerina Fiodórovna; es difícil figurarse las razones por las que cada cual ama. Sí; él es un chiquillo. Pero ¿no sabe usted hasta qué punto puede querer a los niños? —Mi corazón se enternecía al mirarla a ella y sus ojos, que me contemplaban atentos, con honda, seria e impaciente atención. Y por lo mismo que Natascha no parece una niña —proseguí—, por lo mismo que es más

seria, pudo enamorarse de él más pronto. Él es sincero, franco, terriblemente ingenuo, y a veces graciosamente sencillo. Acaso ella lo ame..., ¿quién podría decirlo?... algo así como por lástima. Un corazón generoso puede amar por compasión... Pero, después de todo, yo comprendo que no puedo explicárselo a usted, pero, en cambio, le preguntaré a usted misma: usted, ¿lo ama de veras?

Osadamente formulé esa pregunta, y sentí que con ella no podía turbar la infinita, juvenil pureza de aquella alma clara.

—¡Por Dios que no lo sé todavía! —me respondió ella en voz baja, mirándome rápidamente a los ojos. Aunque, según parece, lo amo mucho...

—Ya lo ve usted. ¿Y podría usted explicarme por qué lo ama?

—En él no hay mentira —me respondió, después de recapacitar un momento—, y cuando me mira directamente a los ojos y me habla de estas cosas, me es muy grato... Oiga usted, Iván Petróvich: yo estoy hablando con usted de todo esto y yo soy una señorita y usted un caballero: ¿hago bien o mal?

—¿Qué mal puede haber en esto?

—Efectivamente, ¿qué mal puede haber? Pero mire usted: ellos —y señaló con los ojos al grupo de junto al samovar— de seguro dirían que esto no está bien. ¿Tienen ellos razón o no la tienen?

—No. ¿No le diría a usted el corazón que obraba mal si así fuese?...

—Yo siempre hago así —se apresuró ella a atajarme, con el visible anhelo de hablar conmigo lo más posible— cuando por algo estoy pesarosa; consulto en seguida al corazón, y si éste está tranquilo, yo también quedo tranquila. Así es como hay que conducirse siempre. Y, además, yo hablo con usted tan francamente como conmigo misma, en primer lugar, porque es usted un hombre bonísimo y porque conozco su historia con Natascha, anterior a Alioscha, y lloré al oírla.

—Pero... ¿quién se la contó a usted?

—Alioscha, naturalmente, y con lágrimas, él también, me la contó. Él se portó muy bien en esto y a mí me gustó mucho. Creo que él lo quiere a usted más que usted a él, Iván Petróvich. Mire usted: con esas cosas se gana él mi simpatía. Y en segundo lugar, le hablo a usted con tanta franqueza como me hablaría a mí misma, porque es usted un hombre de mucho talento y puede aconsejarme e ilustrarme en muchas cosas.

—Pero ¿de dónde saca usted que yo tenga tanto talento que la pueda ilustrar?

—¡Vaya ocurrencia! ¡Hay que ver cómo es! —y se quedó pensativa. Yo únicamente quería decirle esto: que usted puede hablarme de lo principal. Ilústreme usted, Iván Petróvich; yo siento ahora que soy la rival de Natascha, lo sé; ¿cómo debo conducirme? Por eso le pregunté a usted antes si podrían ser ellos felices. En esto pienso noche y día. La situación de Natascha es horrible, horrible. Porque, sépalo usted, él ha dejado ya de amarla; y a mí, en cambio, me ama más cada día. ¿No es así?

—Así parece.

—Pero él no la engaña. El mismo ignora que ha dejado de amarla, mientras que a ella no se le oculta, seguramente. ¡Cuánto estará sufriendo!

—¿Y qué querría usted hacer, Katerina Fiodórovna?

—Proyectos tengo muchos —respondió ella seriamente—; pero hasta ahora no he hecho nada. Por eso lo esperaba a usted con tanta impaciencia, para que usted me lo resolviera todo. Usted sabe de todo esto mucho más que yo. Usted es ahora para mí poco menos que un dios. Oiga usted: yo, al principio, pensaba esto: si ellos se aman el uno al otro, por fuerza tendrán que ser felices, y en ese caso yo estoy obligada a sacrificarme y a ayudarles cuanto pueda. ¡Cómo se lo digo!

—Ya sé que usted se sacrificaría.

—Sí, me sacrificaría, y por eso, cuando él empezó a venir por aquí y a tomarme cada vez más cariño, di en reflexionar acerca de ello y en pensar: «¿Me sacrifico o no me sacrifico?». Porque otra cosa estaría muy mal, ¿no?

—Eso es natural —le respondí yo—, así tiene que ser..., y usted no es culpable.

—Yo no pienso así; usted me dice eso por lo bueno que es. Pero yo me digo que no tengo enteramente puro el corazón. Si tuviera el corazón puro, sabría qué decidir. Pero dejemos esto. Luego supe más detalles de sus relaciones, por el príncipe, por *maman*, por el mismo Alioscha, y pude inferir que ellos no igualan; usted mismo acaba de afirmarlo. Y entonces insistí más que nunca en mis cavilaciones: ¿qué hacer ahora? Porque si ellos no han de ser felices, mejor es que se separen. Y entonces decidí preguntarle a usted más detalladamente por todo e ir yo misma a visitar a Natascha y resolverlo todo con ella.

—Pero ¿cómo resolverlo? Ésa es la cuestión.

—Pues yo iré y le diré: «Usted lo ama a él más que a todo, y, por tanto, debe querer, por encima de todo su felicidad; así que está usted en el deber de dejarlo».

—Sí, pero ¿qué efecto le hará a ella escuchar eso? Aun suponiendo que le dé a usted la razón, ¿tendrá valor para hacerlo?

—En eso precisamente pienso yo noche y día..., y..., y...

Y de pronto se echó a llorar.

—No creería usted cuánta lástima me inspira Natascha —murmuró, con labios trémulos de llanto.

No había más que añadir. Yo callaba, y también sentía ganas de llorar, al mirarla a ella, puesta en trance tal por el amor. ¡Qué nena tan simpática! Ni siquiera le pregunté por qué se consideraba capaz de hacer feliz a Alioscha.

—¿Es usted aficionado a la música? —me preguntó, después de serenarse un poco, aunque todavía conmovida por el llanto reciente.

—Lo soy —le respondí algo asombrado.

—Si hubiera tiempo, le tocaría a usted el tercer concierto de Beethoven. Ahora lo estoy practicando. Respira esos mismos sentimientos que yo experimento ahora. Por lo menos, así me lo parece. Pero lo dejaremos para otra vez; ahora necesitamos hablar.

Pasamos a tratar de cómo podría ella ver a Natascha y cómo podría arreglarse la cosa. Ella me explicó que estaba vigilada, aunque su madrastra era buena y le tenía afecto, pero que por nada en el mundo le permitiría hacer amistad con Natascha Nikoláievna. Estaba por lo tanto, decidida a valerse de la astucia. Por las mañanas solía salir de paseo, pero casi siempre con la condesa. Sólo que ésta, algunas veces, no iba con ella, sino que se la encomendaba a la francesa, que ahora estaba enferma. Solía ocurrir eso cuando a la condesa le entraba jaqueca, por lo que habría que esperar a que así fuese. Para entonces ella se pondría al habla con la francesa (algo así como señora de compañía, tan vieja), que era bonísima. En resumen: que era imposible señalar con anticipación el día indicado para la visita a Natascha.

—Conocerá usted a Natascha y no le pesará —le dije. También ella desea conocerla a usted, y es preciso que así sea, aunque sólo fuere para que sepa de quién será Alioscha. No se preocupe usted mucho de este asunto. El tiempo, por sí solo y sin que nosotros nos inquietemos, lo resolverá. Tengo entendido que va usted a hacer un viaje al campo...

—Sí, dentro de poco, de aquí a un mes, quizá —respondió ella—, y yo sé que el príncipe insiste en ello.

—¿Y qué piensa usted? ¿La acompañará Alioscha?

—Sí, también he pensado en eso —exclamó, mirándome atentamente. ¡Vendrá!

—Irá.

—¡Dios mío, no sé qué va a resultar de todo esto! Oiga usted, Iván Petróvich: yo le escribiré a usted todo, le escribiré con frecuencia y largo. Ya le he dado bastante tormento. ¿Vendrá usted a vernos a menudo?

—No sé, Katerina Fiodórovna; depende de las circunstancias. Quizá no venga en absoluto.

—¿Por qué?

—Depende de distintas causas, pero, en lo esencial, de mis relaciones con el príncipe.

—Es un hombre desdichado —declaró resueltamente Katia. Pero oiga usted, Iván Petróvich: ¿y si yo fuera a su casa? ¿Estaría bien o no?

—¿Qué le parece a usted misma?

—A mí me parece que estaría bien. Así lo enteraría a usted, —añadió, sonriendo. Yo le hablo así, porque, además de respetarlo..., también lo quiero mucho. Sí, lo quiero. Pero dígame: ¿no es una vergüenza que yo le diga todas estas cosas?

—¿Por qué vergüenza? Yo también ya le tengo afecto como a alguien de mi familia.

—Entonces, ¿quiere usted ser mi amigo?

—¡Oh, sí, sí! —contesté.

—Pero ellos seguramente dirían que es una vergüenza y que no está bien que una señorita se conduzca así —observó, indicándome de nuevo a la tertulia formada en torno a la mesa del té. Haré notar aquí que el príncipe parecía habernos dejado con

toda intención hablar a solas.

—Yo, desde luego, sé muy bien —añadió ella— que el príncipe lo que desea es mi dinero. Ellos se figuran que soy todavía una niña, y hasta me lo dicen en mi cara. Pero yo no pienso así. Yo no soy ya una niña. Ellos son muy raros; ellos sí que parecen niños. ¡Habrán que ver qué traerán entre manos!

—Katerina Fiodórovna, olvidé preguntarle una cosa: ¿quiénes son ese Lévinka y ese Bórinka, que tanto frecuenta Alioscha?

—Son parientes lejanos míos. Chicos de mucho talento y muy honrados, sólo que hablan hasta por los codos... Yo los conozco...

Y se sonrió.

—¿Es cierto que usted tenía intención de regalarles, a su debido tiempo, un millón?

—¿Ve usted? Aunque eso sea verdad, han hablado ya tanto del millón, que resulta insoportable. Yo, sin duda alguna, estoy dispuesta a sacrificarme por cuanto sea provechoso, porque para qué quiero yo tanto dinero, ¿verdad? Pero mire usted: de aquí a que eso sea un hecho... Y, sin embargo, ya ellos están haciendo y deshaciendo, hablando, discutiendo, gritando y riñendo sobre el modo como han de emplearlo, que hasta por esto pelean..., lo que es realmente extraño. Se dan demasiada prisa. Pero, así y todo, son chicos sinceros y... de talento. Estudian. Eso es preferible a la vida que otros hacen, ¿no es verdad?

Estuve todavía hablando largo rato con ella. Me contó toda su vida, y con avidez escuchó mis palabras. Insistía en que le contara todo lo que supiese de Natascha y de Alioscha. Serían ya las doce, cuando el príncipe se me acercó y me dio a entender que era hora de retirarnos. Yo me despedí. Katia me estrechó con vehemencia la mano y me dirigió una expresiva mirada. La condesa me instó para que volviese por allí. Salí con el príncipe.

No puedo menos que exponer una observación que acaso resulte del todo incongruente. De mi conversación de tres cuartos de hora con Katia deduje yo, entre otras cosas, la convicción algo rara, pero al mismo tiempo profunda, de que ella hasta tal punto era una niña, que ignoraba en absoluto las relaciones secretas de hombre y mujer. Esto imprimía una comicidad desusada a algunos juicios suyos y al tono, generalmente serio, con que hablaba de cosas muy principales...

X

—¿Sabe usted una cosa? —me dijo el príncipe al tomar asiento a mi lado en el coche. Creo que no estaría de más que tomásemos un bocado. ¿Qué le parece?

—Verdaderamente..., no sé..., príncipe... —le respondí titubeando. Yo nunca ceno...

—Es que, naturalmente, hablaremos mientras cenamos —añadió él, mirándome atenta y ladinamente a los ojos.

¡Cómo no comprenderlo! Él quería explayarse conmigo, y eso era precisamente lo que yo necesitaba. Acepté.

—Pues entonces... A la Bólschaya Mórskaya, a la B.

—¿Un restaurante? —le pregunté con cierta perplejidad.

—Sí, ¿qué más da? Yo rara vez ceno en casa. ¿No me permite usted que lo invite?

—Pero es que ya le dije a usted que yo nunca ceno.

—Por una vez, ¿qué importa? Además que soy yo quien convida...

Es decir, quien va a pagar. Estoy convencido de que añadió aquello intencionadamente. Yo accedí a acompañarle, pero resuelto a pagar mi cuenta en el restaurante. Llegamos. El príncipe pidió un gabinete reservado, y, con arte y conocimiento del asunto, eligió dos..., tres platos. Eran los platos caros, lo mismo que las botellas, de exquisito vino de mesa, que encargó. Aquello no estaba al alcance de mi bolsa. Miré la carta, y pedí para mí unos bizcochos y una copa de Laffite. El príncipe protestó:

—Pero ¿no quiere usted cenar conmigo? Eso es hasta ridículo. *Pardon, mon ami*, pero fíjese en que eso... es de una quisquillosidad ofensiva. Es de un amor propio mezquino. Se diría que intervienen aquí intereses de clase, y algo apostarí a que así es. Le aseguro a usted que me ofende.

Pero yo persistí en mi idea.

—Después de todo, como usted quiera —añadió. Yo no trato de obligarlo... Dígame, Iván Petróvich, ¿podría hablarle a usted enteramente como amigo?

—Le ruego a usted que lo haga.

—Bien pues, a mi juicio, esa quisquillosidad le perjudica a usted. Les perjudica a usted y a todos los de su clase. Ustedes, los literatos, necesitan conocer mundo, y, sin embargo, se mantienen ajenos a todo. Yo no hablo ahora de los bizcochos; pero mire: usted está dispuesto a rehusar todo trato con nuestro medio, y eso, decididamente, lo perjudica. Aparte de que pierden ustedes mucho, en una palabra: su carrera, aunque sólo sea porque es menester conocer por experiencia lo que se describe, y en sus novelas sacan ustedes a relucir condes y príncipes y *boudoirs*..., aunque, después de todo, ¿qué digo?... Ustedes, ahora, sólo pintan miseria, capotes raídos, inspectores, oficiales violentos, empleadillos, tiempos viejos y sectarios; lo sé, lo sé.

—Se equivoca usted, príncipe, si yo no penetro en su llamada alta esfera es porque allí, en primer lugar, se aburre uno, y, además, porque allí no tengo nada que

hacer. Pero, a pesar de todo, no dejo de frecuentarla en absoluto...

—Ya sé que va a casa del príncipe R. una vez al año; ya he tenido ocasión de verlo allí. Pero el resto del año se encastilla usted en un democrático orgullo y se consume en su guardilla, aunque no todos los de su gremio se conducen así. Hay tales buscadores de aventuras, que a mí mismo me empachan...

—Yo le agradecería a usted, príncipe, que cambiase de conversación y nos dejase en paz en las guardillas.

—¡Ay, Dios mío, ya se dio usted por ofendido! Pero tenga en cuenta que usted mismo me autorizó para hablarle como a un amigo íntimo. Pero es verdad, pequé, pues aún no he merecido su amistad. Excelente vino. Pruébelo.

Me escanció medio vaso de su botella.

—Mire usted, mi querido Iván Petróvich, yo comprendo muy bien que no es decoroso dárselas de amigo de una persona sin más ni más. Pero haga usted cuenta que no todos nosotros somos groseros y duros con ustedes, como ustedes se figuran, aunque también comprendo de sobra que usted está aquí en este instante, no por deferencia a mí, sino porque le prometí a usted hablar, ¿no es cierto? —y se sonrió. Puesto que vela tanto por los intereses de ciertas personas de su conocimiento, tendrá usted la bondad de escuchar lo que voy a decirle, ¿no es eso? —añadió con maligna sonrisa.

—No se equivoca usted —lo atajé impaciente. (Yo veía que él era uno de esos individuos que, al ver que un hombre está en su poder, aunque sea cogido por un cabello, inmediatamente se lo hacen sentir. Yo estaba en su poder; no podía irme de allí sin escuchar todo lo que tuviera intención de decirme, y él lo sabía sobradamente). Cambió súbitamente de tono, y cada vez se inclinaba más a expresarse con familiaridad y hasta como en broma. No se equivoca usted, príncipe, precisamente por eso he venido; que, de otro modo, verdaderamente no estaría aquí... tan tarde.

Yo hubiera querido decir: «En otro caso, por nada del mundo estaría aquí con usted»; pero no lo dije, y empleé otros términos, no por temor, sino por mí debilidad y delicadeza condenadas. Porque, después de todo, ¿cómo soltarle a un hombre una fresca en su cara, aunque sea digno de ella y aunque yo precisamente quisiera soltársela? A mí me pareció que el príncipe lo advirtió en mis ojos, y, sonriendo, me miró, en tanto yo profería aquella frase, como complaciéndome en mi pusilanimidad y como retándome con la mirada: «¡Anda, atrévete; suéltala, hermano!». Seguramente así fue, porque al terminar yo se echó a reír y, con protectora afectuosidad, me dio una palmadita en la rodilla.

«¡Me haces reír, hermano!», leí yo en sus ojos. «¡Paciencia!», pensé para mí.

—Hoy ha sido para mí un día muy alegre —exclamó él—, y, verdaderamente, no sé por qué. ¡Sí, sí, amigo mío, sí! Precisamente de esa cierta persona quería hablarle. Es menester convenir algo definitivo, quedar en algo, y espero que esta vez me comprenderá usted perfectamente. Antes le hablé a usted de esa cantidad y de ese

padre fanfarrón, de ese sexagenario farruco... ¡Bueno! No vale la pena que nos acordemos ahora de él. Mire: yo así lo dije. ¡Ja..., ja..., ja!... Usted, que es literato, hubiera debido adivinar...

Lo miré atónito. Al parecer, aún no estaba borracho.

—Bueno, tocante a esa señorita, ¡vaya!, verdaderamente yo la respeto, y hasta me inspira afecto, créame usted; es algo voluntariosa, pero hay que tener en cuenta que no hay rosa sin espinas, como decían hace cincuenta años, y decían muy bien. El garfio tira, pero lo hace de un modo atrayente, y, aunque mi Aleksieyi es un bobo, en parte se lo perdono por su buen gusto. En una palabra: que a mí la chica me agrada y que yo... —y frunció los labios de un modo ambiguo— hasta tengo respecto a ella intenciones personales... Pero, bueno; eso, después...

—¡Príncipe, por favor, príncipe! —exclamé. No comprendo en usted esa transición tan brusca; pero... cambiemos de conversación, se lo suplico...

—¡Otra vez se exalta! Está bien..., cambiaré, cambiaré. Sólo que quería preguntarle a usted una cosa, mi buen amigo: ¿usted le profesa mucho respeto?

—Naturalmente —le respondí con mucha impaciencia.

—¿Y la ama? —insistió él, chasqueando repulsivamente la lengua y guiñando el ojo.

—¡Usted se olvida...! —exclamé.

—¡Ya, ya, tranquilícese! Es que hoy me encuentro en una disposición de ánimo asombrosa. Estoy tan contento como hace mucho tiempo no estaba. ¿No quiere usted champaña? ¿Qué le parece a usted, poeta mío?

—¡No bebo!, ¡no quiero!

—Y tampoco habla. Usted está irremisiblemente obligado a hacerme hoy compañía. Yo me siento muy bien y de una bondad rayana en el sentimentalismo, y no puedo ser feliz solo. ¡Quién sabe si todavía acabaremos bebiendo y tuteándonos! ... Ja, ja, ja! ¡No, mi joven amigo, todavía no me conoce usted! Estoy seguro de que llegará a quererme. Yo quiero que usted comparta hoy conmigo la pena y la alegría, y las risas y las lágrimas, aunque espero, por lo menos, no llorar. Bien. Vamos a ver: ¿qué dice usted, Iván Petróvich? Imagínese únicamente que, si no me salieran bien mis planes, toda mi inspiración se desvanecería, se vendría abajo, desaparecería, y usted no llegaría a oír nada; y usted ha venido aquí únicamente a oír algo, ¿no es verdad? —añadió, volviendo a guiñarme ladinamente el ojo. Conque elija usted.

La amenaza era grave. Asentí. «¿No querrá emborracharme?», pensé. Efectivamente, éste era el momento de recordar cierto rumor que corría respecto al príncipe, rumor que hacía ya mucho tiempo llegara a mis oídos. Decían de él que, siempre tan engolado y elegante en sociedad, gustaba de emborracharse a veces por las noches, beber como una esponja y entregarse clandestinamente a la licencia, torpe y secretamente al libertinaje... Yo había oído acerca de él rumores terribles... Decían que Alioscha sabía que su padre solía emborracharse, y se esforzaba por ocultárselo a todo el mundo, sobre todo a Natascha. Una vez empezó a hablarme de eso, pero

inmediatamente cambió de conversación y no contestó a mis preguntas. Por lo demás, ya se lo había oído a otros, y confieso que al principio me negaba a creerlo; ahora estaba a la expectativa de lo que pudiera pasar.

Nos sirvieron vino; el príncipe escanció dos vasos, uno para él y otro para mí.

—Mona, linda chica, aunque se haya enfurruñado conmigo —siguió diciendo, en tanto paladeaba el vino con deleite. Pero esas criaturas tan monas, precisamente lo son incluso en tales instantes... Pero ella seguramente pensaría que me estaba abochornando, ¿recuerda usted?, haciéndome polvo. Ja, ja, ja! ¡Y qué bien le sientan los colores en la cara! ¿Entiende usted de mujeres? A veces, el rubor súbito les sienta admirablemente a unas mejillas pálidas, ¿se ha fijado usted? ¡Ay, Dios mío! Pero parece que otra vez ha vuelto usted a enfadarse.

—¡Sí, estoy enfadado! —exclamé, sin poder contenerme. ¡No quiero que hable usted ahora de Natascha Nikoláievna! Es decir, que hable en ese tono. ¡Yo..., yo no se lo consiento!

—¡Oh! Dispense usted, le daré gusto, cambiaré de tema. Porque, vea usted: yo soy flexible y tierno como la masa. Hablemos de usted. Yo le tengo a usted afecto, Iván Petróvich; si usted supiera qué simpatías me inspira, tan afectuosas, tan sinceras...

—Príncipe, ¿no sería mejor hablar del asunto? —interrumpí.

—De nuestro asunto, querrá usted decir. Yo a usted lo comprendo a medias palabras, mon ami\ pero usted no se figura qué cerca vamos a andar del asunto si hablamos ahora de usted y si usted, naturalmente, no me interrumpe. Así que continúo: yo quería decirle a usted, mi inapreciable Iván Petróvich, que vivir como usted vive equivale sencillamente a perderse. Usted me ha de permitir tocar este punto delicado; yo soy amigo suyo. Usted es pobre, usted toma dinero adelantado de su editor y paga sus deudas, pero al otro semestre se alimenta usted sólo de té y tiembla en su guardilla, esperando que se publique su novela en la revista de su editor, ¿no es así?

—Aunque así sea, me parece que todo eso...

—Es más honrado que robar, adular, pedir dinero prestado, enredar, etcétera. Sé, sé lo que quiere usted decir. Todo eso hace tiempo que se ha escrito.

—Pero, verdaderamente, usted no tiene por qué hablar de mis asuntos. Va usted a dar lugar, príncipe, a que yo le enseñe delicadeza.

—No, sin duda no será usted. Sólo que ¿qué hacer cuando precisamente estamos tocando una cuerda tan sensible? Pero, en fin, dejemos en paz las guardillas. A mí no me gustan lo más mínimo, salvo en determinadas ocasiones —y prorrumpió en una risa repulsiva. Precisamente eso es lo que me maravilla; ¿por qué tiene usted esa afición a hacer papeles de segundo orden? Cierto que uno de sus escritores dijo una vez, según creo recordar, que quizá la mayor hazaña de un hombre fuese acertar a contentarse en la vida con un papel secundario... No iba desencaminado del todo. Y, a propósito de esto, oí también algo, no sé donde; pero, en fin, el caso es que

Alioscha le ha quitado a usted la novia, lo sé, y usted, como un Schiller cualquiera, todavía se afana por servirlos y complacerlos, y sólo le falta ponerse en cuatro patas por ellos... Perdóneme usted, amigo mío, pero es algo vil eso de jugar a los sentimientos generosos... Eso, a usted, no sé cómo no le empacha en el fondo. ¡Es hasta vergonzoso! Pero yo, en su puesto, moriría de dolor y, lo que es más principal, de vergüenza, de vergüenza.

—Príncipe, no parece sino que me ha traído usted aquí para insultarme — exclamé, trastornado por la ira.

—¡Oh, no! Yo, en este momento, no soy más que un hombre práctico y que desea su felicidad. En una palabra: quiero arreglar todo este asunto. No perdamos de vista lo de todo el asunto. Escúcheme usted hasta el fin, y procure no acalorarse, aunque sólo sea por un ratito. Bueno; y ¿qué piensa usted?, ¿y si usted se casase? Mire: yo ahora le hablo a usted enteramente de lo secundario; pero ¿por qué me mira con esa estupefacción?

—Aguardo a que termine del todo —le respondí, mirándole, efectivamente, con asombro.

—Pues no me interrumpa. Yo quiero precisamente saber qué diría usted si algún amigo suyo, que desease para usted una felicidad sólida, efectiva, no efímera, le propusiese una muchacha, joven, guapa, pero... que ya hubiese pasado por algo; hablo alegóricamente, pero usted me comprenderá: algo así por el estilo de Natascha Nikoláievna, claro que con una indemnización decorosa... Fíjese usted en que yo hablo de lo secundario y no de nuestro asunto... Bueno; ¿qué diría usted?

—Le diré a usted que... ¡se ha vuelto loco!

—Ja, ja, ja! ¡Bah! Poco le ha faltado para lanzarse sobre mí.

Yo, efectivamente, tuve intención de arrojarme sobre él. No podía contenerme más. Me daba la impresión de un reptil, de una araña enorme, que a toda costa deseaba aplastar. Él se complacía en burlarse de mí; jugaba conmigo como el gato con el ratón, suponiendo que me tenía en su poder. Me parecía —lo recuerdo— que encontraba cierta satisfacción, hasta cierta voluptuosidad, en aquella tiranía, en aquel cinismo con que se quitaba delante de mí su máscara. Quería divertirse con mi asombro, con mi espanto. Me despreciaba francamente y se reía de mí.

Yo presentía, desde el comienzo mismo, que todo aquello era deliberado y tendía a alguna finalidad; pero estaba en tal situación, que, fuere lo que fuere, no tenía más remedio que escucharlo hasta lo último. Así convenía a los intereses de Natascha, y tuve que resignarme a todo y aguantarlo todo, porque acaso en aquel instante se decidiese su destino. Pero ¿cómo era posible oír aquellas cínicas y ruines apreciaciones respecto a ella?, ¿cómo era posible sufrir todo aquello a sangre fría? Él comprendía doblemente bien que yo no tenía más remedio que oírlo, y eso mismo duplicaba la ofensa. «Por lo demás, él también necesita de mí», pensé, y le contesté rotunda y hostilmente. Él lo comprendió.

—Verá usted, amigo mío —empezó, mirándome serio—: continuar así no nos es

posible, por lo que será mejor que nos pongamos de acuerdo. Yo tenía intención de decirle a usted algo, pero usted está en la obligación de ser más amable, de dignarse escuchar lo que yo le diga. Deseo poder hablar a mi gusto, a mis anchas, y como en realidad es preciso. En fin, vamos a ver, joven amigo: ¿está usted dispuesto a tener paciencia?

Yo me contuve con violencia y callé, a pesar de que él me miraba con tal sarcasmo, que no parecía sino desafiarme a formular la más rotunda protesta. Pero comprendía que yo accedía ya a no irme, y prosiguió:

—No se enfade usted conmigo, amigo. ¿Por qué se enfada usted, después de todo? Sólo por el bien parecer, ¿no es verdad? Usted, en el fondo, no se esperaba de mí otra cosa, cualquiera que fuese la forma en que yo me expresase: con engolada cortesía o como ahora; en realidad las ideas habrían sido las mismas. Usted siente menosprecio por mí, ¿verdad? ¿No ve usted cuánto de amable ingenuidad, de franqueza, de *bonhomie* atesoro? Yo a usted todo se lo confieso, incluso mis caprichos pueriles. Sí, *mon cher*, sí. Ponga usted otra tanta *bonhomie* de su parte, y entonces verá cómo hablamos y llegamos a un acuerdo y, finalmente, nos comprendemos el uno al otro. Pero no me mire usted con ese asombro; si supiera cuánto me empachan todas esas inocencias, todas esas pastorales de Alioscha, todas esas schillerías, todas esas exaltaciones por ese condenado noviazgo con la tal Natascha (que, por lo demás, es una chica muy mona), que, por decirlo así, involuntariamente celebro tener una ocasión para expresarle a usted todo el horror que me inspiran. Bueno; ya llegó la ocasión. Además, yo quería desahogar con usted toda mi alma. Ja, ja, ja!

—Usted me asombra, príncipe, y no lo reconozco. Está usted empleando el tono de un polichinela: esa franqueza inesperada...

—¡Ja, ja, ja! Es verdad en parte. ¡Qué acertada comparación!... Ja, ja, ja! Yo estoy de juerga, Iván Pétrovich, estoy de juerga, alegre y contento; pero usted, poeta mío, está obligado a mostrarme toda la tolerancia posible. Pero mejor será que bebamos —decidió, completamente satisfecho de sí mismo y escanciándose una copa. Vea usted: aquella estúpida noche, ¿recuerda usted?, en casa de Natascha, acabó de matarme definitivamente. Ella, en verdad, estaba muy mona, pero yo salí de allí con un disgusto horrible, y no puedo olvidarlo. Ni olvidarlo ni ocultarlo. Sin duda que también me llegará la mía y no tardando; pero dejemos esto ahora. Entretanto, yo quería explicarle que precisamente tengo una condición que usted aún ignora..., y es la aversión a todos esos imbéciles que para nada sirven, a todos esos bobalicones e idílicos, habiendo constituido uno de mis sabrosos placeres en toda época el embarcarme en ese tren, expresarme en ese tono, halagar, alentar a cualquiera de esos eternamente jóvenes Schiller, y luego, de pronto, de un golpe, apabullarlo, quitarme de repente la máscara en su presencia y, en vez de la cara de entusiasmo, hacerle una mueca, sacarle la lengua en el instante en que menos pudiera esperarse tal sorpresa. ¿Qué tal? Usted esto no lo comprende, a usted esto le parece abominable, absurdo,

acaso innoble, ¿no?

—Claro que sí.

—Es usted franco. Bueno...; pero ¿qué hacer si se me empalagan? Será una estupidez; yo también soy sincero, pero tal es mi carácter. Por lo demás, quisiera contarle a usted algunos episodios de mi vida. Así me comprenderá usted mejor y le resultará interesante. Sí; efectivamente, puede que me parezca hoy a un polichinela, pero, ya ve usted, el polichinela es sincero, ¿verdad?

—Por favor, príncipe, ya es tarde, y, verdaderamente...

—¿Cómo? ¡Dios mío, qué impaciencia! Vaya...: continuemos hablando como amigos, sinceramente, ¿sabe usted? Sí, señor, junto al vaso de vino, como buenos camaradas. Usted se figura que yo estoy borracho. ¡Qué importa! ¡Así es mejor! Ja, ja, ja! Verdaderamente, estos ratos en compañía de un amigo se quedan luego, por mucho tiempo, grabados en la memoria, y uno los recuerda con placer. Usted no es bueno, Iván Petróvich. Carece usted de sentimentalismo, de sensibilidad. Vaya... ¿Qué es para usted otro ratito más, tratándose de un amigo como yo? En el fondo, también esto guarda relación con el asunto. ¿Cómo no comprenderlo? ¡Y siendo un literato...!

¡Pero si debía usted celebrar esta ocasión! De mí puede usted sacar un tipo para sus novelas. ¡Ja, ja, ja! ¡Dios mío, y qué simpáticamente franco estoy!

Por lo visto, se había emborrachado. Había cambiado de semblante, y mostraba ahora una expresión maligna. Indudablemente, sentía ganas de morder, de picar, de aburrir, de burlarse. «En parte, era mejor que estuviese borracho —pensé yo—: el borracho siempre se va de la lengua». Pero él no perdía el conocimiento.

—Amigo mío —empezó, visiblemente complacido consigo mismo—, hace un momento le hice a usted una indicación, quizá extemporánea, respecto a que algunas veces me entra un deseo invencible de sacarle la lengua a alguien en determinadas ocasiones. Por esta ingenua y sencilla franqueza mía me comparó usted con un polichinela, lo que, sinceramente, me hizo gracia. Pero si usted me recriminase o se asombrase de mí porque ahora me porto chabacanamente y hasta, permítame usted, de un modo indecente, como un patán, en una palabra, por haber cambiado de tono, sería usted entonces absolutamente injusto. En primer término, a mí esto me agrada, y, además, no estoy en mi casa, sino con usted... Quiero decir, que nosotros ahora estamos de juerga como buenos amigos, y, en fin, que a mí me gustan los caprichos. ¿No sabe usted que yo, una vez, por puro antojo me hice también metafísico y filántropo y vine casi a caer en las mismas ideas que usted? Desde luego, naturalmente, que hace de esto ya muchísimo, pues fue en los dorados días de mi mocedad. Recuerdo que por aquel entonces me fui a mis tierras, allá en la aldea, animado de propósitos humanitarios, y, naturalmente, me aburrí lo que vale un mundo. ¿Y querrá usted creer lo que me ocurrió entonces? Pues que, de puro aburrido, empecé a cultivar el trato de las mozas guapas... ¿No tuerce usted el gesto? ¡Oh, mi joven amigo!... Tenga en cuenta que nosotros estamos ahora pasando un rato

como buenos amigos. Cuando se corre una juerga se arremanga uno los faldones. Y mire usted: el temperamento ruso, el temperamento ruso natural, patriótico, gusta de arremangarse, y, además, que es preciso no desperdiciar el momento y gozar de la vida. Nos tenemos que morir, y entonces..., ¿qué?... Bueno..., pues yo también hice lo mío. Recuerdo que en una finca había un *mujik*, un mozo joven y guapo. Yo lo castigué duramente y quise declararlo soldado —diabluras pasadas, poeta mío—, pero no lo hice así. Se murió en mi casa, en el hospital... Porque yo tenía en la aldea un hospital con doce camas —un edificio magnífico: mucha limpieza, suelos entarimados—, aunque hace ya mucho que lo deshice; pero entonces tenía cifrado en él mi orgullo: era filántropo. Bien pues. Al tal campesino por poco lo mato a azotes por su mujer... ¿Qué es eso?... ¿Otra vez sale usted haciendo remilgos? ¿Le repugna a usted escuchar estas cosas? ¿Es que sufren sus nobles sentimientos? ¡Vaya, vaya, tranquilícese! Todo eso pertenece al pasado. Eso lo hice yo cuando era un romántico; quería erigirme en bienhechor del hombre, fundar una sociedad filantrópica... ¡En qué piedra fui a tropezar! Entonces también azotaba. Ahora no azoto; ahora hay que hacer aspavientos; ahora todos hacemos aspavientos... ¡Qué tiempos hemos alcanzado! Pero quien más hace reír ahora es ese idiota de Ijméniev. Seguro estoy de que sabía todo ese episodio con la lugareña... ¿Y qué importa?... Él, por la bondad de su alma, hecha, al parecer, de almíbar, se entusiasmó entonces conmigo y me llevó a su casa...; decidió no creer a nadie, y así lo hizo: es decir, no dio crédito a los hechos, y doce años anduvo tras de mí, hasta que a él mismo le tocó la china. Ja, ja, ja! ¡Bueno, todo esto es un absurdo! ¡Bebamos, mi joven amigo! Dígame: ¿le gustan las mujeres?

Yo no respondí nada. Me limitaba a escucharlo. Ya había arremetido con la segunda botella.

—Pues a mí me gusta hablar de ellas después de cenar. ¿Quiere usted que le presente de sobremesa a una tal *mademoiselle Philiberte*? ¿Eh?... ¿Qué le parece? ¿Qué piensa de ello? ¡Pero si ni siquiera quiere usted mirarme! ¡Hum!...

Se quedó pensativo. Pero de pronto alzó la cabeza, mirándome de un modo significativo, y prosiguió:

—Mire usted, poeta mío, quiero revelarles a usted un secreto de la naturaleza, que, según parece, ignora por completo. Estoy seguro de que usted, en este momento, me califica de pecador, y quién sabe si también de ruin, extravagante, perverso y vicioso. Pero mire usted lo que digo: si fuera posible (lo que claro está que no será nunca, atendida la naturaleza del hombre), si fuera posible que cada uno de nosotros escribiera todas sus interioridades, pero de modo que no temiese poner al descubierto no sólo aquello que teme decir y por nada del mundo dice a los demás, no sólo aquello que no se atreve a decirles a sus más íntimos amigos, sino también aquello otro que a sí mismo no se atreve a decirse, créame usted, se levantarían entonces en el mundo tal peste, que todos echaríamos a correr en estampida. Vea usted por qué, dicho sea entre paréntesis, resultan tan buenos nuestra conveniencia y decoro

mundanos. En ellos se encierra un profundo pensamiento..., no diré moral, sino sencillamente conservador, lo que, naturalmente, es todavía mejor, porque la moral, en el fondo, se reduce a comodidad, es decir, que sólo por comodidad ha sido inventada. Pero de las buenas formas hablaremos luego; ahora divago; recuérdemelas usted después. Para terminar: usted me toma por un libertino, por un hombre perverso, inmoral, cuando yo quizá no sea culpable de otra cosa ahora sino de ser más sincero que los otros y nada más, de no ocultar lo que los otros se ocultan incluso a sí mismos, como antes le dije... En eso hago muy mal, pero yo ahora lo quiero así. Pero no se apure usted —añadió con irónica sonrisa—: dije culpable, pero no piense que voy a pedir perdón. Fíjese en una cosa: yo no pretendo desconcertarlo, no le preguntaré: «¿No tiene usted mismo algunos secretos semejantes, para con sus secretos justificarme yo también?». Yo me conduzco de otro modo, decoroso y noble. En general, yo siempre me conduzco con nobleza...

—Usted no hace más que divagar —le dije, mirándolo despectivamente.

—Divagar... Ja, ja, ja! Pero dígame usted: ¿en qué está pensando ahora? Usted se preguntará por qué lo traje aquí, para, de buenas a primeras, franquearme con usted. ¿A que es así?

—Así es.

—Bueno; pues eso luego lo sabrá.

—Pero la clave de todo es que ya se agotaron dos botellas y... usted se ha embriagado.

—Es decir, sencillamente borracho. Puede que así sea. «Se ha embriagado». Eso es más cariñoso que decir borracho. ¡Oh, y qué hombre tan delicadísimo! Pero... me parece que volvemos a regañar y que nos hemos desviado de un tema muy interesante. Sí, poeta mío, si todavía hay en el mundo algo bueno y sabroso, son las mujeres.

—Mire usted, príncipe, yo no acabo de comprender por qué me habrá usted elegido precisamente a mí para confidente de sus secretos y alardes amorosos.

—¡Hum! Ya le dije a usted que luego se lo explicaría. No se apure usted, que no hay razón alguna para ello. Usted es poeta, usted me comprende, ya le hablé a usted de esto. Existe una voluptuosidad en este repentino quitarse la máscara, en este cinismo con que el hombre se muestra de pronto a los demás en un aspecto en que ya ni siquiera se digna avergonzarse de ellos. Le contaré a usted una anécdota. Había en París un funcionario loco, al que enviaron luego a un manicomio, cuando se acabaron de convencer de que estaba chiflado. Al volverse loco, mire usted lo que ideó para su deleite: pues se quedó desnudo, como Adán, sin más que el calzado; se envolvió en una amplia capa y, con grave y solemne rostro, se lanzó a la calle. Bueno; mirado de costado, un hombre como los demás, paseándose envuelto en ancha túnica por su gusto. Pero en cuanto se tropezaba con un semejante en algún sitio solitario, donde no hubiera nadie, iba y se le acercaba en silencio; con el aspecto más grave y pensativo de pronto se le plantaba allí delante, abría su túnica y se le mostraba con absoluta...

sinceridad. La cosa duraba un instante, pasado el cual volvía a envolverse en su capa y, en silencio, sin contraer ni un músculo de la cara, pasaba junto al espectador, paralizado de asombro, grave, sutil, como la sombra en el *Hamlet*. Así hacía con todos, hombres, mujeres y niños, y en eso cifraba todo su placer. Pues, hasta cierto punto, puede saborearse esa misma satisfacción irritando de pronto a algún Schiller y sacándole la lengua cuando menos se lo espera. Irritar... ¡Vaya una palabreja! Yo la he leído en algún paso de literatura contemporánea.

—Bueno, pero aquél era loco, mientras que usted...

—¿Estoy en mi juicio?

—Sí.

El príncipe soltó la carcajada.

—Es usted injusto al juzgar, Iván Petróvich —añadió con la más picaresca expresión en el semblante.

—¡Príncipe! —exclamé yo, irritado por su impudor. Usted nos odia a todos, incluyéndome a mí, y en mí se está vengando ahora de todo y de todos. Usted es malo, nimiamente malo. Nosotros lo hemos calado, y quizá por lo que esté usted más furioso sea por lo de aquella noche. Naturalmente que no podría pagarme más fuerte que con ese definitivo desprecio; usted se emancipa, aunque sólo sea por una media hora, de todos los deberes de la cortesía, a que todos estamos recíprocamente obligados. Usted quiere demostrarme claramente que ni siquiera se digna avergonzarse delante de mí al desgarrar en mi presencia, de modo tan franco e inesperado, su repugnante máscara, y revelármese con tan inmoral cinismo...

—Pero ¿por qué me dice usted todas esas cosas? —preguntó con brusquedad, mirándome de un modo agresivo. ¿Para demostrarme su sagacidad?

—Para demostrarle que lo comprendo y hacérselo entender así.

—*Quelle idée, mon cher!* —prosiguió, cambiando repentinamente de tono, para volver a su anterior acento de alegría y garrulería ingenuas. Usted no hace más que desviarme del asunto. *Buvons, mon ami*, permítame que le escancie. Yo únicamente quería referirle una aventura interesantísima y curiosísima. Se la contaré en sus rasgos generales. Conocí una vez a cierta señora, muy joven, de veintisiete a veintiocho años, una beldad de primer orden. ¡Qué busto, qué palmito, qué andares! ... Tenía un mirar penetrante, como las águilas, pero siempre seria y adusta. Se mantenía siempre altiva y huraña. Era muy fría, como el mes de enero, y los intimidaba a todos con su inaccesible, con su imponente virtud. Eso es: imponente. No había en todo su círculo un juicio tan insufrible como el suyo. Condenaba no sólo los vicios, sino hasta la más leve flaqueza en las demás mujeres, y condenaba sin recurso, sin apelación. En su medio, gozaba de una influencia enorme. Las viejas más orgullosas y más feroces respecto al capítulo de su virtud le profesaban respeto, y hasta le buscaban la gracia. Ella miraba a todo el mundo con una crueldad inflexible, como abadesa de un monasterio medieval. Las jóvenes temblaban ante su mirada y su crítica.

”Bastaba una observación suya, una simple alusión, para echar por tierra una fama —¡hasta tal punto estaba bien mirada en sociedad!—; le temían hasta los hombres. Finalmente, vino a caer en cierto misticismo contemplativo, también, por lo demás, plácido y soberbio. Y, sin embargo, no había mujer pervertida más perversa que aquella mujer, y yo tuve la suerte de merecer su confianza absoluta. Nuestras relaciones las llevamos con tal habilidad, tan magistralmente, que ninguno de sus familiares pudo concebir la más leve sospecha; sólo su doncella, que era una francesa, excelente mujer, estaba iniciada en todos sus secretos; pero en esa francesa se podía tener confianza plena: también tomaba parte en la cosa... ¿De qué modo? Ahora se lo explicaré. Mi amiga era hasta tal punto lujuriosa, que al mismo marqués de Sade podría haberle dado lecciones. Pero lo más fuerte, lo más penetrante y violento en ese placer... era su misterio y su habilidad para el engaño. Aquella burla de todo lo que la condesa fingía en sociedad, dándose las de aliva, inaccesible, insobornable, y, finalmente, aquella risa íntima y diabólica y aquella consciente befa de todo cuanto no era posible zaherir..., y todo esto sin medida, llevado hasta el último extremo, hasta tal extremo, que la imaginación más fogosa no podría concebirlo... Sí, eso era lo principal y constituía el rasgo más vivo de aquellos placeres. Sí; el mismo diablo andaba de por medio, sólo que era de una seducción irresistible. Ahora mismo, todavía no puedo recordarla sin estremecerme. En el momento culminante de los más ardorosos deleites, de pronto soltaba la carcajada, y yo comprendía, comprendía muy bien aquella risa y me reía también. Todavía me estremezco a su solo recuerdo, y eso que han pasado ya muchos años. Al cabo de uno, ella me dejó. Aunque hubiese querido, no habría podido hacerle daño. Porque ¿quién me hubiera creído? ¿Una criatura como ésa? Pero ¿qué dice usted, joven amiguito?

—¡Uf, qué ruindad! —respondí yo, que había escuchado con repugnancia aquella confesión.

—No sería usted, mi joven amiguito, si me hubiera contestado de otro modo. Ya sabía yo que saldría usted diciendo eso. Ja, ja, ja! Aguarde. Serénesse usted, *mon ami*, viva y comprenderá. Pero ahora..., ahora aún necesita usted especies. No, usted no es poeta; ya se ve. Aquella mujer comprendía la vida y sabía aprovecharla.

—Pero ¿por qué descender hasta esa bestialidad?

—¿Qué bestialidad?

—Ésa, a la que llegaron esa mujer y usted con ella.

—¡Ah! ¿Usted le llama a eso bestialidad? Señal de que está usted todavía en pañales. Desde luego que reconozco que la oposición puede ser indicio de independencia. Pero... sigamos hablando, *mon ami*..., convenga usted conmigo en que todo eso es absurdo.

—¿Y qué no es absurdo?

—Lo que no es absurdo... es la personalidad, soy yo mismo. Todo es mío, y el mundo entero se ha hecho para mí. Mire, amigo mío, yo creo todavía que en este

mundo se puede vivir bien. Y es ésta óptima creencia, porque sin ella es imposible vivir, aunque sea mal; concluiría uno por envenenarse. Dicen que así lo hizo cierto imbécil. Dio en filosofar hasta tal punto, que rompió con todo, incluso con los deberes humanos normales y naturales, y llegó hasta el extremo de quedarse sin nada: quedó reducido a cero, pues decía que en esta vida lo mejor era el ácido prúsico. Usted dirá: «Ése es Hamlet; eso es desesperación absoluta, en una palabra, algo tan grande que nunca lo comprenderemos». Pero usted es un poeta, mientras que yo soy sencillamente un hombre, y por eso digo que es menester considerar las cosas desde un punto de vista sencillamente práctico. Yo, por ejemplo, ya hace tiempo que me emancipé de todo fin y hasta de toda obligación. Yo sólo me considero obligado cuando eso me reporta alguna utilidad. Usted, naturalmente, no puede mirar así las cosas; usted tiene los pies gafos y estragado el gusto. Usted habla de ideales, de virtudes. Amigo mío, yo estoy dispuesto a asentir a todo lo que usted diga, pero ¿qué hacerle, si sé con certeza que en la base de todas esas virtudes humanas hay un profundo egoísmo? ¿Qué cosa más virtuosa que el egoísmo? El amor de sí mismo: he ahí la única norma que yo reconozco. La vida es una transacción comercial; de balde no da usted dinero; pero paga por el placer y cumple con todos sus deberes para con el prójimo... ahí tiene usted toda mi moral, si es que absolutamente le hace falta, aunque le confieso a usted que, a juicio mío, es mejor no pagarle al prójimo, sino saber obligarle a hacer las cosas de balde. En cuanto a ideales: ni los tengo ni los quiero tener; nunca sentí afición a ellos. En el mundo se puede vivir muy bien y muy a gusto sin ideales... y, en *somme*, yo celebro mucho poderme pasar sin el ácido prúsico. Convengo de buen grado en que soy poco virtuoso, pero, en cambio, no haré lo que aquel burro de filósofo (sin duda alguna, alemán). No. ¡En la vida hay aún tantas cosas buenas...! A mí me atraen la distinción, el honor, las grandes jugadas de naipes; a mí me gustan mucho las cartas. Pero lo principal, lo principal..., las hembras..., y las hembras de todos los tipos; también me gustan a mí incluso las perversas reservadas, tenebrosas, las más raras y originales, y hasta con algo de suciedad para el contraste... Ja, ja, ja! Le miro a la cara. ¡Con qué desprecio me mira usted ahora!

—Tiene usted razón —le respondí.

—Supongamos que usted también tiene razón, pero mire usted, en todo caso, más vale suciedad que ácido prúsico. ¿No es cierto?

—No. Es mucho mejor el ácido prúsico.

—Con toda intención le pregunté: ¿No es cierto?, para divertirme con su contestación; ya me la sabía de antemano. No, amigo mío, si es usted un verdadero filántropo, debe usted desear que todos los hombres inteligentes tengan el mismo gusto que yo, hasta por la cochambre, ya que, de lo contrario, al hombre de talento no le quedará pronto nada que hacer en el mundo, y sólo subsistirán en él los imbéciles. ¡Ellos serán los felices! Pero mire usted: también ahora tenemos el proverbio «La felicidad es para los tontos». Y dígame usted: ¿hay algo más agradable que vivir entre

imbéciles y codearse con ellos? ¡Es muy provechoso! Usted no repare en mí porque estimo los prejuicios, respeto las conveniencias, aspiro al renombre; porque yo veo bien que vivo en sociedad en vano, sólo que en ella, por lo pronto, hay calor, y yo demuestro que estoy más allá, sobre una montaña, y, llegado el caso, me salvo el primero. Porque yo, mire usted, conozco todas sus nuevas ideas, aunque nunca padecí por ellas ni tampoco por nada. Remordimientos de conciencia no los tuve nunca por cosa alguna. Yo, con todo, estoy conforme y me va bien, y como yo, hay legiones, y a nosotros, efectivamente, siempre nos irá bien. Aunque todo el mundo se fuera a pique, nosotros seríamos los únicos en salvarnos. Existiremos en tanto exista el mundo. Podrá alguna vez naufragar el mundo, pero nosotros quedaremos a flote; nosotros sobrenadamos siempre. Y, si no, no tiene usted más que fijarse en una cosa: qué vitalidad tienen los seres como yo. Míreme a mí, por ejemplo, qué fuerte soy. ¿No le llamó esto la atención alguna vez?... Nosotros vivimos hasta los ochenta, hasta los noventa años. Lo que quiere decir que la misma naturaleza nos confiere privilegio. Je, je, je! ¡Yo quiero, irremisiblemente, vivir noventa años! No quiero la muerte, me asusta. ¡El diablo sabrá qué es eso de morirse!... Pero ¡a qué hablar de eso!... Todo esto me lo sugiere la venenosa filosofía. ¡Al diablo la filosofía! *Buvons, mon cher*. Mire: nosotros habíamos empezado a hablar de las chicas guapas... Pero ¿adónde va usted?

—Me voy, y también para usted es ya hora...

—¡Quieto, quieto! Yo, por así decirlo, le he abierto a usted todo mi corazón, y usted no sabe apreciar semejante clara prueba de afecto. Je, je, je! ¡Tiene usted poca afectividad, mi poeta! Pero estése quieto, que voy a pedir otra botella...

—¿La tercera?

—La tercera. Por la virtud, mi joven discípulo, usted me permitirá que le llame con ese dulce nombre; quién sabe si mi lección le servirá de provecho. Efectivamente, discípulo mío, respecto a la virtud ya le dije que cuanto más virtuoso el virtuoso, tanto más egoísta. Voy a contarle a usted, a este propósito, una anécdota muy chistosa. Yo, una vez, estuve enamorado de una señorita y la amaba casi de veras. Es de advertir que ella sacrificó mucho por mí...

—¿Fue aquélla a la que usted robó? —le pregunté a quemarropa, no queriendo ya contenerme.

El príncipe dio un respingo, cambió de semblante y se quedó mirándome con sus ojos ribeteados; en su mirada se traslucían la perplejidad y la rabia.

—¡Alto! —murmuró, como hablando consigo mismo. ¡Alto! Déjeme recapacitar. Estoy verdaderamente borracho, y me cuesta mucho trabajo hacer memoria.

Guardó silencio y me contempló con curiosidad, con malignidad, y teniéndome cogida la mano con la suya, como temiendo que yo me fuese. Seguro estoy de que en aquel instante recapacitaba y se esforzaba por adivinar cómo podía yo conocer aquel asunto, casi de todos ignorado, y si no correría con ello algún peligro. Así permaneció por espacio de un minuto; pero de pronto cambió la expresión de su cara; asomó a sus

ojos la expresión sarcástica, alegre, del borracho, del principio. Se echó a reír.

—Ja, ja, ja!; ¡conque nada menos que un Talleyrand! Bueno; ¡y qué! Yo, verdaderamente, me quedé ante ella como un estúpido cuando me dijo en mi cara que yo le había robado. ¡Cómo chillaba entonces, y cómo me insultaba! Era una mujer rabiosa, y... sin el menor freno. Pero juzgue usted mismo: en primer lugar, yo no le había robado nada en absoluto, según usted dijo hace un momento. Ella misma me regaló aquel dinero, de suerte que ya ése era mío. Porque supongamos que usted me regala su mejor frac —al decir esto, miraba mi único frac, ya bastante deformado y que me hiciera tres años atrás el sastre Iván Skomíaguin—; yo le doy a usted las gracias, me lo pongo, y, de pronto, al cabo de los años, riñe usted conmigo y me lo reclama, cuando yo ya lo destrocé. Eso no sería noble. ¿Para qué, entonces, regalar? Además que yo, sin tener en cuenta que el dinero era mío, de todos modos se lo hubiera devuelto; sólo que, dígame usted, ¿dónde iba yo a buscar esa cantidad? Así, de golpe y porrazo, una cantidad como aquélla... Pero, sobre todo, que no puedo sufrir los idilios y schillerías, ya se lo dije a usted..., y nada: que ésa fue la verdadera razón. Usted no podría creer cómo se puso conmigo, gritando que me había dado aquel dinero, que, por lo demás, era mío. La ira se apoderó de mí, y, de pronto, acerté a formar juicio con arreglo a la lógica, porque la presencia de ánimo no me abandona nunca, y decidí que, si le devolvía el dinero, quizá la hiciese incluso más desdichada. La privaría del placar de ser completamente desgraciada por mi culpa y de maldecirme por eso para toda la vida. Créame usted, amigo mío: en una desgracia de esa índole hay también cierta embriaguez suprema al considerarse a sí mismo completamente inocente y tener pleno derecho a llamar villano a su ofensor. Esta embriaguez de odio se encuentra en los temperamentos schillerianos; naturalmente que... quizá luego le faltase a ella que comer, pero yo estoy seguro de que era feliz. Yo no quería privarla de esa dicha, y no le devolví el dinero. De este modo justifico plenamente mi regla según la cual cuanto mayor y más fuerte es la generosidad humana, tanta mayor dosis de repugnante egoísmo hay en ella... ¿Verdad que está claro? Pero... usted quería cogerme. Ja; ja, ja! ¡Vaya, confiese usted que quería cogerme en un renuncio!... ¡Oh, Talleyrand!

—¡Adiós! —le dije, levantándome.

—¡Un minuto! Dos palabras, para terminar —gritó, trocando de pronto su tono festivo por el serio. Escúcheme usted lo último: de todo cuanto le he dicho se deduce clara y palmariamente, supongo que usted también lo habrá advertido, que yo nunca, ni por nadie, estoy dispuesto a sacrificar mi conveniencia. Yo amo el dinero, y lo necesito, y Katerina Fiodórovna lo tiene en abundancia; su padre tuvo durante diez años un comercio de aguardiente. La niña posee tres millones, y esos tres millones me vendrán a mí muy bien. Alioscha y Katia... son absolutamente pariguales: dos idiotas a más no poder, lo cual también me viene de perillas. Así que irremisiblemente deseo y quiero que sea un hecho su boda, y lo más pronto posible. Dentro de dos o tres semanas la condesa y Katia se van al campo. Alioscha tiene que

acompañarlas. Prevenga usted a Natalia Nikoláievna para que no haya idilio, para que no haya schillerías, para que no se subleven contra mí. Yo soy malo y vengativo. Miro por lo mío. A ella no le tengo miedo; todo, sin duda, saldrá a la medida de mi deseo, y si le aviso desde ahora, es por interés suyo. Cuide usted de que no haya estupideces y de que ella se conduzca de un modo discreto. De otro modo, le irá mal, muy mal. Ya debería estarle agradecida por el hecho de que no proceda contra ella como corresponde, judicialmente. Ha de saber usted, mi poeta, que las leyes velan por la tranquilidad de las familias; que ponen al padre a cubierto de las culpas del hijo, y que aquellas que apartan a los jóvenes de sus sagrados deberes para con los padres no cuentan con la protección de las leyes. Haga cuenta, por último, que yo tengo relaciones, mientras que ella no tiene ninguna, y ¿no comprende usted lo que yo puedo hacer con ella? Pero no lo hago, porque hasta ahora se ha conducido muy discretamente. No se inquiete usted: a cada momento, a cada movimiento de ellos, vigilaban unos ojos penetrantes, durante todo este medio año, y yo estaba al tanto de todo, hasta de la última minucia. Y, además, yo aguardaba tranquilamente a que Alioscha mismo la dejase plantada, lo que ya empieza a hacer, aunque hasta ahora ha constituido para él un entretenimiento grato. Yo me hice pasar ante ellos por un padre humano, y necesitaba que pensasen eso de mí. ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo recuerdo cuántos cumplidos le hice aquella noche, diciéndole que era tan generosa y desinteresada, que no buscaba casarse con él!... Hubiera querido yo saber cómo lo hubiera conseguido. Por lo que hace a mi visita en aquella ocasión, todo aquello obedecía únicamente a que ya era tiempo de poner término a sus relaciones. Pero yo necesitaba convencerme por mis propios ojos, por mí mismo, por mi propia experiencia, de todo... Y ahora, ¿tiene usted ya bastante? ¿O quiere usted saber algo más? ¿Por qué lo traje a usted aquí? ¿Por qué delante de usted me descubrí de este modo y, me franqueé tan sencillamente? Pues nada: ¿se lo digo con toda sinceridad?... ¿Sí?...

—Sí.

Me contuve y escuché ávidamente.

—Pues únicamente, amigo mío, porque me pareció advertir en usted más discreción, una vista más clara de las cosas que en nuestros dos tórtolos. Usted podía saber también más pronto quién yo era; adivinar, forjar suposiciones acerca de mí, pero yo quería ahorrarle a usted todo ese trabajo, y decidí mostrarle claramente con quién tenía que habérselas. Efectivamente, la impresión es una gran cosa. Compréndame usted, *mon ami*. Usted sabe ya con quién tendrá que habérselas. La quiere a ella, y, por tanto, espero que interpondrá todo su ascendiente, ¡y tiene usted tanto sobre ella...!, para evitarle ciertos contratiempos. De otro modo, los habrá, y le aseguro, le aseguro a usted que no serán cosa de broma. ¡Ea! Ahí tiene usted las tres razones de mi franqueza para con usted... ¡Ya usted se lo figuraría, amigo mío! Sí; yo quería, efectivamente, escupir un poco sobre todo este asunto, y escupir precisamente delante de usted...

—Y ha conseguido usted su propósito —dije, consternado. Estoy de acuerdo en

que no hubiera usted podido expresar delante de mí todo el odio y todo el desprecio que me tiene, a mí y a todos nosotros, tan bien como con esa franqueza. Usted no sólo no temió que esa franqueza suya conmigo pudiera comprometerlo, sino que ni siquiera sintió vergüenza de mí. Usted, en verdad, se ha parecido a ese loco de la capa. No me tuvo usted por hombre.

—Lo ha adivinado usted, mi joven amigo... —dijo él, levantándose. Ha acertado usted en todo; no en balde es usted escritor. Espero que nos separaremos como buenos amigos. ¿No quiere que bebamos por la fraternidad?

—Está usted borracho, y sólo en atención a eso, no le contesto como debiera.

—Otra vez la reticencia... No acaba usted de decir cómo procedería contestar... Ja, ja, ja! ¿Me permitirá usted que pague lo suyo?

—No se preocupe, que ya pagaré yo.

—Claro, sin duda. ¿No lleva usted mi mismo camino?

—No voy con usted.

—Pues adiós, poeta. Espero que me comprenderá.

Salió con paso algo inseguro y sin volverse a mirarme. El lacayo lo acomodó en el coche. Yo eché por mi camino. Eran las tres de la madrugada. Llovía; hacía una noche lóbrega...

CUARTA PARTE

I

No me detendré a describir mi despecho. Pese a que podía esperarse todo, estaba trastornado, enteramente, como si el príncipe se me hubiera presentado en toda su fealdad, de un modo totalmente imprevisto. Por lo demás, recuerdo que mis sentimientos eran de inquietud, como si estuviera comprimido, magullado, y un negro pesar me apretujaba cada vez más el corazón. Temía por Natascha, presentía que le aguardaban muchos dolores, y, lleno de sobresalto, discurría el modo de librarla de ellos, de dulcificar estas postrimerías antes de la solución definitiva de todo el asunto. De la referida solución no cabía duda alguna. Se aproximaba. ¡Y cómo no adivinar cuál había de ser!

No supe cómo llegué a casa, aunque la lluvia me fue calando todo el camino. Eran ya las tres de la madrugada. Apenas había llegado a la puerta de mi cuarto, cuando escuché un quejido, y la puerta empezó a entreabrirse en seguida, como si Nelly no se hubiese acostado y hubiera permanecido todo el tiempo esperándome junto al mismo umbral. Ardía una luz. Miré a la cara a Nelly y me asusté. Estaba cambiada; los ojos le ardían afiebrados, y me miraba de un modo salvaje, como si no me reconociera. Estaba muy encendida.

—Nelly, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma? —le pregunté, inclinándome hacia ella y cogiéndole una mano.

Temblando, se acercó a mí, temiendo no sé qué. Murmuró algo con voz entrecortada y aprisa, como si hubiese estado esperándome únicamente para decirme aquello. Pero sus palabras eran incoherentes y extrañas. Yo no le entendí; estaba delirando.

La llevé enseguida a la cama. Pero ella se asía a mí y me estrechaba con fuerza, como buscando protección contra alguien, y luego que la hube acostado en el lecho, todavía se aferraba a mi mano y me la sujetaba, temiendo que yo volviese a irme.

Yo estaba hasta tal punto rendido y enervado, que al verla a ella, hasta lloraba. También estaba enfermo. Al ver mis lágrimas, me miró ella largo rato, de hito en hito, con atención forzada, tensa, afanándose por pensar e imaginarse algo. Era evidente que estimaba aquello digno de grandes esfuerzos. Finalmente, algo parecido a un pensamiento asomó a su semblante. Después de una fuerte recaída en su enfermedad,

no podía, generalmente, durante un rato, reconcentrar sus pensamientos y articular de modo claro las palabras. Así le ocurría ahora: se violentaba enormemente por decir no sé qué, y adivinando que yo no le entendía. Alargó su manecita y se puso a enjugarme las lágrimas, después de lo cual me echó los brazos al cuello, me atrajo a sí y me besó.

Era claro: en mi ausencia le había dado un ataque, y precisamente en el momento en que estaba junto a la puerta. Aturdida por el ataque, probablemente no pudo valerse. En aquel intervalo, la realidad se tomó delirio, y debió de imaginarse algo horroroso, algo terrible. En aquel instante tuvo que decirse a sí misma que yo tenía que volver y me detendría en la puerta, y así, tendiéndose junto al mismo umbral, en el suelo, estuvo aguardando atentamente mi regreso, levantándose en cuanto me sintió.

«Pero ¿por qué saldría a la puerta?», pensé yo.

Y de pronto, admirado, observé que tenía puesto el pellico que yo acababa de comprarle a un ditero conocido, que solía visitarme en mi cuarto y me dejaba sus artículos a crédito; así que se disponía, por lo visto, a ir a algún sitio, y ya había entreabierto la puerta cuando, de pronto, le dio el ataque de epilepsia. ¿Adónde pensaba ir? ¿No estaría ya en aquel instante enajenada?

A todo esto, la fiebre no cedía, y no tardó la pobre en perder el conocimiento. Le habían dado ya dos ataques desde que vivía conmigo; pero siempre se le pasaban sin dejar huella, mientras que ahora tenía fiebre. Después de estar sentado media hora junto a ella, arrimé al diván una silla y me tendí, vestido, como estaba, a su lado, con intención de acudir en su auxilio tan pronto me llamase. No apagué la luz. Muchas veces la miré, antes de acostarme. Estaba pálida; tenía los labios pegajosos por la fiebre, y sanguinolentos, probablemente a causa del ataque. De su rostro no se borraba una expresión de espanto y de dolorosa tristeza, que, al parecer, no la abandonaba ni en el sueño. Yo decidí ir al otro día, lo más temprano posible, a buscar un médico, en caso que estuviera peor. Temía que fuese a degenerar aquello en una fiebre verdadera.

«Es que le infundió miedo el príncipe», pensé con un estremecimiento, recordando lo que él me contara de aquella muchacha que le había tirado a la cara su dinero.

II

Pasaron dos semanas. Nelly se restableció. No llegó a tener fiebre, pero estuvo muy enferma. Se levantó del lecho ya a fines de abril, un día luminoso, radiante. Era la Semana de Pasión.

¡Pobre criatura! No puedo continuar mi relato siguiendo el orden que llevo hasta aquí. Mucho tiempo ha pasado hasta el instante actual, en que describo todo este pasado, pero aun ahora mismo experimento una honda, agobiante tristeza al recordar aquella carita pálida, demacrada; aquellas largas y mustias miradas de sus negros ojos cuando nos quedábamos solos y ella se ponía a mirarme desde su cama, a mirarme largamente, de suerte que parecía invitarme a adivinar lo que en su alma pasaba. Pero al ver que yo no lo adivinaba y que persistía en mi ignorancia anterior, en silencio y como para sí, sonreía, y de pronto, afectuosamente, me tendía su manito ardorosa, de dedos flacos y descarnados. Ahora ya todo pasó, ya todo se sabe, pero aún hoy mismo ignoro todos los secretos de aquel corazoncito enfermo, torturado y agraviado.

Siento que me aparto de mi narración, pero es que en este instante no quisiera pensar más que en Nelly. Cosa rara: ahora que estoy solo en mi lecho de enfermo, abandonado de todos aquéllos a quienes amé tanto y tan fuertemente..., ahora, a veces un débil rasgo de aquel tiempo, entonces con frecuencia para mí casi inadvertido, y en seguida olvidado, se me viene de pronto a la memoria, e impensadamente asume en mi alma una significación totalmente distinta, que me aclara e ilumina aquello que hasta aquí no acerté a comprender.

Los primeros cuatro días de su enfermedad, nosotros, yo y el médico, temíamos horriblemente por ella; pero al cuarto día el doctor me llamó aparte y me dijo que no temiese nada, que sin duda se restablecería. Era aquel mismo doctor que yo ya conocía de hacía tiempo, un viejecito, solterón, buenazo y estrafalario, al que ya había llamado cuando Nelly enfermó por primera vez y que tanta impresión le hizo a ella con su Estanislao, de dimensiones desusadas, al cuello.

—¡Conque no hay nada que temer! —exclamé alborozado.

—No, de ésta saldrá bien, pero está condenada a vivir poco.

—¡Cómo! ¿Por qué? —exclamé, anonadado ante tal anuncio.

—Sí, de seguro morirá joven. La enfermita tiene un defecto orgánico al corazón, y al menor contratiempo enojoso volverá a caer enferma. Podría suceder que volviera a restablecerse; pero volvería a recaer, y, finalmente, moriría.

—¿Y no hay medio alguno de salvarla? ¡No, eso no puede ser!

—Pues así tiene que ser, no tiene caso. Aunque, desde luego, evitándole todo contratiempo, asegurándole una vida tranquila y apacible, proporcionándole más satisfacciones, podría alejarse de ella la muerte, y hasta se dan casos... inesperados, anormales y raros... En una palabra: que podría salvarse a la enfermita siempre que concurriesen muchas circunstancias a su favor, aunque radicalmente..., nunca.

—Pero ¡Dios mío!, ¿qué hacer ahora?

—Seguir mis prescripciones: que lleve una vida tranquila y tome a la hora debida sus medicinas. He observado que esta nena es voluntariosa, de un carácter inestable, y hasta un poco burlona; no le gusta tomar a sus horas las medicinas, y hasta se niega en absoluto.

—Así es, doctor. Efectivamente, es una criatura rara, pero yo lo atribuyo a su morbosa excitación. Anoche estuvo muy obediente, pero hoy, al llevarle yo la medicina, rechazó la cucharilla, como sin querer, y la vertió. Al querer dársela otra vez, fue y me quitó de las manos el frasco y lo tiró al suelo, y luego se echó a llorar... Sólo que no creo que fuera porque la obligasen a tomar medicinas —añadí, pensativo.

—¡Hum! Irritación. Esa gran desgracia que ha sufrido —yo, detalladamente y con toda clase de sinceridad, le había contado al médico gran parte de la historia de Nelly, y mi relato le había hecho gran impresión— guarda relación con esto de ahora, y de ahí procede su enfermedad. Por lo pronto, el único medio... consiste en tomar las medicinas, y ella está obligada a tomarlas. Ya volveré y me esforzaré por inculcarle la idea de la obligación en que está de seguir mis prescripciones, y... esto es, hablando en términos generales, de tomar las medicinas.

Salimos de la cocina, donde habíamos celebrado nuestra reunión, y el doctor volvió a acercarse a la cama de la enferma. Pero Nelly, por lo visto, nos había estado oyendo; por lo menos había incorporado la cabeza en la almohada y vuelto hacia nosotros el oído; había estado escuchando todo el tiempo.

Observé esto por la rendija de la puerta, entreabierta. Al acercarnos a ella, la picaruela volvió a arrebujaarse en el embozo y nos miró con burlona sonrisa. La pobrecilla había enflaquecido mucho en aquellos cuatro días de enfermedad; tenía los ojos hundidos y la fiebre aún no había cedido. Lo singular de aquel aire zumbón de su cara y aquel vivo fulgor de sus ojos causaron no poca admiración al médico, que era el más buenazo de cuantos alemanes había en Petersburgo.

Con toda seriedad, pero esforzándose todo lo posible por suavizar el tono de su voz, con afecto y ternura, se puso a demostrarle lo imprescindible y lo buenas que eran las medicinas, y, por tanto, la obligación en que de tomarlas estaba todo enfermo. Nelly incorporó la cabeza, pero de pronto, con ademán, al parecer perfectamente involuntario, le dio un empujón a la cucharilla, y toda la medicina se vertió nuevamente en el suelo. Estoy seguro de que lo hizo adrede.

—Ha sido una enojosa imprudencia —dijo tranquilamente el viejecito—; y sospecho que lo ha hecho usted adrede, lo que estaría muy mal. Pero... todo puede arreglarse, trayéndole otra vez la medicina.

Nelly se le rió francamente en los ojos.

El doctor metódicamente movía la cabeza.

—Eso está muy mal —dijo, trayéndole una toma—, pero muy mal.

—No se enfade conmigo —respondió Nelly, esforzándose por no volver a reírse—, que voy a tomarla... ¿Me va usted a querer?

—Si se conduce usted como es debido, sí que la querré mucho.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Y ahora no me quiere usted?

—También la quiero ahora.

—¿Y me dará usted un besito si yo le doy otro?

—Sí, siempre que se lo merezca usted.

No pudo contenerse Nelly, y volvió a reír.

—La enfermita tiene el genio alegre; pero ahora..., esos nervios y esos caprichos... —me dijo el doctor por lo bajo, con el gesto más serio.

—Está bien, voy a tomar la medicina —exclamó de pronto Nelly con su débil vocecita—; pero cuando crezca y sea mayorcita, ¿se casará usted conmigo?

Probablemente la idea de esta nueva broma la divertía mucho. Sus ojos echaban fuego, pero sus labios reprimían la risa, en espera de la respuesta del desconcertado doctor.

—¡Claro que sí! —respondió aquél, sonriendo involuntariamente ante aquella nueva humorada. Sí, siempre que sea usted una señorita buena y educada, obediente y...

—Y tome las medicinas, ¿verdad? —terminó Nelly.

—¡Oh!, eso es; sí, señor, y tome las medicinas. Es una buena chica —me murmuró al oído. Tiene mucha mucha... bondad e inteligencia; pero..., no obstante..., eso de casarme con ella... ¡Qué peregrina ocurrencia!

Y de nuevo le ofreció el medicamento. Pero aquella vez ya ni siquiera se anduvo ella con tretas, sino que le dio sencillamente una manotada de abajo arriba, a la cuchara, y toda la medicina fue a derramarse derechamente en la camisa y en la cara del pobre viejo. Nelly soltó la carcajada, pero no del modo sencillo y jovial de antes. En su cara se reflejaba algo cruel, malo. En todo aquel tiempo parecía rehuir mis miradas, observando únicamente al médico, y con una risita, a través de la cual se vislumbraba, sin embargo, algo de inquietud, aguardaba a ver qué haría ahora el ridículo vejete.

—¡Oh! Otra vez... ¡Qué desgracia! Pero... puede traérsele otra toma —continuó el anciano, limpiándose con el pañuelo la cara y la camisa.

Aquello impresionó horriblemente a Nelly. Esperaba nuestro enfado, pensaba que íbamos a ponernos a regañarla, a dirigirle reproches y, acaso, inconscientemente, deseara que así fuese en aquel instante, para tener un pretexto y echarse en seguida a llorar, a gritar como una histérica, a arrojar, como antes, las almohadas, y hasta romper algo en su cólera, y con todo eso satisfacer su caprichoso y enfermizo encono. Caprichos semejantes suelen observarse no sólo entre los enfermos ni únicamente en Nelly. ¡Cuán a menudo me he puesto yo a dar vueltas arriba y abajo por mi habitación, con el ansia inconsciente de que cuanto antes me ofendiese alguno y me dijese una palabra que yo pudiese tomar como ofensa, para en seguida desahogarme el corazón! Las mujeres también desahogan de esa manera el corazón, y empiezan

por verter las más sinceras lágrimas; pero las más sensibles terminan histéricas. Cosa muy sencilla y vital, y que suele producirse más que nunca cuando se tiene en el corazón otra pena, que los demás ignoran, y que se quería, más no es posible, comunicar a alguien.

Pero, de pronto, desconcertada ante la angélica bondad del viejo por ella ofendido y la paciencia con que de nuevo fue a llevarle una tercera toma de medicina, sin dirigirle ni un solo reproche, Nelly se apaciguó. La sonrisa voló de sus labios, los colores subieron a su cara, y su mirada se hizo más suave; me lanzó una leve ojeada e inmediatamente volvió el rostro. El doctor le presentó la medicina.

Ella, tranquila y mansamente, se la tomó, le cogió al viejo su mano, colorada y peluda y luego lo miró a los ojos.

—Usted... está enfadado, porque soy mala —iba a decir, pero no acabó.

Se escondió bajo el embozo, se tapó la cabeza, y rompió a sollozar ruidosa, histéricamente.

—¡Oh, hija mía..., no llore usted!... Eso no es nada... Son los nervios. Beba un poco de agua.

Pero Nelly no lo escuchaba.

—No se apure... no se atormente —continuó él, poco menos que lloriqueando también, pues era un hombre muy sensible. Yo le prometo casarme con usted, siempre que usted, con su buena conducta de señorita honrada...

—... tome las medicinas —oyóse por debajo del embozo, al mismo tiempo que una risita nerviosa, fina cual tintineo de campanita, entrecortada por sollozos; una risita familiar para mí.

—¡Niña buena y agradecida! —dijo el doctor, con solemnidad y casi con lágrimas en los ojos. ¡Pobre muchacha!

Y desde entonces entre él y Nelly se estableció una simpatía extraña. Conmigo, en cambio, se mostraba Nelly cada vez más arisca, nerviosa e irritable. Yo no sabía a qué atribuirlo, y me sorprendía tanto cuanto que aquel cambio se había operado en ella de repente. Los primeros días de su enfermedad estaba conmigo sumamente tierna y cariñosa; parecía no poder desviar de mí los ojos; no se apartaba de mi lado, solía cogerme la mano con la suya, afiebrada, y me obligaba a sentarme junto a ella. Y si notaba que yo estaba triste y pensativo, se afanaba por alegrarme, me gastaba bromas, jugaba conmigo y me sonreía, olvidándose visiblemente de sus personales inquietudes. No quería que trabajase por las noches ni que me quedase velándola, y se afligía al ver que yo no le hacía caso. A veces, le notaba yo un gesto preocupado; se ponía a preguntarme y a querer que le dijese por qué estaba yo triste, qué tenía en el pensamiento, pero, cosa rara, cuando llegaba Natascha, se callaba o se ponía a hablar de otra cosa. Parecía rehuir el hablar de Natascha, y eso me sorprendía. Cuando entraba yo en casa, se ponía muy alegre. Cuando cogía el sombrero, me miraba, triste y de un modo raro, como si me dirigiese un reproche, y me seguía con la vista.

El cuarto día de enfermedad me pasé toda la tarde y hasta bastante entrada la noche en casa de Natascha. Teníamos demasiadas cosas de que hablar. Al salir de casa le dije a mi enferma que volvería en seguida, pues así me lo figuraba. Al detenerme en casa de Natascha, casi involuntariamente, estaba tranquilo respecto a Nelly; no la dejaba sola. Le hacía compañía Aleksandra Semiónovna, que, enterada por Maslobóyev, que me había visitado un momento, que Nelly estaba enferma y yo con mucho que hacer y solo, se había apresurado a presentarse allí. ¡Dios mío, cómo charlaba la bonísima de Aleksandra Semiónovna!

—¡Vaya, conque no quiere él ahora venir a comer con nosotros!... ¡Ah, Dios mío! ¡Y sólo él, pobre, solito! Bueno; pues mostrémosle ahora toda nuestra cordialidad. He aquí que la ocasión se presenta sola, sin que haya que buscarla.

Inmediatamente se trasladó a nuestra casa, llevando consigo en el coche todo un equipaje. Nos explicó, sin más, que ahora ya no se iría de mi lado, y que había venido para ayudarme en mis quehaceres, después de lo cual desató el lío. Traía en él jarabes, dulces para enfermos, un pollo y una gallina, para cuando la enfermita entrase en la convalecencia; unas manzanas para cocerlas, naranjas, frutas secas de Kiev (suponiendo que lo consintiera el doctor), y, finalmente, ropa blanca: sábanas, servilletas, camisas de mujer, vendas, compresas... Todo un botiquín.

—De todo, esto tenemos nosotros —me dijo apresuradamente, y recalcando mucho cada palabra, casi apresurada. Pero usted vive a lo soltero. De esto apenas tiene. Así que permítame usted que..., además Filipp Filippich así me lo mandó. ¡Ea! Ahora ya...: ¡Cuanto antes, cuanto antes! ¿Qué es lo que hay que hacer? ¿Cómo está la enferma? ¿Está en su conocimiento? ¡Ay, y qué mal acostada está! Es menester ponerle bien la almohada para que tenga más baja la cabeza; pero oiga usted... ¿no sería mejor una almohada de cuero? ¡Ah, y qué necia soy! No se me ocurrió traerla... Iré por ella. ¿No será preciso encender lumbre? Voy a traerle a usted a mi vieja. Yo tengo una viejecita conocida. Y aquí, en su casa, no tiene usted ninguna mujer que pueda servirle... Bueno, ¿qué es lo que hay que hacer? ¡Dígame! Medicinas... ¿Qué recetó el médico? Probablemente alguna tisana para el pecho. Ahora mismo voy a encender la lumbre.

Pero yo la tranquilicé, y ella se maravilló mucho y hasta se afligió al oírme decir que la cosa no parecía de cuidado. Esto, sin embargo, no la desanimó del todo. Inmediatamente se hizo amiga de Nelly y mucho me ayudó mientras duró la enfermedad. Nos visitaba casi a diario y siempre entraba poniendo una cara como si algo se hubiera perdido trasconejado y fuese menester atraparlo en seguida. Siempre decía que Filipp Filippich la mandaba. A Nelly le era muy simpática. Se habían tomado cariño la una a la otra, como dos hermanas, y yo pienso que Aleksandra Semiónovna era, en muchas cosas, tan niña como Nelly. Le contaba a ésta diversas historias, la hacía reír, y luego Nelly, con frecuencia, se quedaba triste, cuando Aleksandra Semiónovna se volvía a su casa. Su primera aparición entre nosotros causó mucho asombro a mi enferma, pero inmediatamente adivinó por qué había

venido aquella huésped espontánea, y, según su costumbre, se enfurruñó, se volvió taciturna y arisca.

—¿Por qué ha venido a su casa? —me preguntó Nelly, como descontenta, luego que Aleksandra Semiónovna se hubo ido.

—Para asistirte a ti, Nelly, y cuidarte.

—Pero ¿por qué?... ¿Por qué? Yo por ella no he hecho nada.

—Las criaturas buenas no esperan a que nosotros hagamos algo por ellas, Nelly. Sin necesidad de eso, se complacen en prestar su ayuda a quien la necesita. Basta, Nelly. En el mundo hay muchísimas personas buenas. Sólo que tú has tenido la desgracia de no tropezarte con ellas en tu camino cuando te hicieron falta.

Nelly guardó silencio. Yo me retiré de su lado. Pero al cuarto de hora ya me estaba llamando con su débil vocecita. Me pidió té, y de pronto se ciñó fuerte a mí, se dejó caer en mi pecho y largo rato estuvo sin querer soltarme. Al otro día, cuando llegó Aleksandra Semiónovna, la acogió con alegre sonrisa, pero un tanto avergonzada.

III

Aquel día había pasado yo en casa de Natascha toda la velada. Volví a casa tarde. Nelly dormía. Aleksandra Semiónovna estaba también algo adormilada, pero seguía sentada a la cabecera de la enferma, y me aguardaba. Inmediatamente, con atropellado cuchicheo, empezó a contarme que Nelly, al principio, había estado alegre, y que se había reído mucho; pero que luego se había puesto triste, y al ver que yo no llegaba, se había quedado silenciosa y pensativa. Después empezó a quejarse de dolor de cabeza, se echó a llorar, y tales sollozos lanzaba, «que yo ya no sabía qué hacer con ella», añadió Aleksandra Semiónovna.

—Me habló de Natalia Nikoláievna; pero yo no pude comunicarle nada sobre el particular, por lo que dejó de interrogarme y arreció en su llanto hasta que se quedó dormida entre sus lágrimas. Bueno. Adiós, Iván Petróvich. Ella, no obstante, está mejor, según he podido notar, y yo tengo que volverme a casa, según Filipp Filippich me mandó. Le confieso a usted que esta vez sólo me envió por dos horas, y que he sido yo la que se ha quedado. Pero, no, nada, no se preocupe usted de mí; no se enfadará... Sólo que, acaso... ¡Ay, Dios mío, Iván Petróvich, qué hacer! Después de todo, ahora vuelve a casa siempre borracho. Anda muy preocupado de no sé qué; apenas me habla, está muy mustio, debe revolver en el pensamiento algo muy importante; ya veré; pero todas las noches borracho... Yo, lo único que pienso es: «Si vuelve ahora a casa, ¿quién le ayudará a acostarse?». Pero ¡ea!, me voy, me voy. ¡Adiós, adiós, Iván Petróvich! He visto que tiene usted libros. ¡Cuántos libros tiene usted, y todos deben de ser muy buenos! Pero yo, qué burra soy; nunca leí nada... Hasta mañana.

Al otro día, Nelly se despertó enfurruñada y arisca, y no quería responderme. No me dirigió la palabra en absoluto, como si estuviera enojada conmigo. Yo advertí únicamente algunas miradas suyas, que me examinaban ligeramente, como a hurtadillas, y en las cuales había algo de oculto mal humor, aunque, a pesar de todo, dejaban traslucir una ternura que perdían al posarse directamente en mí. Aquel día se produjo una escena con el médico al darle éste la medicina. Yo no sabía qué pensar.

Pero Nelly había cambiado por completo conmigo. Su rareza, sus caprichos y hasta, a veces, su poco menos que odio a mí, todo eso se prolongó hasta el mismo día en que dejó de vivir conmigo, hasta el mismo surgir de la catástrofe que vino a poner fin a nuestra novela. Pero de esto hablaré más adelante.

Solía, por lo demás, ocurrir que ella se volviese de pronto, por espacio de una hora, tan cariñosa como antes conmigo. Sus mimos parecían redoblarse en aquellos instantes. Lo más frecuente era que en tales momentos prorrumpiese en amargo llanto. Pero aquellas horas volaban aprisa, y ella volvía a sumirse en la antigua tristeza y a mirarme con hostilidad, cuando no la emprendía con el médico o, de repente, al notar que no me hacía gracia a mí alguna nueva travesura suya, se echaba a reír, para acabar casi siempre llorando.

Reñía también con Aleksandra Semiónovna; le decía que no quería nada suyo. Cuando yo me ponía a regañarla delante de Aleksandra Semiónovna, se enfurecía, me contestaba con encono vehemente y acumulado; pero de pronto se quedaba callada, y después, tímida, pasaba dos días sin cruzar conmigo una palabra y sin querer comer ni beber, y sólo el viejo doctor acertaba a convencerla y a reducirla.

Ya dije que entre el doctor y ella desde el mismo día de la toma de la medicina se había iniciado una curiosa simpatía. Nelly lo quería mucho, y siempre lo acogía con alegre sonrisa, como si a su llegada desapareciesen todas las tristezas. Por su parte, el viejo empezó a visitarnos a diario, y hasta dos veces al día, incluso cuando Nelly se levantó y se puso ya del todo bien, y no parecía sino que ella lo había fascinado de tal modo, que no podía pasar un día sin oír sus risas y sus burlas, a veces muy fuertes. Dio en traerle libros con estampas, todos de índole instructiva. Uno lo había comprado expresamente para ella. Luego dio en traerle dulces en cajitas muy monas. En esas ocasiones, solía entrar con aire solemne, como si fuese el santo de alguien, y Nelly inmediatamente adivinaba que le traía un regalo. Pero él no lo enseñaba, y, limitándose a sonreír con cuquería, se sentaba junto a Nelly y le decía que si cierta señorita se hubiese conducido bien y hecho merecedora de respeto en su ausencia, seguramente la tal señorita sería digna de un premio. Luego la miraba tan candorosa y bonachonamente, que Nelly se reía con la risa más franca, al tiempo que una gratitud sincera, afectuosa, se reflejaba en sus radiantes ojillos. Por último, el anciano, solemnemente, se levantaba del asiento, sacaba la cajita con los dulces y, al dársela a Nelly, infaliblemente decía:

—Para mi futura y amada esposa.

En aquel instante probablemente era más feliz que la misma Nelly.

Después de esto se iniciaba una charla, y siempre él, con seriedad y persuasión, la exhortaba a velar por su salud y le daba persuasivos consejos médicos.

—Ante todo, cuidar la salud —decía, en tono dogmático—, que es lo primero y principal para conservarse entre los vivos, y en segundo lugar, para estar sano siempre y de este modo alcanzar la felicidad en la vida. Si usted, hijita mía, tuviese alguna pena, olvídela, o, mejor dicho, haga todo por no acordarse de ella. Pero si no tiene pena alguna, esfuércese, en cambio, por pensar en cosas agradables..., en algo alegre, gracioso.

—¿Y en qué cosa alegre y graciosa voy a pensar? —preguntaba Nelly.

El doctor inmediatamente se quedaba parado.

—Pues..., pues... en algún juego inocente, propio de su edad; o también..., bueno; en algo por el estilo...

—Yo no quiero jugar; a mí no me gusta el juego —saltaba Nelly. Yo quiero mejor un vestido nuevo.

—¡Un vestido nuevo! ¡Hum! Eso ya no está bien. Es menester contentarse modestamente con nuestra suerte en la vida. Aunque, después de todo... sí..., también pueden gustar los vestidos nuevos.

—¿Y usted me regalará muchos trajes cuando sea su esposa?

—¡Qué idea! —exclamó el doctor, y sin querer se enfurruñaba. Nelly se reía con malicia, y una vez, sin darse cuenta, al sonreír me lanzó una mirada. Pero, por lo demás, yo le compraré a usted trajes, si se hace acreedora a ellos con su conducta — prosiguió el doctor.

—¿Y tendré que tomar también todos los días la medicina cuando sea su esposa?

—Entonces quizá no tenga que tomarla ya todos los días —y el doctor empezó a sonreír.

Nelly interrumpió el diálogo con una risotada. El viejecito rió también, siguiendo, complacido, su alegría.

—¡Qué traviesa! —murmuró, dirigiéndose a mí. Pero en todo esto hay algo de tozudez y de excitación.

Estaba en lo cierto. Yo, resueltamente, no sabía qué hacer con ella. Parecía no querer hablar en absoluto conmigo, ni más ni menos que si yo fuera culpable de algo a sus ojos, cosa que me producía gran amargura. También me amohinaba yo, y una vez me pasé todo un día sin dirigirle la palabra, sólo que al otro ya me daba vergüenza. A veces, echaba a llorar, y yo no atinaba en absoluto con la forma de consolarla. Aunque una vez rompió su silencio conmigo.

Esa vez de que hablo volvía yo a casa, al caer de la tarde, y vi que Nelly ocultaba un libro debajo de la almohada. Era mi novela, que había cogido de encima de la mesa y en mi ausencia había estado leyendo. «¿Por qué la escondía de mí, como si se avergonzase?», pensé yo. Pero no di a entender que había notado nada. Al cuarto de hora de eso, pasé por un instante a la cocina, y ella aprovechó la ocasión para saltar de la cama e ir a colocar otra vez la novela en su sitio. Al volver yo, me la encontré ya encima de la mesa. Al cabo de un minuto, me llamó ella a su lado; en su voz vibraba algo de emoción. Cuatro días llevaba ya de no hablarme.

—Usted..., hoy..., ¿fue a ver a Natascha? —me preguntó, con voz entrecortada.

—Sí, Nelly, tenía mucha necesidad de verla.

Nelly guardó silencio.

—Usted... ¿la quiere mucho? —me preguntó otra vez, con débil voz.

—Sí, Nelly, mucho la quiero.

—Yo también la quiero —añadió bajito, después de lo cual volvió a guardar silencio. Yo querría irme con ella y quedarme allí a vivir —empezó de nuevo Nelly, mirándome tímidamente a los ojos.

—Eso no es posible, Nelly —le respondí, algo sorprendido. ¿Acaso no estás aquí a gusto?

—¿Por qué ha de ser imposible? —exclamó, exaltándose. Usted me había dicho que me fuera a vivir con sus padres, pero yo no quiero. ¿Tiene ella criada?

—Tiene.

—Entonces que despida a su criada y yo entraré a su servicio. Se lo haré todo y no le aceptaré nada; la querré mucho, y le haré guisos. Dígaselo usted hoy mismo.

—Pero ¿qué capricho es ése, Nelly? ¿Qué te crees tú de ella? ¿Te figuras acaso que sería capaz de tomarte en vez de su chica? Si te llevaba consigo sería como a su igual, como a su hermanita menor.

—Yo, yo no quiero que sea como a una igual. Así no quiero.

—Pero ¿por qué?

Nelly callaba. Apretaba los dientes. Estaba a punto de llorar.

—Ése a quien ella quería, ¿la ha dejado y se encuentra sola? —me preguntó, finalmente.

Yo me quedé estupefacto.

—Pero ¿cómo sabes tú eso, Nelly?

—Usted mismo me lo dijo todo; y anteayer, cuando el marido de Aleksandra Semiónovna vino, por la mañana, fui y se lo pregunté a él y me lo contó todo.

—Pero ¿es que Maslobóyev vino una mañana?

—Vino —respondió ella, bajando los ojos.

—¿Y por qué no me dijiste tú qué había venido?

—Pues, porque...

Yo reflexioné un instante. Dios sabe por qué aquel Maslobóyev habría andado con aquel secreto. ¿A qué habría venido? Era menester saberlo.

—Bueno. ¿A ti qué te importa, Nelly, que él la haya dejado?

—Es que como usted también la quiere mucho... —respondió Nelly, sin alzar hasta mí los ojos. Y como usted la quiere, se casará con ella, ya que el otro la ha dejado.

—No, Nelly, ella a mí no me ama tanto como yo la amo a ella, y yo... No; eso no puede ser, Nelly.

—Yo les serviría a los dos como criada, y ustedes vivirían juntos, y serían felices —propuso ella, casi con un murmullo, sin mirarme.

«¡Qué le pasará... qué le pasará...!», pensaba yo, y tenía el alma agitada.

Nelly guardó silencio, y en toda la noche ya no volvió a abrir la boca. Al irme yo, se echó a llorar, y llorando se pasó toda la tarde, según me dijo Aleksandra Semiónovna, y llorando se quedó dormida. También aquella noche en el sueño lloró y profirió palabras de delirio.

Pero desde aquel día se volvió aún más arisca y taciturna, y dejó del todo de hablarme. Verdad que noté dos o tres miradas suyas, dirigidas a mí a hurtadillas, y en aquellas miradas se traslucía tanta ternura... Pero aquello desapareció con el momento que provocara aquella súbita ternura. Y como resistiendo a aquel impulso, Nelly, casi de hora en hora, se volvía más huraña, incluso con el médico, asombrado de aquel cambio en su carácter.

Para entonces, estaba ya casi del todo restablecida, y el doctor le permitió, finalmente, pasear al aire libre, pero sólo por un rato. Hacía un tiempo claro, templado. Era la Semana de Pasión, que había venido aquella vez muy retrasada. Yo salí por la mañana temprano. Tenía absoluta necesidad de ver a Natascha, pero me

proponía volver pronto a casa, para coger a Nelly y sacarla a dar un paseo. Entretanto, se había quedado sola.

Pero no puedo describir el golpe que me aguardaba en casa. Me di prisa a llegar. Entré, y vi que la llave estaba puesta por fuera en la puerta. Miré: encima de la mesa había un papelito, y en él, garrapateado con lápiz, con letra grande y desigual:

«Me voy de su casa y nunca más volveré. Pero yo lo amo mucho. Suya. Nelly».

Proferí un grito de espanto y me lancé a la calle.

IV

No tuve tiempo siquiera de llegar a la calle; no tuve tiempo para pensar lo que habría de hacer, cuando a nuestra puerta se detuvo un coche y de él se bajó Aleksandra Semiónovna, conduciendo de la mano a Nelly. La llevaba muy cogida, como si temiera que por segunda vez se le escapase. En seguida me lancé a ella.

—¡Nelly, qué has hecho! —exclamé. ¿Adónde te fuiste? ¿Y por qué?

—Tranquilícese; no se aturulle. Váyase arriba cuanto antes, y allí lo sabrá todo —murmuró Aleksandra Semiónovna. ¡Qué cosas tengo que contarle, Iván Petróvich! ... —añadió aprisa en el camino. Es para asombrarse... Pero vamos allá, que ahora mismo lo sabrá todo.

Pero en su cara estaba escrito que tenía noticias de extraordinaria gravedad.

—Retírate, Nelly, retírate; acuéstate un poco —dijo, luego que estuvimos en su casa. Estás rendida; no ha sido cosa de broma la carrerita. Y, sobre todo, después de una enfermedad. Echate un poco, palomita, échate. Y usted, véngase conmigo allá dentro, no sea que le impidamos dormir —y me hizo seña de que pasase con ella a la cocina.

Pero Nelly no se acostó, sino que se sentó en el diván y se cubrió con ambas manos el rostro.

Nosotros tomamos té, y Aleksandra Semiónovna me refirió aprisa el episodio. Luego pude conocer más detalles del mismo. He aquí lo que había ocurrido.

Al irse de casa, dos horas antes de mi regreso, dejándome hecha la comida, Nelly había corrido, en primer término, a casa del viejo doctor. Su dirección ya había tenido cuidado de obtenerla con anterioridad. El médico me contó que se quedó helado al ver en su casa a Nelly y todo el tiempo que allí permaneció no dio crédito a sus ojos.

—Ahora mismo no acabo de creerlo —añadió, como remate de su relato. Ni nunca lo creeré.

Y, sin embargo, Nelly había estado, efectivamente, en su casa. Estaba el doctor tranquilamente sentado en su despacho, en su butaca, en bata y saboreando el café, cuando entró ella y se le echó en los brazos antes de que él pudiera advertirlo. Lloraba, lo abrazaba, lo colmaba de besos; lo besaba en las manos, y con habla persuasiva, aunque incoherente, le rogaba la dejase vivir a su lado. Decía que no quería ni podía seguir viviendo conmigo, y que por eso me había dejado; que lo sentía mucho; que ya en adelante no volvería a reírse de él ni a hablar de sus trajes nuevos, y que se portaría bien y estudiaría, aprendería a repararle y plancharle las camisas (probablemente todo este discursito lo había preparado en el camino, y quizá con más antelación), y que, por último, le obedecería en todo, y aunque fuese diariamente, tomaría la medicina que le mandase. Pero que si ella había dicho que quería ser su esposa había sido por broma, y que nunca había pensado en ello. El viejo alemán quedó tan desconcertado, que estuvo todo el tiempo con la boca abierta, en alto la mano en que tenía el cigarrillo, y olvidado de éste hasta el punto de dejarlo

consumirse.

—*Madmuasel* —exclamó, por último, recobrando algún tanto el uso de la palabra. *Madmuasel*, según he entendido, me pide usted que yo la acoja en mi casa. Pero esto es... imposible. Usted misma está viendo que yo vivo con mucha estrechez, y no cuento con ningún ingreso fijo... Y en resumidas cuentas: así, de sopetón, sin haberlo pensado antes... ¡Es horrible! Y, después de todo, usted, según veo, se ha fugado de su casa. Eso está muy mal, y es imposible... Y, finalmente, yo sólo le he permitido a usted que pasee un poco los días que haga buen tiempo, a vista de su protector, y usted lo deja y se viene a mi casa, cuando debería usted cuidarse y..., y... tomar las medicinas. Y, finalmente..., finalmente, yo no comprendo jota...

Nelly no le dejó seguir hablando. Se echó otra vez a llorar, y volvió de nuevo a suplicarle, pero no consiguió nada. El viejecillo cada vez estaba más turulado, y cada vez comprendía menos. Por último, Nelly lo dejó, gritó: «¡Ay, Dios mío!», y salió corriendo del cuarto.

—Yo estuve enfermo todo aquel día —añadió el doctor al terminar su relato—, y por la noche tomé una infusión...

Nelly se dirigió a casa de Maslobóyev. Conocía también sus señas, y lo encontró, aunque no sin dificultad. Maslobóyev estaba en casa. Aleksandra Semiónovna batió palmas al oír la súplica de Nelly de que la tomase consigo. Pero a sus preguntas: «¿Por qué lo deseaba?, ¿era que no estaba contenta a mi lado?...», Nelly no respondió, y se dejó caer, sollozando, en una silla.

—Sollozaba de un modo, sollozaba tanto —me contaba Aleksandra Semiónovna—, que yo pensé que iba a morirse de aquello.

Nelly le rogaba que la tomase, aunque fuese de doncella, de cocinera; que barrería los suelos y aprendería a lavar la ropa. (En eso de lavar la ropa blanca cifraba ella particulares ilusiones, considerando que era la mejor recomendación para que la tomasen). La intención de Aleksandra Semiónovna era retenerla consigo hasta que se aclarara el asunto, dándome parte a mí. Pero Filipp Filippich se opuso resueltamente a ello, e inmediatamente mandó que me devolviesen a la fugitiva. En el camino, Aleksandra Semiónovna la abrazó y la besó, con lo que Nelly rompió una vez más a llorar. De verla a ella, lloraba también Aleksandra Semiónovna. Así que ambas fueron llorando todo el trayecto.

—Pero ¿por qué, por qué, Nelly, no quieres tú vivir con él? ¿Acaso te ofendió en algo? —le preguntaba, enjugándose las lágrimas Aleksandra Semiónovna.

—No. No me ha ofendido.

—Y entonces, ¿por qué?

—Por nada, pero no quiero vivir con él... No puedo... Yo soy muy mala para él..., y él es muy bueno... Pero en su casa de usted no me portaré mal; trabajaré —decía, sollozando, como en un ataque de histeria.

—Pero ¿por qué eres tan mala con él, Nelly?

—Porque lo soy.

—Y sólo pude arrancarle ese «porque lo soy» —terminó Aleksandra Semiónovna, enjugándose las lágrimas. ¿Por qué tanta pena? ¿Qué piensa usted, Iván Petróvich?

Pasamos a ver a Nelly. Estaba acostada, oculta bajo las almohadas la cabeza, y lloraba. Yo me puse ante ella de rodillas, le cogí las manos y empecé a besárselas. Ella retiró sus manecitas y arreció en sus sollozos. Yo no sabía qué decirle. En aquel instante entró el viejo Ijméniev.

—Vengo a hablar contigo del asunto, Iván. Salud —dijo mirándonos a todos, y maravillado al verme de rodillas.

El viejo había estado enfermo todo aquel tiempo. Estaba pálido y flaco; pero, como si fanfarronease con alguien, despreció su enfermedad, no escuchó los consejos de Anna Andréyevna, no guardó cama, y siguió saliendo a sus asuntos.

—Perdone un momento —dijo Aleksandra Semiónovna, después de mirar de hito en hito al viejo. A mí, Filipp Filippich me mandó que volviera en seguida. Tenemos que hacer. Pero esta tarde, al oscurecer, pasaré por su casa y me quedaré un par de horas.

—¿Quién es ésa? —me preguntó, en voz baja el viejo, sin duda pensando en otra cosa.

Yo se lo expliqué.

—¡Hum!... Pero vamos al asunto, Iván.

Yo sabía de qué asunto se trataba, y aguardaba su visita. Venía a hablar conmigo y con Nelly, y a pedirme que se la dejara. Anna Andréyevna había consentido por fin en llevar a su casa a una huérfana. Sucedió así por efecto de nuestras secretas entrevistas. Yo había visto a Anna Andréyevna, y le había dicho que la vista de una huérfana cuya madre se había atraído también la maldición paterna, acaso haría que el corazón de nuestro viejo tomase otro rumbo. Yo le expliqué tan claramente mi plan, que ella misma fue la que luego importunó al marido para que prohiyese una huérfana. El viejo tomó con diligencia el asunto. Quería, en primer lugar, complacer a su esposa, y, además, él también tenía sus particulares ideas... Pero de esto hablaré luego más detalladamente...

Ya dije que a Nelly no le había sido simpático el viejo desde su primera visita. Luego observé que asomaba también a sus ojos cierta aversión cuando pronunciaba ante ella el nombre de Ijméniev. El viejo fue derecho al asunto, sin andarse con preámbulos. Se dirigió a Nelly, que aún seguía en la cama; descubrió su rostro de debajo del embozo, y, cogiéndole una mano, le preguntó si quería irse a vivir con él en el lugar de una hija.

—Yo tenía una hija, a la que quería más que a mí mismo —concluyó el viejo—, pero ahora, ya no está conmigo. Se murió. ¿Quieres tú ocupar su puesto en mi casa y... en mi corazón?

—No, no quiero —respondió Nelly, sin alzar la cabeza.

—¿Y por qué no, hija mía? Tú no tienes a nadie. Iván no puede tenerte

decorosamente en su casa, y, en cambio, en la nuestra estarás como en la de tus padres.

—No quiero, porque usted es malo. Sí, malo —añadió, levantando la cabeza e incorporándose en la cama frente al viejo. Yo soy mala, más mala que nadie, pero usted es peor que yo...

Al decir esto, Nelly se puso pálida. Sus ojos echaban fuego; también sus labios temblorosos palidecieron y se crisparon como por la fuerza de no sé qué emoción. El viejo la contemplaba atónito.

—Sí; más malo que yo, porque usted no quiere perdonar a su hija; usted quiere olvidarla por completo y poner en su lugar a otra. Pero ¿es posible olvidar a una hija? ¿Podrá usted quererme a mí? Siempre que usted me mire tendrá que recordar que soy en su casa una extraña, que usted tenía una hija, a la que olvidó, porque es usted un hombre cruel. Pero yo no quiero vivir con gente mala. ¡No quiero, no quiero...!

Nelly sollozó y me miró tímidamente.

—Pasado mañana es la Resurrección de Cristo; todo el mundo se besa y abraza, todos se reconcilian, todos se perdonan las culpas... Para que vea usted que lo sé... Usted será el único que... ¡Desalmado!

Se echó a llorar. Aquella arenga la tenía ya preparada, al parecer, de antes, dispuesta a endilgársela al viejo en caso que fuese a ofrecerle llevarla a su casa. El viejo se quedó trastornado, y mudó de color. Un sufrimiento enfermizo se dibujó en su rostro.

—Pero ¿por qué, por qué todos han de preocuparse de mí? ¡No quiero, no quiero! —exclamó de pronto Nelly, con cierta exaltación. ¡A pedir limosna me iré!

—Nelly, ¿qué te pasa? Nelly, amiga mía —exclamé yo involuntariamente; pero mi exclamación no hizo más que empeorar las cosas.

—Sí, prefiero echarme a la calle a pedir limosna, que continuar aquí —exclamó, sollozando. Mi madre pedía limosna, y, al morir, me dijo: «Eres pobre, y más vale que pidas limosna que... Pedir limosna no es una vergüenza». Yo no se la pediré a una sola persona, se la pediré a todo el mundo, y todo el mundo no es uno solo; a uno solo da vergüenza pedírsela, pero a todo el mundo no es bochornoso; así me lo dijo una mendiga. Mire usted: yo soy pequeña y en ninguna parte me quieren. Pues pediré limosna a todo el mundo; no quiero, no quiero; yo soy mala, más mala que nadie. ¡Oh, lo mala que soy!

Y Nelly, de pronto, de un modo completamente inesperado, cogió de encima de la mesa una taza y, mirándome con provocadora solemnidad, la estrelló contra el suelo.

—Teníamos dos tazas —dijo. La otra la rompí ya. ¿Dónde va usted ahora a tomar el té?

Estaba furiosa, y parecía sentir placer en aquella furia, como si ella misma reconociera que aquello era vergonzoso y malo, y, al mismo tiempo, se enardecía para nuevos arranques.

—¡Está enferma, Vania; eso es!... —dijo el viejo. A no ser que..., a no ser que yo ya no entienda de criaturas. ¡Adiós!

Cogió su piel y me estrechó la mano. Parecía rendido. Nelly lo había ofendido de un modo terrible. Todo se sublevaba en mí.

—No has tenido compasión de él, Nelly —exclamé, cuando nos quedamos solos. ¿No te da vergüenza?, ¿no te da vergüenza! ¡No!, tú no eres buena; ¡eres verdaderamente mala!

Y tal y como estaba, sin sombrero, eché a correr tras el anciano. Deseaba alcanzarlo antes que llegase a la puerta, y decirle aunque sólo fueran dos palabras de consuelo. Al bajar corriendo la escalera, me parecía ver ante mí el rostro de Nelly, espantosamente pálido ante mis reproches. Pronto alcancé a mi viejo.

—A esa pobre chica la han ofendido, y está amargada, créeme, Iván; y yo empecé a hablarle de mis cosas —dijo, sonriendo amargamente—, y le enconé su llaga. Dicen que el satisfecho no entiende al hambriento; pero yo, Vania, añadiría que tampoco el hambriento entiende siempre al hambriento.

Yo intenté hablarle de cosas secundarias, pero el viejo movió la mano.

—Basta de consolarme. Mejor harás en mirar que la tuya no se te escape. Mira de un modo... —añadió con cierta malignidad.

Y se alejó de mí a grandes zancadas, agitando el bastón y golpeando con él en la acera.

No podía figurarse que iba a resultar profeta.

¿Qué pasaría por mí cuando, al volver a casa, y con el consiguiente espanto, no encontré ya en ella a Nelly! Salí al rellano, busqué por la escalera, hasta llamé en el cuarto vecino y pregunté por ella; no quería ni podía creer que hubiera vuelto a escaparse. ¿Y cómo podía haber escapado? La casa no tenía más que una puerta. Al salir habría tenido que pasar por delante de nosotros, en tanto yo estaba hablando con el viejo. Pero pronto, con gran tristeza, pensé que habría podido esconderse en algún sitio, en la escalera, y aguardar a que yo volviese a casa para fugarse, de suerte que no pudiese encontrármela. De todos modos, no podía estar muy lejos.

Con gran inquietud me lancé a buscarla de nuevo, dejando por si acaso, la puerta del piso abierta.

Ante todo, me encaminé a casa de Maslobóyev. No estaba éste en casa, ni tampoco Aleksandra Semiónovna. Después de dejarles una esquila comunicándoles la nueva desgracia y rogándoles que si iba por allí Nelly, inmediatamente me lo participaran, me trasladé a casa del médico. Tampoco estaba en casa, y su criada me dijo que, después de la reciente visita, no había vuelto a hacer otra. ¿Qué hacer? Me dirigí a la de la Búbnova, y supe por un empleado amigo que la dueña, desde el día antes, se encontraba, no sé por qué asunto, detenida, y que hasta entonces no había visto a Nelly. Rendido, desalentado, volví de nuevo a casa de Maslobóyev. La misma respuesta. Nadie había ido por allí, ni siquiera los señores habían regresado. Mi esquila seguía encima de la mesa. ¿Qué me quedaba por hacer?

Con tedio mortal me volví a casa, ya avanzada la noche. Necesitaba aquella noche ir a ver a Natascha; ella misma me había mandado a llamar por la mañana. Pero yo no había comido nada en todo el día. El pensamiento de Nelly me torturaba el alma entera.

«¿Qué será? —pensaba yo. ¿Será esto una extraña consecuencia de la enfermedad? ¿No estaría ya loca, o se habrá vuelto ahora? Pero ¡Dios mío!..., ¿dónde estará ahora?, ¿dónde podría encontrarla?».

Apenas había proferido esta exclamación, cuando de pronto divisé a Nelly a algunos pasos de mí en el puente de v. Estaba en pie, junto a un farol, y no me vio. Yo quise correr hacia ella, pero me detuve.

«¿Qué estará haciendo ahí?», pensé, perplejo.

Y seguro ya de no perderla por aquella vez, decidí esperar y observarla. Pasaron diez minutos, y ella seguía allí plantada, mirando a los transeúntes. Finalmente, pasó un viejecito bien vestido, y Nelly se le acercó. Él, sin detenerse, sacó algo del bolsillo y se lo dio. Ella le hizo una reverencia. No puedo expresar lo que sentí en aquel momento. Dolorosamente me palpitó el corazón, como si algo preciado, que yo amaba, acariciaba y mimaba, lo viese envilecido y consumido ante mí en aquel momento. Y entonces, brotaron de mis ojos lágrimas.

Sí; lágrimas por la pobre Nelly, aunque, al mismo tiempo, sentía un enojo inapreciable; no pedía ella por necesidad, no estaba abandonada, ni se encontraba expuesta por nadie a merced de la suerte; no se había fugado del poder de crueles opresores, sino de casa de amigos que la querían y la mimaban. No parecía sino que se había propuesto asombrar o asustar a alguien con sus proezas, como si se las diese de valiente.

¿Ante quién? Pero algo misterioso se agitaba en su alma... Sí; el anciano tenía razón. Estaba ofendida, su llaga no podía sanar, y parecía como si ella misma se complaciese en encontrarla con aquel recelo, con aquella desconfianza a todo el mundo; se diría que gozaba con su mal, con aquel dolor egoísta, si me permiten la expresión. Este encontrar la llaga y recrearse en ella era para mí comprensible; es el placer de muchos ofendidos y agraviados; maltratados por la suerte y convencidos, de su injusticia. Pero ¿de qué injusticia podía quejarse Nelly? Parecía como si quisiera asombrarnos y asustarnos con sus hazañas, con sus caprichos, con sus salvajes ocurrencias; como si fanfarronease con nosotros... Pero, no. Ahora ella estaba sola; ninguno de nosotros la ve pedir limosna. ¿Será que ella sola encuentra placer en esto? ¿Para qué necesita limosnas? ¿Para qué quiere el dinero?

Después de recibir una limosna, se retiró del puente y se acercó al escaparate iluminado de una tienda. Allí se puso a contar sus ingresos; yo estaba a diez pasos de ella. Tenía bastante dinero en la mano; era evidente que había estado pidiendo desde por la mañana. Apretándolo en el puño, cruzó la calle y se dirigió a una tienda al por menor. Yo, inmediatamente, me encaminé a la puerta de la tienda, que estaba abierta de par en par, y miré. ¿Qué estaría haciendo allí?

Vi que ponía dinero en el mostrador y que le entregaban una taza, una sencilla taza para el té, idéntica a la que poco antes había roto para darnos a entender a mí y a Ijméniev lo mala que era. La taza aquélla podría valer quince copecs, y acaso menos. El comerciante la envolvió en un papel, la ató y se la entregó a Nelly, quien, con semblante de satisfacción, se apresuró a salir de la tienda.

—¡Nelly! —le grité cuando emparejé conmigo. ¡Nelly!

Ella dio un respingo, me miró, dejó caer la taza de la mano y aquélla dio contra el suelo y se rompió. Nelly estaba pálida, pero al mirarme y convencerse de que lo había visto y lo sabía todo, de pronto se ruborizó; aquel rubor delataba una vergüenza intolerable, dolorosa. Yo la cogí de la mano y la conduje a la casa. Había hasta allí bastante trecho. Ni una sola palabra cambiamos en el camino. Ya en casa, me senté. Nelly estaba en pie ante mí, cavilosa y conmovida, pálida como antes, fijos en el suelo los ojos. No podía mirarme a la cara.

—Nelly, ¿tú has pedido limosna?

—¡Sí! —murmuró ella, y se ensimismó aún más.

—¿Tú querías reunir dinero para comprar otra taza como la que antes rompiste?

—Sí...

—Pero ¿es que yo te hice algún reproche o te reñí por la taza? ¿Es que no ves, Nelly, cuánta maldad, cuánta satisfecha maldad hay en tu conducta? ¿Está eso bien? ¿No te da vergüenza? No...

—Vergüenza... —murmuró ella con voz apenas perceptible, y una lagrimilla rodó por su mejilla.

—Vergüenza —repetí yo a mi vez. Nelly, hija mía, si en algo te falté, perdóname y hagamos las paces.

Ella me miró, las lágrimas brotaron de sus ojos y se arrojó contra mi pecho.

En aquel instante llegaba desalada Aleksandra Semiónovna.

—¡Cómo! ¿Está ya en casa? ¿Otra vez? ¡Ay! Nelly, Nelly, pero ¿qué es lo que te sucede? Bueno; siquiera ha hecho algo bueno con volver a casa... ¿Dónde la encontró usted, Iván Petróvich?

Yo le hice una seña a Aleksandra Semiónovna para que no siguiera preguntando, y ella me comprendió. Con ternura perdoné a Nelly, que continuaba llorando amargamente. Le rogué a la buenaza de Aleksandra Semiónovna se quedase haciéndole compañía hasta mi regreso, y me dirigí a toda prisa a casa de Natascha. Me había retrasado, y ahora corría.

Aquella noche se decidió nuestra suerte; yo tenía muchas cosas de qué hablar con Natascha, y, sin embargo, hice recaer la conversación sobre Nelly y conté todo cuanto había pasado con todos sus pormenores. Mi relato interesó mucho a Natascha, y hasta le hizo impresión.

—¿Sabes una cosa, Vania?... —dijo, pensativa. A mí me parece que está enamorada de ti.

—¡Cómo!... ¡Qué dices! —exclamé yo, sorprendido.

—¡Nada! Que eso es un comienzo de amor, de pasión de mujer...

—¡No sigas, Natascha, basta! ¿No ves que es una chiquilla?

—Que pronto cumplirá los catorce años. Todo eso es pura exasperación al ver que tú no comprendes su amor, sí, que quizá ni ella misma comprenda; exasperación en la que hay mucho de pueril, pero seria, dolorosa. Lo principal... es que ella tiene celos de mí. Tú me quieres tanto, que verdaderamente en tu casa sólo en mí piensas, y sólo de mí te preocupas y hablas, sin dedicarle a ella, en cambio, la menor atención. Ella lo ha notado, y eso la exaspera. Es posible que quiera hablar contigo; que sienta la necesidad de abrirte el corazón; pero no sabe cómo, le da vergüenza, no se comprende a sí misma, aguarda una ocasión, y tú, en vez de provocar esa ocasión, te alejas de ella, la dejas para venir a verme a mí, y hasta cuando estuvo enferma la dejaste días enteros sola. Por eso llora ella; te echa de menos, y lo que más le duele es ver que tú no lo notas. Porque ya lo ves: tú ahora mismo, en este instante, acabas de dejarla sola por venir a verme. Mañana esto le costará estar enferma; pero tú también, ¿cómo puedes tú dejarla? Vuelve a su lado cuanto antes...

—Yo no la dejaría sola, pero...

—Yo misma te rogué que vinieras. Pero ahora vete.

—Iré, pero desde luego que no creo nada de eso.

—Porque esto no se parece a lo demás. Recuerda su historia; imagínatelo todo, y te convencerás. Ella no se ha criado, como yo, contigo...

Volví, no obstante, tarde. Aleksandra Semiónovna me refirió que Nelly, lo mismo que aquella otra noche, había estado llorando mucho, y que también se quedó dormida llorando, como entonces.

—Pero ahora ya me voy, Iván Petróvich, que así me lo mandó Filipp Filippich. Me estará el pobre aguardando.

Yo le di las gracias y me senté a la cabecera de la cama de Nelly. A mí mismo me pesaba haberla dejado en momentos así. Largo tiempo, hasta la alta noche, permanecí sentado junto a ella, pensando... Fatal fue el tiempo aquel.

Pero es menester contar lo que en aquellas dos semanas pasó.

V

Después de aquella noche, para mí memorable que me condujo, en compañía del príncipe, al restaurante de B., durante algunos días consecutivos sentí verdadero espanto por Natascha. «¿Con qué la amenazará este maldito príncipe, y, sobre todo, con qué querrá vengarse de ella?», me preguntaba yo a cada paso, y me perdía en diversas conjeturas. Llegué, finalmente, a la conclusión de que sus amenazas no eran ningún absurdo ni tenían nada de fantásticas, y que, mientras ella viviese con Alioscha, el príncipe, efectivamente, podía proporcionarle muchos sinsabores. «Es puntilloso, vengativo y calculador», me decía a mí mismo. Difícilmente podrá olvidar una ofensa y no aprovechar la primera ocasión que se le presente para vengarse. Sea como fuere, él me indicó un punto concreto en todo este asunto y se expresó, respecto a ese punto, con toda claridad: necesitaba irremisiblemente la ruptura de Alioscha con Natascha, y esperaba de mí que yo la fuese preparando a ella para una separación inminente, con objeto de que no se produjera ninguna escena de pastoral a lo Schiller. Naturalmente, se afanaba por todos los medios en conseguir que Alioscha quedase satisfecho de él y continuase teniéndolo por un padre amante, lo que le era muy necesario para el más cómodo manejo posterior de los dineros de Katia. Así que yo estaba en situación de preparar a Natascha para una ruptura inminente. Pero en Natascha había observado yo un cambio notable; de su antigua franqueza conmigo no quedaba ya ni rastro; es más: parecía desconfiar de mí. Mis consuelos sólo servían para mortificarla; mis preguntas la contrariaban cada vez más, y hasta llegaban a enojarla. Me sentaba ante ella y la contemplaba. Ella iba y venía, cruzada de brazos, por la habitación, de un extremo a otro, adusta, pálida, como abstraída, olvidada de todo, incluso de que yo estaba allí, junto a ella. Cuando, por casualidad, posaba en mí la vista (y evitaba también mis miradas), una impaciente contrariedad asomaba a su semblante, y se daba prisa a volver a otro lado los ojos. Yo comprendía que ella también estaba elaborando algún plan respecto a la inminente ruptura, y podía pensar en eso sin experimentar dolor, amargura. Pero yo tenía la seguridad de que ella estaba ya decidida a la ruptura, a pesar de lo cual me mortificaba y asustaba su sombría desesperación. A hablarle, a consolarla, a veces ni siquiera me atrevía, y, así, aguardaba con espanto a ver en qué pararía todo aquello.

Por lo que se refiere a su huraño y evasivo gesto conmigo, aunque me inquietaba y dolía, yo estaba, sin embargo, seguro del corazón de mi Natascha; veía que ella sufría mucho y que estaba muy agitada. Toda injerencia secundaria provocaba en ella enojo, rencor. En un caso así, la injerencia, sobre todo de amigos íntimos, enterados de nuestros secretos, es la que más enojosa nos resulta. Pero yo sabía también de sobra que en el último instante Natascha volvería a mí de nuevo, a buscar refugio en mi corazón.

De mi entrevista con el príncipe, naturalmente, no le dije palabra. Mi relato sólo habría servido para aumentar su agitación y sobresalto. Le dije únicamente, como de

pasada, que había estado con el príncipe en casa de la condesa y tenido ocasión de convencerme de lo ruin que era. Pero ella no me preguntó por qué, de lo que me alegré no poco; en cambio estaba ansiosa por oír cuanto yo le conté de mi entrevista con Katia. Después de oírme, tampoco ella dijo nada, pero se le arreboló el pálido rostro, y casi todo aquel día dio muestras de viva agitación. Yo no le oculté nada de Katia y le dije rotundamente que también Katia me había producido una impresión excelente. ¿A qué andar con disimulos? De todos modos, Natascha habría adivinado lo que yo le ocultara y encima se habría enojado conmigo por esa reserva. Y así yo, con toda intención, se lo conté todo lo más detalladamente posible, anticipándome a todas sus preguntas, tanto más cuanto que a ella misma, en su situación, le habría sido difícil interrogarme. ¿Es, efectivamente, algo fácil inquirir con aire indiferente acerca de las perfecciones de una rival?

Pensaba yo que ella ignoraba aún que Alioscha, por orden irrevocable del príncipe, tenía que acompañar a la condesa y a Katia al campo, y me esforcé por ocultárselo, a fin de suavizarle en lo posible el golpe. Pero ¡cuál no sería mi asombro cuando Natascha, a las primeras palabras, me detuvo, diciéndome que no la consolara, que ya hacía cinco días que estaba enterada de todo!

—¡Dios mío! —exclamé yo. Pero ¿quién te lo ha dicho?

—Alioscha.

—¡Cómo! ¿Él te lo dijo?

—Sí; y yo estoy resuelta a todo, Vania —añadió, con un gesto que con toda claridad y como con impaciencia me dio a entender que no debía continuar el diálogo.

Alioscha iba con mucha frecuencia a ver a Natascha, pero sólo un minuto; únicamente en una ocasión se detuvo con ella varias horas seguidas. Pero eso fue no estando yo allí. Solía presentarse muy triste; la miraba tímida y tiernamente, pero Natascha lo recibía con tanto cariño y ternura que inmediatamente lo olvidaba él todo y se ponía muy contento.

A mí también venía a visitarme con mucha frecuencia, casi todos los días. A decir verdad, él también sufría bastante, pero no podía estarse a solas ni un momento con su tristeza y acudía a mí en busca de consuelo.

¿Qué podía yo decirle? Él me reprochaba mi frialdad, mi indiferencia, y hasta se enojaba conmigo; se lamentaba, lloraba, se iba a ver a Katia y allí se distraía.

Aquel mismo día que Natascha me manifestó estar enterada de lo del viaje (fue la semana después de mi conversación con el príncipe), vino él a verme desesperado, me abrazó, se me echó en los brazos y rompió a sollozar como un niño. Yo callaba, esperando lo que fuera a decirme.

—Soy un vil y un bellaco, Vania —empezó—; sálvame de mí mismo. No lloro porque sea un vil y un bellaco, sino porque por mi culpa va a ser Natascha desgraciada. Porque yo la abandono en la desgracia... Vania, amigo mío, dime, resuelve por mí a cuál de las dos amo más: ¿a Katia o a Natascha?

—Eso no lo puedo decir yo, Alioscha —le respondí—; mejor lo sabrás tú que yo...

—No, Vania, no es eso; yo no soy tan necio como para hacerte una pregunta así, pero es que, en el fondo, yo mismo no lo sé. Me interrogo y no acierto a contestar. En cambio, tú miras la cosa como espectador, y puede que sepas más que yo... Y aunque no lo sepas, dime: a ti ¿qué te parece?

—A mí me parece que tú a quien más amas es a Katia.

—¿A ti te parece eso? ¡No, no, en absoluto no! Tú te equivocas de medio a medio. Yo amo infinitamente a Natascha. Por nada en el mundo podré dejarla nunca: así mismo se lo he dicho a Katia, y Katia está completamente de acuerdo conmigo. ¿Por qué estás tan callado? Mira: acabo de notar que te sonríes. ¡Ah, Vania, tú nunca me has sabido consolar cuando he estado tan triste como ahora!... ¡Adiós!

Salió corriendo del cuarto, dejando una extraordinaria impresión en la asombrada Nelly, que había asistido en silencio al diálogo. Estaba aún enferma, en la cama, y tomando medicinas. Alioscha no habló nunca con ella, y en el curso de sus visitas apenas si fijó en ella su atención. Al cabo de dos horas volvió a aparecer, y yo me admiré de su gozoso semblante. De nuevo se me echó en los brazos.

—¡Asunto concluido! —exclamó. Se desvanecieron todas las dudas. De aquí me encaminé derechamente a casa de Natascha; yo estaba agitado y no podía pasar sin ella. Al entrar, me postré a sus pies de rodillas, y se los besé; tenía que hacerlo así, lo deseaba. De lo contrario, me habría matado la tristeza. Ella me abrazó en silencio y llorando. Y yo fui y de buenas a primeras le dije que amo a Katia más que a ella...

—Y ella ¿qué dijo?

—No me contestó nada, limitándose a acariciarme y consolarme... ¡A mí, que acababa de decirle aquello! ¡Cómo sabe consolarlo a uno, Iván Petróvich! ¡Oh, yo desahugué con ella toda mi amargura, todo se lo conté! ¡Empecé por decirle que amo mucho a Katia, pero que por mucho que la ame a ella o a otra, sin ella, sin Natascha, no puedo vivir y me moriré! ¡Sí, Vania, ni un día podría vivir sin ella, lo comprendo, sí! Así que decidimos casarnos inmediatamente, y como antes del viaje no es posible hacerlo, porque ahora, en Cuaresma, están cerradas las velaciones, lo dejaremos para mi regreso, que será a principio de junio. Mi padre dará su consentimiento; de eso no hay duda. Por lo que respecta a Katia, puede decirse lo mismo. ¡Yo no puedo vivir sin Natascha! ¡Nos casaremos y luego nos iremos adonde está Katia!...

¡Pobre Natascha! Cómo la consolaba escuchar a aquel muchacho, sentado junto a ella; oír sus confidencias, e inventarle a aquel egoísta, para su tranquilidad, el cuento de su próxima boda. Alioscha, efectivamente, se tranquilizaba por unos días. Iba a ver a Natascha, precisamente porque su débil corazón no tenía bríos para soportar él solo la tristeza. Pero no obstante, cuando empezó a aproximarse la época de la separación, volvió a caer en el desasosiego, a llorar, y de nuevo acudió a mí para desahogar conmigo su amargura. En los últimos tiempos estaba tan unido a Natascha, que no podía separarse de ella ni un día, no ya mes y medio. Pero estaba, sin embargo,

perfectamente convencido hasta el último instante de que sólo la dejaba por mes y medio y que a su regreso se casarían. Por lo que se refiere a Natascha, ella, a su vez, comprendía de sobra que su destino iba a cambiar radicalmente, que Alioscha ya nunca volvería a ella y que así tenía que ser.

Llegó, por fin, el día de la separación. Natascha estaba enferma, pálida, con los ojos inflamados y los labios afiebrados; hablaba sola, de cuando en cuando, y de cuando en cuando me miraba de un modo fijo, penetrante. No lloraba, no respondía a mis preguntas y temblaba como la hoja en el árbol, cuando se oyó la sonora voz de Alioscha que entraba. Se inflamó como un celaje y se dio prisa a salir a su encuentro; convulsivamente se abrazó a él; lo besaba, se reía... Alioscha la miraba, a veces, con inquietud; le preguntaba si estaba bien, la consolaba, diciéndole que se iba por poco tiempo, y que luego se casarían, Natascha hacía esfuerzos visibles, se dominaba y contenía sus lágrimas. No llegó a llorar en su presencia.

Una vez dijo él que era menester dejarle dinero para todo el tiempo de su ausencia, y que no pasara cuidado, porque su padre había de darle mucho para el camino. Natascha se enfurruñó. Cuando nos quedamos solos, yo le expliqué que tenía para ella ciento cincuenta rublos disponibles en todo momento. Ella no me preguntó de dónde procedía aquella cantidad. Fue esto dos días antes de la partida de Alioscha y la víspera de la primera y última entrevista de Natascha con Katia. Katia le envió a Alioscha una esquila, en la que le rogaba a Natascha le permitiera visitarla al día siguiente; en ella ponía también unas líneas para mí; me pedía que estuviese también presente en su entrevista.

Yo resolví estar irremisiblemente a las doce, la hora señalada por Katia, en casa de Natascha, sin contar con los quehaceres; pero los quehaceres y retrasos fueron muchos. Sin hablar de Nelly, en los últimos tiempos me dieron mucho trajín los Ijménieves.

Estos quehaceres habían comenzado una semana antes. Anna Andréyevna me mandó llamar una mañana con el ruego de que lo dejase todo y fuera inmediatamente a su casa para tratar de un asunto importantísimo, que no admitía el menor aplazamiento. Al presentarme en su casa, la encontré a ella sola; iba y venía de un lado a otro, febril de emoción y susto, aguardando temblorosa la vuelta de Nikolai Serguieyich. Como de costumbre, durante largo rato no pude sacarle de qué asunto se trataba y qué era lo que temía, y eso que, evidentemente, cada minuto resultaba precioso. Finalmente, después de amargos reproches, superfluos con relación al asunto —¿por qué yo no los quería y los abandonaba como a huérfanos, solos en su dolor?—, cuando ya —Dios sabe lo que sin mí habría pasado— me explicó que Nikolai Serguieyich, en los últimos tres días, se mostraba tan agitado, que era imposible decirlo.

—Sencillamente parecía otro —decía ella—, con fiebre por las noches, en voz baja para que yo no lo oyera, rezaba de hinojos ante el icono, desvariaba en sueños, y de día parecía medio lelo. Le puse ayer la sopa de coles y no acertaba a encontrar la

cucharilla que tenía al lado; le preguntabas una cosa y te contestaba con otra. A cada momento salía de casa: «Tengo que ir a un asunto —decía—, tengo que ver al abogado». Finalmente, esta mañana se encerró en su despacho: «Tengo —me dijo— que extender un escrito para el asunto del pleito». «Bueno —pienso yo para mí—, ¿qué documento irás a escribir tú, cuando la cucharilla que tienes al lado no la encuentras?». Pero por un resquicio de la cerradura me puse a atisbar; está sentado, escribe, y de cuando en cuando parece que llora. ¿Qué documento de negocios —me digo va a escribir de ese modo? A no ser que ahora toda esa pena sea por nuestra Ijménievka; seguramente, sí; ¡ya se perdió nuestra Ijménievka! Pensando estoy así, cuando de pronto va él y se levanta de la silla, tira la pluma sobre la mesa, se pone colorado, le empiezan a echar chispas los ojos, coge su gorro y sale y me dice: «Anna Andréyevna, en seguida vuelvo». Lo mismo fue irse él que llegarme yo a su mesa a ver el escrito; se han acumulado allí muchos papeles relacionados con nuestro pleito, y él no me permite que se los ordene. Cuántas veces le he rogado: «Déjame siquiera una vez que quite esos papeles para limpiarle el polvo a la mesa». «En absoluto —grita—; te prohíbo que toques ahí». Se ha vuelto más impaciente y chillón aquí en Petersburgo. Bueno, pues yo me acerco a la mesa y busco: «¿Cuál será el papel que él estaba escribiendo ahora mismo? Porque, desde luego, sé que él no se lo ha llevado consigo, sino que cuando se levantó de la mesa lo metió debajo de otros papeles». Pues bien, padrecito Iván Petróvich: he aquí lo que me encontré, Mire.

Y me alargó una hoja de papel de cartas, escrita hasta la mitad, pero con tantas tachaduras, que en muchos lugares era imposible descifrarla.

¡Pobre viejo! Desde las primeras líneas podía adivinarse qué y a quién escribía. Era una carta para Natascha, para su idolatrada Natascha. Empezaba fogoso y tierno; se dirigía a ella ofreciéndole su perdón y llamándola a su lado. Difícil era entender toda la carta, garrapateada en unos términos enrevesados e incoherentes, con innumerables tachaduras. Lo único que saltaba a la vista era que el sentimiento ardoroso que lo había impulsado a coger la pluma y escribir las primeras inspiradas líneas, inmediatamente después de escritas había degenerado en otro; el viejo pasaba a dirigirse reproches a la hija, con claros colores le pintaba su crimen, con dureza le recordaba su terquedad, le echaba en cara su falta de sentimiento por no haberse parado ni una sola vez a pensar en lo que había hecho con sus padres. Por su orgullo la amenazaba con el castigo y la maldición, y terminaba con la exigencia de que en seguida, inmediatamente, volviese a su casa, después de lo cual, y sólo cuando hubiera observado una nueva vida ejemplar, «en el seno de la familia, me resolveré a perdonarte», escribía. Estaba claro que su magnánimo sentimiento inicial hubo de antojársele, escritos los primeros renglones, debilidad, de la cual se avergonzó, y, finalmente, experimentando las torturas del orgullo ofendido, puso remate a la misiva con iracundias y amenazas. La viejecita, plantada delante de mí, juntaba las manos y aguardaba temerosa lo que yo fuera a decir después de leída la carta.

Yo le dije, sin ambages, lo que me parecía, es decir, que el viejo no podía ya vivir

sin Natascha, y que, por consiguiente, se podía hablar de su inevitable próxima reconciliación, pero que todo dependía de las circunstancias. Le manifesté, en apoyo de esta intuición mía, que en primer lugar seguramente el adverso desenlace del pleito lo habría alterado y conmovido mucho, sin contar lo que habría herido su amor propio la victoria sobre él obtenida por el príncipe, ni el disgusto que tenía que haberle producido esa solución del asunto. En tales dolores espirituales no tenía más remedio que buscar quién le ayudase a sentir, y se acordó más que nunca de aquélla a la que seguía amando más que a nada en el mundo. Por último, podía haberle sucedido también esto otro: que hubiese oído, ya que estaba enterado de todo lo referente a Natascha, que Alioscha estaba a punto de dejarla y pensase qué iba a ser de ella ahora y cuán necesitada iba a estar de consuelo.

Pero que, a pesar de todo eso, no podía dominarse; se consideraba humillado y ofendido por la hija. Por lo visto, se le había ocurrido la idea de que, fuese como fuese, no habría de ir ella a su encuentro la primera; que acaso no se acordara de ellos ni sintiera la necesidad de una reconciliación. Así tenía él que pensar, terminaba yo mi opinión, y por eso no dio fin a la carta y acaso de todo aquello derivasen aún nuevos agravios, que quizá resultasen más sensibles que los primeros, aplazándose quién sabe hasta cuándo la reconciliación.

La viejecita se echó a llorar al escucharme. Por último, al decirle yo que no tenía más remedio que trasladarme en seguida a casa de Natascha, y que ya iba con retraso, se estremeció y me dijo que se había olvidado de lo principal. Al sacar la carta de debajo de otros papeles, había volcado, sin querer, el tintero. Efectivamente, toda una esquina estaba salpicada de borrones, y la vieja tenía un miedo horrible a que el viejo, por esas manchas, descubriera que en su ausencia le habían revuelto los papeles y que Anna Andréyevna había encontrado su carta a Natascha. Su temor era hartamente fundado; ya sólo porque nosotros conociéramos su secreto podía él, por vergüenza y enojo, prolongar su hostilidad, y por orgullo, insistir en su exigencia.

Pero después de considerar el asunto, le aconsejé a la vieja que no se apurase. Él se había levantado después de firmar la carta, poseído de tal emoción, que no podía recordar bien todos los detalles, y ahora, probablemente, pensaría que había sido él quien manchara la carta, y que lo había olvidado. Después de tranquilizar así a Anna Andréyevna, volvimos a colocar cuidadosamente la misiva en su sitio, y yo me proponía, antes de irme, hablarle seriamente a Nelly. Me parecía que la pobre huérfana abandonada, sobre cuya madre también había pesado la maldición paterna, podía, con el triste y trágico relato de su vida anterior y de la muerte de su madre, conmover al viejo y predisponerlo a sentimientos generosos. Todo estaba dispuesto, todo maduraba en su corazón; la nostalgia de la hija empezaba ya a vencer su orgullo y su amor propio ofendido. Sólo necesitaba un impulso, una última ocasión propicia, y esa coyuntura favorable podía proporcionarla Nelly. La viejecita me escuchaba con extraordinaria atención; todo su rostro se iluminaba de esperanza y entusiasmo. Inmediatamente se puso a hacerme reproches: ¿por qué no le había dicho todo

aquello mucho antes? Impaciente, empezó a preguntarme por Nelly, y terminó con la solemne promesa de que ella misma le suplicaría ahora al viejo que prohijase una huérfana. Empezaba ya a tomarle cariño sinceramente a Nelly; se dolía de que estuviera enferma: me preguntaba por ella; se empeñó en que había de llevarme para Nelly un tarrito de dulces, que ella misma fue a buscar a la despensa; me dio cinco rublos en plata, alegando que yo no tenía dinero para pagarle al médico, y al ver que no se los tomaba, sólo se tranquilizó y contentó al enterarse de que Nelly necesitaba ropa de calle y ropa interior, y que, por tanto, aún podía serle útil, dirigiéndose inmediatamente a abrir el arca, en la que revolvió toda su ropa, apartando aquellas prendas que podía regalar a la huerfanita.

Yo me encaminé a casa de Natascha. Al subir por la escalera última que, como ya dije antes, era de caracol, noté delante de su puerta a un hombre que se disponía a llamar, pero que al sentir mis pasos se detuvo. Por fin, seguramente tras algún titubeo, desistió súbitamente de su designio y optó por volver a bajar la escalera. Yo me tropecé con él en el último resbaladizo peldaño, ¡y cuál no sería mi asombro al reconocer en él a Ijméniev! Aquella escalera aun de día estaba muy oscura. Él se arrimó a la pared para dejarme pasar, y recuerdo el extraño brillo de sus ojos, que atentamente me miraban. A mí me pareció que se ponía horriblemente encamado; por lo menos se aturrulló horriblemente y hasta se desconcertó.

—¡Ah, Vania, eres tú! —profirió con voz insegura. Vine aquí a ver a un individuo... Un curial... Todo relacionado con mi asunto... Hace poco que se mudó... por estos sitios...; pero aquí, según parece, no vive. Adiós.

Y rápidamente se echó escaleras abajo.

Yo resolví no hablar por el momento a Natascha de aquel encuentro, aplazando el decírselo, pero eso sí, irremisiblemente, para cuando se quedase sola, después de la partida de Alioscha. Entonces estaba tan agitada, que aunque comprendiera y apreciara plenamente todo el poder de aquel hecho, no habría podido entenderlo y sentirlo como después, en el instante de caer sobre ella la pena y desesperación finales. Ahora no era el momento.

En todo aquel día hubiera podido ir a ver a los Ijménievs, y no dejó de ocurrírseme, pero no fui. Me parecía que al viejo se le haría fuerte el verme, y hasta podía pensar que yo iba a verlo con intención, después de nuestro encuentro. Fui a visitarlo tres días después. El viejecito estaba triste, pero me acogió con bastante desenvoltura y me habló de sus asuntos.

—Y qué, ¿a casa de quién ibas tan arribota, no te acuerdas, cuando nos encontramos?... ¿Cuándo fue?...

—Hace tres días, me parece —me preguntó de pronto, con bastante despreocupación, pero apartando, no obstante, de mí la mirada.

—Es que tengo allí un amigo —le respondí, también apartando la vista.

—¡Ah! Yo iba buscando a mi curial, Astáfiev; me indicaron aquella casa... pero estaban equivocados... Bueno; ya te hablé de mi asunto. En el Senado han

resuelto..., etcétera.

Se puso también colorado al empezar a hablar del asunto.

Yo se lo conté todo aquel día mismo a Anna Andréyevna con el fin de darle un alegrón a la viejita, rogándole, entre otras cosas, no lo mirase ahora a la cara de un modo especial, ni suspirase, ni hiciese alusiones, ni le diese a entender en modo alguno que estaba al corriente de esa nueva salida suya. La viejecilla, hasta tal punto se maravilló y alborozó, que al principio se negaba a creerme. Por su parte, me refirió que ya le había hablado a Nikolai Serguieyich de lo de la huérfana, pero que aquél se había callado, siendo que antes había sido él quien le rogara que adoptase a una niña. Decidimos que al otro día lo interpelaría yo directamente acerca del particular, sin ninguna clase de preámbulos o indirectas. Pero al día siguiente los dos estábamos con un susto y una inquietud espantosos.

Efectivamente, Ijméniev se había entrevistado aquella mañana con un curial que gestionaba su asunto. El curial le explicó que había visto al príncipe, y que el príncipe, aun considerando suya la Ijmenievka, a consecuencia de ciertas circunstancias de familia, había decidido indemnizar al viejo y abonarle diez mil rublos. Desde allí se dirigió directamente el viejo a verme, extraordinariamente agitado; los ojos le echaban centellas de furia. Me hizo salir no sé por qué fuera del piso, a la escalera, y me exigió terminantemente que en seguida fuera a ver al príncipe y lo desafiase en su nombre. Yo estaba tan desconcertado, que tardé largo rato en comprender. Lo primero era tratar de disuadirlo. Pero el viejo estaba tan furioso, que la empresa resultaba difícil. Yo entré en casa por un vasito de vodka, pero al volver ya no hallé a Ijméniev en la escalera.

A la mañana siguiente me dirigí a su casa; pero ya él no estaba allí. Tres días enteros estuvo sin aparecer. Al tercer día lo supimos todo. Desde mi casa se había ido directamente a la del príncipe, y como no lo encontrara allí, le dejó una carta. En ella le decía que estaba enterado de las palabras que le dijera al curial y que las consideraba un mortal agravio, y a él, un hombre ruin. Por todo eso lo provocaba a duelo, esperando que el príncipe no se atrevería a rechazar el reto, pues en ese caso lo deshonraría públicamente.

Anna Andréyevna me contó que había vuelto a casa presa de tal agitación y desconcierto, que hasta tuvo que acostarse. Con ella estuvo muy cariñoso, pero a sus preguntas apenas respondió, y era de ver que algo aguardaba con febril impaciencia. Al otro día recibió una carta del interior; al leerla lanzó un grito y se llevó las manos a la cabeza. Anna Andréyevna estaba muerta de susto. Pero él, inmediatamente, cogió el sombrero y el bastón y se fue.

La carta era del príncipe. Seca, breve y cortésmente, le decía a Ijméniev que de las palabras que dijera al curial no tenía que darle cuenta a nadie en absoluto. Que aunque se compadecía mucho de Ijméniev por la pérdida del pleito, con todo su pesar no podría nunca encontrar justo que el perdedor de un pleito tuviese derecho, para vengarse, a provocar a la parte contraria a un desafío. Por lo que se refería a la

pública deshonra con que le amenazaba, el príncipe le rogaba a Ijméniev no se preocupase de eso, ya que no habría ni podía haber semejante público deshonor; que su carta la había enviado en seguida adonde procedía, y que la Policía, prevenida, seguramente habría de adoptar las medidas oportunas, velando por el orden y la tranquilidad.

Ijméniev, con la carta en la mano, se fue en el acto a ver al príncipe. Éste tampoco estaba en casa aquella vez, pero el viejo pudo averiguar por el lacayo que se encontraba en aquel momento en casa del conde N. Sin pensarlo, se trasladó corriendo a casa del conde. El portero del conde lo detuvo cuando ya iba escaleras arriba. Furioso hasta el paroxismo, el viejo le dio un golpe con su bastón. Inmediatamente lo cogieron, lo sacaron al zaguán y se lo entregaron a los guardias, los cuales lo llevaron detenido. Notificaron lo ocurrido al conde. Al explicarle el príncipe, que se encontraba allí a la sazón, que aquel Ijméniev era el padre de Natalia Nikoláievna (y el príncipe más de una vez le había servido al conde en esos asuntos), el magnate se limitó a sonreír y cambió su enojo en dulzura; de acuerdo los dos, no perdonaron medio para lograr la libertad de Ijméniev, al que no soltó la Policía sino hasta tres días después, no sin advertirle al viejo, seguramente por orden suya, que el propio príncipe había intercedido por él con el conde.

El viejo se volvió a casa como loco, se metió en la cama y todo un día permaneció en ella sin moverse, hasta que, por último, se levantó, y con el consiguiente terror por parte de Anna Andréyevna, le manifestó solemnemente que para siempre maldecía a su hija y la privaba de su paternal bendición...

Anna Andréyevna se aterrorizó. Pero era menester ayudar al viejo y a ella, que parecía como alendada; todo aquel día y toda aquella noche la estuve cuidando, poniéndole en la cabeza fomentos de vinagre y envolviéndosela en hielo. Tenía fiebre y deliraba. Yo me separé de ellos a las tres de la madrugada. Pero a la mañana siguiente se levantó Ijméniev, y aquel mismo día vino a verme con objeto de llevarse definitivamente consigo a Nelly. Pero esa escena con Nelly, que ya referí, acabó de quebrantarlo. Al volver a casa se acostó. Todo aquello ocurrió el Viernes Santo —día señalado para la entrevista de Katia y Natascha—, la víspera de la partida de Alioscha y Katia de Petersburgo. A esa entrevista asistí yo; se celebró por la mañana temprano, antes de que fuera el viejo a verme y antes también de la primera fuga de Nelly.

VI

Alioscha se presentó antes de la hora convenida para la entrevista, con objeto de prevenir a Natascha. Yo llegué en el momento en que el coche de Katia se detenía ante nuestra puerta. Con Katia iba la vieja francesa, que después de muchos remilgos y vacilaciones había consentido por fin en acompañarla y hasta dejarla subir al piso de Natascha, pero con Alioscha. Mientras ella se quedaba aguardando abajo, en el coche, Katia me llamó, y sin apearse me rogó llamase de su parte a Alioscha. A Natascha la encontré llorando, Alioscha también lloraba. Al saber que Katia estaba allí, se levantó ella de la silla, se enjugó las lágrimas y fue, emocionada, a colocarse frente a la puerta. Su traje aquella mañana era blanco. Llevaba sus cabellos, de un rubio oscuro, recogidos hacia atrás, lisos y sujetos en un grueso moño. A mí me gustaba mucho aquel peinado. Al ver que yo me quedaba junto a ella, Natascha me rogó que fuese también a recibir a sus huéspedes.

—Hasta ahora no pude venir a ver a Natascha —me dijo Katia mientras subía la escalera. Me espían hasta un extremo que da horror. He tenido que porfiarle a *madame* Albert dos semanas enteras, hasta que, por fin, consintió. Pero usted, Iván Petróvich, ¿no ha estado ni una sola vez siquiera en mi casa! Escribirle tampoco podía yo, ni quería, porque con una carta no se dilucida nada. ¡Y cuánta necesidad tenía de verlo! ¡Dios mío, cómo tengo ahora el corazón!...

—La escalera es muy estrecha —dije.

—Sí, sí..., la escalera... Pero qué piensa usted, ¿no se enfadará Natascha conmigo?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Por nada... Sin duda, ¿por... qué? Ahora mismo lo veré.

Yo la llevaba del brazo. Ella estaba pálida y, muy asustada. En el último rellano se detuvo para respirar, pero me miró, y, decidida ya, siguió subiendo.

Volvió a detenerse a la puerta del piso y murmuró a mi oído:

—Sencillamente entraré y le diré que es tal la confianza que le tengo, que vine sin temor... Por lo demás, ¿qué voy a decirle? Porque yo estoy convencida de que Natascha es una criatura nobilísima. ¿No es verdad?

Entró tímida, como sintiéndose culpable, y miró a Natascha, que en seguida le sonrió. Entonces Katia fue rápidamente a ella, le cogió las manos y rozó con sus labios los suyos; luego, seria y hasta adusta, se dirigió a Alioscha y le rogó que por una media hora nos dejase solos.

—No te enfades, Alioscha —añadió—, es que yo tengo muchas cosas serias e importantes que decirle a Natascha, de las que tú no debes enterarte. Sé comprensivo y vete. Pero usted, Iván Petróvich, tiene que oír todo.

—Sentémonos —le dijo a Natascha luego que se hubo retirado Alioscha. Yo me sentaré aquí, frente a usted. Yo quiero, ante todo, verla.

Se sentó casi frente a frente a Natascha, y durante unos minutos, la estuvo

contemplando de hito en hito. Natascha le respondía con involuntaria sonrisa.

—Yo ya había visto un retrato suyo —dijo Katia—; me lo enseñó Alioscha.

—¿Y qué? ¿Me parezco a ese retrato?

—Es usted mejor de lo que allí aparece —le respondió Katia con seriedad y decisión. Sí; ya me figuraba yo que debía usted valer más.

—¿De veras? Pero yo la estoy mirando a usted. ¡Y qué guapa la encuentro!

—¡Qué dice! ¿A mí? ¡Palomita mía! —añadió, estrechando la mano de Natascha, y de nuevo se quedaron ambas silenciosas, contemplándose. Mire —exclamó Katia, rompiendo el silencio—, tenemos media hora. *Madame* Albert consintió en esto a duras penas, y tenemos mucho de qué hablar... Yo quiero..., yo estoy obligada... Bueno. Se lo preguntaré sencillamente: ¿quiere usted mucho a Alioscha?

—Sí, mucho.

—Y siendo así, queriendo usted tanto a Alioscha, también tendrá usted que querer su felicidad —añadió tímidamente y en voz queda.

—Sí, quiero que él sea dichoso.

—Pero fíjese en lo que le pregunto: ¿es que yo represento para él la felicidad? ¿Tengo yo derecho a hablar así, puesto que voy a quitárselo? Si a usted le parece, y nosotras resolvemos ahora, que él ha de ser más feliz con usted, en ese caso..., en ese caso...

—Eso ya está decidido, querida Katia; usted misma puede ver que está ya decidido —respondió en voz queda Natascha, y bajó la cabeza. Saltaba a la vista que se le hacía penoso prolongar la conversación.

Katia, al parecer, se disponía a una larga dilucidación del tema: ¿cuál de las dos podía representar mejor la felicidad para Alioscha y a cuál de ellas le tocaría ceder? Pero después de la respuesta de Natascha, comprendió enseguida que todo estaba desde hacía tiempo decidido y que no había más que decir. Mordiéndose sus lindos labios, contempló con perplejidad y tristeza a Natascha, sin soltarle su mano.

—Pero ¿usted le quiere mucho? —le preguntó de pronto Natascha.

—Sí, y mire usted: yo también quería preguntarle a usted algo, y con esa idea vine. Dígame: ¿por qué precisamente lo ama?

—No lo sé —respondió Natascha, y una leve impaciencia se dejó traslucir en su respuesta.

—Tiene talento. ¿Qué le parece a usted?

—No; yo lo quiero sencillamente tal y como es...

—Lo mismo yo. A mí, sin embargo, me inspira algo así como lástima.

—También a mí —asintió Natascha.

—¿Qué hacer con él ahora? No comprendo tampoco cómo puede dejarla a usted por mí —exclamó Katia. ¡Cómo la admiro a usted y no la entiendo!

Natascha no contestó, y fijó la vista en el suelo. Katia guardó silencio un instante, y de pronto, levantándose del asiento, fue y la abrazó, sin hablar. Las dos, abrazadas, lloraban. Katia se sentó en el brazo del sillón de Natascha, sin soltarse de su abrazo, y

le besó las manos.

—¡Si supiera usted cuánto la quiero! —exclamó llorando. Seremos hermanas, no dejaremos nunca de escribirnos, y yo la querré eternamente... Yo la querré mucho mucho...

—¿Él le habló a usted de nuestro casamiento en junio? —preguntó Natascha.

—Me habló. Me dijo que usted estaba de acuerdo. Todo eso se lo diría usted así únicamente para consolarlo, ¿verdad?

—Claro.

—Yo así lo comprendí. Yo lo querré mucho, Natascha, y de todo la tendré a usted al corriente. Según parece, no tardará en ser mi esposo. Por eso vine. Todos dicen eso. Querida Nataschekha, usted, según veo, se vuelve ahora a su casa.

Natascha no le contestó, pero en silencio, y fuerte, la besó.

—¡Que sea usted feliz! —dijo.

—¡Y... y usted..., y usted también! —exclamó Katia.

En este instante entró Alioscha. No había podido aguardar la media hora, y al ver que las dos se abrazaban llorando, se echó a los pies de Natascha y de Katia, conmovido y con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero ¿por qué lloras? —le dijo Natascha. ¿Porque te vas a separar de mí? ¡Pero si va a ser por poco tiempo! ¡En junio volverás!

—Y entonces se casarán —se apresuró a exclamar Katia, a través de sus lágrimas, también para consolar a Alioscha.

—Pero yo no puedo, no puedo estar separado de ti, Natascha, ni un día. Yo sin ti me muero. No sabes cuánto te quiero ahora. ¡Precisamente ahora!

—Pues mira lo que vas a hacer —dijo de pronto, animándose, Natascha. ¡Mira que la condesa se queda todavía algún tiempo en Moscú!...

—Si, casi una semana —asintió Katia.

—¡Una semana! Mejor que mejor. Tú, mañana, vas y las acompañas hasta Moscú, para lo cual sólo necesitas un día, y enseguida te vuelves. Cuando ellas tengan que regresar de Moscú, nos despedimos por un mes, y tú te vuelves allá para acompañarlas.

—¡Eso es!... Y así pasarán ustedes juntos cuatro días largos —exclamó, encantada, Katia, cambiando una mirada significativa con Natascha.

No puedo describir el entusiasmo de Alioscha ante aquel nuevo proyecto. Quedó en un momento perfectamente consolado; su rostro respiraba alegría, abrazó a Natascha, le besó las manos a Katia, me dio un abrazo a mí... Natascha lo miraba con triste sonrisa; pero Katia no podía más. Cambió conmigo una ardiente, centelleante mirada; abrazó a Natascha y se levantó del asiento para retirarse. Como a propósito, en aquel instante, la francesa enviaba a un emisario con el ruego de dar por terminada cuanto antes la entrevista y de avisar que ya la hora convenida había pasado.

Natascha se levantó. Las dos permanecieron en pie, una frente a otra, cogidas de la mano y como afanándose por dar a entender con los ojos cuanto les bullía en el

alma.

—Ya no nos veremos más —dijo Katia.

—Nunca más, Katia —respondió Natascha.

—Despidámonos entonces.

Ambas se abrazaron.

—No me maldiga usted —murmuró rápidamente Katia—; que yo siempre..., tenga usted la seguridad de que él será feliz... ¡Vamos, Alioscha, condúceme! —dijo aprisa, cogiéndose de su brazo.

—¡Vania! —me dijo Natascha, emocionada y dolorida, luego que se hubieron ido. Ve con ellos también tú y... no vuelvas. Alioscha estará conmigo hasta la noche, hasta las ocho. Yo me quedaré sola... Ven a las diez... ¡Adiós!

Cuando a las diez, después de dejar a Nelly (a raíz de la rotura de la taza) con Aleksandra Semiónovna, fui a ver a Natascha, ella se hallaba sola y me aguardaba con impaciencia. Mavra nos trajo el *samovar*; Natascha me sirvió el té, se sentó en el diván y me invitó a acercarme más a ella.

—¡Ya se acabó todo! —dijo, mirándome fijamente. Nunca olvidaré aquella mirada.

—Ya se acabó nuestro amor. ¡Medio año de vida! ¡Y para siempre! —añadió, cogiéndome la mano. La suya ardía. Yo traté de persuadirla para que se abrigara y se acostase.

—Ahora, Vania, ahora, mi buen amigo, déjame hablar y recordar un poco. Estoy como muerta; mañana será la última vez que lo vea, a las diez..., ¡la última!

—Natascha, tienes fiebre y te vas a enfriar. Ten piedad de ti misma.

—¿Qué importa? Te estuve aguardando, Vania. Esta media hora después de irse él, ¿qué crees que pensaba?, ¿qué me preguntaba a mí misma? Pues me preguntaba: «¿Lo amaba yo o no lo amaba, y qué clase de amor era el nuestro?». ¿Qué? ¿Te parece ridículo, Vania, que yo sólo me preguntase eso ahora?

—No te inquietes, Natascha.

—Ya lo ves, Vania. Yo concluí que no lo había querido como a un igual, así como, por lo general, quieren las mujeres casadas a sus maridos. Yo lo amaba a él como... casi como una madre. Hasta me parece que no existe absolutamente en el mundo ningún amor en el que los dos se amen de igual a igual. ¿Qué te parece a ti?

La miré temiendo que empezase a delirar. Parecía sentir una particular necesidad de hablar; algunas de sus palabras resultaban un tanto incoherentes, y a veces hasta las pronunciaba mal. Yo estaba inquieto.

—Él era mío —siguió diciendo. Casi desde la primera vez que me vio, se despertó en mí un ansia infinita de que fuera mío, cuanto antes mío, y a nadie mirara ni a nadie conociera más que a mí, a mí sola... Katia, esta mañana, dijo bien: yo lo amaba de un modo como si todo el tiempo, sin saber por qué, me inspirara lástima... Sentía yo siempre el ansia infinita, hasta el suplicio, cuando me quedaba sola, de que él fuera inmensa y eternamente dichoso. Yo no podía mirarlo tranquilamente a la cara

(ya conoces la expresión de su cara, Vania), esa expresión no la tiene nadie, y cuando sonreía, a mí me entraban frío y temblores. ¡De veras!

—Natascha, por favor...

—Dicen —me atajó—, y tú eres quien lo dice, que él no tiene carácter y... y, en cuanto a inteligencia, no anda lejos de un niño. Bueno, pues eso era lo que en él más amaba yo... ¿Lo creerías? No sé, después de todo, si eso era precisamente lo único que en él amaba; yo, sencillamente, lo amaba a todo él, y si hubiera sido algo distinto, con carácter o con más talento, puede que no lo hubiese amado de este modo. Mira, Vania, te confieso una cosa: ¿recuerdas que tuvimos una riña? Hace de ello tres meses, cuando él estuvo con ésa, tan tuya como de él, bueno, con esa Minna... Yo me enteré, lo seguí, y, ¿me creerías?, me dolió aquello mucho, horriblemente, pero al mismo tiempo me fue como agradable..., no sé por qué..., sólo el pensamiento de que él se distrajera... no, no es eso: de que él también, como cualquier mayor, junto con otros mayores, anduviera con hembras. Yo... ¡Qué placer me proporcionó entonces aquella riña! Luego lo perdoné, ¡oh, amor mío!

Me miró a la cara y se sonrió de un modo extraño. Luego se quedó algo pensativa, como recordando aún todo aquello. Y largo rato estuvo sentada así; la sonrisa en los labios, absorta en el pasado.

—Yo tenía unas ganas atroces de perdonarlo, Vania —siguió diciendo. ¿Sabes una cosa? Cuando él me dejaba sola, yo solía pasearme por el cuarto, atormentándome, llorando, y a veces yo misma pensaba: «Cuanto más culpable sea para conmigo, tanto mejor...». Sí. Y mira: yo siempre me figuraba que él era un chico pequeño; yo me sentaba y él ponía en mis rodillas la cabeza, y yo, despacito, le miraba la cabeza, lo acariciaba... Siempre así me lo imaginaba cuando no estaba conmigo... Oye, Vania —añadió de repente—, ¡qué atractivo el de Katia!

Me parecía como que se complacía en revolver su herida, sintiendo cierta necesidad de hacerlo, necesidad de desesperación, de sufrimiento. ¡Y cuántas veces no les sucede eso a los corazones que han perdido mucho!

—Creo que Katia podrá hacerlo feliz —siguió diciendo. Tiene carácter, y habla con tal convicción y lo trata con tanta seriedad, tan gravemente...; no habla más que de cosas importantes, como una persona mayor. Y eso que ella es también... una verdadera chiquilla. ¡Simpática!, ¡simpática! ¡Oh! ¡Que sean muy felices! ¡Ojalá, ojalá, ojalá!

Y lágrimas, sollozos, brotaron de repente de su corazón. En toda la media hora no pudo dominarse y tranquilizarse, por poco que fuera.

¡Dulce ángel Natascha! Aquella misma noche, no obstante su dolor, tomó parte en mis preocupaciones, cuando, al ver yo que se había sosegado un poco o, mejor dicho, que la rendía el cansancio, y con objeto de distraerla, me puse a hablarle de Nelly... Nos separamos tarde aquella noche. Yo aguardé a que ella se quedase adormilada, y al salir le encargué a Mavra no se apartara en toda la noche de su señorita enferma.

—¡Oh, enseguida, enseguida! —exclamé al volver a casa. Acabemos en seguida

con este suplicio. ¡Sea como fuere, sea como fuere, con tal que sea enseguida!

Por la mañana, a eso de las nueve, ya estaba yo en su casa. Al mismo tiempo que yo, llegó Alioscha, que iba a despedirse. No describiré, no quiero recordar esa escena. Natascha parecía haberse prometido a sí misma dominarse, mostrarse más alegre, más serena, pero no pudo. Se abrazó a Alioscha convulsiva, fuertemente. Poco habló con él, pero lo miraba largamente, de hito en hito, con ojos doloridos y literalmente de loca. Ávidamente escuchaba cada palabra suya, y, al parecer, no se daba cuenta de nada de lo que él le decía. Recuerdo que él le rogó que lo perdonara, que lo perdonara a él y a aquel amor y todo lo que en aquel tiempo la había ofendido, sus veleidades, su amor a Katia, su ausencia... Hablaba con incoherencia, las lágrimas lo sofocaban. De pronto, se ponía a consolarla; le decía que sólo se ausentaría por un mes, o, a lo sumo, por cinco semanas, y que cuando viniese la primavera se casarían y su padre daría su consentimiento, y, por último, lo principal: que de allí a dos días volvería de Moscú, y entonces tendrían cuatro días enteros para estar juntos, y que ahora, en suma, se separaban únicamente por un día...

Cosa rara: estaba perfectamente convencido de decir verdad, y que, sin falta, de allí a dos días estaría de vuelta de Moscú... ¿Por qué, siendo así, llorar y atormentarse?

Finalmente dieron las once. A duras penas pude conseguir que se fuese. El tren de Moscú partía a las doce en punto. Quedaba sólo una hora. Natascha misma me dijo luego que no recordaba cómo lo miró por última vez. Recuerdo que ella lo santiguó, lo besó y, cubriéndose la cara con las manos, entró aprisa en la habitación. Yo tuve que conducir a Alioscha hasta el mismo coche, pues de lo contrario se habría vuelto atrás y no habría acabado nunca de bajar la escalera.

—Toda mi esperanza está en usted —me dijo al bajar. Amigo mío, Vania, yo soy culpable para con usted, y nunca seré merecedor de su afecto, pero será hasta lo último para mí un hermano; quiérala a ella, no la abandone. Escríbame todo, lo más detalladamente posible, y largo, escríbame lo más largo que pueda, para que me lo explique bien todo. Pasado mañana estoy aquí otra vez sin falta, sin falta. Pero luego, cuando me vuelva a marchar, escriba.

Yo lo conduje hasta el coche.

—¡Hasta pasado mañana! —me gritó, ya en marcha. ¡Sin falta!

Con el corazón muriéndoseme, me volví arriba, al piso de Natascha. La hallé en pie, en el centro del cuarto, con los brazos cruzados, y me miró perpleja, como si no me reconociese. Tenía sus cabellos echados a un lado; los ojos, vagos y turbios. Mavra, como enajenada, estaba junto a la puerta y la contemplaba con espanto.

De pronto a Natascha le centellearon los ojos.

—¡Ah! ¡Eres tú! —exclamó, dirigiéndose a mí. ¡Sólo me quedas tú ahora! ¡Tú lo odiabas! ¡Tú nunca pudiste perdonarle que yo lo quisiera! Ahora tú estás otra vez a mi lado. ¿De nuevo vienes a consolarme, a persuadirme para que me vaya con mi padre, que me echó de su casa y me maldijo? Yo ya lo dije ayer, y hace dos meses:

¡no quiero!, ¡no quiero! ¡Yo soy quien los maldice a ellos!... ¡Vete!, ¡adiós! No puedo verte. ¡Adiós!, ¡adiós!

Yo comprendí que estaba trastornada y que mi presencia suscitaba en ella una cólera rayana en la locura; comprendí también que así tenía que ser, y juzgué lo más prudente retirarme. Me senté en la escalera, en el primer peldaño, y... aguardé. De cuando en cuando me levantaba, entreabría la puerta, llamaba a Mavra y la interrogaba; Mavra lloraba.

Así transcurrió hora y media. No puedo expresar lo que sufrí en todo ese tiempo. El corazón me daba vuelcos y me dolía con un malestar infinito. De pronto se abrió la puerta y Natascha salió corriendo a la escalera, con sombrero y abrigo. Parecía fuera de sí, y ella misma me confesó luego que apenas recordaba de aquello y que no sabía con qué intención había salido así de su casa.

Yo no había tenido tiempo de moverme de mi sitio y esconderme en alguna parte, cuando, de pronto, me vio ella y como sobresaltada se detuvo delante de mí, inmóvil. «De pronto, se me ocurrió —me dijo ella luego— que, cómo yo, loca, cruel, podía echarte a ti, a mi amigo, a mi hermano, a mi salvador... Y al ver que tú, pobre, agraviado por mí, estabas allí sentado al pie de mi cuarto, en la escalera, y no te habías ido y que aguardabas a que yo volviese a llamarte. ¡Dios, si tú supieras, Vania, lo que pasó por mí en aquel momento! ¡Qué vuelco me dio el corazón!».

—¡Vania, Vania! —exclamó ella, tendiéndome los brazos. ¡Tú aquí!... —y cayó en los míos.

Yo la cogí y la llevé adentro. Se había desmayado. «¿Qué hacer? —me dije. ¡Seguro que le va a dar fiebre!».

Decidí correr en busca del médico; era preciso contener el mal. Despachar esa diligencia era cosa breve: hasta las dos, mi viejo alemán solía estar en su casa. Corrí allá, suplicándole a Mavra que ni por un minuto, ni por un segundo, se separase de Natascha ni dejara entrar a nadie. Dios vino en mi ayuda: un poco más y no encuentro a mi viejo en su casa. Me tropecé con él ya en la calle cuando se iba. En un momento lo hice subir a mi coche, de suerte que ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse, y emprendimos el regreso a casa de Natascha.

¡Sí, Dios vino en mi ayuda! En media hora que duraría mi ausencia, ocurrió en casa de Natascha un suceso que hubiera podido matarla, de no haber llegado yo a tiempo con el médico. No habría pasado un cuarto de hora después de salir yo, cuando llegó el príncipe. No había hecho más que dejar a los suyos, y se dirigió directamente a ver a Natascha desde la estación. Aquella visita debía tenerla ideada y decidida desde hacía tiempo. La misma Natascha me refirió luego que en el primer instante no se asombró de ver al príncipe. «Estaba trastornada», me dijo.

—Hija mía —dijo el príncipe al entrar—, comprendo su dolor; ya sabía yo cuán duro había de hacérsele este instante, y por eso consideré mi deber visitarla. Consuélese usted, si es posible, pensando que, al separarse de Alioscha, lo hace feliz. Pero usted mejor que yo comprenderá esto, cuando se decidió a esa acción

generosa...

—Yo estaba sentada y escuchaba —me refirió Natascha. Al principio verdaderamente no lo entendía; sólo recuerdo que lo miraba fijo, fijo. Él me cogió la mano y empezó a acariciármela con la suya. Eso, al parecer, le era muy grato. Yo, tan fuera de mí estaba, que ni siquiera pensé en retirar mi mano.

—Usted comprenderá —siguió diciendo— que, de haberse empeñado en ser la esposa de Alioscha, habría podido acarrear consecuencias enojosas, y tuvo el noble orgullo de reconocerlo así y decidirse... En fin, yo no he venido a echarle piropos. Yo sólo quería hacerle presente que nunca, en ninguna parte encontrará usted un mejor amigo que yo. Yo me identifico con su dolor y la compadezco. En todo este asunto he tomado una parte involuntaria, pero... cumplía con mi deber. Su hermoso corazón lo comprenderá así y se reconciliará con el mío... Yo he sufrido más que usted, créame.

—Basta, príncipe —dijo Natascha. Déjeme en paz.

—Desde luego que me voy enseguida —replicó él—, pero yo la quiero a usted como a una hija y usted me ha de permitir que la visite. Considéreme desde ahora como su padre y permítame serle útil.

—¡Yo nada necesito! ¡Déjeme! —volvió a atajarlo Natascha.

—Ya sé que es usted orgullosa... pero yo le hablo sinceramente, con el corazón. ¿Qué piensa usted hacer ahora? ¿Reconciliarse con sus padres? No estaría mal, sólo que su padre es orgulloso, injusto y despótico; perdóneme usted, pero es así. En su casa sólo encontraría usted ahora reproches y nuevos sufrimientos... Pero es, sin embargo, preciso que usted sea independiente, y mi deber, mi sagrado deber..., es velar ahora por usted y ayudarla. Alioscha me rogó que no la abandonase y fuese amigo suyo. Pero, además, hay otras personas que están de su parte. Usted seguramente me permitirá que le presente al conde N. Tiene él un corazón excelente, es pariente nuestro y hasta puedo decir que protector de toda nuestra familia. Ha hecho mucho por Alioscha. Alioscha lo respeta y lo quiere mucho. Es un hombre poderoso, con mucha influencia, ya algo viejo, y usted podría recibirlo en su casa, señorita. Yo ya le he hablado de usted. Puede establecerla a usted y, si usted quiere, procurarle una alta posición... en casa de uno de sus parientes. Yo hace ya mucho tiempo que, franca y abiertamente, le expliqué todo nuestro asunto, y hasta tal punto le encantaron los bondadosos y nobles sentimientos de usted, que él mismo se apresuró a rogarme que se lo presentase a usted enseguida... Es hombre que simpatiza con todo lo bello, créame; un anciano generoso, honorable, capaz de apreciar los sentimientos dignos, y que no hace mucho intercedió muy noblemente por su padre en cierto episodio.

Natascha se levantó como si la hubieran mordido. Ahora ya lo comprendía.

—¡Déjeme, déjeme ahora mismo! —exclamó.

—Pero, amiga mía, usted se olvida; el conde puede hacer mucho también por su padre...

—Mi padre no acepta nada de usted. ¡Déjeme! —volvió a gritar Natascha.

—¡Oh, Dios, qué impaciente y suspicaz! ¿Qué hice yo para merecer esto? — exclamó el príncipe, mirando con cierta inquietud en torno suyo. Pero, de todos modos, usted me permitirá —continuó, sacando un abultado paquete del bolsillo—, usted me permitirá que aquí le deje esta muestra de la simpatía que usted me inspira, y en particular de la que le inspira al conde N., que me ha estimulado con sus consejos. Aquí, en este fajo, hay diez mil rublos. Aguarde usted, amiga mía — insistió, al ver que Natascha se levantaba con enojo de su asiento—, escúcheme con paciencia hasta el fin. Sepa usted que su padre perdió el pleito que tenía conmigo y que estos diez mil rublos representan la indemnización que...

—¡Fuera —exclamó Natascha—, fuera de aquí ese dinero! ¡Ya lo he calado a usted..., hombre ruin, ruin, ruin!

El príncipe se levantó de la silla, pálido de cólera.

De seguro que había ido allí con la intención de examinar el lugar e informarse de la situación, y, probablemente, fiaba no poco en el efecto de aquellos diez mil rublos en Natascha, reducida a la miseria y abandonada de todo el mundo... Ruin y bellaco, no era aquélla la primera vez que le servía de intermediario al conde N., viejo libertino, en tales líos. Pero odiaba a Natascha, y al ver que la cosa no había salido bien, cambió el tono y, con maligna alegría se apresuró a ofenderla, para, por lo menos, no irse vacío.

—Mire usted, hija mía, no está bien que se acalore de ese modo —dijo con voz algo trémula, por el impaciente placer de ver cuanto antes el efecto de su ofensa. Mire que no está bien. Le brindan a usted protección y usted respinga la naricilla. Pero ¿usted no sabe que está obligada a ser buena conmigo? Hace ya mucho tiempo que pude haberla hecho recluir en una correccional, como padre de un joven por usted seducido y desplumado, y ya ve que no lo hice... ¡Je..., je..., je..., je!

Pero ya entrábamos nosotros. Al oír desde la cocina aquella voz, hice que se detuviera un instante el médico y escuché hasta la última frase del príncipe. Luego se oyeron aquella su risa repulsiva y la desesperada exclamación de Natascha. «¡Oh, Dios mío!». En aquel momento abrí la puerta y me dirigí hacia el príncipe.

Le escupí en la cara, y con todas mis fuerzas le di una bofetada en el carrillo. De buena gana se hubiera arrojado sobre mí, pero al ver que éramos dos, echó a correr, mas no sin antes coger de sobre la mesa su fajo de billetes. Sí, eso hizo: con mis propios ojos lo vi. Yo me lancé tras de él con un mazo que tomé en la cocina, de encima de la mesa...

Al volver de nuevo a la habitación me encontré con que Natascha se debatía en brazos del médico, presa, al parecer, de un ataque. Largo rato tardamos en reducirla, hasta que, por fin, logramos acostarla en su cama. Estaba afiebrada y delirante.

—Doctor, ¿qué tiene? —inquirí, muerto de miedo.

—Aguarde —me respondió. Hay que observar aún la enfermedad, y luego veremos. Pero desde ahora le digo que la cosa presenta mal cariz... Podría acabar por declararse la fiebre... Pero ya procuraremos evitarlo...

A mí se me había ocurrido otra idea. Rogué al doctor que permaneciese al lado de Natascha dos o tres horas más, y lo hice prometer formalmente que no se separaría de ella ni un instante. Así lo hizo y corrí a mi casa.

Nelly estaba sentada en un rincón, adusta y alarmada, y me miró de un modo extraño. Por fuerza, yo también parecía extraño.

La cogí de una mano, la hice sentarse en un diván, me eché a sus pies de rodillas y me puse a besarla con pasión. Ella se exaltó.

—¡Nelly, ángel! —exclamé—, ¿quieres ser nuestra salvadora? ¿Quieres salvarnos a todos nosotros?

Ella me miró atónita.

—¡Nelly, en ti se cifra ahora toda nuestra esperanza! Hay un padre, tú lo has visto y lo conoces, que maldijo a su hija y ayer estuvo aquí a pedirte que te fueses con él en lugar de ella. Ahora, a su hija, Natascha —y tú has dicho que la querías— la abandonó aquél a quien amaba y por quien se fugó de su casa. Es el hijo de ese príncipe que estuvo aquí ayer, ¿recuerdas?, y que te encontró sola, y tú huiste de él y luego te pusiste enferma... Tú lo conoces, ¿verdad? ¡Es un hombre malo!

—Lo sé —respondió Nelly, y se estremeció y se puso pálida.

—Sí, es un hombre malo. Odia a Natascha, porque Alioscha, su hijo, quería casarse con ella. Hoy se marchó Alioscha, y una hora después se presentó su padre en casa de ella y la ofendió, y la amenazó con enviarla a una correccional, y la escarneció. ¿Me comprendes, Nelly?

Sus negros ojos centellearon, pero inmediatamente los bajó.

—Comprendo —murmuró con voz apenas perceptible.

—Ahora Natascha está sola, enferma; yo la dejé con nuestro médico y vine corriendo a verte. Escucha, Nelly: vamos a ver al padre de Natascha. Tú no lo quieres, te negaste a ir con él a su casa, pero ahora vamos a ir allá los dos juntos. Entraremos, y yo le diré que tú, ahora, sí quieres vivir allí, en el puesto de su hija, en lugar de Natascha. El viejo está enfermo por haber maldecido a Natascha y porque hace unos días el padre de Alioscha le infirió una ofensa mortal. No quiere ni oír hablar de su hija, pero la ama, la ama, Nelly, y ansia reconciliarse con ella. Lo sé, lo sé todo. ¡Es así! ¿Me oyes, Nelly?

—Le oigo —repuso en un murmullo.

Yo le hablaba anegado en llanto. Ella me miraba tímidamente.

—¿Me crees?

—Le creo.

—Pues yo entraré contigo, te haré sentar, y ellos te acogerán, empezarán a acariciarte y a hacerte preguntas. Entonces yo me daré maña para que la conversación tome un giro a propósito para que te pregunten por tu vida de antes, por tu madre y por tu abuelito. Tú se lo contarás todo, Nelly, como me lo contaste a mí. Todo; cuéntaselo todo, sencillamente, y no les ocultes nada. Cuéntales cómo a tu madre la abandonó un mal hombre; cómo murió en el sótano de la Búbnova; cómo tú, junto a

tu madre, salías a la calle a pedir limosna; lo que ella te decía y lo que te encargó al morir... Háblales también de tu abuelito. Cuéntales cómo él no quería perdonar a tu madre y cómo ésta te envió a él en la hora de su muerte, para que fuera a perdonarla, y cómo él se negó... y cómo murió ella. ¡Todo, cuéntaselo todo! Y cuando tú les cuentes todo esto, el viejo lo sentirá todo también en su corazón. Porque él sabe que hoy la ha abandonado Alioscha y que ella está humillada e insultada, sola, sin ayuda ni defensa de nadie, por haber ofendido a su enemigo. Todo esto lo sabe él... ¡Nelly, salva a Natascha! ¿Quieres que vayamos allá?

—Sí —respondió ella, respirando afanosamente y mirándome con unos ojos extraños, fija y largamente; algo parecido a un reproche había en aquella mirada, y yo lo sentía así en mi corazón.

Pero yo no podía abandonar mi idea. Tenía en ella demasiada fe. Tomé de la mano a Nelly y salimos. Eran ya las tres de la tarde. Había nubes. Todo el tiempo último había hecho calor y bochorno; pero ahora se barruntaba allá, a lo lejos, la primera y precoz tormenta otoñal. El viento azotaba las polvorientas calles.

Tomamos un coche. Durante todo el trayecto Nelly guardó silencio, y sólo de cuando en cuando me lanzaba una de aquellas miradas suyas, singulares, enigmáticas. Tenía el pecho agitado, y al sostenerla en el coche percibía yo cómo en la palma de mi mano palpitaba su corazoncito como si fuera a estallar.

VII

El camino se me hizo interminable. Finalmente llegamos y entré en casa de mis viejos con el corazón muriéndoseme. Yo no sabía cómo saldría de allí, pero, fuese como fuere, tenía que llevarme su perdón y su paz.

Eran ya las cuatro. Los viejos estaban solos, como de costumbre. Nikolai Serguieyich estaba muy quebrantado y enfermo y medio acostado, hundido en su cómodo butacón, pálido y abatido, con el pañuelo liado a la cabeza. Anna Andréyevna estaba junto a él; de cuando en cuando le mojaba las sienes, con vinagre, y a cada paso, con gesto escrutador y compasivo, lo miraba a la cara, lo que, al parecer, inquietaba y hasta enojaba al viejo. Éste guardaba terco silencio, y ella no osaba dirigirle la palabra. Nuestra inesperada presencia impresionó a ambos. Anna Andréyevna se asustó al vernos a los dos, como si de pronto se sintiese culpable de algo.

—Aquí les traigo a mi Nelly —dije al entrar. Lo ha pensado mejor, y ahora ella misma ha querido venir. Tómenla y quiéranla...

El viejo me miraba receloso, y ya, por esa sola mirada, se podía adivinar que estaba al tanto de todo, es decir, de que Natascha se hallaba sola, abandonada, desvalida y quizá agraviada. Ansiaba penetrar en el secreto de nuestra vida, e inquisitivamente nos miraba a mí y a Nelly. Ésta temblaba, cogida fuerte a mi mano, fija en el suelo la vista, y de cuando en cuando lanzaba en torno suyo una mirada medrosa, como fierecilla cazada. Pero no tardó Anna Andréyevna en recordar y adivinar; se acercó a Nelly, la besó, la acarició, hasta lloró, y con tierna violencia la hizo sentar a su lado, con su manecita en la suya. Nelly, curiosa y algo maravillada, la miraba de reojo.

Pero, después de acariciar a Nelly y hacerla sentar a su lado, la viejecilla no sabía ya qué más hacer, y, con ingenua expectación me quedó mirando. El viejo frunció el ceño, como si empezara a adivinar con qué objeto había llevado a Nelly. Al ver que yo notaba su gesto de contrariedad y su enfurruñamiento, se llevó la mano a la cabeza y me dijo secamente:

—Me duele la cabeza, Vania.

Nosotros seguíamos sentados y en silencio; yo pensaba por dónde empezar. El cuarto estaba en penumbras; pasaba a la sazón una negra nube, y volvió a oírse el lejano fragor de la tormenta.

—Pronto empiezan los temporales este otoño —dijo el viejo. Pero hace treinta y siete años, en nuestra tierra, empezaban antes.

Anna Andréyevna suspiró.

—¿No traigo el *samovar*? —preguntó tímidamente; pero nadie le respondió, y de nuevo se volvió a Nelly.

—Y tú, palomita mía, ¿cómo te llamas? —le preguntó.

Nelly, con débil voz, le dijo su nombre, y otra vez bajó los ojos. El viejo la miraba

de hito en hito.

—Conque Elena, ¿eh?... —continuó, animada, la vieja.

—Sí —respondió Nelly, y nuevamente se hizo un momentáneo silencio.

—La hermana de Praskovia Andréyevna tenía una sobrina que se llamaba Elena —dijo Nikolai Serguieyich. Era también Elena. Me acuerdo.

—¿De modo que tú, palomita, no tienes parientes ni padres? —volvió a preguntarle Anna Andréyevna.

—No —murmuró Nelly lacónica y tímidamente.

—Lo había oído decir, sí, así escuché. ¿Y hace mucho que murió tu madre?

—No, hace poco.

—Palomita mía, huerfanita —continuó la anciana, mirándola compasivamente.

Nikolai Serguieyich, impaciente, tamborileaba en la mesa con los dedos.

—Y tu madre, ¿acaso era extranjera? Creo que me lo dijo usted así, Iván Petróvich, ¿no? —siguió la vieja, preguntando tímida.

Nelly me miró ligeramente con sus negros ojos, como pidiendo mi ayuda. Respiraba con desigual y afanoso aliento.

—Su madre, Anna Andréyevna —empecé yo—, era hija de inglés y rusa; así que más bien era rusa. Nelly nació en el extranjero.

—Entonces, ¿es que su madre vivió allá con su marido?

Nelly, de pronto, se estremeció. La vieja, en un instante, adivinó que se iba de lengua, y se sobrecogió ante la iracunda mirada del marido. Éste la miró severamente y se volvió hacia la ventana.

—Su madre fue víctima de los engaños de un hombre malo y vil —dijo, encarándose de pronto con Anna Andréyevna. Se escapó con él de su casa y entregó los dineros del padre a su amante. Éste se los sacó con engaños, se fue al extranjero y la dejó robada y plantada. Un hombre bueno hubo, sin embargo, que no la abandonó y la ayudó hasta su muerte. Y cuando murió ella, hace dos años, volvió a casa de su padre. ¿No fue eso lo que me contaste, Vania? —me preguntó a quemarropa.

Nelly, con gran emoción, se levantó de su asiento e hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—¡Ven acá, Nelly! —exclamó el viejo, tendiéndole, por fin, su mano. Siéntate aquí, siéntate a mi lado, aquí..., siéntate.

La cogió, la besó en la frente y se quedó mirándola con bondadoso gesto. Nelly parecía temblar entera...; pero se reprimía. Anna Andréyevna, asombrada, con alborozada ilusión, miraba cómo Nikolai Serguieyich acariciaba, por fin, a la huérfana.

—Ya sé, Nelly, que a tu madre la perdió un mal hombre, malo y desalmado; pero sé también que ella a su padre lo quería y respetaba —continuó el viejo, emocionado, sin dejar de mirar a Nelly a la cara y sin poder contenerse para no lanzarnos en aquel instante esa provocación. Un ligero rubor le cubrió las pálidas mejillas, pero se esforzó por no mirarnos.

—Mi mamá quería a mi abuelito más que el abuelito a ella... —declaró Nelly con timidez, pero con firmeza, esforzándose también por no mirar a nadie.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó tajante el viejo, no pudiendo dominarse, como un chiquillo, abochornándose de su impaciencia.

—Lo sé —respondió Nelly secamente. No quiso recibir a mi madre en su casa y... la echó.

Yo vi que Nikolai Serguieyich quería decir, objetar algo, por ejemplo, que el viejo había hecho bien en no recibir a su hija, pero se limitó a mirarnos y guardó silencio.

—¿Y dónde vivían ustedes entonces, cuando el abuelito no quiso admitir a tu mamá? —preguntó Anna Andréyevna, que de pronto sintió el deseo terco de insistir en aquel tema.

—Cuando vinimos, anduvimos mucho tiempo buscando al abuelito —respondió Nelly—, pero no pudimos dar con él. Mamá me dijo entonces que el abuelito había sido en otros tiempos muy rico y que había tenido una fábrica, pero que en ese momento estaba en la miseria, porque el hombre aquél con quien ella se había escapado se había llevado los dineros del abuelito y no se los había devuelto. Así me lo dijo ella misma.

—¡Hum!... —refunfuñó el viejo.

—Y me dijo también —continuó Nelly, cada vez más animada y como queriendo replicarle a Nikolai Serguieyich, pero dirigiéndose a Anna Andréyevna—, me contó que el abuelito estaba muy enfadado con ella y que ella tenía la culpa de todo, y que para ella entonces en el mundo no había más que el abuelo. Y, al decirme eso, lloraba... «Él no me perdonará —decía, cuando andábamos buscándolo—; pero puede que, al verte, le hagas gracia y te tome cariño, y por ti me perdone». Mamá me quería mucho, y, al decir eso, siempre me besaba. Pero tenía mucho miedo a ir con el abuelito. A mí me enseñó a rezar por él, y, ella también lo hacía, y muchas veces me contaba cómo vivía en otro tiempo con él, y cómo éste la quería mucho, más que a todos. Ella le tocaba el piano y le leía algún libro por las noches, y el abuelito la besaba y le hacía muchos regalos...: se lo daba todo; de suerte que una vez riñeron un día del santo de mamá, porque el abuelito pensaba que mamá no sabía qué regalo iba a hacerle, y mamá hacía ya mucho tiempo que lo sabía. Mamá quería unos pendientes, pero el abuelito fue y con toda intención la engañó y le dijo que le iba a regalar, no unos pendientes, sino un broche. Y cuando vino con los pendientes y notó que mamá ya sabía que iban a ser unos pendientes y no un broche, se enfadó de que mamá lo supiera, y estuvo casi todo el día sin hablarle, hasta que luego se puso a besarla y a pedirle perdón...

Nelly contaba con fuego, y hasta le subía color a sus pálidas y enfermizas mejillas.

Estaba claro que su mamá había hablado más de una vez con su Nelly de sus antiguos días felices, sentada en su rincón, en el sótano, abrazando y besando a su nena, todo el consuelo que le quedaba en la vida, y llorando por ella, sin sospechar

siquiera entonces con qué fuerza se grabarían sus relatos en el corazón, morbosamente sensible y precozmente desarrollado, de su enfermiza hija.

Pero la entusiasmada Nelly pareció darse cuenta de pronto: miró en torno suyo con desconfianza y se calló. El viejo frunció el ceño, y otra vez se puso a tamborilear en la mesa. A los ojos de Anna Andréyevna asomó una lagrimita, y, sin decir nada, se la enjugó con el pañuelo.

—*Mámenka* llegó aquí muy enferma —añadió Nelly en voz baja. Estaba muy malita del pecho. Nosotras estuvimos mucho tiempo buscando al abuelito, sin poder encontrarlo; así que alquilamos un rinconcito en un sótano.

—¡Un rincón en un sótano! —exclamó Anna Andréyevna.

—Sí, un rinconcito —replicó Nelly. *Mámenka* estaba en la miseria. *Mámenka* me decía —añadió reanimándose—, que no era pecado ser pobre, pero que sí lo era ser rico y pecar..., y que Dios la estaba castigando a ella.

—¿Fue en Vasilievskii donde alquilaron el sótano? En casa de la Búbnova, ¿verdad? —preguntó el viejo, dirigiéndose a mí y esforzándose por dejar traslucir cierta indiferencia en sus preguntas.

—No, no fue allí... Vivimos primero en Mieschanskii —respondió Nelly. Aquello era muy oscuro y húmedo —siguió diciendo, después de una pausa—, y *mámenka*, se puso muy mal; pero entonces aún salía. Yo le lavaba la ropa, y ella lloraba. Allí vivía también una viejecita, viuda de un capitán, y vivía, además, un empleado jubilado, y siempre venía borracho. Todos se emborrachaban y se pasaban todas las noches gritando y alborotando. Yo les tenía mucho miedo. *Mámenka* me acostaba con ella, y siempre se ponía a temblar mientras el jubilado chillaba y gruñía. Una vez quiso matar a la viuda, que era muy viejecita la pobre y andaba apoyada en un báculo. A *mámenka* le dio lástima de ella y se la llevó consigo. El jubilado la emprendió a golpes con *mámenka*, y yo con él...

Nelly se detuvo. La evocación la agitaba; centelleaban sus ojos.

—¡Señor, Dios mío! —exclamó Anna Andréyevna, interesada a más no poder en el relato y sin quitarle ojo a Nelly, que se dirigía preferentemente a ella.

—Cuando *mámenka* salía —continuó Nelly—, me llevaba con ella. Era de día. Nosotras andábamos por las calles hasta que se hacía de noche, y *mámenka* no hacía más que andar y llorar, llevándome cogida de la mano. Yo estaba muy cansada; no habíamos comido nada en todo el día. Y *mámenka* hablaba sola y me decía: «Eres pobre, Nelly, pero cuando yo me muera no le hagas caso a nadie. No vayas con nadie; estáte siempre sola, sé pobre y trabaja, y si no encuentras trabajo, pide limosna; pero no recurras a él». Cierta día, a eso del oscurecer, salimos a una calle muy grande, y de pronto *mámenka* empezó a gritar: «¡Azorka, Azorka!», y de repente un perrazo muy grande, pelón, vino corriendo hacia *mámenka*, dando ladridos, y se le echó encima. *Mámenka* se asustó, se puso muy pálida, dio un grito y se postró de rodillas a los pies de un viejo muy alto, que se apoyaba en un bastón y miraba a la tierra. Y aquel viejo tan alto era el abuelito, y estaba muy flaco, y llevaba un traje muy raído.

Aquella fue la primera vez que yo vi al abuelito. Él también se asustó mucho, y se puso muy pálido al ver que *mámenka* estaba echada a sus pies y se los tenía cogidos; se desasíó de ella con violencia, le dio un golpe con la contera del bastón y huyó rápidamente de nosotras. Azorka se detuvo un poco, y no hacía más que ladrar y darle langüetazos a mi *mámenka*, pero, al cabo, se fue con el abuelito, lo cogió por los pantalones y tiró de él hacia atrás, pero el abuelito le dio un bastonazo.

Azorka se volvió otra vez con nosotras. El abuelito lo llamó, y entonces se fue con él, sin dejar de ladrar. *Mámenka* estaba caída en el suelo, como muerta, y a su alrededor se había reunido gente; vinieron los guardias. Yo no hacía más que gritar y tratar de levantarla, hasta que, por fin, se levantó, miró en torno suyo y se vino conmigo. Yo la conduje a casa. La gente nos siguió largo rato con la vista, y todos movían la cabeza...

Nelly hizo una pausa para tomar aliento y cobrar fuerzas. Estaba muy pálida, pero en sus ojos destellaba la decisión.. Se veía claramente que estaba resuelta a contarle, por fin, todo. Tenía también algo de inspirado en aquel instante.

—De modo que —observó Nikolai Serguieyich, con voz insegura y con cierta irritada sequedad—, de modo que tu madre había ofendido al abuelito y él tuvo sus razones para rechazarla...

—Mi madre misma me lo dijo —insistió, rotunda, Nelly. Y en cuanto llegamos a casa me lo contó todo: «Ése es tu abuelito, Nelly, y yo obré mal con él. Él me maldijo, y por eso Dios me está castigando ahora». Y toda aquella noche y todos los días siguientes me estuvo hablando de lo mismo. Pero hablaba como si ella misma no supiera...

El viejo seguía callado.

—Pero ¿luego se mudaron ustedes a otro cuarto? —preguntó Anna Andréyevna, que seguía llorando en silencio.

—*Mámenka*, aquella misma noche, cayó enferma, y la viuda buscó un cuarto en casa de la Búbnova, y a los tres días nos mudamos allí, y la viuda con nosotros. En cuanto nos mudamos se metió *mámenka* en la cama y estuvo tres semanas enferma, y, en vez de ella, salía yo. El dinero se nos había acabado por completo, y nos ayudaban la capitana e Iván Aleksándrovich.

—Un constructor de ataúdes —dije yo, a modo de aclaración.

—Y cuando *mámenka* se levantó de la cama y empezó a salir de nuevo, me contó cosas de Azorka.

Nelly volvió a detenerse. El viejo pareció alegrarse de que el relato versase ahora sobre Azorka.

—¿Qué te contaba de Azorka? —preguntó, arrellanándose todavía más en su sillón, como para ocultar mejor la cara y mirar hacia abajo.

—Ella me hablaba siempre del abuelito —respondió Nelly—; y cuando estaba enferma me hablaba también de él, y lo mismo cuando deliraba. En cuanto se ponía un poco mejor, ya estaba hablándome de cuál era antes su vida..., y me contaba cosas

de Azorka, porque una vez, no sé dónde, a la orilla del río, al otro lado de la ciudad, unos chicos llevaban a Azorka atado de una cuerda y tiraban de él para ahogarlo. Entonces *mámenka* fue y les dio dinero y se los compró. El abuelito, al ver a Azorka, se burló mucho de él. Pero una vez se escapó Azorka. Mamá se echó a llorar; el abuelito se asustó, y dijo que daría cien rublos a quien le llevase a Azorka. A los tres días se lo llevaron. El abuelito dio los cien rublos, y desde aquel momento empezó a tomarle cariño a Azorka. Pero *mámenka* lo quería tanto, que hasta se lo llevaba a dormir a su habitación. Me contó que antes Azorka iba con unos titiriteros por las calles, y sabía servir la mesa y llevar un mono auestas, y también tener el fusil, y muchas cosas más... Pero cuando *mámenka* se fue de donde el abuelito, éste se quedó con Azorka, y el perro iba siempre con él. Así que aquella vez, en cuanto mamita vio a Azorka, en seguida adiviné que por allí andaba el abuelito...

El viejo, por lo visto, se había prometido otra cosa de Azorka; así que se amohinó todavía más. No volvió a preguntar nada.

—¿Y no volvieron ustedes a ver al abuelito?... —preguntó Anna Andréyevna.

—No. Cuando *mámenka* empezó a reponerse, yo volví a encontrarme al abuelito. Iba a la tienda por pan y de pronto vi a un hombre con Azorka; miré y reconocí al abuelito. Me hice a un lado y me arrimé a la pared. El abuelito me miró, me miró largo rato, y con tal ferocidad, que a mí me entró miedo y me alejé. También Azorka se acordó de mí, y se vino corriendo detrás de mí, y me lamió las manos. Yo me fui lo más pronto posible a mi casa, mirando hacia atrás, y el abuelito entonces entró en la tienda. Al otro día no fui a la tienda; dije que me dolía la cabeza. Pero cuando fui, a los tres días, no encontré a nadie, y tenía un miedo atroz, tanto, que iba corriendo. Pero al otro día, no había hecho más que volver la esquina, cuando me encontré, cara a cara, con el abuelito y con Azorka. Eché a correr y me metí por otra calle, y por otro lado me dirigí a la tienda. Pero en cuanto entré, me detuve y me entró tal susto, que no pude dar un paso. El abuelito estaba delante de mí, y otra vez me miraba largamente; luego me cogió de la mano y tiró de mí. Azorka venía con nosotros y meneaba la cola. Entonces advertí que el abuelito no podía andar derecho y tenía que apoyarse en el bastón, y que las manos le temblaban. Me llevó a una frutería cercana, donde vendían tortas y manzanas. El abuelito me compró un gallo y un pescadito de masa y un cucurucho de dulces y una manzana. Al sacar el dinero del bolso de cuero, le temblaban las manos y dejó caer una moneda de cinco copecs y yo la recogí del suelo. Me la regaló, y me dio los dulces. Me miró de frente y, sin decirme nada, me dejó y se encaminó a su casa.

Cuando llegué yo a la mía, le conté todo a *mámenka*, y le conté del miedo que me había dado del abuelito y cómo me había escondido de él.

Mámenka al principio no quería creerme, pero luego se alegró tanto, que en toda la noche no hizo otra cosa que preguntarme, y besarme, y llorar. Y cuando yo se lo había contado todo, me mandó que, en adelante, no le tuviera nunca miedo al abuelito y me dijo que, según parecía, el abuelito ya me quería, puesto que se me había

acercado. Y me mandó que estuviera cariñosa con él y que le hablase. Al día siguiente, por la mañana, me envió a mirar de nuevo varias veces, aunque yo le había dicho que el abuelito pasaba siempre por las tardes. Ella me seguía a alguna distancia y se escondía en una esquina; y al otro día, lo mismo. Pero el abuelito no se dejó ver, y aquel día llovió y mi mamá se enfrió mucho, porque siempre salía conmigo a la puerta, y tuvo que guardar cama otra vez.

El abuelito volvió a pasar al cabo de una semana, y también me compró un pescadito de pasta y una manzana, y tampoco me dijo nada aquella vez. Pero, al separarse de mí, yo, a hurtadillas, lo fui siguiendo, que así lo tenía pensado, con el fin de saber dónde vivía y decírselo a mamá. Lo fui siguiendo a distancia por la otra acera de la calle, de modo que él a mí no me veía. Pero vivía bastante lejos; no allí donde después vivió y murió, sino en la Gorojovaya, también en una casa grande, en el cuarto piso. Yo me enteré de todo esto, y volví tarde a casa. Mamá estaba muy asustada, porque ignoraba dónde estaría yo. Cuando se lo conté, volvió a ponerse muy contenta, e inmediatamente quiso ir a ver al abuelito al otro día mismo. Pero al otro día se puso a pensarlo, y le entró miedo, y el miedo no se le quitó en tres días. Así que no salió. Luego me llamó a mí y me dijo: «Mira, Nelly, yo, estoy mal y no puedo salir, pero le he escrito una carta al abuelo, así que ve tú y llévasela. Y mira, Nelly, qué cara pone al leerla, y qué dice luego, y qué hace; y tú vas y te echas de rodillas y lo besas, y le suplicas que perdone a tu mamá...». Y *mámenka* lloraba mucho, y me daba muchos besos, y me iba santiguando durante todo el camino hasta la puerta, y le pedía a Dios. Y a mí, con ella, me había hecho ponerme de rodillas ante la imagen, y, aunque estaba muy enferma, salió a acompañarme hasta la puerta, y siempre que yo volvía la vista atrás, la veía allí, siguiéndome con los ojos. Yo fui a ver al abuelito, y abrí la puerta que no tenía el cerrojo echado. Y él estaba sentado a la mesa, y comía patatas con pan, y Azorka estaba delante de él, y lo miraba comer, y le movía la cola. También el cuarto del abuelito era de techo bajo y oscuro, y tampoco había en él más que una mesa y una silla. Vivía solo. Yo entré, y él se asustó tanto, que se puso pálido y temblón. También yo me asusté, y no dije nada, sino que únicamente me acerqué a la mesa y le entregué la carta. Al verla, el abuelito se puso tan furioso, que se levantó de un brinco, cogió el bastón y me amenazó con él, sólo que no llegó a darme, sino que me echó hacia el rellano y me rozó un poco. No había yo puesto el pie en el primer escalón cuando volvió a abrir la puerta, y me arrojó la carta, sin abrir. Yo me fui a casa, y todo lo conté. *Mámenka* tuvo que meterse en la cama de nuevo...

VIII

En aquel instante se oyó un trueno bastante recio, y la lluvia, en fuerte aguacero, vino a estrellarse contra los cristales. En el cuarto se hizo la oscuridad, y todos nos detuvimos de pronto.

—Ya está ahí —dijo el viejo, mirando a la ventana.

Después de eso, se levantó y se puso a dar paseos arriba y abajo por la estancia. Nelly a hurtadillas, lo seguía con la mirada. Estaba poseída de una emoción extraordinaria, enfermiza. Yo lo notaba, pero él parecía rehuir mi mirada.

—Bueno; ¿y qué más? —preguntó el viejo, volviéndose a sentar en su sillón.

Nelly miró, asustada, en tomo suyo.

—¿Acaso no volviste a ver más a tu abuelito?

—No, no lo volví a ver...

—¡Ah!... ¡Cuenta, palomita, cuenta! —insistió Anna Andréyevna.

—Pasaron tres semanas sin que lo viese —empezó Nelly—, hasta el invierno. Era ya invierno y caía nieve. Cuando volví a encontrarme al abuelito, en el sitio de antes, me dio mucha alegría, porque mamá estaba muy triste de ver que él no salía. Yo, no bien lo vi, eché a correr a la otra acera para que él viera que yo huía de él. Sólo que miré y vi que el abuelito, al principio, echó a andar detrás de mí, y luego apuró el paso para alcanzarme y se puso a gritar: «¡Nelly!, ¡Nelly!». Y también lo iba siguiendo Azorka. A mí me dio lástima y me detuve. El abuelito se acercó y me cogió de la mano y tiró de mí, pero al ver que yo lloraba, se detuvo, me miró, y me dio un beso. Entonces reparó en que yo llevaba puestos unos zapatos muy malos, y me preguntó: «Pero ¿es qué no tienes otros?». Yo me di prisa en contarle que mi mamá no tenía dinero en absoluto, y que la patrona sólo por pura lástima nos daba de comer. El abuelito no dijo nada, pero me llevó a una zapatería y me compró unos zapatos y me mandó ponérmelos, y de allí me condujo a su casa, a la Gorojovaya. Pero antes entró en una tienda y compró un pastel y dos paquetes de dulces. Cuando llegamos, me dijo que me comiese el pastel, y luego me dio los dulces. Y Azorka puso las patas en la mesa, y me pidió pastel; yo le daba y el viejo sonreía. Después me cogió, me sentó a su lado, se puso a mirarme de frente y a preguntarme si había estudiado algo y qué era lo que sabía. Yo se lo dije, y él me mandó que, si podía, fuese todos los días por allí, a eso de las tres, y que él mismo me enseñaría. Luego me dijo que me volviese y mirase a la ventana, hasta que él me dijese que volviera a mirarlo. Yo lo hice así; pero a hurtadillas volvía la cabeza, y pude ver que él descosía la almohada por la parte de abajo y sacaba de allí cuatro rublos en plata. Cuando los hubo sacado, me los dio y me dijo: «Esto para ti sola». Yo iba ya a tomárselos, pero lo pensé mejor y dije: «Si son para mí sola, entonces no los quiero». El abuelito, de pronto, se enfureció y me dijo: «Bueno. ¡Mira cómo sabes! Vete». Y me fui, y él no me besó. Al volver a casa, se lo conté todo a mi madre. *Mámenka* estaba cada vez peor. A casa del carpintero de ataúdes iba un estudiante. Asistía a mi madre y le hacía tomar las

medicinas. Pero yo iba con frecuencia a ver al abuelito. Mi mamá así me lo mandaba. El abuelito compró el Nuevo Testamento y una geografía, y empezó a darme lecciones. A veces me contaba cuántas tierras hay en el mundo, y qué gentes viven en ellas, y cuántos son los mares, y qué había antes y cómo Cristo a todos perdona. Cuando yo le hacía alguna pregunta, él se ponía muy contento; así que yo estaba a cada paso preguntándole, y él me lo decía todo y me hablaba mucho de Dios. Pero otras veces no dábamos lección, y yo me ponía a jugar con Azorka. Azorka me había tomado mucho cariño, y yo le enseñaba a saltar por encima del bastón, y el abuelito se reía y me miraba de frente. Sólo que el abuelito no era muy dado a la risa. A veces se estaba hablando largo rato, y de pronto se quedaba callado y como adormilado, pero con los ojos abiertos. Y así se pasaba hasta que oscurecía; y, al oscurecer se ponía horrible, tan viejo... Yo solía acercarme a él, pero él seguía sentado en su silla, cavilando y sin oír nada, y Azorka, tendido a sus pies. Yo aguardaba, aguardaba y tosía, pero el abuelito no se volvía a mirarme. Y así lo dejaba, y me iba. En casa, mi mamá llevaba ya mucho tiempo aguardándome. Estaba acostada, y yo se lo contaba todo, todo, de suerte que llegaba la noche y yo seguía hablando, y ella escuchando lo que le decía del abuelito, lo que había hecho aquel día y las historias que me había referido y también la lección que me había dado. Y luego la tomaba con Azorka, que yo lo hacía saltar por el bastón, y que el abuelito se reía; y, de pronto, ella también se reía largo rato, y se reía, y se ponía muy contenta, y me hacía que se lo repitiera todo otra vez, y luego empezaba a rezar. Y yo pensaba: «¿Por qué *mámenka* querrá tanto al abuelito y él no la querrá a ella?». Y cuando iba a verlo me ponía con toda intención a contárselo todo, y cuánto lo quería mi mamá. Él me escuchaba muy enfurruñado; me escuchaba y nada decía. Entonces yo le preguntaba que por qué mamá lo querría tanto, que no hacía más que preguntarme por él, y él nunca me preguntaba por ella. Hasta que un día el abuelito se enfadó y me echó hacia el rellano. Yo me detuve allí un poco, detrás de la puerta. Pero él de pronto, fue y volvió a abrirla, y me hizo pasar, y estaba muy cejijunto y silencioso. Pero luego, cuando nos pusimos a leer la Ley de Dios, yo volví a preguntarle: «¿Por qué dijo Jesucristo: “Amaos los unos a los otros y perdonad las ofensas”, y él no quería perdonar a mamá?». Entonces él saltó del asiento y se puso a gritar que todo aquello me lo había enseñado mi madre, y otra vez me echó fuera y me dijo que no volviera nunca más, y me fui... Pero el abuelito, al otro día, se mudó del cuarto...

—Ya decía yo que la lluvia no tardaría en pasar. He aquí que ya se fue, y ha vuelto a salir el sol... Mira, Vania —dijo Nikolai Serguieyich, asomándose a la ventana.

Anna Andréyevna le lanzó una mirada de extrema perplejidad, y, de pronto, relampagueó el enojo en los ojos, hasta entonces plácidos y azorados de la viejecita. En silencio, cogió a Nelly y se la sentó en las rodillas.

—¡Cuéntame, ángel mío —dijo—, que yo te escucharé! ¡Ojalá aquéllos que tienen un corazón duro...!

No terminó, y prorrumpió en llanto. Nelly me dirigió una mirada interrogante, entre perpleja y asustada. El viejo me miró y se encogió de hombros, pero en seguida se volvió.

—Sigue, Nelly —dije.

—Yo estuve tres días sin aparecer por casa del abuelito —empezó de nuevo Nelly —, y en ese tiempo mamá se puso peor. A nosotras se nos había acabado todo el dinero; no teníamos para comprar las medicinas, ni qué comer, porque tampoco lo tenía la patraña, y empezaron a echamos en cara que vivíamos de limosna. Pero, a los tres días, yo me levanté por la mañana y empecé a vestirme. Mamá me preguntó adonde iba. Yo le dije: «A casa del abuelito, a pedirle dinero». Y ella se puso muy contenta, porque yo ya le había contado cómo me había echado de su casa y le había dicho que no iba a volver más por allí, por más que ella llorase y tratase de disuadirme. Yo fui allá, y me dijeron que el abuelito se había mudado. Yo me dirigí a buscarlo en su nueva casa. No había hecho más que encontrarle en su nuevo domicilio, cuando él dio un salto, se vino hacia mí y pateó en el suelo. Yo entonces le dije que *mámenka* estaba muy enferma; que nos hacía falta dinero para las medicinas, que costaban diez copecs, y que no teníamos tampoco nada que llevarnos a la boca. El abuelito se puso a gritar y me echó a la escalera, y después cerró su puerta con cerrojo. Pero al echarme él, yo le dije que me sentaría en la escalera y no me iría de allí hasta que me diese dinero. Después pasó un rato largo; él volvió a abrir la puerta, y al verme allí volvió a cerrar. Y luego volvió a abrir y a mirarme. Hasta que por último, salió con Azorka, cerró la puerta y pasó junto a mí con dirección a la calle, y no me dijo una palabra. Yo tampoco le dije una palabra, y continué sentada, y allí me quedé, hasta que se hizo de noche.

—¡Palomita mía! —exclamó Anna Andréyevna, con el frío que haría en la escalera...

—Yo llevaba pellico... —respondió Nelly.

—Aunque llevaras pellico..., palomita mía, ¡cuánto has sufrido! Y tu abuelito, ¿qué hizo?

A Nelly le empezaron a temblar los labios, pero hizo un extraordinario esfuerzo, y se contuvo.

—Volvió cuando ya estaba Oscuro, y al entrar tropezó conmigo y lanzó un grito: «¿Quién está aquí?».

Yo le dije que era yo. Él seguramente imaginaba que hacía tiempo me habría ido, y al ver que continuaba allí, se asombró mucho y estuvo largo rato mirándome. De pronto, dio un bastonazo en el peldaño, pasó de largo, abrió su puerta y, al cabo de un minuto, volvió y me trajo unos cobres, todas monedas de cinco copecs, y me los arrojó a la escalera. «Eso es para ti —me gritó—, tómalo; es todo cuanto tengo, y dile a tu madre que la maldigo». Y cerró la puerta. Las monedas se habían desparramado por la escalera. Yo me puse a recogerlas en la oscuridad, y el abuelo, por lo visto, adivinó que habían rodado y que yo tendría que buscarlas con mucho trabajo en la

escalera; y abrió la puerta y sacó una vela, y con la luz no tardé en encontrarlas.

Y el abuelito también se puso a recogerlas conmigo, y me dijo que tenía que haber allí ochenta copecs, y parecía aplacado. Al volver yo a casa le di las monedas a mi madre y se lo conté todo, y mi mamá seguía peor, y yo misma toda la noche estuve enferma, y a la mañana siguiente todavía tenía fiebre. Pero sólo pensaba en una cosa: en por qué se habría puesto tan furioso el abuelito, y cuando *mámascha* se quedó dormida, salí a la calle y me dirigí a casa de él, y sin llegar hasta allí, me detuve en la acera. Y entonces pasó aquel...

—Se refiere a Arjipov —dije—, el individuo de quien yo le hablé a usted, Nikolai Serguieyich..., el que tenía tratos con la Búbnova y que recibió aquella paliza. Era la primera vez que Nelly lo veía... Sigue, Nelly.

—Yo lo detuve y le pedí dinero, un rublo en plata. Él me miró y me preguntó: «¿Un rublo en plata?». Yo le dije: «Sí». Entonces él se echó a reír y me dijo: «Vente conmigo». Yo no sabía si acompañarlo o no. De pronto, pasó junto a nosotros un viejecito con lentes de oro, el que oyó cómo yo estaba pidiendo un rublo en plata; se dirigió a mí y me preguntó para qué quería tanto dinero. Yo le dije que mi *mámascha* estaba enferma y que necesitaba ese dinero para las medicinas. Él me preguntó dónde vivíamos y lo apuntó, y me dio un billete por valor de un rublo en plata. Pero el otro, en cuanto vio al viejo de los lentes, se fue y no volvió a llamarme más. Yo me fui a una tienda y cambié el billete. Treinta copecs envolví en un papelito y los aparté para mi *mámascha*, y ocho grivenes no los envolví, sino que me los guardé en la mano y me dirigí a casa del abuelito. En cuanto llegué, abrí la puerta, me asomé al umbral, hice un puñado con todo el dinero y se lo tiré, de suerte que se desparramó por el suelo. «¡Ahí tiene usted; tome usted su dinero! —le dije. Mi *mámascha* no lo quiere, viniendo de usted, porque la maldijo», grité desde la puerta, e inmediatamente me fui corriendo.

Los ojos de Nelly centelleaban, y, con expresión de candoroso reto, miró al anciano.

—¡Así se hace! —dijo Anna Andréyevna, sin mirar a Nikolai Serguieyich y estrechando fuerte a Nelly. Así había que hacer con él. Tu abuelito era malo y duro de corazón...

—¡Hum!... —refunfuñó Nikolai Serguieyich.

—Bueno. ¿Y que más?, ¿qué más? —preguntó Anna Andréyevna, impaciente.

—Pues que dejé de ir a ver al abuelito y él dejó de venir a verme —respondió Nelly...

—¿Y entonces te quedaste con tu *mámascha*? ¡Ah pobre!, ¡pobre!

—Mi *mámascha* estaba cada vez peor, y ya raro era el día que se levantaba de la cama —continuó Nelly; y le temblaba y se le cortaba la voz. Dinero no teníamos ya ninguno, y yo empecé a salir con la capitana. Y la capitana iba por las calles, y también en la calle detenía a las buenas gentes y les pedía limosna, y de eso vivía. Solía decirme que no era ninguna mendiga, que tenía documentos donde constaba su

calidad y también que era pobre. Esos documentos se los enseñaba a la gente, y por ellos le daban dinero. Me decía también que no era vergüenza pedirle a todo el mundo. Yo salía con ella, y nos daban limosna, y de eso vivíamos. *Mámascha* se enteró de esto porque los vecinos le echaron en cara que era una mendiga y la misma Búbnova vino a verla y le dijo que mejor era que me mandara con ella y no pidiera limosna. Ya antes había ido a ver a mamá y le había llevado dinero; y cuando mamá no se lo quería tomar, decía la Búbnova: «¿Por qué es usted tan orgullosa?» y le enviaba comida. Pero al decir entonces aquello de mí, mi *mámascha* se echó a llorar y se asustó; pero la Búbnova empezó a gruñir, porque estaba borracha, y decía que yo, sin necesidad de aquello, ya había hecho de mendiga, y que salía con la capitana, y aquella misma noche echó a la capitana de la casa. *Mámenka*, al enterarse de todo aquello, se echó a llorar. De pronto se levantó de la cama, se vistió, me cogió de la mano y me llevó consigo. Iván Aleksándrovich intentó detenerla, pero ella no le hizo caso, y salimos. *Mámenka* apenas podía andar, y a cada paso se sentaba en el arroyo, y yo la iba sosteniendo. Todo se le volvía decir que iba a ver al abuelito, y que la llevara yo allí, y ya hacía rato que había caído la noche. De pronto, salimos a una gran calle. Allí, al pie de una casa, había coches parados y salía mucha gente, y en las ventanas relucían muchas luces, y se oía música. *Mámenka* se detuvo, me cogió y me dijo: «Nelly, eres pobre, serás pobre toda la vida; no te vayas con nadie, aunque te llamen y aunque sea quien fuere. Y aunque tú pudieras estar ahí dentro, rica y bien vestida, no lo querría yo. Esa gente es mala y cruel; y escucha lo que te mando: consérvate pobre, trabaja, pide limosna; y si alguien te llama, dile: “No quiero nada con usted...”». Esto me dijo mi *mámascha* cuando estaba enferma, y yo le obedeceré toda la vida —añadió Nelly, trémula de emoción, con la carita arrebolada—, y toda mi vida serviré y trabajaré, y a casa de ustedes he venido a servir y a trabajar, y no quiero quedarme aquí en calidad de hija...

—¡Basta, palomita mía, basta! —exclamó la viejuca, abrazando estrechamente a Nelly. Conque tu *mámascha* estaba todavía enferma cuando te decía eso...

—Loca estaba —observó, tajante, el viejo.

—Puede que estuviese loca —asintió Nelly, volviéndose, hosca, al viejo—, puede que estuviese loca; pero así me lo mandó, y yo le obedeceré toda la vida. —Y, al decir aquello, también se desmayó.

—¡Señor, Dios! —exclamó Anna Andréyevna. ¿Enferma en la calle? ¿Y en invierno?...

—Nos querían coger los guardias, pero llegó un caballero, preguntó nuestras señas, me dio diez rublos y mandó que condujesen a mi *mámascha* a casa, en su coche. Después de aquello, mi *mámenka* ya no volvió a levantarse más... Y al cabo de tres semanas justas, murió...

—Y su padre, ¿qué hizo, por fin? ¿La perdonó? —exclamó anhelante Anna Andréyevna.

—No la perdonó —repuso Nelly, dominándose a duras penas. Una semana antes

de morir, *mámenka* me llamó y me dijo: «Nelly, ve otra vez al abuelito, la última, y dile que venga a verme y me perdone. Dile que voy a morir un día de éstos, y que te voy a dejar sola en el mundo. Y dile también que a mí se me hace muy duro morir...». Y yo fui y llamé a la puerta del abuelito, y él me abrió, y al verme hizo ademán de cerrarme la puerta, pero yo me cogí a la puerta con ambas manos y le grité: «*Mámascha* se está muriendo y lo llama a usted. ¡Vaya a verla!...». Pero él me dio un empujón y cerró la puerta. Yo me volví con mi *mámascha*, me acosté a su lado, me abracé a ella y no le dije nada... *Mámenka* me abrazó también, y tampoco me preguntó...

Al llegar aquí, Nikolai Serguieyich apoyó una mano en la mesa y se levantó, pero, después de envolvernos a todos en una mirada extrañamente dolorosa, se dejó caer nuevamente, como sin fuerzas, en su sillón.

—El último día, antes de morir, al oscurecer, mi *mámascha* me llamó, me cogió una mano y me dijo: «Yo me muero hoy, Nelly». Y quiso seguir hablando y no pudo. Yo la miré, y ella parecía no verme ya, y sólo me tenía cogida la mano, fuerte, entre las suyas. Yo, despacito, retiré la mano y salí corriendo de la casa, y, sin parar de correr en todo el camino, me dirigí a la del abuelo. Él, al verme, saltó de la silla y me miró, y se asustó tanto, que se puso lívido, y todo él se echó a temblar. Yo le cogí la mano, y sólo le dije esto: «Está expirando». Entonces él, de pronto, se rehízo; cogió el bastón y echó a correr detrás de mí. Hasta se olvidó de ponerse el sombrero, y hacía frío. Yo lo cogí y se lo puse, y salimos juntos, corriendo. Yo le metía prisa y le decía que tomase un coche, porque mi *mámascha* se estaba muriendo; pero el abuelito tenía sólo ocho copecs. Mandó parar, sin embargo, a varios cocheros y se puso a regatear con ellos, pero ellos se contentaron con reírse y hacer burla de Azorka, porque Azorka venía con nosotros, y nosotros seguíamos corriendo. El abuelo se fatigaba y respiraba afanoso, pero corría más y más de prisa. De pronto se cayó y se le voló el sombrero. Yo se lo recogí, se lo puse y lo cogí de la mano, y cuando llegamos a casa era ya casi de noche... Pero mi *mámascha* ya había muerto. Al verla, el abuelito juntó las manos, se estremeció y se acercó a ella, pero no dijo nada. Entonces yo me acerqué al cadáver de mi *mámascha*, cogí al abuelito por un brazo y le grité: «¡Ahí tienes, hombre malo y cruel; ahí tienes! ¡Mira..., mira!». El abuelito lanzó un alarido y se desplomó en el suelo, como muerto...

Nelly se estremeció; se soltó del brazo de Anna Andréyevna y se plantó en medio de nosotros, pálida, rendida y asustada. Pero Anna Andréyevna se fue hacia ella y, abrazándola de nuevo le gritó, como inspirada:

—¡Yo, yo seré desde ahora tu madre, Nelly, y tú serás mi hija! ¡Sí, Nelly! ¡Vámonos; dejemos a todos esos seres malos y duros! ¡Qué sigan escarneciendo al prójimo, y que Dios, que Dios los proteja!... ¡Vámonos, Nelly, vámonos de aquí! ¡vámonos!...

Nunca, ni antes ni después, la vi en tal estado, ni pensé jamás que fuera capaz de emocionarse hasta ese punto. Nikolai Serguieyich, incorporándose en su asiento, con

voz alta y entrecortada preguntó:

—Pero ¿adónde vas, Anna Andréyevna?

—¡A buscarla a ella, a mi hija, a Natascha! —exclamó la anciana.

Y tiró de Nelly con dirección a la puerta.

—¡Deténte!, ¡deténte!, ¡aguarda!

—¡Nada de aguardar, hombre duro y malo! ¡Hace tiempo que aguardo, pero, ahora, adiós!

Después de lanzarle esa réplica, la viejuca se volvió, miró al marido y mudó de color. Nikolai Serguieyich estaba ante ella, cogió su sombrero y, con mano temblorosa, sin bríos, se puso, aprisa, él solo, el paleta.

—¡Y tú también..., tú también vienes conmigo! —exclamó ella, tendiendo, suplicante, las manos y mirando, incrédula, al marido, como si no se atreviese a creer dicha tamaña.

—¡Natascha!... ¿Dónde está mi Natascha? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija? —brotó, por último, del pecho del anciano. ¡Que me devuelvan a mi Natascha! ¿Dónde?, ¿dónde está?

Y cogiendo de mis manos el bastón que le ofrecía, se dirigió precipitadamente a la puerta.

—¡La ha perdonado! ¡La ha perdonado! —exclamó Anna Andréyevna.

Pero el viejo no llegó hasta el umbral. La puerta se abrió de pronto, y en el cuarto entró Natascha, pálida, con los ojos centelleantes, como afiebrada. Traía la ropa hecha jirones y calada de lluvia. El pañuelo con que se cubría la cabeza se le había caído hacia la nuca, y en sus mechones de pelo, alborotados y densos, le brillaban gruesas gotas de lluvia. Entró corriendo, vio a su padre y, dando un grito, se echó a sus pies, de rodillas, tendidas a él las manos.

IX

Pero él se dio prisa a levantarla entre sus brazos... La cogió, y alzándola en vilo, como a una niña, la condujo a su sillón, la sentó en él y se dejó caer a sus pies, de hinojos. Le besó las manos, los pies; se daba prisa en besarla, se daba prisa en mirarla, como si no acabase de creer que nuevamente la tenía a su lado, que otra vez la veía y la oía..., a ella, a su hija, a su Natascha. Anna Andréyevna, sollozando, se acercó a ella, estrechó su cabeza contra su pecho, y, tanto se emocionó en aquel abrazo, que le faltaron las fuerzas para proferir una palabra.

—¡Alma mía!... ¡Vida mía!... ¡Alegría de mi corazón!... —exclamaba el viejo, con incoherencia, cogidas las manos de Natascha y como un enamorado, mirándose en su carita, flaca y pálida, pero tan linda; en sus ojos, en los que había lágrimas. ¡Alegría mía, hija de mi alma! —repetía, y volvía a mirarla en silencio y con reverente arrobamiento. ¡Quién, quién dijo que estabas más delgada! —decía con apresuramiento, como con una risa infantil, dirigiéndose a nosotros, y sin levantarse del suelo, de hinojos, a sus pies. Un poco delgadita..., es verdad, un poco pálida, ¡pero mírala, qué guapa! ¡Todavía mejor que antes, todavía mejor! —añadió callando involuntariamente, bajo el cordial, el gustoso dolor por efecto del cual parecía querer partírsele el alma en dos.

—¡Levántate, *pápascha*; levántate! —dijo Natascha. Que yo también quiero besarte...

—¡Oh, hija mía! ¡Oyes, oyes, Anuchka, qué oportuna ha venido!

Y convulsivamente la estrechó en sus brazos.

—No, Natascha, no; yo tengo que estar a tus pies hasta que mi corazón oiga que tú lo perdonas, porque nunca, nunca podré merecer ahora tu perdón. Yo te rechacé, yo te maldije, ¿lo oyes, Natascha? ¡Yo te maldije!... ¡Tuve valor para hacerlo... Pero tú, tú, Natascha! ¿pudiste tú creer que yo te maldijera? ¡Pero lo creiste..., vaya si lo creiste! ¡No debías haberlo creído! ¡No haberlo creído, no haberlo creído, sencillamente! ¡Corazoncito cruel! ¿Por qué no viniste a mí? ¡De sobra sabías tú que yo te habría recibido!... ¡Oh Natascha, ya recordarás cuánto te quería yo antes! Bueno; pues ahora, y durante todo este tiempo, te he querido el doble, mil veces más te he querido ahora que antes. ¡Te quería con locura! ¡El alma me hubiera sacado, con la sangre; el corazón me hubiera arrancado para echarlo a tus pies!... ¡Oh, alegría de mi vida!...

—¡Pues ande, bésame usted, hombre cruel, en los labios, en la cara, como besa una madre! —exclamaba Natascha, con voz doliente, débil, entrecortada por lágrimas de júbilo.

—¡Y en los ojitos también! ¡Y en los ojitos también! ¿Te acuerdas?, ¡como antes! —repitió el viejo, tras largo dulce abrazo a la hijita—. ¡Oh, Natascha! ¿Soñabas tú por las noches conmigo? Yo soñaba que volvías a casa, y yo lloraba por ti, y una vez tú viniste, toda pequeñita, ¿recuerdas?, como cuando sólo tenías diez años y

empezabas a aprender el piano..., y traías trajecito corto y unos zapatitos muy lindos y una manitas coloradillas... ¿Recuerdas qué coloradas tenías las manos entonces, Anuchka?... Y viniste a mí, y te pusiste de rodillas y me abrazaste... ¡Pero tú, tú, qué chiquilla tan mala! ¿Podías tú pensar que yo te había maldecido, que yo no te recibiría si volvías a casa?... ¿Sí? Pues ya ves que yo... Oye, Natascha: para que lo sepas, yo iba muchas veces hasta tu casa, y tu madre no lo sabía, ni lo sabía nadie; y me paraba al pie de tus ventanas, al acecho, medio día me estaba allí alguna vez, dando vueltas arriba y abajo por la acera, delante de tu casa. ¿No saldrías tú para que yo pudiera verte siquiera de lejos? Y en tu ventana muchas noches ardía una luz al oscurecer... ¡Cuántas veces yo, Natascha, por las noches, me iba hasta tu casa, aunque sólo fuese por ver brillar esa luz y vislumbrar tu sombra en la ventana, y darte las buenas noches! ¿Te acordabas de mí? ¿Sentía tu corazón que yo estaba allí, al pie de tu ventana? ¡Cuántas veces, en invierno, ya avanzada la noche, subía yo tu escalera y en los sombríos rellanos me paraba y me ponía a escuchar junto a tu puerta! ¿No oiría por acaso tu vocecita? ¿No te reirías tú? ¿Que te había maldecido? ¿Sí? Pues, para que lo sepas: una noche fui hasta tu casa con intención de perdonarte, y llegué hasta la misma puerta, y luego me volví... ¡Oh, Natascha!

Se incorporó; la levantó del asiento y la estrechó fuertemente contra su corazón.

—¡Está otra vez aquí, junto a mi corazón! —exclamó. ¡Oh, yo te doy gracias, Dios mío, por todo, por todo, lo mismo por tu cólera que por tu bondad!... ¡Y por tu sol, que brilla ahora, después de la lluvia, sobre nosotros! ¡Por todo este momento, te doy gracias! ¡Oh! ¡Nos habrán humillado, nos habrán ofendido, pero otra vez estamos juntos, y ahora que canten victoria esos orgullosos y arrogantes que nos humillaron y ofendieron! ¡Que nos arrojen piedras! No temas, Natascha... Nosotros marcharemos cogidos de las manos, y yo les diré: «¡Ésta es mi querida, mi queridísima hija; ésta es mi hija inocente, a la que ustedes ofendieron y humillaron, pero a la que yo, yo amo y bendigo por todos los siglos de los siglos!...».

—¡Vania! ¡Vania!... —exclamó Natascha con débil voz, tendiéndome su mano por entre el abrazo del padre.

¡Oh, jamás olvidaré que en aquel instante se acordó de mí y me llamó!

—¿Dónde está Nelly? —preguntó el viejo, mirando en torno suyo.

—¡Ah! ¿Dónde estará? —exclamó la viejecita. ¡Palomita mía!... ¡Nos hemos olvidado de ella!

Pero ella no estaba en el cuarto. Sin que la sintiéramos, se había escurrido hasta la alcoba. Todos nos encaminamos allá. Nelly estaba escondida en un rincón, detrás de la puerta, y, medrosa, se ocultaba de nosotros.

—Nelly, ¿qué te pasa, hija mía? —exclamó el viejo, haciendo ademán de abrazarla.

—¿Y *mámascha*? ¿Dónde está *mámascha*? —exclamó, como si hubiese perdido el juicio. ¿Dónde está *mámascha*? —volvió a exclamar, tendiéndonos sus manos temblorosas.

Y de pronto, un grito horrible, espantoso, se escapó de su pecho. Espasmos contrajeron su semblante, y con un ataque feroz, rodó por tierra.

EPILOGO

ÚLTIMAS EVOCACIONES

Mediados de junio. Día caluroso y sofocante. En la ciudad es imposible estar. Polvo, cal, casas en obra, piedras resquebrajadas, aire envenenado por las emanaciones... Pero he aquí, ¡oh alegría!, que se anuncia una tormenta. Poco a poco se nubla el cielo; se levanta el viento, empujando por delante de sí nubes de polvo urbano. Algunos gruesos goterones caen pesadamente sobre la tierra y a continuación parece volcarse el cielo entero, y verdaderos torrentes de agua se precipitan sobre la ciudad. Cuando, pasada media hora, vuelve a brillar el sol, abro la ventana de mi cuarto y, ávidamente, con el cansado pecho, aspiro el fresco aire. Extasiado, de buena gana dejaría la pluma y todos mis quehaceres, y aun al propio editor, y me iría con los míos a Vasilievskii. Pero por grande que el aliciente sea, me doy prisa, no obstante, en reanudar la tarea, y con nuevo ardor me echo sobre las cuartillas. ¡Sea como fuere, es preciso acabar! El editor manda, y no siendo así, no da dinero.

Me esperan allí, pero, en cambio, esta noche estaré libre, completamente libre, como el viento; la velada me compensará de estos últimos dos días, en los cuales he escrito tres pliegos de imprenta.

Y he aquí, finalmente, que, terminado el trabajo, suelto la pluma y, me levanto, con dolor en la espalda y el pecho y jaqueca. Sé que en este instante tengo los nervios destrozados a más no poder, y creo escuchar las últimas palabras que me dijo mi viejo doctor: «No, no hay salud alguna que resista semejante esfuerzo, porque eso es imposible». Sin embargo, hasta ahora, es posible. La cabeza me da vueltas; apenas puedo ponerme en pie, pero una alegría, una alegría infinita llena mi corazón. Mi novela está concluida del todo, y el editor, aunque ya le debo bastante, me dará siquiera algo, cuando vea en sus manos el original, aunque sólo sean cincuenta rublos, y yo hace ya la mar de tiempo que no veo en mi poder tanto dinero junto. ¡Libertad y dinero!... Lleno de entusiasmo, cojo el sombrero, me meto el manuscrito bajo el brazo y echo a correr, con objeto de encontrar todavía en casa a nuestro carísimo Aleksandr Petróvich.

Lo encuentro, pero ya dispuesto a salir. A su vez, acaba de concertar una especulación, no literaria, pero en cambio muy provechosa, y después de despedir a cierto judío cetrino, con el que estuvo conferenciando dos horas seguidas en su gabinete, me tiende afectuosamente la mano, y con su simpática y pastosa voz de bajo me pregunta por mi salud. Es un buen hombre, y yo, en serio, le estoy muy

obligado. ¿Qué culpa tiene él de que le haya tocado ser toda su vida, en el terreno literario, solamente editor? Él se dijo que la literatura necesitaba editores, y se lo dijo muy oportunamente. ¡Honor a él y gloria por ello..., gloria editorial, naturalmente!

Con amistosa sonrisa se entera de que la novela está terminada y que el próximo número de la revista contará así con una sección principal, y se admira que yo haya podido terminar algo, y lo dice con intención de ser agudo. Después de aquello, va a su cofre de hierro para darme los prometidos cincuenta rublos, y, entretanto, me tiende un grueso periódico enemigo y me indica algunas líneas, en la sección crítica, donde dedican dos palabras a mi última novela.

Miro. Es un artículo del copista. En él, ni me insultan ni me elogian, y quedo muy satisfecho. Pero el copista dice, entre otras cosas, que la lectura de mis obras generalmente huele a sudor; es decir, que yo, a tal punto sudo y me afo para hacerlas; hasta tal punto las perfilo y retoco, que las dejo sin sal.

Yo me río con el editor. Le prometo escribir mi próxima novela en dos noches, y ahora, en dos días y dos noches me he escrito tres pliegos de imprenta. ¡Si lo supiera ese *copista* que me reprocha mi excesiva premiosidad y la pesada lentitud de mis trabajos!

—Sin embargo, usted tiene la culpa, Iván Petróvich. ¿Por qué se descuida usted tanto, que necesita luego trabajar por las noches?

Aleksandr Petróvich, sin duda, es un hombre muy bueno, aunque tiene juicio literario, sobre todo delante de aquellos que, como el mismo sospecha, lo tienen calado. Pero yo no quiero discutir con él de literatura; recojo los cuartos y cojo el sombrero. Aleksandr Petróvich se dirige a Ostrov, a su casa de campo, y al oír que yo voy a Vasilevskii, se brinda generosamente a conducirme hasta allí en su coche.

—Tengo un coche nuevo. ¿No lo ha visto usted? Magnífico.

Subimos. El coche efectivamente es magnífico, y Aleksandr Petróvich, en estos primeros días de posesión, experimenta suma complacencia y hasta como una necesidad espiritual de llevar en él a sus amigos.

En el coche, Aleksandr Petróvich vuelve a insistir en sus juicios sobre la literatura contemporánea. Conmigo no se aturulla, y con toda tranquilidad me repite distintos pensamientos ajenos, que le habrá oído estos días a algún literato cuyo criterio le merezca respeto. Por cierto que a veces le ocurre estimar cosas peregrinas. También le ocurre modificar las opiniones ajenas o colocarlas donde no vienen bien, de suerte que arma un galimatías. Yo estoy sentado, escucho y admiro la diversidad y la fantasía de los individuos apasionados. «He aquí un hombre —pienso para mis adentros— que ganará dinero, porque lo ganará; pero aun así, siempre habrá menester de la fama, de la fama literaria, de la fama de buen editor, de crítico».

En el presente instante, procede a exponerme detalladamente un pensamiento literario que hace tres días me oyó a mí mismo, y por el cual hace tres días tuvimos una discusión, lo que no obsta para que ahora lo lance como suyo. Pero a Aleksandr Petróvich suelen ocurrirle flaquezas semejantes a cada momento, y ésta, su debilidad

inocente, es conocida de todos sus amigos. ¡Cómo se alegra ahora, discursando en su coche; qué contento está de su suerte, qué orondo! Sostiene una disertación de literato oculto, y con su pastosa y decorosa voz de bajo, derrocha erudición. Poco a poco se liberaliza y pasa a una convicción ingenuamente escéptica de que nuestra literatura, y en general la literatura, sea cual fuere y en todos los tiempos, no puede ser honrada ni modesta, sino que es tan sólo una recíproca paliza, por la cordilla; especialmente en los comienzos literarios.

Yo me digo en mi interior que para Aleksandr Petróvich todo escritor honrado y sincero, por esa honradez y sinceridad mismas, si no es tonto, es por lo menos un ingenuo. Naturalmente, semejante opinión procede de la extraordinaria ingenuidad de Aleksandr Petróvich.

Pero ya he dejado de escucharlo. En la isla Vasilievskii me echa del coche, y corro hacia los míos. Aquí está ya la Línea Trece, y aquí está su casita. Anna Andréyevna, al verme, me amenaza con los dedos, me tiende las manos y me hace señas de que no arme ruido.

—Nelly acaba de dormirse. ¡La pobre! —me dice por lo bajo. ¡Por amor de Dios, no alborote! Sin necesidad de eso, ya está, ¡palomita mía!, bastante débil. Nos tiene inquietos. El doctor dice que esto, hasta ahora, no es nada. Pero ¡quién saca en limpio nada de él, de su médico! ¿Y no tendrá usted la culpa de esto, Iván Petróvich? Lo aguardaba a usted, lo esperábamos para comer..., y hace dos días que no aparece...

—¡Pero si hace tres días que les anuncié que en dos no podría venir! —le dije por lo bajo a Anna Andréyevna. Tenía que terminar un trabajo...

—Pero hoy nos había usted prometido venir a comer. ¿Por qué no vino? Nelly se levantó expresamente de la cama, ¡ángel mío!, y la sentamos muy tranquilita en su butaca, y, ¡eso es!, se había levantado para la comida. «Quiero acompañarlos a la mesa, a ustedes y a Vania». Y nuestro Vania sin aparecer. ¡Como que son ya cerca de las siete! ¿Dónde anduvo usted metido? ¡Satirillo que es usted! Pues sepa que ella estaba tan inquieta, que yo ya no sabía qué decirle... Gracias a Dios que al fin se durmió. ¡Palomita! Pero Nikolai Serguieyich se fue, muerto de hambre, con el té solo, y yo estoy que me caigo... Él, Iván Petróvich, salió; me figuro que iba a Perm; es una idea mía...

—¿Y Natascha?

—¡En el jardincillo, palomito, en el jardincillo! Vaya a verla... Ella también me parece... No puedo comprenderlo... ¡Ah, Iván Petróvich, qué disgusto tengo! Quiere convencernos de que está contenta y alegre, pero a mí no me engaña... Vaya a verla, Vania, y dígame luego, en secreto, qué le parece a usted... ¿Me oye?

Pero yo no oía ya a Anna Andréyevna, sino que fui corriendo hacia el jardín. El tal jardincillo pertenece a la casa; tiene veinte pasos de largo y otro tanto de profundidad, y está todo verde. Hay en él tres corpulentos, añosos y copudos árboles, algunos tiernos abedules, unas cuantas matas de lilas y madreselvas, su rincón de frambuesa, dos platabandas de fresas y dos angostos y sinuosos senderuelos, uno a lo

largo y otro transversal. El viejo está entusiasmado con él, y asegura que no tardará en dar setas. Lo principal es que a Nelly le gustaba mucho el jardincillo, y con frecuencia la sacan en un sillón al caminito trasero, y Nelly es ahora el ídolo de toda la casa. Pero aquí está ya Natascha. Alegre sale a recibirme y me tiende su mano. ¡Qué delgada está y qué pálida! ¡Apenas si acaba de reponerse de la enfermedad!

—Qué, ¿lo terminaste ya del todo, Vania? —me pregunta.

—¡Del todo!, ¡del todo! Tengo toda la noche mía.

—¡Vaya, gracias a Dios! ¿Te diste prisa? ¿Te esforzaste?

—¿Qué hacer? Pero eso no es nada. Yo trabajo siempre con cierta tensión nerviosa, con cierta excitación; veo más claramente las cosas, siento con más vivacidad y hondura, y hasta se me subordina todo el temperamento, de suerte que me sale mucho mejor el trabajo forzado...

—¡Ah Vania!, ¡Vania!

Observo que Natascha en los últimos tiempos se interesa extrañamente por mis éxitos literarios, por mi fama. Lleva la cuenta de todo cuanto publiqué el año pasado; me pregunta minuciosamente por mis planes futuros; sigue con atención todas las críticas que me dedican, se enoja con algunas y sin remedio, se empeña en que yo descuello en literatura. Expresa su deseo con tal brío y arrogancia, que yo me maravillo.

—Sólo que te precipitas, Vania —me dice. Te fuerzas y te precipitas, y, además, derrochas tu salud. Mira a C., que en dos años sólo ha publicado dos novelas, y a N., que en diez sólo ha escrito una. Y, en cambio, ¡cuánta corrección, qué pulido todo! ¡Ni un descuido le encuentras!

—Sí, pero es que éstos tienen la vida asegurada, y no tienen que escribir a plazo fijo, mientras que yo... soy un caballo de posta. Pero, bueno, todo es absurdo. Dejémoslo a un lado, amiga mía. ¿Qué hay de nuevo?

—Muchas cosas. En primer lugar, carta de él.

—¿Otras?

—Otra —y me entregó una carta de Alioscha.

Era la tercera después de la separación. La primera se la había escrito estando todavía en Moscú, y se la escribió como en un arrechucho. Se había dado cuenta de que las circunstancias se habían puesto de tal modo, que le era imposible regresar de Moscú a Petersburgo, según había pensado antes de la separación. En la segunda carta se apresuraba a anunciarle que estaría dentro de unos días con nosotros, a fin de casarse lo antes posible con Natascha, cosa que estaba resuelta y que no habría fuerza alguna en el mundo capaz de impedir. Y, no obstante, del tono de toda la carta resultaba claro que estaba desesperado, que una influencia extraña se había apoderado ya por completo de él y que ni él mismo creía lo que decía. Recordaba entre otras cosas, que Katia era su providencia y quien únicamente lo consolaba y animaba. Con avidez abrí la tercera carta.

Era una carta de dos carillas, escrita de una manera incoherente, deshilvanada,

aprisa y con una letra difícil de descifrar, salpicada de borrones y lágrimas. Empezaba Alioscha diciendo que renunciaba a Natascha, y le rogaba lo olvidase. Se esforzaba por demostrar que su matrimonio era imposible; que cierta influencia extraña, hostil, era más fuerte que todo, y que, finalmente, así tenía que ser; que él y Natascha, unidos, serían desgraciados, porque no eran iguales. Pero no podía contenerse, y de pronto, dejando a un lado sus razonamientos y demostraciones, de un golpe y sin transición, y sin soltar la pluma, salía reconociendo que había obrado mal con Natascha; que era un hombre perdido y no tenía fuerzas para oponerse a la voluntad de su padre, que se había presentado en el pueblo. Escribía que no se consideraba con energías suficientes para describir su dolor; confesaba, entre otras cosas, que se sentía completamente capaz de hacer feliz a Natascha; se ponía de repente a demostrar que eran ambos pariguales; con terquedad, con rencor rebatía las afirmaciones paternas; desesperado acometía la descripción del cuadro de la felicidad de toda su vida, que se les depararía a los dos, a él y a Natascha, si llegaban a casarse; se maldecía a sí mismo por su falta de entereza, y... terminaba despidiéndose por *in aeternum*. Estaba escrita la carta con dolor. Era evidente que la había pergeñado completamente fuera de sí. A mí se me saltaron las lágrimas. Natascha me dio otra carta de Katia. Esta carta había llegado en el mismo sobre que la de Alioscha, pero cerrada. Katia, muy lacónicamente, en unas cuantas líneas, le participaba que Alioscha estaba, efectivamente, muy triste, que lloraba mucho y daba indicios de desesperación, y hasta parecía algo enfermo; pero ella estaba a su lado, y él sería feliz. Entre otras cosas, Katia se esforzaba por explicarle a Natascha, para que no pasara mucha pena, que Alioscha no tardaría en consolarse, y que su dolor no parecía serio. «No la olvidará a usted nunca —añadía Katia—, y no podrá olvidarla nunca, porque no tiene corazón para eso. La ama a usted infinitamente; la amaré siempre, y si dejase de amarla a usted algún día, si alguna vez dejara de sentir tristeza al evocar su recuerdo, yo misma dejaría de amarlo por esa sola razón en el acto».

Le devolví a Natascha ambas misivas: cambié con ella una mirada, y no dijimos palabra. Así habíamos hecho también en ocasión de las dos primeras y, en general, rehuíamos hablar de lo pasado, como si así lo hubiéramos convenido. Ella sufría lo indecible; harto lo veía yo, pero no quería demostrarlo en mi presencia. Después de su vuelta a la casa de sus padres, estuvo en cama tres semanas con fiebre, y ahora apenas comenzaba a convalecer. Hablábamos también poco del próximo cambio de cosas, no obstante saber ella que al viejo le iban a dar un destino y en breve tendríamos que separarnos, a pesar de lo cual estaba siempre conmigo cariñosa y atenta, y se preocupaba también por cuanto a mí afectaba en todo aquel tiempo. Con tanta asiduidad y tesón escuchaba todo lo que estaba obligado a decirle de mí mismo que, al comienzo se me hacía cuesta arriba; me parecía que quería compensarme por el pasado. Pero ese escrúpulo no tardó en desaparecer; comprendí que ella tenía otro deseo muy distinto; que, sencillamente, me amaba; que me amaba infinitamente, que no podía vivir sin mí, y no olvidaba cosa alguna que a mí se refiriese, que pienso que

nunca hermana amó a su hermano de igual modo que Natascha me amaba a mí. Yo sabía muy bien que nuestra separación inminente le desgarraba el corazón, que Natascha sufría, y ella sabía también que yo no podía vivir sin ella. Pero de esto no hablábamos, no obstante hacerlo muy detalladamente de los próximos acontecimientos.

Yo le pregunté por Nikolai Serguieyich.

—Creo que volverá pronto —me respondió Natascha. Prometió estar aquí para el té.

—¿Es que anda gestionando la destinación?

—Sí; por lo demás, se la darán, sin duda; pero hoy me parece que no ha sido por eso por lo que ha salido —añadió pensativa. Creo que eso otro es mañana.

—Entonces, ¿por qué salió?

—Pues porque yo había recibido carta... Hasta tal punto está enfermo por mí —añadió Natascha, después de un silencio—, que llega a pesarme, Vania. Parece que hasta en sueños no ve a nadie sino a mí. Estoy segura de que quitando el cómo estaré, qué me pasará, en qué estaré pensando en este instante, en ninguna otra cosa piensa. Todas mis penas lo afectan. Yo misma veo la fuerza que algunas veces, torpemente, hace por contenerse y dar a entender que no sufre por mí; cómo finge alegría y cuánto hace por reírse y hacernos reír. Mamá tampoco en estos momentos cree en su alegría, y suspira... ¡Es tan torpe!... ¡Alma sencilla! —añadió, sonriendo. Hoy, por ejemplo, en cuanto recibí la carta, enseguida no tuvo más remedio que echar a correr, por no encontrarse con mis miradas. Yo lo quiero más que a mí misma, más que a todo en el mundo, Vania —añadió bajando la cabeza y estrechándome la mano. Incluso más que a ti...

Dimos dos vueltas al jardincillo antes que ella empezara a hablar.

—Esta noche vendrá también a vemos Maslobóyev —dijo.

—Sí; últimamente los ha visitado mucho.

—¿Y no sabes por qué viene? *Mámascha* tiene fe en él, y no sé por qué. Piensa que hasta tal punto sabe de todo (bueno, de leyes y demás), que puede arreglar cualquier asunto. Vamos a ver: ¿qué idea te figuras que trae ahora en el magín? Pues siente mucho que yo no haya llegado a ser princesa. Este pensamiento no la deja vivir, y, según parece, fue y se lo confesó todo a Maslobóyev. Con mi padre no se atreve a hablar de estas cosas y piensa: «¿No se podría conseguir algo con Maslobóyev, apelando aunque fuera a las leyes?». Maslobóyev, al parecer, no la contradice, y ella lo obsequia con aguardiente —añadió, sonriendo, Natascha.

—No hablemos más de ese pícaro. Pero tú, ¿cómo sabes eso?

—Pues porque *mámascha* misma me lo ha dado a entender... con alusiones...

—¿Y Nelly? ¿Cómo está? —pregunté.

—Me causas admiración, Vania, hasta ahora no me habías preguntado por ella —dijo Natascha con dejos de reproche.

Nelly era el ídolo de todos en aquella casa. Natascha la quería enormemente, y

Nelly le correspondía al fin con todo el corazón. ¡Pobre niña! No podía esperarse que hubiese en el mundo seres así, que pudiesen quererla tanto, y yo veía con placer que su huraño corazón se iba ablandando y cómo nos abría a todos su alma. Con ardor morboso se asía a todo aquel cariño que la rodeaba, por aversión a todo su pasado, que había engendrado en ella desconfianza, encono y tesón. Pero, ahora también Nelly largo tiempo se obstinó; largo tiempo, con toda intensión, ocultó de nuestra vista las lágrimas de reconciliación que afluían a sus ojos, hasta que, finalmente, se nos entregó por entero. Quería mucho a Natascha, y después al viejo. Yo también me hice hasta tal punto indispensable para ella, que caía enferma cuando tardaba mucho en ir. La última vez, al despedirme por dos días, a fin de terminar definitivamente mi trabajo, me vi obligado a convencerla..., claro que, sin duda con muchos rodeos. Nelly se avergonzaba mucho todavía de poner al descubierto con demasiada franqueza sus sentimientos...

A todos nosotros nos causaba gran inquietud. En silencio y sin el menor debate, quedó resuelto que no saldría ya nunca de casa de Nikolai Serguieyich; pero la fecha de la partida se acercaba, y ella estaba cada vez peor. Se había puesto enferma el día que yo la llevé a casa de los viejos, el día que éstos se reconciliaron con Natascha. Por lo demás, ¿qué culpa tenía yo? Siempre había estado enferma. La enfermedad se le había ido desarrollando gradualmente ya antes, pero ahora empezaba a agravarse con extraordinaria rapidez. No sé ni puedo definir exactamente su maña. Los ataques, es verdad, se repetían ahora más a menudo que antes; pero lo principal, cierto agotamiento y desmayo de todas sus energías, fiebre y excitabilidad continuas..., todo eso junto la llevó en los últimos días al extremo de no poderse ya levantar de la cama. Y cosa extraña: cuanto más se apoderaba de ella la enfermedad, tanto más cariñosa y comunicativa estaba Nelly con nosotros. Tres días antes me cogió la mano al pasar yo junto a su cama, y me atrajo a sí. En la habitación no había nadie. La cara le ardía, estaba espantosamente flaca, de sus ojos salía fuego. Con apasionamiento convulsivo se estrechó contra mí, y cuando yo me incliné hacia ella, me ciñó con fuerza el cuello con sus morenas y delgadas manos y me dio un beso fuerte, y luego, acto seguido, mandó ir allá a Natascha. Yo la llamé; Nelly quería, a todo trance, que Natascha se sentase al filo de la cama y la contemplase.

—Yo también tenía muchas ganas de mirarla —decía. Yo anoche la veía a usted en sueños y esta noche la veré también... Yo sueño mucho con usted... todas las noches.

A Nikolai Serguieyich lo quería casi más que a nadie, aparte de mí. Es menester decir que Nikolai Serguieyich la quería también a ella poco menos que a Natascha. Tenía una gracia especial para distraer y hacer reír a Nelly. No hacía más que asomar por su cuarto, y ya estaba ella riéndose y hasta con gachonería. La enfermita se alegraba como un niño, coqueteaba con el viejo, se reía con él, le refería sus sueños, y el viejo se ponía tan contento, tan ufano al ver a su hijita Nelly, que cada día salía de allí más entusiasmado con ella.

—Nos la ha mandado Dios en recompensa por nuestros dolores —me dijo una vez al salir del cuarto de Nelly, después de santiguarla, como de costumbre, por las noches.

Todos los días, al oscurecer, cuando nos reuníamos todos (Maslobóyev iba también por allí casi todas las tardes), solía acompañarnos también el viejo doctor, que se había unido en amistad cordial con los Ijménieves; y nos traían también a Nelly en su sillón y la colocaban junto a la mesa redonda. Abrían la puerta del balcón. El jardincillo verde, iluminado por el sol poniente, se nos mostraba entero. Subía de él el olor a la hierba fresca y a las abiertas lilas. Nelly, sentada en su butaca, nos miraba a todos cariñosa y escuchaba nuestra conversación. A veces se reanimaba, e infaliblemente rompía a hablar también ella. Pero en aquellos instantes nosotros la escuchábamos, por lo general, con extraordinaria inquietud, porque en sus recuerdos había temas sombríos que no era posible tocar. Tanto yo como Natascha y los Ijménieves sentíamos y comprendíamos toda nuestra culpa para con ella desde aquel día en que, temblando y rendida, se vio obligada a contarnos su historia. El doctor, especialmente, era enemigo de esas evocaciones, y generalmente se esforzaba por cambiar de conversación. En esos casos procuraba Nelly no darnos a entender que comprendía nuestros esfuerzos, y comenzaba a reírse del doctor o de Nikolai Serguieyich.

Y, sin embargo, cada vez estaba peor. Se había vuelto sumamente sensible. Su corazón latía irregularmente, y el doctor afirmaba que podía morirse cualquier día.

Yo no le hablé de esto a los Ijménieves para no alarmarlos. Nikolai Serguieyich estaba firmemente persuadido de que se pondría bien en el camino.

—Mira; ya ha vuelto papá —dijo Natascha, que había oído su voz. ¡Vamos allá, Vania!

Nikolai Serguieyich, apenas transpuso el umbral, empezó a hablar en voz alta. Anna Andréyevna tuvo que advertirle a él también con las manos. El viejo inmediatamente se contuvo, y, al vernos a mí y a Natascha, en voz queda y con aire precipitado empezó a referirnos el resultado de sus gestiones. El terreno que solicitaba estaba ya a su disposición, y él estaba muy contento.

—De aquí a dos semanas tendremos que ponernos en camino —dijo, frotándose las manos y mirando, solícito, de soslayo, a Natascha. Pero ésta le contestó con una sonrisa y lo abrazó, con lo que en un momentito se desvanecieron todas sus dudas.

—¡Nos vamos allá, nos vamos allá, amigos míos! —exclamó él, alegre. Sólo nos da pena separarnos de ti, Vania...

(Observaré que ni una vez siquiera me había propuesto viajar con ellos, lo que, a juzgar por su carácter, sin duda habría hecho... en otras circunstancias, es decir, si no hubiera sabido mi amor por Natascha).

—Bueno ¡qué le vamos a hacer, amigos míos, qué le vamos a hacer! Lo siento, Vania, pero el cambio de aires nos va a dar a todos nueva vida... El cambio de lugar..., ¡quiero decir el cambio de todo! —añadió, mirando otra vez a su hija.

Tenía fe en aquello y estaba contento con su fe.

—Pero ¿y Nelly? —dijo Anna Andréyevna.

—¿Nelly? Sí, es verdad... Palomita mía, está algo malucha; pero de aquí a entonces, seguramente ya se habrá puesto bien. Ahora ya está mejor. ¿Qué te parece, Vania? —dijo como asustado, y me miró con inquietud, como si yo tuviese el deber de disipar sus dudas.

—¿Cómo está? ¿Cómo durmió? ¿No le ha pasado nada? ¿Sabes una cosa, Anna Andréyevna? Vamos a sacar una mesita a la terraza; llevaremos allí el samovar, nos sentaremos todos, y Nelly con nosotros... Verás qué bien. Pero ¿no se habrá despertado ya? Voy a ver. Nada más que mirarla... ¡No te pongas así, no te apures! —añadió al ver que Anna Andréyevna volvía a agitar las manos.

Pero Nelly ya se había despertado. Al cuarto de hora, todos nosotros, según era costumbre, nos hallábamos sentados en torno a la mesa para el samovar de la tarde.

Sacaron a Nelly en su butaca. Se presentó el doctor, se presentó también Maslobóyev, quien traía para Nelly un ramo de lilas. Pero parecía algo preocupado y triste.

En efecto, Maslobóyev iba allí casi a diario. Ya dije que todos, y en particular Anna Andréyevna, lo queríamos mucho, pero nunca recordábamos entre nosotros los servicios de Aleksandra Semiónovna; no se acordaba de ellos ni el propio Maslobóyev. Anna Andréyevna, al enterarse por mí de que Aleksandra Semiónovna aún no había podido hacerlo su esposo legal, adoptó la resolución de arreglar ese asunto, pero hablar de ello en casa era imposible. Así lo observaba, y hacía muchos proyectos la propia Anna Andréyevna. Por lo demás, de no haber estado allí Natascha y, sobre todo, de no haber ocurrido lo que ocurrió, puede que no hubiera andado con tantas contemplaciones.

Aquella tarde Nelly estaba especialmente mustia y también preocupada por algo. Era como si hubiese dicho que había tenido una pesadilla y pensara en ella. Pero el obsequio de Maslobóyev la alegró, y con deleite contempló las flores que habían puesto delante de ella en un vaso.

—De modo que te gustan mucho las flores, Nelly —dijo el viejo. ¡Vaya! —añadió con inspiración. Mañana... también... ¡Bueno, ya lo verás!

—Me gustan —respondió Nelly—, y me acuerdo de cómo una vez le dimos a mi mamaíta una sorpresa con flores. Mi *mámascha*, cuando todavía estábamos allá —allá significaba en el extranjero—, estuvo una vez un mes entero muy malita... Yo y Heinrich convinimos en que cuando ella se levantase de la cama y por primera vez saliese de su cuarto, donde había estado recluida un mes entero, le llenaríamos de flores todas las habitaciones. Y así lo hicimos. *Mámascha* dijo una noche que al otro día, por la mañana, se levantaría sin falta a almorzar con nosotros. Nosotros nos levantamos muy tempranito. Heinrich trajo muchas flores, y entre los dos fuimos y llenamos toda la casa de hojas verdes y de guirnaldas. Y había hiedra, y también unas hojas muy anchas..., que ya no sé cómo se llaman, y otras hojas más, que a todo se

agarran, y había también unas flores grandes, blancas, y también había narcisos, que son las flores que a mí más me gustan, y había también rosas, unas rosas magníficas, y muchas muchas flores más. Nosotros las repartimos en guirnaldas y las colocamos en macetas, y tantas flores había allí, que parecían plantas enteras en grandes tiestos; las distribuimos por los rincones, y al salir *mámascha* se asombró y se alegró muchísimo. Heinrich también estaba muy contento... Aún lo recuerdo.

Aquella noche Nelly estaba especialmente débil y nerviosa. El doctor la miraba inquieto. Pero ella tenía muchas ganas de hablar. Y largo rato, hasta que se hizo noche, nos estuvo contando cosas de su vida anterior allá; nosotros no la interrumpíamos. Allá, con *mámenka* y con Heinrich, había viajado mucho, y sus recuerdos de entonces perduraban con toda nitidez en su memoria. Emocionada, nos hablaba de los cielos azules, de las altas montañas con nieves que había visto y recorrido, de las torrenteras y manantiales; luego, de los lagos y valles de Italia, de las flores y de los árboles, de los vecinos de las aldeas, de sus trajes y de sus caras morenas y sus negros ojos; nos refería distintos encuentros y lances que allí había tenido. Luego nos hablaba de las grandes ciudades y palacios, de los altos templos con cúpulas, iluminados todo alrededor con luces de distintos colores; luego, de la ciudad calurosa, en junio, con los cielos azules y el mar azul... Nunca Nelly nos había contado tan detalladamente sus recuerdos. Nosotros la escuchábamos con tensa atención. Hasta allí sólo sabíamos de otros recuerdos suyos: en la ciudad sombría, adusta, de atmósfera agobiante, opresora, de cargado ambiente de suntuosos palacios, siempre manchados de suciedad; con un sol turbio, pobre y gente mala, medio enloquecida, que tanto las habían hecho sufrir, a ella y a su madre. Y yo me imaginaba cómo las dos, en su sucio sótano en las tardes húmedas y lóbregas, abrazadas a su mísero jergón, recordarían su pasado, al difunto Heinrich y las maravillosas tierras exóticas... Me imaginaba también a Nelly, recordando todo eso ya sola, sin su mamaíta, cuando la Búbnova, con golpes y fiera crueldad, quería dominarla y obligarla a cosas feas.

Pero, finalmente, Nelly empezó a sentirse mal, y la llevaron adentro. El viejo doctor se alarmó mucho y lamentó que la dejasen hablar tanto. Le había dado un ataque al estilo de un síncope. Aquel ataque se había repetido ya varias veces. Siempre que se le pasaba, pedía Nelly verme a mí. Necesitaba decirme algo a mí solo. Tanto insistía en ello, que aquella vez el doctor mismo dispuso que yo satisficiera su deseo, y todos salieron de la alcoba.

—Mira, Vania —dijo Nelly, luego que nos quedamos solos—: yo sé que ellos creen que yo voy a acompañarlos, pero yo no podré hacerlo, porque no estoy en condiciones; así que me quedaré aquí contigo, y esto era lo que tenía que decirte.

Yo intenté persuadirla. Le dije que en casa de los Ijménieves todos la querían, que la consideraban una hija, que todos habrían de sentir mucho que no los acompañara; que, en cambio, la vida conmigo había de hacérsele muy dura, y que, aunque yo la quisiera mucho, eso no importaba, pues no había más remedio que separarnos.

—¡No, eso no puede ser! —respondió, resuelta, Nelly. Porque yo veo con frecuencia a mi *mámascha* en sueños, y ella me dice que no vaya con ellos y que me quede aquí; me dice que yo he cometido muchos pecados, que dejé solo al abuelito, y no hace más que llorar al decirme todo eso. Yo quiero quedarme aquí y visitar al abuelito, Vania.

—Pero si tu abuelito murió, Nelly —dije, después de escucharla con asombro.

Ella reflexionó y me miró fijamente.

—Cuéntame otra vez, Vania —dijo—, cómo murió el abuelito. Cuéntamelo todo, sin omitir detalle.

A mí me asombró su demanda; pero, aún así, empecé a contárselo todo. Sospechaba que estaba delirando o, por lo menos, que aún no tenía la cabeza firme después del ataque.

Ella escuchó atentamente mi relato, y recuerdo cómo sus negros ojos, de un morboso brillo y con destellos febriles, seguían fijos y atentos durante todo el transcurso de mi narración. En el cuarto ya se había hecho la sombra.

—¡No, Vania, no murió! —dijo resueltamente, y una vez más se quedó cavilando. Mi mamá suele hablarme del abuelito, y al decirle yo anoche: «¡Pero si el abuelito murió!», se enfadó muchísimo y se echó a llorar, y me dijo que no, que a mí me lo habían hecho creer así con toda intención, pero que él salía ahora a pedir limosna, «lo mismo que en aquellos tiempos la pedía contigo», dijo *mámascha* y siempre va a aquel mismo sitio, donde nos lo encontramos aquel día, cuando yo me eché a sus pies y Azorka me conoció...

—Ésos son sueños, Nelly; sueños enfermizos, porque ahora estás malita —le dije.

—Eso mismo pienso, que son sueños —asintió Nelly—, y no se los he contado a nadie. Sólo a ti quería contártelos. Pero hoy, al quedarme dormida en vista que tú no venías, vi en sueños al propio abuelito. Estaba en su casa, sentado a la mesa, aguardándome, y estaba raro, muy consumido, y me dijo que llevaba dos días sin comer, y Azorka lo mismo, y estaba muy enfadado conmigo y me recriminaba. También me dijo que no tenía ni un polvo de rapé, y que sin el rapé le es imposible la vida. Efectivamente, Vania, a mí en otros tiempos me dijo una vez lo mismo; ya después de haberse muerto mi *mámascha*, cuando fui a verlo. Estaba entonces muy enfermo, y casi había perdido el conocimiento. Pues ya ves... yo le he oído hoy eso mismo y pienso: «Pues iré, me plantaré en la acera y me pondré a pedir limosna, y con lo que me den voy y le compro pan y patatas fritas y tabaco». Y me parece como que me levanto, y voy, y veo que el abuelito anda por allí, se hace un poco el remolón, y luego se me acerca y me mira a ver cuánto he recogido, y me lo quita: «Esto —dice— para pan; ahora pide para tabaco». Yo pido y él vuelve a venir, y me lo quita. Yo le digo que eso no hacía falta, que yo se lo daría todo y que no me quedaría con nada. «No —dice—; tú me robas; a mí me dijo la Búbnova que tú eras una ladronzuela, por lo que yo nunca te admitiré en mi casa. ¿Qué hiciste con las otras monedas?». Yo me eché a llorar de la pena que me dio que él no me creyera;

pero él no quiso escucharme y se puso a gritar: «Me has robado mi dinero». Y empezó a pegarme allí mismo en la acera, y me dolía mucho. Y yo lloraba la mar... Ahí tienes por qué se me ocurrió, Vania, que él no tenía más remedio que vivir todavía, y va a ponerse en acecho, en algún sitio, solo, para aguardar a que yo pase.

Yo volví a intentar persuadirla y convencerla de que no era así, y, finalmente, al parecer, quedó convencida. Me contestó que ahora temía dormirse, porque veía a su abuelito. Por último, me abrazó estrechamente...

—¡Yo, a pesar de todo, no puedo dejarte, Vania! —me dijo, restregando mi rostro contra su carita. Aunque no sea verdad eso del abuelito, yo no me separaré de ti.

En la casa todos estaban alarmados con el ataque de Nelly. Yo, en voz queda, le comuniqué al doctor todos sus desvaríos y le pregunté categóricamente qué pensaba de su enfermedad.

—Aún no hay nada seguro —me respondió, pensativo. Yo hasta ahora me limito a conjeturar, a reflexionar, a observar...; pero nada... nada claro. En términos generales, es imposible que recobre la salud. Morirá. Yo no se lo digo a usted porque me haya preguntado; pero yo estoy muy inquieto y para mañana tengo pensado reunir consulta de médicos. Puede que la enfermedad tome otro cariz después de la consulta. Pero a mí me da mucha pena esa criatura, como si fuera una hija mía... ¡Pobre, pobre nena! ¡Y con un humor tan travieso...!

Nikolai Serguieyich era presa de particular emoción.

—Mira, Vania, he pensado —me dijo— que a ella le gustan mucho las flores. ¿Sabes una cosa? Vamos mañana a tenerle preparado, para cuando despierte, un ramo de flores como los que ella, junto a aquel Heinrich de su historia, hizo para su *mámascha*, según nos contó hoy... ¡Con qué emoción nos lo contó...!

—Con demasiada —respondí yo. Las emociones son ahora peligrosas para ella...

—Sí, pero las emociones agradables no. Créeme, cree a mí experiencia: las emociones agradables no hacen daño; las emociones gratas pueden hasta curar, devolver la salud.

En resumen: que aquella idea seducía tanto a nuestro viejo, que ya estaba entusiasmado con ella. Habría sido imposible objetarle. Yo pedí consejo al doctor; pero antes que hubiera podido imaginármelo, ya Nikolai Serguieyich había cogido un saco y corría a poner en práctica su iniciativa.

—Mira —me dijo al salir—, no lejos de aquí hay un invernadero, un invernadero magnífico. Los jardineros venden las flores. ¡Cuántas hay, y qué baratas! ¡Las dan casi de balde! Aunque háblale de esto a Anna Andréyevna, e inmediatamente tronará contra el gasto. Pero oye una cosa, amiguito, ¿adónde vas tú ahora? Ya se terminó, tuvo remate tu trabajo. ¿Qué prisa tienes por volverte a casa? Quédate a dormir con nosotros arriba, en la alcobita. ¿Recuerdas? Está como antes. Allí tienes tu colchón y tu cama; todo en el mismo sitio de antes y sin revolver.

Dormirás como un rey. Conque... ¿Te quedas? Mañana nos levantaremos tempranito, traeremos las flores, y a las ocho llenaremos con ellas toda la habitación.

Natascha también nos ayudará; ella tiene más gusto que los dos juntos... ¿Qué? ¿Estamos conformes? ¿Te quedas?

Decidieron que me quedaría allí a pasar la noche. El viejo arregló la cosa. El doctor y Maslobóyev se despidieron y se retiraron. Los Ijménieves tenían costumbre de acostarse temprano, a las once. Al irse, Maslobóyev parecía preocupado y deseoso de decirme algo, sólo que lo dejó para mejor ocasión. Cuando yo, después de despedirme del viejo, subía a mi alcoba, me quedé asombrado al verlo allí de nuevo. Estaba sentado junto a una mesita aguardándome, y hojeaba un libro.

—Me volví en mi camino, Vania, porque ahora podremos hablar. Siéntate ahí. Mira qué cosa tan estúpida, tan lamentable inclusive...

—¿De qué se trata?

—Pues de otra fechoría que el bribón de tu príncipe ha cometido no hace más de dos semanas, y de tal índole, que a mí aún no se me pasa la rabia.

—Pero ¿qué ha sido ello? ¿Quizá continúas en relaciones con el príncipe?

—En seguida sales con tu «de qué se trata», cuando Dios sabe lo que ha pasado... Tú, hermano Vania, ni pones ni quitas, mi Aleksandra Semiónovna y, en general, todo ese insoportable mujerío... No puedo sufrir a las hembras... El cuervo grazna en seguida: «¿De qué se trata?, ¿de qué se trata?».

—No te enfades.

—Pero si no me enfado lo más mínimo, sino que en todo asunto es preciso mirar con los ojos de siempre, no exagerar...; he ahí todo.

Guardó silencio un instante, como si aún estuviera enfadado conmigo. Yo no lo interrumpí.

—Mira, hermano —insistió—, me encuentro complicado en un asunto...; es decir, en realidad, no lo estoy ni ha tenido tampoco las consecuencias que yo imaginaba...; es decir, que de ciertas razones deduje yo que Nelly podría ser..., en una palabra: la hija legítima de un príncipe.

—¿Qué dices!

—¡Ea!, ya saliste con tu «¿Qué dices!»... ¡Con individuos así no es posible hablar! —exclamó, gesticulando con violencia. ¿Te he dicho acaso algo categórico, cabeza de chorlito? ¿Te he dicho yo que ella sea la hija legítima de un príncipe? ¿Te lo dije quizá?...

—Escucha —lo atajé yo muy agitado. Por amor de Dios, no grites, y explícate con claridad y precisión. Por Dios que te entiendo. Comprendo hasta qué punto es importante la cosa y qué consecuencias...

—¿Consecuencias?... ¿Y por qué?... ¿Dónde están las pruebas? Las cosas no se hacen así, y yo te hablo ahora en secreto. Y voy a explicarte la razón de que hable de esto contigo. Quiere decir que no había más remedio. Calla y escucha, y ten presente que se trata de un secreto... Mira en qué consiste el asunto. Este invierno, todavía antes que Smith muriese, cuando el príncipe no había hecho más que regresar de Varsovia, acometió esta empresa. Aunque, en verdad, ya la había empezado mucho

antes, el año pasado. Pero entonces buscaba él una cosa, y ahora busca otra. Lo principal de todo esto es que ha perdido la pista. Hace trece años que se separó en París de la hija de Smith y la abandonó; pero todos estos trece años él, tesorero, la seguía. Se enteró de que vivía con Heinrich, el mismo de que nos hablaron hoy; sabía que tenía consigo a Nelly y sabía que estaba enferma; es decir, que estaba al tanto de todo, sólo que de repente perdió el rastro. Y esto le ocurrió, al parecer, a raíz de la muerte de Heinrich, cuando la hija de Smith volvió a Petersburgo. En Petersburgo, naturalmente, no habría tardado en encontrarla, cualquiera que fuese el nombre con que ella hubiese regresado a Rusia; pero lo cierto es que sus sabuesos de allende la frontera lo engañaron con un testimonio apócrifo: le hicieron creer que ella vivía en cierta aldehuela del Mediodía de Alemania. Pero era que ellos mismos se habían engañado por descuido: confundieron las personas. Así siguió la cosa un año más. Pero el año pasado el príncipe empezó a tener dudas; de ciertos hechos había llegado a inferir ya mucho antes que aquello no podía ser verdad. Ahora se le planteaba la pregunta: «¿Qué había sido de la verdadera hija de Smith?». Y se le ocurrió así, sin el menor dato: ¿no estaría en Petersburgo? Hasta entonces sólo había realizado investigaciones en el extranjero; pero luego empezó a hacerlas aquí. Según parece, no quería usar demasiado trámite oficial, y se puso al habla conmigo. Me lo presentaron: «Fulano de tal que, ¡diantre!, se ocupa en asuntos por afición», y etcétera, etcétera. Entonces él me explicó el asunto, sólo que de un modo oscuro, ¡el hijo del diablo!, oscuro y ambiguo. «Se han cometido muchos yerros —repetía algunas veces—, nos transmitieron los hechos con aspectos distintos al mismo tiempo...». Como es sabido, por listos que sean, siempre se les escapa algún detalle. Yo, naturalmente, empecé a trabajarle con diligencia y honradez, en una palabra, con adhesión servil. Pero, de acuerdo con la regla a que siempre me atengo, pensando en la ley de la paternidad, porque hay una ley de la paternidad, empecé por decirme: «¿Qué necesidad tenía de llamarme?». Y luego: «¿No se esconderá, tras la necesidad alegada, alguna otra encubierta?». Porque, en este último caso, como tú mismo, hijito, podrás comprender con tu poética imaginación..., él me defraudaba, porque una de las dos necesidades valía, supongamos, un rublo, y la otra cuatro. Yo me puse a discurrir y a conjeturar, y poco a poco llegué a formularme las siguientes conclusiones: la primera necesidad, él mismo me la había manifestado; la segunda..., había de sacársela a algunos de sus servidores, a cuenta de tercero, obrando con mi propio ingenio. Te preguntarás acaso por qué precisamente me decidí a proceder de ese modo. Pues te contestaré: habría bastado la sola circunstancia de que el príncipe se interesase tanto por una cosa, para inferir que temía algo. Ahora que, en realidad, ¿qué era lo que temía? Le arrebató una hija a su padre, quedó la chica encinta y él la abandonó. Y, ¿qué importancia tiene todo esto? Una travesura simpática y nada más. Por una nimiedad semejante no se inquieta un hombre como el príncipe. Y era el caso que él tenía miedo... Aquí empezaban mis dudas. Yo, hermano, llegué a sacar algunas conclusiones curiosísimas, entre otras cosas, a propósito de Heinrich. Éste, sin duda alguna, murió,

pero, por una de sus primas (ahora casada con un panadero aquí en Petersburgo), que había estado un tiempo locamente enamorada de él y que siguió amándolo durante quince años seguidos, a despecho del gordo panaderote, con el cual al principio convivió ocho años; por esa prima suya, digo, logré saber, al cabo de diversas y numerosas gestiones, una cosa importante: Heinrich solía enviarle, en alemán, cartas y diarios, y antes de su muerte le remitió algunos documentos de su propiedad. Ella, la muy necia, no comprendió la importancia de dichas cartas y sólo entendió aquellos pasos en que le hablaba de la luna de *mein lieber Augustin* y también de Vieland, según parece. Pero yo celebré las entrevistas necesarias, y, gracias a esas cartas, llegué a nuevas conclusiones. Llegué a enterarme, por ejemplo, de la existencia del señor Smith, de su dinero, de la hija que le habían raptado, del príncipe que le había robado su capital. Finalmente, a vueltas de diversas exclamaciones, preámbulos y alegorías, se me reveló en aquellas cartas la verdadera esencia de la cosa, es decir, Vania, ¿me comprendes?... Nada terminante. A aquella tonta, Heinrich, con toda intención se lo ocultaba, y sólo le hablaba por alusiones, y yo, de esas alusiones, de todo aquel revoltijo junto, pude formar para mí un cuadro perfectamente armónico, a saber que el príncipe se había casado con la hija de Smith. ¿Dónde, cómo y cuándo se había casado con ella, si en el extranjero o aquí, y dónde estaban los papeles? De eso ni una ligera idea. ¡Nada, hermanito Vania, que yo me tiraba de los pelos de puro furioso, y no hacía más que indagar e indagar, día y noche indagando! Di, por fin, también con Smith, pero éste murió de repente. No me dio tiempo siquiera a cogerlo vivo. Cuando he aquí que, por una casualidad, me entero de que había fallecido una mujer, para mí sospechosa, en Vasilievskii Ostrov. Me informo y me pongo sobre la pista. Corro a Vasilievskii y, ¿recuerdas? Entonces fue cuando aquella vez nos encontramos. Por cierto que, en aquella ocasión, me ayudó mucho también Nelly...

—Oye —le interrumpo—: ¿no crees que Nelly sepa...?

—¿Qué?

—Pues que es hija del príncipe.

—¡Vaya! Tú también sabes que es hija del príncipe —respondió, mirándome con algo de maligno reproche. Pero ¿para qué me haces entonces esas ociosas preguntas, hombre vacío? Lo principal no es eso, sino esto otro de que no sólo es hija del príncipe, sino hija legítima, ¿comprendes?

—¡Eso no puede ser! —exclamé yo.

—Eso mismo me dije yo al principio: «¡No puede ser!», y aún ahora algunas veces me digo todavía: «¡No puede ser!». Pero, en el fondo, es lo cierto que puede ser y que tiene de su parte todas las probabilidades.

—No, Maslobóyev, eso no es así; tú desvarías —exclamé. Ella no sólo no sabe nada de eso, sino que, a fin de cuentas, es hija natural. ¿Cómo, si no la madre, poseyendo algún documento, cualquiera que fuese, hubiera podido soportar tantos sinsabores aquí, en Petersburgo, y, además de eso, dejar a su hija luego en tamaña indefensión? ¡Basta! Eso no puede ser.

—Eso mismo pensaba yo, y hasta ahora lo tuve por incuestionable. Pero, a pesar de todo, en el fondo, la hija de Smith era la mujer de menos talento y más aturdida del mundo. Era una mujer extraordinaria; imagínate únicamente todas las circunstancias: todo puro romanticismo, todo estupidez subestelar en la proporción más violenta y desahogada. Fíjate sólo en esto: desde el comienzo ya soñaba ella nada más que con cosas del Cielo en esta Tierra y con angelitos, se enamoraba sin saber de quién, era de una credulidad sin límites, y convencido estoy de que se volvió loca luego, no porque él se cansara de ella y la dejara, sino por haberse engañado con él, por resultar él capaz de engañarla y abandonarla, por haberse su ángel degradado en el cieno y escupido encima, humillándola. Su romántico y aturdido espíritu no pudo sufrir esa degradación. Y, además, la ofensa: ¿comprendes qué ofensa? Con espanto y, sobre todo, con orgullo, se apartó de él, animada de un desprecio infinito. Rompió todos los lazos, todos los documentos, le escupió al dinero, olvidó incluso que no era suyo, sino de su padre, y renunció a él, como al fango, como al polvo, para aplastar a su seductor con su grandeza de alma, para echarle en cara su robo y tener derecho a despreciarlo mientras viviese; y acaso pensase ella llevar nombre de esposa suya. Entre nosotros el divorcio no existe; pero *de facto* ellos se divorciaron, ¡y cómo iba ella luego a implorar su ayuda! Recuerda que ella, la muy loca, le dijo a Nelly, ya en su lecho de muerte: «No vayas con nadie; trabaja, mátate a sufrir, pero no vayas con nadie que te llame, sea quien fuere»; es decir, que todavía soñaba con que la llamaban, y, efectivamente, tenía ocasión de vengarse, otra vez, de aplastar con su desprecio al llamador. En resumen: que, en vez de pan, le servía de alimento su ensueño rencoroso. Mucho, hermanito, averigüé también respecto a Nelly, y aun ahora sigo averiguando. Sin duda que su madre estaba enferma, tísica y esta enfermedad desarrolla especialmente la malignidad y toda clase de enconos. Sin embargo, yo sé de buena fuente, por un individuo de casa de la Búbnova, que ella le escribió al príncipe; sí, señor, al príncipe, al mismísimo príncipe...

—¿Qué le escribió? ¿Y llegó la carta? —exclamé impaciente.

—Si llegó o no, no lo sé. Una vez se puso de acuerdo la hija de Smith con esa tía (¿te acuerdas de una chica muy empolvada de casa de la Búbnova?; ahora se encuentra en una correccional), y por conducto de ella pensó enviar la carta, y ya la había escrito, sólo que luego se arrepintió y no la envió; esto ocurría tres semanas antes de su muerte... Detalle significativo: si una vez ya se había decidido a escribirle, lo de menos es que luego se guardase la carta: pudo escribirle otra vez. En realidad, no sé si le enviaría o no otra carta, pero existe fundamento para suponer que no, ya que el príncipe se enteró, de seguro, que ella estaba en Petersburgo y dónde vivía, al parecer, ya después de su muerte. ¡Sin duda que se alegraría!

—Sí. Recuerdo que Alioscha hablaba de cierta carta que lo puso de muy buen humor, pero esto fue hace muy poco, a lo más, unos dos meses. Bueno, pero ¿qué más?, ¿qué más? ¿Cómo estabas con el príncipe?

—¿Que cómo estaba con el príncipe? Imagínate: la convicción moral más plena y

ni una prueba terminante... Ni una posición crítica. Sería preciso hacer investigaciones en el extranjero; pero ¿dónde?... Ignorado. Yo, naturalmente, comprendí que me encontraba ante la perspectiva de una lucha, que sólo podía asustarlo con alusiones, darle a entender que sabía más de lo que realmente sé...

—Bueno; ¿y qué?

—Para no engañarte, te diré que yo tenía mucho miedo; hasta tal punto lo tenía, que aún sigo teniéndolo. Celebramos varias entrevistas. ¡Con qué habilidad fingía él! En una ocasión, él mismo, espontáneamente, se puso a contármelo todo. Se figuraba que yo lo sabía todo. Bien me lo contó, con sentimiento, con sinceridad... Claro que inconscientemente mentía. Pero entonces pude yo ver hasta qué punto me temía. Fingiré con él algún tiempo que soy un bobalicón terrible que se las quiere dar de listo. Él se asustó torpemente, es decir, con torpeza afectada; me portaba con él adrede de un modo grosero; empecé a amenazarlo..., todo con el fin de que él me tomase por un simplón y se fuese de lengua. Pero se lo olió el muy pícaro. Otra vez fui a verlo borracho y traté de engañarlo así; pero él no soltó prenda ni por ésas, ¡el tunante! Tú, hermanito, podrás comprender esto; Vania, yo necesitaba absolutamente comprobar hasta qué punto me tenía miedo, y, en segundo lugar, hacerle creer que sabía más de lo que realmente sé.

—Bueno; ¿y en qué paró la cosa?

—Pues en nada. Eran necesarias pruebas, hechos, y yo no los tenía. Sólo una cosa comprendió él, y es que, fuese como fuese, podía armarle un escándalo. Naturalmente, le temía al escándalo, tanto más cuanto que empezaba a relacionarse aquí. ¿No sabes que se va a casar?

—No.

—Pues el año que viene. A su novia no la había visto hasta el año pasado: tendría entonces ella catorce años; ahora tiene quince, según parece, y viste aún pobrecilla, de corto. Los padres están contentísimos. ¿Comprendes la falta que le hacía a él que su mujer muriese? Su futura es hija de un general, una señorita con dinero, con mucho dinero. Yo, hermano Vania, nunca me casaré así... ¡Sólo eso no me perdonaría en toda la vida! —exclamo Maslobóyev, descargando un recio puñetazo en la mesa. Y... hace dos semanas me escupió... ¡Villano!

—¿Cómo fue eso?

—Pues así mismo. Yo vi que él comprendía que yo no tenía en mi poder ninguna prueba terminante, y, por último, comprendí que, cuanto más se prolongase el asunto tanto más pronto, naturalmente, había de descubrir él mi indefensión. En una palabra: que me avine a recibir de él dos mil rublos.

—¡Dos mil rublos cogiste!

—En plata, Vania; con dolor de mi corazón los tomé. ¡Es que semejante asunto debía dar de sí más que dos mil rublos! Con vilipendio los acepté. Estaba delante de él como aquél a quien lo escupen. Decía él: «Yo a usted, Maslobóyev, no le he pagado aún sus anteriores gestiones (cuando por las anteriores gestiones me había

pagado, no hacía mucho, ciento cincuenta rublos, según lo convenido), y vea usted que tengo que salir de viaje; así que aquí tiene usted los mil rublos, y espero que con ellos todo nuestro asunto podrá darse por perfectamente liquidado». Yo le respondí: «Perfectamente liquidado, príncipe». Pero no me atrevía a mirarlo a su fea cara y pensé: «Ahora tendrá también escrito en ella: ¿Qué? ¿Le parece bastante? ¿Pues se lo doy de puro bueno, so imbécil!». ¡No recuerdo cómo salí de allí!

—¡Eso es una bajeza, Maslobóyev! —exclamé. ¿Qué es lo que has hecho con Nelly?

—No es sencillamente una bajeza; es algo digno de presidio, una porquería. Es..., es... ¡no hay palabras con qué calificarlo!

—¡Dios mío! Él, por lo menos, está obligado a asegurarle la vida a Nelly.

—¿Qué es eso de obligado? ¿Cómo se le obliga? ¿Asustándolo? No se asustará. ¿No ves que ya tomé el dinero? Yo, yo mismo reconocí ante él que todo el miedo que pudiera infundirle valía dos mil rublos en plata; yo mismo me tasé en esa cantidad. ¿Cómo asustarlo ahora?

—¿De modo que en eso vino a parar el asunto de Nelly? —exclamé casi desesperado.

—¡No se trata de eso! —exclamó con vehemencia Maslobóyev y como estremeciéndose. No, yo a él no lo asustaré con eso. Yo voy a emprenderla ahora con un asunto nuevo, Vania: es cosa decidida. ¡Qué me importa que le haya aceptado los dos mil rublos! ¡Qué me importa eso! Yo, a fin de cuentas, a ofensa tomo que él, el muy holgazán, me engañara y encima se burlase de mí. Me engañó y se burló encima. No; yo no consiento que se burlen de mí. Ahora yo, Vania, voy a poner manos a la obra con Nelly. Después de haber realizado algunas observaciones, estoy convencido de que en ella se cifra toda la clave de este asunto. Ella lo sabe todo, todo... Se lo contó su madre. En sus horas de fiebre, en sus instantes de tristeza, pudo muy bien contárselo. A nadie tenía con quien quejarse —insinuó—; a ella se lo contaría. Y es posible que demos con algún documento —añadió con grato entusiasmo, frotándose las manos. ¿Comprendes ahora, Vania, por qué yo ando por aquí bebiendo los vientos? En primer lugar, por el cariño que te tengo; eso ni que decir tengo; pero, además, porque estoy observando a Nelly, y, en último término, amigo Vania, quieras o no, tú estás obligado a secundarme, puesto que ejerces ascendiente sobre Nelly.

—Desde luego, te lo juro —exclamé—, y espero, Maslobóyev, que tú, esto es lo principal, te esforzarás por Nelly, por una pobre huérfana ofendida, y no por el puro lucro personal...

—¡Pero, en un asunto así, por qué lucro voy a esforzarme, hombre bendito! ¡Sólo se trata de obrar..., he ahí lo principal! Claro que lo principal, para una huérfana, eso lo manda incluso el amor a la humanidad. Pero tú, Vániuscha, no me juzgues sin apelación porque mire por mí. Yo soy pobre, y él no tiene reparo en ofender a los pobres. Me ha quitado a mí lo mío, y, además, me ha engañado de una manera vil. De modo que yo, a juicio tuyo, con bribón semejante, ¿había de gastar miramientos?

Hasta mañana.

Pero nuestra fiesta floral, del día siguiente no tuvo éxito. Nelly se agravó, y ya no pudo salir de su cuarto.

Y ya nunca volvió a salir de aquel cuarto.

Murió dos semanas después. En aquellas dos semanas de su agonía, ni una sola vez volvió a recobrar por completo el conocimiento ni logró liberarse de sus extraños desvaríos. Tenía el sentido embotado. Estuvo firmemente convencida, hasta morir, de que su abuelito la llamaba y se enfadaba con ella porque no le hacía caso; que la golpeaba con el bastón y le mandaba fuera a pedirles limosna a las buenas almas para pan y tabaco. Con frecuencia rompía a llorar en sueños, y, al despertarse luego, decía haber visto a su mamá.

A veces parecía como si recobrase del todo el juicio. En cierta ocasión, estábamos los dos solos; ella se abalanzó a mí y me cogió la mano con las suyas, descarnadas, ardorosas del fuego de la fiebre.

—Vania —me dijo—, cuando yo me muera, cástate con Natascha.

Ésta, por lo visto, era su constante y antigua obsesión. Yo le sonreí en silencio. Al ver mi sonrisa, sonrióse ella también con gesto mimoso, me amenazó con sus deditos descarnados, y en seguida se puso a darme besos.

Tres días antes de su muerte, una espléndida tarde de verano, pidió que levantáramos los visillos y abriéramos la ventana de su alcoba. Aquella ventana daba al jardín. Ella contempló largo rato el denso verdor y el sol, que se ponía, y pronto rogó que nos dejaran solos.

—Vania —me dijo con voz apenas perceptible, pues estaba ya muy débil—, voy a morir pronto, muy pronto, y quiero decírtelo para que te acuerdes de mí. Quiero, como recuerdo, dejarte esto —y me enseñaba una bolsita que llevaba al pecho, junto con una crucecita. Me lo dejó mi *mámascha* al morir. Mira, cuando yo muera, tú me quitarás esta bolsita, la abrirás y leerás lo que en ella hay escrito. Yo les diré hoy a todos que no se la den a nadie más que a ti. Y luego que hayas leído lo que hay escrito en ella, irás a verlo a él y le dirás que yo morí sin perdonarlo. Dile también que no hace mucho leí los Evangelios. Allí dice «Perdonad a todos vuestros enemigos». Bueno; pues yo, aunque leí eso, no lo perdoné, porque al morir mi madre, y cuando aún podía hablar, lo último que dijo fue: «¡Maldito sea!». Así que yo también lo maldigo, y lo maldigo, no por mí, sino por mi *mámascha*. Le dirás también cómo murió mi madre y me dejó a mí sola con la Búbnova. Le contarás cómo me viste a mí en casa de la Búbnova; se lo contarás todo, todo, y le dirás asimismo que, a pesar de todo, yo prefería estar con la Búbnova a irme con él...

Al decir aquello, Nelly se puso pálida; los ojos le echaban fuego y el corazón empezó a palparle tan fuerte, que se dejó caer sobre la almohada y durante un rato no pudo proferir palabra.

—Llámalos, Vania —dijo, finalmente, con voz débil—; quiero despedirme de todos. ¡Adiós, Vania!

Me abrazó fuerte, fuerte, por última vez. Entraron todos los nuestros. El viejo no podía comprender que se estuviese muriendo; no se avenía a aceptar esa idea. Hasta el postrer instante estuvo discutiendo con todos nosotros y asegurándonos que, sin duda, se había de poner buena. Preocupado, se pasaba a la cabecera de Nelly días y noches enteros. La última noche, literalmente, no durmió. Se esforzaba por anticiparse al más pequeño antojo, al más leve capricho de Nelly; y al ir a verla cuando nosotros acabábamos de dejarla, lloraba amargamente, aunque, pasado un momento, ya estaba otra vez lleno de esperanza y tratando de convencernos de que iba a reponerse. Llenó de flores toda su alcoba. Una vez compró todo un ramo de magníficas rosas, blancas y encarnadas, y fue lejos por ellas y se las trajo a su Nellyta... Con todas estas cosas le producía a ella gran emoción. No podía corresponder con todo su corazón a cariño tan unánime. Aquella noche, la noche en que se despidió de mí, no se avenía el viejo a despedirse de ella para siempre. Nelly sonreía, y toda la noche estuvo intentando parecer contenta, le gastó bromas y hasta se rió con él. Todos nosotros nos separamos de ella casi con esperanzas, pero al día siguiente ya no podía hablar. Dos horas después moría.

Recuerdo cómo el viejo llenó su féretro de flores y con qué desesperación contemplaba su carita consumida, con aquella su sonrisa y sus manecitas cruzadas sobre el pecho. Lloraba por ella como por una hija. Natascha, yo, nosotros todos, queríamos consolarlo, pero él no admitía consuelos, y enfermó gravemente después del entierro de Nelly.

La misma Anna Andréyevna me entregó la bolsita que ella llevaba al pecho. En aquella bolsita estaba la carta de la madre de Nelly al príncipe. Yo la leí el día de la muerte de Elena. Se dirigía al príncipe para maldecirlo; le decía que no se avenía a perdonarlo; le describía toda su vida última, todos los horrores en medio de los cuales dejaba a Nelly, y terminaba rogándole hiciera algo por la pequeña. «Es su hija —le decía—, y usted mismo sabe que es su verdadera hija». Yo le he mandado que vaya a verlo a usted cuando yo muera y le entregue a usted, en su mano, esta carta. Si no rechaza usted a Nelly, puede que yo le perdone desde allí y en el día del Juicio sea testigo ante Dios e interceda con el Juez para que le perdone sus pecados. Nelly sabe el texto de mi carta, se la he leído, se lo he contado todo, lo sabe todo, todo...

Pero Nelly no cumplió su promesa: lo sabía todo, pero no fue a ver al príncipe y murió sin reconciliarse con él.

Cuando volvíamos del sepelio de Nelly, yo y Natascha pasamos al jardín.

Hacía un día caluroso, de sol radiante. De allí a una semana se iban ellos. Natascha posó en mí una mirada larga, extraña.

—¡Vania! —dijo. Vania, mira, ¡todo ha sido un sueño!

—¿Qué ha sido un sueño? —le pregunté.

—Todo, todo —respondió ella—, todo lo pasado en este año. Vania, ¿por qué yo destrozaría tu dicha?

Y en sus miradas leí:

«¡Hubiéramos podido vivir siempre felices juntos!».



FIÓDOR MIJAILOVICH DOSTOYEVSKI, Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881. Novelista ruso. Educado por su padre, un médico de carácter despótico y brutal, encontró protección y cariño en su madre, que murió prematuramente. Al quedar viudo, el padre se entregó al alcohol, y envió finalmente a su hijo a la Escuela de Ingenieros de San Petersburgo, lo que no impidió que el joven Dostoyevski se apasionara por la literatura y empezara a desarrollar sus cualidades de escritor.

A los dieciocho años, la noticia de la muerte de su padre, torturado y asesinado por un grupo de campesinos, estuvo cerca de hacerle perder la razón. Ese acontecimiento lo marcó como una revelación, ya que sintió ese crimen como suyo, por haber llegado a desearlo inconscientemente. Al terminar sus estudios, tenía veinte años; decidió entonces permanecer en San Petersburgo, donde ganó algún dinero realizando traducciones.

La publicación, en 1846, de su novela epistolar *Pobres gentes*, que estaba avalada por el poeta Nekrásov y por el crítico literario Belinski, le valió una fama ruidosa y efímera, ya que sus siguientes obras, escritas entre ese mismo año y 1849, no tuvieron ninguna repercusión, de modo que su autor cayó en un olvido total.

Entre sus publicaciones encontramos *Recuerdos de la casa de los muertos* (1861-1862) novela que le devolvió la celebridad, *Humillados y ofendidos* (1861), *Memorias del subsuelo* (1864), *El jugador* (1866), y la primera obra de la serie de grandes novelas que lo consagraron definitivamente como uno de los mayores genios de su época, *Crimen y castigo*. La presión de sus acreedores lo llevó a abandonar

Rusia y a viajar indefinidamente por Europa junto a su nueva y joven esposa, Ana Grigorievna. Durante uno de esos viajes su esposa dio a luz una niña que moriría pocos días después, lo cual sumió al escritor en un profundo dolor.

A partir de ese momento sucumbió a la tentación del juego y sufrió frecuentes ataques epilépticos. Tras nacer su segundo hijo, estableció un elevado ritmo de trabajo que le permitió publicar obras como *El idiota* (1868) o *Los endemoniados* (1870), que le proporcionaron una gran fama y la posibilidad de volver a su país, en el que fue recibido con entusiasmo.

En 1880 apareció la que el propio escritor consideró su obra maestra, *Los hermanos Karamazov*, que condensa los temas más característicos de su literatura: agudos análisis psicológicos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana.

Notas

[1] ¡Qué desdicha! ¡Qué historia! <<

[2] Se refiere al protagonista de Pobres gentes. (N. del E.). <<

[3] Inicial de Bielinski, el famoso crítico. <<

[4] Portero, de *dvor*, puerta. <<

[5] Expresión para nombrar el té (chai), de manera picaresca. <<

[6] Mercado de Petersburgo. <<

[7] Padre. <<

[8] Tarta de pimienta, en alemán. <<